Elías Canetti

MASA Y PODER

PREMIO NOBEL 1981

Muchnik Editores

MASA Y PODER

Elías Canetti

Traducción del alemán de Horst Vogel

Título original: MASSE UND MACHT

Muchnik Editores

Barcelona

España

1981



LA MASA

INVERSIÓN DEL TEMOR A SER TOCADO

Nada teme más el hombre que ser tocado por lo desconocido. Desea saber quién es el que le agarra; le quiere reconocer o, al menos, poder clasificar. El hombre elude siempre el contacto con lo extraño. De noche o a oscuras, el terror ante un contacto inesperado puede llegar a convertirse en pánico. Ni siquiera la ropa ofrece suficiente seguridad: qué fácil es desgarrarla, qué fácil penetrar hasta la carne desnuda, tersa e indefensa del agredido.

Todas las distancias que el hombre ha creado a su alrededor han surgido de este temor a ser tocado. Uno se encierra en casas a las que nadie debe entrar y sólo dentro de ellas se siente medianamente seguro. El miedo al ladrón se configura no sólo como un temor a la rapiña sino también como un temor a ser tocado por algún repentino e inesperado ataque procedente de las tinieblas. La mano, convertida en garra, vuelve a utilizarse siempre como símbolo de tal miedo. Mucho de ello ha pasado a formar parte del doble sentido de la palabra «agarrar». Tanto el contacto más inofensivo como el ataque más peligroso están ambos contenidos en ella, y siempre hay cierta influencia de lo último en lo primero. El sustantivo «agresión» se ha reducido, sin embargo, sólo al sentido peyorativo del término.

Esta aversión al contacto no nos abandona tampoco cuando nos mezclamosentre la gente. La manera de movernos en la calle, entre muchos hombres, en restaurantes, en ferrocarriles y autobuses, está dictada por este temor. Incluso cuando nos encontramos muy cerca unos de otros, cuando podemos contemplar a los demás y estudiarlos detenidamente, evitamos en lo posible entrar en contacto con ellos. Si actuamos de otra manera sólo es porque

alguien nos ha caído en gracia y entonces el acercamiento parte de nosotros mismos.

La rapidez con. que nos disculpamos cuando entramos involuntariamente en contacto con alguien, la ansiedad con que se esperan esas disculpas, la reacción violenta y, a menudo incluso cuando no hay contacto, la antipatía y el odio que se sienten por el «malhechor», aunque no haya modo de estar seguro de que lo sea, todo este nudo de reacciones psíquicas en torno al ser tocado por lo extraño, en su extrema inestabilidad e irritabilidad, demuestra que se trata de algo muy profundo que nos mantiene en guardia y nos hacesusceptibles de un proceso que jamás abandona al hombre una vez que ha establecido los límites de su persona. Incluso el sueño, que nos vuelve mucho más inermes, es demasiado fácil de turbar por esta clase de temor.

Sólo inmerso en la masa puede el hombre redimirse de este temor al contacto. Se trata de la única situación en la que este temor se convierte en su contrario. Es esta *densa* masa la que se necesita para ello, cuando un cuerpo se estrecha contra otro cuerpo, densa también en su constitución anímica, es decir, cuando no se presta atención a quién es el que le «estrecha» a uno. Así, una vez que uno se ha abandonado a la masa no teme su contacto. En este caso ideal todos son iguales entre sí. Ninguna diferencia cuenta, ni siquiera la de los sexos. Quienquiera que sea el que se oprime contra uno, se le encuentra idéntico a uno mismo. Se le percibe de la misma manera en que uno se percibe a sí mismo. De pronto, todoacontece como *dentro de un cuerpo.* Acaso sea ésta una de las razones por las que la masa procura estrecharse tan densamente: quiere desembarazarse lo más perfectamente posible del temor al contacto de los individuos. Cuanto mayor es la vehemencia con que se estrechan los hombres unos contra otros, tanto mayor es la certeza con que advierten que no se tienen miedo entre sí. Esta *inversión del temor a ser tocado* forma parte de la masa. El alivio que se propaga dentro de ella (y que será

tratado en otro contexto) alcanza una proporción notoriamente elevada en su densidad máxima.

MASA ABIERTA Y CERRADA

Una aparición tan enigmática como universal es la de la masa que de pronto aparece donde antes no había nada. Puede que unas pocas personas hayan estado juntas, cinco, diez o doce, solamente. Nada se había anunciado, nada se esperaba. De pronto, todo está lleno de gente. De todos los lados afluyen otras personas como si las calles tuviesen sólo una dirección. Muchos no saben qué ocurrió, no pueden responder a ninguna pregunta; sin embargo, tienen prisa de estar allí donde se encuentra la mayoría. Hay una decisión en sus movimientos que se diferencia muy bien de la manifestación de una curiosidad habitual. Se piensa que elmovimiento de unos contagia a los otros, pero no es sólo eso, falta algo más: tienen una meta. Antes de que hayan encontrado palabras para ello, la meta pasaa serla zona de mayor densidad, el lugar donde hay más gente reunida.

Hay que decir algo más de esta forma extrema de espontaneidad de la masa. Allí donde se origina, en su mismo núcleo, no es tan espontánea como parece. Pero en el resto, si prescindimos de lascinco, diez o doce personas a partir de las cuales se originó, sí lo es. Desde el momento en que se hace consistente desea aumentar su consistencia. El ansia de crecimiento es la primera y suprema característica de la masa. Quiere integrar en ella a todo aquel que se pone a su alcance. Todo ser con forma humana puede formar parte de ella. La masa natural es la masa abierta: su crecimiento no tiene límites prefijados. No reconoce casas, puertas ni cerraduras; quienes se encierran se convierten en sospechosos. «Abierta» debe entenderse aquí en sentido amplio; lo es por todas partes y en cualquier dirección. La masa abierta existe mientras crece. Su desintegración comienza apenas ha dejado de crecer.

Porque con la misma rapidez con la que se constituyó, la masa se desintegra. En esta forma espontánea es una configuración frágil. Su apertura, que le posibilita el crecimiento, es, al mismo tiempo, su peligro. Siempre permanece vivo en ella el presentimiento de la desintegración que la amenaza. Mediante un aumento acelerado intenta escapársele. Mientras puede lo incorpora todo; pero como lo incorpora todo tiene que desintegrarse.

En oposición a la masa abierta que puede crecer hasta el infinito, que está por todas partes y que precisamente por eso reclama un interés universal, está la masa cerrada.

Ésta renuncia al crecimiento y pone su mira principal en la perduración. Lo que primero llama en ella la atención es el límite. La masa cerrada se establece, se crea su lugar limitándose; el espacio que llenará le es señalado. Es comparable a un cántaro en el que se vierte líquido: se sabe siempre cuánto líquido puede aceptar. Se hallan vigilados los accesos a su propio espacio; a ella no puede ingresarse de cualquier manera. El límite se respeta. Puede que sea de piedra, de sólidos muros. Quizá se requiera un determinado acto de recepción; quizás haya que aportar determinada cantidad para ingresar. Una vez que el espacio está lleno con la densidad deseada no se admite a nadie más. Incluso si se supera el cupo de admisión, la masa densa en el espacio cerrado continúa siendo lo más importante; quienes han permanecido fuera no pueden realmente formar parte de ella.

El límite impide un aumento desordenado pero dificulta y retarda la desintegración. La masa gana en estabilidad lo qué sacrifica de posibilidad de crecimiento. Se halla protegida de influencias externas que podrían serle hostiles y peligrosas. Pero cuenta además y especialmente con la repetición. Ante la perspectiva de volver a reunirse, la masa supera una y otra vez su disolución. El edificio la espera, está allí por ella y, mientras esté, se volverá a encontrar

reunida de la misma manera. El espacio le sigue perteneciendo aun en la bajamar y, en su vacío, le recuerda el período de pleamar.

LA DESCARGA

El acontecimiento más importante que se desarrolla en el interior de la masa es la descarga. Antes de esto, a decir verdad, la masa no existe, hasta que la descarga la integra realmente. Se trata del instante en el que todos los que pertenecen a ella quedan despojados de sus diferencias y se sienten como iguales.

Entre estas diferencias, debe hacerse especial hincapié en las impuestas desde fuera: diferencias de rango, posición y propiedad. Los hombres en tanto que individuos son siempre conscientes de tales diferencias, que descargan su peso sobre ellos y los mantienen claramente separados. El hombre se sitúa seguro en un lugar determinado y mantiene alejado a todo lo que se acerca con eficaces gestos judiciales. Como un molino de viento sobre una extensa llanura, así se encuentra el hombre de pie, expresivo y en movimiento; hasta el próximo molino no hay nada. Toda vida como él la conoce está hecha de distancias: la casa en que encierra su propiedad y su persona, el puesto que ocupa, el rango al que aspira, todo sirve para crear, para afianzar y aumentar distancias. La libertad se ve coartada en el momento en que existe un movimiento de mayor profundización hacia la otra persona. Impulsos y respuestas quedan embebidos como en un desierto. Nadie puede llegar a las cercanías, nadie alcanza las alturas del otro. Jerarquías sólidamente establecidas en todos los ámbitos de la vida impiden el intento de llegar hasta los superiores, de inclinarse hacia los inferiores, a no ser para guardar las apariencias. En sociedades diversas estas distancias están recíprocamente equilibradas de manera distinta. En algunas se hace hincapié sobre las diferencias de origen, en otras sobre las de la ocupación o propiedad.

No corresponde aquí caracterizar en detalle estas jerarquías. Lo esencial es que están ahí, en todas partes, que en todas partes anidan en la conciencia de los hombres y que determinan de manera decisiva su comportamiento para con los demás. La satisfacción de estar por encima de otros en la jerarquía no compensa la pérdida de libertad de movimientos. En sus distancias el hombre se hace más rígido y hosco. Soporta estas cargas y no avanza. Olvida que él mismo se las ha impuesto y anhela una liberación de las mismas. Pero, ¿cómo ha de liberarse solo? Haga lo que haga para conseguirlo y por muy decidido que esté, sigue inmerso entre los demás, que malogran su esfuerzo. Mientras ellos mantengan sus distancias, no puede aproximarse a ellos.

Sólo todos juntos pueden liberarse de sus cargas de distancia, Esoes exactamente lo que ocurre en la masa. En la descarga, se desechan las' separaciones y todos se sienten iguales. En esta densidad, donde apenas hay hueco entre ellos, donde un cuerpo se oprime contra otro, uno se encuentra tan cercano al otro como a sí mismo. Así se consigue un enorme alivio. En busca deeste instante feliz, en que ninguno es más, ninguno mejor que otro, los hombres se convierten en masa.

Pero el momento de la descarga, tan anhelado y tan feliz, comporta un peligro particular. Padece de una ilusión básica: los hombres, que de pronto se sienten iguales, no han llegado aserlo de hecho y para siempre. Vuelven a sus casas separadas, se acuestan en sus propias camas. Conservan su propiedad, no renuncian a su nombre. No repudian a los suyos; no escapan a su familia. Sólo en casos de cambios especiales y muy serios hay hombres que rompen viejas ataduras y contraen otras nuevas. A tales lazos, que por su naturaleza sólopueden admitir un número limitado de miembros y deben asegurar su existencia mediante estrictas reglas, las denomino cristales de masa. Acerca de su función trataré posteriormente de manera exhaustiva.

La masa misma, en cambio, se desintegra. Siente que acabará desintegrándose. Teme su descomposición. Sólo puede subsistir si el proceso de descarga continúa debido al aporte de nuevos elementos humanos. Sólo el incremento de la masa impide a sus componentes tener que someterse otra vez a sus cargas privadas.

IMPULSO DE DESTRUCCIÓN

Se habla a menudo del impulso de destrucción de la masa; es lo primero en ella que salta a la vista y se puede advertir que se encuentra en todas partes, en los países y las culturas más variadas. Si bien se trata de un hecho comprobable que se desaprueba, jamás se explica satisfactoriamente.

Preferiblemente la masa destruye casas y cosas. Ya que muchas veces se trata de objetos frágiles como cristales, espejos, jarrones, cuadros, vajilla, se tiende a creer que sería justamente esta fragilidad de las cosas lo que incita a la masa a la destrucción, bien es verdad que el ruido que produce la destrucción, el fragor de la vajilla o el de los escaparates hechos añicos, contribuye en buena medida a su encanto: son los vigorosos vagidos de una nueva criatura, los gritos de un recién nacido. Que sea tan fácil provocarlos aumenta su popularidad; todo grita al unísono y el tintinear es el aplauso de las cosas. Una particular necesidad de este tipo de estruendo parece existir al comienzo de los acontecimientos, cuando la masa está todavía compuesta por un número bastante reducido de elementos y cuando no ha sucedido aún casi nada. El rumor promete el anhelado refuerzo y es un feliz presagio de lo que sucederá a continuación. Pero sería erróneo creer que la facilidad de romper objetos es el hecho decisivo. Se ha comenzado con esculturas de dura piedra y no se ha cejado hasta dejarlas mutiladas e irreconocibles. Los cristianos destruyeron las cabezas y los brazos de dioses griegos. Reformadores y revolucionarios hicieron bajar de su pedestal las imágenes de los santos, a veces desde alturas

consideradas como de peligro mortal, y más de una vez la piedra que se procuraba triturar era tan dura que no se conseguía destrozarla por completo.

La destrucción de imágenes que representan algo es la destrucción de una jerarquía que ya no se reconoce. Se atacan así las distancias habituales, que estánala vista de todos y rigen por doquier. La expresión de su permanencia era su dureza, han existido desde hace mucho tiempo, desde siempre, según se cree, erguidas e inamovibles; y era imposible aproximarse a ellas con intención hostil. Ahora están caídas y quedaron hechas escombros. La descarga se ha consumado en este acto.

Pero no siempre se llega tan lejos. La destrucción de tipo corriente, de la que se hablabaal comienzo, no es sino un ataque a todos los límites. Ventanas y puertas pertenecen a casas, son la parte más delicada de su limitación hacia el exterior. Destrozadas las puertas y las ventanas, la casa ha perdido su individualidad. Entonces, cualquiera puede entrar a su gusto, nada ni nadie está protegido dentro de ellas. Por lo común, en estas casas están metidos los hombres que pretenden excluirse de la masa, sus enemigos .Ahora se ha destruido lo que los separa. Entre ellos y la masa no hay nada. Pueden salir y sumarse a ella. Se les puede pasar a buscar.

Pero, aún hay más. El mismo ser singular tiene la sensación de que en la masa sobrepasa los límites de su persona. Se siente aliviado, ya que todas las distancias que lo volvían a sí mismo y lo encerraban en sí quedan abolidas. Al levantar las cargas de distancia se siente libre y su libertad le empuja a sobrepasar esas fronteras. Lo que le sucede también ha de suceder a los otros y espera lo mismo de ellos. Le irrita que en un jarrón de gres todo sean límites. De una casa le molestan las puertas cerradas. Ritos y ceremonias, todo lo que mantiene distancias, le amenaza y le resulta insoportable. Se intentará volver a llevar la masa fragmentada a esos recipientes

preformados. Ella odia sus futuras prisiones que siempre le fueron cárceles. A la masa desnuda todo le parece la Bastilla.

El más impresionante de todos los medios de destrucción es el fuego. Es visible a gran distancia y atrae a otras personas. Destruye de manera irremediable. Nada, después de un incendio, es como fue antes. La masa que incendia se cree irresistible. Se le va incorporando todo mientras el fuego avanza. Todo lo hostil será exterminado por él. Es, como se verá posteriormente, el símbolo más vigoroso que existe para la masa. Después de toda destrucción, el fuego, como la masa, debe extinguirse.

EL ESTALLIDO

La masa abierta es la masa propiamente dicha que se abandona libremente a su natural impulso de crecimiento. Una masa abierta no tiene una sensación o visión clara de la magnitud que puede llegar a alcanzar. No se atiene a ningún edificio que le sea conocido y que haya que llenar. Su medida fija no está establecida, quiere crecer hasta el infinito, y lo que para ello necesita son más y más hombres. Es en este estado primitivo cuando la masa llama más la atención. A pesar de todo, conserva algo de excepcional y el hecho de que siempre acabe por desintegrarse hace que no se la tome muy en serio. Quizás habría seguido siendo contemplada con muy poca seriedad si el enorme aumento de la población en todas partes y el acelerado crecimiento de las ciudades, que caracterizan nuestros tiempos modernos, no hubiesen dado ocasión cada vez más a menudo a su formación.

Las masas cerradas del pasado, de las que se hablará más adelante, se habían convertido todas en instituciones familiares. El peculiar estado en el que solían caer sus participantes parecía algo natural; siempre se reunían con un fin determinado, fuese de tipo religioso, festivo o bélico, y el fin parecía justificar tal estado. Quien asistía a un sermón, convencido de buena fe de que lo importante era el

sermón, se habría mostrado sorprendido e incluso quizás indignado si alguien le hubiese explicado que lo que le causaba satisfacción era el gran número de oyentes más que el sermón mismo. Todas las ceremonias y reglas características de tales instituciones buscan en el fondo interceptar a la masa: más vale una iglesia segura, rebosante de fieles, que el incierto mundo en su totalidad. En la regularidad de la ida a la iglesia, en la familiar y exacta repetición de ritos precisos, se le garantiza a la masa algo así como una vivencia domesticada de sí misma. La realización de tales quehaceres en tiempos establecidos se convierte en sucedáneo de necesidades de índole más dura y violenta.

Quizá tal especie de organizaciones habría bastado si el número de hombres hubiese permanecido más o menos estable. Pero las ciudades crecían sin parar, el aumento de la población en los últimos cien años avanzaba con creciente celeridad. Con ello se daban asimismo todos los estímulos necesarios para la formación de masas nuevas y mayores, y nada, ni siquiera una jefatura más experimentada y refinada, habría sido capaz de evitar este acontecimiento en tales circunstancias.

Todas las sublevaciones contra un ceremonial tradicional de que nos habla la historia de la religión tienen como objetivo acabar con la limitación de la masa que por fin quiere volver a sentir su crecimiento. Piénsese, por ejemplo, en el Sermón de la Montaña del Nuevo Testamento: se desarrolla al aire libre, pueden escucharlo millares y, no cabe duda al respecto, va dirigido contra el manejo de las ceremonias limitadas del templo oficial. Piénsese en la tendencia del cristianismo paulino a evadirse de los límites nacionales y tribales del judaísmo y a convertirse en una fe universal para todos los hombres. Piénsese en el desdén del budismo por el sistema de castas de la India de aquel entonces.

También la historia interna de las respectivas religiones es rica en acontecimientos de contenido semejante. Templo, casta e iglesia son siempre límites demasiado estrechos. Las cruzadas conducen a formaciones de masas de una magnitud tal que ningún edificio eclesiástico de entonces habría podido contenerlas. Ciudades enteras se convierten más tarde en espectadores de los manejos de los flagelantes, y éstos extienden su fama trasladándose de ciudad en ciudad. Wesley, todavía en el siglo XVIII, basa su movimiento en los sermones al aire libre. Es muy consciente de la significación de sus enormes masas de oyentes, llegando incluso a hacer la cuenta en su diario: cuántos podrán haberle escuchado en tal ocasión. El estallido fuera de los habituales locales cerrados tiene sentido cada vez que la masa quiere recuperar su antiguo placer por el crecimiento repentino, rápido e ilimitado.

Por estallido denomino, pues, la repentina transición de una masa cerrada a una abierta. Este proceso es frecuente; sin embargo, no debe pensársele en un sentido demasiado espacial. Con frecuencia da la impresión de que una masa no cabe en los límites de un espacio en el que estaba bien guardada, y se extiende por la plaza y por las calles de una ciudad, donde, atrayendo y expuesta a todo, se mueve libremente. Pero, más importante que este proceso externo es el interno que le corresponde: la insatisfacción por la limitación del número de los participantes, la repentina determinación de atraer, la decisión pasional de alcanzar a todos.

A partir de la Revolución francesa estos estallidos han ido adquiriendo una forma qué percibimos como moderna. Quizá porque la masa se ha liberado en tal medida de las religiones tradicionales, nos resulta más fácil, a partir de entonces, verla desnuda, es decir, biológicamente, sin las inyecciones de sentido y metas trascendentes con que antes se dejaba vacunar. La historia de los últimos ciento cincuenta años se ha agudizado en un acelerado incremento de tales estallidos; incluso las guerras se han convertido

en guerras de masas. La masa ya no se conforma con piadosas condiciones y promesas, quiere experimentar ella misma el supremo sentimiento de su potencia y pasión salvajes, y, para este fin, siempre vuelve a utilizar lo que le brindan las ocasiones y las exigencias sociales.

Es importante establecer de una vez por todas que la masa nuncase siente satisfecha. Mientras exista un hombre no incluido en ella, muestra apetito. Que siguiese mostrándolo una vez incorporados en ella todos los hombres nadie puede afirmarlo con certeza, pero es incluso muy probable. Sus intentos de perdurar tienen algo de impotencia. El único camino en .que tiene posibilidades de sobrevivir reside en la formacióndemasas dobles, donde, después, una masa mide su potencia con la otra. Cuanto más se aproximen éstas en fuerza e intensidad, tantas más posibilidades tienen de sobrevivir, confrontándose.

EL SENTIMIENTO DE PERSECUCIÓN

Entre los rasgos que más llaman la atención en la vida de la masa existe uno, que se podría designar como cierto sentimiento dé persecución, una peculiar y furiosa sensibilidad e irritabilidad respecto a los enemigos señalados como tales de una vez y para siempre. Éstos pueden emprender lo que se les antoje, pueden pro-ceder con dureza o amabilidad, ser comprensivos o fríos, duros o blandos; sin embargo, se interpreta todo como si arrancase de una inconmovible malignidad, de una mala disposición para con la masa, de una intención preconcebida de destruirla abierta o solapadamente.

Para explicar este sentimiento de enemistad y persecución, debe partirse una vez más de un hecho básico: la masa, una vez constituida, quiere crecer con rapidez. Resulta difícil hacerse una imagen exagerada de la fuerza e imperturbabilidad con que se extiende. Mientras siente que está creciendo —por ejemplo, en

situaciones revolucionarias, que comienzan con masas poco numerosas pero de alta tensión— acusa como si se tratase de una restricción todo lo que se opone a su crecimiento. Puede ser dispersada por la policía, pero eso tiene un efecto meramente temporal —es una mano que pasa por entre una nube de mosquitos. Pero también puede ser atacada desde el interior, accediendo a las exigencias que condujeron a su formación. Los más débiles entonces se apartan de ella; otros, que estaban a punto de sumársele, vuelven atrás a medio andar.

El ataque exterior a la masa sólo puede fortalecerla. Vuelve a cohesionar con tanta mayor intensidad a los físicamente separados. El ataque desde dentro es, en cambio, realmente peligroso. Una huelgaque ha obtenido algunas ventajas se desintegra en forma visible. El ataque desde dentro apela a características individuales. La masa lo siente como un soborno, como algo «inmoral», ya que se halla en oposición con su clara y transparente convicción básica. Todo aquel que pertenece a tal masa porta en sí un pequeño traidor que quiere comer, beber, amar y ser dejado en paz. Mientras realice tales funciones sin hacer demasiado alarde de ellas, se le permite continuar. Pero no bien se hace notar en alta voz, comienza a ser odiado y temido. Se sabe entonces que ha prestado oídos a la seducción del enemigo.

La masa es siempre algo así como una fortaleza sitiada, pero sitiada de manera doble: tiene al enemigo extramuros y tiene al enemigo en el sótano. Durante la lucha atrae cada vez más partidarios ante todas sus puertas se reúnen nuevos amigos y con golpes impetuosos piden paso. En momentos favorables esta petición es acogida; pero también los hay que escalan los muros. La ciudad, se llena más y más de luchadores; pero cada uno de ellos trae consigo a su pequeño, invisible traidor, que se introduce cuanto antes en el sótano. El sitio consiste en un intento de interceptar a los afluentes. Para los enemigos que están fuera, los muros son más importantes que para

los sitiados. Son los sitiadores los que siempre les refuerzan y les dan mayor altura. Procuran sobornar a los afluentes, y si no pueden disuadirlos del todo, se ocupan de cargar con la suficiente hostilidad al pequeño traidor que los acompaña en su camino.

El sentimiento de persecución de la masa no es otra cosa que este sentimiento de amenaza doble. Los sitiadores cercan cada vez con más fuerza los muros exteriores, los sótanos se ven cada vez más minados desde dentro. Las acciones del enemigo son abiertas y visibles cuando trabaja en las murallas; ocultas y traicioneras en los sótanos.

Pero la utilización de tales imágenes sólo nos proporciona una parte de la verdad. Los que afluyen desde fuera, los que quieren ingresar en la ciudad, no son sólo nuevos partidarios, refuerzo, apoyo, también son el alimento de la masa. Una masa que no aumenta está en estado de ayuno; las religiones han sabido aprovechar con maestría tal argumento. Veremos a continuación cómo las grandes religiones conservan a sus masas sin que el proceso de crecimiento sea demasiado agudo o violento.

DOMESTICACIÓN DE LAS MASAS EN LAS RELIGIONES UNIVERSALES

Las religiones con pretensiones universales mundialmente reconocidas cambian pronto la tónica a seguir para alcanzar sus fines. Al comienzo les importa alcanzar y conquistar a todos los que puedan ser alcanzados y conquistados. Aspiran a una masa universal; una masaque dependa de cada una de las almas y en la que toda alma le pertenezca. Pero la lucha que deben sostener lleva poco a poco a una especie de respeto encubierto por los contrarios, cuyas instituciones ya existen. Advierten qué difícil es mantenerse. Cada vez les parecen más importantes las instituciones que les aseguren solidaridad y permanencia. Estimuladas por las de sus rivales, hacen todo para introducir otras nuevas; y, si lo logran, con el tiempo éstas

se convierten en el asunto principal. El peso propio de las instituciones, que entonces tienen una vida propia, aplaca poco a poco el ímpetu de la finalidad inicial. Las iglesias se construyen de manera tal que acojan a los fieles que ya están. Se las amplía con reserva y cautela, sólo cuando hay real necesidad de ello. Hay una marcada tendencia a reunir a los fieles existentes en unidades separadas. Precisamente porque ahora han llegado a ser tantos, la tendencia a la desintegración es muy grande y un peligro que es preciso enfrentar permanentemente.

Las religiones universales históricas diríamos que llevan en la propia sangre un sentimiento de desconfianza ante la perfidia dé las masas. Sus propias tradiciones, que tienen carácter obligatorio, les enseñan qué rápido e inesperadamente han crecido. Sus historias de conversiones en masa les parecen milagrosas, y lo son. En los movimientos de apostasía, que las iglesias temen y persiguen, la misma clase de milagro se vuelve contra ellas, y las heridas que así les son infligidas en carne propia son dolorosas e inolvidables. Ambos, el rápido crecimiento en sus albores y las no menos rápidas apostasías más tarde, mantienen siempre viva su desconfianza hacia la masa.

Lo que desean es, en oposición a ésta, un obediente rebaño. Es habitual contemplar a los fíeles como corderos y alabarlos por su obediencia. Renuncian por completo a la tendencia esencial de la masa, es decir, al rápido crecimiento. Se conforman con una pasajera ficción de igualdad entre los fieles que, sin embargo, nunca es estrictamente real; con una determinada densidad, que es mantenida dentro de límites moderados, y una fuerte dirección. La meta la colocan con agrado a gran distancia, un más allá, al que no existe forma de acceder de inmediato mientras aún se esté vivo, y que debe ganarse a través de muchos esfuerzos y sumisiones. La dirección se convierte, paulatinamente, en lo más importante. Cuanto más lejana sea la meta, tanto mayor es su posibilidad de

permanencia. En lugar de aquel principio de crecimiento, aparentemente imprescindible, se coloca algo muy distinto: la repetición.

En determinados espacios, en determinados momentos, los fieles se reúnen y adquieren mediante acciones siempre iguales un estado parecido al de la masa que los impresiona, sin llegar a ser peligroso, y al que se acostumbran. El sentimiento de su unidad les es administrado en dosis. De la corrección de esta dosificación depende la subsistencia de la iglesia.

Dondequiera que los hombres se hayan acostumbrado a esta vivencia repetida con precisión y limitada con exactitud en sus iglesias o templos, ya no pueden prescindir de ella. Mantienen con respecto a ella una dependencia como si se tratase del alimento y de todo lo demás que constituye su existencia. Una prohibición inesperada de su culto, la represión de su religión por un edicto estatal, no puede quedar sin consecuencias. La perturbación de su economía de masa cuidadosamente equilibrada debe llevar, al cabo de cierto tiempo, al estallido de una masa abierta. Ésta tiene entonces todas aquellas características elementales que ya hemos visto. Se expande con rapidez. Implanta una igualdad real en vez de ficticia. Se procura densidades nuevas y ahora mucho más intensivas. Abandona, por el momento, aquella meta lejana y difícil de alcanzar, para la que había sido educada, y se fija una aquí, en el inmediato entorno de esta vida concreta.

Todas las religiones repentinamente prohibidas se vengan por una especie de secularización: en un estallido de salvajismo inesperado el carácter de su fe cambia por completo sin que ellas mismas entiendan la naturaleza de tal cambio. Piensan en su antigua fe y. opinan que sólo se están aferrando a sus más profundas convicciones. Pero en realidad han llegado de pronto a ser otras muy distintas, con un agudo y singular sentimiento de masa abierta,

que ahora constituyen y de la que no quieren desprenderse por ningún precio.

PÁNICO

Como se ha señalado con frecuencia, el pánico en un teatro es una desintegración de la masa. Cuanto más unidos hayan estado los espectadores por la representación, cuanto más cerrada sea la forma del teatro, que los mantiene exteriormente unidos, tanto más violenta será la desintegración.

Pero quizá pueda suceder que, por la sola representación, no haya existido de ningún modo una masa auténtica. A menudo el público no se siente cautivado, y permanece junto sólo porque ya está allí. Lo que la obra no logró, lo produce instantáneamente un incendio. No es menos peligroso al hombre que a los animales y constituye el más intenso y antiguo símbolo de masa. La percepción del fuego lleva hasta límites insospechados cualquier sentimiento de masa que haya existido entre los espectadores. Ante el inequívoco peligro común aparece un miedo común a todos. Así, durante un corto espacio de tiempo, existe en el público una masa de verdad. Si no se estuviese en un teatro se podría huir en conjunto, como una manada de animales en peligro, y mediante movimientos sincronizados aumentar la energía de la fuga. Un terror-masivo activo de esta índole es la gran vivencia colectiva de todos los animales que viven en manadas y que, como buenos corredores, se salvan juntos.

En el teatro, la masa en cambio debe desintegrarse de la manera más violenta. Las puertas sólo dejan pasar a uno o a pocos hombres a la vez. La energía de la fuga se convierte por sí misma en una energía del rechazo. Entre las filas de asientos sólo puede pasar un hombre, y cada uno está meticulosamente separado del vecino de butaca; cada uno está sentado para sí, cada uno tiene su puesto. La distancia a la puerta más próxima es distinta para cada uno. El teatro normal

busca asentar a los hombres y dejarles sólo la libertad de sus manos y voces. El movimiento de las piernas está limitado lo más posible.

La repentina orden de huida que el fuego dicta a los hombres se ve confrontada de inmediato con la imposibilidad de un movimiento común. La puerta por la que cada uno debe pasar, la que ve, en la que se ve nítidamente recortado de todos los demás, es el marco de una imagen que muy pronto lo domina. Así la masa, apenas en su apogeo, debe desintegrarse a la fuerza. Este proceso aparece en las más violentas tendencias individuales: se empuja, se golpea y pisotea alrededor de uno con frenesí.

Cuanto más se lucha «por la propia vida», tanto más evidente aparece la lucha contra los otros que lo obstaculizan a uno por todos lados. Allí están de pie como sillas, como balaustradas, como puertas cerradas, pero con la diferencia de que se abalanzan sobre uno. Empujan a uno para allá y para acá, a donde les plazca, o, mejor, hacia donde ellos mismos se ven empujados. No se perdona a las mujeres, los niños y la gente anciana, no se les distingue de los adultos. Todo esto pertenece a la constitución de la masa, en la que todos son iguales; y cuando uno mismo ya no se siente masa, aún está enteramente rodeado de ella. El pánico es una desintegración de la masa en la masa. El individuo quiere salir de su interior y escapar de una masa que está amenazada en cuanto todo. Pero como aún está inmerso físicamente en ella, debe arremeter contra ella, pues entregarse ahora sería su perdición, ya que la misma masa está amenazada. En un momento así no puede acentuar suficientemente su individualidad. Golpes y empellones tienen su réplica en otros golpes y empellones. Cuanto más da, cuanto más recibe, tanto más claramente se percibe a sí mismo, tanto más nítidamente se le hacen visibles los límites de su propia persona.

Es curioso observar hasta qué punto la masa asume para el que lucha en ella el carácter del fuego. Tal masa nace por la súbita visión

de una llama o al grito de «¡fuego!»; juega con el individuo que intenta escapar como si estuviese formada por llamas. Los hombres que hace a un lado se le antojan objetos ardientes, su contacto es hostil y cada parte de su cuerpo le asusta. Cualquiera que se interponga en el camino está contagiado de esta intención hostil general del fuego; la manera en que se propaga, en que avanza poco a poco alrededor de uno y cómo finalmente le rodea a uno enteramente se asemeja mucho al comportamiento de la masa, que lo amenaza a uno por todas partes. Sus movimientos imprevisibles, el dispararse de un brazo, de un puño o de una pierna son como las llamas del fuego, que pueden lengüetear de repente y por todas partes. El fuego como incendio de un bosque o de una estepa es una masa hostil, pudiendo llegar a despertar en cualquier hombre tal sentimiento. El fuego como símbolo de masa ha entrado en su economía psíquica y conlleva una parte inalterable de ella. Aquel enfático pisotear sobre seres humanos, que se observa tan a menudo durante pánicos y que parece tan absurdo, no es en absoluto diferente del pisotear para apagar el fuego.

El pánico como desintegración sólo puede desviarse prolongando así el estado original de miedo masivo unitario. En una iglesia que está amenazada, puede incluso provocarse: en medio de un miedo común se le reza a un dios común, en cuya mano descansa el poder de extinguir el fuego con un milagro.

LA MASA COMO ANILLO

Encontramos un tipo de masa doblemente cerrada en el caso de la Arena. Consideramos importante estudiarla en relación con esta peculiar cualidad.

La Arena está bien delimitada hacia afuera. Corrientemente es visible a gran distancia. Su emplazamiento en la ciudad, el espacio que ocupa, es de todos conocido. Siempre se siente dónde está, incluso cuando no se piensa en ella. Las voces que salen de ella

llegan muy lejos. Si no está cubierta, buena parte de la vida que en ella transcurre se comunica a la ciudad circundante.

Pero por muy excitantes que sean estas comunicaciones, no es posible entrar en ella sin dificultades. El número de asientos es limitado. Su densidad tiene fijado el límite. Los asientos están dispuestos de tal manera que uno no se aprieta demasiado. Los hombres han de estar cómodos. Tienen que ver bien, cada uno desde su puesto, y no deben molestarse entre sí.

Hacia afuera, contra la ciudad, la Arena ofrece una muralla inanimada. Hacia adentro levanta una muralla de hombres. Todos los presentes dan su espalda a la ciudad. Sehan desprendido del orden de la ciudad, de sus paredes, de sus calles. Durante la duración dé su estancia en la Arena no les importa lo que sucede en la ciudad. Dejan allí la vida de sus relaciones, de sus reglas, de sus usos y costumbres. Su estar juntos en gran número está garantizado por determinado tiempo, su excitación les ha sido prometida, pero bajo una condición muy especial: la masa debe descargar hacia adentro.

Las filas están escalonadas hacia arriba para que todos vean lo que ocurre abajo. Pero eso tiene por consecuencia que la masa está sentada frente a sí misma. Cada uno tiene mil cuerpos y mil cabezas delante de si. Mientras él esté, todos están. Lo que le excita, también les excita a ellos, y él lo ve. Los demás están sentadosa alguna distancia de él; los detalles, que en otras ocasiones les distinguen y les individualizan, se borran. Todos se hacen muy semejantes, se comportan de modo semejante. Él sólo advierte en ellos lo que le llena a él mismo en este ahora. La visible excitación de los demás aumenta la suya.

La masa que así se exhibe ante sí misma no se halla interrumpida en parte alguna. El anillo que constituye es cerrado. Nada se le escapa. El anillo de rostros fascinados superpuestos tiene algo de curiosamente homogéneo. Engarza y contiene todo lo que ocurre

abajo. Ninguno de ellos se lo deja escapar, ninguno quiere partir. Cada hueco en este anillo podría evocar la desintegración, el separarse posterior. Pero no hay tal: esta masa es cerrada hacia afuera y en sí, por lo tanto doblemente.

LAS PROPIEDADES DE LA MASA

Es oportuno antes de realizar el intento de una división de la masa, resumir brevemente sus propiedades principales. Deben destacarse estos cuatro rasgos:

1. *La masa siempre quiere crecer*. Su crecimiento no tiene impuesto límite por naturaleza. Donde tales límites son creados artificialmente, es decir, en todas las instituciones que son utilizadas para la conservación de masas cerradas, siempre es posible un estallido de la masa y, de hecho, se produce de vez en cuando. No hay disposiciones que puedan evitar el crecimiento de la masa de una vez por todas y que sean totalmente seguras.

2. *En el interior de la masa reina igualdad*. Se trata de una igualdad absoluta e indiscutible y jamás es puesta en duda por la masa misma. Posee una importancia tan fundamental que se podría definir el estado de la masa directamente como un estado de absoluta igualdad. Una cabeza es una cabeza, un brazo es un brazo, las diferencias entre ellos carecen de importancia. Unose convierte en masa buscando esta igualdad. Se pasa por alto todo lo que pueda alejarnos de este fin. Todas las exigencias de justicia, todas las teorías de igualdad extraen su energía, en última instancia, de esta vivencia de igualdad que cada uno conoce a su manera a partir de la masa.

3. *La masa ama la densidad*. No hay densidad que le alcance. Nada ha de interponerse, nada ha de quedar vacilando; en lo posible todo ha de ser ella misma. La sensación de máxima densidad la tiene en el instante de la descarga. Un día será posible determinar y medir más precisamente esta densidad.

4. *La masa necesita una dirección*. Está en movimiento y se mueve hacia algo. La dirección, que es común a todos los componentes, intensifica el sentimiento de igualdad. Una meta, que está fuera de cada uno y que coincide en todos, sumerge las metas privadas, desiguales, que serían la muerte de la masa. Para su subsistencia la dirección es indispensable. El temor a desintegrarse, que siempre está vivo en ella, hace posible orientarla hacia objetivos cualesquiera. La masa existe mientras tenga una meta inalcanzada. Pero todavía hay en ella otra tendencia al movimiento que conduce a formaciones superiores y nuevas. A menudo no es posible predecir la naturaleza de tales formaciones.

Cada una de estas cuatro propiedades que se han establecido puede estar presente en mayor o menor medida. Según se enfoque una o la otra de ellas, se llega a una división diferente de las masas.

Se habló de masas abiertas y cerradas, y también se explicó que esta división se refiere a su crecimiento. Mientras su crecimiento no se obstaculice, la masa es abierta; es cerrada, apenas su crecimiento se limita.

Otra distinción, de la que se hablará bastante, es la que existe entre masas rítmica y retenida. Tal división se refiere a las dos propiedades principales siguientes: igualdad y densidad, pero a ambas en conjunto.

La masa retenida vive con miras a su descarga. Pero se siente segura de ésta y la retarda. Desea un período relativamente prolongado de densidad, para prepararse al momento de la descarga. Es decir, se calienta en su densidad y retiene lo más posible la descarga. El proceso de la masa no comienza en ella con igualdad, sino con densidad. La igualdad se hace aquí la meta principal de la masa, en la que finalmente desemboca; todo grito común, toda exteriorización común expresa entonces de manera válida esa igualdad.

Muy al contrario, en la masa rítmica densidad e igualdad coinciden desde el comienzo. Aquí todo reside en el movimiento. Todos los estímulos corporales que han de producirse están predeterminados y se transmiten a través de la danza. Por esquivar y reaproximarse la densidad es conformada a conciencia. La igualdad se exhibe sin embargo a sí misma. Por representación de densidad e igualdad el sentimiento de masa es provocado artificialmente. Estas configuraciones rítmicas nacen con toda rapidez y es tan sólo la fatiga física la que les pone fin.

La siguiente pareja de conceptos, la de masa lenta y rápida, se refiere exclusivamente a la naturaleza de su meta. Las masas llamativas, de las que tan comúnmente se habla, las que constituyen una parte tan esencial de 'nuestra vida moderna, las masas políticas, deportivas, bélicas, que hoy tenemos a la vista a diario, son todas rápidas. Muy distintas de ellas son las masas religiosas del más allá o las de los peregrinos; en éstas la meta está en la lejanía, el camino es largo y la verdadera constitución de la masa es postergada a un país muy distante o a un reino de los cielos. De estas masas lentas en realidad vemos sólo los afluentes, porque los estados finales, a los que aspiran, son invisibles e inalcanzables para no creyentes. La masa lenta se reúne con lentitud y se ve a sí misma como algo permanente a remota distancia.

Todas estas formas, cuya substancia aquí sólo se ha esbozado, requieren una consideración más detenida.

RITMO

El ritmo es originalmente un ritmo de los pies. Todo hombre camina, y como camina sobre dos piernas y con sus pies golpea alternadamente sobre el suelo, ya que sólo avanza si cada vez vuelve a golpear, se produce, sea o no su intención, un ruido rítmico. Los dos pies nunca pisan con la misma intensidad. La diferencia entre ellos puede ser mayor o menor, según la disposición personal o el

ánimo de cada cual. Pero uno también puede marchar más a prisa o más despacio, uno puede correr, detenerse de golpe o saltar.

El hombre ha prestado siempre atención a los pasos de otros hombres; con toda seguridad estaba más pendiente de ellos que de los propios. También los animales tenían su paso familiar. Muchos de ellos poseían ritmos más ricos y perceptibles que los de los hombres. Los ungulados huían en manadas como regimientos de tambores. El conocimiento de los animales por los que estaba rodeado, los que le amenazaban y los que cazaba, fue el saber más antiguo del hombre. En el ritmo de su movimiento aprendió a conocerlos. La escritura más temprana que aprendió a leer fue la de las *huellas*: era una especie de notación musical rítmica que siempre existió; se imprimía en el suelo blando, y el hombre que la leía asociaba con ella el ruido de su origen.

Muchas de estas huellas aparecían en grandes cantidades y muy próximas. Los hombres, que originalmente vivían en pequeñas hordas, podían tomar así conciencia, en la tranquila observación de tales huellas, del contraste entre el escaso número de su horda y el enorme de algunas manadas. Estaban hambrientos y siempre en busca de una presa; cuanto más presas, tanto mejor para ellos. Pero también ellos mismos querían ser más. El sentimiento del hombre para su propia multiplicación fue siempre muy intenso. Por ello en ningún caso debe entenderse solamente lo que se designa con una expresión insuficiente como tendencia a la reproducción. Los hombres querían ser más ahora, en este preciso lugar, en éste momento. El gran número de una manada a la que daban caza, y su propio número, que deseaban se acrecentase, estaban vinculados en su sentimiento de una manera especial. Expresaban todo esto en un determinado estado de excitación común que designo como masa rítmica o palpitante.

El medio para ello fue en primer lugar el ritmo de sus pies. Donde andan muchos, otros andan con uno. Los pasos, que se suman de prisa a los pasos, simulan un número mayor de hombres. No se mueven del lugar; en su danza, siempre permanecen sobre el mismo sitio. Sus pasos no se apagan, se repiten y persisten por largo rato siempre igual de intensos y animados. Suplen con intensidad lo que les faltan número. Cuando pisan con mayor intensidad, suenan más. Ejercen sobre todos los hombres en su cercanía una fuerza de atracción que no cede mientras no cese la danza. Se les une y permanece unido a ellos todo ser vivo que se encuentre al alcance del oído. Lo natural sería que se les unieran siempre más hombres. Pero muy pronto ya no hay más que puedan añadirse, deben simular el aumento a partir de sí, a partir de su reducido número. Se mueven como si se hicieran cada vez más. Su excitación aumenta y se acrecienta hasta la rabia.

¿De qué manera suplen sin embargo lo que no pueden tener en número creciente? En este caso es importante por una vez que cada uno de ellos haga lo mismo. Cada uno pisotea, y cada uno lo hace de la misma manera. Cada uno agita los brazos, cada uno menea la cabeza. La equivalencia de los participantes se ramifica en la equivalencia de sus miembros. Lo que siempre sea móvil en un hombre adquiere su vida propia, cada pierna, cada brazo vive por sí solo. Los miembros respectivos se hacen coincidir todos. Están muy próximos, con frecuencia descansan unos sobre otros. A su equivalencia se agrega así su densidad; densidad e igualdad se hacen uno y lo mismo. Finalmente ante uno danza una sola criatura, provista de cincuenta cabezas, cien piernas y cien brazos, puesto que todos actúan exactamente de la misma manera o con una intención. En su excitación extrema estos hombres se sienten realmente como un Uno, y sólo el agotamiento físico los derriba.

Todas las masas palpitantes tienen —precisamente gracias a este ritmo que predomina en ellas— algo parecido. La documentación

que sólo sirve para ilustrar una de tales danzas, proviene del primer tercio del siglo pasado. Se trata del *haka* de los maoríes en Nueva Zelanda, que originalmente era una danza de guerra.

«Los maoríes se disponen en una hilera alargada, cuatro hombres en fondo. La danza, llamada *haka*, debía llenar de espanto y miedo a todo aquel que la presenciara por primera vez. Toda la sociedad, hombres y mujeres, libres y esclavos, estaba entremezclada, sin consideración del rango que ocupaba en la comunidad. Los hombres iban todos completamente desnudos, a excepción de una cartuchera que les pendía de la cintura. Todos armados de fusiles o de bayonetas que habían fijado al extremo de lanzas y palos. Las mujeres jóvenes, también las esposas del jefe, participaban en la danza con el busto descubierto.

»El compás del canto que acompañaba a la danza era observado muy estrictamente. La movilidad de ellos era asombrosa. De súbito saltaban verticales desde el suelo hacia lo alto, todos a un tiempo, como si los bailarines estuvieran animados todos juntos por una voluntad. En el mismo instante blandían sus armas y deformaban la cara y, con las largas cabelleras que tanto hombres como mujeres suelen tener, semejaban un ejército de gorgonas. Al caer golpeaban a la vez con ambos pies sonoramente sobre el piso. Este salto hacia lo alto lo repetían con frecuencia y cada vez más rápido.

»Los rasgos eran distorsionados de todas las maneras que son posibles a los músculos de un rostro humano, cada mueca nueva era adoptada puntualmente por todos los participantes. Cuando uno contraía la cara tan severamente como si lo hiciese con un tornillo, los demás le imitaban de inmediato. Giraban los ojos de tal manera que a menudo sólo era visible la blanca córnea, era como si en el instante siguiente fuesen a caérseles de las cuencas. La boca la estiraban hasta las orejas. Todos sacaban la lengua a la vez, lo más larga que podían; un europeo no hubiese sido nunca capaz de

igualarles en eso; un precoz y prolongado ejercicio les había capacitado para ello. Sus caras ofrecían un espantoso aspecto y era un alivio apartar la vista de ellas.

»Cada miembro de su cuerpo estaba en acción por separado, los dedos de los pies, los de las manos, los ojos, las lenguas lo mismo que los brazos y piernas. Con la mano plana se golpeaban sonoramente bien sobre el pecho izquierdo, bien sobre los muslos. Era ensordecedor el clamor del canto de las 350 personas aproximadamente que participaban en la danza. Puede imaginarse qué efecto tenía esta danza en época de guerra, cuánto aumentaba el coraje y cómo llevaba al punto más alto la aversión recíproca de ambos bandos.»

El girar de los ojos y el sacar la lengua son signos de porfía y desafío. Pero aunque la guerra en general es cosa de los hombres y, aún más, de los hombres libres, *todos* se entregan a la excitación del haka. Aquí la masa no conoce ni sexo, ni edad, ni rango: todos actúan como iguales. Lo que sin embargo distingue esta danza de otras de intención semejante es una *ramificación* particularmente extrema de la igualdad. Es como si cada cuerpo se descompusiera en todas sus partes singulares, no sólo en piernas y brazos, pues eso es un caso frecuente, sino también en dedos de pies y manos, lenguas y ojos, y entonces todas las lenguas se unen y realizan en el mismo momento exactamente lo mismo. Bien se igualan todos los dedos del pie, bien todos los ojos en una y la misma operación. Los hombres en cada una de sus menores partes son presa de esta igualdad, y siempre es representada en una acción que se acrecienta con violencia. La visión de 350 hombres que saltan a lo alto a la vez, que sacan la lengua a la vez, que giran los ojos a la vez, debe dar una impresión de unidad que es insuperable. La densidad no es tan sólo una densidad de la gente, es asimismo la de sus miembros por separado. Podría pensarse que los dedos y las lenguas, aunque no perteneciesen a los hombres, aún se reunirían y lucharían por sí mismos. El ritmo del

haka destaca cada una de estas igualdades por separado. En su incremento y juntas, son irresistibles.

Porque todo sucede bajo la condición de que sea visto: el enemigo mira. La intensidad de la amenaza común constituye el haka. Pero, ya nacida, la danza se convirtió en algo más. Se la ensaya desde la infancia, tiene muchas formas diferentes y es representada en toda clase de ocasiones. A muchos viajeros se les dio la bienvenida con un haka. El informe citado se debe a una ocasión de este tipo. Cuando una tropa amiga se reúne con otra, ambas se saludan con un haka; y ello se hace con tanta seriedad que un espectador desprevenido teme que en cualquier momento estalle el combate. Durante las exequias por un gran jefe, después de los momentos de más intensa lamentación y automutilación, que son costumbre entre los maoríes, tras una festiva y muy abundante cena, de pronto, todos se incorporan de un salto, echan mano a sus fusiles y se forman para un haka.

En esta danza, en la que todos pueden participar, la tribu se percibe como masa. Se valen de ella cuando sienten necesidad de ser masa y de aparecer ante otros como tal. En la perfección rítmica que ha alcanzado cumple con seguridad su fin. Gracias al haka su unidad nunca está seriamente amenazada desde el interior.

ESTANCAMIENTO

La *masa retenida* es compacta, no es posible en ella un movimiento verdaderamente libre. Su estado tiene algo de pasivo, la masa retenida *espera*. Espera una cabeza, que le ha de ser exhibida, o palabras, o contempla un combate. Aquí importa en especial la densidad: la presión, que se siente por todos lados, puede que también sirva a los afectados como medida para la fuerza de la formación, de la que ahora constituyen una parte. Cuanto más gente confluye tanto mayor se hace esta presión. Los pies no tienen donde ir, los brazos están comprimidos, libres permanecen sólo las

cabezas, para ver y para oír; los cuerpos se transmiten los estímulos directamente. En todo el entorno se entra en contacto con distintos hombres a la vez con el propio cuerpo. Se sabe que son varios hombres, pero como también entre sí están tan unidos, se les percibe como unidad. Este tipo de densidad se toma su tiempo; su influjo es constante por una determinada duración; es amorfa, no sometida a ningún ritmo familiar y ensayado. Por largo rato no sucede nada; pero las ganas de acción se reprimen y rompen al fin con tanta mayor violencia.

La paciencia de la masa retenida quizá no sea tan sorprendente, si se tiene presente el significado que este sentimiento de densidad posee para ella. Cuanto más densa es, tanto más hombres nuevos atrae. En su densidad mide su magnitud, pero la densidad también es el estímulo máximo para un crecimiento ulterior. La masa más densa crece más de prisa. El reprimirse antes de la descarga es una exhibición de esta densidad. Cuanto más se estanca tanto más tiempo siente y muestra su densidad.

Desde el punto de vista de los individuos que forman una masa, el momento del estancamiento es como un admirarse; se deponen las armas y los aguijones con los que en general se está tan bien defendido contra los otros; uno se toca con los demás y a pesar de todo no se siente cohibido; agarros dejan de ser agarros, no se tiene temor recíproco. Antes de salir en la dirección que sea se quiere tener certeza de que se permanece unido. Es un crecer juntos para el que se requiere tranquilidad. La masa todavía retenida no está muy segura de su unidad y, por tanto, se mantiene tranquila el mayor tiempo posible.

Mas esta paciencia tiene sus límites. Finalmente es indispensable una descarga; sin ella no puede afirmarse si es que en efecto existió una masa. El aullido, como antes era habitual en ejecuciones públicas cuando la cabeza del malhechor era sostenida en alto por el verdugo,

o el aullido, tal como hoy se conoce de los espectáculos deportivos, son la voz de la masa. Su espontaneidad es de la mayor importancia. Los gritos aprendidos y repetidos a intervalos regulares aún no son signo de que la masa haya logrado su vida propia. Han de llevar a ello, pero pueden ser exteriores como los ejercicios tácticos de una división militar. En cambio, el grifo espontáneo que la masa no puede predecir con exactitud es inequívoco, su efecto suele ser imprevisible. Puede expresar afectos de cualquier especie; con frecuencia tienen menos importancia los afectos de que se trate, que su fuerza y diversidad y la libertad en su sucesión. Son éstos los que conceden a la masa su espacio espiritual.

Por cierto, puede que sean tan violentos y concentrados que desgarren instantáneamente a la masa. Las ejecuciones públicas producen este resultado; una sola víctima sólo se puede matar una vez. Ahora bien, si se trata de alguien a quien siempre se consideró invulnerable se duda hasta el final haber acabado conél. La duda, que aquí nace del motivo, aumenta la retención natural de la masa. El efecto serátanto más agudo y tajante al divisar la cabeza cercenada. El aullido que sigue será terrible, pero es el último grito de esta masa tan absolutamente determinada. Puede decirse que, en este caso, la masa paga el exceso de expectativa estancada, que disfruta de la manera más intensa con su propia e instantánea muerte.

Nuestros espectáculos deportivos modernos son más funcionales. Los espectadores pueden permanecer sentados; la paciencia colectiva se hace visible con toda claridad. Poseen la libertad de sus pies para patear el suelo, y sin embargo permanecen en el mismo sitio. Poseen la libertad de sus manos para aplaudir. Está prevista una duración del espectáculo que, normalmente, no tiene por qué verse acortada; al menos durante ese tiempo se permanece junto. Durante ese lapso pueden suceder multitud de cosas. No se puede saber de antemano cuándo y por qué lado se mete un gol; además, al

margen de estos anhelados acontecimientos centrales hay otros muchos que conducen a ruidosos estallidos. La voz se oye con frecuencia y en distintas ocasiones. En cuanto a los efectos de la desintegración final se les ha quitado algo de su doloroso carácter con la predeterminación temporal. Por otra parte, el derrotado tendrá la oportunidad de tomarse la revancha y no todo ha terminado para siempre. Aquí la masa realmente puede estar a sus anchas; primero se congrega ante las entradas, luego se estanca sobre los asientos; grita de maneras que están al alcance de todos, cuando llega el momento preciso; e incluso anhela, cuando todo ha pasado, otras oportunidades semejantes.

Masas retenidas de naturaleza mucho más pasiva se forman en los teatros. El caso ideal se produce en actuaciones ante una sala repleta. El número deseado de espectadores está dado desde el comienzo. Se reúnen solos, a excepción de las congestiones menores ante las taquillas, los hombres encuentran solos su camino hasta la sala. Se les acompaña a sus asientos. Lo conocen todo: la pieza que se representa, los actores, la hora del comienzo y los espectadores colocados en sus asientos. Los atrasados son recibidos con leve animosidad. Como un rebaño dispuesto a pastar, así permanecen los hombres sentados, tranquilos y con infinita paciencia. No obstante cada uno está muy consciente de su existencia separada; ha pagado y se da cuenta de quién tiene sentado a su lado. Antes de empezar se contempla en calma aquella serie de cabezas reunidas: despiertan un grato, pero no demasiado intenso, sentimiento de densidad dentro de uno. La igualdad entre los espectadores consiste únicamente en que desde el escenario todos acogen lo mismo. Pero sus reacciones espontáneas ante la representación están ahora restringidas. Hasta el aplauso tiene sus tiempos prescritos, y la mayoría de las veces, en efecto, uno aplaude solamente cuando ha de aplaudirse. Tan sólo de la intensidad del aplauso puede deducirse cuánta masa se ha llegadoa

ser; éste es el único baremo conocido y así lo valoran los propios actores.

El estancarse se ha hecho ya tan rito en el teatro que se advierte externamente, como una leve presión exterior que no llega al fondo de los hombres y, en todo caso, apenas les proporciona el sentimiento de alguna pertenencia y unidad interna. No ha de olvidarse, sin embargo, qué grande y común es la expectación con que esperan sentados y cómo esta expectación dura toda la representación. Sólo rara vez abandonan el teatro antes del final; incluso si están desilusionados aguantan; significa por tanto que durante ese tiempo se mantienen unidos.

El contraste entre el silencio del auditorio y el discurrir sonoro del aparato que actúa sobre ellos es aún más notable en los conciertos. Aquí todo se basa en la total ausencia de perturbación. Todo movimiento es indeseable, todo ruido execrado. Mientras la música que se brinda vive en buena parte de su ritmo, ningún efecto rítmico de los auditores debe llegar a notarse. Los afectos provocados en cambio incesante por la música, son del tipo más diverso e intensivo. No es posible que no los experimente la mayoría de los presentes, y es imposible que no los experimente a la vez. Pero todas las reacciones exteriores se omiten. Los hombres están sentados inmóviles como si consiguieranno oír nada. Está claro que en este caso fue necesaria una educación prolongada y artificial para el estancamiento, a cuyos resultados ya nos hemos acostumbrado. Porque visto con frialdad hay pocos fenómenos en nuestra vida cultural que sean tan sorprendentes como un público de concierto. Los hombres que dejan actuar a la música naturalmente dentro de sí se comportan de muy distinta forma; y quienes aún no han oído música en su vida, la primera vez que viven tal situación pueden llegar a caer en la más irrefrenable agitación. Cuando los aborígenes de Tasmania oyeron por primera vez La Marsellesa, que les habían tocado unos marineros al desembarcar, dieron expresión a su

satisfacción con extrañas contorsiones del cuerpo y con los más asombrosos gestos, hasta el punto de que los marineros acabaron riéndose a carcajadas. Un joven entusiasmado se tiraba del cabello, se rascaba la cabeza a dos manos y dio grandes gritos en repetidas ocasiones.

A pesar de todo, en nuestros conciertos se ha conservado una pequeña cantidad de descarga física. El aplauso se brinda en gratitud a los intérpretes; se trata del intercambio de un caótico ruido breve por otro bien organizado, prolongado. Cuando los aplausos no existen en absoluto, cuando uno se separa, silencioso, tal como estuvo sentado, uno ya se siente por entero en la esfera del recogimiento religioso.

De ahí deriva originalmente el silencio del concierto. El estar de pie juntos ante Dios es un ejercicio muy extendido en algunas religiones. Se caracteriza por los mismos rasgos de retención que ahora ya conocemos en las masas seculares y pueden llevar a descargas igual de repentinas e intensas.

El caso tal vez más impresionante es la famosa «Estación del Arafat», el punto culminante del peregrinaje a la Meca. En la llanura de Arafat, a algunas horas de distancia de la Meca, se reúnen un día determinado y establecido ritualmente, de 600.000 a 700.000 peregrinos. Se agrupan en un gran círculo en torno al «Monte de la Misericordia», una colina calva que se levanta en medio de esta planicie. Hacia las dos de la tarde, cuando más calor hace, los peregrinos se sitúan y permanecen allí de pie hasta la puesta del sol, con la cabeza descubierta y vestidos con la blanca túnica de peregrino. Con apasionada atención escuchan las frases del predicador que les habla desde lo alto de la colina. Su sermón es una ininterrumpida alabanza de Dios. Los peregrinos contestan con una fórmula que se repite mil veces: «¡Aguardamos tus órdenes, Señor, aguardamos tus órdenes!» Algunos sollozan de excitación, otros se

golpean el pecho. Otros más se desmayan a causa del terrible calor. Pero es esencial que perseveren en estas largas horas incandescentes sobre la planicie sagrada. En el momento de la puesta de sol se da la señal de partida.

Los procesos restantes, que pertenecen a lo más enigmático que se conoce en usos religiosos, se tratan e interpretan después en otro contexto. Aquí sólo nos interesa este momento de la retención que dura horas. Cientos de miles de hombres en creciente excitación se mantienen sobre la llanura de Arafat y no deben abandonar esta estación ante Alá pase lo que pase. Juntos se forman y juntos reciben la señal de partida. El sermón les enardece y se enardecen a sí mismos mediante gritos. En la fórmula que emplean está contenido el «aguardar» que siempre se repite. El sol, que se mueve con imperceptible lentitud, sumerge todo en la misma deslumbrante luz, en el mismo ardor; podría hablarse de la *encarnación* del estancamiento.

Entre las masas religiosas se dan todo tipo de gradaciones en la inmovilidad y el silencio, pero el grado más elevado de pasividad que es posible alcanzar le es impuesto a la masa con violencia desde fuera. En la batalla se arremeten dos masas, de las que cada una quiere ser más fuerte que la otra. Por el clamoreo del combate procuran dar prueba de que realmente son los más fuertes, a sí mismos y al enemigo. La meta del combate es hacer enmudecer al otro bando. Cuando todos los enemigos han sido segados, su potente voz, que con razón se temió, ha enmudecido para siempre. La masa más silenciosa es la de los enemigos muertos. Cuanto más peligrosafue, con tanto mayor agrado se la ve inmóvil reunida en un montón. Se .trata de un vicio peculiar el sentirlos tan indefensos como un montón de muertos. Porque como montón arremetieron contra uno, como montón gritaron contra uno. Esta masa silenciada de los muertos no era temida antes como si de algo inanimado se tratase. Se suponía que en otra parte continuarían viviendo a su

manera, de nuevo todos juntos, y en el fondo debía ser una vida semejante a aquella que uno mismo había conocido. Los enemigos que yacían como cadáveres representaban así para el observador el caso extremo de una masa retenida.

Pero incluso esta idea conoció un incremento. En lugar de los enemigos tendidos pueden llegar a ser *todos los muertos*, que yacen en la tierra común y allá aguardan su resurrección. Cada uno que muere y es enterrado aumenta su número; todos los que hayan vivido alguna vez le pertenecen y así va aumentando el número. La tierra, que los une, es su densidad, y así se tiene la sensación de que están muy cerca unos de otros aun cuando yazgan solos. Así permanecen tendidos por tiempo infinito hasta el día del juicio final. Su vida se detiene hasta el momento de la resurrección, y este instante coincide con el de su reunión ante Dios, quien los juzgará. Entretanto no hay nada; yacen como masa, como masa vuelven a levantarse. Para la realidad y significación de la masa retenida no hay demostración más grandiosa que el desarrollo de esta concepción de resurrección y juicio final.

LENTITUD O LA LEJANÍA DE LA META

A la masa lenta pertenece la lejanía de la meta. Se avanza con gran tenacidad hacia uña meta, que es inamovible, y en el camino se tiene que permanecer juntos. El camino es largo, los obstáculos desconocidos, los peligros amenazan por todos lados. No está permitida una descarga antes que se haya alcanzado la meta.

La masa lenta tiene la forma de un convoy. Ya desde un principio puede estar formada por todos los que pertenecerán a ella, como fue el caso de la salida de los hijos de Israel de Egipto. Su meta es la Tierra Prometida, y son una masa mientras creen en esta meta. La historia de su marcha es la historia de esta fe. A menudo las dificultades son tan grandes que comienzan a dudar. Padecen hambre o sed y, apenas murmuran, se ven amenazados por la

desintegración. Una y otra vez el hombre que los conduce se esfuerza en restablecer su fe. Una y otra vez consigue el resultado apetecido, y si no por él mismo, lo alcanza gracias a los enemigos por quienes se sienten amenazados. La historia de la marcha, que ocupa cuarenta años, contiene muchas formaciones aisladas de masa de naturaleza súbita y aguda de las que tendremos ocasión de hablar con mayor profundidad más adelante. Pero todas ellas están subordinadas a la idea más vasta de una masa lenta única, que se mueve hacía su meta de promisión, hacia la tierra que les fue prometida. Los adultos envejecen y se mueren, nacen y crecen nuevos niños, pero aunque los individuos sean ya otros, el convoy, como conjunto, sigue siendo el mismo. No se le integran nuevos grupos. Desde un comienzo está establecido quién pertenece a él y tiene derecho a la tierra de promisión. Ya que esta masa no puede crecer en forma brusca, durante toda su marcha se atiene a una sola pregunta central: ¿Cómo conseguir que no se *desintegre*?

Una segunda forma de masa lenta podría compararse más bien a una red fluvial. Comienza con arroyos que poco a poco confluyen; en el río que se forma van desembocando por todas partes otros ríos; el todo se convierte, si hay territorio suficiente delante suyo, en un gran cauce, y su meta es el mar. El peregrinaje anual a la Meca es quizás el ejemplo más impresionante de esta forma de masa lenta. De las partes más alejadas del mundo islámico salen caravanas con peregrinos, todas ellas en dirección hacia la Meca. Algunas acaso comiencen siendo pequeñas, otras, equipadas a todo lujo por los príncipes, son desde el comienzo orgullo de los países en los que hallan su origen. Pero en el curso de su marcha todas se topan con mías caravanas que tienen la misma meta, y así aumentan más y más, y en las cercanías de su meta se transforman en poderosos torrentes. La Meca es su mar, el lugar en el que desembocan.

Cada peregrino puede dedicar mucho tiempo al cultivo de vivencias de tipo común que nada tienenque ver con el sentido del viaje en sí.

Cada día se convierte en una lucha constante, hay que andar discutiendo, a veces con mucho riesgo, pues habitualmente se es pobre y hay que ocuparse del alimento y la bebida.La vida de estos hombres está mucho más expuesta a peligros que en casa. No son peligros que deban referirse necesariamente a la especie de su empresa. De esta manera, tales peregrinos permanecen en amplia medida como individuos que, separados, viven para sí mismos como si no formasen parte de una masa. Pero mientras perseveren en su meta, y las más de las veces éste es el caso, siempre son parte de una masa lenta que perdura —no importa la manera como se comporten hacia ella— y perdurará hasta alcanzar su meta.

Una tercera forma de masa se nos aparece en todas aquellas formaciones que se refieren a una meta invisible e inalcanzable en esta vida. El más allá, en el que los bienaventurados esperan a todos aquellos que se han ganado un lugar allí, es una meta bien articulada y propiedad exclusiva de los creyentes. La ven clara y precisa ante sí, y no necesitan conformarse con un vago símbolo en vez de ella. La vida es como un camino de peregrino hacia allá, y entre ese más allá y ellos sólo se interpone la muerte. El camino no está señalado en detalle y es difícil de percibir con la mirada. Muchos se extravían y se pierden en él. Mal que bien, la esperanza en el más allá tiñe la vida de los creyentes hasta tal punto que se tiene derecho a hablar de una masa lenta a la que pertenecen todos los adeptos de una creencia. Como no se conocen unos a otros y viven dispersos en muchas ciudades y países, lo anónimo de esta masa impresiona particularmente.

¿Cuál es sin embargo el aspecto *dentro* de ella y qué es lo que más la diferencia de las formas *rápidas*?

La *descarga* no aparece en la masa lenta. Podría decirse que ésta es su principal característica y así, en lugar de lentas, podría hablarse de masas sin descarga. No obstante es preferible la primera

designación, pues no se puede renunciar por entero a la descarga. En la representación de un estado final aparece siempre contenida. Se ve desplazada a una gran distancia. Allí donde está la meta también se encuentra la descarga. Una intensa visión de ella existe siempre, su certeza se halla al final.

En la masa lenta se espera retardar el proceso que conduce a la descarga, colocarlo a largo plazo. Las grandes religiones alcanzaron una gran maestría en este proceso de acercamiento a la meta con lentitud. Les importa conservar los adeptos que se han ganado. Para conservarlos y para ganar otros nuevos deben reunirse de tarde en tarde. Si durante estas asambleas se ha llegado alguna vez a descargas violentas, éstas deben repetirse y, en lo posible, superarse en intensidad; menos se hace imprescindible una repetición regular de las descargas si no quiere perderse la unidad de los creyentes. Lo que suceda en este tipo de servicio que se cumple en masas rítmicas no es controlable a mayores distancias. El problema central de las religiones universales es la dominación de sus fíeles en extensas zonas de la tierra. Este dominio sólo es posible mediante una retardación conscientede los procesos de masa. Las metas deben ganar significado en la lejanía, las más cercanas deben perder cada vez más peso y parecer finalmente carentes de valor. La descarga terrenal nunca es de duración y sólo lo que se ve trasladado al más allá tiene permanencia.

Así meta y descarga coinciden; la meta, sin embargo, es invulnerable. Porque la tierra prometida aquí sobre la tierra puede ser ocupada y devastada por enemigos, el pueblo al que fue prometida puede ser desalojado de ella. La Meca fue conquistada y saqueada por los cármatas, y se llevaron como botín la piedra sagrada de la Kaaba. Durante muchos años no se pudo realizar peregrinación alguna.

El más allá, en cambio, con sus bienaventurados, está a salvo de todas las devastaciones de esta especie. Vive sólo de la fe y sólo en ésta se puede llegar a él. La desintegración de la masa lenta del cristianismo se inició en el momento en que la fe en ese más allá comenzó a descomponerse.

LAS MASAS INVISIBLES

En cualquier parte de la tierra en que haya hombres encontramos la idea de los muertos invisibles. Quizá podría hablarse de ella como de la idea más antigua de la humanidad. Seguramente no existe ninguna horda, ninguna tribu, ningún pueblo que no se preocupe en serio de sus muertos. El hombre estaba poseído por ellos; eran de tremenda importancia para él y su influencia sobre los vivos era una parte esencial de esta misma vida.

Se les imaginaba a todos juntos, lo mismo que están juntos los hombres, y era habitual llegar a reconocerlos. «Los antiguos bechuana, lo mismo que los restantes nativos de Sudáfrica, creían que todo el espacio estaba poblado por los espíritus de sus ancestros. Tierra, aire y cielo estaban colmados de espíritus que tenían la potestad dé ejercer maléfica influencia sobre los vivos.» «Los boloki, pueblo del Congo, creen que están rodeados por espíritus que en todo momento procuran hacerles mal, que a todas horas del día o de la noche procuran dañarlos. Ríos y arroyos están poblados por los espíritus de sus ancestros. También el bosque y la selva virgen están llenos de espíritus. Pueden resultar peligrosos a los viajeros sorprendidos por la noche. Nadie tiene el valor suficiente de cruzar de noche el bosque que separa una aldea de la otra; ni siquiera la perspectiva de una gran recompensa logra seducir a ninguno. La respuesta a tales propuestas siempre es que "hay demasiados espíritus en el bosque".»

Se cree comúnmente que los muertos moran juntos, en un país distante, bajo tierra, en una isla o en una casa celeste. Una canción de los pigmeos del Gabón dice:

«Las puertas de la caverna están cerradas. Los espíritus de los muertos se apiñan allí en bandadas, como un revuelo de moscas que danzan al atardecer. Un revuelo de moscas que danzan al atardecer, cuando ha vuelto la noche oscura, cuando el sol se ha ido, un revuelo de moscas: tremolar de hojas muertas en un temporal que bramó.»

No basta, sin embargo, que los muertos se hagan cada vez más numerosos y que un sentimiento de su densidad llegue a hacerse predominante. También están en movimiento y en busca de empresas conjuntas. Permanecen invisibles a la mayoría de la gente, pero hay hombres con dones especiales, los chamanes, que saben de conjuros y pueden someter espíritus que se convierten en sus servidores. Entre los chukche de Siberia, «un buen chamán tiene legiones enteras de espíritus auxiliares y, cuando los convoca a todos, vienen en tales cantidades que rodean la pequeña tienda en que ha lugar el conjuro como con una pared por todos lados».

Los chamanes dicen lo que ven. «Con una voz que tiembla de emoción, el chamán grita a través del iglú:

“El espacio celeste está lleno de seres desnudos que vienen volando por el aire. Seres humanos, hombres desnudos, mujeres desnudas, que van volando y atizan tormenta y nevada.

“¿Oís el silbar? Zumba como el aletazo de grandes aves arriba en el aire. ¡Ése es el miedo de humanos desnudos, ésa es la fugade humanos desnudos! Los espíritus del aire soplan tormenta, los espíritus del aire van arreando la nieve volando sobre la tierra.”»

Esta grandiosa visión de espíritus desnudos en fuga nos la han proporcionado los esquimales.

Algunos pueblos se imaginan a sus muertos o a cierto número de entre ellos como ejércitos combatientes. Entre los celtas de la tierra montañosa escocesa el ejército de los muertos es designado por una palabra especial: *sluagh*. Esta palabra se reproduce en inglés como «*spirit-multitude*» o «multitud de espíritus». El ejército de espíritus vuela en grandes nubes de ida y vuelta —como los estorninos sobre la faz de la tierra. Siempre retornan a los lugares de sus pecados terrenales. Con sus infalibles flechas envenenadas matan gatos, perros, ovejas y vacunos de los hombres. Libran batallas en el aire comolos hombres sobre la tierra. En las noches escarchadas, luminosas, se les puede oír y ver, cómo sus ejércitos avanzan unos contra otros y se repliegan, se repliegan y vuelven a avanzar. Después de una batalla su sangre tiñe de rojo farallones y rocas. La palabra *ghairm* significa «grito, llamada», y *sluagh-ghairm* era el grito de guerra de los muertos. Más tarde se convirtió en la palabra slogan. Los gritos de combate de nuestras masas modernasderiva de los de los ejércitos de muertos de las tierras montañosas.

Dos pueblos nórdicos que viven muy separados, los lapones en Europa y los tlingit en Alaska, tienen la misma idea acerca de la *aurora boreal* como batalla. «Los lapones-kolta creen ver en la aurora boreal a los caídos en la guerra, que incluso como espíritus siguen combatiendo entre ellos en el aire. Los lapones rusos ven en la aurora boreal los espíritus de los muertos. Habitan en una casa donde a veces se reúnen; allí se matan entre sí y el suelo se cubre de sangre. La aurora boreal indica que las almas de los asesinados van a iniciar sus batallas. Entre los tlingit en Alaska todos los que mueren de enfermedad y no caen en la guerra, van a los infiernos. Sólo los guerreros valientes muertos en batalla están en el cielo. Éste se abre de vez en cuando para acoger nuevos espíritus. Al chamán los espíritus se le aparecen siempre como guerreros enteramente armados. Estas almas de los caídos aparecen a menudo como aurora boreal, en especial como aquellas llamaradas de aurora boreal que se

hacen visibles como flechas o gavillas y que se mueven yendo y viniendo, que a veces pasan unas junto a otras o intercambian los lugares, lo que recuerda mucho la manera de combatir de los tlingit. Una intensa aurora boreal anuncia, se cree, un gran derramamiento de sangre, porque entonces los guerreros muertos desean nuevos camaradas.»

Según la creencia de los germanos, un enorme número de guerreros se encuentra reunido en Valhalla. Todos los hombres que desde el comienzo del mundo han caído en la batalla llegan a Valhalla. Su número sigue creciendo siempre, pues no hallan fin las guerras. Allí se agasajan y beben, renovándoseles la comida y la bebida continuamente. Cada mañana empuñan sus armas y parten al combate. Juegan a matarse, pero vuelven a incorporarse, pues no se trata de una muerte cierta. Vuelven a entrar en Valhalla por 640 portones en hileras de 800 hombres.

Pero no sólo son los espíritus de los muertos los que los seres vivos imaginan invisibles en grandes cantidades. «Depende del hombre —se dice en un antiguo texto judío— y debería tenerlo muy presente que ningún espacio libre hay entre cielo y tierra, sino que está repleto de bandadas y multitudes. Una parte de ellas es pura, plena de gracia y dulzura; una parte, sin embargo, son seres impuros, predadores y atormentadores. Todos andan volando en el aire: algunos de ellos quieren la paz, algunos buscan la guerra; algunos establecen lo bueno, algunos ocasionan lo malo, algunos traen vida, algunos, sin embargo, la muerte.»

En la religión de los antiguos persas, los demonios constituyen un ejército especial que se encuentra bajo un alto mando propio. Hablando del número incontable de estos demonios en su libro sagrado, el *Zend-Avesta*, se encuentra la siguiente fórmula: «Miles y más miles de millares de demonios. Decenas de miles y más decenas de millares, sus miríadas innumerables».

El medievo cristiano se preocupó seriamente del número de *diablos*. En el *Diálogo sobre los milagros*, de Caesarius de Heister-bach, se informa de que en cierta ocasión llenaron hasta tal punto el coro de una iglesia que perturbaron el canto de los monjes; éstos habían comenzado el *Salmo tercero*: «Señor, cuan numerosos son mis enemigos». Los diablos se echaron a volar de un lado a otro del coro y se mezclaron entre los monjes, que olvidaron por completo lo que estaban cantando y, en su confusión, los de una parte procuraban tapar a gritos la voz de los de la otra. Si tantos diablos se reúnen en un lugar para perturbar una sola misa ¡cuántos no habría entonces en toda la tierra! Pero ya el Evangelio, opina Caesarius, confirma que una legión de ellos entró en un solo hombre.

Un malvado sacerdote, en su lecho de muerte, le dijo a una parienta que estaba junto a él: «¿Ves aquel enorme granero frente a nosotros? Bajo su techo hay tantas briznas de paja como diablos hay ahora reunidos alrededor mío». Allí acechan su alma para llevarla a su castigo. Pero también prueban suerte junto al lecho de muerte de los píos. Durante el entierro de una bondadosa abadesa había más diablos reunidos alrededor de ella que hojas en los árboles de un extenso bosque. En torno a un abate moribundo eran más que la arena a orillas del mar. Estos datos se deben a un diablo que estuvo personalmente y que dio cuenta de ello a un caballero que mantuvo una conversación con él. No ocultó su decepción respecto a sus vanos esfuerzos y confesó que, ya con ocasión de la muerte de Cristo, había estado sentado sobre un brazo de la cruz.

Como se ve, la insistencia de estos diablos es tan enorme como su número. Cuando el abate cisterciense Richalm cerraba los ojos, los veía densos como polvo por todas partes. Ha habido estimaciones más precisas de su número. Entre éstas conozco dos que difieren mucho entre sí: una de la cifra de 44.635.569 y la otra de once billones.

Contrastando enormemente con lo anterior se encuentra la idea que cada uno se hace de los ángeles y bienaventurados. Aquí todo es calma, ya nada se desea alcanzar, pues se ha llegado a la meta. Pero también ellos están reunidos formando ejércitos celestiales, «sinnúmero de ángeles, patriarcas, profetas, apóstoles, mártires, confesos, vírgenes y otros justos». Alineados en grandes círculos están en torno de su señor, como los súbditos de una corte vueltos hacia su rey. Una cabeza junto a otra, besando su dicha en la cercanía al señor. Han sido aceptados para siempre a su lado; están sumidos en su contemplación y lo alaban. Lo único que todavía hacen, lo realizan en común.

El espíritu de los creyentes está poblado de tales ideas de masasinvisibles tanto a los muertos, como a los diablos o a los santos, se los imagina en grandes mesnadas agrupadas. Podría decirse que las religiones comienzan con estas masas invisibles. Su sedimentación es distinta, en cada creencia se configura un equilibrio particular para ellas. Sería posible y muy deseable realizar una clasificación de las religiones por la manera en que manipulan sus masas invisibles. Las religiones superiores, en cuya denominación se incluyen las que han alcanzado vigencia general, nos muestran una enorme seguridad y claridad en la materia. A las masas invisibles, que mantienen vivas en sus sermones, se unen los temores y deseos de los hombres. Estos invisibles forman la sangre de la fe. Apenas van perdiendo su fuerza, la fe se debilita, pero continuamente nuevas mesnadas ocupan el lugar de las anteriores.

De una de tales masas —y quizá sea la más importante— no se ha hablado aún. Es la única que también a nosotros, hombres de hoy, a despecho de su invisibilidad, nos parece natural: se trata de la descendencia. Un hombre es capaz de conocer dos o quizá incluso tresgeneraciones. Precisamente en su infinitud la descendencia no es visible para nadie. Se sabe que tiene que aumentar, primero poco a poco, luego con creciente aceleración. Tribus y pueblos enteros se

remontan a un patriarca, y de las promesas que le son dadas a éste, es visible qué buenos pero, ante todo, cuántos descendientes desea: numerosos como las estrellas del cielo y como la arena del mar. En el *Shi-King*, el cancionero clásico de los chinos, se halla una poesía, en la que la descendencia es comparada con una nube de langostas:

Los élitros de las langostas dicen: ¡Puja, puja!
¡Oh! ¡quiera que tus hijos y tus nietos
estén allí en incontable ejército!

Los élitros de las langostas dicen: ¡Ata, ata!
¡Oh! ¡quiera que tus hijos y tus nietos
sucédanse en líneas y sin término!

Los élitros de las langostas dicen: ¡Une, une!
¡Oh! ¡quiera que tus hijos y tus nietos
por siempre sean uno en tu séquito!

El gran número, la no interrupción en la sucesión —es decir, una especie de densidad a lo largo del tiempo— y la unidad son los tres deseos para la descendencia que aquí se expresa. La nube de langostas como símbolo dé la masa de descendientes es especialmente impresionante, porque los animales aquí no se mencionan como bichos dañinos, sino que precisamente debido al vigor de su multiplicación se los considera como algo ejemplar.

El sentimiento de la descendencia está hoy tan vivo como estuvo siempre. Mas la idea de lo masivo se ha desligado de la idea de la descendencia y se ha transferido a la humanidad futura en conjunto. Para la mayoría de nosotros los ejércitos de los muertos han llegado a ser una superstición vana. Pero se considera una preocupación noble y en ningún caso ociosa presentir la masa de los no nacidos, desearles el bien y preparar una vida mejor y más justa para ellos. Dentro de la inquietud común respecto al porvenir de la tierra este sentimiento para con los no nacidos es de la mayor importancia.

Puede ser que la repugnancia ante su eliminación, que la idea que tenemos de lo que llegarán a padecer si llevamos adelante las posibilidades bélicas del momento, conduzcan, más que todos los temores privados, a la supresión de estas guerras y de la guerra en general.

Si ahora se piensa aún en el destino de las masas invisibles de las que estamos tratando, se puede afirmar que algunas de ellas han desaparecido en gran medida, otras por completo. A las últimas pertenecen los diablos, en su forma familiar, que a pesar de sus anteriores cantidades ya no se los encuentra por ninguna parte.

Sin embargo han dejado su huella. De su *pequeñez* podríamos citar no pocos testimonios sorprendentes de la época de su mayor florecimiento, de Caesarius de Heisterbach, por ejemplo. Desde entonces han abandonado todos los rasgos que puedan recordar a la figura humana y se han empequeñecido más aún. De otra forma muy distinta, y en mucha mayor cantidad, han vuelto a aparecer en el siglo XIX, como bacilos. En lugar de acosar el alma, su ataque va dirigido contra el cuerpo del hombre. A éste, eso sí, pueden resultarle harto peligrosos. Pocos hombres han mirado a través de un microscopio y los han podido ver. Pero todos los que han oído hablar de ellos son conscientes de su presencia y se esfuerzan por no entrar en contacto con los mismos: dada su invisibilidad se trata de una empresa un tanto vaga. Su peligrosidad y la concentración de tan gran número en un espacio muy pequeño lo han tomado, sin duda, de los diablos.

Una masa invisible, que siempre existió, pero que sólo se reconoció como tal desde que hay microscopios, es la del esperma. Doscientos millones de estos animalitos espermáticos se ponen en camino al mismo tiempo. Son iguales entre sí y están reunidos en enorme densidad. Todos tienen una meta, y a excepción de uno, los demás perecen en el camino. Podría aducirse que no son seres humanos y

que aquí en el fondo uno no debería hablar de masa en el sentido descrito. Pero tal objeción no nos proporciona la clave del asunto. Cada uno de estos animalitos espermáticos trae consigo todo lo que se conserva de los ancestros. Contiene a los ancestros, es los ancestros. Es una tremenda sorpresa volver a encontrarlos aquí, entre una existencia humana y la otra, bajo forma totalmente diferente: todos ellos incluidos en una minúscula e invisible criatura, y esta criatura en números tan inconmensurables.

CLASIFICACIÓN SEGÚN LA DOMINANTE AFECTIVA

Las masas conocidas están dominadas por los afectos más diversos. De la especie de estos afectos apenas se ha hablado todavía. La primera intención de la investigación iba dirigida a realizar una clasificación según principios formales. Que la masa sea abierta o cerrada, lenta o rápida, invisible o visible nos dice muy poco de lo que siente, de su contenido.

Sin embargo, tal contenido no aparece nunca en estado puro. Ya se conocen las ocasiones en las que la masa pasa por una serie de afectos que se suceden a toda prisa. Los hombres se pueden pasar horas y horas en el teatro, y las vivencias que allí tienen en conjunto son de la más variada especie. En el concierto sus emociones están aún más desprendidas de la ocasión que en el teatro; podría decirse que aquí alcanzan su grado extremo de variedad. Pero estas ocasiones son artificiales; su riqueza es un producto final de culturas evolucionadas y complejas. Su efecto es mesurado. Los extremos se anulan uno al otro. Estas disposiciones sirven por lo común a un apaciguamiento y a una disminución de pasiones a las que se sienten entregados hombres solos.

Las principales formas afectivas de la masa se remontan, en cambio, mucho más atrás. Aparecen muy temprano, su historia es tan antigua como la de la humanidad misma y dos de ellas son aún más antiguas. Cada una de ellas se caracteriza por un matiz uniforme,

una sola pasión principal la domina. Una vez que han sido delimitadas con claridad es imposible volver ya a confundirlas entre sí.

En lo sucesivo distinguiremos por su contenido afectivo cinco tipos de masa. La de acoso y la masa de fuga son las dos más antiguas. Se dan tanto entre los animales como en el hombre, y es verosímil que su formación entre hombres se haya vueltoanutrir siempre de modelos animales. La de prohibición, la cíe reversión y la masa festiva son específicamente humanas. Una descripción de estas cinco especies principales es indispensable y su interpretación puede tener considerable alcance.

MASAS DE ACOSO

La masa de acoso se constituye teniendo como finalidad la consecución de una meta con toda rapidez. Le es conocida y está señalada con precisión; además se encuentra próxima. Sale a matar y sabe a quién quiere matar. Con una decisión sin parangón avanza hacia la meta; es imposible privarla de ella. Basta dar a conocer tal meta, basta comunicar quién debe morir, para que la masa se forme. La concentración para matar es de índole particular y no hay ninguna que la supere en intensidad. Cada cual quiere participar en ello, cada cual golpea. Para poder asestar su golpe cada cual se abre paso hasta las proximidades inmediatas de la víctima. Si no puede golpear, quiere ver cómo golpean los demás. Todos los brazos salen como de una y la misma criatura. Pero los brazos que golpean, tienen más valor y más peso. La meta lo es todo. La víctima es la meta, pero también es el punto de la máxima densidad: reúne las acciones de todos en sí misma. Meta y densidad coinciden.

Razón importante del rápido crecimiento de la masa de acoso es la ausencia de peligro de la empresa. No hay peligro pues la superioridad del lado de la masa es total. La víctima nada puede hacer. Huye o perece. No puede golpear, en su impotencia es tan

sólo víctima. Pero también ha sido entregada a su perdición. Está destinada, nadie ha de temer sanción por su muerte. El asesinato permitido reemplaza a todos los asesinatos de los que uno debe abstenerse y por cuya ejecución han de temerse duras penas. Un asesinato sin riesgo, permitido, recomendado y compartido con muchos otros implica una sensación irresistible para la gran mayoría de los hombres. Sobre esto cabe decir que la amenaza de muerte que pende sobre todos los hombres y que bajo diferentes disfraces está siempre activa, aunque nos enfrentemos con ella continuamente, hace necesaria una derivación de la muerte sobre otros. La formación de masas de acoso responde a esta necesidad.

Es una empresa tan fácil, y se desarrolla con tanta rapidez, que hay que darse prisa para llegar a tiempo. La prisa, la euforia y la seguridad de una masa tal tiene algo de inquietante. Es la excitación de ciegos que están más ciegos cuando de pronto creen ver. La masa va al sacrificio y a la ejecución para deshacerse de la muerte de todos aquellos por quienes está constituida, de una vez por todas. Lo que realmente sucede es lo contrario de lo que se esperaba. Por la ejecución, pero sólo después de ella, se siente más que nunca amenazada por la muerte. Se desintegra y se dispersa en una especie de fuga. Mientras más elevada sea la categoría de la víctima, mayor es su miedo. Sólo puede mantenerse cohesionada si una serie de hechos idénticos se suceden con gran rapidez.

La masa de acoso es muy antigua, se remonta a la unidad dinámica más primitiva que se conoce entre los hombres: la muta de caza. De las mutas, que son pequeñas y que, además, se diferencian mucho de las masas, se hablará con más precisión más adelante. Aquí sólo trataremos algunas ocasiones generales que dan lugar a la constitución de masas de acoso.

Entre los tipos de muerte que una horda o un pueblo impone a un individuo pueden distinguirse dos formas principales: una es la

expulsión. El individuo es abandonado, expuesto inerme a las fieras o a una muerte por inanición. El grupo, al que antes perteneció, ya nada tiene que ver con él; no les está permitido albergarlo y no deben ofrecerle alimento. Toda comunidad con él los contamina y los hace culpables. Esta soledad en su forma más rigurosa es aquí el castigo extremo: la separación del grupo de pertenencia que, especialmente en relaciones primitivas, sólo muy pocos son capaces de soportar. Una derivación de este aislamiento es la entrega al enemigo. Cuando se trata de hombres y se efectúa sin combate aparece como particularmente cruel y humillante, como una doble muerte.

La otra forma es la de matar colectivamente. Se conduce al condenado a campo abierto y se le apedrea. Todos participan en esta muerte; alcanzado por las piedras de todos, el culpable se desploma. Nadie está delegado como ejecutor, toda la comunidad mata. Las piedras están en lugar de la comunidad, son el recuerdo de su decisión y de su acto. Donde se ha perdido el uso de lapidar, subsiste esta inclinación al matar colectivamente. La muerte por el juego se puede comparar con ello: el fuego actúa en lugar de la muchedumbre que deseó la muerte del condenado. La víctima es alcanzada por las llamas, en todo su cuerpo; podría decirse que se ve atacada y muerta por todas partes. En las religiones infernales se añade algo más: con la muerte colectiva por el fuego, que es un símbolo para la masa, se relaciona la idea de la expulsión, es decir, el infierno, la entrega en manos de los enemigos infernales. Las llamas del infierno alcanzan hasta la tierra y acaban con el hereje que les corresponde. El asaeteamiento, el fusilamiento de un condenado a muerte por un pelotón de soldados contiene al grupo ejecutor como delegados de la sociedad. En el entierro de hombres en un hormiguero, conocido en África y en otras partes, se deja a las hormigas, que reemplazan a una masa numerosa, el vergonzoso negocio.

Todas las formas de la ejecución pública dependen del viejo ejercicio de matar colectivamente. El verdadero verdugo es la masa, que se reúne en torno del cadalso. Ella aprueba el espectáculo; en apasionado impulso afluye desde muy lejos para presenciarlo de principio a fin. Quiere que suceda y no se deja arrebatar la víctima con agrado. El relato de la condena de Cristo toca este hecho en su esencia. El «¡crucificado!» sale de la masa. Es ella lo propiamente activo; en otros tiempos ella misma se habría encargado de todo y hubiera apedreado a Cristo. El juicio que comúnmente se lleva a cabo ante un grupo limitado de hombres, representa a la gran multitud que luego presencia la ejecución. La sentencia de muerte que, pronunciada en nombre de la justicia, suena abstracta e irreal, se convierte en algo claro cuando es ejecutada ante la multitud. Porque es precisamente ella la que dicta justicia, y con lo público de la justicia uno se refiere a la masa.

El medievo ejecuta sus ajusticiamientos con solemne pompa, y se llevan a cabo con la mayor lentitud posible. Puede darse el caso de que la víctima exhorte a los espectadores con discursos edificantes. En el último momento se preocupa por su suerte y les aconseja que por nada del mundo hagan lo que ella. Les muestra a dónde se llega con una vida tal. La masa se siente muy halagada por su previsión, y quizá conceda a la víctima una última satisfacción; estar una vez más como igual entre ellos, ser un bueno como ellos, que junto a ellos deja su vida pasada y la condena. El arrepentimiento de malhechores o infieles a la vista de la muerte, que los eclesiásticos buscan por todos los medios debido a la pretextada intención de salvar las almas, tiene también este sentido: la de convertir a la masa de acoso en una futura masa festiva. Cada cual ha de verse confirmado en su buena intención y creer en la recompensa, que le espera dentro de ella.

En tiempos de revolución las ejecuciones se aceleran. El verdugo parisino Samson se siente orgulloso de que sus ayudantes no

necesiten más de «un minuto por persona». Una gran parte de la excitación del estado de ánimo de las masas en tales momentos debe atribuirse a la rápida sucesión de sinnúmero de ejecuciones. A la masa le es importante que el verdugo le muestre la cabeza del ajusticiado. No es otra cosa el abrir de ojos de la descarga. Aquel a quien haya pertenecido esa cabeza está ahora degradado; por el breve instante en que clava sus ojos en la masa es una cabeza como todas las demás. Puede que se haya presentado sobre los hombros de un rey, pero por el fulminante proceso de degradación, a la vista de todos se le ha igualado a las demás. La masa, que aquí está constituida por cabezas de mirada fija, alcanza la sensación de su igualdad en un abrir y cerrar de ojos, en que a su vez la cabeza les mira fijamente. Cuanto más poderoso haya sido el ajusticiado, cuanto más grande la distancia que antes lo separaba de ella, tanto mayor es la excitación de su descarga. Si era un rey o un poderoso parecido, interviene además la satisfacción de la reversión. El derecho a una justicia cruenta, que fue su privilegio por tanto tiempo, ha sido ejercida ahora contra él. Los que antes hacía matar, lo mataron. La importancia de esta reversión no se puede evaluar como excesivamente elevada: hay una forma de la masa que se constituye por mera reversión.

El efecto de la presentación de la cabeza a la muchedumbre en ningún caso se agota en la descarga. Reconociéndola con tremenda violencia como una de las suyas, cayendo, por así decir, entre la multitud y siendo no más que ellos, igualándolos de esta manera a todos, cada uno se ve reflejado en ella. La cabeza cortada es una amenaza. El ojo muerto les ha mirado con tal avidez, que ahora ya no pueden liberarse de él. Dado que la cabeza pertenece a la masa, con su muerte también ella se ve afectada: asustada y enferma de manera misteriosa, comienza a desintegrarse. Es una especie de huida ante ella en la que ahora se dispersa.

La desintegración de la masa de acoso, que ha cobrado su víctima, es particularmente acelerada. Los detentadores del poder son muy conscientes de este hecho. Arrojan una víctima a la masa para detener su crecimiento. Muchas ejecuciones políticas han sido ordenadas con este exclusivo fin. Por otro lado, los portavoces de los partidos radicales a menudo no advierten que, al alcanzar su meta(la ejecución pública de un peligroso enemigo), se hieren más en carne propia que en la del partido enemigo. Puede suceder que, después de una tal ejecución, la masa de sus partidarios se deshaga y qué por largo tiempo o incluso nunca más alcancen su antigua fuerza? Tendremos ocasión de profundizar más en los motivos de este cambio cuando se hable de las mutas y, en especial, de las mutas de lamentación.

La aversión ante el matar colectivamente es de fecha muy reciente, aunque no debe olvidarse que también hoy cada uno participa en las ejecuciones públicas a través del periódico. Sólo que, como todo, es más cómodo. Uno está tranquilamente sentado en su casa y entre cien detalles se puede demorar en aquellos que a uno lo excitan de manera especial. Cuando todo ha pasado, el placer no se ve empañado ni por el más leve vestigio de culpabilidad compartida. Uno no es responsable, ni por la condena, ni por los testigos, ni por su relato ni tampoco por el periódico que imprimió este relato. Pero se está ahora mucho más informado que en épocas anteriores, cuando había que andar y estar de pie durante horas y al fin no se veía más que un poco. En el público de los lectores de diarios se ha mantenido con vida una masa de acoso, moderada, pero, debido a su distancia de los acontecimientos tanto más irresponsable, estaríamos tentados a decir, con una forma más execrable y al mismo tiempo más estable. Como ni siquiera necesita reunirse, se ahorra también su desintegración y de su distracción se encarga la diaria repetición del periódico.

MASAS DE FUGA

La masa de fuga se establece por amenaza. Le es inherente que todo huya, que todo sea arrastrado. EL peligro que lo amenaza a uno es el mismo para todos. Se concentra sobre un determinado lugar. No hace diferencias. Puede amenazar a los habitantes de una ciudad, o a todos los que tienen la misma fe, o a todos los que hablan una y la misma lengua.

Se huye juntos, porque así se huye mejor. La excitación es la misma: la energía de unosacrecienta la de los otros, los hombres avanzan unidos en la misma dirección. Mientras están juntos, perciben el peligro como repartido. Existe la remota idea de que el peligro que se cierne caerá en un lugar. Mientras el enemigo coge a uno los demás pueden escapar. Los flancos de la fuga están al descubierto, pero, extensos como son, es impensable que el peligro ataque a todos a la vez. Entre tantos, nadie supone que *él* va a ser la víctima. Puesto que el único movimiento tiende a la salvación de todos, uno se siente enteramente esperanzado ante la posibilidad de alcanzarla.

Porque lo más llamativo de la fuga de masas es la intensidad de su dirección. La masa, por así decir, se ha convertido toda ella en dirección para alejarse del peligro. Puesto que sólo importa la meta, en la que uno se salva, y el espacio que existe hasta ella, las distancias que antes existían entre los hombres se vuelven irrelevantes. Criaturas muy curiosas y opuestas, que jamás se han juntado, aquí, de pronto, pueden hallarse reunidas. Si bien en la fuga no se advierten sus diferencias, sí las distancias entre ellos. De todas las formas de masa es la de fuga la que más abarca. La imagen desigual que brinda, no sólo resulta de la participación de todos, sino que es confundida también por las velocidades muy distintas que son capaces de desarrollar estos hombres en su fuga. Entre ellos hay jóvenes, viejos, fuertes, débiles, más o menos cargados. Lo abigarrado de esta imagen puede confundir a un observador que esté al margen. Es casual y —comparado con la arrolladora fuerza de la dirección— carente de toda significación.

La energía de la fuga se multiplica mientras cada integrante reconozca a los otros: los puede empujar hacia adelante, pero no echarlos a un lado. Mas en el instante en que solo se está pendiente de uno mismo y cada cual percibe a quienes lo rodean únicamente como obstáculo, cambia el carácter de la fuga en masa y se convierte en su contrario: se transforma en pánico,, en una lucha de cada uno contra todos los demás que se encuentran en su camino. Con mayor frecuencia se llega a una reversión cuando la dirección de la fuga es perturbada repetidas veces. Basta cortarle el camino a la masa para que estalle en otra dirección. Si se le vuelve a cortar el camino una y otra vez, al final ya no sabe dónde encaminarse. Errabunda de dirección, se alterará así su consistencia. El peligro, que hasta ahora tuvo un efecto aligerante y unificador, levanta a uno como enemigo del *otro*, y cada cual intenta salvarse por sí mismo.

La fuga en masa, en cambio, en oposición al pánico, extrae su energía de su cohesión. Mientras no se deje dispersar por nada, mientras perdure en su inagotabilidad, como una poderosa corriente que no se subdivide, también el miedo que la impulsa es soportable. Una especie de euforia caracteriza a la fuga en masa, no bien se ha puesto en marcha: la euforia del movimiento común. Nadie está menos expuesto que el otro, y si bien cada uno corre o cabalga con la mayor rapidez para ponerse a salvo, sin embargo tiene su puesto en el conjunto que reconoce al que se debate en medio de la agitación general.

En el transcurso de la fuga, que puede extenderse durante días y semanas, algunos quedan atrás, porque su fuerza les abandona, o porque son alcanzados por el enemigo. Cada uno que cae significa un aliciente para los demás a proseguir. El destino que lo alcanzó los exceptuó a ellos. El alcanzado es una víctima, fue sacrificado al peligro. Por importante que siempre haya sido para uno personalmente como cofugitivo, como caído se ha hecho aún más importante para todos. El verlo da nuevas fuerzas a los que

desfallecen. Él era más débil que ellos, el peligro lo tenía designado. El aislamiento en que queda atrás, en el que aún lo divisan por breve rato, realza para los demás el valor de la cohesión. No se puede exagerar la importancia del caído para la consistencia de la fuga.

El fin natural de la fuga es alcanzar la meta. Cuando consigue unanueva seguridad la masa vuelve a disolverse. Pero el peligro también puede ser abolido en su fuente. Se declara un armisticio, y la ciudad de la que se huía deja de estar amenazada. Se vuelve de uno en uno, aunque se huyó en grupo, y todo vuelve a estar tan separado como lo estuvo antes. Pero existe todavía una tercera posibilidad que puede designarse como un insumirse de la fuga en la arena. La meta está demasiado lejana, el medio es hostil, la gente pasa hambre, se debilita y se cansa. En lugar de unos pocos son cientos y miles los que quedan tendidos. Esta descomposición física comienza muy poco a poco, y el movimiento original se mantiene durante un tiempo infinitamente superior. Los hombres se arrastran todavía cuando ya se ha esfumado toda posibilidad de salvación. De todas las variantes de la masa la más tenazes la de fuga; en ella, los últimos componentes permanecen juntos hasta el momento final.

No escasean ejemplos de fuga de masa. Nuestro tiempo ha vuelto a hacerse muy rico en ellas. Hasta los sucesos de la pasada guerra se habría pensado antes que nada en el destino de la «*Grande Armée*» de Napoleón en su retirada de Rusia. Es el caso más grandioso: la composición de este ejército por hombres de tantos idiomas diferentes, el terrible invierno, la enorme distancia que la mayoría de ellos debió recorrer a pie; esta retirada, que habría de degenerar en una fuga de masa, es conocida en todos sus detalles. La fuga de una metrópoli en tales proporciones se conoció «sin duda por primera vez cuando los alemanes se aproximaban a París en 1940. El célebre *exode* no duró mucho, ya que luego se alcanzó el armisticio. Pero la intensidad y magnitud de este movimiento fueron tales que llegó a ser para los franceses el recuerdo de masa central de la última guerra.

No acumularemos aquí los ejemplos de época reciente. Todavía están frescos en la memoria de todos. Pero bien merece la pena destacar que la fuga de masa fue desde siempre conocida por el hombre, incluso cuando aún moraba en grupos muy reducidos. Ya desempeñaba un papel en su imaginación antes que por su número fuera posible que se diese. Se recuerda aquella visión de un chamán esquimal:

«El espacio celeste está lleno de seres desnudos que vienen volando por el aire. Seres humanos, hombres desnudos, mujeres des-nudas, que van volando y atizan tormenta y nevasca. ¿Oís el silbido? Zumba como el aletazo de grandes aves arriba, en el aire. ¡Ése es el miedo de humanos desnudos, ésa es la fuga de humanos desnudos!»

MASAS DE PROHIBICIÓN

Una clase especial de masa se configura mediante una prohibición: muchos ya *no* quierenhacer lo que hasta ese momento han estado haciendo como individuos. La prohibición es repentina; se la imponen ellos mismos. Puede ser una prohibición antigua que hubiera caído en el olvido; o una que se exhuma cada cierto tiempo. Pero también puede ser una completamente nueva. En todo caso golpea con la mayor fuerza. Tiene lo absoluto de una orden, pero en ella lo decisivo es su carácter negativo. Nunca viene realmente desde fuera, aunque tenga la apariencia contraria. Siempre surge de una necesidad de los propios afectados. En cuanto se pronuncia la prohibición comienza a formarse la masa. Todos se niegan a hacer lo que un mundo exterior espera de ellos. Lo que, hasta ahora, han hecho sin mucho alarde, como si les fuera connatural y nada difícil, de pronto no lo hacen por ningún motivo. En la determinación de su negativa se puede reconocer su solidaridad. La negativa que impone la prohibición se contagia a la masa desde el instante de su nacimiento y sigue siendo, mientras subsiste, su rasgo esencial. Así, también podría hablarse de una masa negativa. La resistencia es el

elemento que la configura: la prohibición es una frontera y un dique; nada debe cruzar aquélla, nada desbordar éste. Uno vigila al otro para ver si sigue siendo una parte del dique. Quien cede y transgrede laprohibición es repudiado por losotros.

El mejor ejemplo de la masa negativao de prohibición, en nuestra época es la huelga. Los trabajadores están habituados a realizar su trabajo regularmente, a ciertas horas. Cumplen tareas de la más diversa especie, uno tiene que hacer esto, el otro algo muy distinto. Pero a una y la misma hora se presentan, y a una y la misma hora abandonan el lugar de trabajo. Son iguales en función de este momento común del presentarse y retirarse. Los más realizan su trabajo con la mano. Se encuentran próximos también en otro punto, en el hecho de la remuneración de su trabajo. Pero según lo que rindan, los salarios son distintos. Su igualdad, por cierto, no va muy lejos y no basta para llevar a la formación de masa. Pero cuando se llega a la huelga, los trabajadores se convierten en iguales de una manera más unificadora: en la negativa de seguir trabajando. La prohibición del trabajo genera una actitud aguda y resistente.

El momento del paro es un gran momento, glorificado en los himnos de los trabajadores. Contribuye en gran manera al sentimiento de alivio con el que empieza la huelga para los trabajadores. Su igualdad ficticia, de la que se les habla, pero que ciertamente no va más allá del uso de sus manos, se hace de pronto real. Mientras trabajaban tenían que hacer cosas de la más variada especie y todo leshabía sido prescrito. Cuando suspenden el trabajo hacen todos lo mismo. Es como si todos dejaran al mismo tiempo los brazos caídos, como si ahora tuvieran que empeñar todas sus fuerzas en no volver a alzarlos, indiferentes al hambre que pase su gente. El suspender el trabajo iguala a los trabajadores. Medida con el efecto de ese instante, su reivindicación concreta tiene poco peso. Puede que el objetivo de la huelga sea un aumento de salario, y es

cierto que en función de ese objetivo se sienten unidos. Pero por sí solo no bastaría para formarlos en masa.

Los brazos que caen tienen un efecto contagioso sobre otros-brazos. Lo que no hacen se le comunica a toda la sociedad. La huelga que se expande por «simpatía», les impide a otros, que originalmente no pensaban en un paro, seguir en pos de su ocupación acostumbrada. El sentido de la huelga es el de que ya nadie debe hacer algo, mientras los trabajadores persistan en no hacer nada; y cuanto mayor resultado alcance esa intención, tanto más probabilidad tienen de ganar la huelga.

Dentro de la propia huelga es importante que cada uno se atenga a la consigna de prohibición. Se llega espontáneamente a la creación de una organización desde el interior de la masa misma. Tiene la función de un estado que nace con plena conciencia de su fugaz existencia y en el que rigen solamente unas pocas leyes; éstas, eso sí, respetadas de la manera más rigurosa. Piquetes vigilan los accesos a la localidad de donde partió la acción: el lugar de trabajo mismo es terreno prohibido. La prohibición que pesa sobre él le sustrae de todo lo cotidiano y le confiere una dignidad especial. La responsabilidad que por él se comparte le convierte en una propiedad común. Como tal, es protegido y se le concede un sentido más elevado. En su vacío y su silencio tiene algo de sacrosanto. Todo aquel que se le aproxima debe ser examinado sobre sus convicciones. Quien viene con intenciones profanas, quien quiere trabajar, es considerado enemigo o traidor.

La organización se encarga de una justa distribución de víveres o dinero. Lo que hay tiene que durar lo más posible. Es importante que cada uno reciba idéntica cantidad. Al más fuerte no se le ocurre que debe recibir más en un caso así; incluso el ávido se dará por satisfecho con agrado. Como por lo común hay muy poco para cada uno y el reparto se desarrolla de manera equitativa, puesto que es

público, este tipo de distribución contribuye al orgullo de la masa debido a su igualdad. Hay algo de enormemente serio y respetable en torno a tal organización. No puede evitarse pensar en el sentido de responsabilidad y en la dignidad de una configuración así, surgida espontáneamente de su medio, cuando se habla del salvajismo y del placer destructivo de la masa. Un estudio de la masa de prohibición es indispensableporel mero hecho de que muestra rasgos muy característicos, inclusoúnicos. Mientras permanece fiel asu esencia es reaciaa toda destrucción.

Es verdad, sin embargo, que no resulta fácil mantenerla en este estado. Cuando las cosas andan mal y la carencia alcanza proporciones difíciles de soportar, especialmente cuando se siente atacada o sitiada, la masa negativa tiende a convertirse en positiva o activa. Después de un tiempo, puede que a los huelguistas, que tan de repente se prohibieron la actividad de sus manos, les cueste gran esfuerzo hacer nada con ellas. Apenas sientan que la unidad de su resistencia está amenazada, se mostrarán inclinados a la destrucción, y antes que nada a la destrucción en la esfera de su propia y acostumbrada actividad. Es aquí donde comienza la tarea más importante de la organización; ha de mantener puro el carácter de la masa de prohibición e impedir toda acción individual positiva. Debe asimismo reconocer cuándo ha llegado el momento de volver a levantar la prohibición a la que la masa debe su existencia. Si su visión corresponde al sentimiento de la masa, al levantar la prohibición debe acordar su propia disolución.

MASAS DE INVERSIÓN

«Mi querido, mi buen amigo, los lobos siempre se han comido a los corderos; esta vez ¿se comerán los corderos a los lobos?» Esta frase se encuentra en una carta que Madame Jullien escribió a su hijo durante la revolución francesa. Contiene, reducida a una concisa fórmula, la esencia de la inversión. Hasta ahora unos pocos

loboshan subyugado a muchos corderos. Ya ha llegado el momento en que los muchos corderos se vuelvan contra los pocos lobos. Se sabe que los corderos no son carnívoros. Pero es que lo notable de la frase reside precisamente en su aparente falta de sentido. Las revoluciones son los tiempos típicos de la inversión. Los que tanto tiempo estuvieron indefensos, de pronto enseñan los dientes, Su número debe compensar lo que les falta en experiencia de maldad. La inversión presupone una sociedad estratificada. La limitación de ciertas clases entre sí, enlaque una tiene más derechos que la otra, debe haber existido durante largo tiempo, debe haberse hecho sentir en la vida cotidiana de los hombres desde bastante tiempo atrás, antes de que surja una necesidad de inversión. El grupo superior tenía el derecho de impartir órdenes al inferior, ya sea porque hubiera llegado al país por conquista y se colocase por encima de los habitantes, o porque la estratificación hubiese surgido de acontecimientos en el interior.

Toda orden deja en aquel que está obligado a ejecutarla un penoso *aguijón*. Sobre la naturaleza de estos aguijones, que son indestructibles, trataremos más adelante. Hombres a quienes se les está dando constantemente órdenes y que están colmados de desazón, experimentan una poderosa pulsión a deshacerse de ella. De dos maneras puede alcanzarse esta liberación: pueden transmitir las órdenes que han recibido de arriba hacia abajo; para eso debe haber inferiores que estén dispuestos a recibir órdenes de ellos. Pero también pueden devolver lo que durante largo tiempo almacenaron y sufrieron de sus superiores a éstos mismos. Un individuo, débil e indefenso como es, tendrá la suerte de alcanzar esta oportunidad en contadas ocasiones. Sin embargo, cuando muchos se encuentran en una masa, puede suceder que resulte lo que les estaba vedado en un nivel individual. Juntos pueden volverse contra aquellos que hasta ahora les han dado órdenes. La situación revolucionaria puede considerarse el estado clásico de tal inversión. Pero la masa, cuya

descarga consiste principalmente en una liberación conjunta de «aguijones-órdenes», debe designarse como *masa de inversión*.

La toma de la Bastilla marca el comienzo de la revolución francesa, pero, de hecho, había comenzado antes con un baño de sangre entre liebres. En mayo de 1789 se habían reunido los Estados Generales en Versalles. Deliberaban sobre la abolición de los derechos feudales, a los que también pertenecía el derecho de caza de la nobleza. El 10 de junio, un mes *antes* de la toma de la Bastilla, Camille Desmoulins, quien como delegado participaba en las reuniones, informa en una carta a su padre: «Los bretones están poniendo en práctica algunos artículos de sus cuadernos de reivindicaciones. Matan las palomas y los animales silvestres. Cincuenta jóvenes se entregan asimismo, aquí en la región, a una devastación sin parangón entre liebres y conejos. Se dice que habrán cazado ante los ojos de los guardas de cuatro a cinco mil piezas en la llanura deSaint-Germain». Los corderos, antes de enfrentarse a los lobos, se vuelven contra las liebres. Antes de la inversión, que se dirige contra los propios superiores, uno se desquita con los de más abajo, con los animales de caza.

El acontecimiento ocurre entonces el día de la Bastilla. Toda la ciudad se provee de armas. El levantamiento va contra la justicia real, encarnada en el edificio atacado y tomado. Son liberados los presos que entonces pueden incorporarse a la masa. El gobernador, responsable de la defensa de la Bastilla, y sus ayudantes son ejecutados. Pero también a los ladrones se los pende del farol. La Bastilla es arrasada y extirpada piedra por piedra. La justicia en sus dos aspectos principales, como sentencia de muerte y como indulto, pasa a manos del pueblo. La inversión —por el momento— se ha consumado.

Masas de este tipo se constituyen en las circunstancias más diversas: puede tratarse de levantamientos de esclavos contrasus señores, de

soldados contra sus oficiales, de gentes de color contra blancos que están instaladosen su medio. Siempre los unos han estado durante mucho tiempo bajo el dominio de los otros. Siempre los insurgentes actúan a partir de sus aguijones acumulados y siempre, por tanto, hay que esperar bastante antes de poder actuar.

Pero una gran parte de lo que se observa en la superficie de las revoluciones se desarrolla, sin embargo, entre masas de acoso. Se da caza a hombres singulares; si se da con ellos se les mata a todos juntos, en forma de tribunal o también sin juicio. Pero en ningún caso la revolución consiste en eso. Con las masas de acoso, que alcanzan rápidamente su fin natural, nunca es suficiente. La inversión, una vez iniciada, sigue siempre adelante. Cada uno busca llegar a una situación en que pueda liberarse de su aguijón. La masa de inversión es un proceso que ataca a toda una sociedad, y si bien quizá tenga éxito inmediato al comienzo, sólo llega al final lenta y dificultosamente. Tan pronto como se atraviesa la masa de acoso que se halla en superficie, lentamente comienza a aparecer desde lo más profundo una inversión.

Pero la inversión puede ser aún mucho más lenta: puede ser promesa del más allá. «Los últimos serán los primeros.» Entre una yotra situación seencuentra la muerte. En el otro mundo se volverá a vivir. Quien fue el más pobre aquí y nada hizo de malo, tanto más valdrá en el otro mundo. Como ser nuevo, nuevo y en mejor situación sigue existiendo. Al creyente le es prometida la liberación de sus problemas. Sin embargo, nada se dice respecto a las circunstancias más precisas de esta liberación; y aunque más tarde todos estén juntos en el más allá, no se hace propiamente referencia a la masa en cuanto substrato de una inversión.

En el centro de este tipo de promesa se halla la idea de la reanimación. Casos de reanimación por Cristo en este mundo se relatan en los evangelios. Los predicadores de los célebres reviváis

en los países anglosajones utilizaron el efecto de muerte y reanimación de muchas maneras. Los pecadores reunidos eran amenazados por ellos con los más espantosos castigos infernales y caían en un indescriptible estado de terror. Veían un enorme lago de fuego y azufre abierto ante sí y la mano del Todopoderoso que les señalaba para arrojarlos a la hórrida sima. Se dice de uno de estos predicadores que la violencia de sus invectivas se veía aumentada por las repugnantes muecas de su cara y el trueno de su voz. Desde 40, 50 o 100 millas a la redonda afluían las gentes desde todas partes para escuchar a estos predicadores. Los hombres traían consigo a sus familias en carretas cubiertas y venían provistos de ropa de cama y de víveres para varios días. Alrededor del año 1800 una parte del estado de Kentucky cayó en un estado febril a causa de este tipo de asambleas. Las reuniones se celebraban al aire libre pues ningún edificio en los estados de aquel entonces habría podido albergar estas monstruosas masas. Veinte mil personas se hallaron reunidas en agosto de 1801 en el mitin de Cañe Ridge. Cien años después no se había borrado su recuerdo en Kentucky.

Los espectadores quedaban aterrados por los predicadores hasta el punto de que caían a tierra y permanecían inmóviles como muertos. Se les amenazaba con las órdenes de Dios. Debido a estas órdenes se precipitaban a la fuga y buscaban la salvación en una especie de muerte aparente. Ésta era la intención consciente y declarada del predicador: «tumbarlos». Todo sucedía como en un campo de batalla, a diestra y siniestra caían por el suelo filas enteras. La comparación con el campo de batalla la hacían los predicadores mismos. Para la inversión moral que querían provocar, les parecía muy apropiado hacer alusión a este último espanto. El éxito de la prédica era medido por el número de «caídos». Un testigo ocular que llevó una contabilidad exacta, nos informa que en el transcurso del mitin de varios días antes citado, unas tres mil personas cayeron al suelo inertes, casi la sexta parte de los presentes. Los caídos eran

transportados a una sala de reuniones vecina. En ningún momento la mitad del piso dejó de estar cubierta de hombres yacientes. Muchos, muchísimos, yacían inmóviles durante horas, incapaces de hablar o de moverse. A veces volvían en sí por unos pocos instantes y, con un profundo gemir, un grito penetrante o una jaculatoria daban a entender que vivían. Algunos tamborileaban contra el suelo con los talones. Otros lanzaban alaridos agónicos y se removían como pescados que se sacan vivos del agua. Algunos rodaban durante horas por el piso. Había otros que, de repente, saltaban frenéticos por encima de los estrados de oradores y de los bancos y se precipitaban al bosque al grito de «¡perdidos!, ¡perdidos!».

Cuando los caídos volvían otra vez en sí, eran otros hombres. Se incorporaban y exclamaban: «¡Redención!» Habían «renacido» y ahora podían iniciar una vida buena y pura. Habían dejado atrás su vieja existencia de pecadores. Pero la conversión sólo era digna de crédito si venía precedida por una especie de muerte.

Se daban también fenómenos de naturaleza menos extremada que actuaban en el mismo sentido. Toda una concentración estalló en llanto. Muchos eran acometidos por irresistibles contracciones convulsivas. Algunos, normalmente grupos de cuatro o cinco, comenzaron a ladrar como perros. Después de algunos años, cuando la excitación adquirió una forma más tranquila, primero unos pocos y luego todo un corro, eran poseídos por una «risa sacra».

Pero todo lo que ocurría, ocurría en la masa. Pocas formas más excitadas y más tensas de ella han llegado a conocimiento.

La inversión a la que se apunta aquí, es diferente a la que se da en las revoluciones. Se trata de la relación de los hombres pararon los mandamientos de Dios. Hasta aquí hanactuado en contra de él. Ahora el terror ante sus castigos ha caído sobre ellos. Este miedo, acrecentado por el predicador por todas las formas posibles, los

lleva a un estado de inconsciencia. Se fingen muertos como algunos animales que pretenden huir; pero su terror es tan grande que en el proceso pierden la conciencia. Cuando vuelven en sí se declaran dispuestos a someterse a las órdenes y prohibiciones de Dios. En cambio, el temor exacerbado él máximo se calma ante su inminente castigo. Podría decirse que este proceso es como el de la domesticación: uno se deja domesticar por el predicador para servir obedientemente a Dios.

Este caso es diametralmente opuesto al de una revolución tal como se lo interpreto arriba. Allá se trataba de "una liberación de aguijones" que uno había ido adquiriendo progresivamente por un largo sometimiento a un señor. Aquí se trata de un sometimiento nuevo bajo los mandamientos de Dios; de una disposición, por lo tanto, a tomar voluntariamente sobre uno todos los aguijones que podrían provenir de ellos. Lees comúna ambos procesos sólo el hecho de la inversión yelescenario psíquico en que tiene lugar: tanto en éste como en aquel caso, la masa.

MASAS FESTIVAS

Quisiera designar un quinto tipo de masa como las masas festivas. Hay muchos manjares en un espacio limitado, y todas las personas que se mueven en esta área precisa pueden participar en la fiesta. Los productos, del cultivo que sea, se exponen en grandes montones. Cien cerdos yacen atados en hilera. Hay montañas de fruta apilada. En enormes recipientes se ha preparado la bebida predilecta y aguarda a los consumidores. Hay más cosas de las que todos juntos pueden consumir, y para ello afluye cada vez más gente. Mientras haya algo, se sirven, y parece como si nunca se pudiese acabar. Hay superfluencia de mujeres para los hombres y superfluencia de hombres para las mujeres. Nada ni nadie amenaza, nada impulsa a la fuga; la vida y el placer están asegurados por lo que dure lafiesta. Muchas prohibiciones y separaciones han sido

suspendidas, se permiten y favorecen los acercamientos personales menos usuales. La atmósfera para el individuo es de distensión yno de descarga. No existe uñameta idéntica para todos y que todos deberían alcanzar unidos. Es la fiesta la meta, y ha sido conseguida. La densidad es muy grande; la igualdad, en cambio, se debe en buena parte a la situación y a la alegría. Uno se mueve entre otros y no con otros. Las cosas que se exponen y se acumulan ante la vista, y aquellas que se recibe, son una parte esencial de la densidad: su núcleo. Primero se reunieron los objetos, y sólo cuando éstos están reunidos, se reúne la gente asu alrededor. Pueden transcurrir años hasta que haya de todo, y puede que se sufran largas privaciones por esta efímera abundancia. Pero se vive pensando en ese instante y se lo provoca a sabiendas como meta. Gentes que por lo general se ven poco, han sido solemnemente invitadas y en grupo. Se marca claramente la llegada de los diversos contingentes y aumenta a saltos la alegría general.

De este estado participa un sentimiento general de que por el goce común en esa fiesta se podrán garantir numerosas fiestas ulteriores. Por danzas rituales y representaciones dramáticas se conmemoran ocasiones precedentes de idéntica naturaleza. Su tradición está incluida en el presente de esta fiesta. Ya porque se conmemore a los fundadores de tales celebraciones, a los héroes culturales dadores de todas las maravillas de que se disfruta, a los antepasados o, como en sociedades más frías, más tardías, sólo a los ricos donantes; en cualquier caso a uno le parece garantizada una futura repetición de ocasiones similares. Una fiesta llama a la otra, y por la densidad de objetos y de hombres se multiplica la vida.

LA DOBLE MASA: HOMBRES Y MUJERES. VIVOS Y MUERTOS

La más segura y, a menudo, la única posibilidad para la masa de conservarse es la existencia de una segunda masa, con la que

compararse. Sea que se enfrenten en el juego y midan fuerzas, o que se amenacen seriamente una a la otra, la visión o la representación intensa de una segunda masa no permite que la primera se desintegre. Mientras las piernas de un lado se mantienen unas junto a otras, los ojos están fijos en otros ojos enfrente. Mientras los brazos se mueven aquí según un ritmo común, los oídos están alertas al grito que esperan desde el otro lado.

Existe una cercanía de la propia gente y se actúa con ella en unidad familiar y natural. Toda curiosidad y expectativa o todo miedo va dirigido contra una segunda aglomeración de hombres que están separados de uno por una clara distancia. Si se les ve al frente su aspecto fascina; si no se les ve, no obstante se les oye. De la acción o intención del segundo grupo depende todo lo que uno mismo hace. El contra-otros influye sobre el nos-otros. La confrontación, que en ambos provoca especial alerta, modifica la naturaleza de la concentración dentro de cada grupo. En tanto los otros no se hayan dispersado, uno mismo debe seguir agrupado. La tensión entre ambas turbas se traduce en presión sobre la propia gente. Cuando se trata de la tensión de un juego ritual, la presión se hace manifiesta como una especie de pudor: se hace todo lo posible por no dejar al descubierto el lado propio ante el contrario. Pero si los adversarios amenazan y realmente está en juego la vida, la presión se transforma en la coraza de una decidida y unida defensa.

En todo caso, una masa mantiene con vida a la otra, lo que presupone que sean más o menos equivalentes en tamaño e intensidad. Para mantenerse como masa no debe tenerse un contrincante demasiado superior o, al menos, no debe creérsele demasiado superior. Si hace su presencia la sensación de inferioridad ante el contrario, la masa buscará la salvación de la fuga y si ésta aparece imposible, la masa se desintegrará en pánico, huyendo cada cual individualmente. Pero no es éste el caso que aquí nos interesa. Para la constitución del sistema de dos masas, como

también podemos denominarlo, ambos bandos deben tener un sentimiento de equilibrio de fuerzas.

Si se quiere comprender la génesis de este sistema debe partirse de tres oposiciones básicas. Aparecen siempre donde haya seres humanos, y todas las sociedades conocidas eran muy conscientes de su presencia. Laprimera y más llamativa oposición es la que existe entre hombres y mujeres; lasegunda aquella entre los vivos y los muertos;la tercera en la que se piensa casi exclusivamente hoy en día al hablar de dos masas que se enfrentan entre sí, es aquella entre amigo y enemigo.

Si se considera la primera división, la que separa a hombres y mujeres, no resulta a primera vista evidente qué podrían tener que ver con la formación de masas especiales. Hombres y mujeres viven juntos en familias. Posiblemente habrá una división de trabajo, pero apenas podemos imaginar que se enfrentan unos y otras en turbas separadas y excitadas. Hay que remontarse a relatos de condiciones de vida más espontáneas para obtener una imagen diferente de la forma de esta oposición.

Jean de Léry, joven hugonote francés, fue testigo en el año 1557 de una gran fiesta entre los tupinambu del Brasil.

«Se nos ordenó permanecer en la casa donde estaban las mujeres. No sabíamos aún qué irían a hacer, cuando de repente comenzó un ruido bastante fuerte en la casa donde estaban los hombres, a unos treinta pasos de nosotros y de las mujeres. Sonaba como un recitado de oraciones.

»Cuando las mujeres, en número de unas doscientas, escucharon el ruido, se pusieron de pie todas de un brinco, aguzaron los oídos y se apretaron estrechamente en un montón. Poco después, los hombres elevaron sus voces. Escuchamos con claridad cómo cantaban todos a coro y repetían muchas veces una interjección para alentarse: "¡Hé,

hé, hé, hé!" Por espacio de más de un cuarto de hora aullaron y chillaron tan fuerte que no sabíamos muy bien qué cara poner.

»Aullando así saltaban al aire con gran violencia, sus pechos temblaban, tenían espuma alrededor de la boca. Algunas caían al suelo desmayadas, como gentes que padecen de epilepsia. Me pareció como si el diablo hubiese entrado en ellas y como si estuviesen todas rabiosas por él.

»Muy cerca de nosotros oíamos el alboroto provocado por los niños que estaban en un recinto separado. A pesar de que ya hacía más de medio año que frecuentaba a los salvajes y que me había acostumbrado bastante a estar entre ellos, estaba —no quiero ocultarlo— lleno de pavor. Me preguntaba cómo se terminaría el asunto, y deseaba encontrarme de vuelta en nuestro fuerte.»

El aquelarre termina por calmarse, las mujeres y los niños enmudecen, y Jean de Léry escucha cantar en coro a los hombres tan maravillosamente bien que no soporta la sensación de pasar sin contemplarlos. Las mujeres procuran retenerlo, pues conocen la prohibición y saben que jamás deben cruzar hacia el lugar donde están los hombres. Sin embargo, logra introducirse furtivamente entre ellos, nada le sucede y junto a otros dos franceses asiste a la fiesta.

Hombres y mujeres están estrictamente separados entre sí, en casas diferentes, pero próximas. No pueden verse, pero, por esa misma situación, un grupo escucha con la mayor atención el ruido del otro. Profieren los mismos gritos y con ellos se exaltan hasta llegar a un estado de excitación de masa común a ambos. Los sucesos esenciales se desarrollan entre los hombres. Pero en el despliegue de la masa coparticipan las mujeres. Es notable cómo a los primeros ruidos que escuchan desde la casa de los hombres, se aprietan en un denso grupo y responden a los gritos salvajes que les llegan de pronto desde allí, cada vez con mayor salvajismo. Están llenas de

miedo porque están encerradas —no deben salir por ningún motivo—, y como no pueden saber qué ocurre entre los hombres, su excitación toma un tinte de índole especial. Saltan hacia arriba como si saltaran fuera. Los rasgos histéricos que nota el observador son típicos de una fuga de masa impracticable. La tendencia natural de las mujeres sería la de huir hacia donde están los hombres, pero como pesa una grave prohibición sobre ello, huyen por decir así en el mismo sitio.

Son notables también las sensaciones del propio Jean de Léry. Comparte la excitación de las mujeres, pero no puede pertenecer realmente a la masa que ellas forman. Es un extraño y es un hombre. En medio de ellas, y sin embargo separado de ellas, debe temer, convertirse en víctima de esta masa.

Que la participación de las mujeres a su manera no es indiferente al otro grupo salta a la vista en otro pasaje del relato. Los hechiceros de la tribu o «caraíbes», como los llama Jean de Léry, prohíben terminantemente a las mujeres abandonar su casa. Pero les ordenan poner cuidadosa atención en el canto de los hombres.

La influencia de las mujeres sobre el grupo de sus hombres puede ser de importancia también si están mucho más separados entre sí. Al éxito de expediciones bélicas las mujeres han contribuido a veces en gran manera. A continuación siguen tres ejemplos, uno de Asia, otro de América y el último de África, de pueblos que nunca han tenido contacto entre sí y que con certeza no tuvieron influencia unos sobre otros.

Entre los kafir del Hindukush las mujeres representan la danza guerrera mientras los hombres están ausentes en una expedición. Así llenan de vigor y coraje a los guerreros, así acrecientan su vigilancia para que no se dejen sorprender por un enemigo.

Entre los jívaros de América del Sur las mujeres se reúnen, mientras sus hombres están en una expedición de guerra, una noche tras otra en determinada casa y allí ejecutan una danza especial. Llevan carracas de conchas de caracol en torno al cuerpo y entonan cantos de conjuro. Se supone que esta danza guerrera de las mujeres posee un poder peculiar: protege a sus padres, esposos e hijos de las lanzas y balas del enemigo, confía también al enemigo que no advierte el peligro hasta que es demasiado tarde, y también le impide vengarse por una derrota.

«Mirary» se llama en Madagascar un antiguo baile de las mujeres que sólo debe bailarse en el instante del combate. Cuando estaba anunciada una batalla, las mujeres eran avisadas por mensajeros. Entonces se soltaban el pelo, comenzaban el baile, y de esta manera establecían una comunicación con los hombres. Cuando los alemanes marchaban sobre París el año 1914, con el fin de proteger a los soldados franceses las mujeres de Tananarive bailaron el Mirari. Parece haber producido efecto a pesar de la gran distancia.

En toda la tierra hay fiestas, en las que mujeres y hombres danzan en grupos separados, pero visibles y por lo común unos en-frente de los otros. Huelga describirlos pues son universalmente conocidos. Me he limitado exclusivamente a la relación de algunos casos más extremos, en los que separación, distancia y también excitación son especialmente notorias. Aquí puede muy bien hablarse de una doble masa que está profundamente arraigada. Ambas masas en este caso están bien predispuestas recíprocamente. La excitación de una ha de favorecer el bienestar y la prosperidad de la otra. Hombres y mujeres pertenecen a un pueblo y dependen unos de otros.

En las leyendas de las amazonas, que de ningún modo se reducen a la antigüedad griega y para las que hay ejemplos incluso entre los nativos de América del Sur, las mujeres se han separado para

siempre de los hombres y les hacen la guerra como un pueblo contra el otro.

Pero antes de volver al estudio de la guerra, en que la esencia peligrosa y aparentemente inevitable de la masa doble encontró su expresión más fuerte, no podemos dejar a un lado la antiquísima oposición entre los vivos y los muertos.

En todo lo que sucede en torno a los que se mueren y de los muertos, es importante la idea de que en el más allá actúa una cantidad mucho mayor de espíritus, entre los que al fin encontrará cobijo el difunto. El lado vivo no entrega de buen grado a sus integrantes. Su pérdida lo debilita y cuando se trata de un hombre en plenitud de facultades, se la acusa como especialmente dolorosa por sus gentes. Se resisten a ello lo mejor que pueden, pero saben que su resistencia no les sirve de mucho. La masa a la que se enfrenta es más fuerte y numerosa y el hombre es atraído hacia ella. Todo lo que se realiza en este mundo, se lleva a cabo con pleno conocimiento de la superioridad del más allá. Debe evitarse todo lo que le irrite. Tiene influencia sobre los vivos y puede perjudicarles en todos los sentidos. Para algunos pueblos la masa de los muertos es el arca de agua de la que surgen las almas de los nuevos vástagos. Depende de ellos el que las mujeres tengan hijos. A veces los espíritus se aproximan en forma de nube y traen la lluvia. Pueden negar las plantas y los animales de los que uno se nutre. Pueden hacer nuevas víctimas entre los vivos. El mismo muerto, que hubo de ser entregado tras dura resistencia, está ya dispuesto a formar parte de aquel poderoso ejército del más allá.

Morir es, pues, un combate, un combate entre dos enemigos de fuerza desigual. Los gritos que uno lanza, las heridas que uno se inflige a uno mismo en medio del luto y la desesperación quizás están pensados también como expresión de este combate. El

muerto debe quedar convencido de que no se le entregó sin resistencia, de que los de acá se batieron por él.

Se trata de un combate muy peculiar. Es un combate perdido de antemano, sin que importe el vigor empleado. Desde un comienzo se huye ante el enemigo y en el fondo sólo se le hace frente para conservar las apariencias, con la esperanza de derrotarle por medio de una escaramuza de retaguardia. El combate se simula también como último tributo para el agonizante, que pronto pasará a engrosar las filas del enemigo. Se trata de conseguir que el muerto, que nos abandona, esté bien dispuesto hacia uno o, al menos, no demasiado en contra, ya que podría estimular a los potenciales enemigos a una nueva y peligrosa expedición de botín si abandonase irritado este mundo.

Lo esencial en este tipo especial de combate entre los muertos y los vivos es su carácter intermitente. Nunca se sabe cuándo volverá a pasar algo. Quizá no suceda nada durante mucho tiempo. Pero uno no puede fiarse de eso. Todo nuevo golpe llega de improviso y desde las tinieblas. No hay declaración de guerra. Después de una muerte todo puede haber terminado. Pero también puede que el ataque continúe, como sucede en tiempos de pestes y epidemias. La retirada es continua y nunca se acaba del todo.

Posteriormente se hablará de la relación entre los vivos. Aquí sólo se trataba de enfocar el problema de una doble masa, cuyas partes mantienen una relación recíproca perpetua.

La tercera forma de la doble masa es la de la guerra. Es la que hoy nos toca más de cerca. Después de las experiencias de este siglo, daríamos cualquier cosa por comprenderla y acabar con ella.

LA DOBLE MASA: LA GUERRA

En las guerras se trata de matar. «Las filas del enemigo fueron diezmadas.» Se trata de un matar por montones. Hay que acabar con

la mayor cantidad posible de enemigos; la peligrosa masa de adversarios vivos ha de convertirse en un montón de muertos. Vence el que mata a más enemigos. En la guerra se enfrenta una masa creciente de vecinos. Su aumento es inquietante en sí. Su amenaza, que ya se halla contenida en el mero crecimiento, desencadena la propia masa agresiva que empuja a la guerra. En su conducción se procura ser siempre superior, es decir, tener siempre en el terreno el grupo más numeroso y aprovechar en todo aspecto la debilidad del contrario, antes que él mismo aumente su número. La forma de conducir la guerra es pues, en detalle, la exacta imagen de aquello que sucede en general: se quiere ser la masa más grande de vivos. En el lado contrario, sin embargo, debe hallarse el montón mayor de muertos. En esta competencia de las masas en crecimiento se halla un motivo de fondo esencial, podría hablarse del motivo de fondo más profundo de las guerras. También pueden hacerse esclavos en vez de muertos, mujeres y niños en especial, que luego sirven precisamente para multiplicar la masa de la propia tribu. Pero la guerra nunca es guerra de verdad si antes no se apunta como objetivo conseguir un montón de muertos enemigos.

Todas las palabras familiares para designar hechos bélicos tanto en las lenguas antiguas como en las nuevas expresan exactamente esta relación. Se habla de «matanza» y «carnicería», se habla de «revés». Mares de sangre tiñen de rojo los ríos. El enemigo deja en el campo hasta el último hombre. Uno mismo se bate «hasta el último hombre». Se entra «a degüello».

Es importante, sin embargo, señalar que el *montón de los muertos* se percibe también como *unidad* y algunas lenguas lo designan con un término especial. La palabra alemana *Walstatt* pata campo de batalla contiene la vieja raíz *wal*, que significa «los que quedaron sobre el campo de sangre». El nórdico antiguo *valr* significa «los cadáveres sobre el campo de sangre»; *valhall* no es otra cosa que «la morada de los guerreros caídos». Por apofonía del antiguo alto alemán *wal* se

formó de la palabra *wuol*, que quiere decir «revés». En el anglosajón en cambio, la palabra correspondiente, *wol*, significa «peste, enfermedad contagiosa». Común a todos estos términos, trátese de los caídos sobre el campo de batalla, de reveses, de peste o enfermedades contagiosas, es la idea de un *montón de muertos*.

Pero esta idea en ningún caso es sólo germánica. Se la encuentra en tocio el mundo. En una visión del profeta Jeremías la tierra entera aparece como un enorme campo de cadáveres en descomposición. «Allá los matados del Señor a un tiempo quedarán tendidos por el suelo desde un cabo de la tierra hasta el otro cabo; no serán plañidos, ni recogidos, ni sepultados; han de yacer sobre el campo y volverse estiércol.»

Al profeta Mahoma le produce un sentimiento tan intenso el montón de sus enemigos muertos que se dirige a ellos en una especie de prédica triunfal. Después de la batalla de Bedr, el primer gran triunfo sobre sus enemigos de la Meca, «hizo arrojar los enemigos muertosen una cisterna. Sólo uno de ellos fue sepultado bajo tierra y piedras, porque estaba tan hinchado, que no pudo quitársele de inmediato la coraza: así quedó él solo, y se le dejó fuera. Cuando los restantes estuvieron en la cisterna, Mahoma se paró delante y exclamó: "¡Oh, vosotros, hombres de la cisterna! ¿Se cumplió la promesa de vuestro señor? ¡Yo encontré cierta la promesa de mi Señor!" Sus compañeros dijeron: "¡Oh, enviado de Dios! ¡Pero es que ellos son cadáveres!" Mahoma replicó: "Ellos saben, no obstante, que la promesa del Señor se hizo cierta"».

Así reunió a todos aquellos que antes no habían querido escuchar sus palabras; en la cisterna están bien guardados y estrechamente unidos. No conozco ejemplo más penetrante que defina esta clase de vida y el carácter masivo que uno atribuye al montón de sus enemigos muertos. Ya no lo amenazan a uno, pero se les puede amenazar. Con ellos se puede ejercer impunemente toda felonía.

Tengan aún o no un sentimiento, se supone que lo tienen para realzar el propio triunfo. Su estar juntos en la cisterna es tal que ninguno podría moverse. Si uno de ellos despertase, no tendría sino muertos alrededor, sus propios hombres lo privarían del aliento; el mundo al que regresaría estaría formado por muertos y consistiría en esos otros que estuvieron más cerca de él.

Entre los pueblos de la antigüedad, los egipcios eran considerados como muy poco guerreros; la energía de su Viejo Imperio se canalizaba más hacia la construcción de las pirámides que hacia las conquistas. A pesar de todo, incluso en ese tiempo llegan también a realizar expediciones bélicas. El siguiente cuadro lo realizó Une, un juez superior que fue nombrado mariscal de campo contra los beduinos por su rey Pepy. Une nos informa de ello en su tumba:

Este ejército fue feliz y despedazó el país de los beduinos.

Este ejército fue feliz y destruyó el país dé los beduinos.

Este ejército fue feliz y tumbó sus torres.

Este ejército fue feliz y cortó sus higueras y parrones.

Este ejército fue feliz y arrojó fuego en todas sus aldeas.

Este ejército fue feliz y allá mató tropas

por muchas decenas de miles.

Este ejército fue feliz y trajo prisioneros de ahí,

una gran cantidad.

El vigoroso cuadro de la destrucción culmina en la línea que os informa de las decenas de miles de enemigos muertos. Los egipcios llevaron a cabo durante el Imperio Nuevo, aunque no por mucho tiempo, una política sistemáticamente agresiva. Ramsés II mantiene prolongadas guerras contra los hititas. En un himno de alabanza se dice de él:

«El que pisotea el país de los hititas y lo convierte en un montón de cadáveres como Sekhmet, cuando se encona en pos de la peste.» Ya en el mito, la leocéfala diosa Sekhmet ha ocasionado entre los hombres rebeldes un terrible baño de sangre. Permanece como diosa de la guerra y de la masacre. El poeta de la alabanza vincula, sin embargo, la representación del montón de cadáveres de los hititas con la de las víctimas de una epidemia; una relación que ya no nos resulta novedosa.

En su célebre crónica sobre la batalla de Kadesh que sostuvo contra los hititas, Ramsés II narra cómo «encontraron que todos los pueblos en los que yo había penetrado yacían como masacre en su propia sangre, con todos los mejores guerreros de los hititas y con los niños y hermanos de su príncipe. Yo había hecho tornarse blanco el campo de Kadesh, y no se podía pisar por su cantidad». Es la cantidad de cadáveres y de sus vestidos blancos, que cambian el color del campo, la frase más terrible y definitoria del resultado de una batalla.

Pero este resultado es tal que sólo logran verlo los combatientes. La batalla se dio en la lejanía, y el pueblo que permanece en la patria también quisiera tener algo del montón de muertos enemigos. Utilizando la imaginación se le proporciona esa satisfacción. Se nos dice del hijo y sucesor de Ramsés II, Merenptah, cómo ganó una gran batalla contra los libios. Todo su campamento con todos sus tesoros y con los parientes de su príncipe cayeron, en manos de los egipcios; después del saqueo se le quemó entero. 9.376 prisioneros completaron el botín. Pero con eso no bastaba todavía; para que el pueblo supiera el número de muertos cortaron a los caídos los órganos sexuales; en caso de que estuvieran circuncidados, se contentaron con las manos y este botín fue transportado a lomos de asnos. Más tarde fue Ramsés III el que tuvo que volver a luchar contra los libios. El número de trofeos en este caso se elevó a 12.535 piezas. Está claro que estas macabras cargas no son otra cosa que el

montón reducido de los muertos enemigos, transportable y hecho visible para todo el pueblo. Cada uno de los caídos aporta algo de su cuerpo al montón; y es importante que como trofeos se asemejen todos.

Otros pueblos se interesaban más por las cabezas. Los asirios ponían precio a la cabeza de cada enemigo; un soldado procuraba conseguir el mayor número posible. Sobre un relieve de la época del rey Assurbanipal puede verse una escena en la que los escribas están de pie en sus grandes tiendas y contabilizan el número de las cabezas cercenadas. Cada soldado acarrea sus cabezas, las tira sobre un montón común, da su nombre y su división y vuelve a partir. Los reyes asirios sentían gran pasión por estos montones de cabezas. Cuando estaban junto al ejército, presidían la entrega de los trofeos y repartían ellos mismos los premios a los soldados. En su ausencia, se hacían llevar todo el montón de cabezas; si ello era imposible debían conformarse con las de los caudillos enemigos.

El objetivo inmediato y muy concreto de la guerra está pues a la vista. No es necesario buscar más ilustraciones de estos hechos. La historia es pródiga en ellos. A veces da la impresión de que preferentemente se ocupa sólo de ellos y no ha sido sin un esfuerzo continuo y repetido que se ha dedicado a recoger también otros recuerdos de la humanidad.

Si tenemos presentes a ambos bandos beligerantes, la guerra ofrece la imagen de dos masas doblemente entrelazadas. Un ejército lo más grande posible procura producir un montón lo más grande posible de enemigos muertos. Vale exactamente lo mismo para el bando contrario. El lazo resulta de que cada participante en una guerra pertenece siempre a dos masas a la vez: para su propia gente pertenece al número de los guerreros vivos; para el contrario al número de los potenciales y deseables muertos.

Para mantener en alto el espíritu bélico es necesario volver a afirmar una y otra vez lo fuerte que se es, es decir, el número de guerreros en que consiste el propio ejército, y cuan grande es ya el número de enemigos muertos. Desde los tiempos más remotos las crónicas de guerra se caracterizan por esta doble estadística: tanta gente propia partió, tantos enemigos están muertos. Se es muy propenso a exageraciones, en especial en cuanto al número de los enemigos muertos.

Mientras se lleva a cabo la guerra, no se admitirá que el número de enemigos vivos sea excesivo. Incluso si es conocido, se calla y se busca paliar este malestar por la distribución de las tropas en combate. Como ya hemos hecho notar con anterioridad, se intenta todo para lograr, por medio de un cambio y una movilidad constante de las divisiones del ejército, una superioridad en el terreno. Sólo después de la guerra se habla de las bajas propias.

El que las guerras puedan durar tanto tiempo, hasta el punto de que aún se mantengan cuando hace mucho que están perdidas, se vincula con la pulsión más profunda de la masa: mantenerse en su estado agudo, no desintegrarse, seguir siendo masa. Este sentimiento es a veces tan fuerte que se prefiere sucumbir a ojos vista, en vez de reconocer la derrota y con ella vivir la descomposición de la masa propia.

¿Cómo viene a darse sin embargo la formación de la masa bélica? ¿Qué es lo que crea en un momento determinado esta increíble cohesión? ¿Qué induce al hombre de repente a arriesgar tanto y todo? Este proceso es aún tan enigmático que debe ser abordado con bastante cautela.

Se trata de una empresa sorprendente. Se decide que se está amenazado de exterminio físico, y se proclama esa amenaza públicamente ante todo el mundo. «Yo puedo ser muerto», se declara, y por dentro se piensa: «porque quiero matar a ése o a

aquél». Ciertamente el acento debería decaer sobre la segunda frase: «Yo quiero matar a ése o a aquél, y por eso puedo morir yo mismo». Pero para empezar una guerra, para su estallido, para la aparición de la conciencia guerrera entre la propia gente sólo se permite hacer pública la primera versión. Sea o no uno el agresor, en realidad siempre se procurará crear la ficción de que se está amenazado.

La amenaza consiste en que alguien se arrogue el derecho de matarlo a uno. Cada uno en el propio bando se encuentra bajo la misma amenaza: ella los iguala a todos, la amenaza se dirige a cada uno. A partir deun determinado momento, que para todos es el mismo, aquel de la declaración de guerra, a todos les puede ocurrir lo mismo. El exterminio físico, del que uno se siente habitualmente protegido por la propia sociedad, precisamente por su pertenencia a ella, se le encuentra ahora muy próximo. Se ha decretado a un tiempo la más terrible amenaza sobre todos los que se cuentan en un mismo pueblo. Mil personas, a cada una de las cuales, por separado, pero en el mismo instante, se les dijo: «Tú has de morir», se unen para desviar el peligro de muerte. Procuran atraer rápidamente a todos los que podrían caer bajo la misma amenaza; se reúnen en gran densidad y, para su defensa, se someten a una dirección común de acción.

Los afectados de ambos lados se sienten unidos por lo general muy pronto, bien físicamente, bien en idea y sentimiento. El estallido de una guerra es antes que nada el estallido de dos masas. Apenas se han constituido, la suprema intención de cada una de estas masas es mantenerse como convicción y acción. Renunciar a ellas equivaldría al abandono de la vida misma. La masa guerrera actúa siempre como si todo *fuera* de ella fuese *muerte*, y el individuo, por muchas guerras a que haya sobrevivido, volverá a sucumbir a la misma ilusión en otra nueva sin oponer resistencia.

La muerte, por la que en realidad cada uno está siempre amenazado, debe ser anunciada como sentencia colectiva para que sea enfrentada en forma activa. Hay, por así decir, épocas declaradas de muerte en las que se vuelve sobre un determinado grupo escogido arbitrariamente como total. «Ahora es contra todos los franceses» o «ahora es contra todos los alemanes». El entusiasmo con que los seres humanos reciben semejante declaración tiene su raíz en la cobardía del individuo ante la muerte. Nadie desea enfrentarse a ella solo. Es ya más fácil hacerlo por parejas, cuando dos enemigos ejecutan la sentencia recíprocamente; y ya no se trata de la misma muerte cuando van miles juntos a su encuentro. Lo peor que puede pasarle a los hombres en una guerra, el que perezcan juntos, les ahorra la muerte como individuos, que temen por encima de todo.

Sin embargo, no creen que llegue a ocurrir lo peor. Ven una posibilidad de desviar y traspasar la sentencia colectiva que ha sido dictaminada sobre ellos. Su para-muertes es el enemigo, y todo lo que deben hacer es adelantársele. Sólo hay que ser lo suficientemente rápido y no vacilar ni un instante con el negocio de la muerte. El enemigo viene como anillo al dedo, pues él fue quien pronunció la sentencia, él dijo «¡morid!» primero. Sobre él recae lo que él mismo dirigió contra los demás. Siempre es el enemigo el que empezó. Si quizá no fue el primero en decirlo, al menos lo planeaba, y si no lo planeaba, ya lo había pensado para sus adentros; incluso si aún no la había pensado lo habría pensado en breve plazo. La muerte como deseo existe por todas partes y no hay que ir al fondo del hombre para sacarla.

La notable e inconfundible alta tensión, típica de todos los sucesos bélicos, tiene dos causas: querer adelantarse a la muerte y actuar en masa. Sin lo último no se tiene la menor perspectiva de éxito en lo primero. Mientras dure la guerra hay que permanecer siendo masa; y la guerra verdaderamente llega a su fin cuando se deja de serlo. La perspectiva de cierta esperanza de vida que se ofrece a la masa como

tal ha contribuido en mucho a la estima de las guerras. Puede demostrarse que su densidad y duración en tiempos modernos está relacionada con las dobles masas, mucho mayores, que se ven colmadas por la convicción bélica.

CRISTALES DE MASA

Por cristales de masa designo pequeños y rígidos grupos de hombres, fijamente limitados y de gran constancia, que sirven para' desencadenar masas. Es importante que estos grupos sean fácilmente controlables, que se les abarque de una ojeada. Su unidad es mucho más importante que su tamaño. Su función debe ser familiar; es precisó saber para qué están. Una duda respecto a su función les privaría de todo sentido; lo mejor es que siempre se mantengan iguales a sí mismos. No han de ser confundidos. Un uniforme o un determinado local de ejecuciones les resulta muy conveniente.

El cristal de masas es duradero. Nunca varía de tamaño. Sus integrantes han sido enseñados para su quehacer o convicción. Pueden tener funciones repartidas como en una orquesta, pero es importante que se manifiesten como una totalidad. Quien los ve o los vive debe sentir, ante todo, que nunca se desintegrarán. Su vida fuera del cristal no cuenta. Incluso cuando se trate de una profesión, como en el caso del músico de orquesta, nunca se pensará en su existencia privada: ellos son la orquesta. En otros casos están uniformados, sólo así se los ve juntos. Se convierten en hombres muy distintos cuando dejan el uniforme. Soldados y monjes pueden ser considerados como la forma más importante de esta especie. Aquí el uniforme expresa que los integrantes de un cristal moran juntos; aun cuando aparecen por separado, siempre se piensa en la sólida unidad a la que pertenecen: el convento o la división de ejército.

La claridad, el aislamiento y la constancia del cristal está en agudo e inquietante contraste con los agitados fenómenos en la masa misma. El proceso 'de crecimiento rápido e incontrolable y la amenaza de desintegración, que confieren a la masa su particular inquietud, no están activos dentro del cristal. Incluso en los momentos demayor agitación siempre se destacan de ella. Cualquiera sea la masa a la que da origen y por mucho que parezca amalgamarse en ella, nunca perderá totalmente el sentimiento de su singularidad y tras la desintegración de la masa volverá a reunirse de inmediato.

La masa cerrada no sólo se distingue del cristal por su mayor magnitud, también posee un sentimiento más espontáneo de sí misma y no puede permitirse una distribución seria de funciones. La masa no tiene en común con el cristal más que su limitación y repetición regular. Pero en el cristal todo es límite; todos los que le integran están constituidos como límite. Por el contrario, a la masa cerrada se le coloca un límite por fuera, quizás en la forma y el tamaño del edificio en el que se reúne. Dentro de ese límite, el lugar en que cada uno que la integra se encuentra con los demás,permanece fluida, y, por ello, en cualquier momento son posibles las sorpresas, las actitudes imprevistas y cambiantes. Siempre, aun en esta constitución limitada, puede alcanzar un grado de densidad e intensidad que conduce a su estallido. El cristal de masa en cambio es totalmente estático. Sus actividades están prefijadas: Es muy consciente de cada manifestación o movimiento.

También la permanencia histórica del cristal de masa es sorprendente. Si bien se configuran formas nuevas, sin embargo, las viejas permanecen siempre junto a ellas en su obstinación. Puede que por momentos pasen a segundo plano y pierdan en nitidez e indispensabilidad. Las masas, que pertenecían a ellas, quizá se hayan extinguido o se les haya reprimido totalmente. Como grupos inofensivos, sin lograr influir en nada sobre el exterior, los cristales siguen viviendo entonces para sí. Pequeños grupos de comunidades

religiosas subsisten en países que en general han cambiado de creencia. En el momento en que se les necesita vuelven con seguridad, en número igual a las masas que hayan surgido y cuya excitación y desencadenamiento pueden ser apropiados. Todos los rígidos grupos-en-retiro pueden ser sacados a luz y reactivados. Se les puede reanimar y reutilizar como cristal de masa con ligeras modificaciones en su constitución. Casi no existe un vuelco político de magnitud mayor que no recuerde aquellos antiguos y destronados grupos, que no eche mano de ellos, que los galvanice y los emplee con tal intensidad, que aparezcan como algo completamente nuevo y peligrosamente activo.

Se verá más tarde cómo funcionan los cristales de masa en detalle. De qué manera desencadenan masas sólo puede demostrarse en casos concretos. Los cristales están constituidos de manera diversa y por eso dan lugar a masas muy distintas. En el transcurso de este ensayo —y de manera casi imperceptible— entraremos en contacto con una serie de ellas.

SÍMBOLOS DE MASA

Designo como símbolos de masa a las unidades colectivas que no están formadas por hombres y que, sin embargo, son percibidas como masas. Tales unidades son el trigo y el bosque, la lluvia, el viento, la arena, el mar y el fuego. Cada uno de estos fenómenos contiene en sí característicasesenciales de la masa. Aunque no está constituido por hombres, recuerda la masa y la representa en mito y sueño, en conversación y canto, simbólicamente.

Es recomendable separar estos símbolos de los cristales de manera neta e inequívoca. Los cristales de masa se presentan como ungrupo de hombres que llaman la atención por su cohesión y su unidad. Se les concibe y se les vive como unidad, pero siempre se componen de hombres que actúan realmente: soldados, monjes, toda una

orquesta. Los símbolos de masa, en cambio, nunca son hombres ellos mismos y sólo son percibidos como masa.

Su análisis detallado puede parecer a primera vista impropio del tema. Pero veremos que de esta manera podremos acercarnos a la masa misma de una manera nueva y fructífera. Al contemplar sus símbolos arrojamos sobre ella nueva luz y sería cometer una torpeza cerrarse a esta luz.

Fuego

Del fuego habría que decir de antemano que en todas partes se asemeja: sea pequeño o grande, se declare aquí o allá, dure mucho o poco, para nuestra imaginación tiene algo igual, que es independiente de sus contingencias. La imagen del fuego nos parece una marca vehemente, inextinguible y determinada realizada con un hierro al rojo vivo.

El fuego se propaga, es contagioso e insaciable. La violencia con que devasta bosques, estepas y ciudades enteras forma una de sus características más impresionantes. Antes que estallase, el árbol estaba junto al árbol, la casa junto a la casa, cada uno separado del otro, independientes. Sin embargo, lo que estaba aislado es unido por el fuego en un tiempo mínimo. Los objetos aislados y diferenciables se funden en las mismas llamas. Se igualan hasta tal punto que desaparecen del todo: casas, criaturas, todo es devastado por el fuego. Es contagioso: la poca resistencia a las llamas es siempre asombrosa. Cuanto más vida tenga algo, tanto menos puede defenderse contra el fuego; sólo lo más inanimado, los minerales, llegan a soportar el fuego. Su célebre falta de misericordia no conoce límites. Quiere contenerlo todo, alcanzarlo todo.

El fuego puede producirse en todas partes. A nadie le sorprende que aquí o allá estalle un incendio, siempre se está pendiente del fuego por todas partes. Este ser-de-pronto en cambio es siempre

impresionante, y será explorado en busca de las causas. El que con frecuencia no puedan encontrarse contribuye al reverente sentimiento que se vincula con la idea del fuego. Posee una oculta omnipresencia que puede manifestarse en todo tiempo y lugar.

El fuego es múltiple. No sólo se es siempre consciente de ello, de que en muchos, en incontables lugares hay fuegos, sino que también el fuego singular es múltiple en sí: se habla de llamas y de lenguas. En los *Vedas* el fuego se designa por «el Agni uno, el múltiple inflamado».

El fuego es destructivo; puede ser combatido y domado; se extingue. Tiene un rival elemental, el agua, que le hace frente en forma de ríos y aguaceros. Este enemigo asimismo siempre presente y con todas sus diversas cualidades es un igual del fuego. Su enemistad es proverbial, «agua y fuego» es la expresión para la ene-mistad de la más extrema e inconciliable especie. En las antiguas concepciones del fin del mundo siempre resulta vencedor el uno o el otro. El diluvio universal hace perecer toda vida en el agua. La conflagración mundial destruye el mundo por el fuego. A veces aparecen ambos, mutuamente atemperados, en la misma mitología. Mas el hombre aprendió a dominar el fuego en su existencia temporal. No sólo puede lanzar una y otra agua en su contra, sino que logró conservar el fuego dividido. En fogones y estufas lo mantiene cautivo. Lo alimenta como se alimenta un animal; puede hacerlo morir de inanición; puede sofocarlo. Con esto, ya queda insinuada la última propiedad del fuego: se le trata como si viviese. Tiene una vidainquieta y se apaga. Si aquí se lo asfixia por completo, en otros hogares sigue viviendo.

Si se resumen estos rasgos aislados del fuego, aparece una imagen sorprendente: es igual a sí mismo en todas partes; se propaga con celeridad; es contagioso e insaciable; puede originarse en todas partes y rápidamente; es múltiple; es destructivo; tiene un enemigo;

se apaga; actúa como si viviese y, por tanto, se le trata como a un ser vivo. Todas estas propiedades son las de la masa; difícilmente podría darse un resumen más preciso de sus atributos. Veámoslo: la masa es en todas partes igual a sí misma; en las épocas y culturas másdiversas, entre los hombres de toda procedencia, idioma y educación es esencialmente la misma. Allí donde una vez ha i hecho su aparición, se incrementa con la mayor violencia. Pocos \ pueden resistirse a su contagio, quiere seguir creciendo siempre, desde el interior no tiene límites fijados de antemano. Puede constituirse en todas partes donde haya hombres reunidos y su espontaneidad y prontitud es inquietante. Es varia y sin embargo está relacionada, la constituye un sinnúmero de hombres y nunca se sabe exactamente cuántos. La masa puede ser destructiva. Es amortiguada y domada. Busca un enemigo. Se apaga tan rápidamente como aparece, con frecuencia de modo igualmente inexplicable; y, por supuesto, tiene su propia inquieta y violenta vida. Estas semejanzas entre fuego y masa han llevado a su íntima compenetración. Se entremezclan el uno con la otra, pudiendo estar el uno en lugar de la otra. Entre los símbolos de masa que siempre estuvieron activos en la historia de la humanidad, el fuego es uno de los más importantes y mutables. Es necesario atacar algunas de estas correlaciones entre fuego y masa.

Entre los rasgos más peligrosos de la masa que siempre se des-taca, el más llamativo lo constituye la tendencia a incendios criminales. Esta tendencia tiene una importante raíz en el incendio de bosques. El bosque, también antiquísimo símbolo de masa, es muchas veces incendiado por los hombres para crear espacio en donde establecerse. Es de suponer con buen motivo que los hombres aprendieron a manipular el fuego a través de incendios de bosques. Entre bosque y fuego existe una luminosa relación prehistórica. En los lugares de bosques rozados se ubican después los campos de cultivo, y cuando los campos tienen que ser ampliados hay que volver siempre a talar el bosque.

Los animales huyen del bosque en llamas. El terror de masa es la natural e incluso podría decirse eterna reacción de los animales ante los grandes incendios, que en otro tiempo fue también la reacción del hombre. Éste, sin embargo, se apoderó del fuego y ahora lo tiene en su mano y no debe temerlo. Sobre el antiguo temor se ha impuesto su nuevo poder, y ambos han contraído una sorprendente alianza.

La masa, que antes echaba a correr ante el fuego, ahora se siente atraída intensamente por él. Es conocido el mágico efecto que tienen los incendios sobre hombres de toda especie. Éstos no se conforman con fogones y estufas, que cada grupo establecido mantiene para su uso privado; quieren un fuego visible a gran distancia que puedan rodear, junto al que puedan estar todos reunidos. Una curiosa inversión del viejo temor de masa les ordena precipitarse en el teatro del incendio sólo si es lo suficientemente grande, y allí sienten algo del esplendoroso calor que antes los unía. En tiempos de paz deben prescindir a menudo por largo tiempo de esta vivencia. Pertenece a los instintos más fuertes de la masa, no bien se ha constituido, el crearse ella misma el fuego y utilizar su atracción para su propio crecimiento.

Todo hombre lleva en el bolsillo un pequeño vestigio de estas importantes relaciones antiguas: la caja de fósforos. Representa, todo igualado, un bosque de troncos singulares, provisto cada uno de una cabeza inflamable. Podrían encenderse varios o todos juntos y provocar así artificialmente un incendio del bosque. Uno podrá sentirse tentado a ello, pero por lo común no lo lleva a cabo porque el minúsculo formato de tal objeto le priva de todo su antiguo esplendor.

Pero la atracción que ejerce el fuego puede ir mucho más lejos todavía. Los hombres no se limitan a correr hacia él y rodearlo, persisten viejas costumbres en las que expresan su identificación

con el fuego. Uno de los ejemplos más bellos es la célebre danza del fuego de los indios navajo.

«Los navajos de Nueva México preparan un gigantesco fuego, en torno al que danzan toda la noche. Entre puesta y salida del sol son representados once actos determinados. Apenas el disco del sol ha desaparecido los organizadores entran bailando con frenesí en el claro. Están casi desnudos y untados con pintura, dejan que su larga cabellera suelta se arremoline en torno a ellos. Llevan bastones de danza con penachos de plumas al extremo y dando saltos salvajes se acercan a las altas llamas. Estos indios bailan con torpe reserva, acuclillados a medias, reptando a medias. En realidad el fuego es tan caluroso que los actores deben retorcerse sobre el suelo, para poder aproximarse lo suficiente a él. Quieren incendiar las plumas situadas en el extremo de sus bastones. Un disco, que representa el sol, es mantenido en alto y a su alrededor se prosigue la salvaje danza. Cada vez que el disco desciende y vuelve a alzarse comienza una nueva danza. Hacia la salida del sol las ceremonias sagradas se aproximan a su fin. Hombres untados de blanco avanzan y encienden ligeros trozos de corteza en la lumbre moribunda, luego vuelven a saltar en una cacería salvaje en torno del fuego y se arrojan chispas, humo y llamas sobre todo el cuerpo. Saltan de hecho en medio mismo de la lumbre y confían en la arcilla blanca, que los ha de proteger de quemaduras más serias.»

Danzan en el fuego mismo, se convierten en fuego. Sus movimientos son los de llamas. Lo que sostienen en sus manos e inflaman ha de entenderse como si ellos mismos ardiesen. Al final dispersan las últimas chispas del rescoldo, hasta que se levanta el sol, que recibe el fuego de ellos, aquel sol del que lo habían recibido cuando se ponía.

Aquí pues el fuego aún es masa viviente. Así como otros indios en la danza se convierten en búfalos, éstos actúan en la danza como

fuego. Posteriormente el fuego vivo en el que se transforman los navajos se convierte en mero símbolo de masa.

Es posible encontrar para cada símbolo de masa que se reconoce la masa concreta de la que se nutre. Aquí no hablamos sólo de hipótesis. La tendencia del hombre a convertirse en fuego, a reactivar este antiguo símbolo, es fuerte también en culturas más tardías y complejas. Ciudades sitiadas, que ya no tienen esperanza de socorro, a menudo se incendian ellas mismas. Reyes con su corte, acosados sin esperanza de salvación, se incineran. Se encuentran ejemplos tanto en las antiguas culturas del mar Mediterráneo como entre indios y chinos. El Medievo, que cree en un fuego del infierno, se contenta con herejes aislados, que arden en lugar de todo el público reunido: envía, por así decir, sus representantes al infierno y se cerciora de que también arden en realidad. Un análisis de la significación que el fuego ha tomado en las diferentes religiones sería del mayor interés. Pero tendría valor sólo si fuese exhaustivo, y por lo tanto debe quedar para más adelante.

En cambio sí parece acertado entrar ya aquí en el significado que actos incendiarios impulsivos tienen para el individuo que los comete; el individuo que está realmente aislado y no pertenece al círculo de una convicción religiosa o política.

Krapelin narra el caso de una mujer mayor, solitaria, que en su vida había provocado alrededor de veinte incendios, los primeros en su niñez. Es inculpada seis veces por incendio intencional y pasa más de 24 años de su vida en una casa correccional. «Si tan sólo se quemara esto o aquello», se dice es una idea fija. En especial cuando tiene fósforos en el bolsillo, la impulsa a ello un ímpetu invisible. Lo único que le importa es contemplar el fuego, pero también confiesa con ardor, sin ningún reparo. Debe haber experimentado ya muy joven el valor del fuego como un medio para atraer gente. Probablemente la aglomeración alrededor de un incendio fue su

primera impresión de masa. El fuego puede entonces fácilmente estar en lugar de la masa misma. A la inculpación y a la autoinculpación la impulsa la sensación de que todos la miran. Eso es lo que desea y, a través de ello, ella misma se convierte en el fuego que se contempla. Su relación con el acto incendiario tiene pues un carácter doble. Por una parte quiere ser parte de la masa que mira con fijeza el fuego. Él está en los ojos de todos a un tiempo, reúne estos ojos bajo una violenta compulsión. Ella no tiene la menor oportunidad de ingresar en una masa, y menos aún durante los interminables períodos de cárcel, a causa de sus miserables antecedentes que la aislaron desde muy niña. Luego, cuando este primer suceso del incendio se ha cumplido y la masa amenaza con volver a escapársele de las manos, la mantiene en vida transformándose de pronto ella misma en fuego. Eso sucede de manera muy simple: confiesa el acto incendiario. Cuanto más detallado sea su relato, cuanto más tenga que decir al respecto, tanto más tiempo se la mira con atención, tanto más es ella misma el fuego.

Casos de este tipo no son tan escasos como se piensa. Aunque no siempre son tan radicales aportan, desde el punto de vista del individuo aislado, la demostración irrefutable de la relación existente entre masa y fuego.

Mar

El mar es múltiple, está en movimiento, posee una densa cohesión. Lo múltiple en él son las olas que lo constituyen. Son incontables; quien se encuentra en el mar está rodeado de olas por todoslados. El carácter semejante de su movimiento no excluye diferencias de tamaño entre ellas. Nunca están en entera calma. El viento, que viene del exterior, determina su dirección; acometen hacia este lado o hacia el otro, según él ordene. La densa cohesión de las olas expresa algo que también lo sienten los hombres que forman parte

de una masa: una ductilidad hacia los demás como si uno fuese *ellos* como si ya no se estuviese limitado en sí mismo, como si se tratase de una independencia de la que no hay escapatoria y, precisamente en contraposición, aparece una sensación de fuerza, un ímpetu que dan todos en conjunto. La índole peculiar de esta cohesión entre los hombres es desconocida. Tampoco el mar la explica, pero la expresa.

Sin embargo, además de las olas hay otro múltiple que pertenece al mar: las gotas. Ellas están aisladas, son sólo gotas, si no están cohesionadas entre sí su pequeñez y su aislamiento tienen algo de impotencia. Son casi nada y despiertan un sentimiento de compasión en el observador. Sumérjase la mano en el agua, levántesela y obsérvense las gotas que se escurren por ella de a una y débiles. La compasión que por ellas se siente podría compararse con la que nos producen los hombres sin esperanza, los marginados. Las gotas sólo vuelven a contar cuando ya no se las puede contar, cuando han vuelto a amalgamarse en lo grande y entero.

El mar tiene una voz que es muy cambiante y que se oye siempre. Es una voz que tiene sonido de mil voces. Se le atribuyen muchos factores: paciencia, dolor y cólera. Pero lo más impresionante de esta voz es su tenacidad. El mar nunca duerme. Se lo oye siempre, de día, de noche, por años, decenios; se sabe que ya se le oía hace siglos. Tanto en su ímpetu como en su rebelarse recuerda una sola criatura que comparte estas características con él: la masa. Pero también tiene la constancia que a ésta le falta. No se insume y desaparece de tarde en tarde, está siempre presente. El máximo e incluso vano deseo de la masa, el deseo de perdurar, lo representa el mar como un algo ya realizado.

El mar todo lo engloba y es incolmable. Todos los ríos, vertientes, nubes y toda especie de cauces de la tierra podrían volcarse en el mar que no por ello aumentaría realmente; no habría cambiado, siempre

se tendría la sensación de que se trata del mismo mar. Es pues tan grande, que puede servir de modelo a la masa que quiere hacerse siempre más grande. Grande como el mar podría hacerse la masa y para lograrlo atrae más y más hombres. En la palabra océano el mar alcanzó algo como su más solemne dignidad. El océano es universal, es él el que llega a todas partes, el que baña toda comarca, es él sobre el que, según la antigua idea, flota la tierra. Si el mar no fuese incolmable, la masa no tendría imagen para su propio ser insaciable. No podría tomar conciencia tan clara de su pulsión más profunda y oscura, de atraer a más y más hombres. El océano, sin embargo, que con naturalidad está a la vista, otorga un mítico derecho a su indomable aspiración de universalidad.

Si bien el mar es cambiante en sus afectos, puede apaciguar y amenazar, puede estallar en tormentas, pero siempre está presente. Se sabe dónde está, su ubicación tiene algo de abierto, de descubierto. No nace repentinamente donde antes nada había. Lo misterioso y repentino del fuego le es ajeno; éste le ataca a uno desde la nada como fiera al acecho y se le espera en todas partes. En cambio, el mar sólo es de esperar allí donde se sabe con certeza que está.

Pero no por ello se puede decir que carece de misterio. Su misterio no reside en su ser repentino, sino en su contenido. La vida masiva de la que está colmado pertenece al mar tanto como su abierta constancia. Así lo grandioso de esta formación se ve aún acrecentado por la idea de su contenido: todos los vegetales y animales que cobija en cantidades inmensas.

El mar no tiene límites internos y no está separado en pequeños pueblos y territorios. Tiene un idioma y es el mismo en todas partes. No hay por así decir ningún hombre que pudiese ser excluido de él. Es demasiado englobante como para que pudiera corresponder a alguna de las masas conocidas por nosotros. Pero es el modelo de

una humanidad saciada en sí, en la que desemboca toda vida y que todo lo contiene.

Lluvia

En todas partes, y en especial allí donde es escasa, la lluvia, antes de caer, es percibida como unidad. Se acerca en forma de nube y primero cubre el cielo, se oscurece antes de llover, todo se vela de gris. Quizá se posea una conciencia más unificada de aquel instante en que la lluvia parece segura que del propio suceso. Porque, a menudo, uno suele desearla con gran intensidad, puede convertirse en una cuestión vital que caiga lluvia. No siempre se hacen rogativas para cubrir el expediente, y uno le ayuda con hechizos; existen numerosos y muy diversos métodos para atraerla.

La lluvia cae en forma de muchas gotas. Se las ve lo mismo que se ve su dirección. En todas las lenguas se habla de que cae. Se ve la lluvia en muchas rayas paralelas y por el número de las gotas que caen se acentúa la unidad de su dirección. No hay dirección que cause más impresión al hombre que la de caída; todas las demás tienen, comparadas con ella, algo derivado, secundario. La caída es lo que más se teme desde tiempos más remotos y contra lo que nos equipamos antes en la vida. Uno aprende a protegerse de ella; fracasar aquí a partir de cierta edad es ridículo o peligroso. La lluvia es, a diferencia del hombre, aquello que ha de caer. Nada cae tan a menudo y en tal cantidad como la lluvia.

Es posible que el numero de las gotas quite a la caída un poco de su peso y dureza. Se las oye repiquetear y se convierten en un sonido agradable. Se las siente sobre la piel con placer. Quizá no carezca de importancia el hecho de que al menos tres sentidos participen en la vivencia de la lluvia: visión, oído y tacto. Todos estos sentidos la aprehenden como multiplicidad. Es fácil protegerse de ella. Pocas veces es realmente amenazante y las más envuelve al hombre de manera densa y bienhechora.

El repiquetear de todas las gotas nos parece idéntico. Lo paralelo de las rayas, lo parecido del sonido, la misma sensación de mojado, que cada gota provoca sobre la piel, todo ayuda a acentuar la impresión de igualdad de las gotas.

La lluvia puede hacerse más intensa o más ligera, su densidad cambia. El número de sus gotas está sujeto a grandes fluctuaciones. En ningún caso se da de manera que se cuente con su aumento continuado; se sabe, al contrario, que tiene un término, y este término significa que sus gotas se insumen sin dejar rastro en la tierra.

En la medida en que la lluvia se ha convertido en símbolo de masa, no señala la fase de frenético e imperturbable crecimiento que representa el fuego. Nada tiene de la constancia y sólo a veces algo de lo inagotable del mar. La lluvia es la masa en el instante de su descarga, y, por tanto, señala también su desintegración. Las nubes, de las que nace, se entregan en la lluvia; las gotas caen porque ya no pueden permanecer juntas, y aún no está claro si volverán a reunirse y cómo.

El río

Lo más llamativo del río es su dirección. Se mueve entre orillas en reposo, en ellas es visible su interminable discurrir. La ausencia de reposo de sus masas de agua, que se suceden en forma ininterrumpida mientras el río sea río en sí, lo decidido en la dirección total, aunque varíe en lo singular, la decisión de marcha hacia el mar, su incorporación de otros ríos menores, todo lo anterior le confiere un innegable carácter de masa. Así, el río se ha convertido también en su símbolo, pero no tanto para la masa en sí, como para singulares formas de su manifestación. La limitación de lo ancho, del que no puede aumentar de manera continua y repentina, hace que el río como símbolo de masa siempre tenga algo de provisorio. Representa las procesiones: los hombres que miran

desde los bordes de la calle son como los árboles en orillas, lo sólido encierra lo fluido. Manifestaciones en grandes ciudades tienen semejante carácter de río. De los diferentes barrios llegan afluentes, hasta que se ha constituido la corriente principal propiamente tal. Los ríos son en especial un símbolo para el tiempo en el que se forma la masa, el tiempo en el que aún no ha alcanzado lo que llegaría a ser. Le falta al río el propagarse del fuego y la universidad del mar. Pero, en cambio, la dirección está llevada al extremo, y como cada vez vienen todavía más, se convierte por así decir desde el comienzo en una dirección que parece inagotable y que quizá en su origen se tome más en serio que en su meta.

El río es la masa en su vanidad, la masa que se exhibe. El elemento de exhibición no es menos significativo que el de dirección. Sin orillas no hay río, la doble fila de la vegetación es como la de los hombres. Podría decirse que tiene una piel que quiere lucirse. Todas las formaciones de carácter fluvial —como procesiones y manifestaciones— muestran en lo posible la mayor parte de su superficie: se estiran lo más que pueden, se brindan al mayor número de espectadores posibles. Quieren ser admiradas o temidas. Su meta inmediata no es realmente importante, importante es el tamaño del espacio que los separa de ella, la longitud de las calles por las que se extienden. En lo que respecta a la densidad, entre los participantes no tiene carácter demasiado decisivo. Es mayor entre los espectadores, y se establece una densidad especial entre participantes y espectadores. Tiene algo de un acercamiento amoroso entre dos criaturas muy largas, de las que una mantiene aprisionada a la otra, y le permite deslizarse lenta y tiernamente a través suyo. El crecimiento se produce desde la vertiente, pero por afluentes estrictamente predeterminados en el espacio.

La igualdad de las gotas queda sobrentendida en el río, pero acarrea de todo, y lo que acarrea, es más decisivo e importante para su

aspecto que acaso las cargas del mar que desaparecen sobre su inmensa superficie.

Uniendo todos estos factores, podríamos designar al río como símbolo de masa sólo con limitación. Lo es de manera muy distinta que el fuego, el mar, el bosque o el trigo. Es símbolo de un estado aún bajo dominio, antes del estallido y antes de la descarga; representa su amenaza más que su realidad: es el símbolo de la masa lenta.

Bosque

El bosque está encima del hombre. Puede ser espeso y con abundante vegetación baja; puede que sea difícil penetrar en él y, más aún, avanzar por él. Pero su densidad propiamente tal, aquello que realmente lo constituye, su follaje, está arriba. Es el follaje de los respectivos troncos, que se entrelaza y forma un techo continuo, es el follaje el que retiene casi toda la luz y arroja una sombra extensa y conjunta.

El hombre, que es enhiesto como un árbol, se alinea entre los otros árboles. Pero son mucho más altos que él, y debe alzar la vista hacia ellos. No hay otro fenómeno natural de su entorno que esté encima de él de modo tan permanente y a la vez tan próximo y tan múltiple. Porque las nubes pasan, la lluvia se insume y las estrellas están lejos. De todos estos fenómenos, que en su multiplicidad actúan desde arriba, ninguno posee la sempiterna proximidad del bosque. La altura de los árboles es inalcanzable, se trepa, se le quitan los frutos; se vivió arriba.

La dirección en que atrae los ojos del hombre es la de su propia transformación: el bosque crece constantemente hacia lo alto. La igualdad de los troncos es aproximada, también ella en realidad es una igualdad de la dirección. Quien esté una vez en el bosque se siente cobijado; no está en su cima, donde crece, tampoco en el lugar

de su mayor densidad. Justamente esta densidad es su protección, y la protección está arriba. Así el bosque se convirtió en modelo del recogimiento. Obliga al hombre a alzar la mirada, agradecido por su protección superior. El levantar la vista por tantos troncos se convierte así en un mirar más elevado. El bosque anticipa el sentimiento de iglesia, al estar ante Dios entre columnas y pilares. Su expresión más regular y por lo tanto más perfecta es la curvatura de la cúpula, todos los troncos entrelazados en una suprema e inseparable unidad.

Un aspecto no menos importante del bosque es su múltiple inamovilidad. Cada tronco singular está enraizado y no cede ante ninguna amenaza exterior. Su resistencia es absoluta, nunca cede su lugar. Puede ser talado, pero no movido. Así se convirtió en símbolo del ejercito: un ejército en formación, un ejército que bajo ninguna circunstancia huye; que se deja hacer pedazos hasta el último hombre antes de abandonaran palmo de terreno.

Trigo

El trigo es en más de una manera un bosque reducido. Crece donde antes se levantaba el bosque, aunque nunca alcanza la altura de éste. Está por entero en poder del hombre y es obra suya. Él lo siembra, él lo siega; en antiguos ritos hace ceremonias para que crezca. Es flexible como los pastos, expuesto a la influencia de todos los vientos. Todos los tallos juntos ceden al impulso del viento, todo el trigal se inclina a la vez. Durante temporales es abatido entera-mente y luego permanece largo tiempo caído. Pero posee la misteriosa capacidad de volver a levantarse, y si no se vio seriamente alertado rápidamente todo el trigal está otra vez en pie. Las mieses crecidas son como pesadas cabezas; se inclinan afirmativas hacia uno o se vuelven según el lugar de donde sople el viento.

Por lo común, el trigo es menos alto que el hombre. Pero éste sigue siendo siempre señor del trigo, aun cuando crezca por encima de su

cabeza. Se le siega en conjunto, lo mismo que creció, como fue sembrado. De esta manera, los pastos que el hombre ya no utiliza para sí permanecen siempre juntos. Pero cuánto más colectivo es el destino del trigo sembrado, segado y almacenado, trillado y guardado. Mientras crece permanece enraizado; nunca puede apartarse de los tallos restantes. Lo que suceda les sucede a todos. Así se levanta, denso, no muy distinto de tamaño que los hombres; en su conjunto siempre parece más o menos igual. Su ritmo, cuando es agitado por el viento, es como el de una simple danza.

La igualdad del hombre ante la muerte se ve con agrado en la imagen del trigo. Pero cae a la vez y por lo tanto recuerda una muerte muy precisa: la colectiva en la batalla, cuando son raleadas filas enteras; el campo como campo de sangre.

La flexibilidad se convierte en su sumisión; tiene algo de una reunión de fieles súbditos que nunca podrían concebir un pensamiento de resistencia. Levemente estremecidos por el sentimiento de obediencia, receptivos a cualquier orden, permanecen así. Cuando el enemigo cae sobre ellos, son pisoteados sin piedad.

El origen de las gavillas, de la simiente, es tan importante y característico como los montones de granos, en los que finalmente desemboca. Se consiga el séptuplo o el céntuplo, los. montones en que es almacenado son en un múltiplo mayor que aquellos en los que encontró su origen. Creciendo y estando junto se multiplicó, y esta multiplicación es su bendición.

Viento

Su intensidad cambia y con ella su voz. Puede gemir oaullar, despacio, fuerte; existen pocas notas que no pueda alcanzar. De esta manera actúa como algo viviente, mucho después de que otros fenómenos naturales han perdido su vigencia para el hombre. Fuera

dé su voz lo más llamativo en él es su dirección. Para bautizarlo es importante saber de dónde viene. Puesto que se está enteramente rodeado de aire, los golpes que de él se recibe actúan de manera muy corpórea: uno se encuentra ante un viento que tiene algo unificador; en la tormenta arremolina delante de él todo lo que levanta.

Es invisible, pero el movimiento que confiere a nubes y olas, a hojas y hierbas, le confiere una presencia que se hace patente de múltiples maneras. En los himnos del *Veda*, los dioses de la tormenta, los *maruts*, siempre aparecen en plural. De ellos hay tres veces siete o tres veces sesenta. Son hermanos de la misma edad, moran en el mismo lugar y nacieron en idéntico sitio. Su ruido es el trueno y el aullar del viento. Estremecen las montañas, tumban árboles y devoran los bosques como elefantes salvajes. Con frecuencia también se llaman los «cantores»: el cantar del viento. Son poderosos, iracundos y terribles como leones, pero también traviesos y dados al juego como niños o novillos.

La remota identificación del aliento y el viento demuestra lo claro que se le percibe. Tiene la densidad del aliento. Pero, justa-mente en su invisibilidad, es apropiado para simbolizar masas invisibles. Así sele atribuye a los espíritus (como una tormenta vieneresoplando el salvaje ejército), o son espíritus en fuga como en aquella visión del chamán esquimal.

Las banderas son evidentemente viento. Son como trozos recortados de nubes, más cercanos y coloreados, sujetos y de forma permanente, que llaman la atención en su movimiento. Los pueblos, como si fuesen capaces de dividir el viento, se valen de él para señalar el aire que está sobre ellos como suyo propio.

Arena

De las propiedades de la arena, que son importantes para este contexto, habría que destacar en especial dos. Tenemos por un lado

la pequeñez, la igual especie de sus partes. Todo ello compone una sola característica pues los granos de la arena sólo se perciben como de igual especie porque son tan diminutos.Por otra parte, tenemos lo infinito de la arena. Es inapreciable, siempre hay más de lo que puede abarcarse con la mirada. Donde aparece en pequeños montones no se le presta atención. Realmente es notoria donde es incontable, como en la playa y en el desierto.

El incesante movimiento de la arena tiene por consecuencia que se la coloque más o menos entre los símbolos de masa líquidos y los sólidos. Forma olas como el mar, puede arremolinarse en nubes; el polvo es arena' más fina todavía. Un rasgo significativo es la amenaza de la arena, la manera en que seopone al hombre singular como algo agresivo y hostil. Lo uniforme, colosal e inanimado del desierto confronta al hombre con un poder apenas superable: está formado por innumerables partículas de igual especie. Lo ahoga como el mar, pero de una manera que es más traicionera pues tarda más.

La relación del hombre con la arena del desierto prepara algunas de sus actitudes ulteriores: la lucha que debe soportar con creciente fuerza contra numerosos enemigos muy pequeños. La sequedad de la arena ha pasado a las langostas. El hombre, que cultiva plantas, las teme como a la arena, pues lo único que dejan es desierto.

Sorprende que la arena haya podido convertirse en símbolo de la descendencia. Pero el hecho, que es tan bien conocido por la Biblia, demuestra lo intenso que es el deseo de multiplicación. Aquí el acento no está puesto sólo en la calidad. Es cierto que uno desea para sí mismo un gran número de vigorosos y rectos varones, pero para un futuro más lejano, como suma de la vida de varias generaciones, hay algo más que grupos o plagas: allí uno desea una masa de descendientes que sea la más grande y, al mismo tiempo, la más inapreciable e incontable masa; y la más numerosa que se

conoce es la de la arena. En un símbolo parecido de los chinos se advierte lo poco que importa la valorización individual de los descendientes. Allí se identifica a los descendientes con una plaga de langostas, y las cualidades de su número, de su solidaridad, de su no interrupción se trasladan a los de la descendencia.

Otro símbolo que la Biblia emplea para comparar la descendencia son las estrellas. También aquí se trata de su incontabilidad; no se habla de la cualidad de estrellas aisladas destacadas. Más bien lo importante es que permanezcan, que nunca pasen, que siempre estén.

Montones

El hombre ha reunido en un mismo grupo todos los montones que tienen precio para él. La unidad del montón que está constituido de frutas o granos es el resultado de una actividad. Muchasmanos estuvieron ocupadas en su cosecha o recolección; éstas están ligadas a una muy determinada estación del año de importancia tan marcada, que una de las más antiguas divisiones del año deriva de ellas. En fiestas los hombres celebran su alegría sobre los montones que han logrado. Los exponen con orgullo. Con frecuencia las fiestas se celebran en derredor de estos montones.

Lo reunido es de idéntica naturaleza, tanto si se trata de una especie determinada de fruta como de una determinada especie de granos. Se apilan lo, más posible. Cuanto más y más denso se coloquen ' tanto mejor. Así se tiene mucho a mano y ya no hay que traerlo desde lejos. El tamaño del montón es importante, uno se enorgullece de ello; sólo si tiene el tamaño suficiente alcanza para todos o para mucho tiempo. Cuando uno se ha acostumbrado a recoger montones dejan de ser demasiado grandes. Con predilección se recuerda los años que trajeron la mayor bendición. En los anales se les consigna como los más felices años. Las cosechas compiten entre sí, de año en año o de lugar a lugar.

Pertenezcan a una comunidad o a individuos: estos montones son ejemplares y su seguridad acredita.

Es verdad que luego se los vuelve a gastar y, en algunas zonas, de repente, en ocasiones especiales; a veces sólo se les consume lentamente según la necesidad. Su constancia es limitada, su disminución está comprendida en la idea que uno se hace de ellos desde el comienzo. Su nueva recolección está sometida entonces al ritmo de las estaciones del año o de la lluvia. Todo cosechar es un amontonar rítmico y la celebración de las fiestas está determinada a partir de este ritmo.

Montones de piedra

Pero también hay montones muy distintos que no son comestibles. Se erigen montones de piedra porque es muy difícil volver a desmontarlos. Se les erige para mucho tiempo, para una especie de eternidad. No han de disminuir nunca, han de seguir siendo lo que son. No entran en ningún estómago, y no siempre se habita en ellos. En su forma más antigua cada una de las piedras estaba en lugar de un hombre que la había aportado al montón. Más tarde aumentan el tamaño y el peso de las partes constitutivas, y ya sólo se les puede construir por muchos a la vez. Representen lo que sea, contienen el esfuerzo concentrado de incontables y arduos caminos. Á menudo es un enigma cómo se logró erigirlos. Cuanto menos se comprende su presencia, cuanto más lejana sea la procedencia de la piedra y cuanto más largos los caminos, tanto mayor fue el número de los hombres que uno debe imaginarse como erectores, tanto más profunda es la impresión que producen en todos los hombres posteriores. Representan el esfuerzo rítmico de muchos, del que nada queda excepto este indestructible monumento.

El tesoro

También el tesoro, como todos los montones, ha^ sido acumulado. Pero, en contraste con la fruta y los granos, está formado por unidades que no se pueden comer y que son imperecederas. Importante es el valor especial de estas unidades, y sólo una confianza en la perdurabilidad de este valor incita a la formación del tesoro. Es un montón que ha de permanecer intacto y que ha de crecer. Si pertenece a un poderoso, incita al robo a otros poderosos. El prestigio que aporta a su dueño le pone en peligro. Luchas y guerras han nacido por tesoros, y más de uno habría vivido más tiempo con un tesoro más pequeño. Así, a menudo se le guarda en secreto a la fuerza. Lo particular del tesoro reside pues en la tensión entre el brillo que ha de difundir y el decreto que le protege.

El placer voluptuoso del número que crece de golpe se desarrolló en su forma más aprehensible en el tesoro. Todos los demás censos que persiguen resultados cada vez más elevados, los de ganado u hombres, por ejemplo, no pueden alcanzar la misma concentración de lo contado. La imagen del dueño que cuenta su tesoro en secreto no está menos profundamente grabada en el espíritu del hombre que la esperanza del tesoro que se descubre de pronto: está tan bien escondido, que ya a nadie pertenece, ha quedado olvidado en su escondite. Ejércitos bien disciplinados han sido atacados y sucumbieron por esta súbita avidez de tesoros; muchos triunfos se vieron transformados en derrotas. La transformación de un ejército en una banda de buscadores de tesoros, aun antes de cualquier batalla, es narrada por Plutarco en la Vida de Pompeyo.

«No acababa de atracar Pompeyo con su flota cerca de Cartago, cuando 7.000 hombres de los enemigos se pasaron a sus filas; él mismo trajo consigo seis legiones enteras al África. Aquí le aconteció un gracioso incidente. Algunos soldados encontraron casualmente un tesoro y obtuvieron una considerable suma de dinero. Cuando el asunto se supo, a todos los demás soldados se les ocurrió la idea de que esta comarca debía estar repleta de riquezas,

que antaño los cartagineses habrían enterrado en su desgracia. Pompeyo nada pudo emprender con sus soldados, que sólo se ocupaban, de buscar tesoros durante muchos días. Riendo se paseaba y miraba a tantos miles que excavaban y escarbaban el terreno. Por fin se cansaron del asunto y le pidieron a Pompeyo que los condujera donde él quisiera, que ya estaban bastante castigados por su necedad.»

Junto a estos montones irresistibles por estar ocultos, hay otros, no obstante, que se reúnen en forma pública, como una especie de impuesto voluntario, con la esperanza de que luego le toquen en suerte a uno solo o a un grupo reducido de hombres. Todas las formas de loterías deben incluirse aquí, pues son rápidas formaciones de tesoros: uno sabe que en cuanto se conozca el resultado del sorteo son entregados al afortunado. Mientras más reducido el número de los finalmente favorecidos, mientras más grande es por tanto el tesoro, tanto mayor su atracción.

La codicia que une a los hombres para tales ocasiones presupone una confianza absoluta en la unidad del tesoro. De la fuerza de esta confianza uno difícilmente se hará una idea exagerada. El hombre mismo se identifica con su dinero. Una duda acerca de él lo ofende, su conmoción hace estremecer su confianza en sí mismo. En la devaluación de su unidad monetaria se lastima al hombre mismo, se le rebaja. Cuando la celeridad de este proceso aumenta, cuando se llega a una inflación, los hombres desvalorizados se agrupan en formaciones que deben ser identificadas por entero con masas de fuga. Cuanto más pierden los hombres, tanto más llegan a hacerse uno en su destino. Lo que en algunos privilegiados, que están en condiciones de salvar algo para sí mismos personalmente, aparece como pánico, se convierte para todos los demás que han sido despojados de su dinero, que por tanto, son iguales en su pobreza, en fuga de masa. Las consecuencias del fenómeno, que en especial

en nuestro siglo fue de imprevisible alcance histórico, serán tratadas en otro capítulo.

LA MUTA

MUTA Y MUTAS

Cristales de masa y masa, en el sentido moderno de la palabra, derivan ambos de una unidad más antigua en la que aún coinciden; esta unidad más antigua es la muta. En hordas de reducido número, que vagan en pequeñas jaurías de diez o veinte hombres, es la forma de excitación conjunta con que uno se topa por doquier.

Para la muta es característico el no poder crecer. En la desolación vasta y ajena que la rodea no hay hombres que podrían integrársele. La muta consiste en un grupo de hombres excitados que nada desean con mayor vehemencia que ser más. Cualquier cosa que emprendan en conjunto, salgan de caza o guerra, siempre la alcanzarían mejor siendo más numerosos. Para un grupo integrado por tan pocos miembros, cada uno que se les integra se convierte en un sensible e importante incremento irreemplazable. La fuerza que traería consigo representaría una décima o vigésima parte de la fuerza total. El lugar que ocuparía sería preciado con justeza por todos. Contaría mucho en la economía global del grupo, lo mismo que hoy cualquiera de nosotros apenas contamos.

En la muta que se constituye intermitentemente a partir del grupo y que expresa con máxima intensidad su sentimiento de unidad, el individuo nunca puede perderse tan por completo como hoy un hombre moderno en cualquier masa. Una y otra vez, en las cambiantes constelaciones de la muta, en sus danzas y expediciones, se hallará al margen de ella. Estará dentro y de inmediato al margen, al margen y de inmediato dentro. Cuando la muta forma un círculo en torno al fuego cada cual podrá tener vecinos a diestra y siniestra, pero la espalda está libre; la espalda está desnuda entregada al yermo. Ladensidad en el interior de la muta siempre tiene algo de simulado:

quizá se aprieten estrechamente y actúen con tradicionales movimientos rítmicos pretendiendo ser muchos. Pero no lo son, son pocos; lo que les falta en densidad real lo reemplazan con intensidad.

De las cuatro propiedades esenciales de la masa, según hemos visto, dos son ficticias en la muta, es decir, se las anhela y se las hace actuar con el mayor énfasis; las otras dos, en cambio, existen con tanto mayor vigor en la realidad. *Crecimiento* y *densidad* son ficticios; *igualdad* y *direccionalidad* existen. Lo primero que llama la atención en la muta es lo imperturbable de su dirección. La igualdad se expresa sin embargo en que todos están poseídos por la misma meta: quizás el avistar a un animal que quieren abatir.

La muta está limitada de varios modos. No sólo son relativamente pocos los que pertenecen a ella (diez, quizá veinte, pocas veces muchos más), pero estos pocos se conocen muy bien unos a otros. Simpre han vivido juntos, se encuentran a diario, han aprendido a calibrarse con toda precisión en numerosas empresas colectivas. La muta apenas puede tener un incremento inesperado; viven muy pocos hombres bajo tales condiciones y están muy dispersos. Pero como está integrada solamente por *conocidos*, es en un punto superior a la masaque puede crecer al infinito: la muta, aunque se vea dispersada por circunstancias adversas, siempre vuelve juntarse. Puede contar con una permanencia; su duración está garantizada mientras sus integrantes estén con vida. Puede que la muta desarrolle determinados ritos y ceremonias; quienes han de ejecutarlos aparecerán, se puede confiar en ellos. Saben a quién pertenecen, no se dejan despistar por otros. Tales tentaciones son escasas, tan escasas, que no puede aparecer totalmente un hábito de sucumbir a ellas.

Pero en la medida en que las mutas crecen, sucede cuánticamente y con un consentimiento recíproco de los participantes. Una muta,

que se constituyó a partir de un segundo grupo, puede encontrarse con la primera, y si no se entabla un combate entre ellas quizá se mancomunen para llevar a cabo empresas transitorias. Pero la conciencia separada de los dos cuantos se conservará siempre; quizás, en el calor de la acción común, pueda desaparecer por un rato, pero no por mucho tiempo. En la distribución de los honores o en otras ceremonias vuelve con toda seguridad a aparecer. Más fuerte que el sentimiento que uno tiene como ser singular cuando no actúa en su muta, permanece siempre el sentimiento de la misma muta. El sentimiento de todo lo que a determinado nivel de convivencia humana es decisivo para la muta y que no puede por nada ser quebrantado.

Aquí a todo lo que suele designarse por tribu, linaje o clan, se le opone otra unidad: la de la muta. Aquellos conocidos conceptos sociológicos, por muy importantes que sean tienen todos algo de estático. Por el contrario, la muta es una unidad de la acción, y aparece de manera concreta. De ella debe partir quien desee explorar los orígenes del comportamiento de masas. Es la forma más antigua y delimitada entre hombres; y ya existía antes que hubiese masas humanas en nuestro moderno sentido de la palabra. Se manifiesta de maneras muy diversas y siempre es claramente aprehensible. Su actividad a través de miles de décadas es tan intensiva, que ha dejado huellas por doquier; e incluso en nuestra misma época, de carácter tan distinto, aún se encuentran con vida no pocas configuraciones que se derivan directamente de ella.

La muta aparece siempre bajo cuatro diferentes formas o funciones. Todas ellas son fluidas y se pasa con facilidad de unas a otras, pero es importante, ante todo, definir por una vez en qué se diferencian. La muta más natural y auténtica es aquella de la que deriva nuestra palabra: la de la caza. Se constituye en todas partes donde se trata de ir contra un peligroso o potente animal que el ser individual difícilmente puede apresar; y se constituye también donde se avista

una presa de la que uno quiere perderse lo menos posible. La talla del animal cobrado, tanto si es una ballena como un elefante, incluso si ha sido alcanzado por varios individuos, acarrea como consecuencia que sólo pueda ser apresado y compartido por muchos juntos. La muta de caza pasa así a un estado de *reparto*; a veces aparece solamente lo último, pero ambas cosas están estrechamente emparentadas y deben ser revisadas juntas. El objeto de ambas es la presa, y sólo ella, con su comportamiento, su especificidad —viva o muerta— determina con precisión el comportamiento de la muta que debido a ella se constituye.

La segunda forma de muta, que tiene bastante en común con la muta decaza y que está ligada a ella en muchos aspectos, es la muta de guerra. Ésta presupone una segunda muta de hombres, a la que se ataca, que posee una vivencia como tal, aunque por el momento no exista para nada. En su forma más precoz persigue a menudo una sola víctima de la que ha de tomar venganza. En la determinación de lo que ha de ser muerto, se aproxima en especial a la muta de caza.

La tercera forma es la muta de lamentación^ Se constituye cuando un miembro del grupo les es arrebatado por la muerte. El grupo, que es pequeño y acusa toda pérdida como irreemplazable, para esta ocasión se reúne en muta. Puede que le importe retener al moribundo; arrancarle tanta fuerza vital como pueda incorporar a sí misma antes que se le escurra por entero; puede que desee apaciguar su alma para que no se haga enemiga de los vivos. En todo caso, una acción le parece necesaria y en ninguna parte hay hombres que renuncien por completo a ella.

En un cuarto punto resumo una multiplicidad de fenómenos a los que, no obstante toda su diversidad, les es común una cosa: la intención de multiplicación. Mutas de multiplicación se forman porque el grupo mismo o las criaturas con las que está vinculado, animales o plantas, han de hacerse más. Con frecuencia se las

representa en forma de danzas a las que se atribuye determinado sentido mítico. También a ellas se las conoce en todas partes donde viven juntos seres humanos. Aparecen siempre que el grupo no está satisfecho con su tamaño. Una de las propiedades esenciales de la masa moderna, la pulsión a incrementarse, se manifiesta, pues, ya muy pronto en mutas que en sí aún no pueden crecer del todo. Determinados ritos y ceremonias han de forzarlo; opinemos lo que sea de su eficacia, queda por sopesar que en el transcurso del tiempo lograron, de hecho, la formación de grandes masas.

La revisión en detalle de estas cuatro diferentes formas de mutas lleva a sorprendentes resultados. Tienen tendencia a convertirse unas en otras, y nada está más lleno de consecuencias que el vuelco de una especie de muta en la otra. La inestabilidad de la masa se encuentra ya en estas formaciones pequeñas y aparentemente más sólidas. Sus vuelcos son ocasión a menudo de extraños fenómenos religiosos. Se mostrará cómo mutas de caza pueden volverse mutas de lamentación y cómo en torno a este suceso se han formado mitos y cultos particulares. Los lamentadores quieren entonces no haber sido nunca los cazadores, y la víctima que lamentan está para redimirlos del pecado de sangre de la caza.

La elección del término «muta» para esta más antigua y más limitada forma de masa recuerda también que debe su aparición entre los hombres a un modelo animal: a la manada de animales que cazan juntos. Los lobos, que el hombre conocía bien y que en el transcurso de los milenios educó para perros, le causaron impresión ya desde fecha muy temprana. Su presencia como animal mítico entre tantos pueblos, ¡as representaciones del hombre-lobo, las historias de hombres que, disfrazados de lobo, asaltan a otros y les roban, aquellas leyendas acerca del origen de niños que son criados por lobos, todo esto demuestra qué cercano estuvo el lobo al hombre.

La muta de caza, por la que hoy se entiende una reata de perros adiestrada para la caza conjunta, es el vestigio viviente de aquella vieja vinculación. Los hombres aprendieron de los lobos. En algunas danzas se ensayaba, por decirlo así, ser lobo. Naturalmente también otros animales contribuyeron en parte al desarrollo de facultades análogas entre los pueblos cazadores. Empleo la expresión «muta» para hombres en vez de animales, porque es la que mejor señala lo acorde del apresurado movimiento y la meta concreta que se persigue. La muta quiere una presa; quiere su sangre y su muerte. Debe estar sobre sus huellas rápido y sin desviarse, con astucia y constancia para alcanzarla. Se alienta con latidos en común. El significado de este ruido, en el que se confunden las voces de los respectivos animales, no debe subestimarse. Puede decrecer y volver a incrementarse; pero es imperturbable, contiene en sí la agresión. La presa acosada y cobrada, por fin, es devorada por todos. Habitualmente existe por «costumbre» dejarle a cada uno de los partícipantes algo de lo cobrado; es posible encontrar rudimentos ya entre los animales hasta de la muta de reparto. Empleo el término también para las restantes tres formas básicas mencionadas, aunque en el caso de éstas difícilmente se pueda hablar de modelos animales; no encontré mejor palabra para lo concreto, direccional e intensivo de estos eventos.

También la historia justifica su empleo en este sentido. Deriva del latín medio «movita», que significa «movimiento». El francés antiguo «meute», que partió de ahí, tiene un sentido doble: puede significar «alzamiento, levantamiento» o también «partida de caza». Lo humano aquí aparece aún con fuerza en primer plano. La antigua palabra designa con exactitud lo que de aquí ha de aprehenderse; es precisamente este significado doble el que nos importa. El uso limitado de la acepción «reata de perros de caza» es conocido mucho más tarde y en alemán sólo desde mediados del siglo XVIII, mientras que palabras como «amotinador», sedicioso, y «motín»,

derivadas de la antigua palabra francesa, aparecen ya alrededor de 1500.

LA MUTA DE CAZA

La muta de caza se mueve con todos los medios que tiene a su alcance hacia algo viviente que quiere cobrar para incorporárselo. Su meta más cercana siempre se convierte en cobrar. Dar alcance y cercar son sus medios principales. Persigue un solo animal grande, o muchos que se encuentran en fuga de masa ante ella.

La presa está siempre en movimiento, se le da caza. Depende por entero de la prisa de la muta, que ha de correr mejor que el animal para agotarlo. Cuando se trata de muchos animales y se logra rodearlos, la fuga en masa de la presa se convierte en pánico: cada uno de los animales perseguidos procura entonces escapar del círculo de sus enemigos por sus propios medios.

La cacería se extiende sobre un espacio vasto y variado. En el caso de cacería a un animal aislado la muta se mantiene el tiempo que la bestia acosada defiende su pellejo. La excitación se acrecienta durante la cacería y se exterioriza en los gritos que pasa un cazador al otro de modo que aumente la sed de sangre.

La concentración sobre un objeto que siempre está en movimiento, que se pierde de vista, pero vuelve a aparecer, que uno pierde con frecuencia y debe volver a ubicar, al que nunca se deja escapar de la mortífera intención, al que se mantiene interminablemente en estado de terror mortal, tal concentración la sienten todos juntos. Cada uno tiene el mismo objeto entre ojo y ojo, y cada uno se mueve en dirección al mismo objeto. La separación entre la muta y su objeto, que disminuye poco a poco, disminuye para cada uno. La caza tiene un mortal latido común en el corazón. Se mantiene durante largo rato, sobre un paisaje cambiante, se intensifica

cuantomás cerca se está del animal. Cuando se le ha dado alcance, cuando se llega a su encuentro, cada cual tiene oportunidad de matar, y cada cual lo intenta. Sobre una criatura pueden concentrarse las lanzas y flechas de todos. Son la prolongación de las ávidas miradas de toda la cacería.

Todo estado de esta especie tiene su fin natural. Tan clara y nítida como es la meta que se propone alcanzar, así de nítido y repentino es el cambio de la muta cuando se alcanzó aquélla. El frenesí disminuye en el momento de la muerte. Todos están de pie en torno a la víctima caída, repentinamente callados. De los presentes se forma el grupo de todos aquellos a quienes corresponde algo del botín. Podrían clavar sus dientes en el animal como lobos, pero la ingestión que las mutas de lobos inician ya en el cuerpo con vida es pospuesto por los hombres a un instante ulterior. El reparto sin embargo tiene lugar sin querellas y según determinadas reglas.

Tanto si el botín cobrado es grande como si es numeroso, cuando ha cazado toda una muta el reparto del botín entre sus miembros es ineludible. El proceso que ahora se inicia es diametralmente opuesto al de la formación de la muta. Ahora cada cual quiere algo para sí y desearía con agrado la mayor cantidad. Si el reparto no estuviese exactamente reglamentado, si no existiese algo así como una ley consuetudinaria para realizarlo y hombres experimentados que velan por su cumplimiento, la expedición terminaría en matanza y en masacre. La ley del reparto es la ley más antigua.

Existen dos versiones fundamentalmente distintas: según una el reparto se reduce exclusivamente al círculo de los cazadores; según la otra también quedan integrados las mujeres y aquellos hombres que no participaron en la muta de caza. El director del reparto, quien se ha de encargar de su cumplimiento ordenado, originalmente no extrae ningún tipo de ventajas de su puesto. Incluso puede ocurrir, como en las cazas de ballena de algunos esquimales, que por su

honor él mismo renuncie a todo. El sentimiento de lo comunitario del botín puede ir muy lejos: entre los coriacos en Siberia el verdadero cazador invita a todos a servirse de su botín, y se contenta con aquello que se le deja.

La ley del reparto es bastante compleja y variable. La parte de honor de la presa no siempre le corresponde a quien ha asestado el golpe mortal. A veces tiene derecho a ella quien primero avistó el animal. Pero también quien desde lejos fue sólo testigo de la muerte puede tener derecho a parte del botín. En este caso, los espectadores son considerados cómplices del acto, son corresponsa-bles por él y gozan de sus frutos. Menciono esta extrema, y no tan frecuente disposición, para mostrar qué fuerte es el sentimiento de unidad que irradia de la muta de caza. Cualquiera que sea la manera en que se reglamente el reparto, los dos actos decisivos son considerados el avistar y el matar a la presa.

LA MUTA DE GUERRA

Ladiferencia esencial entre muta de guerra y de caza reside en la doble disposición de la muta de guerra. Mientras una tropa excitada de cacería a un solo hombre, a quien quiere castigar, se trata de una formación análoga a la muta de caza. En caso de que este hombre pertenezca a otro grupo que no desea perderlo, no tardarán en estar enfrentadas una muta a la otra. Los enemigos no son muy diferentes entre sí. Son seres humanos, hombres, guerreros. En la forma primitiva de la conducción de la guerra los dos son tan próximos que se tiene dificultades para distinguirlos entre sí. Tienen la misma manera de abalanzarse unos sobre otros, su armamento es más o menos idéntico. Ambos lados lanzan salvajes y amenazadores gritos. Ambos tienen la misma intención con respecto al otro. La jauría de caza, por el contrario, es unilateral: los animales contra los que se arremete no intentan cercar o cazar a los hombres. Están en fuga y si

a veces, a pesar de todo, se defienden esto ocurre en el instante en que se les quiere dar muerte. Habitualmente, en ese momento ya no se encuentran en buenas condiciones de defenderse contra el hombre.

Lodecisivo propiamente característico de la muta de guerra esjjue hay dos mutas que tienen exactamente la misma y enfrentada intención. La dicotomía es total, el corte entre ellas absoluto mientras se trate del estado de guerra. Para comprender, sin embargo, cuál es propiamente la intención recíproca basta con leer el siguiente informe. Se trata del relato de la expedición de una tribu sudamericana, los taulipang, contra sus enemigos, los pishauko. Es el informe literal de un hombre taulipang y contiene todo lo que debe saberse acerca de la muta de guerra. El narrador está entusiasmado por la empresa, la narra desde dentro, desde su bando, con una especie de crudeza que es tan verídica como espeluznante y que difícilmente encuentra parangón.

«Al comienzo hubo amistad entre taulipang y pishauko. Después hubo riña por las mujeres. Primero los pishauko asesinaron algunos taulipang desperdigados a los que asaltaban en la selva.

Después mataron a un taulipang joven y una mujer, y finalmente a tres taulipang en la selva. Así los pishauko poco a poco querían terminar con toda la tribu de los taulipang.

»En ese momento Manikuza, cacique de guerra de los taulipang, reunió a toda su gente. Los taulipang tenían tres jefes: Manikuza, el cacique supremo, y dos subcaciques, de los cuales uno era bajo, gordo, pero hombre muy valiente, y el otro era su hermano. Además quedaba aún con ellos el viejo cacique, el padre de Manikuza. Entre su gente estaba también un joven, hombre muy valiente, de la tribu pariente de los arekuna. Manikuza hizo preparar masa fermentada de kashiri, cinco calabazas grandes de vino llenas. Luego hizo preparar seis barcas. Los pishauko vivían en el monte. Los taulipang

se llevaron dos mujeres, para que fueran a colocar fuego dentro de las casas. Fueron, no sé por qué río. No comían nada, ningún pimiento, ningún pescado de los más grandes, ningún animal de los de caza; seguían una dieta de pescado pequeño hasta cuando estuviese terminada la guerra. También llevaron color y arcilla blanca para pintarse.

»Llegaron cerca del asentamiento de los pishauko. Manikuza envió cinco hombres hacia el campamento de los pishauko, para observar si todos estaban allí. Todos estaban allí. Era una casa grande con mucha gente, rodeada de una cerca circular. Los exploradores regresaron y anunciaron esto al cacique. En ese momento, el viejo y los tres caciques soplaron sobre la masa fermentada de kashiri. También soplaron sobre la pintura y la arcilla blanca y las mazas de guerra. Los viejos sólo tenían arcos y flechas con puntas de hierro, carecían de armas de fuego. Los otros tenían escopetas y perdigones. Cada uno poseía un saco de perdigones y seis cartuchos de pólvora. También todas estas cosas fueron sopladas. (Insufladas de poder mágico.) Entonces se pintaron con rayas rojas y blancas: comenzando por la frente, una raya roja arriba y una raya blanca abajo, cubriendo toda la cara. Sobre el pecho las pintaron en tres bandas, alternando arriba rojo y abajo blanco; lo mismo los dos brazos para que los guerreros pudieran reconocerse entre ellos. También las mujeres se pintaron así. Entonces Manikuza ordenó echarle agua a la masa de kashiri.

»Los exploradores dijeron que había mucha gente en las casas. Era una casa muy grande y tres más pequeñas a un lado. Los pishauko eran mucho más numerosos que los taulipang, que sólo eran quince hombres, aparte de un arekuna. Entonces tomaron kashiri, cada uno una calabaza llena, suficiente kashiri para conseguir valor. A esto dijo Manikuza: "¡Éste de aquí tirará primero! Mientras él carga de nuevo su escopeta, tirará el otro. ¡Uno después del otro!" Repartió a sus hombres en tres destacamentos de a cinco hombres por toda la

empalizada que rodeaba la casa. Después dijo: "¡No disparen ningún tiro inútil! ¡Cuando caiga un hombre, déjenlo tirado y tiren sobre aquel que aún está de pie!"

»Después avanzaron en tres destacamentos por separado; las mujeres detrás de ellos con las calabazas llenas de licor. Llegaron a la frontera de la sabana. Entonces dijo Manikuza: "¿Qué es lo que vamos a hacer ahora? ¡Son mucha gente! ¡Quizá deberíamos volvernos y buscar más gente!" En ese momento el arekuna intervino: "¡No! ¡Adelante! ¡Cuando yo me adentro rodeado por mucha gente, no encuentro nadie a quien matar!" (Es decir: Estas gentes aún no son suficientes para mi maza puesto que mato muy rápido.) Manikuza contestó: "¡Adelante! ¡Adelante! ¡Adelante!" Animó a todos. Llegaron cerca de la casa. Era de noche. En la casa estaba un hechicero, que eri aquel momento soplaba a un enfermo. Éste dijo: "¡Viene gente!" y así advirtió a los habitantes de la casa. El dueño de casa, el cacique de los pishauko, contestó: "¡Déjenlos que vengan! ¡Yo sé quien es! ¡Es Manikuza! ¡Pero no volverá a salir de aquí!" El hechicero siguió advirtiendo: "¡La gente ya está acá!" Ahí dijo el cacique: "¡Es Manikuza! ¡No volverá! ¡Aquí terminará su vida!"

»En ese momento Manikuza cortó la liana con la que estaban amarradas las empalizadas. A continuación se adentraron las dos mujeres y le prendieron fuego a la casa, la una a la entrada, la otra a la salida. Había mucha gente dentro de la casa. Entonces las dos mujeres se retiraron otra vez fuera de la empalizada. El fuego alcanzó la casa. Un viejo trepó encima, para apagarlo. En ese instante salieron muchos hombres de la casa que dispararon con sus rifles, pero sin puntería ya que no veían a nadie; sólo para asustar a los enemigos. El cacique viejo de los taulipang quería disparar a un pishauko con una flecha, pero erró. El pishauko estaba en su hueco de tierra. Cuando el viejo colocó la segunda flecha, el pishauko le disparó con la escopeta. Manikuza vio que su padre estaba muerto.

Entonces los guerreros dispararon mucho. Habían rodeado toda la casa y los pishauko no tenían salida por donde poder huir.

»Entonces avanzó un guerrero taulipang llamado Ewama. Detrás de él venía un subcacique; detrás de él su hermano; detrás de él Manikuza, el cacique de guerra; detrás de él el arekuna. Los demás se quedaron fuera para matar a los pishauko que querían escapar. Los otros cinco avanzaron entre los enemigos y los tendieron con sus mazas. Los pishauko les disparaban pero no le dieron a ninguno. Ahí mató Manikuza al cacique de los pishauko. El subcacique mató al subcacique de los pishauko. Su hermano y el arekuna mataron con rapidez y a muchos. Huyeron sólo dos vírgenes que viven todavía en el curso superior del río casadas con taulipangs.

Los otros fueron muertos todos. Entonces pegaron fuego a la casa. Los niños lloraban. En seguida tiraron todos los niños al fuego. Entre los muertos había quedado vivo un pishauko. Se había embadurnado entero con sangre y acostado entre los muertos para hacerle creer a los enemigos que estaba muerto. Después los taulipang agarraron a uno tras otro de los pishauko caídos y en dos pedazos los partieron por la mitad con el machete. Encontraron vivo al hombre y lo agarraron y lo mataron. Entonces tomaron al cacique caído de los pishauko, lo amarraron con los brazos levantados, estirados a un árbol y tanto dispararon sobre él con el resto de sus municiones hasta que se deshizo en pedazos. Enseguida agarraron a una mujer muerta. Manikuza le estiró con los dedos el órgano genital y le dijo a Ewama: "¡Ven aquí; esto está bueno para que te metas dentro!"

»Los pishauko restantes, que estaban todavía en las otras tres casas más pequeñas, se separaron en la huida y se dispersaron por las montañas de la comarca. Allá viven todavía hoy, enemigos mortales de las otras tribus y *asesinos a escondidas*, que se ensañan en especial con los taulipang.

»A su viejo cacique los taulipang lo enterraron en el lugar. Sólo dos más de ellos estaban levemente heridos en el vientre por perdigones. Entonces regresaron a casa y gritaron "¡Hai-hai-hai-hai-hai!". En casa encontraron los banquitos ya preparados para ellos.»

La disputa al principio es por mujeres. Se mata a individuos aislados. Sólo se menciona a los que los otros han dado muerte. A partjr de este momento reina la inquebrantable creencia de que los enemigos quieren acabar con toda la tribu de los taulipang. El cacique conoce perfectamente a su gente, a la que reúne inmediatamente; no es mucha, dieciséis con el hombre de la tribu pariente, y todos saben qué se debe esperar de ellos recíprocamente en el combate. Se ayuna severamente, uno debe alimentarse con mísero pescado del tamaño más pequeño. Con la masa fermentada se ha preparado una bebida fuerte. Antes del combate se bebe «para adquirir valor». Con los colores uno se pinta una especie de uniforme, «para que los guerreros puedan reconocerse entre ellos». Todo lo que se considera relacionado con la guerra, y muy en espcial las armas, es «soplado». Así se les ha insuflado poder mágico y están bendecidas.

No bien han llegado a las proximidades del campamento enemigo se envían exploradores para comprobar si todos se encuentran allí. Todos están allí. Se quiere que todos ellos estén reunidos porque todos han de ser aniquilados a la vez. Es una casa grande con mucha gente, una peligrosa superioridad. Los dieciséis tienen razón al darse coraje con la bebida. El cacique imparte sus instrucciones igual que un oficial. Pero llegado a las cercanías de la casa enemiga, siente su *responsabilidad*. «Son mucha gente», dice, y titubea. ¿Sería mejor volverse y buscar refuerzos? Mas entre la tropa se encuentra un hombre que nunca tiene enemigos suficientes para matar. Su decisión se comunica al cacique y éste da la orden: ¡Adelante!

Es de noche, pero la gente en la casa está despierta. Un hechicero, más desconfiado que los otros, aguza los sentidos y percibe el

peligro. «¡Viene gente!» dice, y poco después: «¡La gente ya está acá!» El cacique, sin embargo, sabe muy bien de quién se trata. Tiene un enemigo y está seguro de su enemistad. Pero también está seguro de que su enemigo solamente viene a dejar aquí su vida. «¡No saldrá de aquí! ¡Aquí terminará su vida!» La ceguera de aquel que ha de morir es tan notable como el titubeo de aquel que ha de atacar. El amenazado no hace nada: la desgracia cae sobre él.

Luego arde la casa, a la que las mujeres pegaron fuego, y los moradores salen fuera. No pueden ver quién dispara desde la oscuridad sobre ellos; por el contrario, ellos mismos son blancos excelentes. Los enemigos penetran y descargan sus mazas sobre ellos. La historia de cómo sucumben concluye en pocas frases. No se trata aquí de combate sino de exterminio absoluto. Los niños llorando son arrojados al fuego. Los muertos son despedazados uno tras otro. Un superviviente, que se embadurna con sangre y se tiende entre ellos con la esperanza de escapar, comparte su destino. Al cacique muerto lo atan a un árbol y disparan sobre él hasta que se cae en pedazos. La violación de una mujer muerta es el escalofriante climax. Todo perece por entero en el fuego.

Los pocos que se han salvado y que estaban en las casas vecinas más pequeñas, huyen a la montaña y continúan viviendo allá como «asesinos a escondidas».

Difícilmente hay algo que agregar a esta representación de la muta de guerra. Entre innumerables informes semejantes éste es en su crudeza el más real. No contiene nada que sea innecesario, nada ha sido corregido por el narrador.

Los dieciséis hombres que partieron no regresaron con botín; en nada se enriquecen con su victoria. No dejaron con vida ninguna mujer y ningún niño. Su objetivo era el exterminio de la muta enemiga demanera que nada, literalmente nada, quedase de ellos. Se

narran con detenimiento las hazañas de uno mismo. Los otros eran y siguen siendo los asesinos.

LA MUTA DE LAMENTACIÓN

La descripción más impresionante de una muta de lamentación que yo conozca proviene de los warramunga de Australia central.

«Aun antes que el hombre sufriente hubiese exhalado el último respiro, comenzaron las lamentaciones y las mutilaciones intencionales. Apenas se supo que el fin estaba cerca, todos los hombres corrieron con la mayor rapidez al lugar. Algunas de las mujeres que se habían reunido viniendo de todas direcciones, yacían postradas sobre el cuerpo del moribundo, mientras otras permanecían de pie o de rodillas en las proximidades y se clavaban las agudas puntas de sus palos cavadores en el cráneo; la sangre corría por sus rostros, mientras que a la vez hacían oír un ininterrumpido llanto de lamentación. Muchos de los hombres que se precipitaron al lugar, se arrojaron en desolador desorden sobre el yacente; las mujeres se levantaban y les hacían hueco, hasta que finalmente nada se veía más que una convulsa masa de cuerpos desnudos. De pronto apareció lanzando un estridente alarido un hombre que blandía un cuchillo de piedra. Cuando llegó al lugar, se hizo cortes con el cuchillo en ambos muslos, a través de los músculos, de tal modo que ya no pudo mantenerse en pie y cayó sobre la masa de cuerpos convulsos. Su madre, sus esposas y hermanas lo arrancaron del hervidero y aplicaron la boca a sus heridas abiertas, mientras agotado e indefenso yacía en el suelo. Poco a poco se fue desenredando la masa de cuerpos oscuros y permitió la visión del desdichado enfermo, que era el objeto o más bien la víctima de esta bien intencionada muestra de afecto y pena. Si ya antes había estado enfermo, le iba mucho peor ahora, cuando sus amigos le abandonaban; estaba claro que no le quedaba mucho tiempo de vida. El llanto y la lamentación duraban. El sol se puso y

sobre el campamento cayó el ocaso. Aquella misma noche el hombre murió. Entonces el llanto se dejó oír aún con más intensidad que antes. Hombres y mujeres, en medio de un frenesí ocasionado por la amargura, se arrojaban de allá para acá y se infligían heridas con cuchillos y agudas lanzas, mientras las mujeres se golpeaban con las mazas sobre sus cráneos; nadie se defendía de los tajos o los golpes.

»Una hora más tarde se puso en camino en la oscuridad una comitiva fúnebre bajo la luz de las antorchas. Llevaron el cadáver hasta una leñera, que distaba cerca de una milla y allí lo acostaron sobre una plataforma de ramas dentro de un gomero bajo. Cuando amaneció el día siguiente, en el campamento donde había muerto el hombre no se percibía rastro alguno de vida. Toda la gente había trasladado sus misérrimas chozas a alguna distancia y había dejado atrás en total desolación el lugar del mortal suceso. Porque nadie deseaba encontrarse con el fantasma del difunto que, sin duda, andaría vagando por las cercanías y para no decir nada del espíritu del hombre vivo que había provocado la muerte por hechizos y que volvería seguramente en forma de algún animal al lugar de su crimen, para deleitarse con su triunfo.

»En el nuevo campamento por todas partes había hombres postrados sobre el suelo, con heridas abiertas en los muslos, que se habían infligido por su propia mano. Habían cumplido con su deber ante el muerto y llevarían hasta el fin de sus días las profundas cicatrices en los muslos como distintivos de honor. En uno de ellos se veían las señales de no menos de veintitrés heridas que se había ocasionado en el curso del tiempo. Entretanto, las mujeres habían vuelto a sus lamentaciones como era su obligación. Cuarenta o cincuenta de ellas, repartidas en grupos de cinco o seis y con los brazos entrelazados, consideradas las parientes más próximas, se ensartaban el cráneo con puntiagudas estacas y las viudas hacían

algo parecido, chamuscándose las heridas craneales con hierros candentes.»

De este relato, y de otros muchos parecidos que podríamos presentar, se desprende de inmediato una cosa: se trata de la *excitación* misma. Numerosas intenciones hacen su aparición mezcladas en el suceso, y habrá que estudiarlas una a una. Pero lo esencial es la excitación como tal, un estado de cosas en el que todos juntos tienen algo por lo que lamentarse. El frenesí del lamento, su duración, el ser retomado al día siguiente en el nuevo campamento, el asombrosoritmo con que se incrementa, e incluso el que después del agotamiento total vuelva a comenzar, serían prueba suficiente desque aquí se trata antes que nada de la.excitación del lamento colectivo. Se comprenderá ya, después de haber tenido conocimiento de este único caso característico de los aborígenes australianos, por qué esta excitación es definida como típica de una muta y por qué parece indispensable introducir la especial denominación de muta de lamentación para designarla.

Todo comienza ante la noticia de que la muerte está cerca. Los hombres se precipitan con la mayor prisa y se encuentran con que las mujeres ya están presentes. Las parientes más próximas yacen en un montón sobre el enfermo. Es importante que la lamentación no comience sólo después de sobrevenida la muerte, sino inmediatamente después de apreciar la gravedad del enfermo. Apenas se cree que va a morir, uno ya no puede contener más el lamento. La muta se desata, ha estado al acecho de su oportunidad y ya no deja escapar su víctima. La tremenda fuerza con la que se arroja sobre su objeto sella su destino. Es fácil suponer que un enfermo grave sometido a este tipo de tratamiento difícilmente podrá recuperarse de él. Bajo el desenfrenado llanto de los hombres es prácticamente ahogado; podría suponerse que a veces se le ahoga de veras; en todo caso, se acelera su muerte. La exigencia generalizada en nuestra cultura de que a los seres humanos se les

debe dejar morir en paz, parece ser enteramente incomprensible para estas gentes que persiguen su excitación.

¿Qué significa este montón que se forma sobre él, ese hervidero de cuerpos que luchan abiertamente por acercársele lo más posible? Se dice que las mujeres, que yacen primero, se levantan para hacer hueco a los hombres, como si también éstos o al menos algunos de ellos tuvieran un derecho a su próxima cercanía. Cualesquiera sean las interpretaciones que los aborígenes dan para la formación de este tumulto, lo que en realidad sucede es que el montón de cuerpos se le incorpora una vez más por entero.

La cercanía física de los pertenecientes a la muta, su densidad, no podría llevarse más allá. Se hacen uno con el enfermo. Él aún les pertenece a ellos, lo retienen bajo ellos. Ya que él mismo no puede levantarse, no puede estar con ellos, éstos yacen junto a él. Quienquiera que crea tener un derecho sobre su persona lucha por quedar metido en el montón, cuyo centro es el enfermo. Es como si quisiesen morir con él: las heridas que se infligen, el arrojarse sobre el montón o, si no es posible, en cualquier otro lugar, los desvanecimientos de los automutilados, todo ello ha de mostrar lo serio que es el suceso. Quizá también sería correcto decir que quieren serle iguales. Pero realmente no pretenden darse muerte. Lo que ha de subsistir es el montón al que él pertenece, y con su comportamiento facilitan eso. En este igualarse con el moribundo consiste la esencia de la muta de lamentación, mientras no haya sobrevenido la muerte.

Pero igualmente le pertenece la *repugnancia* ante el muerto apenas fallece. El cambio que sufre la situación, al pasar de aquel frenético contener y retener al moribundo a una tenebrosa actitud de repeler y aislar al muerto, constituye la tensión propiamente dicha de la muta de lamentación. Incluso durante la misma noche se colocan apresuradamente a resguardo. Se destruyen todos los rastros de su

existencia, sus utensilios, su choza, todo lo que le haya pertenecido en vida; hasta el campamento en que vivió junto con los otros es arrasado y quemado. Uno se ha convertido de pronto en su enemigo. Se ha hecho peligroso puesto que les abandonó. Podría tenerles envidia a los vivos y vengarse de ellos porque está muerto. Todas las señas de afecto e incluso su densidad corporal no fueron capaces de retenerle. El ronco rencor del muerto le convierte en un enemigo que bajo mil astucias y con muchas artimañas puede escullirse entre aquellos que ahora necesitan igual cantidad de medios para defenderse de él.

En el nuevo campamento se prosigue el lamento. La excitación, que daba al grupo el impetuoso sentimiento de su unidad, no se abandona de buenas a primeras. Se necesita este sentimiento ahora más que nunca, puesto que se está en peligro. Uno hace exhibición del dolor, prosiguiendo con las lamentaciones. Es como una guerra; pero lo que el enemigo podría hacerle a uno se lo inflige uno mismo. El hombre que lleva veintitrés cicatrices de estas heridas en su cuerpo, las considera marcas de honor, como si las hubiera traído al regreso de expediciones de guerra.

Hay que preguntarse si éste es el único sentido de las peligrosas heridas que los hombres se infieren en tales ocasiones. Parece que las mujeres van todavía más lejos que los hombres, y en todo caso muestran más persistencia en la lamentación. Hay mucha *cólera* en esta automutilación, una cólera por la impotencia ante la muerte; y es como si uno se castigara por la muerte. También se podría pensar que el individuo quiere manifestar en su propio cuerpo el daño hecho a todo el grupo con la pérdida sufrida. Pero la destrucción también va contra el propio campamento misérrimo como es, y en este sentido recuerda a la fobia destructiva de la masa como nosotros la conocemos y que ya explicamos en otro lugar. La muta *perdura* más por la destrucción de todo aquello en que la muta se completa; y la separación de la época en que reconoció y sufrió la

amenazante desgracia es más aguda. Todo comienza de nuevo, y comienza pues justamente en el vigoroso estado de excitación colectiva.

Es importante fijar finalmente las dos tendencias de movimiento que son esenciales para el transcurso de la muta de lamentación. La primera es el impetuoso movimiento hacia el moribundo y la tormación de un montón equívoco en torno al enfermo, que está entre la vida y la muerte. El segundo movimiento es la temerosa fuga para alejarse del muerto, de él y de todo lo que podría haber sido tocado por él.

LA MUTA DE MULTIPLICACIÓN

Contémplese la vida de cualquier pueblo en estado natural; por todas partes aparecen de inmediato, según los acontecimientos concentrados de su existencia, las mutas de caza, guerra o lamentación. El transcurso de estas tres especies de mutas está claro; todas tienen algo elemental. Aunque cualquiera de estas formaciones haya sido relegada a segundo plano, se encuentran sin embargo normalmente vestigios que demuestran su presencia y su importancia en el pasado.

Se nos presenta una formación más compleja en la *muta de multiplicación*. Es de enorme importancia porque fue la pulsión que^llevó a la propagación del hombre. Ella le conquistó la tierra e hizo aparecer civilizaciones cada vez más ricas. Su efectividad no ha sido aprehendida en su pleno alcance, porque el concepto de la reproducción ha cambiado y oscurecido los procesos propiamente dichos de la multiplicación. Ya desde un principio sólo se nos hace comprensible en relación con los procesos de metamorfosis.

Los primeros hombres, que se desplazan en número reducido por vastos y, muchas veces, desiertos parajes, se enfrentan a un número

superior de animales. Puede que no sean todos hostiles; la mayoría no son peligrosos para el hombre, pero muchos de ellos hacen su aparición en número increíble: trátese de manadas de antílopes o búfalos, de peces, de langostas, abejas u hormigas, comparado con su número el de los hombres es insignificantemente pequeño.

Porque la descendencia del hombre es escasa. Vienen de uno en uno y tardan mucho tiempo en aparecer. Eldeseo de más, de aumentar el número de gentes a las que se pertenece, siempre debe haber sido profundo y urgente. Se acrecienta sin fin; cada momento en que se formaba una muta debía fortalecer la pulsión hacia un mayor número de hombres. Una muta de caza mayor estaba en condiciones de cercar más animales salvajes. No siempre podía uno fiarse de los animales salvajes; repentinamente aparecían en gran número y cuantos más cazadores hubiese mayor sería el botín. En la guerra se quería ser más fuerte que la horda enemiga: siempre se tuvo conciencia del peligro que suponía un número reducido. Cada muerteque había que lamentar, en especial cuando se trataba de un hombre experimentado y activo, se convertía en pérdida decisiva. La debilidad del hombre era su escaso número.

Perotambién es cierto que los animales peligrosos vivían a menudo aislados o en pequeños grupos como él. Él era como éstos una fiera feroz, pero que nunca quería estar sola. Viviría en manadas que eran tan grandes como las de los lobos, pero éstos estaban conformes y él no. Porque en el enorme período de tiempo durante el que vivió en pequeños grupos, por metamorfosis por decirlo así, se incorporó todos los animales que conocía. En este mismo ejercicio de metamorfosis se convirtió de hecho en hombre; ella era su particular don y goce. Durante sus tempranas metamorfosis en otros animales representaba y danzaba imitando a varias especies que aparecían en gran número. Cuanto más acabada era su representación de tales criaturas, tanto más intensamente percibía la magnitud de su número. Percibía lo que era ser muchos, y entonces siempre volvía a

tomar conciencia de su aislamiento como hombre en pequeños grupos.

No puede caber duda que el hombre, apenas lo fue, quiso ser más. Todas sus formas de creencia, sus mitos, ritos y ceremonias están llenas de este deseo. Los ejemplos son numerosos y algunos de ellos se encontrarán en el transcurso de esta investigación. Dado que en él todo lo que tiende a la multiplicación está dotado con tan elemental violencia, es sorprendente que al comienzo de este capítulo se acentuara lo complejo de la muta de multiplicación. Un poco de reflexión habrá de mostrar por qué hace su aparición en tantas formas diferentes. Hay que buscarla en todas partes, aparece naturalmente donde se la espera. Pero también tiene sus escondites y, de pronto, la encontramos donde menos se la supone.

El hombre en un comienzo pensó en su multiplicación sin alejarse todavía de la de las otras criaturas. Su deseo de multiplicarse lo traslada a todo lo que lo rodea. Del mismo modo que le impulsa a la ampliación de su propia horda mediante un abundante aprovisionarse de niños, así también quiere más caza y frutos, más rebaños y trigo, y de todo aquello con lo que se nutre. Para que prospere y se multiplique ha de haber de todo lo que le haga falta a su existencia.

Donde la lluvia es escasa se concentra en atraer el agua. Lo que más necesitan todas las criaturas, como él mismo, es el agua. Así, en muchas regiones de la tierra, aparecen unidos ritos de lluvia y multiplicación. Sea que los hombres bailen la lluvia ellos mismos, como entre los indios pueblo, sea que como sedientos rodeen de pie a su hechicero cuando realiza conjuros para que venga la lluvia, en todos los casos de este tipo se constituye como muta de multiplicación.

Para reconocer la estrecha coherencia que hay entre multiplicación y metamorfosis es necesario compenetrarse con los ritos de los

australianos. Fueron descritos hace ya más de medio siglo por varios exploradores del modo más preciso.

Los ancestros, de los que tratan las leyendas acerca del origen de los australianos, son seres preciosos, criaturas dobles, parte animal, parte hombre; con mayor precisión deberíamos decir que son ambas cosas. Ellos introdujeron las ceremonias, y se celebran éstas porque los ancestros lo ordenaron. Hay que hacer notar que cada uno conectó al hombre con una especie animal o vegetal muy determinada. Así el ancestro-canguro es a la vez canguro y hombre, el ancestro-dromeo hombre y dromeo. Nunca *un* ancestro representa dos animales diferentes. El hombre siempre está, podría decirse que es una mitad, la otra mitad la forma dicho animal. Pero no puede dejar de insistirse lo suficiente en que ambas cosas están a la vez en una figura; las propiedades de ambas para nuestra sensibilidad se hallan mezcladas de la manera más ingenua.

Está claro que los ancestros no representan otra cosa que re-sultados de metamorfosis. El hombre, que logró siempre sentirse como canguro y verse como tal, se convirtió en tótem-canguro. Esta precisa transformación, que había sido practicada y utilizada a menudo, adquirió el carácter de un logro y era transmitida en mitos que se podían representar dramáticamente de generación en generación.

El ancestro de los canguros por los que se estaba rodeado, se convirtió a un tiempo en ancestro de aquel grupo de hombres que se denominaba canguro. La metamorfosis que se encuentra en el origen de esta doble descendencia era representada en ocasiones colectivas. Una o dos personas hacían el papel de canguro, mientras los demás participaban como espectadores en el metamorfosis transmitida. En un acto ulterior puede que ellos mismos bailasen el canguro que era su ancestro. El goce de esta metamorfosis, el peso especial que adquirió en el decurso del tiempo, su valor para las

nuevas generaciones de hombres, se expresaba en lo sacro de los ritos durante los que era practicada. La transformación lograda llegó a ser una especie de don: se la cuidaba con igual esmero que el tesoro de palabras que posee una lengua, o aquel otro tesoro de objetos que nosotros designamos y percibimos como material: armas, alhajas y ciertos utensilios sacros.

Esta metamorfosis que como tradición bien guardada, como tótem, designaba un parentesco de determinados hombres con los canguros, significaba también un vínculo con su número. Siempre fue mayor que el de los hombres; su aumento era deseable, estaba vinculado con el de los hombres. Cuando ellos se multiplicaban, se multiplicaba también el número de éstos. El aumento del animal totémico era idéntico al suyo.

Nunca será excesiva la estimación que se haga de la fuerza de esta relación entre metamorfosis y multiplicación: van siempre unidas. Apenas queda fijada una metamorfosis y se la cultiva en su exacta figura como tradición, que se asegura la multiplicación de ambas criaturas que en ella se han hecho inseparables. Una de estas criaturas siempre es el hombre. En cada tótem se asegura la multiplicación de otro animal. La tribu, que está formada por muchos tótem, se apropió la multiplicación de todos ellos.

La gran mayoría de los tótem australianos son animales, pero hay también plantas; y como por lo común se trata de plantas que el hombre ingiere, nunca nadie se sorprendió en especial de los ritos tendientes a su multiplicación. Parecía natural que el hombre partiera en busca de ciruelas y de nueces y que se desease conseguir la mayor cantidad posible. También algunos de los insectos, que para nosotros son despreciables, pero que son golosinas para el australiano, determinadas larvas, termitas y saltamontes, aparecen como tótem. Pero ¿qué ha de decirse cuando uno se topa con hombres que designan por su tótem alacranes, piojos, moscas o

mosquitos? Aquí no puede hablarse de utilidad en el sentido vulgar de la palabra, estas criaturas son plagas tanto para el australiano como para nosotros. Sólo jpuede ser el monstruoso número de estos seres lo que les atrae, y cuando establece un parentesco con ellos lo que le importa es asegurarse este número. El hombre que desciende del tótem-mosquito quiere que su gente se haga tan numerosa como los mosquitos.

No quiero cerrar esta provisional y muy sumaria referencia a las dobles-figuras australianas, sin mencionar otra especie de tótem que se encuentra entre ellas. Quedaremos sorprendidos de la lista siguiente, que el lector ya conoce. Hay entre sus tótem nubes, lluvia y viento, pasto, pasto en llamas, fuego, el mar, la arena y las estrellas. Es la lista de los símbolos de masa naturales ya estudiados en profundidad. De su antigüedad y significado no podría aportarse mejor demostración que su existencia entre los tótem de los australianos.

Sería erróneo, sin embargo, suponer que las mutas de multiplicación están por doquier sujetas a tótem y que siempre se toman tanto tiempo como entre los australianos. Hay quehaceres de naturaleza más simple y más densa en las que se trata de una atracción instantánea e inmediata de los animales deseados. Presuponen la existencia de grandes manadas. El informe sobre el célebre baile de los búfalos de los mandan, una tribu indígena en Norteamérica, es de la primera mitad del siglo pasado.

«Los búfalos se reúnen ocasionalmente en enormes masas y vagan en todas direcciones por el país, de este a oeste o de norte a sur, muy lejos, hasta donde su capricho los lleve. Los mandan de pronto no tienen qué comer. Son una pequeña tribu y a la vista de enemigos más fuertes, que buscan arrebatarles la vida, no se atreven a alejarse de casa. Así pueden llegar al borde de la muerte por inanición. En una crisis de esta índole cada cual saca su máscara de la tienda

siempre dispuesta para tal ocasión: es la piel de una cabeza de búfalo con los cuernos puestos. Comienza el baile de los búfalos, para que "vengan búfalos". Ha de seducir la manada a cambiar su dirección y encaminarse hacia la aldea de los mandan.

»E1 baile tiene lugar en la plaza pública en el centro de la aldea. Aproximadamente diez o quince mandan participan en él, cada uno de ellos tiene un cráneo con cuernos sobre la cabeza y sostiene en su mano el arco o la lanza, el arma con la que prefiere matar búfalos.

»El baile siempre tiene el efecto deseado, no cesa nunca, sino que continúa día y noche hasta que "vienen búfalos". Redoble de tambores, ruidos de bramaderas, canciones entonadas, gritos articulados sin cesar. Los espectadores están con máscaras sobre la cabeza y armas en la mano de pie y muy cerca, dispuestos a reemplazar a todo aquel que se canse y abandone el centro.

»Durante este tiempo de excitación general hay vigías sobre las colinas en los alrededores de la aldea, y cuando advierten la aproxi-mación de búfalos, dan la señal convenida que es vista en seguida en la aldea y comprendida por toda la tribu. Hay bailes que duraron ininterrumpidamente dos o tres semanas, hasta el dichoso instante en que aparecen los búfalos. Nunca fallan y a ellos se les atribuye el que vengan los búfalos.

»De la máscara por lo habitual pende también una tira de piel, de la longitud del animal, con la debida cola; descansa sobre la espalda del bailarín y arrastra por el suelo. Quien se cansa, lo anuncia, agachándose enteramente hacia adelante y acercando su cuerpo al suelo: entonces otro le apunta con el arco, le golpea con una flecha despuntada, y él cae como un búfalo. Los circundantes lo cogen, lo sacan arrastrándole de los talones fuera del redondel y blanden sus cuchillos sobre él. Después que han hecho los movimientos de despellejarle y despiezarle le dejan ir y su lugar es de inmediato ocupado por otro, que con la máscara sobre la cabeza entra bailando

en el anillo. Así el baile puede mantenerse fácilmente día y noche, hasta que se haya alcanzado el efecto deseado y "vengan búfalos".»

Los bailarines representan búfalos y cazadores a la vez. En su disfraz son búfalos, pero arco, flechas y lanza los caracterizan como cazadores. Mientras alguno baile, ha de vérsele como búfalo y se comporta como tal. Cuando se cansa es un búfalo cansado. No debe abandonar la manada sin ser abatido. Alcanzado por una flecha, y no de cansancio, se derrumba. Hasta la agonía de muerte sigue siendo búfalo. Es llevado por los cazadores y descuartizado. Primero fue «manada», ahora acaba como presa.

La idea de que una muta puede, mediante un vehemente y sostenido baile, atraer la manada de los verdaderos búfalos presupone algunos otros hechos. Los mandan saben por experiencia que una masa crece y atrae a su círculo a todo lo de la misma especie que se encuentre en la cercanía. Dondequiera que haya muchos búfalos reunidos se les unen otros más. Pero saben asimismo que la excitación del baile aumenta la intensidad de una muta. Su fuerza depende de la vehemencia de su movimiento rítmico. Lo que le falta en número puede ganárselo por vehemencia.

Es que también los búfalos, cuyo semblante y movimiento se conoce tan bien, son como hombres, les gusta bailar y se dejan seducir por sus enemigos larvados a un festejo. El baile es duradero, porque ha de actuar a larga distancia. Los búfalos, que lo sienten en cualquier parte, por muy lejos que estén, como atractivo de la muta, ceden ante éste mientras se mantenga vivo como baile. Si el baile decayera, ya no sería una muta como es debido, y los búfalos, que quizá se encontraran todavía muy alejados, podrían volverse hacia otros lugares. Manadas las hay por todas partes y cualquiera de ellas podría distraer a los búfalos. Los bailarines deben constituirse en la atracción más fuerte. Como muta de multiplicación, que no ceja un

instante en su excitación, son más fuertes que cualquier manada suelta y atraen a ésta de manera irresistible.

LA COMUNIÓN

Un acto de multiplicación de índole particular es la cena en común. En un rito determinado a cada uno de los participantes se le hace entrega de un trozo del animal abatido. Se come entre todos lo que se alcanzó entre todos. Partes del mismo animal son incorporadas a la muta entera. Algo de un cuerpo pasa a todos ellos. Agarran, muerden, mascan, engluten lo mismo. Todos quienes lo hansaboreado están ahora relacionados a través de este animal: está contenido en todos ellos juntos.

Este rito de la incorporación común es la comunión. Se le da un sentido particular: ha de realizarse de maneraque el animal del que se saborea se sienta honrado. Ha de regresar y traer muchos de sus hermanos. No se quiebran sus huesos, se les guarda con todo cuidado. Si todo se hace bien, como es debido, se recubrirán con carne; el animal se levantará y se dejará cazar de nuevo. Si se hace mal y el animal se siente herido, se retrae. Huye con todos sus hermanos y no se les vuelve a ver; los hombres pasan hambre.

En determinadas fiestas se consigue que el animal que se saborea haga acto de presencia. Así, entre algunos pueblos siberianos el oso es tratado como huésped durante su particular cena. Se honra a este huésped presentándole los mejores trozos de su propio cuerpo. Se encuentran palabras convincentes y solemnes para él y se le pide que interceda ante sus hermanos. Si uno sabe ganarse su amistad incluso se deja cazar de buen grado. Tales comuniones pueden llevar a una ampliación de la muta de caza. Las mujeres y todos los demás varones, que no formaron parte de la expedición de caza, luego toman parte en ella. Pero también puede quedar restringido a un

grupo pequeño que corresponde al grupo de los mismos cazadores. El acontecimiento interno, en tanto se refiere al carácter de la muta, es siempre el mismo: la *muta de caza* pasa a ser *muta de multiplicación*. Se logró una caza determinada, se saborea su presa, pero en el solemne instante de la comunión se tiene presente la idea de todas las cazas ulteriores. La imagen de la masa invisible de estos animales que se desea, flota ante la vista de todos los que toman parte en la cena, y se esmeran mucho en hacerla realidad.

Esta primitiva comunión de los cazadores se ha mantenido también cuando se trata de deseos de índole muy distinta. Puede que sean labradores que estén preocupados por la multiplicación de su trigo, de su pan de cada día: no obstante saborearán en común y con solemnidad el cuerpo de un animal, como en aquellos tiempos en que eran exclusivamente cazadores.

En las religiones superiores interviene un elemento nuevo en la comunión: el pensamiento en una multiplicación de los creyentes. Si la comunión permanece intacta, cuando se desarrolla correctamente, la fe se propagará cada vez más, y más y más adeptos se le unirán. Como se sabe, es, sin embargo, de mucha mayor significación la promesa de la reanimación y resurrección. El animal, del que los cazadores ceremoniosamente saborearon, volvería a vivir, resucitaría y volvería a dejarse cazar. El causar esta resurrección en las comuniones superiores se convierte en la meta esencial; pero, en lugar del animal, se saborea el cuerpo de un Dios, y su resurrección los creyentes la refieren a sí mismos.

De este aspecto de la comunión se hablará más aún cuando tratemos el tema de las religiones de lamentación. Lo que aquí nos interesa es el paso de la muta de caza a la de multiplicación: una determinada especie de alimentación asegura la multiplicación del alimento. Éste originalmente se representa como algo viviente. Aquí se muestra la tendencia de guardar la preciosa sustancia psíquica de

la muta, situándola en algo nuevo. De cualquier materia que sea esta sustancia —y quizá quepa preguntarse si la expresión «sustancia» es aquí del todo indicada—, todo se hace para que no se descomponga y disperse.

La relación entre la alimentación común y la multiplicación del alimento puede ser inmediata, aun sin que exista el elemento de la reanimación y resurrección. Recuérdense los milagros en el Nuevo Testamento, donde con cinco panes y dos pescados se sacian varios miles de hambrientos.

LA MUTA INTERNA Y LA SILENCIOSA

Las cuatro formas fundamentales de las mutas pueden agruparse de múltiple manera. Se puede distinguir entre mutas internas y externas.

La muta *externa*, que es más notoria y por consiguiente más fácil de caracterizar, se mueve hacia una meta que está situada en el exterior. Se extiende sobre un largo camino y si se compara con los de la vida normal, su movimiento es intensificado. Tanto las mutas de caza como las de guerra formarían parte de esta categoría. Los animales que se caza han de ser hallados y alcanzados. El enemigo que se quiere combatir debe ser buscado. Por grande que sea la excitación que se alcanza durante una danza de caza o de guerra en el mismo sitio y lugar, la actividad propiamente dicha de la muta externa tiende a una meta lejana.

La muta *interna* tiene algo concéntrico. Se forma en torno a un muerto que ha de ser sepultado. Su tendencia implica retener algo, no alcanzarlo? El lamento por el muerto se acentúa por todos los medios,cuanto pertenece a aquellos que están reunidos alrededor de su cadáver. Su camino a lo remoto lo toma solo. Se trata de un camino peligroso y aterrador hasta llegar hasta donde los otros

muertos le esperan y le acogen. Como el muerto no se deja retener, por decirlo así, se le desincorpora. Es que los que se lamentan por él representan, precisamente en cuanto muta, algo como un cuerpo unido, del que el cadáver no es despedido y alejado sin pena.

También la muta de multiplicación es una muta interna. Un grupo de hombres danzantes se forman en un núcleo al que ha de unirse desde fuera lo que aún es invisible. Más hombres han de reunirse a los presentes, más animales a aquellos que uno caza o cría, más frutos a aquellos que uno cosecha. El sentimiento dominante es una fe en el estar-presente-ya de todo aquello que ha de unirse a las unidades visibles que tanto se estima. Está en alguna parte y sólo hay que atraerlo. Se tiende a celebrar las ceremonias donde se supone que existen invisibles un gran número de estos seres.

Un pasaje significativo de una muta externa a una interna se nos presenta en la comunión. Por incorporación de determinado animal que fue abatido en la caza, por la solemne conciencia respecto a que algo de él existe dentro de todos los participantes no bien han saboreado su carne, se interioriza la muta. En esta disposición puede aguardar pues su reanimación y ante todo su multiplicación.

Otra manera de clasificación es la distinción entre mutas silenciosas y ruidosas. Basta mencionar lo ruidoso que llega a ser el lamento. No tendría sentido si no se hiciera notar con la mayor vehemencia. Ni bien se termina el ruido por entero, no bien deja de ser recogido o aumentado de otro modo, la muta de lamentación se separa, y cada cual vive otra vez para sí. Cazay guerra sonjior su naturaleza ruidosas. Si por una finalidadestratégica el silencio puede hacerse necesario durante cierto tiempo, el punto culminante de la acción, por el contrario, será entonces tanto más ruidoso. El ladrido de los perros, las exhortaciones de los cazadores con que incrementan su excitación y sed de sangre, pertenecen en todos los lugares a los momentos decisivos de la caza. En la guerra, sin embargo, fueron

desde siempre imprescindibles el salvajismo del desafío y la amenaza del enemigo. Gritos de matanza y fragor de batalla suenan en la historia, y del estruendo de las explosiones la guerra no se salva tampoco hoy en día.

La muta silenciosa es la de la esperanza. Tiene paciencia, una paciencia que al reunirse se hace especialmente notable. Hace su aparición allá donde la meta de la muta no se alcanza por intervención rápida y excitada. Quizás aquí la palabra «silenciosa» es un poco equívoca, y la denominación muta de esperanza sería más clara. Porque todas las actividades posibles, como cánticos, conjuros, sacrificios, pueden caracterizar esta clase de muta. Es propio de ellas el que apunten a algo lejano, que no puede estar tan próximo.

Es esta especie de esperanza y silencio la que formó parteen las religiones del más allá. Por ello hay hombres que se pasan una vida esperando una existencia mejor en el más allá. Pero el ejemplo más luminoso de la muta silenciosa sigue siendo la comunión. El proceso de la incorporación, si ha de ser perfecto, exige un silencio concentrado así como paciencia. La reverencia ante lo sacro-significativo, que se encuentra en uno, exige por un momento un comportamiento tranquilo y digno.

LA DETERMINACIÓN DE LAS MUTAS. SU CONSTANCIA HISTÓRICA

Se conoce al muerto que sejlora. Sóloaquellos que estuvieron n cerca de él o los que saben perfectamente quién es tienen derecho a sumarse a la muta de lamentación. El dolor se acrecienta cuanto mayor es la intimidad con él. Los que mejor lo conocían se lamentan con mayor vehemencia. La cumbre de la lamentación la ocupa la madre, de cuyo vientre ha salido el difunto. No se lleva luto por los

forasteros. Originalmente la muta de lamentación no se constituye en torno a cualquiera.

Esta determinación con respecto a su objeto caracteriza sin embargo a todas las mutas. No sólo sucede que los pertenecientes a una muta conozcan bien a los demás, sino que conocen su meta. Cuando están de caza saben qué es lo que persiguen. Cuando llevan a cabo una guerra conocen muy bien a su enemigo. En la lamentación su dolor va dirigido a un muerto muy conocido. En ritos de multiplicación saben con exactitud qué es lo que ha de multiplicarse.

La muta es de una implacable y feroz determinación. Esta determinación también contiene sin embargo un elemento de familiaridad. No puede negársele a los cazadores primitivos una peculiar ternura para con su presa. Durante la lamentación y durante la multiplicación esta tierna intimidad es natural. Pero incluso sobre el enemigo recae a veces algo de este interés íntimo en el momento en que ya no se le teme en exceso.

Las metas que se fija la muta son siempre las mismas. Una repetibilidad que lleva al infinito, propia a todos los procesos vitalesdel hombre, caracteriza también sus mutas. Determinación y repetición han conducido aquí a formaciones de tremenda constancia.Es esta constancia, el hecho de que siempre se las tenga dispuestasy disponibles, lo que posibilita su utilización en civilizaciones máscomplejas. Como *cristales de masa* se las pone en acción en cualquier sitio donde se trata de provocar masas con rapidez una yotra vez.

Pero también hay mucho de arcaico en la vida de nuestras culturas modernas que se expresa en forma de mutas. La nostalgia por una existencia sencilla o natural, por un desprendimiento de las coerciones y ataduras crecientes de nuestro tiempo, lleva aparejado este contenido: es el deseo de una vida en *mutas aisladas*. Cacerías de

zorro en Inglaterra, travesías oceánicas en pequeños botes con reducida tripulación, retiros espirituales en un convento, expediciones a países desconocidos, incluso el sueño de vivir con unos pocos en una naturaleza paradisíaca donde todo se multiplica, por así decirlo, por sí mismo, sin el menor esfuerzo de parte del hombre; común a todas estas situaciones arcaicas es la idea de un reducido número de gente, que se conoce bien entre sí y toma parte en una empresa clara y precisa de gran determinación o delimitación.

Aún hoy podemos encontrar una forma desvergonzada de la muta en todo acto de *linchamiento*. El término es tan desvergonzado como el asunto, pues se trata de una supresión de la justicia. Él acusado es considerado no-digno de ella. Ha de sucumbir sin ninguna de las formas que son habituales para los hombres. Su diferencia en apariencia y comportamiento, el abismo que en el sentimiento denlos asesinos existe entre ellos y su víctima, les facilita su tratamiento como animal. Mientras más él se les sustrae por la fuga, con tanto mayor placer se convierten ellos en muta. Un hombre en su plena tuerza, un buen corredor, les brinda lajacasión de una cacería que toman con placer. Por su naturaleza no puede ser muy frecuente; lo raro de esta caza puede que aumente su excitación. Las crudezas que se permiten en ella puede que se expliquen ante el hecho de que no pueden devorar la presa. Verosímilmente se piensa que son hombres porque no hincan los dientes.

La culpabilización de índole sexual, de la que esta muta a menudo toma su partida, hace de la víctima un ser peligroso. Uno despierta en sí su crimen real o supuesto. La vinculación del hombre negro con una mujer blanca, la imagen de su intimidad corporal, subraya a ojos de los vengadores su ser distintos. La mujer se pone cada vez más blanca, al tiempo que el hombre se hace cada vez más negro. Ella es inocente, puesto que como hombre él es más fuerte. Si es que ella ha consentido, se debe a que ha sido engañada por la fuerza. La

idea de esta superioridad les es más insoportable y les obliga a mancomunarse contra él. Como fiera feroz —cogió una mujer— es acosado y muerto en común. El asesinato en su persona les parece permitido y debido, y les llena de franca satisfacción.

MUTAS EN LAS LEYENDAS ANCESTRALES DE LOS ARANDA

¿Cómo se dibuja la muta en la mente de los aborígenes australianos? Dos leyendas ancestrales de los aranda presentan una clara imagen de ello. La primera trata de Ungutnika, célebre canguro del mítico tiempo primordial. Se informa lo siguiente acerca de sus aventuras con los perros salvajes:

«Él no era todavía adulto, sino un animalito pequeño, y partió de correría. Después de que hubo viajado unas tres millas más o menos, llegó a una planicie abierta donde vio una muta de perros salvajes. Estaban echados cerca de su madre, que era muy grande. Brincó por allí y escudriñó los perros salvajes; en ese momento advirtieron su presencia y empezaron a darle caza. Él brincaba lo más de prisa que podía para escapar, pero lo alcanzaron en otra planicie. Le rajaron el vientre, se comieron primero su hígado, lo desollaron, su piel la arrojaron a un lado y le arrancaron toda la carne de los huesos. Apenas terminaron volvieron a echarse.

»Sin embargo, Ungutnika no estaba destruido por completo, pues aún quedaban su piel y sus huesos. Ante los ojos de los perros la piel avanzó y se colocó sobre sus huesos. Volvió a incorporarse y partió corriendo. Los perros le siguieron y le alcanzaron esta vez por Ulima, una colina. Ulima significa hígado y se llama así porque esta vez no se comieron el hígado, sino que lo arrojaron; se transformó en una oscura colina que señala el lugar. Lo que sucedió antes volvió a ocurrir y Ungutnika, que otra vez se había vuelto entero, corrió

esta vez hasta Pulpunya. La palabra designa un peculiar ruido que emiten los pequeños murciélagos. Ungutnika en este lugar se dio la vuelta e hizo este ruido para escarnecer a los perros. En seguida lo pillaron otra vez y lo cortaron, pero para asombro de sus perseguidores una vez más se hizo entero. Corrió hasta Undiara con los perros tras él. Cuando alcanzó un lugar justo junto al hoyo de agua, lo atraparon y se lo comieron. Le cortaron su rabo y lo enterraron allá, donde con forma de piedra aún se halla hoy. Se llama la churinga-rabo-de-canguro; durante las ceremonias de multiplicación es desenterrado, mostrado a la redonda y limpiado con esmero.»

Cuatro veces es cazado el canguro por la muta de perros salvajes. Es muerto, despedazado y comido. Durante las primeras tres veces piel y huesos quedan intactos. Mientras éstos están íntegros puede volver a incorporarse y su cuerpo vuelve a moverse; los perros lo cazan otra vez. Uno y el mismo animal es comido pues cuatro veces. La carne comida vuelve a estar. De un canguro se hicieron cuatro y no obstante siempre es el mismo animal.

También es idéntica la cacería, sólo que sus localidades cambian y los sitios de los maravillosos acontecimientos quedan para siempre señalados en el paisaje. Lo muerto no cede, vuelve a vivir y escarnece a la muta que no sale de su asombro. Pero tampoco ella cede; debe matar su presa, aunque esté incorporada otra vez. La determinación de la muta y la repetitividad de su hacer no podría concebirse de modo más claro y más simple.

La multiplicación se obtiene aquí por una especie de re-resurrección. El animal no es adulto y no ha producido crías, pero en su lugar se cuadruplicó él mismo. Multiplicación y reproducción no son, como se ve, de ningún modo idénticas. A partir de la carne y los huesos se reincorpora ante los ojos de los perseguidores y les incita a la caza.

El rabo, que es sepultado, permanece como piedra, es monumento y testimonio de este milagro. La fuerza de aquella cuádruple resurrección está ahora en él, y si se le trata bien, como ocurre en las ceremonias, siempre vuelve a conceder la multiplicación.

La segunda leyenda comienza con la caza que un hombre solo da a un canguro grande, muy fuerte. Lo vio, lo quiere matar y comer. Lo sigue durante largo tiempo en una larga caza; acampan en muchos lugares manteniendo una determinada distancia entre ellos. Por todas partes por donde pasa el animal deja huellas en el paisaje. Efl un lugar oye un ruido y se levanta sobre las patas de atrás. Una piedra de ocho metros de alto lo representa allí, aún hoy, en esa posición. Más tarde escarba un hoyo en la tierra para buscar agua; también este hoyo de agua todavía existe.

Pero, al fin, el animal se encuentra terriblemente cansado y se acuesta. El cazador se topa con un grupo de hombres que pertenecen a su mismo tótem, aunque a otro subgrupo. Éstos le preguntan al cazador: «¿Tienes lanzas grandes?». Él responde: «No, sólo pequeñas». Y agrega el cazador: «Poned vuestras lanzas en el suelo». Entonces ellos replican: «Bien, pon las tuyas también en el suelo». Las lanzas son arrojadas al suelo, y todos los hombres unidos atacan al animal. El primer cazador se queda sólo con un escudo y su churinga —su piedra sagrada— en la mano.

«El canguro era muy fuerte y golpeó a los hombres con fuerza alejándolos de sí. Entonces todos saltaron sobre el animal y el cazador que quedó bajo el montón fue pisoteado hasta la muerte. También el canguro parecía estar muerto. Enterraron al cazador con su escudo y churinga y se llevaron con ellos el cuerpo del animal a Undiara. No estaba de veras muerto, pero murió poco después y fue acostado en la caverna. No fue comido. Allí donde estaba el cuerpo del animal se formó un descanso de rocas en la caverna; después de su muerte su espíritu entró en él. Poco después murieron también

los hombres y sus espíritus moraron en el charco situado al lado. La tradición dice que un gran número de canguros en épocas posteriores fueron a la caverna y penetraron allí en la tierra; también sus espíritus moraron en la piedra.»

La caza individual pasa a ser aquí caza de toda una muta. Se ataca al animal sin armas. Se le quiere sepultar bajo un montón de hombres. El peso de los cazadores unidos ha de sofocarlo. Es muy fuerte y golpea a su alrededor; a los hombres les cuesta mucho dominarlo. En ei ardor del combate el primer cazador cae bajo el montón y, en lugar del canguro, es pisoteado hasta la muerte. Lo entierran con su escudo y su churinga sagrada.

La historia de una muta de caza que sale en busca de determinado animal y por error en vez del animal mata al más distinguido de los cazadores, se encuentra difundida por toda la tierra. Termina con el lamento por el muerto: la muta de caza pasa a ser muta de lamentación. Este vuelco conforma el núcleo de muchas religiones importantes y ampliamente difundidas. También aquí, en esta leyenda de los aranda, se habla del sepelio de la víctima. Escudo y churinga son enterrados con ella, y la mención de la churinga, que es considerada sagrada, da al acontecimiento su toque solemne.

El mismo animal, que muere poco después, es sepultado en otro lugar. Su caverna se convierte en un santuario para los cangu¬ros. Muchísimos concurren en el transcurso de períodos posteriores a la misma roca y entran en ella. Undiara, así se llama el lugar, se convierte en un sitio sagrado en el que los miembros del tótem-canguro celebran sus ceremonias. Ellas sirven a la multiplicación de este animal, y mientras se desarrollen bien, habrá suficientes canguros en los alrededores.

Es notable cómo han sido presentados en esta leyenda dos acontecimientos nucleares religiosos enteramente distintos. El primero contiene, como ya se dijo, el que la muta de caza se

convirtiese en muta de lamentación; el segundo, que sucede en la caverna, representa el que la muta de caza pasase a muta de multiplicación. Para los australianos el segundo acontecimiento tiene una significación mucho mayor, y es precisamente el que se encuentra en el centro de su culto.

El que ambos aparezcan uno junto al otro, habla en favor de un planteamiento capital de este ensayo. Cada una de las cuatro especies básicas de la muta existe desde el comienzo y en todos los lugares donde haya hombres. Así también siempre son posibles todos los vuelcos de una muta en otra. Según el acento que se coloque sobre uno u otro cambio, se originan diferentes formas religiosas básicas. Como los dos grupos más importantes distingo las religiones de lamentación y las religiones de multiplicación. Pero hay también, como se verá, religiones de caza y de guerra.

Un recuerdo de acontecimientos bélicos está presente incluso en la leyenda mencionada. La conversación sobre las lanzas que el primer cazador sostiene con el grupo de hombres con quienes se topa, se refiere a las posibilidades bélicas. Cuando arrojan al suelo todas las lanzas que poseen renuncian a un combate. En aquel momento atacan unidos al canguro.

Aquí nos encontramos con el segundo punto que me parece notable en esta leyenda: el *montón* de hombres que se arroja sobre el canguro; una masa cohesionada de cuerpos humanos lo ha de ahogar. De tales montones de cuerpos humanos se habla con frecuencia entre los australianos. Uno siempre vuelve a encontrarse con ellos en sus ceremonias. En un determinado momento, en las ceremonias de circuncisión de los jóvenes, el candidato se acuesta en el suelo, y un determinado número de hombres se acuesta encima de él, de manera que debe soportar todo su peso. En algunas tribus un grupo de hombres se abalanza sobre un moribundo y se apretuja contra él por todos los costados. Esta situación, que ya es conocida, es en

especial interesante: representa una transición al montón de moribundos y muertos, del que en este libro se habla | menudo. Algunos casos de densos montones australianos han de ser tratados en el próximo capítulo. Puede que sea suficiente señalar en este lugar que el denso montón de *vivos*, constituido intencional y violentamente, no es menos importante que el montón de muertos. Si a nosotros el último nos parece más familiar es porque en el curso de la historia ha asumido colosales dimensiones. A menudo se diría que los hombres están juntos en gran número solamente una vez muertos. Pero el montón de los vivos también es bien conocido: en su núcleo la *masa* no es otra cosa.

FORMACIONES DE HOMBRES ENTRE LOS ARANDA

Las dos leyendas ancestrales de que he hablado están extraídas del libro de Spencer y Gillen sobre la tribu de los aranda (que ellos llaman arunta). La mayor parte de esta famosa obra está dedicada a la descripción de sus fiestas y ceremonias. De su multiplicidad difícilmente puede darse una idea exagerada. Especialmente notoria es la riqueza de formaciones físicas que en el curso de las ceremonias configuran los participantes. En parte son formaciones de un tipo que nos son íntimamente conocidas puesto que han mantenido su significado hasta nuestros días, aunque algunas veces sean tan extrañas que nos llaman la atención. Las más importantes tendrán que ser enumeradas rápidamente.

En todas las ejecuciones secretas que se llevan a cabo en silencio es frecuente la fila india. En fila india parten los hombres para buscar sus churingas sagradas que son mantenidas escondidas en cavernas o en otros lugares. Caminan quizás una hora antes de alcanzar su meta; los hombres jóvenes, a quienes se les lleva en estas expediciones, no deben hacer preguntas. Si el hombre viejo bajo cuyo mando van les quiere explicar algo, por ejemplo sobre ciertas

formaciones en el paisaje relacionadas con las leyendas de los ancestros, hace uso de un lenguaje mímico.

En las ceremonias propiamente dichas aparece habitualmente un número muy reducido de intérpretes, disfrazados como los ancestros de un tótem y que actúan por él. Por lo común son dos o tres, a menudo sólo uno. Los hombres jóvenes forman un círculo, bailan en derredor de ellos, profiriendo determinados gritos. Este rodar en círculo es una formación muy frecuente y siempre se vuelve a mencionar.

En otra ocasión, durante las ceremonias del engwura, que son el acontecimiento más importante y solemne en la vida de la tribu, los hombres en hilera yacen en un montículo alargado y así pegados al suelo permanecen durante muchas horas mudos y tendidos. Este *tenderse en una hilera* se repite a menudo y en una ocasión dura ocho horas, desde las nueve de la noche hasta las cinco de la madrugada.

Impresionante también es otra formación mucho más densa. Los hombres se apiñan juntos en un montón, los ancianos de pie en el centro, los jóvenes fuera. Esta figura en forma de disco, en que todos los concurrentes están estrechamente comprimidos, gira por espacio de dos horas en una danza circular, durante la que se canta de modo incesante. Entonces, se sientan todos en la misma posición en el suelo, y el montón permanece igual de compacto que lo era de pie, y los hombres continúan cantando quizá otras dos horas.

A veces los hombres se enfrentan en dos hileras unos a otros y cantan. En la ceremonia decisiva con la que concluye la parte ritual del engwura, los hombres jóvenes se forman en cuadrilla y pasan en compañía de los ancianos al otro lado del lecho del río, donde les esperan las mujeres y los niños.

Esta ceremonia es muy rica en detalles; en nuestra enumeración, a la que sólo le importan las formaciones, cabe mencionar un montón

en el suelo, que se forma con todos los hombres juntos. Los tres ancianos que en conjunto llevan un objeto sobremanera sagrado, representando la bolsa en la que estuvieron contenidos los niños del tiempo primordial, caen al suelo y cubren con sus cuerpos este objeto, que a las mujeres y los niños les está prohibido ver. Entonces todos los demás hombres, especialmente los jóvenes por los que la ceremonia tiene lugar, se arrojan sobre los tres ancianos, y todos yacen juntos en desordenado montón en el suelo. Ya nada se distingue del grupo y solamente sobresalen del montón las cabezas de los tres ancianos. Permanecen algún tiempo así tendidos, y enseguida todos procuran levantarse e individualizarse de nuevo. La formación de tales montones en el suelo también aparece en otras ocasiones, pero ésta es la más importante que los observadores mencionan.

En las pruebas de fuego los hombres jóvenes se acuestan sobre ramas calientes, pero naturalmente no superpuestos. Las pruebas de fuego se desarrollan de muy variadas maneras, una de las más frecuentes se lleva a cabo de la forma siguiente: los jóvenes se dirigen más allá del lecho del río, donde las mujeres les esperan en dos grupos. Las mujeres avanzan hacia ellos y les cubren con una lluvia de ramas en llamas. En otra ocasión la larga fila de los jóvenes está frente a la de las mujeres y los niños. Las mujeres bailan y los hombres arrojan con toda fuerza ramas ardientes por encima de sus cabezas.

En una ceremonia de circuncisión seis hombres, que se acuestan en el piso juntos, forman una mesa. El novicio se acuesta sobre ellos y allí es operado. El «yacer sobre el novicio», que pertenece a la misma ceremonia, ya fue apuntado en el capítulo precedente.

Si se busca un sentido a estas formaciones, quizá pueda decirse lo siguiente:

La fila india simboliza la migración. Su significación en la tradición de la tribu es fundamental. Se dice que a menudo los antepasados emigraron bajo tierra. Es como si uno tras otro, los jóvenes hubieran de pisar las huellas de los ancestros. Su movimiento y su silencio contiene el respeto ante los sagrados senderos y destinos.

El rondar o el bailar en círculo aparece como la fortificación propia de las representaciones que se desarrollan en su centro. Se lasprotege de todo lo ajeno al círculo, se les tributa su aplauso, se les rinde homenaje y se toma posesión de ellas.

Entenderse en una hilera podría ser símbolo de la muerte. Los novicios permanecen en este estado absolutamente mudos, y durante muchas horas nada se mueve. Entonces de pronto se incorporan y nacen otra vez a la vida.

Las dos hileras dispuestas frente a frente, que actúan una en dirección a la otra, expresan la escisión en dos mutas enemigas, donde el otro sexo sustituye a la muta enemiga. La cuadrilla parece ser ya aquí una formación para la protección por todas partes; presupone que uno se mueve en un entorno hostil. Son bien conocidas por la historia más próxima a nosotros.

Quedan pues las formaciones más densas: el disco danzante que está repleto de hombres y el enredado montón en el suelo. El disco, precisamente por su movimiento, es el caso extremo de una masa rítmica: hasta el punto de que es todo lo densa y cerrada posible, en la que no queda lugar para nada sino para los que pertenecen a ella.

Él montón en el suelo protege un precioso secreto. Indica que se quiere cubrir y retener algo con toda fuerza. En un montón así también se acoge a un moribundo y de esa manera se le rinde in-mediatamente antes de su muerte un postrero honor. Es tan importante para su gente que con él en medio, este montón evoca el de los muertos.

LA INVERSIÓN DE LAS MUTAS

Todas las formas de la muta que han sido descritas tienden a transformarse unas en otras. Por constante que sea la muta en su repetición, por poco que haya cambiado cuando reaparece, en su decurso individual y único, siempre tiene algo de fluctuante.

Ya el haber alcanzado la meta que persigue trae como consecuencia un cambio inevitable en su constitución. La *caza* en común, que ha alcanzado algo, lleva a un reparto. *Víctorias,* a excepción de los casos «puros» en los que se trata del degüello del enemigo, degeneran en saqueo. El *lamento* concluye con el alejamiento del muerto; no bien está en el lugar donde se le quiere tener, no bien uno se siente medianamente a salvo de él, la excitación de la muta cede y ésta se disgrega. Pero la relación con el muerto no está realmente agotada. Se supone que sigue viviendo en otra parte; puede que para la obtención de ayuda y consejo vuelva a citársele entre los vivos. En el conjuro de su muerto la muta de lamentación vuelve, por así decir, a reconstituirse, pero el objetivo de su comportamiento es ahora opuesto al primitivo. En cualquier forma el muerto, que antes había sido alejado, es traído de vuelta entre los suyos. El baile de los búfalos de los mandan llega a su fin con la llegada de los búfalos. La *muta de multiplicación* que tuvo éxito pasa a ser una fiesta del reparto.

Cada especie de muta tiene, como se ve, un negativo en el que acaba cambiándose. Pero junto al cambio hacia el negativo, que parece natural, hay un movimiento de índole muy distinta: el vuelco de *diferentes* mutas unas en otras.

Se recuerda un caso de este tipo en una leyenda ancestral de los aranda. Un poderoso canguro es pisoteado por muchos hombres juntos hasta morir. En este episodio el primer cazador perece víctima de sus propios camaradas y es ritualmente enterrado por

ellos: la muta de caza se convierte en muta de lamentación. Del sentido de la comunión ya se habló de modo exhaustivo: la muta de caza se convierte en una de multiplicación. Otro vuelco se sitúa al comienzo de la guerra: un hombre es muerto, los miembros de su tribu lo lamentan; luego forman una tropa y parten para vengar a su muerto en la persona del enemigo. La muta de lamentación pasa a ser muta de guerra.

La inversión de las mutas es un proceso notable. Se encuentra en todas partes y se puede investigar en las esferas más diversas de la actividad humana. Sin un conocimiento preciso de él, no hay fenómeno social, cualquiera que sea su naturaleza, que pueda ser comprendido del todo.

Algunas de estas inversiones se han aislado de contextos más amplios y se hicieron *estables*. Han alcanzado su sentido especial y se han convertido en rituales. Se los representa siempre de manera exactamente idéntica. Son el contenido propiamente dicho, el núcleo de toda religión significativa. Por la dinámica de las mutas y la manera especial en que se interpenetran se explica la ascensión de las religiones universales.

No es posible aquí llevar a cabo una interpretación exhaustiva de las religiones. Ésta será objeto de una obra aparte. En lo que sigue se contemplan algunas pocas formaciones sociales o religiosas respecto a las mutas que en ellas son predominantes. Se advertirá que existen religiones de la caza y de la guerra, de la multiplicación y del lamento. Entre los lele del Congo exbelga, la caza, a despecho de su escasa productividad, se encuentra en el centro de la vida social. Los jívaros en Ecuador viven por entero para la guerra. Los indios pueblo del Sur de los Estados Unidos se distinguen por la escasa actividad de caza y guerra y una sorprendente represión del lamento: viven por entero para la pacífica *multiplicación.*

Para la comprensión de las *religiones de lamentación,* que en tiempos

históricos han recubierto y reunido la tierra, estudiaremos el cristianismo y una variedad del islam. Una descripción de la fiesta del muharram de los siíes ha de confirmar la posición central del lamento en este tipo de fe. El último capítulo está dedicado al descenso del fuego pascual sagrado en la iglesia del Santo Sepulcro de Jerusalén. Es la fiesta de la resurrección en la que desemboca la lamentación cristiana, su justificación y su sentido.

SELVA Y CAZA ENTRE LOS LELE DE KASAI

En un profundo estudio, la antropóloga inglesa Mary Douglas logró encontrar la unidad real entre vida y religión de un pueblo africano. No se sabe qué admirar más en su trabajo: si la claridad de su observación o la sinceridad e imparcialidad de su pensamiento. La manera mejor de agradecérselo es seguirla al pie de la letra.

Los lele, un pueblo de unas 20.000 personas, viven en el Congo, en las cercanías del río Kasai. Sus aldeas se encuentran establecidas en la sabana, en compactos cuadrados de veinte a cien chozas, nunca muy distantes de la selva. Su alimento principal es el maíz que cultivan en la selva; cada año desbrozan un nuevo claro para el maíz, y no esperan más que una cosecha. En el mismo claro crecen entonces palmeras de rafia y de éstas se utiliza más o menos todo. De las hojas nuevas se obtiene un material que los hombres entretejen para fabricar tela de rafia. Al contrario que sus vecinos, todos los hombres lele saben tejer. Trozos cuadrados de tejido de rafia se utilizan como una especie de moneda. De esta palmera se obtiene asimismo un vino sin fermentación muy apreciado. Plátanos y palmeras, aunque donde mejor se dan es en la selva, se plantan también alrededor de la aldea; el maní sólo se cultiva en esta zona. Todos los demás bienes preciados provienen de la selva: agua, leña, sal, maíz, mandioca, aceite, pescado y carne. Ambos sexos, tanto hombres como mujeres, tienen muchas labores que realizar en la

selva. Sin embargo, cada tres días las mujeres están excluidas de la selva. Sus provisiones en alimentos, leña y agua deben almacenarlas el día anterior. La selva se considera entre los lele esfera del varón.

«Es inapreciable el prestigio de la selva. Los lele hablan de ella con entusiasmo casi poético [...] Con frecuencia acentúan el contraste entre la selva y la aldea. Durante el bochorno del día, cuando en la polvorienta aldea reina un desagradable calor, buscan con placer refugio en la fresca umbría de la selva. El trabajo aquí los fascina y les proporciona alegría, el trabajo en otro lugar es una calamidad. "El tiempo —según dicen— pasa despacio en la aldea, rápido en la selva." Los hombres hacen alarde de que pueden trabajar todo el día en la selva sin sentir hambre, en la aldea están pensando siempre en comer.»

Pero la selva es también un lugar de peligro. Quien esté de luto o haya tenido un mal sueño no debe pisarla. Un mal sueño es interpretado como advertencia. A quien al día siguiente vaya a la selva le acontecerá una desgracia. Un árbol se le cae en la cabeza, se corta con un cuchillo, se desploma de lo alto de una palmera. A un hombre que pase por alto la advertencia el peligro lo amenaza sólo en su persona. Una mujer que entra en la selva en tiempo prohibido pone en peligro a toda la aldea.

«Para el gran prestigio de la selva parece haber tres razones bien definidas: es la fuente de todas las cosas buenas y necesarias, de alimento, bebida, habitación, vestimenta: es la fuente de las medicinas sagradas y, en tercer lugar, es el ámbito de la caza, que a sus ojos representa, de lejos, la actividad más significativa.»

Los lele tienen verdadera avidez de carne. Se considera como ofensa grave ofrecerle a un huésped una cena de alimento vegetal. En sus conversaciones sobre acontecimientos sociales suelen detenerse con agrado en la cantidad y el tipo de la carne ofrecida. Y sin embargo no crían cabras y chanchos como sus vecinos del Sur. La mera idea de

comer animales que se hicieron adultos en la aldea les repugna. El buen alimento, según dicen, ha de provenir de la selva, donde es limpio y sano, como el jabalí y el antílope. Ratas y perros son impuros, *hama;* utilizan para designarlos la misma palabra que para pus y excrementos. Consideran tan impuros a las cabras y los chanchos, precisamente porque fueron «criados» en la aldea.

Su avidez de carne nunca les incita a comerla a no ser que haya sido conseguida en la selva o por la caza. Saben mucho de la crianza de perros, y si quisieran tampoco les costaría demasiado mantener cabras.

«El dimorfismo sexual, la división entre selva y aldea, la dependencia de la aldea con respecto a la selva son los elementos más importantes y siempre repetidos de su ritual.»

La sabana, que es árida y estéril, no tiene prestigio, es entregada por entero a las mujeres y es considerada esfera neutral entre la selva y la aldea.

Los lele creen en un Dios que ha creado hombres y animales, ríos y todas las cosas. También creen en *espíritus,* de los que hablan con prudencia y reserva, a los que temen. Los espíritus nunca fueron hombres y nunca han sido vistos por hombres. Quien viese un espíritu se quedaría ciego y moriría lleno de úlceras. Los espíritus viven en lo más profundo de la selva, en especial en los manantiales de las corrientes de agua. De día duermen, de noche rondan. No se mueren, nunca enferman. De ellos depende la fortuna de los hombres en la caza y la fertilidad de las mujeres. Pueden llenar una aldea de calamidades. Se considera a los puercos salvajes como los animales que están más cargados de poder suprasensible; siempre andan vadeando los arroyos y los manantiales, lugares predilectos de estancia de los espíritus. El jabalí es algo así como un perro del espíritu, vive con él y le obedece como un perro al cazador. Cuando un jabalí desobedece a su espíritu es castigado por éste; lo hace

matar durante la caza por un hombre, al que concede así una recompensa.

Los espíritus exigen bastante de los hombres, y muy en especial que reine la paz en la aldea. «El signo más claro de que todo va bien en la aldea, es una cara feliz. La pequeña cantidad de carne que puede recibir cada uno, hombre, mujer o niño, cuando ha sido cobrado un puerco salvaje es imposible que explique la alegría que todavía se manifiesta semanas después en la conversación acerca del suceso. La caza es una suerte de barómetro espiritual cuyo subir y bajar es cuidadosamente observado por toda la aldea.»

Es notable el hecho de que parir niños y cazar son designados siempre juntos, como si fueran funciones correspondientes de la mujer y el hombre. «La aldea está "echada a perder"», puede que se diga entonces, «la caza fracasó, las mujeres están estériles, todo se muere». Cuando se está satisfecho con el estado de cosas se dice: «Nuestra aldea ahora es buena y rica. Hemos matado tres jabalíes, cuatro mujeres han concebido, todos estamos sanos y vigorosos».

La actividad que goza de mayor prestigio es la caza *conjunta*. Ésta y no la caza privada de cada uno es lo que cuenta. «Hombres que están armados con arcos y flechas se detienen en un anillo en torno a una parte de la selva. Batidores con sus perros levantan la caza. Mozos y hombres ancianos, que apenas están ya en condiciones de caminar, procuran incorporarse a la caza. Los más estimados son los dueños de perros, quienes penosamente se abren camino a través de la maraña mientras alientan y dirigen sus perros dando gritos. Las asustadas bestias se precipitan contra las flechas de los cazadores que las aguardan. Éste parece ser el método de caza más eficaz en la espesura de la selva. Apunta a sorprender a los animales; los hombres disparan rápido y a muy corta distancia.

»Es asombroso, en un pueblo que tanto orgullo muestra en su caza, la carencia general de habilidad individual. Un hombre que penetra

en la selva lleva en cualquier caso el arco y algunas flechas, pero los utiliza solamente contra pájaros o ardillas y no se le ocurre cobrar caza mayor para él solo. Ignoran todas las técnicas especializadas del cazador individual. No saben acechar animales ni imitar sus gritos; el señuelo y el camuflaje les son desconocidos. Pocas veces se interna alguien solo en la espesura de la selva. Todo su interés se concentra en la caza en conjunto. Puede que un hombre tropiece en la selva con una manada de puercos salvajes que andan vadeando una ciénaga; reptando puede acercarse tanto que escucha su respiración. Pero, sin arriesgar un disparo, se aleja de puntillas y busca a los moradores de la aldea.

»En la sabana se caza sólo una vez por año, en la época de sequía, cuando puede incendiarse el pasto. Varias aldeas se unen entonces para cercar el paisaje en llamas. Los muchachos cobran entonces su primera presa. Dicen que la carnicería es atroz. Es la única ocasión en que la unidad de caza no está sólo formada por la población masculina de una única aldea; durante la caza en la selva siempre participan hombres de una misma aldea. Al fin y al cabo la aldea forma una unidad política y ritual porque es una unidad de caza. No puede sorprender que los lele consideren su cultura en primer lugar como cultura de caza.»

De especial importancia es el *reparto* de las presas. Está estrictamente reglamentado, es decir, de un modo que subraya el sentido religioso de la caza. Hay tres sociedades culturales entre los lele; cada una de ellas tiene derecho a una alimentación muy determinada, que está prohibida a todos los ajenos. La primera sociedad cultural es la de los genitores, está constituida por todos los hombres que han engendrado un niño. Les corresponde el pecho de toda presa de caza e igualmente la carne de todos los animales jóvenes. Entre los genitores hay algunos que han engendrado un niño varón y otro hembra; de entre ellos son elegidos los miembros de la segunda sociedad, aún más exclusiva: la de los hombres-pangolín. Se llaman

así porque sólo ellos tienen derecho a la carne del pangolin, un armadillo. La tercera sociedad es la de los adivinos. Reciben la cabeza y las entrañas del puerco salvaje.

Ningún animal mayor puede ser muerto sin que —justamente en su prorrateo— se convierta en objeto de un acto religioso. El más significativo de todos los animales es el puerco salvaje y su división es como sigue: después que los adivinos han recibido la cabeza y las entrañas, el pecho va a los genitores, las paletillas a los hombres que lo llevaron a la aldea, el cogote a los dueños de los perros, el lomo, un jamón y una pata delantera al hombre que lo cazó, y el estómago al grupo de los herreros de la aldea que fabricaron las flechas.

La articulación de la sociedad lele se consolida por así decir tras cada caza. La excitación de la muta de caza se ha ampliado hasta llegar a convertirse en sentimiento soportante de toda la comunidad. Así uno puede, sin contradecir a la autora, hablar de una *religión de caza* en el sentido más propio de la palabra. De manera tan convincente, excluyendo toda duda, nunca se había descrito todavía una religión de caza. Pero también se gana una valiosa idea acerca de la transformación de la selva en símbolo de masa. Todo lo que se considera de valor lo contiene esta selva, y lo más valioso se obtiene de ella. Los animales que son el objeto de la muta de caza moran en ella, pero también los temidos espíritus que otorgan a los hombres sus animales.

EL BOTÍN DE GUERRA ENTRE LOS JÍVAROS

El pueblo más guerrero en toda América del Sur son hoy día los jívaros de Ecuador. Es en especial revelador estudiar sus usos y organizaciones respecto a la guerra y el botín.

En este caso no se puede hablar de superpoblación. No van a la guerra para ganar nuevas tierras. Su espacio vital es más bien

demasiado grande. En un territorio de más de 60.000 kilómetros cuadrados puede que habiten unas veinte mil personas. Tampoco conocen establecimientos mayores, ni siquiera las aldeas gozan de prestigio entre ellos. Cada familia ampliada vive en una casa para sí, bajo el hombre de más edad como jefe supremo, y la familia más próxima quizá se encuentre algunos kilómetros más allá. Ninguna organización política los vincula entre sí. Cuando hay paz cada uno de los padres de familia es la instancia suprema y nadie tiene nada que mandarle. Si los jívaros no se buscaran unos a otros con intenciones hostiles, en los inmensos espacios de sus selvas vírgenes un grupo apenas se encontraría nunca con otro.

El lazo que los mantiene unidos es la *venganza de sangre* o, propiamente, la muerte. No existe para ellos muerte natural; cuando un "hombre muere es porque un enemigo lo hechizó desde lejos. Es deber de los deudos descubrir quién es responsable de la muerte, y vengar ésta en la persona del hechicero. Toda muerte es pues un *asesinato,* y todo asesinato sólo puede ser vengado por un contra-asesinato. Pero mientras que el hechizo de riesgo mortal del enemigo es efectivo a larga distancia, la venganza física o de sangre, a la que uno está obligado, sólo es posible *buscándolo.*

Los jívaros se buscan pues unos a otros, para vengarse unos de otros, y en tanto es así, la venganza de sangre puede designarse como su lazo social.

La familia, que vive junta en una casa, constituye una unidad muy densa. Lo que emprenda un hombre lo emprende junto con otros hombres de su casa. Para expediciones mayores, que son más peligrosas, los hombres de varias casas relativamente próximas se asocian; y sólo para realizar una campaña de venganza seria eligen un jefe supremo, un hombre experimentado, por lo general de edad, al que se someten voluntariamente todo el tiempo que dure su empresa.

Así la muta de guerra es propiamente la unidad dinámica de los jívaros. Junto a la unidad estática de la familia es la única de importancia. En torno a la muta de guerra se forman todas sus fiestas. Uno se reúne una semana antes de partir y se vuelve a reunir en una serie de grandes fiestas después, cuando se ha vuelto triunfalmente de la expedición.

Las expediciones de guerra sirven exclusivamente a la *destrucción*. Todos los enemigos son muertos, menos algunas parejas ele mujeres jóvenes y tal vez unos niños, que se adoptan en la familia propia. La propiedad del enemigo, que suele ser escasa, sus animales domésticos, sus plantaciones, su casa, son destruidos. El único objeto que realmente se coloca como objetivo es la cabeza cortada del enemigo. Pero por ésta se tiene una verdadera pasión y la meta suprema de todo guerrero reside en regresar a casa con, al menos, una cabeza.

La cabeza es preparada de una manera especial y se reduce aproximadamente al tamaño de una naranja. Entonces se llama *tsantsa*. El propietario de una cabeza adquiere por ella una consideraciónespecial. Después que ha transcurrido algún tiempo, uno o dos años quizá, se celebra una gran fiesta, en cuyo centro está la cabeza debidamente preparada. A esta fiesta se invita a todos los amigos, se come, se bebe y se baila mucho; todo lo que ocurre se halla establecido ceremonialmente. Es una fiesta de indudable carácter religioso, y su observación detenida muestra que el deseo de *multiplicación* y los medios para lograr ésta, constituyen su esencia particular. Es imposible entrar aquí en todos los detalles que Karsten en su trabajo titulado *Venganza de sangre, guerra y fiestas triunfales entre los jívaros* ha descrito con bastante amplitud. Baste con señalar una de sus danzas más importantes en que se conjura con extensa vehemencia uno tras otro todos los animales que se caza, y después de estos animales se habla del acto sexual del hombre mismo que sirve a la multiplicación de la propia gente.

Esta danza es la introducción propiamente dicha de la gran fiesta. Hombres y mujeres se colocan en un círculo alrededor del pilar central de la casa, se dan la mano y se mueven lentamente en círculo durante el tiempo que, en palabras del conjuro, son emitidos los nombres de todos aquellos animales cuya carne se paladea con agrado. A ello se agregan algunos objetos que el indio necesita para su uso doméstico y fabrica él mismo. Tras cada uno de estos nombres se dice en alta voz y con violencia *¡hej!*

La danza comienza con agudos silbidos. El propio conjuro dice:

¡Hej, hej, hej!
El mono del alarido ¡hej!
El colorado ¡hej!
El mono pardo ¡hej!
El mono negro ¡hej!
El capuchino ¡hej!
El mono gris ¡hej!
El jabalí ¡hej!
El loro verde ¡hej!
El rabilargo ¡hej!
Chancho casero ¡hej!
Menuda presa ¡hej!
Ropa de hembra ¡hej!
Faja ¡hej!
Capacha ¡hej!

Este conjuro dura más o menos una hora, los bailarines entretanto se mueven ora a la derecha, ora a la izquierda. Cada vez que se detienen para cambiar su dirección, emiten estridentes silbidos y gritan *«chi, chi, chi, cbi»,* como si con este grito quisieran mantener la continuidad del conjuro.

Otro conjuro está destinado a las mujeres y a su fecundidad:

¡Hej, hej, hej!
Hembra ¡hej! Hembra ¡he)!
Coito ¡he)!
¡ha tsantsa concédanos el coito!
A parear ¡he)! A parear ¡hej!
Hembra ¡hej! Hembra ¡hej!
Sea de verdad ¡hej!
Lo hacemos así ¡he)!
Bonito ha de ser ¡he)!
Parar ¡hej!

En el centro de estos conjuros y de todos los demás actos de la fiesta está la tsantsa, la cabeza del enemigo conquistada y preparada como cabeza reducida. Su espíritu siempre se mantiene cerca de la cabeza y se convierte así en altamente peligroso. Se intenta conquistarlo de todas las maneras posibles; no bien se ha logrado volverle servicial es de gran utilidad. Se ocupa de que los cerdos y las gallinas que se posee se multipliquen; debido a él se multiplican los bulbos de la mandioca. Trae toda la prosperidad que se pueda desear en forma de multiplicación. No es fácil, sin embargo, esclavizarlo por entero. Al principio está lleno de ansias de venganza y es inimaginable todo lo que a uno le podría causar. Pero el número de ritos y observancias de los que uno se vale para adueñarse de él es sorprendente. La fiesta, que dura varios días, concluye cuando se consigue que la cabeza y el espíritu que le corresponde se coloquen por completo bajo el dominio de uno.

Si se contempla la tsantsa desde el punto de vista de nuestras costumbres de guerra habituales, debe decirse que está en lugar de lo que nosotros llamamos botín. Para obtener la cabeza se va a la guerra; es el *único* botín. Pero por pequeño que se vea finalmente este botín, en especial cuando se ha reducido al tamaño de una naranja, contiene no obstante todo lo que a uno le importa, lisia cabeza le consigue a uno toda la multiplicación que uno desea: l;i de los

animales y plantas, de los que se vive, la de los objetos, que uno mismo se fabrica y, por último, la de la propia gente. Es un botín alucinantemente concentrado, y no basta con obtenerlo; también hay que esforzarse durante largas ceremonias para convertirlo en lo que ha de ser para uno. Estas ocupaciones culminan en la excitación conjunta de la fiesta, en especial en sus abundan-íes conjuros y danzas. La fiesta-tsantsa como un todo está a cargo de una muta de multiplicación. La muta de guerra, cuando tuvo suerte, desemboca finalmente en la muta de multiplicación de la fiesta, y el vuelco de aquélla en ésta debe designarse como la dinámica propia de la religión jívara.

LAS DANZAS DE LA LLUVIA DE LOS INDIOS PUEBLO

Son danzas de multiplicación que han de conducir a la consecución de la lluvia. De alguna manera hacen brotar la lluvia desde el suelo. El pisar de los pies es como el caer de gotas. Si la lluvia comienza a caer durante la representación, siguen bailando bajo ella. Un grupo de unos cuarenta hombres se transforma en lluvia por medio de rítmicos movimientos.

La lluvia es el símbolo de masa más importante de los indios pueblo. Siempre fue significativa, también para los antepasados que quizás hayan habitado en otra parte. Pero desde que moran en sus áridas mesetas, su importancia ha aumentado tanto, que determina desde la base la naturaleza de su fe. El maíz, del que viven, y la lluvia, sin la que este maíz no crece, están en el núcleo de todas sus ceremonias. Los numerosos medios mágicos de los que uno se sirve para conseguir la lluvia son resumidos e intensificados en las danzas de la lluvia.

Hay que notar que estas danzas nada tienen de salvaje; ello se relaciona con la naturaleza de la lluvia misma. Como nube en la que

se acerca es una unidad. Está alta y distante, blanda y blanca y, cuando se acerca, despierta en los hombres tiernos sentimientos. Pero apenas descarga se desintegra; en gotas aisladas llega la lluvia a los hombres y al suelo, en el que se insume. La danza, que ha de atraer la lluvia por transformación de ella, representa también la fuga y la desintegración de una masa, más aún que su formación. Los danzantes desean la nube, pero no ha de quedarse arriba, ha de verterse. La nube es una masa amiga y esto se advierte en el momento en que la comparan a los *antepasados*. Los muertos vuelven en las nubes de lluvia y atraen la bendición. Cuando en el verano de la tarde aparecen nubes de lluvia en el cielo se dice a los niños: «Ved, vienen vuestros abuelos». Con ello no se alude a los muertos de esta familia, sino muy en general a los antepasados.

Los sacerdotes, sin embargo, en su aislamiento ritual, permanecen sentados durante ocho días, inmóviles y recogidos en sí mismos ante sus altares y hacen conjuros para que la lluvia haga acto de presencia:

Dondequiera se encuentre vuestra estable morada,
Os pondréis en camino desde allí,
Vara colmar las nubecitas que el viento avanza,
Vuestras finas tiritas de gualdrín
Con mil vividas aguas.
Enviaréis, para que entre nosotros permanezca,
La bella lluvia vuestra que acaricia la tierra,
Aquí en Itiwana,
Residencia de nuestros padres,
De nuestras madres,
De los que nos antecedieron en vida.
Con vuestra enorme cantidad de agua
Llegaréis todos juntos.

Lo que se desea es una enorme cantidad de agua. Pero esta cantidad, que se ha acumulado en nubes, se desintegra en gotas. El acento de

las danzas de la lluvia se coloca en la desintegración. Es una masa *suave* la que se desea, no un animal peligroso que se ha de abatir, no un odioso enemigo que se ha de combatir. Es igualada a la masa de los antepasados, que entre ellos son pacíficos y benevolentes.

La bendición que sus gotas traen al suelo conduce luego hasta aquella otra masa de la que se vive: el maíz. Como toda cosecha significa un acumular en montones. Es el proceso exactamente inverso: la nube de lluvia se desintegra en gotas, el montón de cosecha en cambio se junta en cada una de sus mazorcas o, mejor aún, en sus granos.

Con este alimento los humanos se vuelven fuertes y las mujeres fecundas. La palabra «niños» aparece a menudo en sus plegarias. El sacerdote habla de los vivos de la tribu como de niños, pero también habla de todos los muchachos y niñas, todos aquellos «que aún tienen por delante el camino de la vida». Ellos son lo que nosotros llamaríamos el porvenir de la tribu. Él los ve, en una imagen más precisa, como todos aquellos que aún tienen por delante su camino por la vida.

Las masas esenciales en la vida de los pueblo son pues antepasados y niños, lluvia y maíz, o si se quiere hacer algo así como una serie causal: antepasados, lluvia, maíz y niños.

De las cuatro especies de la *muta,* entre ellos muta de caza y guerra casi no existen. Aún quedan vestigios de batidas de conejos. Aún hay una sociedad de los guerreros, pero su función es sólo la de policía, y para la actuación de la policía, en nuestro sentido, se dan allí pocas ocasiones. Entre ellos la muta de lamentación ha sido restringida de manera sorprendente. Se hacen las menores ceremonias funerarias posibles y se procura olvidar a los muertos en cuanto individuos lo más de prisa posible. Cuatro *días* después de haberse producido la muerte, el sacerdote supremo exhorta a los deudos a que no piensen más en el difunto. «Está muerto hace ya

cuatro *años.»* La muerte es empujada al pasado y el dolor se aplaca de este modo. Los pueblo no tienen mutas de lamentación: *neutralizan* el dolor.

Les queda sólo como forma activa y ricamente elaborada la muta de multiplicación. Todo el énfasis de la vida comunal se halla trasladado a ella. Podría decirse que sólo viven para esta multiplicación, cuyo carácter es exclusivamente positivo. Esa cabeza de Jano que se conoce entre tantos otros pueblos: multiplicación por un lado, disminución del enemigo por el otro, es desconocida entre ellos. Por lo tanto, no están interesados en la guerra. Lluvia y maíz los han predispuesto a la dulzura, su vida depende por entero de sus propios antepasados y niños.

DINÁMICA DE LA GUERRA: EL PRIMER MUERTO. EL TRIUNFO

La dinámica interna —o de muta— de la guerra se presenta así en su orígen: de la mütade lamentación en torno a un muerto se forma una muta de guerra que debe vengarlo. De la muta de guerra que venció se forma la muta de multiplicación del triunfo.

Es el *primer* muerto el que contagia a todos con el sentimiento de la amenaza. La significación de este primer muerto para atizar las guerras es imponderable. Los detentadores del poder que quieren desatar una guerra saben muy bien que deben conseguir o inventar un primer muerto. No se trata tanto de su peso dentro de su grupo. Puede tratarse de alguien sin ninguna influencia especial, a veces hasta es un desconocido. Lo que importa es su muerte y no otra cosa; hay que creer que el enemigo carga la responsabilidad por ella. Se ocultan todas las razones que podrían haber llevado a matarlo menos una: ha perecido como miembro del grupo al que uno mismo pertenece.

La muta de lamentación, no bien establecida, actúa como cristal de masa, se *abre,* por decirlo así: todos los que se sienten amenazados por el mismo motivo se le unen. Su mentalidad se vuelve la de una muta de guerra.

La guerra, que para ser atizada se sirvió de uno o de pocos muertos, produce un tremendo número de ellos. El lamento por éstos, cuando uno se forja el triunfo, tiene algo de muy moderado en comparación con el lamento por el primer muerto. La victoria, que es percibida como una disminución decisiva, cuando no como un exterminio del enemigo, quita su peso al lamento por los propios muertos. Se les envió como avanzada a la comarca de los muertos, adonde arrastraron a muchos más enemigos. Así le han quitado a uno el miedo, sin lo cual no se habría marchado a la guerra.

El enemigo está derrotado; la amenaza que unió a los propios hombres ha caído en el olvido y cada uno parte ahora en busca de lo que le interesa. La muta de guerra está en vías de desintegrarse en el *saqueo,* muy parecido a lo que le sucede a la muta en el reparto. Si la amenaza no se vivió realmente de modo colectivo, fue exclusivamente la perspectiva de saqueo la razón por la que se logró llevar a la guerra a los hombres. En este caso, siempre hay que otorgarlo; un general de la vieja escuela difícilmente se habría atrevido a negárselo a su gente. Pero el peligro de una total descomposición de la tropa por un saqueo resulta tan grande que siempre se estuvo pendiente de conseguir los medios de restablecer el espíritu bélico. El medio de mayor éxito fueron las *fiestas de victoria.*

La confrontación de la disminución del enemigo con la propia multiplicación confiere particular sentido a las fiestas de victoria. Se congrega al pueblo, hombres, mujeres y niños. Los vencedores aparecen en las mismas formaciones en que partieron al combate. Al desfilar ante el pueblo lo contagian con el clima de la victoria. Cada vez confluye más gente, hasta que al fin están presentes todos los

que de algún modo pueden abandonar sus residencias.

Pero los vencedores no se exhiben solos. Han traído muchos objetos consigo y actúan como multiplicadores. Su botín se exhibe también ante la población. Hay una gran abundancia de todo lo que se necesita, estima y atesora, y cada cual recibirá su parte: bien porque el mariscal de campo o el rey hagan grandes distribuciones entre el pueblo, bien porque prometan una disminución en los gravámenes u otras regalías. El botín contiene no sólo el oro y los bienes; también se traen prisioneros y su gran número hace visible la disminución del enemigo.

En sociedades que han alcanzado cierto grado de civilización, sólo queda esta exhibición de los enemigos prisioneros. Otras, que nos parecen más bárbaras, exigen más: quieren, precisamente como *congregados,* y ya no en el sentimiento de amenaza inmediata, *vivir* la disminución del enemigo. Se llega así a las ejecuciones públicas de prisioneros como consta de las fiestas de victoria de muchos pueblos guerreros.

Estas ejecuciones adquirieron dimensiones francamente fantásticas en la capital del reino de Dahomey. Aquí existía la institución de una fiesta anual que duraba varios días: el rey daba a su pueblo un espectáculo sangriento en el que cientos de prisioneros eran decapitados a la vista y en presencia de todos.

El rey se hallaba en su trono sobre una plataforma en medio de sus dignatarios. Abajo se encontraba congregado el pueblo. A un ademán del rey los verdugos ponían manos a la obra. Las cabezas de los muertos eran arrojadas a un montón; varios de esos montones quedaban a la vista. Había procesiones por las calles, en cuyos lados colgaban los cadáveres desnudos de los enemigos ahorcados. Para no herir el sentimiento de pudor de las innumerables mujeres del rey, habían sido mutilados, se les había castrado. El último día de la fiesta la corte se reunía de nuevo sobre una plataforma y se hacía

entrega de grandes obsequios al pueblo: conchas, que servían de moneda, eran arrojadas entre el pueblo que se peleaba por conseguirlas. Enseguida se echaban enemigos atados que eran también decapitados. El pueblo se peleaba por el cuerpo y se dice que los hombres, en el delirio, se lo comían. Cada uno quería un trozo del enemigo muerto; se puede hablar aquí de una comunión en el triunfo. Los seres humanos eran seguidos por animales; lo decisivo seguía siendo el enemigo.

Hay relatos de testigos oculares europeos de estas fiestas en el siglo xvin. En este tiempo eran los representantes de naciones blancas que tenían sus factorías en la costa; el objeto de su comercio eran esclavos, y concurrían a la capital, Abomey, para comprarle al rey. Una parte de sus prisioneros el rey la vendía a los europeos. Sus expediciones de guerra tenían este fin, y los europeos en aquel entonces lo toleraban con agrado. Les era menos grato presenciar las horrorosas ejecuciones en masa; pero su presencia pertenecía al buen tono de la corte. Procuraron convencer al rey de que las víctimas destinadas a la ejecución fueran vendidas como esclavos. Así se sentían humanos y asimismo era bueno para los negocios. Pero, para su sorpresa, comprobaron que el rey, pese a su codicia, no estaba dispuesto a renunciar a las víctimas. En épocas en que escaseaban esclavos y el comercio era muy bajo, se enfadaban por su empecinamiento. No comprendían que al rey le importara más su poder que su propiedad. El pueblo estaba acostumbrado a la exhibición de las víctimas: de la presentación de la disminución masiva de sus enemigos en esta forma cruel y pública extraía la certidumbre de su propia multiplicación. De ella también emanaba de manera inmediata el poder del rey. El efecto del espectáculo era de naturaleza doble. Se trataba del método más infalible de convencer al pueblo de su multiplicación bajo su reinado y mantenerlo así en el estado de una masa religiosamente sumisa. Pero también mantenía despierto el terror ante su orden. Las ejecuciones

eran ordenadas por él en persona.

La mayor ceremonia pública de los *romanos* era el *triunfo*. Toda la ciudad se congregaba en él. Pero cuando el imperio llegó al apogeo de su poder y ya no salía constantemente a hacer conquistas, se hizo una institución de la misma victoria, que se celebraba periódicamente en unas fechas determinadas. En la *arena* se luchaba ante los ojos del pueblo reunido, sin consecuencias políticas y, sin embargo, no sin sentido, pues era una forma de volver a despertar el sentimiento de la victoria y mantenerlo despierto. Los romanos, en cuanto espectadores, no luchaban ellos mismos, pero decidían en masa quién era el vencedor y lo aclamaban como en los viejos tiempos. Era exclusivamente este sentimiento de victoria lo que importaba. Las mismas guerras, que ya no parecían tan necesarias, perdían importancia al lado de la importancia de estos acontecimientos.

Entre pueblos históricos de este tipo, la guerra se convierte en el medio más claro de la multiplicación. Bien porque se consiga un botín del que se vive, bien porque se ganen esclavos que trabajan para uno, cualquier otra forma más paciente de multiplicación se rechaza y se considera despreciable. Se conforma así una especie de religión de guerra del estado: su intención tiende a la más célebre de las multiplicaciones.

EL ISLAMISMO COMO RELIGIÓN DE GUERRA

Los fieles mahometanos se reúnen de cuatro maneras diferentes:

1. Se reúnen varias veces por día para la oración, a la que sonconvocados por una voz que llega de lo alto. Aquí se trata de pequeños grupos rítmicos que se pueden designar como *mutas orantes*.Cada movimiento está exactamente prescrito y es dominado por *una*dirección, la de La Meca. Una vez por semana, en la oración

delviernes, estas mutas se convierten en masas.

2. Se reúnen para la guerra santa contra los infieles.
3. Se reúnen en La Meca durante la gran peregrinación.
4. Se reúnen para el juicio final.

En el islamismo, como en todas las religiones, las masas invisibles son de la mayor importancia. Pero, más nítidas que en las demás religiones universales, aquí se trata de *dobles masas* invisibles, que se enfrentan una a otra.

Apenas resuena la trompeta del juicio final, los muertos se levantan todos de sus tumbas y se dirigen rápidamente, como siguiendo órdenes, al campo del juicio. Allá pues se forman, ante Dios, en dos poderosos grupos separados entre sí; de un lado los fieles, los infieles del otro, y cada uno es juzgado por Dios.

Todas las generaciones de los hombres se juntan así, y a cada uno le parece como si se le hubiese bajado a la tumba sólo la víspera. De los inapreciables períodos que puede haber pasado en la tumba nadie tiene idea. Su muerte no tenía sueño ni recuerdo. Pero el sonido de la trompeta es percibido por todos y cada uno. «En aquel día los hombres saldrán en bandadas.» Siempre vuelve a hablarse en el Corán de las bandadas de aquel gran momento. Es la idea de masa más englobante que pueda concebir un creyente mahometano. Nadie puede pensar en un número de seres humanos mayor que el de todos los que hayan vivido jamás, apiñados en un lugar. Es la única masa que ya no crece, y tiene la mayor densidad pues cada uno de ellos, y todos en el mismo sitio, se presenta ante la faz de su juez.

Pero con todo su tamaño y densidad, esta masa desde el principio al fin permanece dividida en *dos*. Cada uno sabe muy bien qué es lo que le espera: en unos hay esperanza, terror en los otros. «Habrá aquel día rostros radiantes, risueños, dichosos; y habrá aquel día rostros

cubiertos de polvo, cubiertos de tinieblas, ésos son los infieles, los sacrilegos.» Puesto que se trata de una sentencia absolutamente justa —cada acción está estampada y se puede atestiguar por escrito—, nadie puede escapar a la mitad a la que pertenece de derecho.

La división de la masa en dos en el islamismo es ineluctable: consiste en el grupo de los fieles y el de los infieles. Su destino, que permanecerá por siempre separado, es *combatirse* recíprocamente. La guerra santa es considerada un deber sagrado y de esta manera, ya durante esta vida, en cada batalla es prefigurada la doble masa del juicio final —si bien de manera menos global.

Una imagen muy distinta aparece ante los ojos del mahometano como un deber no menos sagrado: la peregrinación a La Meca. Aquí se trata de una masa *lenta,* que se forma paulatinamente por el aporte de fieles de todos los confines del mundo. Puede durar semanas, meses o incluso años, según la distancia que el fiel debe salvar para llegar a La Meca. El deber de efectuar el viaje al menos una vez en el transcurso de la vida matiza toda la estancia terrenal de un hombre. Quien no estuvo en este peregrinaje no vivió de veras. Su vivencia abarca, por así decir, todo el territorio cubierto por la fe y lo lleva a reunirse y concentrarse en el mismo lugar en que ella se originó. Esta masa de los peregrinos es pacífica. Está dedicada única y exclusivamente al logro de su meta. No es tarea suya someter infieles, sólo debe llegar a su lugar señalado y haber estado allí.

Se considera un milagro muy especial el que una ciudad del tamaño de La Meca pueda acoger estos incontables grupos de peregrinos. El peregrino español Ibn Jubayr, que llegó a La Meca hacia fines del siglo XII y dejó una detallada descripción de su viaje, opina que incluso la ciudad más grande del mundo no tendría cabida para tanta gente. Pero es que La Meca está agraciada con una especial *extensibilidad* para albergar masas; hay que compararla con un útero que, según la constitución del embrión que contiene puede hacerse

más pequeño o más grande.

El momento más importante del peregrinaje es el día en que se reúnen sobre la llanura de Arafat: 700.000 hombres han de estar de pie allí reunidos. Lo que falte para completar este número es rellenado por ángeles que se sitúan invisibles entre los hombres.

Pero cuando han pasado los días de la paz, la guerra santa vuelve a pedir su derecho. «Mahoma —dice uno de los mejores conocedores del islamismo— es el profeta de la lucha y de la guerra [...]. Lo primero que realizó en su ámbito árabe lo lega por testamento para el porvenir a su comunidad: lucha contra los infieles, expansión no tanto de la fe como de su esfera de poder, que es la esfera de poder de Alá. A los paladines del islamismo en primer lugar no les importa tanto la conversión como el sometimiento de los infieles.»

El Corán, el libro del Profeta inspirado por Dios, no deja dudas al respecto. «Cuando los meses sagrados hayan pasado, matad a los idólatras donde los halléis; prendedlos, asediadlos, y preparad contra ellos todo tipo de emboscadas.»

RELIGIONES DE LAMENTACIÓN

Toda la tierra está llena de religiones del lamento. En el cristianismo alcanzaron una especie de validez universal. La muta que las sostiene tiene corta duración. ¿Qué es lo que ha dado su consistencia a las formas de fe que derivan de la lamentación? ¿Qué les proporciona esta particular perseverancia durante milenios?

La leyenda alrededor de la que se forman es la de un hombre o dios que pereció injustamente. Siempre es la historia de una persecución, ya sea una caza o un acoso. También un proceso injusto puede hallarse vinculado con ello. Si es una caza se mata por equivocación al principal de los cazadores en lugar del animal perseguido. Puede

suceder, en una reversión, que el animal acosado ataque y lesione al cazador con consecuencias mortales, como sucede en la tradición de Adonis y el jabalí. Precisamente esta muerte nunca debiera haberse producido, y el dolor por ella sobrepasa toda medida.

Puede ser que una diosa ame y llore a la víctima, como Afrodita a Adonis. En la consonancia babilónica de su nombre la diosa se llama Ishtar, y Tammuz es el hermoso joven prematuramente muerto. Entre los frigios es la madre diosa Cibeles la que llora por su joven amante Atis. «Está generalmente trastornada, atalaja leones a su carro, se despliega por todo el monte Ida con sus contantes, a los que ha trastornado tanto como ella misma, y clama por su Atis; uno de sus coribantes se corta sendos huecos en los brazos, otro deambula por la montaña con el pelo en ventolera, un tercero sopla en una corneta, otro más arriba golpea un tambor o hace estruendo con pedazos de lata; el Ida entero está revuelto y en fanático furor.»

En Egipto es Isis quien ha perdido a Osiris, su esposo. Lo busca sin descanso; afligida recorre el país y no se detiene antes de haberlo encontrado. «Ven a tu casa —se lamenta—, ven a tu casa, [...]yo no te veo y no obstante mi corazón pena por ti y mis ojos te codician. ¡Ven donde aquella que te ama, que te ama. Bienaventurado tú! Ven a tu hermana, ven a tu cónyuge, a tu cónyuge, tú, cuyo corazón se detuvo. Ven a tu dueña de casa. Yo soy tu hermana, de la misma madre, no debes estar lejos de mí. Los dioses y los hombres han vuelto su cara hacia ti y juntos te lloran [...]. Yo clamo por ti y lloro, que hasta el cielo me escucha, pero tú no escuchas mi voz, y soy yo tu hermana, la que sobre la tierra amabas; tú no amabas ninguna fuera de mí ¡hermano mío!»

Pero puede ser también —y ese es el ulterior y ya no mítico caso—, que un grupo de familiares y discípulos llore por él, como por Jesús o por Hussain, el nieto del profeta, el mártir de los siíes.

La caza o persecución es representada con todo detalle, es una

historia exacta, se mantiene como algo personal, siempre corre sangre, incluso en la más humana de todas las pasiones; en la de Cristo mismo no se prescinde de la sangre y las llagas. Cada una de las acciones de las que está constituida la pasión es percibida como injusta; cuanto más uno se aleje de tiempos míticos, tanto más existe la tendencia a prolongar y equipar la pasión con innumerables rasgos humanos. Sin embargo la cacería o acoso siempre se percibe a partir de la víctima.

En tomo a su fin se constituye una muta de lamentación, pero su lamento tiene una nota especial: un muerto ha fallecido por amor a los hombres que lo lloran. Él era su salvador, bien porque fuese su gran cazador, bien porque tuviese otros méritos mayores. Su valor queda destacado de todas maneras; precisamente él es quien no debería estar muerto. Su muerte no es reconocida por los dolientes. Quieren volverlo a tener en vida.

En la narración de la muta de lamentación arcaica, bajo la que cae aquel caso australiano antes citado, se destacó que la lamentación comienza ya en torno al *moribundo.* Los vivos procuran retenerlo y lo cubren con sus cuerpos. Lo acogen en su montón, por todos lados se pegan estrechamente a él, procuran que no se vaya. Con frecuencia se le pide que vuelva incluso después de la llegada de la muerte, y cuando se está bien seguro de que ya no vendrá comienza la segunda fase del rechazo hacia el mundo de los muertos.

En la muta de lamentación de la que aquí se habla, que se constituye como leyenda en torno a un muerto valioso, el proceso del morir es prolongado de todas las maneras. Sus parientes o fieles, que aquí son lo mismo, se niegan a entregarlo. La primera fase, la del querer *retener,* es la decisiva, y todo el peso cae sobre ella.

Es la época en que todos acuden a reunirse desde todas partes, y todo aquel que quiere lamentarse es bienvenido. En estos cultos religiosos la muta de lamentación se abre y se amplía a una masa que

crece irreprimiblemente. Sucede esto en las fiestas por el muerto mismo cuya pasión se representa. Ciudades enteras se unen a estas celebraciones y a menudo también numerosos grupos de peregrinos, que vienen desde lugares lejanos. La muta de lamentación, sin embargo, puede también abrirse durante prolongados espacios de tiempo: el número de fieles se *multiplica*. Comienza con unos pocos seguidores que están al pie de la cruz como núcleo del lamento. Para la primera fiesta de pentecostés habrá habido unos seiscientos cristianos; en tiempos del emperador Constantino, son diez millones. El núcleo de la religión, sin embargo, siguió siendo el mismo, su centro es la lamentación.

¿Por qué tantos se pliegan al lamento? ¿Qué constituye su atracción? ¿En qué ayuda a la gente? En todos los que se le adhieren ocurre lo mismo: la muta de caza o de acoso se *expía* o redime como muta de lamentación. Los hombres han vivido como perseguidores y a su manera siguen siempre viviendo como perseguidores. Buscan la carne ajena y cortan y se nutren del tormento de las criaturas débiles. En su mirada se refleja la mirada quebrada de la víctima y el último grito, del que se regocijan, se graba indeleble en su alma. La mayoría quizá no sospecha que con su cuerpo también alimentan lo tenebroso. Pero culpa y miedo aumentan en su interior irreprimiblemente, y así añoran sin sospechas la redención venidera. Así pues se adhieren a uno que muere por ellos y, en el lamento por él, ellos mismos se sienten como perseguidos. Cualquier cosa que hayan hecho, cualquier muerte que hayan ocasionado, durante el tiempo de esta mirada se colocan de lado del padecimiento. Es un súbito y trascendente cambio de partido. Él los libera de la acumulada culpa de matar y del miedo de que la muerte les alcance a ellos mismos. Cualquier cosa que hayan causado a otros, en este momento es otro quien carga con ello y siguiéndole fielmente y sin reserva escapan, al menos así lo esperan, a la venganza.

Semuestra así que las religionesde lamentación son imprescindibles

para la economía espiritual de los hombres mientras no logren renunciar al matar en mutas.

De las religiones de lamentación que fueron transmitidas y que se puede consultar para hacer un examen más preciso, la de los siíes. islámicos es la más reveladora. También sería correcto relatar el culto de Tammuz o de Adonis, el de Osiris o Atis. Pero éstos pertenecen todos al pasado, se les conoce tan sólo por la escritura cuneiforme y los jeroglíficos o a partir de los escritores clásicos; y si bien estos informes son inapreciables, parece sin embargo más conveniente ocuparse de una fe que aún existe hoy y que donde existe se da en forma aguda y no atenuada.

La más significativa de todas las religiones de lamentación es el cristianismo. Sobre su forma católica habrá aún algo que decir. De los momentos concretos del cristianismo, sin embargo, de los momentos de verdadera excitación de masa, en lugar de escoger alguno de auténtico lamento, se describirá la fiesta de la resurrección en la iglesia del Santo Sepulcro en Jerusalén.

La lamentación misma, como apasionada muta que se abre a una masa de verdad, se manifiesta con inolvidable ímpetu en la fiesta del muharram de los siíes.

LA FIESTA DEL MUHARRAM DE LOS SIÍES

Del Islam, que tiene los rasgos inconfundibles de una religión de guerra, se generó por escisión una religión de lamentación, la más concentrada y extrema que pueda hallarse: la fe de los siíes. Es la religión oficial en Irán y en el Yemen. Está ampliamente difundida en India y en el Irak.

Los siíes creen en un líder espiritual y temporal de su comunidad, al que llaman el *imam*. Su posición es más significativa que la del Papa.

Es el portador de la luz divina. Es infalible. Sólo el fiel que se une con su imam puede ser salvado. «Quien muere sin conocer al verdadero imam de su tiempo, aquél tiene la muerte de un infiel.»

El imam desciende en línea directa del Profeta. Alí, el yerno de Mahoma, que estaba casado con su hija Fátima, es considerado el primer imam. El Profeta confió a Alí especiales conocimientos que sustrajo a otros de sus compañeros y que se van heredando en su familia. Alí fue expresamente nombrado su sucesor en la vocación docente y en el gobierno. Es el elegido por la disposición del Profeta; sólo a él le corresponde el título de «Soberano de los Verdaderos Creyentes». Los hijos de Alí, Hassán y Hussain, en seguida heredaron la función de aquél: eran los nietos del Profeta; Hassán fue el segundo y Hussain el tercer imam. Cualquier otro que se arrogase un gobierno sobre los creyentes era un usurpador.

La historia política del Islam tras la muerte de Mahoma fomentó la formación de una leyenda en torno a Alí y a sus hijos. Alí no fue elegido califa de inmediato. En el decurso de los veinticuatro años que siguieron a la muerte de Mahoma invistieron sucesivamente a otros tres de sus compañeros de lucha con esta máxima dignidad. Sólo cuando el tercero de ellos murió llegó al poder Alí, pero gobernó poco tiempo. Durante un servicio divino del viernes en la mezquita grande de Kufa fue asesinado por un fanático opositor con una espada envenenada. Su hijo mayor Hassán vendió sus derechos por una suma de varios millones de dirham y se retiró a Medina, donde al cabo de algunos años murió de las secuelas de una vida extravagante.

Los padecimientos de su hermano menor Hussain se constituyeron en verdadero núcleo de la fe de los siíes. Era la figura opuesta a Hassán, reservado y serio, y vivía retirado en Medina. A pesar de haberse convertido tras la muerte de su hermano en la cabeza de los siíes, no se metió en manejos políticos durante mucho tiempo. Pero

cuando el califa regente murió en Damasco y su hijo quiso emprender su sucesión, Hussain le negó la pleitesía. Los habitantes de la turbulenta ciudad de Kufa en el Irak escribieron a Hussain y le invitaron a ir con ellos. Le querían de califa y una vez que lo fuese todos se le sumarían. Se puso en camino con su familia, mujeres, hijos y un pequeño grupo de partidarios. Había que hacer un largo camino por el desierto. Cuando llegó a la proximidad de la ciudad, ésta le había abandonado. Su gobernador le envió al encuentro un destacamento de jinetes muy superior, que les intimó a la rendición. Él se negó y se le cortó, entonces, el acceso al agua. Fue rodeado con su pequeño grupo. En la llanura de Kerbela, el día décimo del mes de muharram, el año 680 según el cómputo de nuestro tiempo, Hussain con los suyos, que se defendieron valerosamente, fueron atacados y muertos. Con él cayeron ochenta y siete hombres y, entre ellos, casi toda su familia y la de su hermano. Su cadáver presentaba las marcas de 33 lanzazos y 34 mandobles. El comandante de la tropa enemiga ordenó a su gente cabalgar sobre el cadáver de Hussain. El nieto del Profeta fue pisoteado por los cascos de los caballos. Su cabeza fue cortada y enviada al Califa de Damasco. Éste la golpeó con su bastón en la boca. Un anciano compañero de Mahoma, que estaba presente, se lo prohibió: «Retira tu bastón —dijo—, yo he visto la boca del Profeta besar esta boca».

Las «Tribulaciones de la estirpe del Profeta» se convirtieron en el tema prácticamente único de la literatura religiosa sií. «Que a los verdaderos miembros de este grupo se les reconocía en que sus cuerpos estaban enflaquecidos por las privaciones, sus labios resecos de sed y sus ojos legañosos del incesante llorar. El verdadero sií es perseguido y desgraciado como la familia por cuyo derecho responde y padece. Casi puede considerarse profesión de la familia del Profeta el sufrir apuro y persecución.»

Desde el día de luto de Kerbela la historia de esta estirpe es una continuada sucesión de sufrimientos y tormentos. Su relato en

poesía y prosa es cultivado en una rica literatura de martirologios, que constituyen el objeto de las reuniones de los siíes en el primer tercio del mes de muharram, cuyo décimo día —*ashura*— se considera el aniversario de la tragedia de Kerbela. «Nuestros días de conmemoración son nuestras reuniones fúnebres», concluye un poema, en el que un príncipe de disposición sií conmemora las muchas tribulaciones de la familia del Profeta. Llorar, lamentarse y estar de luto por las desgracias y persecuciones de la familia de Alí y su martirio es el asunto primordial de los verdaderos fieles. «Más conmovedor que la lágrima sií», reza un dicho árabe. «Llorar por Hus-sain —dice un indio moderno, que pertenece a esta fe—, ése es el precio de nuestra vida y alma; de otra manera seríamos las más ingratas de las criaturas. Aun en el paraíso estaremos de luto por Hussain [...]. El luto por Hussain es el símbolo del Islam. Para un sií es imposible no llorar. Su corazón es una tumba viviente, la verdadera tumba de la cabeza del mártir decapitado.»

La contemplación de la persona y del destino de Hussain se encuentran emocionalmente en el centro de la fe. Son la fuente principal de la que fluye la experiencia religiosa. Su muerte fue interpretada como autosacrificio voluntario, por su sufrimiento llegan los santos al paraíso. Originalmente la idea de un mediador es extraña al Islam. En la religión sií se ha hecho predominante desde la muerte de Hussain.

La tumba de Hussain sobre la llanura de Kerbela se convirtió muy pronto en el lugar de peregrinación más importante de los siíes. 4.000 ángeles rodean la tumba de Hussain, que lloran por él día y noche. Van al encuentro de cada peregrino, venga de donde venga, a la frontera. Quien visita este sepulcro consigue las siguientes ventajas: el techo de su casa nunca se le derrumbará encima. Nunca se ahogará. No perece en el fuego. Los animales salvajes a él no lo atacan. Además, quien ora con fe real en este sepulcro recibe años adicionales de vida. Gana el mérito de mil peregrinajes a La Meca,

mil muertes de mártir, mil días de ayuno, mil liberaciones de esclavos. El año siguiente nada podrán contra él diablos y malos espíritus. Si es que muere, entonces es enterrado por ángeles, y el día de la resurrección se incorporará con los creyentes del Imam Hussain, a quien reconoce por la bandera que lleva en la mano. El Imam conduce a sus peregrinos triunfal y directamente al paraíso.

Según otra tradición, todos los que son enterrados en el sepulcro de un imam, no son sometidos a juicio el día de la resurrección, por más que hayan pecado, sino que se ven proyectados como por una tela de lino directamente al paraíso, y los ángeles les dan la mano a manera de felicitación.

Así siíes ancianos se afincaban en Kerbela para morir allí. Otros, que siempre habían vivido a gran distancia de la ciudad santa, disponían como última voluntad que se les enterrase en ella. Desde hace siglos llegan de Persia e India interminables caravanas de muertos a Kerbela; la ciudad se ha transformado en un solo y gigantesco cementerio.

La gran fiesta de los siíes, dondequiera que vivan, son los días del mes de muharram, en los que Hussain sufrió su pasión. Durante estos diez días toda la nación persa se encuentra de duelo. El rey, los ministros, los funcionarios, van vestidos de negro o de gris. Arrieros y soldados andan descamisados y a pecho descubierto, lo que se considera una gran señal de duelo. El 1 de muharram, que al mismo tiempo marca el comienzo del año nuevo, empieza la fiesta. Desde lo alto de pulpitos de madera se narra la historia de la pasión de Hussain. Se la describe con todo lujo de detalles, sin omitir ningún episodio. Los oyentes están hondamente conmovidos. Sus gritos: «¡Oh Hussain! ¡Oh Hussain!» se acompañan con gemidos y lágrimas. Este tipo de recitación se prolonga durante todo el día y los predicadores se turnan en diferentes pulpitos. Durante los primeros nueve días del muharram grupos de hombres, con los bustos

desnudos y pintados de rojo o de negro, recorren las calles. Se arrancan los cabellos, se producen heridas con la espada, arrastran pesadas cadenas o representan salvajes danzas. Llegan a darse combates sangrientos con los de otra fe.

La celebración culmina el 10 de muharram en una gran procesión, que originalmente representaba la parada mortuoria de Hussain. Su centro lo constituye el féretro del Imam, que es llevado por ocho personas. Unos sesenta hombres embadurnados de sangre marchan detrás del féretro y entonan una canción marcial. Les sigue un caballo, el corcel de guerra de Hussain. Al final, acostumbra ir un grupo de unos cincuenta hombres, quienes golpean rítmicamente dos palos de madera. El delirio que hace presa en estas masas dolientes durante las fiestas es casi inimaginable. Tendremos ocasión de comprobarlo aún mejor algo más adelante a través de una narración de Teherán.

Las verdaderas representaciones de la pasión, en que se evocan dramáticamente los padecimientos de Hussain, sólo se convirtieron en una institución permanente hacia comienzos del siglo XIX. Gobineau, quien durante los años cincuenta y después se detuvo largo tiempo en Persia, ha proporcionado una apasionante descripción de tales sucesos.

Los teatros eran clonados por gente rica; los gastos invertidos se consideraban obra muy meritoria, con la que el donante «se edificaba un palacio en el paraíso». Los mayores tenían capacidad para 2.000 a 3.000 personas. En Ispahán se representaban obras ante más de 20.000 espectadores. El acceso era público, cualquiera podía entrar, tanto el mendigo en harapos como el más rico señor. Las representaciones comenzaban a las cinco de la mañana. Antes de poner en escena la pasión transcurrían varias horas con procesiones, danzas, prédicas y cantos. Se servían refrigerios a los espectadores; hombres de fortuna y de prestigio se jugaban el honor

en servir personalmente incluso a los espectadores más andrajosos.

Gobineau describe dos tipos de cofradías que intervienen en estos sucesos. «Hombres y niños con antorchas hacen su entrada al teatro en procesión tras una gran bandera negra, y cantando dan la vuelta. A estas bandas puede vérselas de noche pasar rápidamente por las calles y dirigirse de un teatro a otro. Algunos niños las preceden corriendo y dando estridentes voces: "¡Ay Hussain! ¡Ay Ak-bar!". Los hermanos se ubican ante los pulpitos de los predicadores, cantan y se acompañan de una manera salvaje y orgullosa. Con su mano derecha forman una especie de concha y así se golpean con violencia y a compás bajo el hombro izquierdo. Consiguen un ruido sordo que producido por muchas manos a la vez es audible a gran distancia y muy eficaz. Ora los golpes son pesados y lentos y producen un ritmo arrastrado. Ora son ligeros y rápidos y excitan a los asistentes. Una vez que las cofradías han comenzado, transcurre muy poco tiempo hasta que se ven imitadas por todo el auditorio. A una señal de su jefe supremo todos los hermanos comienzan a cantar, se golpean, saltan sobre el mismo lugar y repiten con voz entrecortada y breve: "¡Hassán! ¡Hussain!".

»Una cofradía de otra índole es la de los flagelantes. Se acompañan por una música realizada con tamboriles de distinto tono. El busto y los pies están desnudos, no llevan nada sobre la cabeza. Son hombres, algunas veces ancianos, otras niños entre 12 y 16 años. En la mano sujetan cadenas de hierro y agujas puntiagudas. Algunos llevan discos de madera. Hacen su entrada en el teatro en procesión y entonan, primero bastante despacio, una letanía que consiste sólo de dos palabras: "¡Hassán! ¡Hussain!". Los tamboriles los acompañan con golpes cada vez más rápidos. Los que tienen discos de madera los entrechocan rítmicamente y todos comienzan a bailar. Los espectadores les acompañan golpeándose el pecho. Al cabo de algún tiempo comienzan a flagelarse con sus cadenas, primero despacio y con evidente cautela; luego se animan y se golpean con

más fuerza. Todos los que tienen agujas se pinchan brazos y mejillas; corre la sangre, la muchedumbre se enardece y solloza, la excitación crece. El cabecilla de la tropa va y viene corriendo entre las filas, estimula a los débiles y detiene los brazos de aquellos que exageran su frenesí. Cuando la excitación se vuelve excesiva, hace callar la música y lo suspende todo. Es difícil no verse afectado por una escena semejante: se sienten participación, compasión y espanto a un tiempo. A veces se ven flagelantes en el momento en que termina el baile levantar sus brazos con las cadenas contra el cielo y exclamar con voz tan profunda, tan potente y creyente: "¡Ya Alá! ¡Oh Dios!", que todo su ser parece transfigurado y provoca admiración.»

Podría calificárselas de orquestas de la amargura; su efecto es el de un cristal de masa. El dolor que se ocasionan es el dolor de Hussain. Al representarlo se convierten en el dolor de toda la comunidad. Por los golpes sobre el pecho, que acaban dándose todos, se origina una masa rítmica. Está sostenida por el afectóle la lamentación. Hussain les ha sido arrebatado a todos ellos y les pertenece a todos juntos.

Pero no sólo son los cristales de las cofradías los que desencadenan una masa de lamentación entre los asistentes. También predicadores y otras personas, que aparecen en forma esporádica, experimentan el mismo efecto. Léase tan sólo lo que vivió Gobineau como testigo presencial en tal ocasión.

«El teatro está repleto hasta los bordes. Es a fines de junio; uno se asfixia bajo la tremenda carpa. La muchedumbre toma refrescos. Un derviche sube al escenario y canta un himno de alabanzas, que acompaña con golpes en el pecho. Su voz no es precisamente arrebatadora, parece fatigado. No produce impresión, los cánticos languidecen. El hombre parece notarlo, se detiene, desciende del tablado y desaparece. Vuelve a reinar el silencio. En eso un soldado grande y pesado, un turco, toma bruscamente con voz de trueno la palabra y, con eco sonoro, se da palmadas cada vez más fuertes en el

pecho. Otro soldado, también un turco, pero de otro regimiento y tan harapiento como el primero, recoge el responso. Los golpes sobre el pecho recomienzan con precisión. Durante 25 minutos la masa jadeante es transportada por estos dos hombres y se magulla hasta quedar amoratada. El cantar monótono y perfectamente acompasado la embriaga. Se golpean lo mejor que pueden: es un ruido sordo, profundo, regular, resuelto; pero a algunos no les basta. Un joven negro, que parece mozo de cuerda, se levanta en medio de la multitud acuclillada. Tira su gorra y rompe a cantar a voz en cuello mientras con ambos puños se golpea la cabeza rapada. Estaba a diez pasos de mí; podía seguir todos sus movimientos. Sus labios iban perdiendo el color; mientras más se descoloraba más se animaba, gritaba y golpeaba como sobre un yunque. Más o menos diez minutos continuó así. Pero los dos soldados ya no podían más, estaban sudorosos. El coro, no bien dejó de ser guiado y transportado por sus exactas y potentes voces, comenzó a vacilar y se confundió. Una parte de las voces enmudeció, y el negro, como si ahora le faltase todo apoyo material, cerró los ojos y se desplomó sobre su vecino. Todos parecían sentir por él mucha compasión y gran respeto. Se le puso hielo sobre la cabeza y se le acercó agua a los labios. Pero estaba desmayado y tardó un rato antes que se le hiciera volver en sí. Cuando se lo hubo logrado, agradeció mansa y amablemente a todos los que le habían ayudado.

»Apenas se restableció un poco la calma, subió al escenario un hombre de vestimenta verde. Nada tenía de insólita su persona, parecía un vendedor de especias de un bazar. Este hombre dio un. sermón sobre el paraíso, cuya grandiosidad pintó con vehemente elocuencia. Que no bastaba, para entrar en él con leer el Alcorán del Profeta. "No basta con hacer todo lo que recomienda este libro divino, no basta con venir a llorar al teatro como vosotros lo hacéis a diario. Debéis ejecutar vuestras buenas obras en nombre de Hussain y por amor a él. Es Hussain la puerta del paraíso, es

Hussain quien sostiene el mundo; es Hussain por quien ha lugar la salud. Gritad: ¡Hassán, Hussain!"

»Toda la muchedumbre gritó: "¡Oh Hassán, oh Hussain!".

»"Bien. ¡Otra vez ahora!"

»"¡Oh Hassán, oh Hussain!"

»" ¡Rogad a Dios, que siempre os conserve en el amor a Hussain! ¡Ved, clamad a Dios!"

»Con un único ademán la masa entera levanta los brazos a lo alto y grita con voz sorda y sostenida: "¡Ya Alá! ¡Oh Dios!"».

La representación propiamente dicha, que sigue a esta larga y excitante introducción, consiste en una sucesión suelta de 40 a 50 escenas. Todos los sucesos son relatados por el arcángel Gabriel al Profeta o vistos en sueños, antes de desarrollarse sobre el escenario. Todo lo que ocurrirá ya es conocido por los espectadores, no se trata de tensión dramática en el sentido nuestro, se trata de participación total. Todos los padecimientos de Hussain, los suplicios de su sed al habérsele cortado el acceso al agua y los episodios durante la batalla y su muerte son descritos con vigoroso realismo. Sólo imames y santos, profetas y ángeles *cantan*. Personajes odiados como el califa Yazid, que ordenó la muerte de Hussain, y el asesino Schamr, quien le asestó la estocada mortal, no deben cantar, tan sólo declaman. Puede ocurrir, que se vean abrumados por la monstruosidad de sus actos. Entonces ellos mismos prorrumpen en lágrimas al tiempo que pronuncian sus malvadas palabras. No hay aplauso, uno llora, gime o se golpea la cabeza. La excitación de los espectadores alcanza tal extremo que no pocas veces intentan linchar a los infames personajes, a los homicidas de Hussain. Hacia el final se muestra cómo la cabeza cercenada del mártir es llevada a la corte del califa. En el camino se produce un milagro tras otro. Un león hace una profunda venia ante la cabeza de Hussain. El convoy

se detiene junto a un monasterio cristiano: cuando el abad advierte la cabeza del mártir, abjura de su fe y se convierte al Islam.

La muerte de Hussain no fue en vano. Durante la resurrección se le confía la llave del paraíso. Dios mismo dispone: «El derecho de intercesión es expresamente suyo. Hussain sea, por mi gracia especial, el mediador para todos». El profeta Mahoma entrega a Hussain las llaves del paraíso y dice:

«Ve tú y salva de las llamas a cada uno de los que durante su vida lloraron una única lágrima por ti, a cada uno de los que te ayudaron de alguna manera, a cada uno de los que emprendieron una peregrinación a tu santuario o que hicieron lamentaciones por ti, y a cada uno de los que escribieron versos trágicos para ti. Lleva a cada uno y a todos contigo al paraíso».

No hay religión que haya puesto mayor énfasis en el lamento. Es el mayor mérito religioso y supera con creces a cualquier otra buena obra. Puede hablarse aquí, con total seguridad, de una religión de lamentación.

Su paroxismo, sin embargo, no lo alcanza este tipo de masa durante las representaciones de las escenas de la pasión. El «Día de la Sangre» en las calles de Teherán, que acoge a medio millón de personas, ha sido descrito por un testigo ocular con las siguientes palabras; difícilmente se hallará un relato más inquietante y fehaciente.

«500.000 hombres presos de locura se cubren la cabeza con Ceniza y golpean con la frente contra el suelo. Quieren someterse a la tortura voluntaria, matarse en grupos y mutilarse con refinamiento. Las procesiones de las corporaciones siguen una tras otra. Dado que están compuestas por gente que conserva un atisbo de razón, a saber, el instinto de la autoconservación humana, sus participantes están vestidos como de costumbre.

»Se hace un gran silencio; se aproximan por centenas hombres en camisas blancas, la cara vuelta en éxtasis hacia el cielo.

»De estos hombres muchos estarán muertos al atardecer, muchos mutilados y desfigurados, y las camisas blancas, teñidas de rojo,serán mortajas. Estos seres ya no pertenecen a la tierra. Sus túnicas toscamente cortadas sólo dejan libres el cuello y las manos: caras de mártires, manos de asesinos.

»Con gritos de estímulo y por contagio de su locura otros les entregan sables. Ahora su excitación se hace asesina, giran en redondo sobre ellos mismos y blanden las armas que se les han entregado sobre la cabeza. Sus gritos dominan los de la masa. Para soportar sus sufrimientos deben caer en un estado de catalepsia. Con pasos de autómatas avanzan, retroceden, a un lado, sin orden aparente. A cada paso, al compás, se golpean con los sables mellados sobre el cráneo. La sangre corre. Las camisas se tiñen de escarlata. La vista de esa sangre lleva al punto máximo la confusión de sus mentes. Algunos de estos mártires voluntarios se desploman y golpean con sus sables a diestra y siniestra. Por su boca crispada corre sangre. En su frenesí se han cortado las venas y las arterias y mueren en el sitio antes que la policía tenga tiempo de trasladarlos a una ambulancia instalada tras la persiana cerrada de una tienda.

»La masa, insensible a los golpes de la policía, se cierra sobre esos hombres, se les incorpora y se les arrastra a otra parte de la ciudad, donde el baño de sangre continúa. Ni un hombre mantiene clara su conciencia. Los que no tienen el suficiente coraje de derramar su sangre, ofrecen a los otros cola como reconstituyente, y los excitan con este remedio y con imprecaciones.

»Los mártires se sacan la camisa, que se considera bendita, y se la dan a quienes ellos han arrastrado. Otros, que inicialmente no están entre las víctimas voluntarias, descubren de pronto en la excitación general su sed de sangre. Reclaman armas, se arrancan la ropa y se

infligen heridas donde sea.

»A veces se produce un claro en una procesión, uno de los participantes cae al suelo agotado. El claro se llena de inmediato, sobre el desdichado se cierra la masa que lo empuja con los pies y pisotea sobre él.

»No hay suerte más hermosa que morir un día de fiesta del aschura, las puertas de los ocho paraísos están abiertas de par en par para los santos, y cada cual aspira a entrar.

»Soldados de servicio, encargados de los heridos y de mantener el orden, presos de la excitación de la masa, se despojan de su uniforme y se meten ellos mismos en medio de aquel baño de sangre.

»El delirio alcanza a los niños, incluso a los más pequeños; junto a una fuente hay una madre, ebria de orgullo, y aprieta contra su corazón a su niño que acaba de mutilarse. Otro llega corriendo y gritando: se vació un ojo, en unos instantes se vacía el otro; los padres lo contemplan con delectación.»

CATOLICISMO Y MASA

En el catolicismo llama la atención, en un examen libre de prejuicios, cierta *lentitud* y *calma,* unidas a una gran *amplitud*. Su pretensión principal, el ofrecer lugar para todos, se halla contenida ya en su nombre. Se desea que todos se conviertan a él y cada cual es aceptado bajo ciertas condiciones que, sin embargo, pueden percibirse como duras. En esto, en el principio y no en el proceso de recepción, el catolicismo ha conservado un último vestigio de igualdad, que contrasta curiosamente con su índole por lo demás estrictamente jerárquica.

Su calma, que junto con su amplitud ejerce sobre muchos la mayor atracción, la debe a su antigüedad y su aversión a toda violencia

masiva. La desconfianza a la masa no abandona al catolicismo desde hace mucho tiempo, quizá ya desde los más tempranos movimientos heréticos de los montañistas, que se dirigieron a los obispos con resuelta irreverencia. La peligrosidad de estallidos súbitos, la facilidad con que llevan más allá su rapidez e imprevisibilidad, y particularmente, sin embargo, la *supresión de las distancias obligadas,* entre las que debe contarse especialmente las distancias de la jerarquía eclesiástica, todo ello determinó ya muy pronto a la iglesia a ver en la masa abierta su enemigo principal y oponerse a ella de todas las maneras posibles.

Todos los contenidos de su fe, como también todas las formas prácticas de su organización, están teñidas de esta inconmovible cognición. Hasta ahora no ha habido sobre la tierra Estado alguno que haya sabido defenderse con tan múltiples pliegues contra la masa. Comparados con la iglesia todos los poderosos parecen tristes chapuceros.

Hay que pensar ante todo en el culto mismo, que actúa de la manera más inmediata sobre los fieles reunidos. Es de una lentitud y parsimonia sin parangón. Los movimientos de los sacerdotes, en su pesado y rígido ornato, la mesura de sus pasos, lo sostenido de sus frases, todo ello recuerda un poco una lamentación fúnebre infinitamente diluida, repartida por los siglos con tal regularidad que de lo repentino de la muerte, de lo intenso del dolor, apenas si queda algo: eljftfoceso temporal ^del lamento..está*momificado.*

De más de una manera se impide la vinculación entre los mismos líeles. No se predican unos a otros; la palabra del sencillo creyente no tiene valor alguno de santidad. Cualquier cosa que espere, cualquier cosa que pueda resolver, la presión múltiple que se ejerce sobre él emana de una fuente superior; lo que no le es explicado ni siquiera lo *entiende.* La palabra santa se le administra premasticada y dosificada; es ella, precisamente en cuanto santa, la que se *protege* de

él. Incluso sus pecados pertenecen a los sacerdotes, a quienes debe confesarlos. No es un alivio para él comunicárselos a otros fieles comunes y tampoco debe guardarlos para sí. En todo problema moral profundo, él encara sólo al clero; a cambio de la vida mediariamente satisfecha que el clero le ofrece, él se entrega por completo.

Pero incluso la manera como se administra la comunión separa al creyente de los demás que la reciben con él, en vez de vincularlos en el mismo sitio y lugar. El comulgante recibe, sólo para sí, un valioso tesoro. Para sí lo espera, para sí ha de guardarlo. Basta observar las filas de quienes van a tomar la comunión para advertir hasta qué punto cada cual se ocupa sólo de sí mismo. Quien le antecede, quien le sigue, le importa aún menos que el prójimo con quien trata en la vida ordinaria, y la vinculación con este último ya es, de por sí, por cierto tenue. La comunión vincula al destinatario con la iglesia, que es invisible y de dimensiones descomunales. Ella lo arrebata a los presentes. Los comulgantes se sienten entre ellos muy poco como cuerpo, lo mismo que un grupo de hombres que, habiendo encontrado un tesoro, acaban de repartirlo entre sí.

En la naturaleza de este hecho, tan importante para la fe, la iglesia delata su prudencia ante todo lo que sólo pudiera evocar a la masa. Debilita y frena lo que hay de común entre los hombres realmente presentes y coloca en su lugar un misterioso país remoto, suprapotente, que no necesita imprescindiblemente del creyente, y que jamás suprime realmente la frontera que de él, mientras viva, lo separa. La masa autorizada, a la que el catolicismo reenvía una y otra vez, la de los ángeles y bienaventurados, no sólo está relegada a un más allá lejano y, ya por ello, por su apartamiento, inofensiva y fuera del alcance de todo contagio inmediato, sino que es también dentro de sí de una impasibilidad y calma ejemplares. Uno no se imagina que los bienaventurados sean muy activos; su impasibilidad recuerda la de una procesión. Deambulan gozosos y cantan, alaban y

perciben su regocijo. Todos están en la misma situación, y hay que reconocer cierta uniformidad en su destino; nunca se ha intentado disimular ni ocultar lo semejante que es su tren de vida. Son muchos; están juntos, muy próximos; y se hallan colmados por la misma bienaventuranza. Pero, en eso mismo, se encuentran enumerados sus rasgos masivos. Se hacen cada vez *más,* pero tan lentamente que no se nota: nunca se habla de su número creciente. Tampoco tienen dirección. Su estado es definitivo. La corte que constituyen es inmutable. Ya no quieren ir a ninguna parte; ya nada les cabe esperar. Ciertamente es esta la forma de masa más mansa y menos dañina que pueda imaginarse. Quizás ni siquiera pueda calificársela de tal; está justo en el límite: un coro reunido que entona hermosos cánticos, aunque no demasiado excitantes; la elección como estado eterno, *después* de todos los quehaceres que sirven a la prueba. Si duración no fuese lo más difícil de alcanzar en todo lo que los hombres anhelan, sería difícil de comprender qué es lo que específicamente constituye la atracción de los bienaventurados en cuanto masa.

En este mundo nada goza del inmovilismo de los bienaventurados: sin embargo, cualquier cosa que muestre la iglesia ha de mostrarlo *lentamente*. Las procesiones son un ejemplo impresionante. Han de ser vistas en lo posible por la mayoría; su movimiento se orienta a ese fin, es como un tenue fluir. Reúnen a los creyentes, apenas rozándolos para incorporarlos paulatinamente y sin movimientos a no ser el caer de rodillas —en el debido orden de progresión o al final del cortejo, sin la mínima idea, la mínima añoranza de ascender dentro de esta progresión.

La procesión ofrece siempre una estampa de la jerarquía eclesiástica. Cada cual lleva la vestidura de su plena dignidad y es reconocido y designado por cada uno como lo que representa. Se espera la bendición de aquel que tiene el derecho a impartirla. Ya esta articulación de la procesión inhibe en el espectador la aproximación

a un estado similar al de masa. Es retenido en muchos escaños dé la contemplación a la vez; todo equipararse entre ellos, todo reunirse abrupto está excluido. El contemplador adulto jamás se verá como sacerdote u obispo. Ellos siempre permanecen separados de él, siempre por encima suyo. Pero cuanto más creyente, tanto más se inclinará a testimoniarles su veneración á ellos, que están tanto más arriba y son tanto más santos que él. Exactamente lo mismo y no otra cosa persigue la procesión; quiere alcanzar la *veneración* conjunta de los fieles. No se desea más comunitarismo, pues podría conducir a actividades y estallidos pasionales ya incontrolables. También la veneración misma está graduada; ascendiendo a lo largo de la procesión, peldaño a peldaño, peldaños conocidos y esperados, estáticos, que neutralizan todo aguijón de brusquedad. Sube quieta e imperturbable como la marea, alcanza su nivel más alto y, lenta, vuelve a caer.

Dada la importancia de todas las formas de organización para la iglesia no es de extrañar que presente un rico número de cristales de masa. Quizá su función en ninguna parte pueda estudiarse tan bien como aquí; lo que sin embargo no hay que olvidar, es que también ellos sirven a la dirección general de la iglesia, que es la de impedir o propiamente demorar las formaciones de masa.

A estos cristales de masa pertenecen los monasterios y las órdenes. Contienen a los cristianos propiamente tales, que viven para la obediencia, la pobreza y la castidad. Han de servir para poner una y otra vez ante la vista de los otros, de los muchos que se llamarán cristianos pero que no son capaces de vivir como tales, gente que de veras lo es. Entrar en una orden religiosa es, desde este punto de vista, dar un ejemplo, el mejor. Significa renunciamiento y desprendimiento del acostumbrado lazo de la familia.

Su función cambia por completo en épocas de peligro. No siempre la iglesia puede permitirse su elegante reserva, su aversión ante la

masaabiérta, la prohibición que ha impuesto a su formación. Hay épocas en que la amenazan enemigos del exterior, en las que la apostasía se propaga tan rápido, que sólo es posible combatirla con los medios de la epidemia misma. En tales épocas, la iglesia se ve en la necesidad de oponer a las masas enemigas otras propias. Los monjes se convierten entonces en agitadores que predicando cruzan el país e instigan a la gente a una actividad que en condiciones normales se prefiere evitar. El más grandioso ejemplo de una formación deliberada de masas llevada a cabo por la iglesia son las cruzadas.

EL FUEGO SAGRADO DE JERUSALÉN

La festividad griega de la semana santa en Jerusalén culmina en un suceso de índole excepcional. El sábado santo, en la iglesia del Sepulcro, desciende el fuego sagrado del cielo a la tierra. Miles de peregrinos de todo el mundo están reunidos para encender sus cirios en la llama apenas ésta sale disparada del sepulcro del redentor. El fuego mismo es considerado inofensivo, los creyentes están convencidos de que nada les puede ocasionar. Sin embargo la lucha por obtener el fuego ha costado ya la vida a no pocos peregrinos.

En el año 1853, Stanley, que más tarde llegó a ser deán de West-minster, asistió durante un viaje a la festividad pascual en la iglesia del Sepulcro y dejó una circunstanciada relación de ella:

«La capilla que contiene el Santo Sepulcro está situada en el centro de la iglesia. En dos grandes círculos, separados por dos filas de soldados, se encuentran reunidos los fieles estrechamente apiñados en torno al sepulcro. Soldados turcos mantienen despejado el espacio entre los dos anillos. En las galerías superiores están sentados los espectadores; es la mañana del sábado santo, por el

momento todo está tranquilo. Nada anuncia los acontecimientos venideros. Dos o tres peregrinos se sujetan rígidamente a una abertura del muro de la capilla del Sepulcro.

»Hacia el mediodía un apiñado grupo de cristianos árabes irrumpe en el pasaje despejado y se abalanza por él salvajemente dando una vuelta en redondo hasta que son aprisionados por los soldados. Parece ser creencia de estos árabes que el fuego no viene si antes no corren un par de veces en torno al sepulcro. Durante dos horas enteras, pues, tienen lugar estos saltos de regocijo alrededor del sepulcro. Veinte, treinta o cincuenta hombres echan de repente a correr, se persiguen unos a otros, levantan a uno de ellos sobre los hombros o sobre las cabezas y se abalanzan adelante con él, hasta que baja de un salto y otro le sigue. Algunos están vestidos con pieles de cordero, algunos casi desnudos. Por lo común uno de ellos precede como portavoz. Palmotea las manos; los demás también palmotean y emiten un feroz alarido: «Éste es el sepulcro de Jesús el Cristo. Dios guarde al Sultán. Jesús el Cristo nos redimió». Lo que se inicia en grupos menores aumenta luego hasta que al fin todo el espacio circular entre los soldados está cubierto por una carrera, un torbellino, una torrencial corriente de figuras salvajes. Paulatinamente el frenesí se apacigua o es encauzado. La pista se despeja y de la iglesia griega se aproxima una larga procesión con estandartes bordados, que deambula alrededor del sepulcro.

»A partir de este momento la excitación, que hasta aquí se había confinado a los que corrían y danzaban, se hace general. Las dos gigantescas masas de peregrinos, separadas por los soldados, permanecen aún en sus puestos; sin embargo estallan todos juntos en una salvaje sucesión dé gritos, entre los que cada tanto —suena bastante extraño— se perciben los cánticos de la procesión. Tres veces camina la procesión en torno al sepulcro. La tercera vez se reúnen las dos filas de los soldados turcos y se agregan al final. En un *único* gran movimiento oscila la masa en vaivén. El punto

culminante de la jornada se aproxima. La presencia de los infieles turcos impide, así se cree, el descenso del fuego, y ha llegado el momento de desalojarlos de la iglesia. Se dejan desalojar, y un tumulto como de batalla y victoria colma la iglesia. De todas direcciones irrumpe el rabioso populacho sobre las tropas, que por la esquina sudeste fluyen fuera de la iglesia; la procesión es desbordada, los estandartes se estremecen y oscilan.

»En un pequeño pero compacto grupo de gente el obispo de Petra, que esta vez es "obispo del Fuego" y representa al patriarca, es llevado rápidamente a la capilla del Sepulcro, y la puerta se cierra tras él. La iglesia íntegra es ahora un único mar de cabezas y retumba con estrépito. Una sola parte ha permanecido libre: el estrecho pasillo que conduce de la abertura en el costado norte de la capilla al muro de la iglesia. Junto a la abertura misma se halla de pie un sacerdote para atrapar el fuego. A ambos lados del pasillo, hasta donde alcanza la vista, se alargan cientos de brazos desnudos como las ramas de un bosque que se remece en una violenta tormenta.

»En épocas anteriores y más audaces, en este instante aparecía una paloma sobre la cúpula de la capilla, para hacer visible el descenso del Espíritu Santo. Ahora ello se ha abandonado, pero la fe en el descenso subsiste aún, y sólo si se tiene esto en cuenta, puede aprehenderse por entero la acrecentada excitación de los próximos momentos. Una llama luminosa como de leña ardiendo aparece dentro de la abertura —como sabe y admite todo griego culto, alumbrada por el obispo de la capilla. Todo peregrino cree sin embargo que es la luz del descenso de Dios al Santo Sepulcro. Todo se diluye ahora en la excitación universal de la que está colmada la iglesia, ningún rasgo o incidente se deja deducir ya con nitidez. Lenta, paulatinamente, se pasa el fuego de mano en mano y de cirio en cirio, a través de la enorme muchedumbre, hasta que finalmente todo el edificio de una galería a la otra y por doquier abajo forma un único vasto fuego de miles de cirios ardientes.

»Éste es el momento en que el obispo o el patriarca, sobre los hombros de la gente, es sacado en triunfo fuera de la capilla, próximo a desvanecerse, para despertar la impresión de que está abrumado por la gloria del Todopoderoso, de cuya inmediata presencia él acabaría de volver.

»Es ahora cuando se inicia la gran sacudida para escapar al humo y al sofocante calor y para portar los cirios encendidos a las calles y casas de Jerusalén. Se hace presión hacia el exterior por la única puerta de la iglesia, y a veces la aglomeración es tan grande que sucede una desgracia, como en 1834, cuando costó la vida a cientos de personas. Todavía corren los peregrinos un breve rato de allá para acá y exponen la cara y el pecho al fuego, para demostrar así la inofensividad en la que se cree. Pero el salvaje entusiasmo se ha apagado con la comunicación del fuego. Una parte no menos impresionante del espectáculo es la rápida y total disminución de un frenesí de tal intensidad. La furiosa agitación de la mañana está en extraño contraste con el profundo reposo de la tarde, cuando la iglesia vuelve a estar colmada y cubierta por una única masa de peregrinos, pero esta vez en sueño profundo. Así aguardan el oficio de medianoche.»

También el gran desastre de 1834 tuvo un testigo ocular inglés, Robert Curzon. Su informe sobre la catástrofe es de aterradora plasticidad y la seguimos en sus rasgos esenciales.

La medianoche precedente al sábado de gloria, Curzon se dirigió con sus amigos a la iglesia del Sepulcro para ver la procesión de los griegos. Cada ventana y cada rincón, cada mínimo sitio donde tuviese cabida el pie de un ser vivo, aparecía atestado de gente, a excepción de la galería, reservada para Ibrahim Pashá (el gobernador turco de Jerusalén) y sus huéspedes ingleses. 17.000 peregrinos estaban, según se decía, en Jerusalén y casi todos habían venido para ver el fuego sagrado.

Por la mañana, los soldados abrieron un camino en medio de la muchedumbre para Ibrahim Pashá. Fue recibido con una especie de procesión demencial y tomó asiento en la galería.

«La gente ahora se fue poniendo furiosa. Una noche entera habían estado de pie en una masa enorme y estaban agotados. Cuando se aproximaba la hora para la exposición del fuego sagrado no podían contener ya su alegría. Su excitación fue en aumento. Hacia la una de la tarde salía una magnífica procesión de la capilla de los griegos. Condujeron por tres veces al patriarca en torno al sepulcro. Luego se quitó su indumentaria exterior, que consistía de tela bordada en plata, y penetró en el sepulcro, cuya puerta fue cerrada tras él. La agitación de los peregrinos había alcanzado su punto culminante y daban gritos, alaridos. La densa masa humana se mecía en vaivén como un sembrado de trigo al viento.

»El fuego sagrado es presentado desde un hoyo redondo en una parte de la capilla del Sepulcro. El hombre que había pagado la suma más elevada por este honor fue conducido por un grupo de soldados al lugar indicado. Por un momento reinó el silencio; luego destelló una luz desde el sepulcro y el dichoso peregrino recibió del patriarca, que estaba adentro, el fuego sagrado. Consistía en un haz de finos cirios de cera, encendidos, introducidos en un marco de hierro; de esta manera quería evitarse que fuesen separados y apagados en el gentío, pues de inmediato se armó una furiosa batalla. Cada cual se afanaba tanto en alcanzar la luz sacra que más de uno, procurando encender su propio cirio, apagaba así el de su vecino.

»Eso era toda la ceremonia: ni sermón, ni oraciones, un poco de canturreo durante la procesión. Luego veíanse las luces multiplicarse en todas direcciones, cada cual había encendido su cirio en la llama sacra: las capillas, galerías y cada rincón donde fuese posible mostrar un cirio, todo refulgía en un mar de luz. En su frenesí los hombres

se arrimaban mazos de cirios ardiendo a la cara, las manos y el pecho para purificarse de sus pecados.

»Pronto todo quedó oscurecido por el humo de los cirios; lo vi en grandes nubes escapar por la linterna al centro de la cúpula superior. Imperaba un hedor horrible. Tres desdichadas personas, abatidas de calor y de falta de aire, cayeron desde las galerías superiores y fueron a estrellarse sobre las cabezas de la gente que estaba abajo. Una pobre mujer armenia, de 17 años de edad, murió de calor, sed y fatiga en su puesto.

«Finalmente, después de visto todo lo que había por ver, Ibra-him Pashá se puso en pie y se fue. Sus numerosos guardias le abrieron camino a la fuerza entre la masa densa de hombres que colmaba la iglesia. Esta masa era monstruosa; por ello, esperamos un poco antes de encaminarnos todos de regreso a nuestro convento. Yo iba delante, detrás de mí seguían mis amigos, los soldados nos abrían paso a través de la iglesia. Yo había llegado al lugar donde estuvo parada la santa Virgen durante la crucifixión, cuando vi gran cantidad de hombres caídos unos sobre otros todo alrededor de esa zona de la iglesia que podía distinguir hasta la puerta. Pasé lo mejor que pude entre ellos, hasta que estuvieron tan juntos, que de hecho tuve que pisar sobre un gran montón de cuerpos. De pronto, se me ocurrió la idea de que todos ellos debían estar muertos. No lo había advertido en un comienzo y creí que sólo estaban extenuados por los esfuerzos de la ceremonia y que se habían postrado para descansar. Pero cuando llegué al montón más grande y miré hacia abajo advertí aquella expresión angulosa y dura de la cara que no da lugar a equívoco. Algunos estaban enteramente negros a consecuencia de la sofocación, y algo más allá había otros llenos de sangre y cubiertos con los sesos y entrañas de aquellos que habían sido pisoteados y despedazados por la masa.

»En esta parte de la iglesia no había ya masa viviente; pero un poco

más allá, a la vuelta del rincón hacia la entrada principal, la gente en su pánico presionaba siempre hacia adelante y cada cual hacía cuanto podía por escapar. Los guardias del exterior, atemorizados por las presiones desde dentro, creyeron que los cristianos querían atacarlos: la confusión se tornó pronto en batalla. Los soldados mataron con sus bayonetas a muchos pobres diablos que ya estaban desplomándose; las paredes se hallaban salpicadas con la sangre y los sesos de hombres que habían sido derribados como reses y por las culatas de los mosquetes de los soldados. Cada cual buscaba defenderse o salvarse. Todos los que caían en la refriega eran de inmediato pisoteados por los demás. Tan fiera y desesperada se hizo la lucha que hasta los peregrinos presos de pánico y aterrorizados parecían finalmente más preocupados por destruir a los otros que por salvarse.

»No bien advertí el peligro, les grité a mis compañeros que retrocedieran, lo que así hicieron. Yo mismo, sin embargo, fui arrastrado por la muchedumbre hasta las proximidades de la puerta donde todos luchaban por su vida. Aquí vi la muerte cierta ante mí e hice todos los esfuerzos por volver atrás. Un oficial del Pashá, reconocible por su estrella de coronel, alarmado como yo, procuraba también volver atrás. Me agarró de mi vestimenta y me arrojó sobre el cuerpo de un viejo que estaba dando su último suspiro. El oficial me aplastaba contra el suelo, y con el coraje de la desesperación luchamos en medio de moribundos y muertos. Combatí con este hombre hasta que logré abatirlo. Luego conseguí ponerme otra vez de pie. Más tarde supe que él nunca se volvió a incorporar.

»Por un momento estuve de pie en la refriega, sobre la inestable base de cuerpos muertos y mantenido erguido por la densa masa que se apelotonaba en esta estrecha parte de la iglesia. Todos permanecimos quietos por un corto espacio de tiempo. La masa osciló de pronto. Resonó un grito, la masa se abrió, y me vi de pie en

medio de una fila de hombres, opuesta a otra que se hallaba frente a mí, todos lívidos y desfigurados, con ropas desgarradas y sanguinolentas. Allí estábamos y nos mirábamos fijamente; nos ganó un impulso súbito y, con un alarido que retumbó en las largas naves de la iglesia del Sepulcro, las dos filas enemigas se abalanzaron una sobre otra; pronto me encontré agarrado a un hombre semidesnudo cuyas piernas estaban embadurnadas de sangre. La masa volvió a recaer en desesperadas peleas y duras luchas; me batí de vuelta al interior de la iglesia donde encontré a mis amigos y logramos alcanzar la sacristía de los católicos y desde allí el aposento que los monjes nos habían asignado durante nuestra estancia. Todavía junto al acceso a la sacristía tuvimos que resistir un furioso combate con un número considerable de peregrinos que pretendían entrar juntándose a nosotros. Di gracias a Dios por mi salvación, que casi no consigo.

»Los muertos yacían tendidos en montones; vi quizás a más de cuatrocientos desgraciados, muertos y vivos, todos apilados en desorden, en algunas partes a más de metro y medio de altura. Ibrahim Pashá había abandonado la iglesia solamente pocos minutos antes que nosotros y había escapado con vida por milagro. En todas partes se veía cercado por la masa y algunos lo habían atacado. Sólo con los mayores esfuerzos de su séquito, del que varios fueron muertos, había logrado alcanzar el patio exterior. Durante la lucha se había desmayado más de una vez; su gente tuvo que tallar a golpes de sable un camino para él a través de la densa masa de peregrinos. Llegado afuera, dio orden para que se retiraran los cadáveres y dispuso a sus gentes para extraer los cuerpos de quienes aún parecían vivir bajo el montón de muertos.

»Después de la espantosa catástrofe en la sacra iglesia del Sepulcro, el ejército de los peregrinos en Jerusalén estaba presa de pánico y cada cual procuraba huir lo más de prisa posible de la ciudad. Se extendía el rumor de que había estallado la peste. Junto con los

demás, iniciamos los preparativos para nuestra partida.»

Para comprender qué es lo que aquí acaeció, hay que distinguir bien entre el transcurso regular de la festividad pascual y este pánico del año 1834, cuyo testigo fue Curzon.

Es la fiesta de la resurrección. La muta de lamentación, que se ha formado en torno a la muerte de Cristo y su sepulcro, se transforma en muta de victoria.

La resurrección es la victoria y es celebrada como tal. El fuego actúa aquí como un símbolo de masa de la victoria. Ha de comunicarse a cada uno para que su alma participe de esta resurrección. Cada uno, por decirlo así, debe convertirse en el mismo fuego que proviene del Espíritu Santo, y así es significativo que cada uno encienda su cirio en él. Luego desde la iglesia se porta el precioso fuego a casa.

El fraude en la forma en que se genera el fuego es irrelevante. Esencial es el cambio de la muta de lamentación en muta de victoria. Se participa de la muerte del Salvador reuniéndose en torno a su sepulcro. Pero encendiendo su cirio en el fuego pascual, que sale disparado de su sepulcro, se toma parte en su resurrección.

Muy hermosa y significativa es la multiplicación de las luces, cómo a partir de *una* de pronto se forman millares de luces. La masa de estas luces es la masa de aquellos que vivirán porque creen. Nace con prodigiosa rapidez, con la misma rapidez con que precisamente sólo el fuego se expande. De lo repentino y de la rapidez de la formación de masas el fuego es el mejor símbolo.

Pero antes de haber llegado a eso, antes de que el fuego alumbre realmente, se lucha por él. Los incrédulos soldados turcos, que están presentes en la iglesia, deben ser expulsados; mientras estén, el fuego no puede aparecer. Su retirada pertenece al ritual de la fiesta y su momento llega después de la procesión de los dignatarios griegos. Los turcos se mueven hacia la salida, pero los creyentes los empujan

como si los hubieran expulsado, y un tumulto como de batalla y victoria reina de pronto en la iglesia.

La ceremonia comienza con dos masas retenidas que están separadas por los soldados. Pequeñas mutas rítmicas de cristianos árabes se mueven entre ellas y las excitan. Estas feroces y fanáticas mutas tienen el efecto de *cristales de masa* y contagian con su excitación a quienes aguardan el fuego. Luego se inicia la procesión de los dignatarios, una masa lenta, que sin embargo en esta oportunidad llega más de prisa que nunca a su meta: el patriarca, desvanecido a medias y que más tarde, después de encendido el fuego, es portado en andas, es el testimonio vivo de ello.

El pánico del año 1834 deriva con aterradora consecuencia del elemento de lucha propio de la ceremonia. El peligro de pánico, cuando hay fuego en un espacio cerrado, siempre es grande. Pero aquí está reforzado por la oposición entre los incrédulos que inicial-mente están presentes en la iglesia, y los creyentes que quieren expulsarlos. El relato de Curzon es pródigo en rasgos que clarifican este aspecto del pánico: en uno de sus muchos momentos aparentemente del todo incoherentes y absurdos se ve de pronto en una fila de hombres enfrentado a otra fila, la enemiga. Las dos filas se abalanzan una contra otra y sin saber quién está en ésta y quién en aquélla luchan a vida y muerte entre sí. Curzon habla de los montones de cadáveres sobre los que pisa y sobre los que uno intenta salvarse. La iglesia del Sepulcro se había convertido en un campo de batalla. Cadáveres y cuerpos aún en vida se amontonaban en numerosas pilas. La insurrección se había transformado en su opuesto: una masacre general, un quedar tendido. La imagen de un montón de muertos aún mayor, la idea de la peste, se apodera de los peregrinos y todos huyen de la ciudad del Santo Sepulcro.

MASA E HISTORIA

SÍMBOLOS DE MASA DE LAS NACIONES

Las tentativas de sondear el fondo de las naciones la mayoría de las veces adolecieron de una falta esencial. Se querían definiciones para lo nacional sin más ni más; una nación, se decía, es esto, o una nación es aquello. Se vivía en la creencia de que sólo importaba encontrar la definición correcta. Que una vez lograda podríasela pues aplicar a todas las naciones. Se invocaba el idioma o el territorio; la literatura escrita; la historia; el gobierno; el así llamado sentimiento nacional; y enseguida las excepciones eran siempre más importantes que la regla. Siempre resultaba que se había atrapado algo vivo por la punta suelta de un casual ropaje; se desprendía con facilidad, y uno se quedaba con las manos vacías.

Junto a este método en apariencia objetivo había otro, ingenuo, interesado en una única nación, a saber, la propia, y al que todas las demás le eran indiferentes. Consistía en una inconmovible reivindicación de superioridad; de visiones proféticas sobre la propia grandeza; de una singular mezcla de pretensiones en cuanto a moralidad y animalidad. Pero no se crea que estas ideologías nacionales también de hecho se parecen todas entre sí. Es sólo su insistente apetito y reivindicación lo que las iguala. Quizás todas *quieren* lo mismo, pero no *son* lo mismo. Quieren ampliación y fundamentan ésta por medio de la multiplicación. La tierra entera, así parece, estuvo prometida a cada una de ellas, y la tierra entera pertenecerá naturalmente a cada una de ellas. Todas las demás, oyendo aquello, se sienten amenazadas y en su miedo ven tan sólo la amenaza. Así uno no advierte que el contenido concreto, las verdaderas ideologías de estas formas de reivindicación nacional son muy diferentes entre sí. Hay que tomarse el trabajo —sin compartir su avidez—, dé determinar lo propio en el caso de cada nación. Uno

debe mantenerse al margen, sin pertenecer a ninguna, pero también debe honesta y muy hondamente interesarse en todas ellas. Se debe dejar que florezca espiritualmente dentro de uno cada una de ellas, como si se estuviese condenado a pertenecerle efectivamente por una buena parte de la vida. Pero a ninguna de ellas se debe pertenecer al punto de entregarse a ella a costa de todas las restantes.

Porque es vano hablar de naciones si no se las determina en sus diferencias. Llevan a cabo prolongadas guerras unas contra otras.

Una parte muy grande de los miembros de cada una toma parte en estas guerras. Se habla con más que suficiente frecuencia del por qué luchan. Pero *como qué* luchan, eso nadie lo sabe. Ellos tienen un nombre para ello; dicen, como franceses, como alemanes, como ingleses, como japoneses. Pero ¿qué significa esta palabra en el hombre que la dice de sí mismo? ¿En qué *cree* ser distinto cuando marcha a la guerra como francés, como alemán, como inglés, como japonés? Aquí no importa tanto en qué es de veras diferente. Un examen de sus usos y costumbres, de su gobierno, de su literatura podría parecer exhaustivo y sin embargo pasar por alto ese elemento determinadamente nacional, que está presente como *fe,* cuando conduce a las guerras.

Por lo tanto las naciones habrán de ser vistas aquí al igual que *religiones.* Las naciones tienden, efectivamente, a verse de tiempo en tiempo así. La disposición para ello siempre existe y en las guerras las religiones nacionales se hacen agudas.

En principio debe esperarse que el miembro de una nación no se vea *solo.* Apenas es designado o se autodesigna, algo más englobante se abre paso en su imaginación, una unidad mayor con la que él mismo se siente en relación. La índole de esta unidad no es desdeñable, como tampoco lo es su relación con ella. No es simplemente la unidad geográfica de su país tal cual se la encuentra en el mapamundi; ésta le es indiferente al hombre normal. Las fronteras

puede que tengan su tensión para él, pero no así el área completa y propiamente dicha de un país. Tampoco piensa en su lengua como si pudiera contraponerla, definida y reconocible, a la de los otros. Por cierto, palabras que le son familiares, precisamente en tiempos agitados, tienen un gran efecto sobre él. Pero no es un diccionario lo que tiene detrás y por el que esté dispuesto a luchar. Menos aún le significa, al hombre normal, la historia de su nación. No conoce ni su verdadero curso ni tampoco la plenitud de su continuidad; ni la vida como fue antes; y tan sólo unos pocos nombres de quienes vivieron en el pasado. Los personajes y momentos que pasaron a su conciencia están más allá de todo lo que el docto historiador ordinario entiende por historia.

La unidad mayor, con la que se siente en relación, es siempre una *masa o* un *símbolo de masa.* Siempre tiene algunos de los rasgos característicos de las masas o sus símbolos: densidad, crecimiento y apertura al infinito, sorprendente o muy notoria cohesión, ritmo común, súbita descarga. Muchos de tales símbolos ya han sido tratados. Se habló del mar, del bosque, del trigo. Sería ocioso repetir aquí sus propiedades y funciones, de cómo llegaron a ser símbolos de masa. En las ideas y sentimientos que las naciones tienen de sí mismas se los volverá a encontrar. Pero estos símbolos nunca aparecen desnudos, nunca *solos:* el miembro de una nación siempre se ve a sí mismo, disfrazado a manera, en rígida relación con un determinado símbolo de masa que ha llegado a ser el más importante para su nación^ En este regular retorno, en este emerger, cuando el momento así lo exige, descansa la continuidad del sentimiento nacional. Con él y sólo con él varía la autoconciencia de una nación. Es más variable de lo que se piensa, y ello puede que permita alguna esperanza respecto a la continuación de la existencia de la Humanidad.

En lo que sigue trataremos de observar unas pocas naciones en base a sus símbolos. Para proceder sin prejuicios, conviene remontarse a

unos veinte años atrás. Sólo se trata, nótese bien, de una reducción a rasgos sumamente simples y universales; sobre los individuos también diremos algo.

Ingleses

Es aconsejable comenzar con la observación de una nación que hace poco alarde de sí y, no obstante, indudablemente aún muestra el más estable sentimiento nacional que el mundo hoy por hoy conozca: se trata de Inglaterra. Todos saben lo que el *mar* significa para los ingleses. Pero es demasiado poco conocido exactamente cómo su muy mentado individualismo y su relación con el mar están concatenados entre sí. El inglés se ve como *capitán* con un pequeño grupo de hombres sobre un navío: *en su derredor y debajo de él, el mar.* Está casi solo, como capitán incluso en gran parte aislado de la tripulación.

Al mar, sin embargo, se le *domina;* esta idea es decisiva. Los navíos están solitarios sobre su vasta superficie, como individuos esporádicos, personificados en un capitán; la autoridad de mando de éste es indiscutida. El curso que timonea es la orden que da al mar, y sólo su mediata ejecución por la tripulación disimula que propia: mente es el mar el que debe obedecer. El capitán determina la meta, y el mar, a su vivaz manera, lo transporta allí, no sin tormentas y otras corrientes adversas. Dado el carácter del océano lo que importa es a quién obedece más a menudo, y su obediencia es facilitada cuando la meta es una colonia británica. El mar en tal caso es como un caballo que conoce bien su camino. Los navíos de los demás semejan más a jinetes ocasionales, a quienes se lo arrienda; pero sólo para más tarde volver a ponerse tanto mejor bajo la mano del amo. El mar es tan grande que también importa el *número* de navíos con que se le sujeta.

Ahora, en lo que a su carácter respecta, hay que considerar a cuántas y cuan apasionadas transformaciones está sometido. En sus transformaciones ofrece más variedad que todas las masas animales, con las que se las tuvo que ver el hombre; y cuan inofensivos y estables son, medidos con el mar, los bosques del cazador, los campos del labrador. El inglés busca sus catástrofes en el mar. A sus muertos debe con frecuencia imaginarlos en el fondo del mar. Así el mar le ofrece transformaciones y peligro.

Su vida en casa se halla conformada como complementaria del mar: regularidad y seguridad son sus rasgos esenciales. Cada cual tiene su lugar, que por ninguna consideración ha de ser abandonado, a no ser que uno se haga a la mar; y todo hombre está seguro de sus hábitos como de su posesión.

Holandeses

La significación de símbolos de masa nacionales se deja percibir con especial claridad en el contraste entre ingleses y neerlandeses. Estos pueblos están emparentados tribalmente entre sí, sus idiomas son semejantes, su evolución religiosa es casi la misma. Ambas son naciones marineras y han fundado imperios mundiales marítimos. El destino de un capitán holandés, que salía de descubrimientos comerciales, en nada podía distinguirse del de un inglés. Las guerras que han llevado unos contra otros son de las que se dan entre rivales estrechamente emparentados. Y sin embargo hay una diferencia entre ellos, que puede parecer insignificante, pero que lo hace todo. Concierne a sus símbolos de masa nacionales.

Los ingleses conquistaron su isla, pero no se la arrancaron al mar. Al mar el inglés lo somete solamente mediante sus navíos, el capitán es el comandante del mar. La tierra que habita, el holandés tuvo que *comenzar por ganársela al mar*. Yacía tan hondo que mediante diques

debió protegerla del mar. El dique es principio y fin de su vida nacional. *La masa de los hombres se identifica a sí misma con el dique;* unidos oponen resistencia al mar. Si los diques están dañados, el país está en peligro. En tiempos de crisis los diques se perforan; en islas artificiales se está protegido del enemigo. En ninguna parte el sentimiento de la muralla humana que se levanta contra el mar está tan evolucionado como en Holanda. En los diques se confía en la paz; pero cuando deben ser destruidos ante el enemigo su fuerza se transmite a los varones, quienes, después de la guerra, volverán a erigirlos. El dique se mantiene en la intención de esos hombres hasta que pueda hacerse otra vez realidad. En épocas de amenaza seria los holandeses llevan de manera notable e inconfundible *en sí* sus fronteras contra el mar.

Cuando los ingleses son atacados en su isla, confían en el mar. Este, con sus tormentas, viene en su ayuda contra el enemigo. En su isla están seguros, sienten la misma certidumbre que en sus barcos. El holandés siempre tuvo el peligro a sus espaldas. Nunca, para él, el mar estuvo completamente domeñado. Navega sobre él, por cierto, hasta todo confín. Pero en su patria el mar puede volverse en contra de él; es más, en los casos extremos, cuando hay que alejar al enemigo, debe incluso hacer lo posible por que el mar se vuelva primero en contra suyo.

Alemanes

El símbolo de masa de los alemanes era el *ejército*. Pero el ejército era más que el ejército: era el *bosque en marcha*. En ningún país moderno del mundo el sentimiento de bosque ha permanecido tan vivo como en Alemania. Lo rígido y paralelo de los árboles erguidos, rectos, su densidad y su número colma el corazón del alemán con honda y misteriosa alegría. Aún hoy acude con agrado al bosque en el que vivieron sus antepasados y se siente identificado con los árboles.

Su limpieza y delimitación, la acentuación de la vertical, distingue a este bosque de la selva tropical, donde plantas trepadoras crecen en enredado desorden y en toda dirección. En la selva tropical el ojo se extravía en la proximidad, en una masa caótica, inarticulada, animada de la más multicolor de las maneras, que excluye todo sentimiento de regla y repetición regular. El bosque de la zona templada tiene su ritmo evidente. El ojo se extravía a lo largo de troncos visibles, a una lejanía siempre igual. El árbol singular, sin embargo, es más grande que el hombre singular y sigue siempre creciendo hacia lo titánico. Su implantación tiene mucho de la virtud del guerrero. Las cortezas que en un primer momento a uno se le antojarían corazas, en el bosque, donde hay reunido tanto árbol de la misma especie, semejan más a los uniformes de una división de ejército. Ejército y bosque para el alemán, sin que él tuviese clara conciencia de ello, habían confluido de todas las maneras. Lo que a otros aparecía desolado y árido en el ejército, tenía para el alemán la vida y luminosidad del bosque. No sentía miedo en él; se sentía protegido, uno entre todos. La rigidez y rectitud de los árboles las hizo regla para sí mismo.

El muchacho, atraído por el bosque fuera de la estrechez de casa, para, como creía, soñar y estar solo, vivía allí por adelantado la incorporación al ejército. En el bosque ya estaban dispuestos los demás, que eran fieles y veraces y rectos, como él quería ser, uno como los otros, porque cada uno crece *derecho* y sin embargo bien distinto en altura y en fuerza. No ha de subestimarse el efecto de este romanticismo precoz del bosque sobre el alemán. En cien *lieder* y poesías lo recogió y el bosque que en ellos aparecía se llamaba a menudo «alemán».

El inglés se veía con agrado *sobre el mar;* el alemán se veía con agrado *en el bosque;* es difícil expresar más escuetamente qué es lo que los separa en su sentimiento nacional.

Franceses

El símbolo de masa de los franceses tiene una joven historia: es su *Revolución*. La fiesta de la libertad se festeja anualmente. Se ha convertido en la fiesta nacional de la alegría propiamente tal. El 14 de julio se puede bailar con cualquiera en la calle. Hombres que por lo general son tan poco libres, iguales y fraternales como en otros países, pueden comportarse por una vez como si lo fueran. La Bastilla está tomada, y las calles se encuentran de nuevo llenas como en aquel entonces. La masa, durante siglos víctima de la justicia real, ejerce justicia ella misma. El recordar las ejecuciones de aquel tiempo —una continuada serie de excitaciones de masa de la más revulsiva especie—, pertenece a este sentimiento de fiesta más de lo que quiere admitirse. Quien se oponía a la masa le daba su cabeza. Él se la debía y, a su manera, servía para mantener y aumentar el sentimiento de plenitud de la masa.

Ningún himno nacional, del pueblo que sea, tiene la vida del himno francés —la Marsellesa surge en aquel tiempo. El estallido de la libertad como acontecimiento periódico, anualmente de vuelta, anualmente esperado, ofrecía grandes ventajas como símbolo de masa de una nación. Aún más tarde, como entonces, desencadenó las energías de la defensa. Los ejércitos franceses que conquistaron Europa surgieron de la Revolución. Encontraron a su Napoleón y su máxima gloria guerrera. Las victorias pertenecían a la Revolución y a su general; al emperador le quedó la derrota final.

Contra esta concepción de la revolución como símbolo de masa nacional de los franceses se podrían hacer varias objeciones. La palabra aparece de modo demasiado indeterminado, no tiene lo concreto del capitán inglés en su navío sólidamente limitado ni el orden lignario del ejército alemán en marcha. Pero no se olvide que al navío del inglés pertenece también el mar conmovido y al ejército

alemán el bosque ondeante. Mar y bosque nutren sus sentimientos y fijan su flujo. También el sentimiento de masa de la Revolución se expresa en un movimiento concreto y en un objeto concreto; en la toma de la Bastilla.

Hasta hace dos o tres generaciones a la palabra «revolución» todos le habrían puesto «francesa». Su propio recuerdo más popular asimismo denotaba a los franceses ante el mundo, era lo más peculiar con que descollaban. Así pues los rusos, con su revolución, abrieron una brecha sensible en el sentimiento nacional de los franceses.

Suizos

Un estado cuya cohesión nacional por nadie es discutida es el *suizo*. El sentimiento patriótico de los suizos es mayor que el de muchos pueblos, entre los que se habla tan solo *una* lengua. El uso de cuatro lenguas, la multiplicidad de los cantones, su estructura social distinta, el contraste de las religiones, cuyas guerras aún permanecen en histórico recuerdo, nada logra quebrantar seriamente la conciencia nacional que de sí mismos tienen los suizos. Es verdad que tienen en común un símbolo de masa, que está constantemente ante su vista y que es inconmovible como el de ningún otro pueblo: las *montañas*.

Desde todas partes el suizo ve las cumbres de sus cerros. Pero desde ciertos puntos su serie parece más completa. El sentimiento de que aquí uno ve juntas todas sus montañas, confiere a tales puntos de visión algo sacral. A veces, en atardeceres que no pueden predecirse, sobre los que el hombre mismo no tiene influencia, comienzan a fulgir: ésta es su suprema consagración. Su difícil acceso lo mismo que su dureza inspiran seguridad al suizo. Separadas arriba, en sus cimas, abajo están cohesionadas como un cuerpo único, gigantesco.

Son un cuerpo y este cuerpo es el país mismo.

Los planes de defensa de los suizos durante las dos guerras pasadas, expresan esta identificación de su nación con la cadena de los Alpes misma. Toda tierra fértil, todas las ciudades, todos los lugares de producción deberían haber sido evacuados en caso de un ataque. Los ejércitos se habrían retirado a la misma cadena de montañas y sólo allí habrían combatido. Pueblo y país habrían sido sacrificados. Pero el ejército en las montañas habría seguido representando a Suiza, y el símbolo de masa de la nación se habría convertido en el país mismo.

Es un dique particular el que allí poseen los suizos. No tienen, como los neerlandeses, que erigirlo ellos mismos. No lo construyen, no lo echan abajo; ningún mar se revuelve en su contra. Su montaña está; sólo han de conocerla bien. La escalan y la recorren en cada uno de sus recovecos. Tiene la fuerza de un imán y atrae a gente de todos los países que en el admirar y explorar imitan a los suizos.

Los alpinistas de las más remotas naciones son algo así como creyentes suizos; sus ejércitos, dispersados por todo el mundo, tras breve y periódico servicio en las montañas, mantienen en vida el prestigio de Suiza. Valdría la pena analizar cuánto han contribuido también prácticamente al mantenimiento de la independencia de Suiza.

Españoles

Así como el inglés se ve capitán, el español se ve *matador*. Pero en vez del mar, que obedece al capitán, el torero es dueño de su muchedumbre, que lo admira. El animal, al que ha de lidiar según las nobles reglas de su arte, es el viejo monstruo marrajo de la leyenda. No debe mostrar miedo, su control lo es todo. Cada uno de los menores movimientos es visto y juzgado por miles. Es la Arena

romana la que aquí se ha mantenido, pero el torero en el ínterin se convirtió en un hidalgo caballero; aparece como único combatiente, la Edad Media modificó su sentido y su traje, pero, en especial, su prestigio. El salvaje animal, sometido, el esclavo del hombre, se encabrita una vez más contra él. Pero el héroe del tiempo mítico, que partió a someterlo, está presente. Se presenta ante toda la humanidad; está tan seguro de su oficio que puede representar la lidia del monstruo a sus espectadores en cada detalle. Conoce exactamente su medida; sus pasos están calculados; sus movimientos tienen lo establecido de una danza. Pero él *mata de verdad*. Millares ven esta muerte y la multiplican por su excitación.

La ejecución del animal salvaje, que no debe ya ser salvaje pero que se vuelve salvaje, para luego, precisamente por ello, condenarlo a muerte; esta ejecución, la sangre y el caballero sin tacha refléjanse de doble manera a los ojos de los admiradores. Uno mismo es el caballero que lidia al toro, pero también se es la masa que lo aclama. Sobre el torero, que sería uno mismo, al otro lado del ruedo, uno se ve otra vez a sí mismo como masa. Como anillo se está cohesionando, se es una criatura cerrada en sí misma. Por doquier uno da con ojos; por doquier uno escucha una única voz, se escucha a uno mismo.

Así el español, que está sediento de su matador, se acostumbra pronto a la visión de una masa muy determinada. Aprende a conocerla a fondo. Es tan viva que excluye muchos desarrollos y formaciones más recientes que en países de otra lengua son inevitables. El torero en el anillo, que tanto es para él, se convierte también en su símbolo de masa nacional. En el momento en que piense en muchos españoles juntos, pensará en el lugar donde están más a menudo reunidos. Comparadas con estas violentas alegrías-de-masa las de la iglesia son mansas e inofensivas. No siempre lo fueron, y en aquel tiempo en que la iglesia no vacilaba en encender el fuego infernal para los herejes, ya aquí sobre la tierra, la

economía de masa del español estaba ordenada de otro modo.

Italianos

El sentimiento de sí mismo de una nación moderna, su comportamiento en una guerra, depende en gran medida del *reconocimiento* de su símbolo de masa nacional. La historia juega en ello una mala pasada a no pocos pueblos mucho después de haber ganado su unidad. Sirva de ejemplo *Italia* de lo difícil que es para una nación verse a sí misma cuando sus ciudades se ven afectadas por la visita de recuerdos mayores y su presente es perturbado conscientemente por tales recuerdos.

Mientras Italia aún no había conquistado su unidad todo estaba más claro en la gente: el cuerpo despedazado volvería a reunirse, sentirse y comportarse como un único organismo apenas el enemigo, esa plaga, hubiese sido expulsado. En tales casos de agudo sentimiento de opresión, cuando el enemigo lleva ya largo tiempo en el país, todos los pueblos se crean ideas análogas de su situación. Se ve al enemigo como lo numeroso, lo feo y odiado, como una nube de langostas que vive del suelo bueno y generoso del nativo. Y si tiene serias intenciones de *quedarse,* se muestra inclinado a dividir este suelo y a debilitar a los nativos debilitando de mil maneras su vinculación entre sí. La reacción es entonces la vinculación secreta y, en una serie de momentos afortunados, se barre a las sabandijas. Y es esto lo que ocurrió finalmente e Italia encontró su unidad, anhelada en vano por muchos y a menudo por sus espíritus más preclaros.

Pero a partir de ese momento se advierte que no se deja con vida sin peligro una ciudad como Roma. Los edificios de masa de los tiempos pasados seguían en pie, *vacíos;* el anfiteatro era una ruina demasiado bien conservada. Dentro de él uno habría de sentirse

modesto y marginado. La segunda Roma, la Roma de San Pedro, por el contrario había reservado suficientemente su vieja atracción. La basílica de Pedro se llenaba con peregrinos de todo el mundo; pero como polo de discriminación nacional precisamente, esta segunda Roma no era en modo alguno apropiada. Se dirigía aún sin diferencia a todos los hombres, su organización venía de una época en que las naciones, en el sentido moderno, prácticamente no existían.

Entre estas dos Romas, el sentimiento nacional de la Italia moderna estaba como paralizado. No había escapatoria posible, pues Roma existía y los romanos habían sido Italia. El fascismo tentó la solución más fácil en apariencia y se arropó con el auténtico y antiguo traje. Pero el traje no le sentaba nada bien, era demasiado amplio, y tan violentos fueron los movimientos que en él se permitió, que rompió todos los huesos. Los foros bien podían ser desenterrados, uno tras otro: no se colmaban de romanos. Los fasces sólo suscitaban el odio de aquellos que eran azotados con las varas; nadie estaba orgulloso de amenazas ni castigos. El intento de *imponer por la fuerza* un falso símbolo de masa nacional a Italia fracasó, para suerte de los italianos.

Judíos

Ningún pueblo es más difícil de comprender que los judíos. Están repartidos sobre toda la tierra habitada, su país de origen estaba perdido. Su capacidad para la adaptación es famosa y de mala fama, pero el grado de su adaptación es tremendamente variable. Había entre ellos españoles, indios y chinos. Llevan consigo lenguas y culturas de un país a otro y las conservan más tenazmente que la propiedad. Los necios podrán hablar de su igualdad por todas partes; quien los conoce tenderá más bien a la opinión de que entre ellos hay muchos más tipos distintos que entre cualquier otro

pueblo. La amplitud de variación de los judíos en esencia y de hecho es de lo más asombroso que uno pueda encontrar. El mito popular de que entre ellos se encuentran tanto los mejores como los peores de los hombres, expresa el hecho de manera ingenua. Son diferentes de los demás. Pero en realidad son, por así decir, lo más diferentes entre ellos mismos.

Han suscitado admiración porque aún los hay en todas partes. No son los únicos hombres que se encuentran repartidos por todo el mundo pues los armenios están difundidos con igual amplitud. Tampoco son el pueblo más antiguo: la historia de los chinos alcanza un tiempo primigenio más remoto. Pero de los pueblos antiguos son el único que *hace ya tanto tiempo que migra*. Tuvieron el tiempo más dilatado para desaparecer sin dejar huellas; y a pesar de ello hoy están más presentes que nunca.

Hasta hace pocos años no había entre ellos unidad territorial o lingüística. La mayoría ya no entendía el hebreo, hablaban en cien lenguas. Para millones de ellos su antigua religión era un saco vacío; incluso el número de judíos convertidos al cristianismo aumentaba paulatinamente, en especial entre sus intelectuales; mucho más aún el número de los no creyentes. Contemplado de manera superficial, desde el punto de vista ordinario de la autoconservación, debieran hacer todo lo posible por conseguir que se olvide que son judíos, y olvidarlo ellos mismos. Pero es que no lo pueden olvidar y en la mayoría de los casos tampoco quieren. Hay que preguntarse en qué siguen siendo judíos estos hombres, qué es lo que los hace ser judíos, qué es lo definitivo que los vincula a unos con otros cuando se dicen: Yo soy judío.

Esto último se halla al comienzo de su historia y se ha repetido con aterradora regularidad en el curso de esta historia: es el *Éxodo de Egipto*. Téngase presente el contenido de esta tradición: todo un pueblo, si bien censado pero en enormes muchedumbres, migra

durante cuarenta años a través de la arena. A su mítico ancestro le había sido anunciada una descendencia numerosa como la arena del mar. Ahora está y camina como otra arena a través de la arena. El mar, que se abate sobre los enemigos, los deja pasar. Su meta es una tierra prometida que conquistará por la espada.

La imagen de esta muchedumbre, que cruza años y años por el desierto, se convirtió en símbolo de masa de los judíos. Se ha conservado tan nítido y aprehensible como en otro tiempo. El pueblo se ve reunido; antes incluso de haberse establecido y dispersado se ve ya en la migración. En este estado de *densidad* recibe sus leyes. Tiene una meta como ninguna otra masa tuvo jamás. Sufre aventura tras aventura, una suerte siempre compartida. Es una masa *desnuda;* la multiplicidad, que de otra manera entreteje al hombre en una red de vidas aisladas, en este medio apenas existe. Alrededor de ellos sólo hay arena, la más desnuda de todas las masas; nada podría llevar más alto el sentimiento de estar a solas consigo mismo, propio de este convoy en marcha, que la imagen de la arena. Con frecuencia la meta desaparece y la masa amenaza con desintegrarse; con recios golpes de la más diversa índole se la despierta, se la limita y se la mantiene unida. El número de hombres en el convoy, de seiscientos a setecientos mil, no es enorme sólo para las modestas pretensiones de aquel pasado. De especial importancia es la duración de la marcha. Lo que en la masa dura cuarenta años, más tarde puede durar cualquier cosa. La imposición de esta duración como castigo se parece, sin embargo, a toda la penuria de ulteriores éxodos.

LA ALEMANIA DE VERSALLES

Para clasificar al máximo la delimitación de los conceptos que aquí se han establecido, habrá de decirse algo sobre la estructura de masa de *Alemania,* de la Alemania que en el primer tercio de este siglo sorprendió al mundo con formaciones y tendencias nuevas, cuya

mortal seriedad nadie comprendía y que sólo ahora se comienza lentamente a descifrar.

El símbolo de masa de la unificada nación alemana según se constituyó tras la guerra francesa de 1870-1871, era y siguió siendo el *ejército.* Todo alemán estaba orgulloso de él; hubo muy pocos en condiciones de sustraerse a la avasallante influencia de este símbolo. Un pensador de la talla universal de un Nietzsche recibió de aquella guerra el impulso inicial para su obra principal de la «voluntad de poder»: fue la visión de un escuadrón de caballería, que no olvidó. Esta referencia no es ociosa; muestra hasta qué punto era general la significación del ejército para el alemán, cómo este símbolo de masa ejercía su acción incluso entre aquellos que orgullosamente supieron marginarse de todo lo que recordara la muchedumbre. Burgueses, campesinos, obreros, sabios, católicos, protestantes, bávaros, prusianos, todos veían en el ejército el símbolo de la nación. Las raíces más profundas de este símbolo, su origen en el *bosque,* han sido esclarecidas en otro lugar. *Bosque y ejército* para el alemán están íntimamente ligados y tanto el uno como el otro pueden designarse como el símbolo de masa de la nación; en esta perspectiva son, sin duda, uno y lo mismo.

Es de importancia decisiva el hecho de que el ejército una a su efectividad simbólica el estar también concretamente de pie. Un símbolo vive en la imaginación y en el sentimiento de los hombres; así sucedió con el curioso híbrido bosque-ejército. El verdadero ejército en el que servía todo joven alemán, por el contrario, tenía la función de una *masa cerrada.* La creencia en el servicio militar general y obligatorio, la convicción de su profundo sentido, la veneración hacia él alcanzaban más que las religiones tradicionales, interesaba tanto a católicos como a protestantes. Quien se excluía no era alemán. Se ha dicho que los ejércitos sólo deben designarse como masa en un sentido bien restringido. Pero en el caso del alemán esto era diferente: sentía la vivencia del ejército como la más importante,

de dejos, de sus masas cerradas. Era cerrada puesto que sólo determinadas promociones de hombres jóvenes servían en él por un tiempo limitado. Entre los restantes era una profesión, por lo tanto ya nada colectivo. Pero todo varón pasaba una vez por él y permanecía durante toda su vida ligado interiormente a él.

Como *cristal de masa* servía a este ejército la casta prusiana de los junkers, aristócratas rurales que constituían la mejor parte del cuerpo estable de oficiales. Era como una orden con leyes estrictas, aunque no escritas; o como una orquesta hereditaria que conoce y ha ensayado precisamente la música con la que ha de contagiar a su público.

Cuando estalló la primera guerra mundial todo el pueblo alemán se hizo una única *masa abierta*. El entusiasmo de aquellos días ha sido descrito a menudo. Muchos en el exterior habían contado con la convicción internacionalista de los socialdemócratas y se sorprendían de su fracaso total. No consideraban que también estos socialdemócratas llevaban como símbolo de su nación el «bosque-ejército» dentro de sí; ellos mismos habían pertenecido a la masa cerrada del ejército; en ésta estaban bajo la orden y la influencia de un cristal de masa preciso y extremadamente eficaz: la casta de junkers y oficiales. Por el contrario, su pertenencia a un partido político tenía poco peso.

Pero aquellos primeros días de agosto del año 1914 son también el *momento de gestación* del nacionalsocialismo. Existe una declaración nada sospechosa al respecto, la de Hitler: él informa de cómo, tras el estallido de la guerra, cayó de hinojos y dio gracias a Dios. Es su vivencia decisiva, único momento en el que él mismo fue sinceramente masa. No lo olvidó, toda su trayectoria posterior estuvo dedicada a la reconstrucción de este momento, pero desde *fuera*. Alemania había de ser y estar otra vez como entonces

consciente de su fuerza militar de choque, conforme con ella, unificada en ella.

Pero Hitler jamás habría alcanzado su objetivo si el tratado de Versarles no hubiese disuelto el ejército de los alemanes. La prohibición del servicio militar general obligatorio privó a los alemanes de su masa cerrada más esencial. Los ejercicios, que ahora les estaban prohibidos, el ejercitar, el recibir y el transmitir órdenes se convirtió en algo que debían volver a procurarse por todos los medios. La prohibición del servicio militar general obligatorio es el *nacimiento* del nacionalsocialismo. Toda masa cerrada, disuelta por la fuerza, se cambia en una abierta a la que comunica todas sus señas. El partido toma el lugar del ejército y dentro de la nación no tiene fronteras. Todo alemán —varón, mujer, niño, soldado o civil— puede hacerse nacionalsocialista; con frecuencia es mayor la importancia que le concede si él mismo antes no fue soldado, porque de esta manera consigue la participación en una conducta que de lo contrario le estaba vedada.

Con una insistencia infatigable y sin parangón, Hitler usó la consigna del *Diktat* de Versalles. Se ha mostrado sorpresa por la eficacia de esta consigna. Su repetición no podía ir en detrimento de su eficacia; al contrario, creció con los años. ¿Qué es lo que propiamente contenía esta consigna? ¿Qué es lo que Hitler transmitió en ella a sus masas de auditores? Para el alemán la palabra «Versalles» significaba no tanto la derrota, que nunca ha reconocido realmente, sino la prohibición del ejército; la prohibición de determinado sacrosanto ejercicio sin el que difícilmente podía concebir la vida. La prohibición del ejército era como la prohibición de una religión. La fe de los padres estaba impedida, restablecerla era el sagrado deber de todo hombre. La palabra «Versalles» hurgaba en esta herida cada vez que era pronunciada; la mantenía fresca, seguía sangrando, nunca se cerró. Mientras se profiriera con bastante

fuerza la palabra «Versalles» en las reuniones, se excluiría toda vislumbre de curación.

Es significativo que siempre se hablara de un *Diktat,* nunca de un tratado. «Diktat» recuerda la esfera de la *orden.* Una orden única, ajena, la orden del enemigo, llamado por ello «Diktat», había suspendido toda esta enseñoreada ocupación de darse órdenes militares de alemanes a alemanes. Quien escuchaba o leía la frase del *«Diktat» de Versalles,* sentía en lo más hondo lo que le estaba prohibido: el ejército alemán. Su reconstitución aparecía como la única meta realmente importante. Con ella todo volvería a ser como antes. El significado del ejército como símbolo de masa nacional no había sufrido una conmoción total; la parte más profunda y antigua de él estaba aún intacta: como *bosque.*

La elección de la palabra «Versalles» como consigna *central* fue desde el punto de vista de Hitler especialmente feliz. No sólo recordaba el último y doloroso suceso en la vida nacional de los alemanes, la prohibición del servicio militar general obligatorio, la abolición del derecho a un ejército en el que todo hombre podía ingresar por algunos años, sino que resumía también otros momentos importantes y bien conocidos de la historia alemana.

En Versalles había sido fundado por Bismarck el segundo Reich alemán. La unidad alemana —inmediatamente después de una gran victoria— había sido proclamada en el instante de la euforia y de la fuerza irresistible. La victoria había sido obtenida sobre Napoleón III, quien se contemplaba a sí mismo como sucesor del gran Napoleón; portado por la legendaria veneración hacia su nombre había ascendido como heredero de su espíritu. Versalles, sin embargo, también fue la morada de Luis XIV, por él construido. De todos los soberanos franceses antes de Napoleón, Luis XIV fue quien más profundamente había humillado a los alemanes. Por él

Estrasburgo con su catedral colegiata había sido incorporado a Francia. Sus tropas habían devastado el palacio de Heidelberg.

La proclamación del emperador en Versalles era, por ello, como una tardía, resumida victoria sobre Luis XIV y Napoleón *unidos,* y había sido ganada sin aliado alguno. Sobre un alemán de aquella época debía tener este efecto; hay testimonios suficientes que lo confirman. El nombre de este palacio estaba vinculado con el más grande triunfo de la historia alemana más reciente.

Cada vez que Hitler hablaba del mal afamado «Diktat», volvía a sonar el recuerdo de aquel triunfo en la palabra que pasaba como una promesa a los auditores. Los enemigos deberían haberlo oído como amenaza de guerra y derrota si hubiesen tenido oídos para oír. Se puede decir sin exageración que a todas las consignas importantes de los nacionalsocialistas, a excepción de aquellas que iban dirigidas contra los judíos, se las puede derivar por escisión de una frase del «Diktat de Versalles»: «El tercer Reich», «Sieg-Heil», y así sucesivamente. El contenido del movimiento estaba incluido de modo concentrado en esta única frase: *La derrota que ha de volverse victoria;* el ejército prohibido que primordialmente para este objeto ha de ser armado.

Quizás aquí uno debiera prestarle algo de atención al símbolo del movimiento, la cruz gamada.

Su efecto es doble: el de *signo* y el del *término.* Ambos tienen algo cruel. El signo mismo tiene algo de dos horas torcidas. Amenaza al observador de manera un tanto traicionera, como si quisiese decir: Espérate, te asombrarás de lo que aún colgará de aquí. Desde el momento en que la cruz gamada contiene un movimiento rotatorio, también él es de índole amenazadora: recuerda los miembros rotos de aquellos que antes eran atados en la rueda.

La palabra se procuró de la cruz cristiana los rasgos crueles y cruentos, como si fuese *bueno crucificar*. Las gamas recuerdan las gambetas de los gamberros y anuncia a los partidarios el enorme número que quiere hacerse caer. Para muchos también puede que abra una crucial salida hacia lo militar y ponga su vista en el volver a chocar en grupo los talones. En todo caso reúne una amenaza de crueles castigos con alevosa capciosidad y una disimulada advertencia a la disciplina militar.

INFLACIÓN Y MASA

Una inflación es un fenómeno de masa en el sentido más propio y restringido de la palabra. El efecto perturbador que ejerce sobre la población de países enteros en ningún caso se halla limitado al momento de la inflación misma. Puede afirmarse que en nuestras civilizaciones modernas, fuera de guerras y revoluciones, no hay nada que en su envergadura sea comparable a las inflaciones. Las conmociones que provoca son de naturaleza tan profunda que se prefiere ocultarlas y olvidarlas. Quizá también se recele atribuir al dinero, cuyo valor después de todo es artificialmente fijado por el hombre, efectos generadores de masa que van mucho más allá de su determinación propiamente dicha y tienen algo de absurdo e infinitamente vergonzoso.

Es necesario entrar en esto y decir algo acerca de las propiedades psicológicas del dinero mismo. El dinero puede convertirse en símbolo de masa; pero, contrariamente a otros de los que se ha tratado aquí, es un símbolo en que las *unidades* —por la acumulación de las cuales, bajo ciertas circunstancias, se constituye una masa—, están categóricamente acentuadas. Cada moneda está netamente delimitada y tiene un peso propio; es reconocible a primera vista; circula libremente de mano en mano y cambia interminablemente de vecindario. A menudo lleva acuñada la efigie de un soberano, por el

que, en especial cuando es de gran valor, a veces es también denominada. Han existido los luises de oro y los táleros de María Teresa. Con agrado se percibe a la moneda como a una persona *aprehensible*. La mano que se cierra en torno a ella la siente por completo, en todos sus bordes y superficies. Una cierta ternura por la moneda que puede procurarle a uno esto o aquello es universalmente humana y contribuye a su «carácter» personal. En un punto, la moneda supera a la criatura viviente: su consistencia metálica, su dureza le asegura una existencia «eterna»; es —a no ser por el fuego— difícil de destruir. La moneda no crece hasta alcanzar su tamaño; sale acabada de la matriz y luego ha de seguir siendo lo que es; no debe cambiar.

Quizás esta confiabilidad de la moneda sea su característica principal. Del dueño tan sólo depende el guardarla muy bien; no sale corriendo por sí misma como un animal, sólo debe guardársela de los demás. No se está obligado a desconfiar de ella, se la puede utilizar siempre, no tiene caprichos que sea preciso tomar en consideración. Además, cada moneda se autoconsolida aún por su relación con otras de distinto valor. La jerarquía entre las monedas, que es estrictamente respetada, las hace aún más próximas a las personas. Se podría hablar de un sistema social de las monedas con clases de rango, que en este caso son clases de valores: por moneda de alto valor bien pueden canjearse otras de menor valor, por una inferior jamás una superior.

El*montón de monedas* es conocido desde antaño y entre la mayoría de los pueblos como *tesoro*. En la manera en que es percibido como unidad, en la forma de encontrárselo, sin saber cuanto contiene realmente, tiene mucho de masa. Se puede hurgar en él y separar una moneda de otra. Se espera siempre que sea mayor de lo que es. Con frecuencia está oculto y puede quedar al descubierto de pronto. Pero no sólo el que durante toda su vida anhela encontrar un tesoro, también quien lo acumula, se imagina que éste siempre se agranda y

hace todo lo posible para lograrlo. No cabe la menor duda de que en algunos hombres, que sólo viven para su dinero, el tesoro ocupa el lugar de la masa humana. Muchas historias de solitarios avaros pertenecen a este tipo; son continuación de los dragones de los cuentos, para quienes la vigilancia, la contemplación o el cuidado de un tesoro eran el único contenido de su vida.

Podría objetarse que esta relación entre la moneda y el tesoro ya es anticuada para el hombre moderno; que por todas partes se usa papel moneda; que gentes ricas guardan su tesoro en forma invisible y abstracta en bancos. Pero la importancia de las *reservas oro* para una buena divisa aún no ha perdido en absoluto su antigua significación. La gran mayoría de los hombres, también en los países técnicamente más altamente desarrollados, es asalariada por su trabajo horario, y el monto de este salario se mueve en un orden que casi en todas partes uno se imagina aún en monedas. Uno recibe todavía monedas a cambio de papel; el viejo sentimiento por ellas, la vieja actitud ante ellas son familiares a cada uno; el cambiar dinero como suceso cotidiano pertenece a los mecanismos más frecuentes y simples de nuestra vida, que todo niño aprende en lo posible cuanto antes.

Pero es correcto que, junto a esta relación más antigua, se ha desarrollado otra forma de relación para con el dinero. La unidad monetaria en cada país ha adquirido un valor más bien abstracto. No por ello es percibido menos como unidad. Si las monedas antes tenían algo de la estricta organización jerárquica de una sociedad cerrada, ahora con el papel moneda las cosas tienen lugar más bien como entre los hombres de la urbe metropolitana.

Del tesoro hoy se hizo el *millón*. Tiene un timbre cosmopolita, el significado de esta palabra se extiende por todo el universo moderno, se puede referir a toda divisa. Lo interesante del millón es que por habilidad especulativa se puede alcanzar de golpe: flota ante todos los hombres cuya ambición está orientada hacia el dinero. El

millonario ha tomado sobre sí algunas de las más esplendorosas cualidades del viejo monarca de los cuentos. Como cifra para un número el millón puede referirse a dinero tanto como a hombres. Este carácter doble de la palabra es en especial bien analizable en los discursos políticos. El *placer voluptuoso del número que crece de golpe,* por ejemplo, es característico de los discursos de Hitler. Allí se refiere por lo general a los millones de alemanes que viven en el exterior del Reich y que aún han de ser redimidos. Tras las primeras victorias incruentas, antes de estallar la guerra, Hitler tenía una especial predilección por las crecientes cifras de población de su Reich. Las confrontaba con las de todos los alemanes que en total viven sobre la tierra. Tenerlos a todos en su esfera de influencia era su objetivo declarado. Siempre, sin embargo, empleaba para sus amenazas, satisfacciones y exigencias, la palabra *millón.* Otros políticos la usan más para el dinero. Pero el uso de la palabra ha adquirido sin duda algo de ambiguo. El número abstracto ha sido colmado por las cifras de población de los países y sobre todo de las metrópolis, que en todas partes son expresadas en millones, con un contenido de masa como ninguna otra cifra hoy por hoy contiene. Puesto que el dinero es acreedor de idéntico «millón», masa y dinero están hoy por hoy más cercanos que nunca.

Pero, ¿qué sucede en una *inflación*?La unidad monetaria pierde repentinamente su personalidad. Se transforma en una masa creciente de unidades; éstas poseen cada vez menos valor mientras más aumente la masa. Los millones, que siempre a uno tanto le habría gustado tener, de pronto se los sostiene en la mano, pero ya no *son* tales, sólo se *llaman* así. Es como si el saltar, de golpe le hubiese quitado todo valor al que salta. Una vez que la moneda ha entrado en este movimiento, que tiene el carácter de una huida, no es previsible un límite. Así como se puede *contar* remontando hasta cualquier cima, así el dinero puede desvalorizarse hasta cualquier sima.

En este acontecimiento se reencuentra aquella propiedad de la masa psicológica que he señalado como especialmente importante y notoria: el placer ante el crecimiento rápido e ilimitado. Pero este crecimiento se vuelve hacia lo negativo: lo que crece se hace más y más débil. Lo que antes era un marco, se llama ahora 10.000, luego 100.000, luego un millón. La identificación del hombre individual con su marco se halla así abolida. El marco ha perdido su solidez y límite, es a cada instante otra cosa. Ya *no* es como una persona, y no tiene duración alguna. Tiene menos y menos valor. El hombre que confiaba en él no puede evitar percibir su rebajamiento como suyo propio. Se identificó con él durante mucho tiempo, la confianza en él era como la confianza en sí mismo. La inflación no sólo hace tambalearse todo externamente, nada es seguro, nada permanece durante una hora en el mismo sitio, sino que por la inflación él mismo, el hombre, *disminuye*. Él mismo y lo que haya sido no es nada; el millón, que siempre se deseó, tampoco es nada. *Cada cual* lo tiene. Pero cada cual es nada. El proceso de formación del tesoro se ha invertido en su contrario. Toda fiabilidad del dinero está como evaporada. Nada se añade, todo se hace siempre menos todo, todo tesoro desaparece. Puede designarse la inflación como un aquelarre de la devaluación, en que hombres y unidad monetaria confluyen de la manera más extraña. Uno está en lugar de lo otro, el hombre se siente tan mal como el dinero que se pone cada vez más malo; y todos juntos se hallan entregados a este mal dinero y también *juntos* se sienten igualmente sin valor.

En la inflación, pues, se produce algo que de hecho nunca se buscó, algo tan peligroso que todo aquel que posea cualquier forma de responsabilidad pública y pudiese preverlo debería retroceder con espanto ante ello: *una doble devaluación* que surge de una doble identificación. El *ser singular* se siente devaluado, porque la unidad en la que confió, que respetaba al igual que a sí mismo, ha comenzado a desbarrancarse. La *masa* se siente devaluada porque el *millón* está

devaluado. Se ha mostrado hasta qué punto es ambiguo el uso de la palabra millón; cómo se utiliza para ambas cosas (la elevada suma de dinero y el gran conglomerado de hombres), muy en especial en la idea que uno se hace de la gran urbe moderna; cómo una acepción pasa a la otra, cómo una se nutre propiamente de la otra. Todas las masas que se constituyen en tiempos de inflación —y es precisamente entonces que se constituyen por montones—, están bajo la presión del millón devaluado. Tan poco como vale uno solo, así de poco vale entonces unido a los demás. Cuando los millones trepan, todo un pueblo de millones se convierte en nada.

Este acontecimiento reúne a hombres cuyos intereses materiales de lo contrario divergen por completo. El asalariado se ve tan confundido por ello como el rentista. En una noche uno puede perder mucho y todo, incluso aquello que creía a buen recaudo en su banco. La inflación abroga diferencias entre hombres que parecían creadas para la eternidad y reúne en una y la misma masa de inflación a gentes que de otro modo apenas se habrían saludado.

Ninguna devaluación súbita de la persona es jamás olvidada: es demasiado dolorosa. Uno la lleva a rastras consigo durante toda una vida, a no ser que se la pueda echar encima a otro. Pero tampoco la masa como tal olvida su devaluación. La tendencia natural es entonces encontrar algo que valga *aún* menos que uno mismo, que pueda despreciarse de la misma manera en que uno mismo fue despreciado. No basta con recoger este desprecio como se lo encontró, con mantenerlo en el mismo nivel que tuvo antes de que se le alcanzase. Lo que se necesita es un proceso dinámico de *rebajamiento:* es preciso tratar algo de manera que valga cada vez menos, como la unidad monetaria durante la inflación, y este proceso debe continuarse hasta que el objeto haya llegado a un estado de completa ausencia de valor. Entonces se le puede arrojar como al papel o desecharlo como a un pliego de impresión defectuosa.

Como objeto para esta tendencia Hitler encontró durante la inflación alemana a los judíos. Le venían como mandados a hacer de medida: su antigua vinculación con el dinero, para cuyos movimientos y fluctuaciones de valor tenían algo así como una tradicional comprensión; su habilidad en actividades especulativas;, su afluencia a las bolsas de comercio donde su manera se distinguía muy crudamente del ideal de conducta militar de los alemanes, todo eso los debía hacer aparecer, en una época llena de sospechas y caracterizada por la inestabilidad y hostilidad del dinero, particularmente dudosos y hostiles. El judío era individualmente «malo»: estaba bien con el dinero, cuando ya nadie sabía a qué atenerse con respecto a él y especialmente cuando ya nadie quería tener nada que ver con el dinero. Si en la inflación se hubiese tratado de procesos de devaluación en el alemán como *individuo,* habría bastado con despertar el odio contra determinados judíos. Pero no era así, también los alemanes en cuanto *masa* se sentían humillados en el descrédito de sus millones. Hitler, que tenía una clara visión al respecto, orientó su actividad contra los judíos como un todo.

En el tratamiento de los judíos el nacionalsocialismo repitió lo más exactamente posible el proceso de la inflación. Primero se los atacó como malos y peligrosos, como enemigos; luego se los desvalorizó más y más; puesto que no alcanzaban, se los coleccionaba en los países conquistados; al final eran considerados literalmente como *bichos* a los que podía exterminarse por millones. Aún hoy se encuentra uno estupefacto de que los alemanes hayan ido tan lejos, de que hayan realizado, tolerado o ignorado un crimen de tales proporciones. Difícilmente habrían podido llegar tan lejos, si no hubiesen vivido pocos años antes una inflación durante la cual el marco se hundió hasta una billonésima parte de su valor. Es esta inflación como fenómeno de masa la que descargaron sobre los judíos.

LA ESENCIA DEL SISTEMA PARLAMENTARIO

El *sistema de dos partidos* del parlamento moderno utiliza la estructura psicológica de los ejércitos combatientes. En la guerra civil estaban realmente presentes, aunque a disgusto. No se mata con agrado a la propia gente, siempre existe un sentimiento de tribu que se opone a las guerras civiles y por lo común las lleva a término en pocos años o más aprisa. Pero los dos partidos que existen deben seguir midiéndose. Luchan renunciando a los muertos. Se supone que el número mayor vencería en un choque cruento. La preocupación capital de todos los generales es la de ser más fuerte, tener más gente a mano que el contrario en el momento y lugar del choque real. El general que triunfa es aquel que logra, en lo posible en muchas localidades importantes, tener la supremacía aunque en conjunto sea el más débil.

En una votación parlamentaria no se tiene otra cosa que hacer que averiguar la fuerza de ambos grupos en el lugar mismo. No basta con que se las conozca desde un comienzo. Un partido puede tener 360 delegados y el otro 240: la *votación* sigue siendo decisiva en todo instante en el que uno se *mide* realmente. Es el resultado del choque cruento que actúa de múltiples maneras, con amenazas, injurias, irritación física, que puede conducir a golpes o lanzamientos.

Pero el recuento de los votos es el fin de la batalla. Se supone que 360 hombres habrían triunfado sobre 240. La masa de muertos queda fuera del juego. Dentro del parlamento no debe haber muertos. Esta intención la expresa del modo más claro la inmunidad del parlamentario, que lo es en un doble aspecto: fuera, frente al gobierno y sus órganos; dentro, entre sus iguales (a este segundo punto se le concede demasiado poco peso).

Nadie creyó jamás, realmente, que la opinión de la mayoría en una votación sea asimismo por su mayor peso la más sensata. Voluntad se opone a voluntad, como en una guerra; a cada uña de estas

voluntades pertenece la convicción del mayor derecho propio y de la propia razón; es una convicción fácil de encontrar, se encuentra por sí misma. El sentido de un partido consiste justamente en eso, en mantener despiertas esta voluntad y esta convicción. El adversario, que queda en minoría, de ningún modo se somete porque de repente ya no cree en su derecho; sino simplemente se da por vencido. Le resulta fácil darse por vencido, pues nada le sucede. De ninguna manera es castigado por su anterior actitud hostil. Si se tratase de poner su vida en juego reaccionaría de forma muy distinta. Pero cuenta con futuras batallas. Su número no tiene límite fijado y no es muerto en batalla alguna.

La *igualdad* de losparlamentarios, precisamente aquello que los hace masa, consiste en su inmunidad. Ahí no existe diferencia entre los partidos. El sistema parlamentario funciona mientras se mantenga esta inmunidad. Se desmorona apenas ocupe un puesto alguien que se permita contar con la muerte de cualesquiera miembros de la corporación. Nada es más peligroso que el ver muertos entre estos vivos. Una guerra es una guerra porque incluye muertos en el resultado. Un parlamento sólo es un parlamento mientras excluya muertos.

El instintivo apartamiento de sus propios muertos, por ejemplo del parlamento inglés, incluso de aquellos que han muerto de manera pacífica y fuera del parlamento, se manifiesta en el sistema de la *elección complementaria*. El sucesor del difunto no está predeterminado. Nadie va y ocupa automáticamente el lugar del fallecido. Nuevos candidatos se presentan. Se conduce de nuevo la lucha electoral en todas sus formas regulares. Para el muerto no hay ningún tipo de puesto en el parlamento. No tiene derecho de disponer aquí de su herencia. Ningún parlamentario que esté a punto de morir puede saber con certeza quién llegará a ser su sucesor. La muerte, con todas sus peligrosas repercusiones, está eficazmente excluida del parlamento inglés.

Contra esta concepción del sistema parlamentario podría intentarse la objeción de que todos los parlamentos continentales están formados por muchos partidos que tienen el tamaño más dispar; que éstos sólo a veces se aglomeran en dos grupos en pugna. En el sentido de la votación este hecho no cambia nada. Es siempre y en todas partes el momento esencial. Determina lo que ha de suceder, y siempre depende de *dos cifras,* de las que la mayor obliga a todos los que participan en la votación. Con la inmunidad del parlamentario vive y muere el parlamento de cualquier país.

La *elección* del delegado está emparentada en principio con los sucesos en el parlamento. Se considera ser el mejor de los candidatos, el vencedor, aquel que se muestra como el más fuerte. El más fuerte es aquel que obtiene mayoría de votos. Si los 17.562 hombres que le apoyan se formaran como ejército cerrado contra los 13.204 que siguen a su adversario, deberían conquistar la victoria. Tampoco aquí ha de llegar a haber muertos. Con todo eso la inmunidad de los *electores* no es tan importante como la de las *papeletas de voto* que entregan y que contienen el nombre de su elección. Es permitido influenciar a los electores por casi todos los medios, hasta el momento en que se comprometen definitivamente con el nombre de su elección, en que lo escriben o marcan. El candidato opositor es escarnecido y entregado al odio general de todas las maneras posibles. El elector puede parecer que no se decide en muchas batallas electorales; sus cambiantes destinos tienen para él, si está orientado políticamente, el mayor encanto. Pero el instante en que vota realmente es casi sagrado; sagradas son las urnas selladas que contienen las papeletas de voto; sagrado el proceso del recuento.

Lo solemne de todos estos quehaceres proviene de la renuncia a la muerte como instrumento de decisión. Con cada una de las papeletas, la muerte, por decirlo así, se descarta. Pero lo que ella habría logrado, la fuerza del opositor, es concienzudamente

consignado en un número. Quien juega con estos números, quien los borronea, quien los falsifica, vuelve a hacerle lugar a la muerte y no lo advierte. Los entusiastas amantes de la guerra, que de buena gana se burlan de las papeletas de voto, sólo confiesan con ello sus propias sanguinarias intenciones. Las papeletas de voto como los tratados son para ellos meros jirones de papel. El que no estén empapados de sangre les parece despreciable; para ellos sólo valen las decisiones por la sangre.

El diputado es un elector concentrado; en los raros momentos en que, en el diputado, existen los electores como tales, ambos están hacinados estrechamente. Él existe para votar *con frecuencia*. Pero también el número de hombres dentro del que vota el delegado es mucho menor. Su intensidad y su ejercicio deben sustituir en cuanto a excitación lo que los electores reciben dado su gran número.

REPARTO Y MULTIPLICACIÓN. SOCIALISMO Y PRODUCCIÓN

El problema de la *justicia* es tan antiguo como el del *reparto*. En cualquier lugar en el que un grupo de hombres hubieran salido de caza juntos, se llegaba por fin a un reparto. En la muta habían actuado como uno, en el reparto debían separarse. Entre los hombres jamás se desarrolló un estómago común que posibilitara a una mayoría de ellos comer como una criatura única. En la comunión han conformado un rito que es el que más se aproximaba a la idea de un estómago común. Fue como acercarse —insuficientemente, pero acercarse al fin— a un estado de cosas ideal del que sentían necesidad. Lo *aislado* de la incorporación es una raíz de aquel espantoso temor del poder. Quien come solo y a escondidas, únicamente para sí, ese debe matar solo y para sí. Quien mata junto con otros, también debe compartir su presa con otros.

Con el reconocimiento de este reparto comienza la justicia. Su reglamentación es la primera ley. Hasta el día de hoy es la ley más importante y como tal el objetivo específico de todos los movimientos a los que les importa, en definitiva, la colectividad de la actividad y de la existencia humanas. La justicia exige que cada cual tenga qué comer. Pero asimismo espera que cada cual aporte su parte para la obtención de este alimento.

La aplastante mayoría de los hombres está ocupada en la producción de bienes de toda especie. En el reparto algo anduvo mal. Tal es el contenido del socialismo reducido a su fórmula más simple.

Pero, comoquiera que se piense acerca del modo de repartir los bienes en nuestro mundo moderno, tanto los seguidores como los oponentes del socialismo están de acuerdo en el requisito previo para la solución de tal problema. Este requisito previo es la *producción.* En ambos bandos del ideológico conflicto que ha partido la tierra en dos mitades, hoy de parecida potencia, se estimula la producción por todos los medios. Prodúzcase para vender, o prodúzcase para repartir, el proceso de producción en sí no sólo no es discutido por ninguno de los dos lados, sino *venerado,* y no se exagera si se afirma que, a ojos de la mayoría, hoy tiene algo de sacro.

Habrá entonces que preguntarse de dónde viene esta veneración. Podría suponerse posible reconocer un momento de la historia de la humanidad en que se inicia la sanción de la producción. Un poco de reflexión muestra que tal momento no existe. La sanción de la producción se remonta a tan lejos que cualquier intento de fijarlo históricamente es insuficiente.

La *hibris* de la producción se remonta a la *muta de multiplicación.* Puede que se ignore esta relación porque ya no son mutas las que se consagran prácticamente a la multiplicación. Se han convertido en masas enormes que en todos los centros de la civilización crecen todavía a diario. Pero si se considera que no es posible preverle

término a este crecimiento, que cada vez más hombres producen cada vez más bienes, que entre estos bienes también se encuentran seres vivos, animales y vegetales, que los métodos para la generación de bienes animados e inanimados casi no se diferencian ya, habrá de admitirse que la muta de multiplicación fue la formación más rica y exitosa que la humanidad haya producido. Las ceremonias que habían puesto su meta en la multiplicación, se convirtieron en máquinas y procesos técnicos. Cada fábrica es una unidad que sirve al mismo culto. Lo nuevo reside en la aceleración del procedimiento. Lo que antes era una generación e intensificación de *espera* de lluvia, de trigo, de la aproximación de manadas de animales que se cazaba, del crecimiento de otros a los que se mantenía amansados, todo ello hoy se ha convertido en generación inmediata. Se aprietan unos cuantos botones, se conmutan algunas palancas, y se obtiene lo que se quiere, en la forma que se desea, en pocas horas o incluso menos.

Es digno de ser notado que la estricta y exclusiva relación entre proletariado y producción, que desde hace más o menos cien años tanto prestigio ha ganado, reestablece de un modo particularmente claro la vieja idea que sirvió de base a la muta de multiplicación. Proletarios son los que aumentan más de prisa y realizan este crecimiento de dos maneras. Por un lado tienen más hijos que otra gente; sólo por su descendencia tienen ya algo de masivo. Sin embargo, su número aumenta también de otra manera: debido a la afluencia cada vez mayor de un número de hombres de los campos hacia los lugares de producción. Pero exactamente el mismo doble sentido del aumento, como se recordará, era característico de la primitiva muta de multiplicación. Para sus fiestas y ceremonias confluía gente, y así, como un todo, se entregaban a quehaceres que habían de conseguirles una rica descendencia.

Cuando fue erigido y hecho efectivo el concepto de un proletariado despojado de sus derechos, se le dejó el pleno optimismo del

aumento. En ningún momento se sopesó la posibilidad de que redujeran su número, ya que les iba mal. Se confiaba en la producción. Debido al aumento de esta producción debía de haber también más proletarios. La producción a que ellos atendían había de servirles a ellos mismos. Proletarios y producción habían de crecer unos a partir de la otra. Es, sin embargo, ésta exactamente la misma inseparable relación propia de la actividad de las primitivas mutas de multiplicación. Uno mismo quiere hacerse más, y así también ha de hacerse más todo aquello de lo que se vive. Lo uno no es separable de lo otro, está tan estrechamente ligado que a menudo no es claro *qué* es lo que ha de crecer.

Se ha mostrado que el hombre, identificándose con ciertos animales que siempre viven juntos en gran número, ganó un sentimiento exacerbado de la multiplicación. Podría decirse que la idea la *aprendió* de estos animales. Tenía ante sus ojos peces e insectos por bandadas, enormes manadas de ungulados cuando, en sus danzas, representaba a estos animales tan bien que se convertía en ellos, que se sentía igual a ellos si lograba fijar en sus tótems estas determinadas metamorfosis para transmitirlas a sus descendientes como tradición sagrada; con ello, entonces, transmitía también una intención de multiplicación que sobrepasaba ampliamente a la del hombre mismo.

Exactamente esta relación la tiene hoy el hombre moderno con respecto a la «producción». Las máquinas pueden producir más de lo que cualquiera pudo soñar. Toda multiplicación ha crecido así enormemente. Pero como por lo común se trata de objetos y en menor grado de criaturas, se acrecienta el número de aquellos por el aumento de necesidades de éstas. Cada vez hay más cosas para las que se ve alguna utilidad; ensayándolas se generan nuevas necesidades. Es este aspecto de la producción, la irrefrenada multiplicación como tal, en todas direcciones, la que en los países «capitalistas» salta más a la vista. En los países que dan especial

importancia al «proletariado» —donde se impiden las grandes acumulaciones de capital en manos de seres individuales— los problemas de la común *distribución* son teóricamente equivalentes a los de la *multiplicación*.

LA AUTODESTRUCCIÓN DE LOS XOSAS

Un amanecer de mayo en 1856 una muchacha *xosa* fue a un riachuelo, que pasaba muy cerca de su hogar, a buscar agua. A su vuelta contó que había visto unos extraños hombres junto al río, muy distintos de los que encontraba de ordinario. Su tío, llamado Umhlakaza, fue a ver a los forasteros y los encontró en el lugar señalado. Éstos le dijeron que regresase a su casa y ejecutara determinadas ceremonias; que después sacrificara un buey a los espíritus de los muertos y que al cuarto día volviera a verlos. En su presencia había algo que exigía obediencia y el hombre hizo lo que se le había ordenado. Al cuarto día fue otra vez al río. La extraña gente estaba otra vez allí; con sorpresa reconoció entre ella a su hermano que había muerto hacía muchos años. Supo allí entonces por vez primera quién y qué es lo que eran. Dijeron que como eternos enemigos del hombre blanco habían acudido de campos de matanza más allá del mar para ayudar a los xosas: que por su invencible poder los ingleses serían desalojados del país; que Umhlakaza había de servir como intermediario entre ellos y los jefes, que él recibiría las instrucciones para transmitirlas. Pues, si la ayuda ofrecida era aceptada, habrían de acontecer hechos sorprendentes, más sorprendentes que todos los que jamás hubiesen acontecido; que ante todo debía decirle a la gente que cesase su brujería dirigida contra el prójimo; que matase el ganado más gordo y comiese.

La noticia de esta relación con el mundo de los espíritus se divulgó pronto entre los xosas. Kreli, el jefe supremo de la tribu, saludó el

mensaje con alegría; se dice incluso, sin que se pueda demostrar, que fue él el autor material de todo el plan. Corrió la voz de que por orden de los espíritus debía ser obedecido; que se sacrificara y comiera el mejor ganado. Una parte de la tribu vivía bajo soberanía británica. Sus mensajeros fueron enviados también a los jefes de este sector; se les informaba de lo que había ocurrido y se solicitaba su colaboración. Los clanes-xosa se pusieron todos de inmediato en movimiento. Los jefes de mayor rango comenzaron la matanza del ganado. Sólo uno de ellos, Sandile, hombre cauto, titubeaba aún. El Alto Comisionado inglés hizo comunicar a Kreli que en su territorio podía hacer lo que quería; pero que si no dejaba de instigar a los súbditos británicos a destruir su propiedad sería castigado. Kreli hizo poco caso de la amenaza; estaba convencido de que pronto llegaría el tiempo en que *él* sería quien castigaría.

Las revelaciones que llegan a través de un profeta, aumentan rápidamente de alcance. La muchacha, de pie en medio del río entre un sinnúmero de creyentes, percibía extraños ruidos subterráneos, por debajo de sus pies. Su tío, el profeta, explicó que eran las voces de los espíritus, que aconsejaban sobre los asuntos de los hombres. Ya la primera orden había sido que se debía matar ganado; pero los espíritus eran insaciables. Cada vez se sacrificaba más ganado, nunca era suficiente. El delirio crecía de mes en mes y recogía nuevas víctimas. Después de cierto tiempo cedió también el cauto jefe Sandile. Su hermano le había conminado a ello con fuerza. Con los ojos de su carne había visto a los espíritus de dos difuntos consejeros de su padre y había hablado personalmente con ellos; le pedían que ordenase a Sandile que mate su ganado so pena de sucumbir junto con el hombre blanco.

También la última orden del profeta, pues, había sido impartida. Su ejecución habría de ser el último preparativo de los xosas; luego serían dignos de la ayuda de un ejército de espíritus. Ni un sólo animal debía quedar con vida de todos sus rebaños, todo cereal de

sus graneros tenía que ser destruido. Para los creyentes se delineaba un paradisíaco porvenir. Un día predeterminado hatos de miles y miles de cabezas, más hermosas que todas las que se había tenido que matar, saldrían de la tierra y cubrirían los pastizales por todas partes. Grandes campos de mijo, maduro y listo para el consumo, brotarían en un abrir y cerrar los ojos del suelo. Ese día los antiguos héroes de la tribu, los grandes y sabios del pasado, resucitarían y participarían de las dichas de los creyentes. Desaparecerían la preocupación y la enfermedad así como los achaques de la vejez; la juventud y la hermosura pertenecerían tanto a los muertos resucitados como a los débiles mortales. Además sería terrible el destino de aquellos que se opusieran a la voluntad de los espíritus o descuidaran la ejecución de sus órdenes: el mismo día en que los creyentes recibieran tanta dicha sería para ellos un día de ruina y perdición: el cielo se desplomaría y los trituraría junto con los mestizos y los blancos.

Los misioneros y los agentes del gobierno se esforzaron en vano por poner freno a estos acontecimientos demenciales. Los xosas estaban enloquecidos y no toleraban objeción ni resistencia. Los blancos que se entremezclaban eran amenazados; ya no tenían la vida asegurada. Una fanática fe se había apoderado de todos los xosas; algunos de sus jefes, efectivamente, vieron en ello una buena oportunidad para hacer la guerra. Tenían como objetivo fijo un determinado plan: arrojar a toda la tribu xosa armada, en un estado de inanición extrema, sobre la colonia. Ellos mismos estaban demasiado exaltados para ver los terribles peligros de tal empresa, en contra de cuyo éxito todo parecía conspirar.

Algunos no creían en las predicciones del profeta ni en el éxito de la guerra; no obstante destruyeron todas las reservas de alimento, hasta el último vestigio. Se contaba entre ellos un tío del jefe Kreli. «Es la orden del jefe», dijo; luego, cuando ya no quedaba qué comer, el anciano y su mujer favorita se sentaron en un corral vacío y

murieron. También el supremo consejero de Kreli se opuso al plan, hasta que vio que las palabras eran inútiles. Entonces, con la declaración de que todo lo que tenía pertenecía a su jefe, dio la orden de matar y destruir y huyó como un demente. Es posible que muchos actuaran así contra su íntima convicción. El jefe ordenaba, ellos obedecían.

En los primeros meses del año 1857 reinaba una actividad desacostumbrada en todo el país. Se preparaban grandes corrales para la recepción del ganado que pronto había de llegar en enormes cantidades. Se fabricaron gigantescos recipientes de cuero para acoger la leche, de la que pronto habría tanta como el agua. Algunos ya pasaban hambre durante este trabajo. Al este del río Kei la orden del profeta había sido ejecutada literalmente, pero sin embargo el día de la resurrección se había postergado. En el territorio del jefe Sandile, en donde se había comenzado a ejecutar la orden más tarde, todavía no había llevado a término la matanza. Una parte de la tribu ya pasaba hambre, mientras la otra aún estaba destruyendo sus víveres.

El gobierno hizo todo lo posible para proteger las fronteras. Cada puesto fue reforzado, allí se destacó cada soldado disponible. También los colonos se habían preparado para atajar el choque. Después de haberse preocupado de la defensa se reunieron provisiones para salvar la vida de los hambrientos.

Por fin había llegado el día largamente esperado. Durante toda la noche los xosas habían velado en la mayor excitación. Esperaban ver salir sobre las lomas de oriente dos soles color rojo-sangre; el cielo entonces se desplomaría y aplastaría a sus enemigos. Casi muertos de hambre pasaron la noche en medio de una alegría salvaje. Luego, al fin, como siempre, asomó un solo sol, y el corazón de los xosas desfalleció. No perdieron la esperanza de inmediato, empero; quizá había que esperar el mediodía de este día, cuando el

sol estaría más alto; y como entonces tampoco ocurrió nada, esperaron aún el ocaso. Pero el sol se puso, y todo se terminó.

Los guerreros que habrían debido de arrojarse sobre la colonia, por un error incomprensible no habían sido reunidos. Ahora era demasiado tarde para ello. El intento de postergar el día de la resurrección ya no surtió efecto. La alegre excitación de los xosas se había vuelto la más profunda de las desesperanzas. Como mendigos, no como guerreros, en un estado de total inanición, debieron ponerse en camino hacia la colonia. Por pequeños trozos de los grandes recipientes para la leche que en aquellos días de gran esperanza se había confeccionado con tanto esmero, hermanos lucharon contra hermanos, padres contra hijos. Ancianos, débiles y enfermos eran abandonados a su destino por los más jóvenes. Para comer, se buscaban toda especie de vegetales, incluso las raíces de los árboles. Quienes estaban más próximos al litoral marítimo intentaron subsistir a base de crustáceos, pero como no estaban habituados a este tipo de alimentación sufrieron disentería y perecieron rápidamente. En algunos lugares familias enteras se sentaban juntas, a morir. Más tarde se encontraron con frecuencia, bajo un único árbol, de quince a veinte esqueletos juntos. Padres habían muerto junto con sus niños. Una interminable corriente de criaturas hambrientas se volcó sobre la colonia, la mayoría de las veces hombres y mujeres jóvenes, pero también padres y madres con niños medio muertos sobre la espalda. De cuclillas ante las granjas pedían comida con voces lastimeras.

Durante el año 1857 la población del sector británico del país Xosa descendió de 105.000 a 37.000. Habían perecido 68.000 hombres, aunque la vida de miles había sido salvada gracias a las reservas de cereales que el gobierno había distribuido. En la zona libre, donde no había tales reservas, pereció aún más gente. El poder de la tribu Xosa estaba completamente aniquilado.

No sin intención se ha relatado este suceso con alguna amplitud. Podría abrigarse la sospecha de que fue inventado por alguien que quiere aclarar la sucesión de los eventos en la masa, su desarrollo previsto y su precisión. Pero todo realmente aconteció así en los años cincuenta del siglo pasado, un pasado no tan remoto. Existen informes de testigos oculares sobre el acontecimiento, cualquiera puede consultarlos.

Intentemos extraer algunos puntos esenciales de la historia.

Por un lado, llama la atención cuan *vivos* están los muertos de los xosas. Realmente toman parte en los destinos de los vivientes. Encuentran medios y vías de ponerse en comunicación con ellos. Les prometen un ejército auxiliar. Como ejército, es decir, como *masa de guerreros muertos,* se unirán al ejército de los xosas vivientes. Este esfuerzo se llevará a cabo exactamente como si se hubiera hecho una alianza con otra tribu. Pero esta vez se trata de una alianza con la tribu de los propios muertos.

De pronto, cuando llegue el día prometido, todos serán *iguales*. Los ancianos serán otra vez jóvenes, los enfermos sanos, los angustiados alegres; los muertos se mezclarán entre los vivos. Un comienzo en esta dirección de igualdad general ya se efectúa con la primera orden: han de abandonarse las hechicerías que uno utiliza contra el vecino; la confusión de sus intenciones hostiles es lo que más perturba la unidad y regularidad de la tribu. Aquel gran día entonces, la masa de la tribu, que de por sí es demasiado débil para vencer a los enemigos, improvisamente se verá incrementada por la entera masa de sus muertos.

También la dirección en que se volcará esta masa está prescrita: caerá sobre la colonia de los blancos, a cuyo dominio en parte ya está sometida. Su poder, gracias al refuerzo de los espíritus, será insuperable.

Los espíritus por lo demás tienen los mismos deseos que los vivos; les gusta comer carne, y debido a ello exigen que se les sacrifique ganado. Es de suponer que también saborean los cereales que son destruidos. Al comienzo los sacrificios son todavía aislados; se los puede interpretar como signos de piedad y sumisión. Después, sin embargo, se acrecientan, los muertos lo quieren todo. La tendencia de multiplicación que para su ganado y su grano, se vuelve una tendencia de multiplicación para los muertos. Lo que ahora ha de aumentar es el ganado *matado,* el grano *destruido,* puesto que se trueca en ganado y grano para los muertos. La inclinación dinámica de la masa, de crecer impetuosamente, desconsiderada y ciegamente, sacrificando todo a esta inclinación, una inclinación infaltable en donde se constituye una masa de hombres vivientes, esta inclinación es *transferible.* Los *cazadores* la transfieren a sus *animales de caza,* de los que nunca tienen bastantes y cuya fertilidad procuran fomentar mediante numerosas ceremonias. Los *ganaderos* la transfieren a su *ganado;* harán todo para que sus rebaños crezcan, y dada su habilidad práctica en la crianza realmente los convertirán poco a poco en grandes y vastas manadas. Los *agricultores* transfieren la misma inclinación a los productos de su aplicación de labranza. Su *cereal* se treintuplica o centuplica y el granero en el que lo almacenan, visible y admirado universalmente, es la nítida expresión de que lograron esta súbita multiplicación. Han hecho tanto para ello que este sentimiento de masa transferido a las manadas o al cereal se convierte en algo así como una nueva conciencia de sí mismo, y con frecuencia deben sentirse como si lo hubiesen logrado solos.

Durante esta «autodestrucción» de los xosas, pues, todo lo que en ellos había de tendencias de multiplicación de hombres, ganado y cereales se transfirió a su idea de los *muertos.* Para vengarse de los blancos, que los despojaban cada vez más de su país, para hacerles la guerra con visos de éxito, tras todas las guerras que ya habían perdido, necesitaban una cosa: el levantamiento de sus muertos.

Apenas se hubieran asegurado realmente el apoyo de éstos, una vez que éstos efectivamente se hubieran levantado en inapreciables bandadas, podrían iniciar la guerra. Con ellos también volvería el ganado y el mijo del país de los muertos, mucho más de lo que allá se había enviado, todo lo que desde siempre se había acumulado entre los muertos.

El ganado que se mataba, el grano que se destruía tenía la función de un cristal de masa al que debía agregarse todo el ganado y grano del más allá. En otras épocas, para conseguir el mismo fin se habrían sacrificado, sin duda, también seres humanos. Aquel gran día las praderas estarían colmadas por nuevas enormes manadas y sobre los campos brotaría el mijo maduro y listo para el consumo.

Esta empresa apuntaba, pues, a la reaparición de los muertos, con todo lo que pertenece a la vida. A esta intención prioritaria se sacrificaba todo. Ello era confirmado por los miembros de aquel mundo a los que se *reconocía*. El hermano del profeta, los dos consejeros del viejo, el difunto jefe, eran los avales de un convenio que se celebró con los muertos. Quien se oponía o titubeaba le quitaba a la masa algo que le pertenecía y turbaba así su unidad. Por eso mejor se lo colocaba de inmediato entre los enemigos; junto con estos perecería.

Contemplando el catastrófico resultado del suceso, el hecho de que el solemne día prometido no ocurriese nada, que no apareciesen ni campos de mijo, ni rebaños, ni ejércitos de muertos, muy bien podría decirse desde el punto de vista del credo de los xosas que habían sido burlados por sus muertos. Éstos no habían tomado en serio el convenio, nada les interesaba un triunfo sobre los blancos, sino meramente aumentar ellos mismos. Mediante arteras simulaciones se habían primero apropiado del ganado y de los cereales de los vivientes; luego, los hombres muertos de inanición habían seguido uno tras otro. La victoria la habían conquistado

pues, y a pesar de todo, los muertos —si bien se trató de otra victoria y de otra guerra. Al final los muertos quedaron como *la mayor de las masas.*

Pero de especial significación en el comportamiento de los xosas se nos aparece también la *orden.* Tiene algo de autónomo y como acto vale independientemente, por sí misma. Los muertos que la imparten necesitan un intermediario para su transmisión. Reconocen así la jerarquía terrestre. El profeta ha de dirigirse a los jefes y mover estos a la recepción de las órdenes espirituales. En el momento en que Kreli, el jefe supremo, se ha declarado favorable al plan de los espíritus, la orden sigue su curso normal. Se envían mensajeros a todos los clanes xosa, también a los que están bajo la «falsa» soberanía de los ingleses. Incluso los incrédulos, que se defienden durante largo tiempo contra la ejecución del plan, entre ellos el tío de Kreli y su supremo consejero, terminan por acatar la «orden» del jefe y dejan expresa constancia de ello como único motivo de sumisión.

Todo se vuelve más extraño, sin embargo, cuando tomamos en consideración el *contenido* de la orden. Se trata esencialmente de *sacrificar* el ganado, por lo tanto de *matar.* Cuanto más enfáticamente se repite esta orden, tanto más envolvente y masiva es su aplicación, tanto más la orden anticipa la guerra misma. En base a la orden, el ganado reemplaza, si así se pudiese decir, a los *enemigos.* Los reemplaza a ellos y a su ganado, como los cereales, que son destruidos en vez de sus cereales. La guerra comienza en el país propio, como si ya se estuviese en el país enemigo; la orden, sin embargo, vuelve a su origen, cuando aún era *sentencia de muerte,* la instintiva sentencia de muerte de una especie contra otra.

Sobre todos los animales que el hombre mantiene cautivos, pende su sentencia de muerte. Si bien la sentencia está —con frecuencia durante largo tiempo— *suspendida,* nadie es indultado. Así el hombre

transfiere impunemente su propia muerte, de la que es perfectamente consciente, a sus animales. El lapso de vida que les concede tiene algo del suyo propio; sólo que en el caso de ellos es *él* quien vigila cuándo ha llegado a su fin. La muerte de sus animales le es más soportable cuando posee muchos y saca sólo unos pocos de la manada para sacrificarlos. Sus dos metas, la multiplicación de sus manadas y la necesaria muerte de los animales aislados pueden muy bien reunirse. De este modo como pastor es más poderoso que cualquier cazador. Sus animales están todos juntos y no huyen. La duración de su vida está en sus manos. Él no depende de la oportunidad que le ofrecen los animales, no tiene por qué matarlos en el acto. La *violencia* del cazador se transforma en el *poder* del pastor.

La orden, pues, que es impartida a los xosas, es orden en esencia íntima: la ejecución de la sentencia de muerte sobre sus animales ha de preceder a la matanza de sus enemigos, como si en el fondo ambos fueran lo mismo; de hecho, lo son.

Da que pensar que esta orden de matar emane de los mismos muertos, como si ellos detentaran la suprema autoridad al respecto. En última instancia hacen transferir todo a su más allá. Entre ellos se encuentran todos los que en el pasado impartieron órdenes, generaciones de jefes. Su prestigio reunido es grande; sin duda también sería grande si ellos, no como muertos, de pronto se hallaran entre los hombres. Pero uno no puede evitar la impresión de que su poder se acrecentó aún por la muerte. El hecho de que puedan hacerse sentir a través del profeta, de que se aparezcan y le hablen, les confiere un poder mayor que el poseído en vida, un prestigio sobrenatural; así han evitado la muerte y siguen impresionantemente *activos*. El *eludir* la muerte, el deseo de *esquivarla,* pertenece a las más antiguas y tenaces tendencias de todos los detentadores del poder. En este contexto es significativo añadir que el jefe Kreli sobrevivió muchos años a la muerte de su pueblo por inanición.

LAS ENTRAÑAS DEL PODER

ASIR E INCORPORAR

La psicología del asir e incorporar —como la del comer, en general— está aun enteramente sin investigar; todo nos parece extremadamente obvio al respecto. Empero hay en ello muchos hechos de naturaleza enigmática, sobre los que jamás reflexionamos. Nada más antiguo hay en nosotros. Aun el compartir gran parte de estos hechos con los animales, no significa, hasta hoy, nada sorprendente para nosotros.

Una criatura se acerca a otra, por la que siente hostilidad, en diferentes actos, cada uno de los cuales tiene su determinada significación tradicional. Está, por un lado, el acecho de la presa: se la acecha mucho antes de que perciba nuestros objetivos. Con un sentimiento de aprobación y de extremada satisfacción se la contempla, se la observa y vigila; se la ve como carne, aunque aún vive; tan intensa e irrevocablemente se la ve como carne que nada podría nunca disuadirnos de atraparla. Durante todo este tiempo en el que rondamos en torno a ella, sentimos ya hasta dónde nos pertenece; a partir del momento en que la seleccionamos como presa, en la imaginación ya nos la incorporamos.

El acechar es un estado tan peculiar de tensión que, independientemente de todo, puede adquirir significación de por sí. Se lo prolonga; más tarde se lo provoca como estado autónomo, independiente de la presa que promete. No sin riesgo el hombre yace en acecho y se entrega a la persecución. Todo lo que le impulsa activamente en esa dirección lo experimenta de modo pasivo en sí mismo; pero intensificado, pues su mayor inteligencia le proporciona más peligros y por consiguiente mayores tormentos.

No siempre el hombre es lo suficientemente fuerte para alcanzar directamente su presa. La persecución, de por sí hábil y apropiada, le condujo a las más complicadas trampas. A menudo el hombre hace uso de la transformación, que es su principal talento, y se disfraza como el animal que persigue. Es capaz de hacerlo tan bien que aquel le cree. Esta manera de acechar puede designarse como halago. Uno le dice al animal: «Soy idéntico a ti, soy tú mismo. Puedes dejarme estar en tu cercanía».

Después de acercarse reptando y de saltar —hechos tratados en otro contexto— se verifica el primer contacto. Quizá sea esto lo que más se teme. Los dedos palpan lo que muy pronto pertenecerá por entero al cuerpo. El aferrar a través de los otros sentidos, el ver, el oír, el oler, es mucho menos peligroso: aún deja espacio entre uno y su víctima; mientras subsista ese espacio subsiste una oportunidad de escapar y todo es impreciso. El palpar, en cambio, es precursor del gustar. La bruja del cuento hace que se le tienda un dedo para sentir si la víctima está suficientemente gorda.

Las intenciones de un cuerpo hacia otro, a partir del instante del contacto, se vuelven concretas. Ya en las formas de vida inferiores ese momento tiene algo de decisivo. Contiene los terrores más antiguos; soñamos con él; lo versificamos o lo intensificamos, nuestra vida civilizada no es otra cosa sino un único esfuerzo por evitarlo. El resistir o abandonar depende a partir de este instante de la relación de poder entre lo tocante y lo tocado; pero más aún que dé la relación de poder real, depende de la imagen que el tocado se hace de ella. La mayor parte de las veces buscará aún defender su piel; y sólo dejará de emprender una acción contra un poder que le parezca aplastante. El contacto definitivo, el contacto al que uno se resigna porque toda resistencia y, sobre todo, toda resistencia futura parece no tener salida, ha llegado a ser en nuestra vida social la detención. Basta sentir sobre el hombro la mano del que tiene potestad para el arresto: por lo común uno se rinde, aún antes de

llegar a ser propiamente asido. Uno se doblega, se deja llevar; uno se comporta controladamente; y no obstante muy raramente se puede mirar con calma y confianza lo que depara el futuro en tales casos.

El próximo grado de acercamiento es el asir. Los dedos de la mano forman una concavidad en la que intentan apresar parte del ser tocado. Lo hacen sin preocupación por la estructura, la articulación orgánica de la presa. Si en esta fase la lastiman o no, a decir verdad es indiferente. Pero algo de su cuerpo debe de entrar en ese espacio, convirtiéndose así en prenda. El espacio dentro de la mano crispada es la antesala del hocico y del estómago, por el que la presa será definitivamente incorporada. En muchos animales, en Vez de la garra o de la mano es sin más el hocico armado el que se encarga de aferrar. Entre los hombres, la mano que ya no suelta se convierte en el símbolo propiamente dicho del poder. «Lo puso en sus manos.» «Estaba en su mano.» «Está en la mano de Dios» Expresiones similares son frecuentes y familiares en todas las lenguas.

Lo verdaderamente importante en el proceso de asir es la presión que ejerce la mano humana. Los dedos se contraen en torno a lo asido; la concavidad, en que se lo ha presionado, se restringe. Se le quiere sentir con toda la superficie interior de la mano, se le quiere sentir con la mayor intensidad. El primer contacto fue leve y cauteloso; luego se intensifica y se concentra, hasta que se tiene el trozo de presa tan intensamente oprimido como se puede. Este tipo de presión adquiere un rango superior al del laceramiento por medio de las garras. En los antiguos cultos la laceración era todavía practicada; pero se la consideraba bestial; era un juego de animales. Para un verdadero caso de emergencia se ha transferido desde hace mucho tiempo a los dientes.

La presión puede acrecentarse hasta aplastar. Cuanto más peligrosa es la presa, tanto mayor la presión, que puede llegar a aplastar. Si se ha tenido que sostener una dura lucha con ella, si la presa constituye

una seria amenaza, si provoca la furia o, peor, si hiere, se lo hará sentir y se apretará más fuertemente de lo que sería necesario para la propia seguridad.

Pero más que la peligrosidad y la furia, hay un desprecio que invita a aplastar. Algo muy pequeño, qué casi no cuenta, un insecto, es aplastado, porque si no, uno no sabría qué es lo que ha sucedido con él. No hay mano capaz de formar una concavidad lo bastante estrecha para eso. Pero aparte del hecho de que uno quiere librarse de una nimiedad y asimismo saber que uno se ha librado realmente de ella, este comportamiento para con una mosca o una pulga delata el desprecio por seres enteramente inermes, que viven en un orden de magnitud y poder muy distinto al nuestro, con los que nada tenemos en común, en los que nunca nos transformamos, a los que nunca tememos, a no ser qué de pronto se presenten en masa. La destrucción de estas minúsculas criaturas es el único acto que permanece completamente impune también dentro de nosotros. Su sangre nunca cae sobre nuestra cabeza, ni recuerda a la nuestra. No miramos su mirada que se quiebra. No las comemos. Nunca han sido integradas, al menos entre nosotros y en Occidente, en el creciente, aunque no muy efectivo, reino de la humanidad. Están, en una palabra, fuera de la ley, entregadas a quienquiera que desee abatirlas, libres como pájaros; libres al arbitrio como pulgas y moscas, sería más acertado decir. Si yo le digo a alguien: «Te aplasto meramente con la mano», expreso con ello el mayor desprecio imaginable; digo más o menos: «Eres un insecto. Nada me significas. Puedo hacer contigo lo que quiera, y tampoco entonces me significas nada. A nadie significas nada. Se te puede exterminar impunemente. Nadie lo notaría. Nadie lo recordaría. Yo tampoco».

El supremo grado de destrucción por presión, la trituración, ya no le es posible a la mano; es demasiado blanda para eso. La trituración presupone una superioridad mecánica muy grande, dos superficies duras, una arriba y otra abajo, entre las que se tritura. Los dientes

realizan aquí lo que no les es posible a las manos. Por lo común ya no se piensa en algo viviente cuando se habla de trituración; el proceso como tal ha avanzado demasiado hacia lo inorgánico. Lo más probable es vincular la palabra con una catástrofe natural; grandes rocas que se han desprendido pueden triturar criaturas mucho más pequeñas. Traspuesta la expresión, es cierto que se la aplica, pero no se la toma muy en serio. Procura la imagen de un poder que destruye, que pertenece a las herramientas del hombre pero no auténticamente al hombre mismo. Hay algo objetivo en la trituración; el cuerpo solo, como exterioridad, no es capaz de ella y renuncia a ella. Lo más fuerte de que es capaz es la empuñadura «de acero».

Es curioso el gran respeto del que goza el agarrar. Las funciones de la mano son tan múltiples que uno no puede extrañarse de los variados giros lingüísticos que se vinculan con ella. En realidad su nimbo propiamente dicho lo extrae del gesto de agarrar, acto central y el más celebrado del poder. «Sobrecogido», palabra que difícilmente podría encontrar superlativo, es quizás el testimonio más impresionante de ello. Expresa la condición de estar enteramente encerrado por una fuerza sobre la que no se tiene influencia. El «sobrecogido» está agarrado por una mano gigantesca, aprisionado en ella, sin poder hacer nada para defenderse de ella, cuyas intenciones no puede conocer.

Es natural encontrar el acto decisivo del poder allí donde desde siempre es más notorio, tanto entre los animales como entre los hombres: precisamente en el agarrar. El supersticioso prestigio que entre los hombres gozan los animales de presa felinos, tanto el tigre como el león, descansa en ello. Ellos son los grandes agarradores; se encargan sólo de agarrar. El acecho, el salto, el hundir las zarpas, el lacerar, en ellos todo está reunido en un punto. El ímpetu de este obrar, su implacabilidad, la seguridad con que es ejecutado, la in-dudable superioridad del ejecutante, el hecho de que todo, lo más

variado, puede convertirse en presa: todo contribuye a su violento prestigio. Desde cualquier punto de vista, en ellos se manifiesta el poder en su máxima concentración. En esta forma han dejado una impresión imborrable en el hombre; todos los reyes de buen grado habrían sido leones. Era el mismo acto de agarrar el que admiraban y elogiaban, su éxito. Por doquier se calificó de valentía y grandeza lo que se basaba en una fuerza ampliamente superior.

El león no se tiene que transformar para alcanzar a su presa; la alcanza él mismo como león. Antes de moverse se da a conocer por su rugido; él, el único, puede delatar su intención anunciándola en alta voz y de modo audible a toda criatura. Hay en ello una inalterable obstinación que jamás cambia, y sólo por eso aumenta el terror que infunde. El poder en su esencia y en su culminación desprecia las transformaciones. Se basta a sí mismo; se quiere sólo a sí. Es en esta forma que le pareció admirable al hombre; absoluto e irresponsable, no obra en favor de nada ni de nadie. Su mayor brillo lo encuentra cuando se presenta en esta forma; y hasta hoy nada puede impedirle volver a aparecer siempre de esta forma.

Mas hay un segundo acto del poder, no tan brillante pero no por ello menos esencial. La grandiosa impresión de agarrar hace a veces olvidar una acción paralela y no menos importante: el no dejarse agarrar.

Todo espacio libre que crea el poderoso en su torno, sirve a esta segunda tendencia. Todo poderoso, aun el más pequeño, busca evitar que se le aproximen demasiado. Dondequiera que haya una forma de convivencia entre hombres, ésta se expresa en distancias que disminuyen este incesante terror de ser asidos y agarrados. La simetría, tan llamativa en ciertas civilizaciones antiguas, deriva asimismo de la distancia uniforme que el hombre crea alrededor de sí. La seguridad en estas civilizaciones es una seguridad de distancias y así se expresa también plásticamente. El poderoso, de cuya

existencia depende la de los demás goza de la mayor, de la más nítida de las distancias; en ello, no sólo por su brillo, él es el sol o, más ampliamente, como entre los chinos, el cielo. El acceso a él se hace dificultoso; se construyen en su torno palacios cada vez con más salones. Cada portal, cada puerta está bajo estricta vigilancia; es imposible entrar contra su voluntad. Él, desde su distante seguridad, puede hacer agarrar a cualquiera, dondequiera que se halle. Pero ¿cómo agarrarlo a él, al cien veces apartado?

La *incorporación* de la presa comienza por la boca. Hacia ella conducía originariamente el camino de todo comestible, de la mano a la boca. En muchas criaturas que no tienen brazos para agarrar, el agarrar está a cargo de la boca misma, de los dientes, o de un pico antepuesto a ella.

El instrumento más notorio del poder, que el hombre como muchísimos animales lleva consigo, son los dientes. La hilera en que están dispuestos, su brillante lisura, no pueden compararse con ninguna otra parte activa del cuerpo. Se les podría designar como el primer ordenamiento, un ordenamiento que exige formalmente ser reconocido en general; un ordenamiento que actúa como amenaza hacia afuera, no siempre de manera visible pero sí cuando se abre la boca, y ello sucede a menudo. El material de los dientes es diferente al de las demás partes evidentes del cuerpo; sería igualmente impresionante aunque uno tuviera sólo dos dientes. Son lisos, son duros, no ceden; se les puede comprimir sin que cambien de volumen; obran como piedras engastadas y pulidas con esmero.

Ya muy temprano el hombre utilizó todas las piedras posibles para fabricarse armas y útiles, pero tardó mucho hasta que supo pulimentarlas hasta darles la lisura de los dientes. Es probable que para mejorar la constitución de sus útiles, los dientes le sirvieran de modelo. Los dientes de muchos grandes animales le fueron útiles desde siempre. Puede que se haya hecho con ellos poniendo en

peligro su vida; y algo del poder del animal que con ellos lo amenazaba debía parecerle estar aún contenido en ellos. Se los colgaba como trofeos y amuletos; que pasasen a otros el terror que él mismo había sentido ante ellos. Portaba con orgullo en su cuerpo las cicatrices que le habían sido infligidas por dientes; las consideraba signos de honor y eran tan codiciadas que más tarde se las provocaba artificialmente.

Así de rico y múltiple es el efecto de los dientes sobre el hombre, tanto los de los animales más fuertes como los suyos propios. Por su carácter, se situaban, se sitúan, a mitad de camino entre el miembro natural del cuerpo y la herramienta; el hecho de que se caigan o que puedan ser extraídos los aproximaba a la herramienta aún más.

Las propiedades manifiestas de los dientes, el ser lisos y estar ordenados, pasaron a la esencia del poder en general. Son inseparables de él y es lo primero que puede establecerse en toda forma de poder. Los útiles primitivos ya lo mostraron; pero con el crecimiento del poder también crecieron éstas, sus tempranas propiedades. El paso de la piedra al metal fue quizás el mayor salto en esta dirección de creciente tersura. Por bien pulida que estuviese la piedra, la espada, primero de bronce y luego de hierro, era aún más lisa. Lo propiamente atractivo y seductor del metal es que sea más liso que cualquier otra cosa. En las máquinas y en los vehículos de nuestro mundo moderno esta tersura se acrecentó hasta convertirse en una tersura de funcionamiento. El habla expresa el estado de cosas del modo más sencillo; se dice que algo funciona de modo «liso». Con ello uno se refiere a que un suceso, del tipo que sea, está perfectamente controlado, que se realiza sin estorbo. La preferencia por lo pulido en la vida moderna se ha extendido a terrenos en los que antes se lo evitaba. Las casas e instalaciones estaban frecuentemente adornadas como el cuerpo y los miembros del hombre. El adorno ha cambiado pero siempre existió; se perseveraba en él con terquedad, incluso cuando su significado

simbólico ya se había perdido. Hoy lo liso ha conquistado también las casas, sus muros, sus paredes, los objetos que se colocan en ellas; ornamentos y adornos son despreciados y se los considera signo de mal gusto. Se habla de la función de la claridad y de la utilidad, pero lo que en la realidad ha triunfado es lo liso y el secreto prestigio de poder que le es inherente.

El ejemplo de la nueva arquitectura pone ya de manifiesto lo difícil que sería separar aquí lo liso del ordenamiento. Su historia conjunta es vieja, tan vieja como los dientes. La igualdad de toda una hilera de incisivos, las limpias distancias a que están situados, fueron ejemplares para muchos ordenamientos. Grupos regulados de toda especie, que nos son hoy evidentes, pueden originariamente derivar de ello. La disposición de las divisiones de tropas impuesta artificialmente por el hombre mismo, está mitológicamente vincula-da con los dientes. Los soldados de Cadmos brotaron del suelo en que se habían plantado dientes de dragón.

Por cierto el hombre halló otros ordenamientos ya en la naturaleza, el de las hierbas, por ejemplo, y el más duro de los árboles. Pero no los encontró, como los dientes, en sí mismo; no estaban tan inmediata y constantemente conexos con su absorción de alimentos ni eran tan maniobrables. Es su actividad como órganos para morder lo que remitió al hombre con tanto énfasis a su ordenamiento. Es la caída de varios de ellos y sus dolorosas consecuencias, las que le hicieron tomar conciencia del significado de este ordenamiento.

Los dientes son los guardas armados de la *boca*. Este espacio de veras estrecho es la imagen primigenia de todas las *cárceles*. Lo que llega a penetrar allí está perdido; mucho ingresa todavía vivo. Gran número de animales matan a su presa en el hocico, algunos la tragan viva. La prontitud con que el hocico o la boca se abren, si no están abiertos ya durante el acecho, el modo definitivo con que una vez cerrados

permanecen clausurados recuerda las propiedades temidas de la cárcel. No sería equivocado suponer que realmente hubo una oscura influencia de las fauces sobre ésta. Seguro que para los hombres primitivos no sólo las ballenas tenían lugar suficiente en sus fauces. En ese hórrido lugar nada podría prosperar, incluso si se llegara a habitarlo. Es árido y no permite la siembra. Cuando casi habían desaparecido las fauces de los monstruos y los dragones, se halló un sustituto simbólico para ello: las cárceles. Al principio, cuando eran todavía cámara de tortura, semejaban fauces hostiles en muchos de sus detalles. El infierno hoy tiene todavía ese aspecto. Las cárceles propiamente dichas se han vuelto por el contrario puritanas: lo liso de los dientes ha conquistado el mundo, los paramentos de las celdas son una única tersura, y el tragaluz es muy pequeño. La libertad, para el prisionero, es todo lo que hay más allá de esos dientes apretados, y en lugar de ellos ahora se yerguen las desnudas paredes de una celda.

La estrecha garganta, por la que toda presa ha de pasar, es para los pocos que pasan aún con vida, el último de todos los horrores.

La fantasía del hombre siempre se ocupó de estas etapas de la incorporación. El hocico rígidamente abierto de las grandes bestias que lo amenazaban lo persiguió hasta en sus sueños y sus mitos. Los viajes de descubrimiento por esas gargantas no le eran menos importantes que los viajes por mar y sin duda no menos peligrosos. No pocos, ya sin esperanza, arrancados aún con vida del hocico de esas bestias, llevaron en su cuerpo las cicatrices de los dientes durante toda su vida.

Aún más largo es el camino que toma la presa por el cuerpo. En este camino es lentamente usufructuada: cualquier cosa de ella que se pueda utilizar le es sustraído. Lo que sobra son desechos y hediondez.

Este proceso, al término de toda conquista animal, es esclarecedor acerca del carácter del poder en general. Quien quiere enseñorearse de los hombres busca rebajarlos; privarlos arteramente de su resistencia y sus derechos hasta que estén impotentes ante él, como animales. Como animales, los utiliza; aunque no lo diga, siempre tiene dentro de sí muy claro lo poco que representan para él; frente a sus confidentes los calificará de ovejas o bueyes. Su meta última es siempre «incorporárselos» y absorberlos. Le es indiferente lo que de ellos quede. Cuanto peor los haya tratado tanto más los desprecia. Cuando ya no sirven para nada, se libera de ellos en secreto, como excrementos, y se encarga de que no apesten el aire de su casa.

No osará reconocer este proceso en todas sus fases. Si gusta de declaraciones audaces, puede que confiese ante sus confidentes el denigrar los hombres al rango de animales. Pero como no envía a matar a sus súbditos en mataderos, ni los emplea de hecho como alimento de su cuerpo, negará que los absorbe y digiere. Al contrario: será él quien les da de comer. Es muy fácil pasar por alto el significado real de todos estos fenómenos, puesto que el hombre cría animales que no están destinados a morir de inmediato, ni necesariamente a morir, pues le son más útiles para otros fines.

Pero aparte del detentador del poder, que tanto sabe concentrar en su mano, también la relación de cada hombre con sus propios excrementos pertenece a la esfera del poder. Nada ha pertenecido tanto a un hombre como aquello que ha convertido en excrementos. La presión constante bajo la que se encuentra la presa hecha alimento durante su larga peregrinación por el cuerpo, su disolución y la íntima relación en que entra con quien la digiere, la total y definitiva desaparición primero de todas las funciones, luego de todas las formas que alguna vez constituyeran su propia existencia, la igualación o la asimilación a aquello que ya existe en quien la digiere como cuerpo, todo ello puede considerarse muy bien como lo más central, si bien lo más oculto del proceso del poder. Es cosa

tan obvia, autónoma y más allá de todo lo consciente, que se subestima su significado. Uno tiende a ver sólo los mil juegos divertidos del poder que tienen lugar en la superficie; pero éstos no son más que la más pequeña de sus partes. Debajo, día tras día, se digiere y se sigue digeriendo. Algo ajeno es agarrado, desmenuzado, incorporado, asimilado e integrado desde dentro; tan sólo por este proceso se vive. Basta que cese para que se esté muy pronto en las últimas; esto es cosa sabida. Pero es claro que todas las fases de este proceso, no sólo las externas y semiconscientes, deben reflejarse también en lo psíquico. Encontrar sus correspondencias aquí no es fácil; algunas huellas importantes aparecerán en el curso de esta investigación, que invitarán a ser seguidas. En especial son aquí reveladores, como se verá, los síntomas de la melancolía.

Los excrementos que quedan al final están cargados con todas nuestras culpas. De ellos puede comprenderse qué hemos asesinado. Son la apretada totalidad de los indicios contra nosotros. Como nuestro pecado cotidiano, continuado, jamás interrumpido, hieden y claman al cielo. Es notable cómo se aísla uno con ellos. Uno se deshace de ellos en espacios propios, destinados sólo a ese fin; el más privado de los momentos es el de la excreción; realmente uno está a solas exclusivamente con sus excrementos. Es claro que uno se avergüenza de ellos. Son el antiquísimo sello de aquel proceso del poder de la digestión que tiene lugar en lo oculto y que sin este sello permanecería oculto.

LA MANO

La mano debe su nacimiento al vivir en los árboles. Su primera característica es la separación del pulgar: su vigoroso perfeccionamiento y el mayor espacio que media entre él y los otros dedos permite la utilización de aquello que alguna vez fue garra para asir bien las ramas. Desplazarse sobre los árboles en todas direcciones se hace fácil y natural; en los monos se ve el valor de las

manos. Esta función más remota de la mano es conocida por todos y apenas podría ser puesta en duda.

Pero lo que no se considera suficientemente es la función diversa de las manos al trepar. Las dos manos no hacen, de ningún modo, lo mismo a un tiempo. Mientras una procura alcanzar una nueva rama, la otra sujeta la anterior. Este sujetar es de importancia cardinal; durante un desplazamiento rápido es lo único que impide caer. La mano, de la que pende todo el peso corporal, no debe bajo ninguna circunstancia soltar lo que sujeta. En ello manifiesta una gran tenacidad que, sin embargo, debe distinguirse bien del antiguo sujetar la presa. Porque apenas el otro brazo ha alcanzado la nueva rama, la anterior ha de ser soltada. Si esto no sucede de prisa, la criatura no puede, al trepar, avanzar mucho. Es, pues, el soltar como un relámpago, la nueva aptitud que se agrega a la mano; antes la presa nunca era soltada, sino bajo extrema coerción y muy en contra de toda costumbre y voluntad.

Al trepar el rendimiento consta pues, para cada mano por se-parado, de dos fases sucesivas: asir, soltar; asir, soltar. Si bien la otra mano hace lo mismo, lo hace con un desplazamiento de fase. En uno y el mismo momento, cada una hace lo opuesto de la otra. Lo que diferencia al mono de otros animales es la rápida sucesión de ambos movimientos. Asir y soltar se persiguen uno a otro y confieren a los monos la ligereza que uno tanto admira en ellos.

También los monos superiores, que descendieron de los árboles a la tierra, conservaron siempre esta facultad esencial de las manos, la de hacerle en cierto modo el juego una a la otra. Una actividad ampliamente difundida del hombre muestra de manera palmaria tener el mismo origen: el comercio.

Consiste el comercio en que, por algo determinado que se recibe, algo determinado se da. Una mano sujeta tenazmente el objeto con que procura seducir al interlocutor a comerciar. La otra se extiende

deseosa del segundo objeto, que quiere obtener a cambio del suyo. Apenas lo toca, la primera mano suelta su propiedad; no antes, por-que, si no, podría verse privada por entero de ella. Esta forma más cruda del engaño, donde a uno le es quitado algo sin que medie contravalor alguno, corresponde, traducido al proceso de trepar, al caerse del árbol. Para evitarlo uno permanece sobreaviso durante toda la negociación y observa cada movimiento del interlocutor. La alegría difundida y profunda que el hombre encuentra en el comercio, en parte puede pues también explicarse porque perpetúa así una de sus más antiguas configuraciones de movimiento bajo la forma de actitud psíquica. En nada está tan cerca hoy el hombre del mono como en el comercio.

Pero regresemos de esta desviación por épocas recientes, a una época mucho más remota, a la mano misma y sus orígenes. En las ramas de los árboles la mano aprendió una especie de sujetar cuya finalidad ya no era la alimentación inmediata. El camino corto y monótono de la mano a la boca quedó por ello interrumpido. Cuando la rama se quebró en la mano nació el palo. Con él uno podía mantener a distancia a los enemigos. Creó espacio ya en torno a una temprana criatura que quizá no era sino semejante al hombre. Visto desde el árbol, el palo era el arma más cercana. El hombre le guardó fidelidad, nunca renunció al palo. Golpeaba con él; le aguzó para convertirlo en lanza; le curvó y le ató; le desbastó para confeccionar flechas. Pero tras todas estas transformaciones el palo permaneció siempre lo que había sido al comienzo: un instrumento con el que se crea distancia; que mantiene a distancia al ser tocado y al temido ser asido. Así como el estar erguido nunca perdió su patetismo, así tampoco el palo con todas sus transformaciones nunca perdió su función primaria: como varita mágica y como cetro se mantuvo cual atributo de dos importantes formas de poder.

Sobre la paciencia de las manos

Uno percibe como anticuadas todas las actividades bruscas de la mano. No sólo del agarrar con intención hostil se espera repentineidad y crueldad. Muchas acciones que sólo aparecieron más tarde, como el golpear, el punzar, el empujar, lanzar y disparar, por mucho que se hayan ramificado y complicado técnicamente, involuntariamente se sitúan en el mismo plano. Su rapidez y precisión puede que hayan aumentado, pero tanto su sentido como su intención son los de siempre. Para el cazador y el guerrero se hicieron importantes; nada le agregaron a la gloria propiamente dicha de la mano humana.

La mano alcanzó su perfección por otros caminos, por los caminos en los que ha renunciado a la violencia y a la presa. La verdadera grandeza de las manos está en su paciencia. Los tranquilos y acompasados procesos de la mano han creado el mundo en el que querríamos vivir. El alfarero, cuyas manos saben modelar la arcilla aparece como Creador ya al comienzo de la Biblia.

Pero, ¿cómo se hicieron pacientes las manos? ¿Cómo conquista-ron la delicadeza de sus dedos? Una de las ocupaciones más tempranas de la que se tiene noticias y que tanto aman los monos es el rascar la pelambre de sus compañeros. Se cree que buscan algo, y como indudablemente a veces lo encuentran, se ha imputado a este quehacer un sentido demasiado estrecho, nada más que utilitario. En realidad lo que les interesa es el grato sentimiento que los dedos experimentan entre los pelos de la piel. Estos ejercicios de los dedos son los más tempranos que se conocen y han contribuido a hacer de ellos el delicado instrumento que hoy admiramos.

Los ejercicios digitales de los monos

La cuidadosa revisión recíproca de la piel llama la atención a quien observe a los monos. El detenido palpar y contemplar de cada uno de los pelos da la impresión de que están en busca de parásitos. La posición de los animales hace recordar a hombres que se espulgan; a

menudo se llevan sus dedos cuidadosamente a la boca; denotan así que han encontrado algo. Que esto suceda tan a menudo parece demostrar la necesidad de tal búsqueda. Ésta ha sido siempre la opinión popular. Sólo en épocas recientes el hecho ha sido interpretado con más precisión por los zoólogos.

Una exposición y un estudio coherente de esta costumbre de los monos se halla en el libro de Zuckerman sobre la *Vida social de los monos y los antropoides*. Es tan reveladora que copio el texto en traducción:

«Espulgarse es independientemente de lo que puedan decir los sociólogos, la forma más fundamental y propia del intercambio social entre los monos Rhesus. Los monos, y en menor medida los antropoides, pasan una gran parte del día dedicados a un cuidado recíproco. Un animal examinará cuidadosamente con los dedos la pelambre de su camarada y se comerá una gran parte de las secreciones mezcladas que allí encuentra. Lleva sus hallazgos a la boca, bien con la mano, bien después de haber lamido un mechón de pelo en un mordisqueo directo. La acción exige movimientos de los dedos especialmente bien coordinados, asociados con una exacta convergencia de los ojos. Este comportamiento por lo común es mal interpretado como un intento de eliminación de piojos. En realidad, rara vez se encuentran parásitos en los monos en cautiverio, tan rara vez como entre los que están en libertad. Los frutos de la búsqueda resultan ser en general pequeñas descamaciones de la piel, partículas de piel y secreciones, espinas y otros cuerpos extraños. Si no están ocupados en otra casa, los monos reaccionan a la presencia de una pelambre dándose a esta revisión minuciosa. Un mono responde apenas nace al estímulo del pelo, y este estímulo se conserva, poderoso y efectivo, en todas las fases de su crecimiento. Si carece de compañero, un mono sano revisará su propia piel. Dos y a veces hasta tres monos pueden revisar en grupo a uno de sus cantaradas. Usualmente el que es

limpiado se mantiene pasivo a excepción de los movimientos que faciliten las investigaciones de los otros. A veces, sin embargo, puede simultáneamente atarearse con otro animal, cuya piel revisa. Los monos no confinan esta actividad a sus congéneres. Cualquier objeto peludo, animado o inanimado, puede incitarlos a sus investigaciones. De buena gana revisan el cabello de un amigo humano. El hecho parece tener un significado sexual, no sólo por el tenue estímulo de numerosas terminaciones nerviosas en la piel, sino también porque a veces es acompañado por una actividad sexual directa. Por esta razón y por su frecuencia quizá sea legítimo considerar las reacciones de revisión y el estímulo del pelo como factores que sirven a la cohesión del grupo social entre los primates inferiores».

Nada podría sorprender más que la interpretación sexual de este suceso después de haber leído la descripción que el propio Zuckerman da de él. Habla de que varios monos a la vez se ocupan de la piel de otro. Subraya la importancia de cualquier tipo de piel para ellos. En pasajes ulteriores de su libro formula una antítesis entre la investigación de la piel y los fenómenos sexuales. Así menciona que animales en época de calma sexual, cuando muestran sólo un mínimo interés de este tipo, se acercan sin embargo a la reja para hacerse rascar. Tiene también bastante que decir sobre el temprano significado de la piel para las crías de mono.

La primerísima experiencia sensorial que tiene un mono es precisamente la del pelo. Inmediatamente después del nacimiento, la cría es traída al pecho por la madre; sus dedos agarran y sujetan su piel. El animal busca el pezón hasta que lo encuentra; la madre no le ayuda en ello. «Durante el primer mes vive enteramente de leche y la madre lo lleva a cuestas a todas partes. Si la madre está sentada, mantiene al hijo estrechamente apretado contra ella, y las patas de éste se aferran al pelo de su panza. Tiene las manos hundidas en la piel del pecho materno. Cuando camina la cría sigue colgada, por

decirlo de alguna manera, suspendida bajo ella. Usualmente se sujeta, sin que se le ayude, pero a veces la madre la rodea con un brazo brincando sobre tres “piernas”. Al estar sentada abraza a veces al hijo con ambos brazos. La cría manifiesta un fuerte interés por la piel. Pasa los dedos entre la pelambre de la madre y a la semana puede que rasque ya su propio cuerpo. He observado a un monito de una semana explorar con vagos movimientos de la mano la piel de su padre, que estaba sentado cerca de la madre. A veces la madre se muestra irritada por cómo el pequeño tiene sujeta su piel y le retira manos y patas.»

El comportamiento de una mona lactante no cambia cuando muere su cría. Continúa apretándola contra su pecho y la acarrea a todas partes en sus brazos. «Al comienzo no lo deposita: sigue revisando su pelo, como cuando estaba vivo. Le revisa la boca y los ojos, la nariz y las orejas. Al cabo de algunos días se advierte un cambio en su comportamiento. Un cuerpo inerte, ahora ya en leve descomposición, pende de su brazo. Sólo cuando se desplaza lo aprieta contra su pecho. Aunque todavía sigue revisando Ta piel y mordisquea la epidermis, deja ahora más a menudo el cuerpo en el suelo. La descomposición avanza, comienza la momificación pero la revisión de epidermis y pelambre continúa. El cuerpo reseco comienza ahora a desintegrarse, y se advierte que le falta un brazo o una pierna; pronto todo no es más que un pedazo de piel reseca. La madre arranca trozos con mayor frecuencia; se ignora si los traga. Luego puede que renuncie por sí misma a lo que ha quedado de los resecos restos.»

Los monos suelen guardar los objetos de piel y plumas. Una hembra babuina que se hallaba bajo la observación de Zuckerman atrapó un gatito, lo mató y tuvo el cuerpo durante todo el día asido en sus brazos, exploró su piel y se defendió con brusquedad cuando le fue retirado a la tarde. En el jardín zoológico de Londres se puede observar a veces cómo los monos exploran las plumas de gorriones

que han matado. En la bibliografía figura también el caso de una rata muerta a la que recogió un mono y trató con celo idéntico al de la cría muerta anteriormente mencionada.

Zuckerman concluye a partir de su exposición que habría que distinguir tres factores determinantes del comportamiento maternal. Los dos primeros son en el fondo de significación social, a saber, la atracción que ejerce un pequeño objeto peludo, y la fuerte atracción que posee la piel materna para la cría. El tercer factor es el reflejo de succión del animal joven, que por su actividad alivia la tensión en los pechos de la madre.

La reacción a la piel sería pues un factor fundamental en el comportamiento social mismo. Su importancia se puede deducir también del hecho de que un mono joven, tras la muerte de su madre, continúe asiéndose a su piel; pero que no es este cuerpo específico el que le interesa puede deducirse del hecho de que si fija su atención sobre el cadáver de cualquier otro mono muerto, se tranquiliza en igual medida. «La naturaleza fundamental de la reacción a la piel se deduce también de la rigurosa delimitación de sus características y la variedad de situaciones en que puede provocársela. Plumas, ratones o gatitos pueden servir todos ellos de estímulo. Es muy probable que el proceso social del "cuidado" del "revisar" se pueda derivar de una innata reacción a la piel, y que sea uno de los lazos fundamentales por los que se mantienen juntos los monos.»

No parecerá dudoso —tras estas amplias citas de su libro— que el autor mismo no toma en serio una interpretación específicamente sexual del cuidado de la piel de los monos entre sí. El relato es claro: la piel en sí ejerce una atracción particular sobre los monos en todas las circunstancias vitales. La diversión que les proporciona ocuparse de los pelos debe ser de naturaleza muy particular; la buscan por doquier, en los vivos y en los muertos, en camaradas de especie

tanto como en forasteros. El tamaño del animal no importa. A este respecto la cría significa tanto para la madre como la madre para la cría. Parejas de amantes y de amigos se abandonan en igual medida a ello. Varios animales pueden dedicarse a la vez a la piel de uno solo.

Esta diversión es propia de sus dedos. Nunca se cansan de los pelos; horas y horas pueden transcurrir haciendo pasar pelos por entre los dedos. Son los mismos animales cuya vivacidad y caprichoso brincar se ha hecho proverbial; según una vieja tradición china los monos no tienen estómago y digieren su alimento dando brincos repentinos. El contraste con la infinita paciencia que muestran en esta clase de cuidado es tanto más notable. En él los dedos se hacen cada vez más delicados; los numerosos pelos que sienten a la vez contribuyen a que se cultive una especial sensación táctil, que se distingue muy particularmente de las sensaciones más groseras del atrapar y del pescar. No puede dejar de pensarse en todas las ulteriores ocupaciones del hombre basadas en la finura y la paciencia de sus dedos. Los aún desconocidos ancestros del hombre, lo mismo que todos los monos, tienen tras de sí un prolongado período de ejercicios digitales, sin los cuales nuestra mano no se habría perfeccionado tanto. En el origen de este cuidado pueden haber influido distintas cosas, bien, en primer lugar, una búsqueda de insectos, bien las tempranas vivencias del mono cría junto al velludo pecho de la madre. Pero el fenómeno tal como hoy se lo observa desarrollado en todos los monos, tiene ya su propia unidad y sentido. Sin él nunca habríamos aprendido a modelar, a coser ni a acariciar. Con él la mano adquiere vida realmente propia. Sin la observación de las figuras que los dedos conforman en este trabajo y que al buscador poco a poco debían de quedarle estampadas, verosímilmente jamás habríamos llegado a tener signos para indicar las cosas y, en consecuencia, tampoco el lenguaje.

Las manos y el nacimiento de los objetos

La mano que recoge agua es el primer recipiente. Los dedos de ambas manos, que se trenzan entre sí, forman la primera canasta. Aquí creo que nace la rica evolución de toda clase de trenzados, de juegos de hilos, hasta llegar al tejido. Se tiene la sensación de que las manos llevan su propia vida de transformación. No basta que esta o aquella conformación exista ya en el entorno. Antes de que el hombre primigenio intente darle forma, sus manos y dedos deben comenzar por representar. Puede que tiempo atrás haya habido cas-caras vaciadas como nueces de coco, pero éstas eran arrojadas sin prestarles mayor atención. Hasta que los dedos, que forman una concavidad para recoger agua, hicieron realidad la primera fuente. Uno se podría imaginar que los objetos, en nuestro sentido de la palabra, objetos a los que corresponde un valor porque los hemos hecho nosotros mismos, existían primero como signos de las manos. Parece haber un punto central de enorme importancia, donde el nacimiento del lenguaje gestual correspondía a aquel placer de dar forma a los objetos uno mismo, mucho antes de intentarlo realmente. Lo que se representaba con ayuda de las manos, sólo más tarde, una vez que había sido representado suficientemente se hizo realidad. Palabras y objetos serían pues emanación y resultado de una única experiencia unitaria, precisamente la de la representación por las manos. Todo lo que el hombre es y puede, todo lo que en un sentido representativo constituye su cultura, se lo incorporó por transformaciones. Manos y rostros fueron los vehículos propiamente dichos de esta incorporación. Su importancia aumentó —con respecto al resto del cuerpo— cada vez más. La vida propia de las manos, en este sentido primigenio, se ha conservado aún con mayor pureza en la gesticulación.

La manía destructiva en monos y hombres

La manía destructiva en monos y hombres puede muy bien ser vista como ejercicio de endurecimiento de la mano y los dedos. La utilización de ramas puso al mono trepador y a sus manos en

constante relación con un material más duro que ellos mismos. Para dominar las ramas tenía que aferrarse a ellas, pero también tenía que entender cómo quebrarlas. El tantear su «terreno» era un tantear de ramos y ramas; lo que quebraba con facilidad era un falso suelo para su desplazamiento. La exploración de este mundo de las ramas era una interminable confrontación con su dureza; el probarlas siguió siendo una necesidad, incluso cuando hubo adquirido gran experiencia en esta materia. El palo que el mono, como el hombre, convirtió en primer arma, inició la serie de los instrumentos duros. Uno medía sus manos con él, como más tarde también con las piedras. Los frutos y la carne de los animales eran blandos, lo más blando era la pelambre. En el rascar y espulgar la piel ejercitaba la finura de sus dedos; en el quebrar todo lo que caía entre ellos, su dureza.

Hay pues una particular manía destructiva en las manos, que no tiende de inmediato a la presa y a matar. Es puramente mecánica y se ha prolongado en las invenciones mecánicas. Precisamente por su inocencia se ha vuelto especialmente peligrosa. Se sabe libre de la intención de matar y por ello puede permitirse cualquier empresa. Lo que efectúa aparentemente concierne solamente a las manos, su agilidad y capacidad de rendimiento, su inocua utilidad. En cualquier momento en que esta manía mecánica de destrucción de las manos, transformada en un complejo sistema técnico, se asocia con la intención real de matar, suministra la parte automática, irreflexiva del proceso resultante, lo vacío y para nosotros especialmente inquietante del proceso; puesto que nadie lo quería, todo advino como por sí mismo.

En privado y a pequeña escala cada uno experimenta el mismo proceso durante el irreflexivo juego de los dedos, cuando quiebra palitos de fósforo o chafa papel. Las múltiples ramificaciones de este impulso de destrucción mecánico están íntimamente vinculadas a la evolución de la tecnología. Si bien el hombre ha aprendido a

dominar lo duro con lo duro, no obstante la mano sigue siendo la última instancia para todo. La vida independiente de la mano ha tenido las más monstruosas consecuencias. Fue en más de un aspecto nuestro destino.

Los que matan siguen siendo siempre los poderosos

La mano ha actuado de modelo y estímulo no sólo como un todo. También los dedos por separado, muy especialmente el índice extendido, han adquirido significación. El dedo en su extremo se afinaba e iba armado con una uña; él dio primeramente la sensación activa del punzar. El puñal que de él se desarrolló es un dedo más duro y mejor aguzado. La flecha era un cruce de ave y dedo. Para poder penetrar más profundamente, se alargó; para volar mejor tenía que adelgazarse. Pico y espina confluyeron en su composición, el pico de por sí era propio a lo alado. El palo aguzado, sin embargo, llegó a ser lanza: un brazo que se remata en un único dedo.

A todas las armas de esta clase les es común la concentración sobre un punto. Al hombre mismo le punzaban duras y grandes espinas; con sus dedos las extraía. El dedo, que se separa de la mano y actúa como una espina que traspasa al punzar, es psicológicamente el origen de este tipo de arma. El punzado punza él mismo con sus dedos y con los dedos artificiales que pronto aprende a fabricarse.

No todos los trabajos de la mano confieren igual cantidad de poder; su prestigio es muy diferente. Algunos, que revisten especial importancia para la vida de un grupo de hombres, puede que se les tenga en alta estima. El máximo prestigio, sin embargo, lo obtiene siempre lo que está encaminado a matar. Lo que puede ir Hasta matar es temido; lo que no sirve inmediatamente para matar, es meramente útil. Todos los pacientes quehaceres de la mano no aportan, a quienes se limitan a ellos, más que sometimiento. Pero los otros, los que se consagran a matar, detentan el poder.

SOBRE LA PSICOLOGÍA DEL COMER

Todo lo que se come es objeto de poder. El hambriento siente vacío dentro de sí. Supera el malestar que le provoca este vacío interior colmándose de alimentos. Mientras más ahíto está, mejor se siente. Pesado y lleno de satisfacción yace el que más puede devorar, el comedor máximo. Hay grupos humanos que en un tal comedor máximo ven a su cacique. Su apetito siempre saciado les parece una garantía de que ellos mismos nunca padecerán hambre mucho tiempo. Ponen la confianza en su panza repleta, como si la hubiese llenado también por todos ellos. La relación entre digestión y poder se manifiesta aquí a plena luz.

En otras formas de señorío el respeto ante la ventripotencia del comedor máximo pasa un poco al trasfondo. Ya no es necesario que sea un ancho tonel más gordo que los otros. Pero come y empina el codo con las elegidas gentes de su entorno y lo que les hace servir le pertenece. Si no es él mismo el comedor más fuerte, sus provisiones han de ser las mayores; él posee el mayor número de ganado y cereales. Sólo con proponérselo podría ser siempre el comedor máximo. Pero transfiere este placer de estar repleto a su corte, a todos los que pasan a la mesa con él, y meramente se reserva el derecho de ser el primero en servirse de todo. El personaje del rey gran comedor nunca se extinguió por entero. Siempre ha habido soberanos que han representado este rol ante sus súbditos entusiastas. También grupos enteros de poderosos se abandonaron con gusto a la comilona; proverbial es lo que a este respecto se cuenta de los romanos. Todo poder familiar sólidamente establecido se ha exhibido a menudo en esta forma y más tarde fue imitado y superado por los sucesores de reciente ascenso.

La posibilidad de derrochar y la fuerza para ello, se acrecentó en I algunas sociedades hasta convertirse en formales y ritualmente establecidas orgías de destrucción. La más famosa es el *potlatch* de los

indios del Noroeste americano; consiste en grandes reuniones festivas de toda la comunidad, que culminan en competencias de destrucción entre los caciques. Cada cacique se jacta de cuánto está I dispuesto a destruir de su propiedad; quien de veras destruye más es el vencedor y goza la gloria mayor. Ya el máximo comer presupone la destrucción de la propia vida animal. Se tiene la impresión de que en el potlatch esta destrucción se ha trasladado a la parte de la propiedad que no es comestible. Así el cacique puede jactarse mucho más aún que si tuviera que comerlo todo, y se ahorra los inconvenientes corporales.

Quizás es útil echar una mirada a los mismos *comensales* independientemente de su posición en la jerarquía. Un cierto respeto recíproco de los que comen juntos es inequívoco. Se expresa ya en el hecho de que *comparten*. La comida que está ante ellos en la fuente común les pertenece a todos juntos. Cada cual ingiere algo; cada cual se preocupa de que también los otros hayan tomado algo; cada uno se esfuerza en ser equitativo y no perjudicar a nadie. La más fuerte es la cohesión que se origina entre los comensales cuando saborean un animal, un cuerpo, que también vivo conocieron como unidad, o un único pan. Pero la solemnidad de su actitud no se explica sólo con ello: su respeto también significa que no se comerán entre sí. Es cierto que siempre existe la garantía de que será así entre hombres que viven juntos en un grupo. No obstante, es en el momento de la comida que ello se expresa de modo convincente. Se está sentado junto a los demás, uno descubre sus dientes, come, e incluso en este momento crítico no siente apetito por el otro. Uno se respeta por ello, y también respeta al otro por su reserva, de valor idéntico a la propia.

El hombre aporta alimento a la familia, y la mujer le prepara la comida. Que él consuma regularmente la comida preparada por ella constituye el vínculo más importante entre ambos. La vida de familia es más íntima cuanto más a menudo se come juntos. La

imagen que salta a la vista cuando se piensa en ella es la de padres e hijos reunidos en torno a una mesa. Todo parece como una preparación para este momento; cuanto mayor sea la frecuencia y la regularidad con que se repita, tanto más los que comen juntos se sienten familia. Ser recibido a esta mesa prácticamente equivale a ser recibido en la familia.

Quizá sea ésta la mejor oportunidad para decir algo acerca del núcleo y corazón de esta institución: la madre. Madre es la que da de comer su propio cuerpo. Ha alimentado dentro de sí al niño y luego le ofrece su leche. Esta tendencia continúa en forma atenuada durante mucho más tiempo; sus pensamientos, justamente en la medida en que es madre, giran en torno al alimento que necesita el niño en crecimiento. No es preciso que sea su propio niño. Puede entregársele uno ajeno; puede adoptar uno. Su pasión es la de dar de comer; de ver qué come; de velar por que la comida le haga crecer. Su crecimiento y su aumento de peso son su meta invariable. Su actitud parece desinteresada y realmente lo es si se contempla al hijo como unidad separada, como a un hombre en sí. En realidad, sin embargo, el estómago de la madre se duplicó, y ella tiene control sobre ambos. Al comienzo está más interesada en el nuevo estómago, en el nuevo cuerpo no desarrollado, que en el suyo propio; lo que tuvo lugar durante el embarazo ha sido meramente exteriorizado. La interpretación de la digestión como un proceso esencial del poder, tal como aquí se sostiene, se aplica también a la madre; pero ella reparte este proceso a más de un cuerpo, y el hecho de que el nuevo cuerpo, de cuya alimentación se ocupa, esté separado del suyo propio hace más nítido y consciente el proceso total. La madre tiene poder absoluto sobre el niño, en sus primeras fases, no sólo porque su vida depende de ella, sino porque además ella misma siente el más vehemente deseo de ejercer constantemente este poder. La concentración de esta apetencia de señorío sobre un ser tan diminuto le proporciona una sensación de

supremacía difícilmente superable por cualquier otra relación normal entre los hombres.

La continuidad de ese señorío, que la ocupa día y noche, el tremendo número de detalles que lo componen, le confieren una perfección y una globalidad como no es propio de ningún otro tipo de dominio. No se restringe a impartir órdenes, que al comienzo ni siquiera podrían ser comprendidas. Significa que se puede mantener cautiva una criatura, si bien en este caso realmente por su propio bien; que se puede —sin comprender lo que se hace— transmitir lo que uno mismo recibió hace décadas bajo presión y ha retenido como indestructible aguijón; que se puede hacer crecer —cosa que un soberano sólo logra artificialmente confiriendo un ascenso de rango—. Para la madre, el niño reúne las propiedades de la planta y del animal. Le permite el usufructo de derechos de soberanía que de lo contrario se ejercen por separado: sobre las plantas, provocando su crecimiento según la propia voluntad; sobre los animales, manteniéndolos cautivos y controlando sus movimientos. El niño crece como el trigo en las manos de la madre, ejecuta como un animal doméstico los movimientos que ella le permite; la alivia de ciertos viejos aguijones de mando, que todo ser civilizado arrastra consigo; y además llega a hacerse hombre, un hombre nuevo y completo, por cuyo aporte el grupo en el que ella vive le queda para siempre obligado en gratitud. No hay forma más intensiva de poder. Que usualmente no se vea así el rol de la madre tiene una doble razón. Todo hombre porta en su recuerdo, sobre todo la época de la disminución de este poder; y a cada cual le parecen más significativos los derechos más notorios, pero mucho menos esenciales, de soberanía del padre.

La familia se vuelve rígida y dura cuando excluye a los demás de su comida; aquellos por los que uno debe preocuparse son un pretexto natural para la exclusión de los demás. La vacuidad de este pretexto se hace evidente en las familias que no tienen hijos y que sin

embargo no muestran la menor disposición a compartir su comida: la familia de dos es la formación más despreciable que ha producido la humanidad. Pero aun cuando hay hijos, este pretexto sirve a menudo de mero rótulo de promoción al más descarnado de los egoísmos. «Por los propios hijos» se ahorra y se hace pasar hambre a los demás. De hecho, y debido a ello, mientras se vive se tiene todo para sí.

Al hombre moderno le gusta comer en restaurantes, en mesas separadas, en su pequeño grupo propio, por lo que en seguida paga la adición. Puesto que los otros en el local hacen lo mismo, durante la cena se complace en la ilusión de que todos en general tienen qué comer. Las naturalezas más sensibles no necesitan siquiera que esta ilusión dure mucho tiempo; satisfecho, puede tropezarse muy bien con los hambrientos.

El que come aumenta de peso, se siente más pesado. En ello hay una jactancia; ya no puede crecer, pero puede aumentar, ahí mismo, ante los ojos de los demás. También por esto come con agrado con ellos, se trata de ver quién es capaz de llenarse más. El bienestar del sentirse ahíto, cuando no se puede más, es un punto extremo que se alcanza con gusto. Primitivamente nadie se avergonzaba de él: una presa grande debía ser consumida rápidamente, uno comía a más no poder, y acumulaba provisiones dentro de su cuerpo.

Quien come a solas renuncia con ello al prestigio que puede obtener haciéndolo ante otros. El descubrir los dientes sólo para el alimento, cuando nadie está presente, a nadie causa impresión. En compañía se ve cómo cada cual abre por separado la boca y mientras uno mismo opera con sus dientes, se vislumbran los de los demás. Es despreciable no tener dientes; tiene algo de ascético el no mostrar los que uno tiene. La ocasión natural de lucirlos está dada en la cena en común. Nuestra educación moderna exige que uno coma con la boca cerrada. Precisamente la velada amenaza contenida en el

inocente entreabrir de la boca, se limita así a la mínima medida. Pero no somos tan inofensivos. Comemos con tenedor y cuchillo, dos instrumentos que podrían servir fácilmente para la agresión. Cada cual tiene los suyos ante sí, en ciertas ocasiones uno los lleva consigo. Sin embargo, el pedacito de comida que uno corta para sí y empuja hacia dentro de la boca, en lo posible con dignidad, se llama en lenguas modernas el bocado.

La risa ha sido objetada como cosa vulgar porque durante ese momento uno abre ampliamente la boca y descubre los dientes. En sus orígenes, la risa contenía seguramente la alegría por un botín o un alimento que a uno le parecía asegurado. Un hombre que cae evoca un animal en pos del que se va y al que uno mismo ha abatido. Toda caída que da risa evoca la desvalidez del caído; si se quisiera se le podría tratar como presa. Uno no reiría si fuese más allá en la serie de fenómenos descritos y se lo incorporara realmente. Uno ríe en lugar de comer. El alimento que se nos escapa es el que provoca risa: es el súbito sentimiento de superioridad, como ya Hobbes ha dicho. Mas no añadió que este sentimiento se acrecienta hasta convertirse en risa sólo cuando esta superioridad no tiene consecuencias. La concepción de Hobbes de la risa se aproxima a medias a la verdad; él no llegó a su origen propiamente «animal», quizá porque los animales no ríen. Pero los animales tampoco rehúsan un alimento que pueden alcanzar si realmente tienen ganas de él. Tan sólo el hombre aprendió a reemplazar el proceso entero de la incorporación por un acto simbólico. Los movimientos que parten del diafragma y son característicos de la risa, al parecer reemplazan, resumiéndolos, una serie de movimientos peristálticos del vientre.

Entre los animales sólo la hiena emite un sonido que de veras se aproxima a nuestra risa. Se la puede provocar artificialmente presentándole a una hiena cautiva algo para que lo devore y retirándoselo súbitamente antes de que haya tenido tiempo de

servirse. No es ocioso recordar el hecho de que el alimento de la hiena en libertad consiste en carroñas; uno puede imaginarse cuan a menudo mucho de lo que deseaba le es arrebatado ante sus propios ojos.

EL SUPERVIVIENTE

EL SUPERVIVIENTE

El momento de sobrevivir es el momento del poder. El espanto ante la visión de la muerte se disuelve en satisfacción pues no es uno mismo el muerto. Éste yace, el superviviente está de pie. Es como si hubiese antecedido un combate y como si uno mismo hubiese derribado al muerto. En el sobrevivir cada. uno es enemigo del otro; comparado con este triunfo elemental todo dolor es poca cosa. Es importante sin embargo que el superviviente esté solo ante uno o varios muertos. Se ve solo, se siente solo y, cuando se habla del poder que este momento le confiere, nunca debe olvidarse que deriva de su unicidad y sólo de ella.

Todos los deseos humanos de inmortalidad contienen algo de manía de sobrevivir. El hombre no sólo quiere estar siempre; él quiere estar cuando los otros ya no estén. Cada uno quiere llegar a más viejo y saberlo, y cuando él mismo ya no esté se le ha de conocer por su nombre.

La forma más baja de supervivencia es la del matar. Así como se ha matado al animaldel que uno se alimenta —que yace indefenso ante uno y se puede cortar en trozos y repartirlo como presa que uno incorpora a sí y a los suyos—, así también el hombre quiere matar al hombre que se interpone en su propio camino, que se le opone, que seyergue ante él como enemigo. Le quiere derribar para sentir que él aún existe y el otro ya no. Pero no debe desaparecer enteramente; su presencia como cadáver es indispensable para lograr este sentimiento de triunfo. Ahora sí puede hacer con él lo que quiera, mientras que a él no le puede hacer nada. Está tendido, permanecerá siempre tendido; nunca volverá a levantarse. Le puede quitar su arma; puede recortarle partes de su cuerpo y conservarlas para

siempre como trofeos. Este momento de la confrontación con el que ha sido muerto colma al superviviente de una fuerza muy particular que no es comparable a ninguna otra. No hay instante que exija con tanta fuerza su repetición.

Porque el superviviente sabe de muchos muertos. Si estuvo en la batalla ha visto caer a los otros alrededor de él. Libró batalla con la intención consciente de afirmarse contra los enemigos. Era su objetivo declarado derribar al mayor número de ellos, y sólo puede vencer si logra hacerlo. Victoria y supervivencia para él coinciden.

Mas también los vencedores han de pagar su precio. Entre los muertos yace mucha de su propia gente. Amigos y enemigos entremezclados hacen el campo de sangre, el montón de muertos es uno común. A veces las batallas tienen lugar de modo tal que no se puede ya separar unos de otros los muertos de ambos lados: una fosa común puede entonces reunir sus despojos.

Entre estos montones de caídos el superviviente se yergue como afortunado y preferido. Que él aún conserve su vida mientras que tantos otros que hace un momento estuvieron con él la hayan perdido es un hecho monstruoso. Indefensos yacen los muertos, entre ellos está erguido él, de pie, y es como si la batalla se hubiese librado para que él sobreviva. Ha desviado de él la muerte, sobre los otros. No es que haya evitado el peligro. En medio de sus amigos, encaró a la muerte. Ellos han caído. Él está de pie y triunfa.

Esta sensación de sublimidad la conoce quien estuvo en alguna guerra. Puede estar disfrazada por el luto hacia los camaradas; pero éstos son pocos, los muertos siempre muchos. La sensación de fuerza, de estar en pie con vida en contraposición a los muertos, es en el fondo más intensa que todo luto, es el sentimiento de ser elegido entre muchos cuyo destino es manifiestamente idéntico. De alguna manera uno siente ser el mejor simplemente porque todavía está vivo. Uno ha dado prueba de sí, de manera que vive aún. Uno

ha dado mejor prueba que muchos puesto que todos los que yacen no viven. Aquel a quien le sucede sobrevivir así con frecuencia es un héroe. Es más fuerte. Tiene más vida dentro de sí. Las potencias superiores le son propicias.

SUPERVIVENCIA E INVULNERABILIDAD

El cuerpo del hombre está desnudo y expuesto; en su blandura está sujeto a cualquier golpe inesperado. Todo lo cercano que él mantiene apartado de sí con artes y mafias, desde lejos puede alcanzarlo con facilidad. Espada, lanza y flecha son capaces de penetrar en él. Ha inventado el escudo y la armadura, ha levantado murallas y fortalezas enteras alrededor suyo. Pero la seguridad que más desea es un sentimiento de invulnerabilidad.

Por dos caminos diferentes intentó adquirirlo. Son exactamente opuestos uno al otro y sus resultados por lo tanto muy diferentes. Por una parte procuró alejar de sí el peligro, interpuso grandes espacios entre sí y el peligro, espacios que podría abarcar y vigilar con la vista. Por decirlo así, se ocultó ante el peligro y desterró el peligro.

El otro camino, sin embargo, es el del cual siempre se siente más orgulloso. Todas las antiguas tradiciones están repletas del enorgullecimiento y la fama que se adquiere por ir a buscar el peligro y hacerle frente. El hombre dejó que el peligro se acercase lo más posible y se jugó el todo por el todo. De todas las situaciones posibles ha seleccionado la de riesgo mayor y la elevó a la cúspide. Reconoció un enemigo en alguien y lo desafió. Quizá ya era su enemigo, o quizá en ese momento él lo haya designado para ello. De cualquier manera que haya sucedido, la intención era buscar el mayor peligro y la suerte irrevocable.

Es el camino del héroe. ¿Quéqujere el héroe? ¿Qué es lo que de veras persigue? La gloria que todos los pueblos han tributado a sus

héroes, una gloria tenaz, difícilmente perecedera, en cuanto que sus hazañas ofrecían variedad o se sucedían con suficiente rapidez, engaña sobre los motivos más profundos de estas hazañas. Se supone que les interesaba sólo la gloria, pero creo que originalmente perseguían otra cosa: el sentimiento de invulnerabilidad que de este modo lograba ganarse cada vez en mayor medida.

La situación concreta en la que se halla el héroe tras el peligro superado es la del superviviente. El enemigo quería su vida, como él la del enemigo. Con este objetivo declarado e inamovible el uno ha hecho frente al otro. El enemigo ha sucumbido. Al héroe, en cambio, no le ha sucedido nada durante el combate. Colmado por el monstruoso hecho de su supervivencia, se abalanza al próximo combate. Nada le pudo afectar, nada le podrá afectar. De victoria en victoria, de un enemigo muerto al otro, se siente cada vez más seguro: su invulnerabilidad aumenta, se convierte en una armadura cada vez más perfecta.

No se puede adquirir de otra manera la sensación de invulnerabilidad. Quien ha desterrado el peligro, quien se oculta ante él, sólo ha pospuesto el propio destino. Quien se enfrenta al destino, quien realmente sobrevive, quien vuelve a enfrentarse, quien acumula los momentos de supervivencia, aquél puede alcanzar el sentimiento de invulnerabilidad. De hecho, se convierte en un héroe una vez que tiene ese sentimiento. Ahora arriesga todo, nada tiene que temer. Quizá nos inclinaríamos a admirarlo más mientras aún tuviera motivos para sentir terror. Pero esa es la concepción del observador externo. El pueblo quiere a su héroe invulnerable.

Ahora bien, en ningún caso las hazañas del héroe se agotan en duelos singulares. Puede que tenga que vérselas con toda una muta de enemigos; aquel que no obstante los ataque, aquel que no sólo no permita que se le escapen sino que los mate a todos, establece súbitamente su sentimiento de invulnerabilidad.

Gengis-Khan fue interrogado por uno de sus más antiguos y fieles compañeros: «Tú eres el soberano, y se te llama héroe. ¿Quésignos de conquista y victoria portas en tu mano?». Gengis-Khan le contestó: «Antes de ascender al trono del Imperio, cabalgaba cierta vez por un camino. Allí me topé con seis hombres que se hallaban emboscados junto al cruce de un puente y procuraban quitarme la vida. Acercándome más desenvainé mi espada y los ataqué. Me arrojaron una granizada de flechas, pero todas erraron su blanco y ni una sola me tocó. Los maté a todos con mi espada y seguí cabalgando indemne. En el camino de regreso pasé junto al lugar donde había enfrentado a los seis hombres. Sus seis caballos vagaban sin dueño. Los llevé todos, conmigo, a casa».

En esta invulnerabilidad en la lucha contra seis enemigos a la vez, Gengis-Khan vio el aviso más cierto de conquista y de victoria.

SOBREVIVIR COMO PASIÓN

La satisfacción de sobrevivir, que es una especie de voluptuosidad, puede convertirse en una peligrosa e insaciable pasión. Crece al tiempo que aumentan sus ocasiones. Cuanto mayor es el montón de muertos entre los que uno se yergue con vida, cuanto más a menudo se viven tales momentos, tanto más intensa e ineludible se hace la necesidad de esta supervivencia. Las carreras de héroes y mercenarios hablan en favor de la generación de una especie de irremediable manía. La explicación usual que se da de ella es la de que tales hombres ya sólo pueden respirar el peligro; que toda existencia carente de peligro les es extraña y sin alicientes; que ya no le pueden encontrar gusto a una vida apacible. No se ha de subestimar el atractivo del peligro; pero uno olvida que esta gente no sale sola a sus aventuras, que otros los siguen y sucumben al peligro. Lo que realmente necesitan, de lo que ya no pueden prescindir, es la voluptuosidad una y otra vez renovada del sobrevivir.

Sin embargo, para satisfacer esta voluptuosidad no tiene por qué exponerse siempre uno mismo al peligro. Nadie puede por sí solo abatir un número de hombres suficiente. Sobre los campos de batalla una muchedumbre trabaja en el mismo sentido, y cuando se es su comandante, cuando la batalla es el resultado de una decisión personal, se puede también apropiarse el resultado del que se tiene la responsabilidad, como así de todos los cadáveres. El mariscal de campo no lleva en vano su arrogante título. Él manda: él envía a sus hombres contra el enemigo, a la muerte. Si vence le pertenece el entero campo de muertos. Los unos cayeron por él, los otros contra él. De victoria en victoria los sobrevive a todos. Los triunfos que él celebra expresan con la mayor precisión qué es lo que perseguía. Su importancia se mide por el número de muertos.

El triunfo es ridículo cuando el enemigo se ha rendido sin verdadero combate, cuando sólo se han reunido pocos muertos. El triunfo es glorioso cuando el enemigo se ha defendido con valor, cuando la victoria se conquistó duramente y costó un gran número de víctimas.

«César superó a todos los héroes de guerra y generales juntos por librar más batallas y hacer perecer la mayor cantidad de enemigos. Porque en menos de diez años, durante los que condujo la guerra contra la Galia, tomó por asalto más de 800 ciudades, sometió 300 pueblos, combatió, de vez en vez, contra tres millones de hombres y de éstos mató a un millón en la lid y a otros hizo prisioneros.»

Este juicio es de Plutarco, a quien no puede acusársele ni de belicosidad ni de sed de sangre, uno de los espíritus más humanos que hayan existido. Tiene su valor porque traza el balance de modo tan cortante. César ha combatido contra tres millones de enemigos, mató un millón, hizo prisionero a otro tanto. Otros generales, mongoles y no mongoles, le superaron más tarde. Pero este antiguo juicio también es característico por la ingenuidad con que todo es

atribuido exclusivamente al general. Las ciudades tomadas por asalto, las naciones sometidas, los millones de enemigos vencidos, muertos, hechos prisioneros, pertenecen todos a César. No es la ingenuidad de Plutarco la que se expresa así, sino la de la historia. Desde los partes de guerra de los faraones egipcios estamos acostumbrados a ella; hasta el día de hoy casi nada ha cambiado en ellos.

César sobrevivió dichoso a tantos enemigos. Se considera falto de tacto contabilizar en tales oportunidades las bajas propias. Se conocen pero no se las reprocha al gran hombre. En las guerras de César, comparadas con el número de los enemigos abatidos, no fueron excesivamente numerosas. Pero lo cierto es que sobrevivió a algunos miles de aliados y romanos; tampoco en este sentido salió con las manos totalmente vacías.

De generación en generación se repitieron estos orgullosos balances; en cada una aparecieron héroes guerreros en potencia. Su pasión de sobrevivir masivamente a otros hombres fue estimulada hasta la locura. El juicio de la historia parecía justificar su cometido, aun antes de lograrlo. Los más expertos en esta forma de supervivencia ocupan el lugar más alto y más seguro en ella. Para esta clase de gloria póstuma, en última instancia, más que la victoria y la derrota cuenta el monstruoso número de víctimas. Cabe preguntarse cómo se sentía realmente Napoleón durante la campaña de Rusia.

EL PODEROSO COMO SUPERVIVIENTE

Como tipo paranoico de mandatario podría designarse a. aquel que mantiene alejado de sí el peligro por todos los medios. En vez de provocarlo y confrontarlo, en vez de correr el riesgo de un destino quizá desfavorable en una lucha, busca cerrarle el paso con astucia y previsión. Creará espacio libre en torno suyo, un espacio que pueda abarcar, y advertirá y sopesará todo signo de acercamiento. Hará

esto por todos los lados, porque la conciencia de que se las tiene que ver con muchos que podrían atacarlo todos a la vez, mantiene vivo en él el miedo a ser cercado. El peligro está por doquier, no sólo ante él. Es incluso mayor a sus espaldas, donde podría no advertirlo a tiempo. Así tiene sus ojos por todas partes y no debe escapársele ni el más leve rumor porque podría corresponder a una presencia hostil.

El peligro por excelencia es naturalmente la muerte. Es importante aclarar con precisión cuál es la actitud del poderoso ante ella. La primera y decisiva característica del poderoso es su derecho sobre la vida y la muerte. A él nadie debe acercársele; quien le trae un mensaje, quien debe llegar a su cercanía es registrado de armas. Se mantiene sistemáticamente la muerte alejada de él; él mismo puede y ha de imponerla. Puede imponerla cuantas veces quiera. Su sentencia de muerte siempre se ejecuta. Es el sello de su poder; es absoluto sólo mientras su derecho de imponer la muerte le sea indiscutido.

Porque realmente sólo está sometido quien se deja matar por él. La última prueba de obediencia, de la que depende, es siempre la misma. Sus soldados son educados para una especie de doble disposición: son enviados a matar a sus enemigos y están dispuestos a dar la vida por él. Pero todos los demás súbditos que no son soldados también saben que en cualquier momento puede caer sobre ellos. El terror que él difunde le pertenece; es su derecho y por él es supremamente venerado. Se le adora en forma externa. Dios mismo ha pronunciado para todos los hombres vivos y por vivir la sentencia de muerte. De su capricho depende cuándo será ejecutada. A nadie se le ocurriría oponerse: sería una empresa inútil.

Pero a los poderosos de la tierra les resulta menos fácil que a Dios. No viven eternamente; sus súbditos saben que también sus días tienen término, término que incluso se puede acelerar. Como

cualquier otra cosa, el poder también tiene fin. Quien niega obediencia, presenta combate. Ningún gobernante está definitivamente seguro de la obediencia de su gente. Mientras se dejen matar por él puede dormir tranquilo. Pero en el momento en que uno se sustrae a su juicio, el gobernante corre peligro.

El sentimiento de ese peligro está siempre vivo en el poderoso. Ulteriormente, al hablar de la naturaleza de la orden, se verá que sus temores tienen que aumentar cuantas más órdenes suyas hayan sido ejecutadas. Sólo puede aquietar sus dudas dando un ejemplo. Dispondrá una ejecución capital por sí misma, sin que importe demasiado la culpa de la víctima. Necesitará cada tanto ejecuciones de esta índole, tanto más cuanto más aumenten sus dudas. Los más seguros, es decir los más perfectos de sus súbditos, son los que han ido a la muerte por él.

Cada ejecución de la que es responsable le confiere algo de fuerza. Es la fuerza del sobrevivir la que así se procura. Sus victimas no tienen que haberse vuelto realmente contra él, pero podrían haberlo hecho. Su miedo los transforma —quizás a posteriori— en enemigos que han luchado contra él. Él los ha condenado, ellos han sucumbido, él les ha sobrevivido. El derecho de pronunciar sentencias de muerte se convierte en su mano en un arma como cualquier otra, pero mucho más eficaz. Los soberanos bárbaros y orientales a menudo daban gran importancia a la acumulación de tales víctimas en su inmediata proximidad, de manera que siempre las tenían a la vista. Pero también donde la usanza se oponía a tal acumulación, los pensamientos de los poderosos estaban no obstante ocupados con ella. Un siniestro juego de esta especie se cuenta del emperador ro-mano Domiciano. El banquete por él ideado, y que con certeza nunca más ofreció de igual manera, evidencia con claridad la naturaleza más profunda del poderoso paranoico. El relato de este acontecimiento que se encuentra en Dión Casio dice así:

«En otra ocasión Domiciano entretuvo a los senadores y caballeros más importantes de la siguiente manera. Arregló un recinto en el que todo, cielorraso, paredes y piso, eran negros como la pez, y colocó en el suelo desnudos lechos vacíos del mismo color. A sus huéspedes les invitó de noche y sin séquito. Junto a cada uno hizo colocar primero una losa que tenía la forma de una lápida funeraria y que llevaba el nombre del huésped; a ello se agregaba una pequeña lámpara, como puede verse colgadas en los sepulcros. Entraron entonces unos muchachos desnudos igualmente pintados de negro, como espectros, que ejecutaron una danza horripilante en torno a los invitados y se arrojaron luego a sus pies. Después fueron servidos a los huéspedes los manjares que usualmente se ofrece en los sacrificios por las almas de los muertos, negros y en fuentes de igual color. Cada uno de los huéspedes esperaba temblando que en el próximo instante se le degollara. A excepción de Domiciano todos habían enmudecido. Reinaba un mortal silencio, como si uno ya se hallara en el reino de los muertos. El emperador mismo pronunciaba una oración en torno a la muerte y las masacres. Finalmente los despidió, no sin antes haber ordenado a sus esclavos, que esperaban en el vestíbulo, que se retirasen. Confió los invitados a otros esclavos que les eran desconocidos, y les hizo conducir en carros o literas a sus domicilios. De esta manera su miedo aumentó aún más. No bien cada invitado hubo llegado a su casa y comenzado a respirar, fue anunciado un mensajero del emperador. Mientras ahora cada uno estaba seguro de que había llegado su última hora, alguien le traía la losa, que era de plata. Otros venían con diversos objetos, entre ellos las fuentes, de material precioso, en las que se les había servido durante la cena. Al final se presentaba en casa de cada huésped el muchacho que lo había atendido como su espíritu especial; pero ahora lavado y adornado. Después de haber pasado toda la noche en angustia mortal, ahora recibían regalos».

Esto fue pues el «banquete fúnebre de Domiciano», como lo llamó el pueblo.

El incesante terror en que mantuvo a sus huéspedes los había hecho enmudecer. Sólo hablaba él y hablaba de muerte y de masacres. De manera que era como si ellos estuviesen muertos y sólo él aún con vida. Durante esta cena había reunido a todas sus víctimas, pues como tales debían sentirse. Disfrazado de anfitrión, pero en verdad como superviviente, hablaba a sus víctimas disfrazadas de huéspedes. Pero la situación del superviviente no era sólo evidente por el cúmulo de víctimas; también estaba intensificada de modo refinado. Si bien los invitados están como muertos, él todavía los puede matar. Se aferra así el proceso propiamente dicho de la supervivencia. Cuando los despide los ha indultado. Los hace nuevamente temblar entregándolos a esclavos extraños. Llegan a casa: él les envía otra vez mensajeros de muerte. Éstos les traen regalos y con ellos el mayor de los regalos, la vida. Él puede, por decirlo así, trasladarlos de la vida a la muerte y luego, de la muerte, atraerlos de vuelta a la vida. Se deleita repetidas veces con este juego. Se otorga así la máxima sensación de poder, no se puede imaginar otra superior.

LA SALVACIÓN DE FLAVIO JOSEFO

De la guerra entre romanos y judíos que tiene lugar durante la juventud de Vespasiano, nos llega la narración de un acontecimiento que alumbra de manera definitiva la naturaleza del superviviente. El mando supremo del lado romano lo detentaba Vespasiano, padre de Domiciano; fue durante esta guerra cuando los Flavios alcanzaron la dignidad imperial.

Los judíos se habían alzado desde algún tiempo contra la dominación de los romanos. Cuando el levantamiento se extendió, los judíos designaron comandantes para las diferentes partes del país. Habían de reunir a la gente para la guerra y poner las ciudades

en condiciones de defenderse con éxito contra las legiones romanas que no tardarían en llegar. A Josefo, aún joven, de apenas treinta años de edad, se le confió la provincia de Galilea. Con gran celo se abocó a la ejecución de su tarea. En su Historia de la Guerra judía describió los obstáculos contra los que tuvo que luchar: falta de unión entre los ciudadanos; rivales que intrigaban contra él y reunían tropas por cuenta propia; ciudades que se negaban a reconocer su mando supremo, o que después de algún tiempo terminaban por desertar. Pero con sorprendente energía puso en pie un ejército, aunque mal pertrechado, y preparó fortalezas para recibir a los romanos.

Cuando llegaron los romanos, bajo el mando de Vespasiano, éste traía consigo a su joven hijo Tito, un coetáneo de Josefo. En Roma, entonces, Nerón era aún emperador. Vespasiano tenía fama de ser un viejo y experimentado general que se había distinguido en varios escenarios bélicos. Penetró en Galilea y aisló a Josefo con el ejército de los judíos en la fortaleza de Jotapata. Los judíos se defendieron con el mayor coraje; Josefo tenía mucha inventiva y supo rechazar cada ataque; los romanos sufrieron duras pérdidas. Cuarenta y siete días duró la defensa. Cuando los romanos pudieron finalmente penetrar de noche gracias a un ardid —todos dormían y advirtieron la presencia del enemigo al clarear el día—, los judíos cayeron en una terrible desesperación y muchísimos se mataron entre sí.

Josefo escapó. Quiero citar su destino tras la ocupación de la ciudad con sus propias palabras, pues que yo sepa no hay en la literatura universal otro relato semejante de un superviviente. Josefo describe, con extraña conciencia, con una especie de comprensión de la esencia misma del sobrevivir, todo cuanto emprendió para escapar. No le fue difícil ser sincero, pues escribió este informe más tarde, cuando ya gozaba del gran favor de los romanos.

«Después de la caída de Jotapata, en parte por encono contra Josefo, en parte porque el comandante estaba sumamente ávido de su captura —casi como si fuese decisiva para el desenlace de la guerra—, los romanos buscaban al desgraciado entre los muertos y en todos los escondrijos secretos de la ciudad. Él, sin embargo, durante la ocupación de la ciudad, como por asistencia divina había pasado por entre los enemigos mismos y había saltado a una honda cisterna que se prolongaba lateralmente hasta dar en una espaciosa cueva, invisible desde arriba. En este escondite se encontró con que había cuarenta hombres eminentes provistos de víveres para muchos días. De día se mantenía escondido porque los enemigos tenían ocupadostodos los alrededores; de noche, sin embargo, subía para encontrar un camino de huida y situar a los centinelas. Pero, puesto que los alrededores estaban guardados por todos lados tan de cerca que no era posible pensar en escabullirse inadvertidamente, se dirigió de vuelta a la cueva. Durante dos días prosiguió las pesquisas; al tercer día, sin embargo, una mujer, que al comienzo había permanecido entre ellos y luego había sido hecha prisionera, lo delató. En el acto Vespasiano despachó a dos tribunos con el encargo de prometerle seguridad a Josefo y de inducirle a dejar la cueva.

»Los tribunos llegaron, trataron de persuadirlo y respondieron de su vida. Nada pudieron empero conseguir de él puesto que él creía saber qué le aguardaba por los perjuicios causados a los romanos. El carácter indulgente de aquellos que lo exhortaban de ningún modo cambió su opinión acerca de la suerte que le esperaba. No podía evitar el recelo de que se le quería atraer fuera con artimañas sólo para ejecutarlo. Finalmente Vespasiano envió un tercer mensajero en la persona del tribuno Nicanor, bien conocido de Josefo, del cual incluso había sido viejo amigo. Éste llegó y le informó del clemente proceder de los romanos contra los enemigos derrotados, le explicó asimismo que los generales admiraban a Josefo por su coraje, que no

lo odiaban y que el comandante de ninguna manera proyectaba hacerlo ajusticiar —puesto que bien podía infligirle tal pena también sin que saliera de la cueva—; que antes bien, estaba resuelto a perdonarle la vida por tratarse de un hombre valiente. Que por lo demás era inimaginable que Vespasiano le enviase a Josefo su amigo con la intención engañosa de disfrazar de amistad una falta de palabra; y que tampoco él, Nicanor, se habría prestado a engañar a un amigo.

»Pero como tampoco Josefo pudo llegar a una decisión con Nicanor, los soldados en su furor dispusieron preparativos para arrojar fuego en la cueva. Su jefe los contuvo puesto que le importaba mucho conseguir vivo al hombre. Ahora bien, mientras Nicanor lo urgía y la tropa enemiga profería amenazas sin cesar, en el recuerdo de Josefo se presentaron graves sueños en los que Dios le había re-velado la inminente desgracia de los judíos y el futuro destino de los emperadores romanos. Porque Josefo conocía la interpretación de los sueños: como sacerdote e hijo de sacerdote estaba íntimamente familiarizado con los vaticinios de los libros sagrados y era capaz también de explicar los anuncios que Dios había dejado en la ambigüedad. Precisamente en ese instante fue presa pues de divino entusiasmo, se le aparecieron los horrores de los sueños recientes en su fuero íntimo, y envió la siguiente oración a Dios: “Puesto que has resuelto doblegar al pueblo de los judíos que tú creaste, puesto que toda fortuna ha pasado a los romanos y has escogido mi alma para revelar el porvenir, tiendo la mano a los romanos y quedo con vida. A ti sin embargo invoco por testigo de que no es como traidor sino como servidor tuyo que me paso a ellos”.

»Después de esta oración dio palabra a Nicanor de que se entregaría. Cuando los judíos que se hallaban con él en el escondite se dieron cuenta de que estaba resuelto a ceder a las exhortaciones del enemigo, le rodearon en compacto montón y le abrumaron de

acusaciones. Le recordaron los muchos judíos que a sus instancias habían muerto por la libertad. Él, cuya reputación de coraje había sido tan grande ¿estaba dispuesto ahora a seguir viviendo como es-clavo? Él, cuya inteligencia tanto valía ¿esperaba clemencia de aquellos contra los que con tanta terquedad había combatido? ¿Se había olvidado por entero de sí mismo? La ley de los padres recaería pesadamente sobre él, y ofendía a Dios mostrándose tan amante de su propia vida. Él podría estar cegado por la fortuna de los romanos, pero ellos tenían presente el honor de su pueblo. Le ofrecieron sus brazos y espadas, para que cayera voluntariamente como conductor de los judíos; si no, moriría involuntariamente, como traidor. Desenvainaron sus espadas y amenazaron con atravesarlo si se rendía a los romanos.

»Josefo les tuvo miedo, pero le parecía una traición morir antes de satisfacer los encargos de Dios. En el apremio de su aflicción buscó argumentos racionales para rebatirles. Era hermoso morir en la guerra —les dijo— pero, según usanza de la guerra, de mano del vencedor. La peor cobardía, sin embargo, era matarse a sí mismo. El suicidio repugnaba a la naturaleza íntima de todo lo viviente y, al mismo tiempo, era un sacrilegio contra Dios el Creador. De Dios se había recibido la existencia y a Él debía confiársele también su fin. Dios odiaba y castigaba aún en sus descendientes a los que habían atentado con su propia mano contra sí mismos. No era conveniente añadir a la desgracia de la pérdida de tantos hombres un sacrilegio contra el Creador. No debían cerrar por nada el paso a su salvación, si es que ésta era posible; No era una deshonra para ellos sobrevivir, ya que su valentía la habían demostrado suficientemente en los hechos. Pero, si les aguardaba la muerte había de serles infligida por los vencedores. Él no pensaba pasarse al enemigo y convertirse así en traidor ante sí mismo. Anhelaba en cambio una traición de parte de los romanos. Moriría dichoso si a despecho de la palabra empeñada lo asesinaban y esa falta de palabra, por la que les

alcanzaría el castigo de Dios, érale un consuelo mayor que la victoria.

»Así, a Josefo todo se le ocurrió para disuadir a sus compañeros del suicidio. Pero la desesperación les hacía sordos a todas las argumentaciones. Desde hacía mucho tiempo se habían consagrado a la muerte, y sus palabras sólo lograron acrecentar su odio. Le culparon de cobardía y avanzaron de todos lados sobre él, espada en mano. Cada uno parecía dispuesto a traspasarlo en el acto. El trance suscitó en él una multiplicidad de actitudes: interpeló a uno por su nombre y a otro le clavó la mirada de mando; a un tercero le tomó de la mano, a un cuarto le hizo cambiar de opinión mediante súplicas. Así iba consiguiendo apartar de sí la espada homicida. Era como la bestia acorralada que se vuelve siempre contra quien hace ademán de atacarla. Puesto que, incluso en esta situación extrema, aún respetaban en él al comandante, sus brazos quedaron como paralizados, los puñales cayeron de sus manos y muchos que habían levantado la espada contra él volvieron espontáneamente a envainarla.

»A pesar de esta situación desesperada Josefo no perdió su circunspección; antes bien, con confianza en la asistencia de Dios, puso en juego su vida y dijo así a sus compañeros: "Dado que hemos tomado la resolución de morir y que esta resolución es irrevocable, ha-remos que la suerte decida quién de nosotros ha de acabar respectivamente con otro. Cada uno al que le toque la suerte ha de morir de la mano del siguiente. De tal manera la suerte de morir nos toca a todos y ninguno se ve obligado a matarse a sí mismo. Sería de verdad una gran injusticia si, tras la muerte de sus compañeros, el último se arrepintiera y salvara su vida".

»Esta proposición le procuró otra vez la confianza y después que todos se hubieran declarado conformes con ella, él mismo intervino en el sorteo. Así pues, cada uno que era señalado por la suerte

voluntarioso se dejaba privar de la vida por el que le seguía, sabiendo que de inmediato también debía morir el jefe, y la muerte con Josefo les parecía mejor que la vida. Al final quedó precisamente Josefo mismo, dígase por feliz casualidad o por divina providencia, con otro compañero; y no queriendo ser tocado por la suerte él mismo, ni tampoco, si salía último de todos, manchar su mano con la sangre de un camarada, persuadió a éste a que se entregaran a los romanos y con ello salvaran su vida.

»Después de que Josefo hubo salido así airoso de la lucha con los romanos como también de aquella con su propia gente, fue conducido por Nicanor ante Vespasiano. Todos los romanos afluyeron para ver al comandante de los judíos, y la muchedumbre que se apretujaba a su alrededor daba grandes voces. Unos se regocijaban por su captura, otros lo amenazaban, otros incluso se abrían paso con violencia para poder verlo de cerca. Los más alejados gritaban que se ajusticiara al enemigo, los que estaban más cerca recordaban sus hazañas y admirábanse del cambio en su destino. Entre los oficiales, sin embargo, no había ninguno, a despecho de todo encono previo en su contra, que no se sintiera ahora enternecido por su aspecto. En especial fue al noble Tito, de su misma edad, al que la perseverancia de Josefo en la desgracia y la compasión para con su juventud conmovieron poderosamente. Quería salvarle la vida e intercedió con toda su fuerza en su favor ante su padre. Vespasiano, sin embargo, hizo ponerlo bajo fuerte custodia; su intención era enviárselo sin demora a Nerón.

»Cuando Josefo oyó hablar de esto pidió hablar unas palabras con Vespasiano ante dos testigos. El comandante ordenó a todos los presentes que se retiraran, a excepción de su hijo Tito y dos amigos de confianza. Josefo, entonces, habló así: "Tú crees Vespasiano que no soy más que un prisionero de guerra que has logrado dominar. Te equivocas: estoy ante ti como portavoz de asuntos más importantes. Yo, Josefo, debo cumplir para contigo un encargo de

Dios. Si no fuese así, bien habría sabido qué exige la ley de los judíos y cómo ha de morir un comandante. ¿Me quieres enviar a Nerón? ¿Para qué? Sus sucesores, que aún han de ocupar el trono antes que tú, no lo mantendrán durante mucho tiempo. ¡Tú mismo, Vespasiano, llegarás a ser César y emperador, y éste tu hijo, después de ti! Ahora hazme encadenar más firme y guárdame para más tarde, para ti. Porque serás César y soberano, no sólo sobre mí, sino sobre tierra y mar y toda la estirpe humana. ¡Hazme vigilar de la manera más estricta y entonces, si he hablado con ligereza en nombre de Dios, hazme ejecutar como me corresponde!"

»Vespasiano al comienzo no dio mucho crédito a estas palabras y se inclinó a considerarlas un ardid con el que Josefo procuraba salvarse la vida. Lentamente, sin embargo, comenzó a creerlas. Dios mismo había despertado en él la idea del trono, y le había insinuado su futuro reinado también por otros signos. Se enteró además de que su prisionero ya en otras ocasiones había vaticinado el porvenir. Uno de los amigos de Vespasiano, presente en la entrevista secreta, expresó su sorpresa ante el hecho de que Josefo no hubiese predicho ni la destrucción de Jotapata ni su propia captura: lo que ahora alegaba quizá fuera palabrería hueca para ganarse el favor del ene-migo. Josefo respondió con lo que había vaticinado a las gentes de Jotapata: que al cabo de 47 días caerían en manos del enemigo y que él mismo sería capturado vivo. Vespasiano ordenó en secreto hacer averiguaciones entre los prisioneros; cuando las declaraciones de Josefo se confirmaron, comenzó a dar crédito al vaticinio respecto a su propia persona. Si bien mantuvo a Josefo cautivo y encadenado, le obsequió una lujosa vestidura y otros objetos suntuosos. En lo sucesivo se le dispensó también un trato amable, lo que debía agradecer a Tito.»

La autoafirmación de Josefo se divide en tres actos diferentes. Una vez escapa a la masacre en la fortaleza conquistada de Jotapata. Todos los defensores de la ciudad que no se quitan la vida a sí

mismos, son muertos por los romanos; algunos son hechos prisioneros. Josefo se pone a salvo en la cueva situada junto a la cisterna. Aquí encuentra a cuarenta hombres que califica enfáticamente de "eminentes". Todos son supervivientes como él. Se han aprovisionado y esperan mantenerse ocultos hasta que se les ofrezca un camino para escapar de los romanos.

Pero el paradero de Josefo, al que se busca por encima de todos, es denunciado a los romanos por una mujer. Con ello la situación queda básicamente modificada y comienza el segundo acto, el más interesante de todo el relato: por la sinceridad con que es evocado por su protagonista puede calificárselo como único.

Los romanos le prometen la vida. No bien les cree, dejan de ser sus enemigos. Visto en el sentido más profundo, es cuestión de fe. Una visión onírica, profética, se le ocurre en el momento preciso. Se le ha advertido que los judíos serán vencidos. Han sido vencidos, si bien por el momento sólo en la fortaleza que él mandaba. La suerte está del lado de los romanos. La visión en que esto le fue anunciado venía de Dios. Con ayuda de Dios encontrará asimismo el camino hacia los romanos. Se encomienda a Dios y se vuelve ahora contra sus nuevos enemigos, los judíos que, junto con él, están en la cueva. Estos quieren cometer un suicidio para no caer en manos de los romanos. Él, su jefe, que los había alentado al combate, debería ser el primero dispuesto a este tipo de muerte. Pero él está firme mente decidido a vivir. Trata de persuadirlos; mediante cien argumentos busca quitarles las ganas de morir. No tiene éxito. Cualquier cosa que diga contra la muerte acrecienta la ciega decisión y también su ira contra él, que quiere sustraerse a la muerte. Ve que sólo puede escapar si mueren los otros.

El engaño es total. Es el engaño de todos los conductores, Se dan como si encabezaran la marcha de su gente hacia la muerte. En realidad los envían de avanzada a la muerte, para quedar con vida

ellos mismos. El ardid es siempre el mismo. El conductor quiere sobrevivir; se fortalece en ello. Si tiene enemigos a los que sobrevivir, bien; si no, tiene su propia gente. En todo caso utiliza a ambos, alternados o a la vez: a los enemigos los utiliza abiertamente, por ello son enemigos. A su propia gente sólo puede utilizarla a escondidas.

En la cueva de Josefo se hace evidente este ardid. Afuera están los enemigos. Ellos son los vencedores, pero su vieja amenaza ahora se ha transformado en salvación. Dentro, en la cueva, están los amigos. Continúan en la vieja convicción de su conducta, con la que él mismo los ha colmado, y se niegan a aceptar la nueva salvación. Así, la cueva en la que se quería salvar el conductor se convierte para él en el gran peligro. Engaña a sus amigos, que pretenden poner sus manos sobre él como sobre sí mismos, y los envía de avanzada a la muerte común. Desde el comienzo se sustrae a ésta en su pensamiento y finalmente también de hecho. Queda, junto con un único camarada. Puesto que, como dice, no quiere manchar sus manos con la sangre de un compañero, convence a éste de que se entregue a los romanos. Sólo a él logra persuadirlo a vivir. Cuarenta hubieran sido demasiados. Los dos se salvan con los romanos.

Así también salió indemne de la lucha con su propia gente. Precisamente eso es lo que aporta a los romanos: el realzado sentimiento de su propia vida, nutrido por la muerte de su gente. La transferencia de este poder nuevamente adquirido a Vespasiano es el tercer acto en la salvación de Josefo. Se expresa en una promesa profética. A los romanos les era muy bien conocida la rígida fe en Dios de los judíos. Sabían qué era lo último a lo que un judío se obligaría a sí mismo: hablar con ligereza en nombre de Dios. Josefo debía en verdad anhelar vehementemente ver a Vespasiano emperador en vez de Nerón. Éste, a quien se le quería enviar, no le había prometido la vida. De Vespasiano en todo caso tenía una palabra. También sabía que Nerón despreciaba a Vespasiano, que

acostumbraba a dormirse durante sus recitales de canto. Con frecuencia le había tratado con mal humor y sólo ahora que el levantamiento de los judíos asumía proporciones peligrosas había vuelto a sacarlo a la palestra como viejo y experimentado general. Vespasiano tenía muchos motivos para desconfiar de Nerón. La promesa de un futuro señorío debía serle bienvenida.

Josefo debe haber creído él mismo en este mensaje de Dios que debía transmitir a Vespasiano. Llevaba la profecía en la sangre. Se consideraba buen profeta. Así aportaba a los romanos algo que ellos no tenían. A sus dioses no los tomaba en serio; lo que venía de ellos lo consideraba superstición. Pero también sabía que debía convencer a Vespasiano —quien, como todo romano, despreciaba a los judíos y su fe—, de la seriedad y validez de su mensaje. La seguridad con que se presentó, el vigor con que se expresó —él, uno sólo, solo entre enemigos a los que había infligido lo peor, enemigos que hasta hace poco lo maldecían—, la fe en sí mismo, más intensa en él que cualquier otra fe, los debía al sobrevivir a su propia gente. Lo que le había resultado bien en la cueva lo aplicó a Vespasiano, que sobrevivió a Nerón, treinta años menor que él, y a sus sucesores, que no fueron menos de tres. Cada uno de ellos, por decirlo así, cayó por la mano del otro y Vespasiano fue emperador romano.

AVERSIÓN DE LOS JEFES A LOS SUPERVIVIENTES. SOBERANOS Y SUCESORES

Muhammad Tughlak, el Sultán de Delhi, tenía varios planes que superaban en grandiosidad a los de Alejandro o Napoleón: entre ellos, la conquista de China por la travesía del Himalaya. Puso en pie un ejército de 100.000 jinetes. El año 1337 este ejército se puso en marcha: pereció cruelmente en la alta montaña. Sólo lograron salvarse diez hombres. Ellos regresaron a Delhi con la noticia de la desaparición de todos los otros. Estos diez hombres fueron ejecutados por orden del sultán.

La aversión de los mandatarios contra los supervivientes es general. Todo sobrevivir lo consideran de facto como perteneciéndoles exclusivamente, es su riqueza propiamente dicha, su más preciado bien. Quien se permita, de manera sospechosa, bajo circunstancias peligrosas, muy especialmente entre muchos otros, sobrevivir, mete mano en sus asuntos y contra aquel se dirige su odio.

Donde existió una forma de señorío indiscutido, en el Oriente islámico por ejemplo, la furia de los detentadores del poder contra los supervivientes podía manifestarse abiertamente. Los pretextos que quizásaún debían encontrar para aniquilarlos, encubrían sólo veladamente el descarnado móvil que los animaba.

Por secesión de Delhi se configuró otro imperio islámico en el Dekán. Un sultán de esta nueva dinastía, Muhammad Shah, mantuvo durante todo su gobierno el más duro combate contra los vecinos reyes hindúes. Un día los hindúes lograron conquistar la importante ciudad de Mudkal. Todos sus habitantes, hombres, mujeres y niños, fueron asesinados. Un único hombre escapó y trajo la nueva a la capital del sultán. «Cuando éste oyó aquello —dice el cronista— quedó abrumado por el dolor y la ira: ordenó que el infortunado mensajero fuese ejecutado de inmediato. Que le era imposible soportar en su presencia a un miserable que había visto y sobrevivido la masacre de tantos bravos cantaradas.»

Aquí, en el fondo, aún puede hablarse de un pretexto, y es verosímil que este sultán no supiera realmente por qué no soportaba la visión del único salvado. El califa de Egipto, Hakim, que gobernó alrededor del año 1000, veía con mucha mayor claridad los juegos del poder y los disfrutaba de una manera que recuerda al emperador Domiciano. Hakim amaba vagabundear de noche bajo todo tipo de disfraces. En una de sus caminatas nocturnas encontró sobre una colina cercana del Cairo diez hombres bien armados, que le reconocieron y le pidieron dinero. Les dijo: «Separaos en dos

gruposy luchad entre vosotros, al que se lleve el triunfo le daré el dinero». Ellos obedecieron y lucharon con tal vehemencia que nueve de ellos perdieron la vida. Al décimo que quedaba, Hakim le arrojó gran cantidad de piezas de oro. Pero mientras el hombre se agachaba para recogerlas, Hakim lo hizo despedazar por sus sirvientes. Demostró así su clara comprensión del proceso de la supervivencia; lo gozaba como una suerte de representación que él mismo provocaba, y al final el aniquilamiento del superviviente aún le daba alegría.

La más peculiar es la relación del mandatario para con su sucesor. Si se trata de una dinastía y el sucesor es su hijo, la relación con éste se hace doblemente difícil. Es natural que el hijo le sobreviva, como todo hijo, y es natural que rápidamente el hijo acreciente en sí la pasión por la supervivencia, pues él mismo ha de llegar a ser mandatario. Ambos tienen todo fundamento para odiarse mutuamente. Su rivalidad, que parte de condiciones desiguales, se extrema precisamente en esta desigualdad hasta alcanzar una agudeza especial. El uno, que tiene el poder en sus manos, sabe que ha de morir antes que el otro. El otro, que aún no tiene el poder, se siente seguro de sobrevivir. La muerte del mayor, que de todos es el que menos quiere morir —pues de no ser así no sería detentador del poder— se anhela ardientemente. Por otra parte, el acceso del menor al gobierno es aplazado por todos los medios. Es un conflicto para el que no hay solución real. La historia está repleta de tales rebeliones de hijos contra padres. Algunos lograron derrocar a los padres, otros fueron vencidos por ellos y agraciados o asesinados.

Es natural que en una dinastía de soberanos longevos y absolutos los levantamientos de los hijos contra sus padres se conviertan en una especie de institución. Un vistazo a los emperadores Moghules en India resulta aquí revelador. El príncipe Salim, hijo mayor del emperador Akbar, «ardía de ganas de tomar en sus manos las riendas

del gobierno,y estaba furioso por la larga vida de su padre, que le mantenía apartado del goce de las altas dignidades. Decidió pues usurparlas, asumió arbitrariamente el nombre de un rey y se arrogó las prerrogativas de tal». Así dice un informe contemporáneo debido a los jesuítas, que conocían bien al padre y al hijo, y cortejaban a ambos. El príncipe Salim creó una corte propia. Contrató asesinos que asaltaron y mataron en una emboscada al más íntimo amigo y consejero de su padre. Tres años duró la rebelión del hijo; durante ese tiempo se llegó una vez a una reconciliación hipócrita. Finalmente Salim fue amenazado con la toma de posesión de otro heredero al trono y bajo esta presión aceptó una invitación a la corte de su padre. Primero se lo recibió cordialmente; después su padre lo arrastró a un aposento interior, lo abofeteó y lo encerró en un baño. Se lo entregó a un médico y a dos criados, como si estuviese trastornado; se le suprimió el vino, al que era muy aficionado. En este momento el príncipe tenía 36 años. Después de algunos días Akbar lo despidió y volvió a instituirlo en su dignidad de heredero al trono. Al año siguiente Akbar murió de una disentería. Se decía que su hijo lo había envenenado; pero hoy ya no puede mantenerse esta sospecha. «Después de la muerte de su padre, que tanto había ansiado», el príncipe Salim fue por fin emperador; tomó el nombre de Yahanguir.

Akbar había reinado 45 años, Yahanguir reinó 22. Pero durante este reinado que duró la mitad, vivió exactamente la misma experiencia que su padre. Su hijo predilecto Shah Yahán, a quien él mismo había designado sucesor del trono, se levantó contra él y durante tres años llevó a cabo una guerra contra el rey. Shah Yahán fue derrotado y solicitó la paz a su padre. Fue agraciado bajo una dura condición: tuvo que enviar sus dos hijos como rehenes a la corte imperial. Él mismo se cuidó de volver a presentarse ante su padre, y esperó la muerte de él. Dos años después del tratado de paz murió Yahanguir y Shah Yahán fue emperador.

Shah Yahán gobernó 30 años. Lo que había ocasionado a su padre, ahora le sucedió a él; pero su hijo tuvo más suerte. Aurangzeb, el menor de los dos que otrora habían vivido como rehenes en la corte del abuelo, se levantó contra su padre y su hermano mayor. La célebre «guerra de sucesión», que se inició entonces y ha sido relatada por testigos oculares europeos, terminó con la victoria de Aurangzeb. Hizo ejecutar al hermano, al padre le mantuvo durante ocho años en cautiverio, hasta su muerte.

Aurangzeb, poco después de su victoria, se hizo emperador y gobernó medio siglo. A su propio hijo favorito la paciencia se le acabó mucho antes. Se rebeló contra su padre, pero el viejo era mucho más astuto que el hijo y supo arreglárselas para enfrentarle a sus aliados. El hijo debió huir a Persia y murió aún antes que él, en el exilio.

Si se contempla globalmente la historia dinástica del imperio Moghul, se percibe un cuadro sorprendentemente uniforme. El tiempo de su esplendor dura 150 años; en este tiempo no gobiernan más que cuatro emperadores, uno hijo del otro, cada uno de ellos tenaz y longevo y prendido con todas las fibras de su corazón al poder. Sus períodos de gobierno son de notable duración: Akbar gobernó 45 años, su hijo 22, su nieto 30 y su bisnieto 50 años. Comenzando por Akbar ninguno de los hijos aguanta el tiempo de espera, cada uno de los que más tarde llega a ser emperador se levanta como príncipe contra su padre. Estos levantamientos terminan de diversa manera, Yahanguir y Shah Yahán son derrotados y agraciados por sus padres. Aurangzeb toma preso a su padre y lo depone. Su propio hijo más tarde muere sin éxito en el exilio. Con la muerte de Aurangzeb mismo el poder del Imperio Moghul desaparece.

En esta longeva dinastía todo hijo se levantó contra su padre, y todo padre hizo la guerra contra su hijo.

El más extremo sentimiento de poder existe allí donde el detentador del poder menos quiere un hijo. El caso mejor atestiguado es el caso de Shaka, quien durante el primer tercio del siglo pasado fundó la nación y el imperio de los zulúes en África del Sur. Era un gran general, se le ha comparado con Napoleón, y probablemente no hubo nunca un detentador del poder más crudo que él. Rehusaba casarse porque no quería heredero legítimo. Tampoco las insistentes súplicas de su madre, a la que siempre trataba con respeto, lograron hacerle cambiar de opinión. Ella nada deseaba tanto como un nieto, pero él insistió en su decisión. Su harén estaba formado por cientos de mujeres, que al final llegaron a ser 1.200; su título oficial era el de «hermanas». Les estaba prohibido estar encinta o, peor aún, parir un niño. Se hallaban bajo control estricto. Toda «hermana» encinta que se dejaba coger era castigada con la muerte. Shaka mató con sus propias manos al hijo de una de estas mujeres, que le había sido ocultado. Se tenía muy en cuenta su arte amatorio, siempre controlaba sus fuerzas y por ello era del parecer de que ninguna-mujer podía concebir de él. Así no se encontró en situación de temer un hijo en crecimiento. A la edad de 41 años fue asesinado por dos de sus hermanos.

Si estuviese permitido pasar de los mandatarios terrestres a los divinos, cabría rememorar aquí al Dios de Mahoma, cuya autocracia es de las de todos los dioses la más indiscutida. Desde el comienzo de los tiempos está solo en las alturas y no tiene que luchar, como el Dios del Antiguo Testamento, contra rivales serios. En el Corán siempre se vuelve a aseverar enfáticamente que no fue engendrado por nadie, pero que tampoco engendra a ninguno. La polémica contra el cristianismo, que en ello se expresa, se origina a partir del sentimiento de unidad e indivisibilidad de su poder.

En oposición a ello hay mandatarios orientales con cientos de hijos, que deben combatir entre sí para decidir quién llega realmente a ser el sucesor. Hay que reconocer que la conciencia de la hostilidad que

los divide atenúa la amargura que siente el padre por la sucesión de cualquiera de ellos.

Hablaremos en otra parte del sentido más profundo de la sucesión, de su intención y ventajas. Aquí sólo habrá de señalarse que soberanos y sucesores se hallan en una especial enemistad unos con otros, enemistad que precisamente debe aumentar con esta pasión más propia del poder: la pasión por sobrevivir.

LAS FORMAS DE LA SUPERVIVENCIA

Contemplar las formas de la supervivencia no es ocioso, hay muchas y es importante no descuidar ninguna.

El primerísimo proceso en la vida de cada hombre, mucho antes del nacimiento y con certeza superior a él en significado, el acontecimiento de la procreación, no ha sido visto aún bajo este importante aspecto de la supervivencia. A partir del momento en que el espermatozoide penetra en el óvulo, se sabe mucho, se podría decir que se sabe todo. Pero casi no se ha meditado acerca del hecho de que un número avasallador de espermatozoides no llega nunca a la meta, si bien participan activamente en el proceso global. No es un espermatozoide el que busca su senda hacia el huevo. Hay aproximadamente 200 millones. En una eyaculación son expulsados juntos y luego se mueven en grupo denso y compacto hacia una meta.

Su número es pues enorme. Puesto que todos han nacido por división, son iguales entre sí; su densidad difícilmente podría ser mayor, y todos ellos tienen una y la misma meta. Recuérdese que precisamente estos cuatro rasgos fueron señalados como características esenciales de la masa.

No hace falta destacar que una masa de células seminales no puede ser lo mismo que una masa de hombres. Pero hay indudablemente

una analogía, y quizás más que una mera analogía entre ambos fenómenos.

Todos estos espermatozoides, sea en el camino hacia la meta, sea más tarde en su inmediata proximidad, perecen. Un solo espermatozoide penetra en el óvulo. Muy bien se lo puede designar como el superviviente. Es, por decirlo así, su conductor y ha logrado sobrevivir a todos los que condujo. De este superviviente de 200 millones de sus iguales se forma todo hombre.

A partir de esta elemental, aunque nunca bien ponderada forma, pasamos a otras que son más familiares. En capítulos precedentes se habló especialmente del matar. Se lucha contra enemigos: contra un enemigo aislado, en el asesinato o en el asalto por sorpresa o en combate singular; contra una muta, por la que uno se siente cercado, o finalmente contra toda una masa. Aquí uno no está solo: uno se lanza a la batalla junto con la propia gente. Pero la supervivencia se percibe tanto más como perteneciente a uno solo, cuanto más elevado es el rango que uno ocupa. El «general» vence. Pero como de la propia gente también han caído muchos, el montón de los muertos es mixto, formado por amigos y enemigos; la batalla es la transición hacia el caso «neutral» de la epidemia.

El matar limita aquí con el morir, a saber con su caso más monstruoso, el morir en epidemias y catástrofes naturales. Aquí se sobrevive a todos, que son mortales, amigos y enemigos a la vez. Todas las relaciones se disuelven, el morir puede volverse tan universal que ya no se sabe quién es enterrado. Muy características son las viejas y renovadas historias de gente que resucita bajo los muertos, despierta entre muertos en medio de su montón. Tales gentes se inclinan a considerarse invulnerables, héroes de la peste, por decirlo así.

Una satisfacción más moderada y encubierta deriva del morir esporádico de los hombres. Se trata de parientes y amigos. No mata

uno mismo, uno no se siente agredido. No se coopera en nada, pero se espera la muerte del otro. Los más jóvenes sobreviven a los mayores, el hijo al padre.

El hijo encuentra natural que el padre muera antes que él. El deber le manda apresurarse a su lecho de muerte, cerrarle los ojos y llevarlo a la tumba. Durante este acontecimiento, que se prolonga durante días, el padre yace muerto ante él. El que pudo darle órdenes como ningún otro, ha enmudecido. Indefenso, debe aguantar todas las manipulaciones de su cuerpo, y el hijo, que en otro tiempo y durante muchos años estuvo bajo su poderío, dispone ahora de él.

La satisfacción por sobrevivir está presente incluso aquí. Resulta de las relaciones entre ambos: uno, durante muchos años, fue débil e indefenso y estuvo totalmente dominado por el otro; éste, en otro tiempo todopoderoso, está ahora derrocado y extinguido; aquél dispone de sus inanimados despojos.

Todo lo que el padre deja fortalece al hijo. La herencia es su botín. Con ella puede hacer todo lo contrario de lo que el padre hubiera hecho. Si éste era ahorrativo, el hijo puede ser dilapidador, si era sensato, el hijo puede ser atolondrado. Es como una nueva ley, cuya validez se promulga ahora. La ruptura es tremenda, irreparable. Se ha consumado por supervivencia, en su forma más personal e íntima.

Muy distinta es la supervivencia entre coetáneos. La tendencia a sobrevivir aquí, tratándose del propio grupo, se halla velada por formas atenuadas de rivalidad. Un grupo de personas de la misma edad forma parte de una clase edad. Por medio de determinados ritos, difíciles y a menudo crueles pruebas, los jóvenes ascienden de una clase a la clase inmediatamente superior. Se puede —excepcionalmente— morir en una de esas pruebas.

Los viejos, quienes después del decurso de cierto número de años se conservan con vida, gozan entre los pueblos primitivos de gran prestigio. Entre éstos los hombres por lo común mueren jóvenes; viven entre mayores peligros y están mucho más expuestos a las enfermedades que nosotros. Para ellos es una hazaña alcanzar cierta edad, y el hecho tiene su recompensa en sí. Los viejos no sólo saben más, ni sólo han adquirido experiencia en más situaciones, sino que también se han dado buena prueba de resistencia porque aún están vivos. Tienen que haber tenido suerte para haber salido indemnes de cacerías, guerras y accidentes. Su prestigio creció con el superar los peligros. Pueden acreditar sus victorias sobre los enemigos mediante trofeos. Su continuada existencia como miembros de una horda, que nunca está formada por demasiados hombres, es particularmente llamativa. Participaron de muchas ocasiones de lamentación. Sin embargo aún están vivos, y las muertes de los de su mismo grupo de edad contribuyen a su prestigio. Puede que esto no sea tan valioso para los miembros de un grupo como las victorias sobre los enemigos. Una cosa sin embargo es indiscutible: el éxito más elemental y evidente es el de estar aún con vida. Los viejos no sólo existen, aún existen. Pueden tomar a discreción esposas jóvenes, mientras que los muchachos a veces tienen que conformarse con mujeres maduras. Es cosa de hombres viejos el determinar hacia dónde se migra, contra quién se guerrea, con quién aliarse. En la medida en que puede hablarse de gobierno, en tales condiciones de vida, son ellos, los viejos, quienes gobiernan.

El deseo de tener una larga vida, que en la mayoría de las culturas desempeña un rol importante, significa, en realidad, que se quiere sobrevivir a los propios coetáneos. Uno sabe que muchos mueren jóvenes y desea otro destino para sí mismo. Rogando a los dioses por tener una larga vida cada hombre se exceptúa de sus camaradas. Si bien no los menciona en la plegaria, se imagina que llegará a más viejo que ellos. Es «sana» la longevidad de un patriarca, que puede

ver muchas generaciones de descendientes. No se piensa en patriarcas simultáneos. Es como si comenzase con él una nueva estirpe. Mientras los nietos y bisnietos estén con vida, tampoco importa si algunos de sus hijos lo han precedido en la muerte; aumenta su prestigio el que su vida sea más tenaz que la de ellos.

En la clase de los más ancianos al final queda vivo uno sólo, precisamente el más viejo de todos. Según la duración de su vida se determinaba el siglo etrusco, acerca del que es provechoso decir algunas palabras.

El «siglo» entre los etruscos es de longitud variable, ora breve, ora prolongado, y su duración debe ser determinada en cada oportunidad. Toda generación tiene un varón que llega a más viejo que los demás. Cuando éste, que ha sobrevivido a todos, muere, los dioses dan ciertos signos a los hombres. Del momento de su muerte depende la longitud del siglo: si el superviviente tenía 110 años, este siglo tiene 110 años; si murió a los 105, resulta sólo de 105 años. El superviviente es el siglo, los años de su vida lo constituyen.

Toda ciudad y todo pueblo tienen una duración predeterminada. A la nación de los etruscos le corresponden diez de tales siglos; se calculan a partir de la fundación de una ciudad. Si el superviviente de cada generación dura particularmente mucho, la nación entera llega a mucho más vieja. Esta relación es curiosa; como institución religiosa es única.

El sobrevivir a distancia temporal es la única forma en la que se es inocente. No se provoca la muerte de quienes han vivido mucho antes que uno, a los que uno mismo no conoció; no puede haberse deseado ni esperado su muerte. Uno se entera de que existieron cuando ya no existen. La conciencia que se tiene de ellos les procura una forma, por cierto muy moderada y a menudo vana, de supervivencia. En este sentido quizás uno les sea más útil de lo que a

uno le son ellos. Así se puede demostrar, sin embargo, que también ellos contribuyeron al propio sentimiento de supervivencia.

Así, existe la supervivencia a los antepasados, que uno no ha conocido; y a toda la humanidad anterior en general. Esta última vivencia se la tiene en los cementerios. Se vincula con la supervivencia en una epidemia: en vez de la peste, la epidemia es la muerte en general, reunida desde hace muchas épocas en un único lugar.

Podría objetarse que en esta investigación del superviviente no se trata nada más que de lo que bajo el concepto más antiguo del instinto de autoconservación se conocía desde siempre.

Pero, ¿coincide realmente lo uno con lo otro? ¿Son una y la misma cosa? ¿Gomo imaginarnos los efectos del instinto de autoconservación? A mi juicio, este concepto no es acertado porque postula al hombre singular, solo. El acento, por un lado, está puesto en el prefijo auto. Más importante aún es la segunda parte de la palabra, conservación. Con ella uno se refiere propiamente a dos cosas: en primer lugar, a que toda criatura debe comer para permanecer viva, y en segundo lugar, a que debe defenderse contra toda agresión. Es como imaginar una criatura rígida como un monumento, que con una mano se alimenta y con la otra mantiene a distancia al enemigo. ¡Criatura pacífica, en el fondo! Si se la dejara en paz comería un puñado de yerbas y a nadie causaría el menor mal.

¿Hay representación del hombre más inadecuada, más errada y ridícula? Es verdad, el hombre come, pero no come lo que una vaca, y nadie le saca al pastizal. La manera con que se procura su presa es pérfida, cruenta y tenaz y su comportamiento es todo, menos pasivo. A los enemigos no los mantiene a distancia con mansedumbre, sino que los ataca ya cuando los husmea a lo lejos. Sus armas agresivas están mejor desarrolladas que las armas que le sirven para la defensa. El hombre se quiere conservar, cierto, pero

hay otras cosas que quiere a la vez, inseparables de ello. El hombre quiere matar para sobrevivir a los demás. Y no quiere morir para que los demás no le sobrevivan. Si ambas cosas se las pudiese resumir como autoconservación, el término tendría algún sentido. Pero no se ve por qué uno ha de atenerse a un concepto tan aproximado, si hay otro que capta mejor el hecho.

Todas las formas enumeradas de la supervivencia son antiquísimas, se encuentran ya, como se demuestra en lo que sigue, entre los pueblos primitivos.

EL SUPERVIVIENTE EN LAS CREENCIAS DE LOS PUEBLOS PRIMITIVOS

Por mana se entiende, en los mares del Sur, una especie de poder sobrenatural e impersonal, que puede pasar de un hombre a otro. Es un poder muy deseable y es posible enriquecerlo en individuos aislados. Un guerrero valiente lo puede adquirir en gran medida. Pero no lo debe a su experiencia en el combate ni a su fuerza corporal, sino que se le transfiere a él el mana de su enemigo abatido.

«Así en las Marquesas un miembro de la tribu podía llegar a ser jefe de guerra por su coraje personal. Se suponía que el guerrero contenía en su cuerpo el mana de todos los que había matado. En proporción a su coraje crecía su propio mana. No obstante, en la mente del nativo su coraje era el resultado y no la causa de su mana. Con cada muerte que lograba crecía también el mana de su lanza. El vencedor en el combate de hombre a hombre asumía el nombre del enemigo abatido: signo de que su poder ahora le pertenecía. Para incorporar directamente su mana comía de su carne; y para fijar ese crecimiento de poder durante una batalla, para asegurarse la íntima relación con el mana capturado, llevaba sobre su cuerpo como parte de su equipo de guerra, cualquier parte corporal del enemigo

vencido, un hueso, una mano reseca, a veces incluso un cráneo entero.»

No se puede formular con mayor claridad el efecto de la victoria sobre el superviviente. Matando se ha hecho más fuerte, y el acrecentamiento en mana lo capacita para nuevas victorias. Es una especie de bendición que arranca al enemigo, pero sólo puede recibirla cuando éste ha muerto. La presencia física del enemigo, vivo y muerto, es indispensable. Tiene que haberlo combatido y tiene que haberlo matado; del propio acto de matar depende todo. Las partes manejables del cadáver, de las que el vencedor se asegura, que se incorpora, con las que carga, le recuerdan siempre el acrecentamiento de su poder. Se siente más fuerte gracias a ellas e inspira terror con ellas: todo nuevo enemigo que desafíe temblará ante él y con horror verá su propio destino.

Una relación más personal pero igualmente ventajosa entre el matador y el abatido existe según la creencia de los murngin en la tierra de Arnhem. El espíritu del abatido entra en el cuerpo del matador y le confiere doble fuerza, le hace efectivamente más grande. Es de imaginar que esta ganancia incita a los jóvenes a la guerra. Cada uno busca un enemigo para apoderarse de su fuerza. Pero sólo logra su intención si lo ultima de noche, pues durante el día la víctima puede ver a su asesino y estará entonces demasiado airada para entrar en su cuerpo.

Este proceso de «entrar» ha sido narrado con exactitud. Es tan curioso que daremos aquí buena parte de la narración.

«Cuando un hombre ha matado a otro durante una guerra, vuelve a casa y no come ningún alimento cocido hasta que el alma del muerto se le acerca. La puede oír venir, porque el asta de la lanza cuelga aún de la punta de piedra, clavada en el muerto; arrastra por el suelo, golpea contra arbustos y árboles y hace ruido al caminar. Cuando el

espíritu está muy cerca, el matador oye sonidos que vienen de la herida del muerto.

»Toma la lanza, retira la punta y pone este extremo del asta entre los dos primeros dedos del pie. El otro extremo del asta lo apoya contra el hombro. El alma recorre ahora el hueco en el que antes estaba la punta de la lanza, asciende por la pierna del matador y luego entra a su cuerpo. Camina como una hormiga. Entra en el estómago y lo cierra. Al hombre le dan náuseas y siente fiebre en el abdomen. Se frota su estómago y profiere en alta voz el nombre del muerto. Eso lo cura y vuelve a sentirse sano: pues el espíritu abandona el estómago y entra en el corazón. Apenas está en el corazón, el efecto es como si la sangre del muerto estuviese ahora dentro del matador. Es como si el hombre, antes de morir, hubiese dado su sangre vital al otro, que lo mataría.

»El matador, que ahora se ha hecho más grande y que ha acrecentado especialmente su fuerza, adquiere toda la fuerza vital que en otro tiempo poseyera el muerto. Si sueña, el alma le dice que tiene alimento para él, y le indica la dirección donde podrá encontrarlo. "Allá abajo junto al río —dice— encontrarás muchos canguros", o "en aquel viejo árbol hay un gran nido de abejas con miel", o "justo junto al banco de arena asaltarás una tortuga grande y en la playa vas a encontrar muchos huevos".

»El matador escucha, y tras un momento se escabulle fuera del campamento y sale al monte, donde se encuentra con el alma del muerto. El alma se le acerca y se acuesta. El matador se asusta y grita: "¿Quién es? ¿Ahí hay alguien?". Se vuelve hacia el lugar donde estaba el espíritu del muerto y allí encuentra un canguro. Es un animal desacostumbradamente pequeño. Lo contempla y comprende qué significa eso: está exactamente en el lugar donde oyó los movimientos del espíritu. Saca sudor de su axila y lo frota sobre el brazo. Levanta su lanza, grita en alta voz el nombre del muerto y le da al animal. Éste muere y de inmediato se pone a crecer.

Intenta levantarlo, pero encuentra que es imposible, porque se ha vuelto muy grande. Deja la presa a un lado y vuelve al campamento a decírselo a sus amigos. “Acabo de matar el alma del hombre muerto —dice—. No dejen que nadie se entere, podría volver a enojarse.” Sus amigos más íntimos y parientes regresan con él para ayudarle a desollar el animal y prepararlo para la comida. Al cortarlo encuentran grasa por todas partes y ésta es considerada uno de los mayores manjares. Primero colocan trocitos muy pequeños sobre el fuego. Los prueban con cuidado y siempre la carne sabe desagradable.

»Luego se cuece todo el animal y las partes que más se aprecia son saboreadas. El resto es transportado de vuelta al campamento principal. Los ancianos lo miran: es un animal enormemente grande. Se paran alrededor, uno pregunta:

»—¿Dónde lo mataste?

»—Allá arriba junto al río.

»Los viejos saben que no se trata de una presa común, pues hay grasa por todas partes. Después de una breve pausa uno de los viejos pregunta:

»—¿Has visto un alma, afuera, en el monte?

»—No. —Miente el joven.

»Los ancianos sacuden afirmativamente la cabeza y chasquean la lengua: “¡Sí que viste el alma del muerto!”».

El superviviente se procura la fuerza y la sangre de su enemigo. No sólo se nutre él mismo, también su presa animal engorda y crece. Es una ganancia personal e inmediata, que extrae del enemigo. Así el modo de pensar del joven está orientado desde muy temprano hacia la guerra. Pero puesto que todo el suceso tiene lugar en secreto y de

noche, tiene bien poco en común con la idea del héroe según se transmiten entre nosotros.

El héroe, como nosotros lo conocemos, que se lanza sin temor y completamente solo contra los enemigos, se encuentra en las islas Fidji. Una saga cuenta de un jovencito que se cría con su madre sin conocer a su padre. La amenaza y la obliga a darle el nombre de su padre. Apenas se ha enterado de que es el Rey del Cielo, se pone en camino en su busca. El padre se muestra desilusionado de él porque es tan chico. Necesita hombres, no jovencitos, pues en ese momento está en guerra. Los hombres que están alrededor del rey se ríen del niño cuando, de pronto, éste parte con un garrote el cráneo de uno de los que se mofaban. El rey se muestra más que encantado y le invita a quedarse.

«A la mañana siguiente, a primera hora, los enemigos subieron con clamores de guerra hacia la ciudad y gritaron: "Sal, oh Rey del Cielo, que estamos hambrientos. Sal hacia nosotros para que comamos".

»En ese momento se levantó el jovencito y dijo: "Que nadie me siga. ¡Permanezcan todos ustedes en la ciudad!". Tomó el garrote que él mismo había hecho, se precipitó afuera en medio de los enemigos y comenzó a asestar furiosos golpes en torno suyo a diestra y siniestra. A cada golpe mataba a uno, hasta que finalmente todos huyeron ante él. Se sentó sobre un montón de cadáveres y llamó a su gente de la ciudad: "¡Salgan y llévense de aquí a los abatidos!" Salieron, cantaron el cántico de muerte, acarrearon los cuarenta y dos cadáveres de los enemigos mientras en la ciudad redoblaban los tambores.

»Cuatro veces más el jovencito aplastó a los enemigos de su padre, de modo que sus almas se hicieron pequeñas y vinieron con ofrecimientos de paz ante el Rey del Cielo: "¡Ten piedad de nosotros, oh Señor, déjanos con vida!". Así el Rey quedó sin enemigos, y su reino se extendió por todo el cielo.»

El jovencito se enfrenta aquí solo a todos los enemigos, ninguno de sus golpes es en vano. Al final se le ve sentado sobre un montón de cadáveres, y cada uno de aquellos sobre los que se sienta, fue su víctima personal. Pero no se vaya a pensar que sólo sucede así en las sagas. Hay cuatro nombres fidji completamente diferentes para designar a los héroes. Koroi es el matador de un hombre. Koli se llama a quien mató diez, Visa el que ha acabado con veinte, y Wangka uno que mató a treinta personas. Un célebre jefe, que había rendido más, se llamaba Koli-Visa-Wangka, había matado a diez más veinte más treinta, es decir, a sesenta seres humanos.

Las hazañas de tales superhéroes son tal vez aún más imponentes que las de los nuestros, porque se comen a sus enemigos después de haberlos matado. Un jefe que le ha tomado un odio muy especial a alguien, se reserva el derecho de comérselo solo, y ciertamente no le convida a nadie con un solo trozo de él.

Pero el héroe, se objetará, no sólo sale contra los enemigos. Su dominio principal en la leyenda son los peligros monstruosos de los que libera a su pueblo. Un monstruo poco a poco devora a un pueblo entero, y nadie es capaz de defenderse de él. En el mejor de los casos se llega a una reglamentación del terror: tantos y tantos hombres le son entregados anualmente como comida. Ahí el héroe se compadece de su pueblo, parte totalmente solo y corriendo grave peligro, mata al monstruo con sus propias manos. El pueblo le está reconocido, guarda fielmente su memoria. En su invulnerabilidad, por la que ha salvado a los otros, aparece como una figura luminosa.

Sin embargo, hay mitos en los que se reconoce con claridad la relación de esta figura luminosa con los cadáveres amontonados, y no sólo con los de los enemigos. El más claro de estos mitos proviene del pueblo sudamericano de los *uitoto*. Se encuentra en la importante y aún poco conocida antología de K. Th. Preuss y lo

citamos a continuación, en forma abreviada, en lo que se refiere a nuestro asunto.

«Dos niñas que vivían con su padre a orillas de un río, vieron un día en el agua una diminuta culebra, muy bonita, y trataron de cogerla. Pero se les escapaba siempre, hasta que su padre, acudiendo a sus ruegos, les trenzó un tamiz muy fino. En él atraparon al animalito y lo llevaron a su casa. Lo colocaron en una pequeña olla con agua y le sirvieron toda clase de alimento, pero la culebra desdeñaba todo. Hasta que al padre, en un sueño, se le ocurrió la idea de alimentarla con un almidón de índole especial, y entonces comenzó de veras a comer. Se puso pues gorda como un hilo y después como la punta de un dedo, y las niñas la colocaron en una olla más grande. El animal siguió comiendo almidón y se hizo gordo como un brazo. La colocaron entonces en un pequeño lago; comía almidón cada vez con mayor gula y estaba tan hambrienta, que se metía en las fauces, con el alimento, la mano y el brazo de la niña que le daba de comer. Pronto llegó a parecerse a un árbol caído en el agua. Comenzó a salir a la orilla y a comer venados y otros animales, pero respondía de inmediato a los gritos de llamada y venía a tragarse las monstruosas cantidades de almidón que las hermanas le preparaban: se hizo una cueva debajo de las aldeas y tribus y comenzó a comerse a los antepasados de los hombres, los primeros habitantes del mundo. "¡Amorcito, ven a comer!", gritaron las niñas; salió la culebra, tomó el recipiente con el almidón que una de las hermanas sostenía en el brazo, hasta su cabeza, se tragó a la niña y la llevó consigo.

»La otra hermana llorando fue a contárselo al padre. Éste decidió vengarse. Lamió tabaco, como siempre hace esta gente cuando decide la muerte de una criatura, se embriagó y en el sueño se le ocurrió la manera de vengarse. Preparó almidón, para dárselo de comer a la culebra, llamó a la que se había tragado a su hija, y le dijo: "¡Trágame!". Estaba dispuesto a soportarlo todo y bebió del recipiente de tabaco que colgaba de su cuello, para matarla. A su

grito salió la culebra y tomó la fuente con almidón que le ofrecía. Entonces éste saltó dentro de sus fauces y ahí se sentó. “Lo maté”, pensó ella y se llevó al padre.

»En seguida se comió a una tribu entera y dentro de ella se pudrían los hombres sobre el cuerpo del padre. Luego fue a tragarse a otra tribu; la gente se pudría sobre el cuerpo de él, allá sentado, se corrompía sobre él, y él tenía que aguantar la hediondez. La culebra se tragó así a todas las tribus junto al río y acabó con ellas, hasta que no quedó nadie. El padre había traído consigo una concha, para cortarle la barriga: se limitó a hacerle sólo un pequeño tajo, a lo que la culebra sintió dolores. Entonces la serpiente se comió a las tribus que estaban junto a otro río. Los hombres tenían miedo y no salían a las plantaciones, sino que se quedaban siempre en sus casas. Tampoco era posible andar vagando, porque en mitad del camino tenía su cueva la culebra y cuando uno venía del campo lo agarraba y se lo llevaba. Todos lloraban y tenían miedo de que la culebra los comiese y ya no daban ni un paso afuera. Con sólo bajarse de la hamaca ya tenían miedo de que la culebra tuviera ahí su cueva y los fuera a comer y llevar consigo.

»Sobre el cuerpo del padre apestaban y se pudrían los hombres. Él tomaba zumo de tabaco del recipiente y hacía tajos en mitad de la barriga de la culebra, así es que ésta tenía grandes dolores. “¿Qué me pasa? Me tragué a Deihoma, el cortante, siento dolores”, dijo la culebra, y pegó un grito.

»Fue pues a otra tribu, allá salió de la tierra y agarró a todos. Nadie podía ir a ninguna parte ni se acercaba por el río. Cuando alguien buscaba agua en el puerto la culebra lo agarraba y se lo llevaba. Ya por la mañana, cuando se ponían de pie, los agarraba y se los llevaba. Él tajeaba la barriga con la concha, y ella gritaba: “¿Por qué siento estos dolores? Me tragué a Deihoma, el cortante, y por eso sufro”.

»Entonces sus espíritus tutelares lo alertaron: "Deihoma, éste todavía no es el puerto junto al río donde vives, ten cuidado con los tajos. Estás aún muy lejos de tu puerto". Oyendo estas palabras el padre dejó de cortar. La culebra, a pesar de todo, fue a comer entre la gente donde había comido antes y los tomó de improviso. "¡Aún no ha terminado! ¿A dónde iremos a parar? Exterminó a nuestra gente", decían los pobladores de las aldeas. Enflaquecían pues ¿qué es lo que tenían de comer?

»Las gentes perecían y se pudrían sobre el cuerpo del padre. Mientras tanto él tomaba un poco de tabaco y cortaba la barriga de la culebra. Así Deihoma estaba sentado en el interior de ella. Desde tiempo inmemorial el desgraciado no había comido nada, sólo había tomado zumo de tabaco, porque ¿qué iba a comer? Tomaba zumo de tabaco y a pesar de la hediondez de la podredumbre se quedaba tranquilo.

»Las tribus ya no existían, y la culebra se había comido los cuerpos de todos a orillas del río al pie del cielo, así es que ya no existían hombres. Sus espíritus tutelares le hablaron: "Deihoma, éste es tu puerto donde vives junto al río, corta ahora con fuerza y después de dos vueltas del río estás en casa". Entonces cortó. "¡Corta, Deihoma, corta con firmeza!", dijeron. Y Deihoma cortó con firmeza, tajeó el cuero de la barriga en el puerto y saltó por la abertura.

»Apenas estuvo afuera, se sentó. Su cabeza se había pelado, estaba sin pelo. La culebra se revolcaba, de acá para allá. Ahora él estaba de vuelta, después de haber sufrido por tiempo inmemorial en el interior de la culebra. Se lavó bien en su puerto, llegó a su choza y volvió a ver a sus hijas que se alegraron por el padre.»

En el texto completo del mito, aquí considerablemente abreviado, se narra, en no menos de quince pasajes distintos, cómo se pudren los hombres en la culebra sobre el cuerpo del héroe. Esta imagen tan

impresionante, tiene algo de fascinante; junto al devorar es lo que más a menudo reaparece en el mito. Deihoma se mantiene en vida gracias a que bebe zumo de tabaco. Esta calma e impasibilidad en medio de la corrupción caracterizan al héroe. Todos los hombres del mundo podrían pudrirse sobre él, él seguiría imperturbable, como único, en medio de la podredumbre general, erguido, orientado hacia su meta. Es, si se quiere, un héroe inocente; porque ninguno de los que se pudren pesa sobre su conciencia. Pero él soporta la podredumbre, está en medio de ella. Ésta no lo abate, casi podría decirse que es ella la que lo mantiene en pie. La densidad de este mito, en el que todo lo verdaderamente importante pasa dentro del cuerpo de la culebra, es irresistible, es la verdad misma.

El héroe es aquel que en circunstancias peligrosas sobrevive siempre matando. Pero no sólo el héroe sobrevive. En la masa de la propia gente hay un proceso correspondiente, precisamente una vez que todos han sucumbido.

¿Cómo se las arregla uno para salvarse en la guerra cuando todos los que son de su mismo grupo han sucumbido y cómo se siente uno entonces? De ello da cuenta un pasaje de un mito indígena recogido por Koch-Grünberg, entre los taulipang en América del Sur.

«Los enemigos vinieron y les atacaron. Llegaron a la aldea, que tenía cinco casas, y la incendiaron por dos lugares, de noche, para que se hiciese claridad y los pobladores no pudieran huir en la oscuridad. Mataron a muchos con la maza mientras querían escaparse de las casas.

»Un hombre llamado Maitchaule, se tendió ileso en medio de un montón de muertos y se embadurnó de sangre la cara y el cuerpo para engañar a los enemigos. Éstos creyeron que todos estaban muertos y se fueron. El hombre quedó atrás, solo. Entonces se fue, se bañó y se fue a otra casa, no muy alejada. Pensó que habría gente allí, pero no encontró a nadie. Todos habían huido. Encontró sólo

tortillas de cazabe y viejos trozos de carne asada y comió. Luego pensó, salió de la casa y se alejó muy lejos. Entonces se sentó y pensó. Pensaba en su padre y en su madre, que habían sido matados por los enemigos, y que ahora ya no tenía a nadie. Entonces dijo: "Me quiero acostar con mis compañeros que están muertos". Volvió lleno de temor a la aldea quemada. Allí había muchos buitres. Maitchaule era un médico hechicero y había soñado con una linda muchacha. Espantó a los buitres y se acostó al lado de sus compañeros muertos. Otra vez se había embadurnado con sangre. Colocó las manos junto a la cabeza para poder agarrar de improviso. Entonces vinieron de nuevo los buitres y se pelearon por los cadáveres. Vino la hija del buitre real. ¿Qué hizo en seguida la hija del buitre real? Se le paró sobre el pecho a Maitchaule. Cuando le quiso pegar el picotazo en el cuerpo, éste la agarró. Los buitres volaron. Maitchaule le dijo a la hija del buitre real: "¡Transfórmate en una mujer! Estoy muy solo por aquí y no tengo a nadie que me ayude". Se la llevó consigo para la casa abandonada. Allí la mantenía como un pájaro manso. Le dijo: "Ahora voy a pescar. ¡Cuando vuelva, quiero encontrarte transformada en mujer!"».

Primero se tiende entre los muertos para escapar. Se disfraza como tal para no ser hallado. Luego descubre que ha quedado solo y se pone triste y contrito. Decide acostarse entre sus compañeros muertos. Quizás en un comienzo juegue con la idea de compartir su destino. Pero no puede ser demasiado seria su intención, pues ha soñado con una linda muchacha, y como no ve más ser viviente que buitres coge a un buitre por cónyuge. Puede agregarse que el pájaro, accediendo a su deseo, se transformará luego efectivamente en una mujer.

Un número sorprendente de poblaciones —en cada rincón de la tierra— concibe su origen a partir de una pareja primigenia, única superviviente de una catástrofe. El bien conocido caso del diluvio bíblico está atenuado por el derecho de Noé de llevar consigo a toda

su familia. Le es permitido llevarse su estirpe en el arca; y de cada especie de seres vivientes, una pareja. Pero es él quien ha encontrado gracia ante los ojos de Dios; la virtud para sobrevivir, que en este caso es religiosa, la posee él, y sólo por él pueden entrar otros en el arca. Hay ejemplos más descarnados de la misma leyenda, relatos en los que, a excepción de la pareja de progenitores de la tribu, todos los demás perecen. Estos relatos no siempre están relacionados con la idea de un diluvio. Con frecuencia son epidemias en las que todos desaparecen salvo un único individuo que vaga y busca hasta que en alguna parte encuentra una sola o tal vez dos mujeres, a las que desposa y con las que entonces funda una nueva estirpe.

Parte de la fuerza y gloria de este ancestro está en el que alguna vez quedó él solo. Es, aunque no se diga, una especie de mérito por su parte, el no haber muerto junto con sus semejantes. Al prestigio que goza como ancestro de todos los que vienen después de él se le suma el respeto ante la feliz fuerza de su supervivencia. Puede ser que mientras vivía entre sus iguales no se haya distinguido sino que haya sido un hombre como todos. Pero, entonces, de pronto queda completamente solo. El período de su vagabundeo solitario se narra con menudos detalles. Cubre el espacio más amplio en busca de seres vivos, en lugar de los cuales por todas partes encuentra cadáveres. La certeza creciente de que realmente nadie existe fuera de él, lo colma de desesperación. Pero hay otro elemento, también inconfundible: la humanidad, que vuelve a comenzar con él, depende solamente de él; sin él y su coraje de volver a comenzar solo, la humanidad no existiría.

Una de las tradiciones más sencillas de este tipo es la del origen de los kutenai. Dice textualmente:

«Las gentes vivían allí, y de repente vino una epidemia. Morían. Morían todos. Deambulaban y llevaban la noticia unos a otros. La

enfermedad reinó entre todos los kutenai. Llegaban a un lugar y se lo contaban unos a otros. En todas partes sucedía lo mismo. En un lugar no vieron a nadie. Todos habían muerto. Sólo quedaba una persona. Un día, el único que quedaba curó. Era un hombre. Estaba solo y pensó: "Vagaré por el mundo y veré si queda alguien en alguna parte. Si no queda nadie, ya no quiero regresar. Aquí no queda nadie y nadie viene nunca". Partió en su canoa y llegó al último campamento de los kutenai. Cuando llegó a un lugar en el que habitualmente había gente en la orilla, no había nadie; y cuando recorrió el lugar, vio sólo muertos; no había en ninguna parte un signo de vida. Así supo que no quedaba nadie. Se fue de nuevo en su canoa. Llegó a una localidad, descendió y otra vez encontró sólo muertos. En todo el lugar no había nadie. Se puso en camino de regreso. Llegó al último asentamiento donde habían vivido los kutenai. En las tiendas había sólo cadáveres apilados. Así anduvo siempre y vio que toda la gente se había ido. Lloraba al caminar. "Soy el único que queda —se decía—, hasta los perros están muertos." Cuando llegó a la aldea más alejada vio huellas de hombre. Había allí una tienda. No había cadáveres en ella. Más allá estaba la aldea. Entonces supo que quedaban dos o tres hombres con vida. Vio huellas más grandes y más pequeñas, no hubiera sabido decir si eran tres. Pero alguien había que se había salvado. Siguió en su canoa y pensó: "Remaré en esta dirección. Los que antes vivían aquí solían remar en esta dirección. Si es un hombre, quizás haya proseguido más lejos".

»Sentado en su canoa, vio en lo alto, a cierta distancia delante suyo, dos osos negros que comían bayas. Pensó: "Voy a matarlos. Cuando los haya matado, me los como. Secaré su carne. Entonces veré si es que queda alguien. Primero seco la carne, luego busco por ellos. Pues vi huellas de gente. Quizás son hombres o mujeres hambrientos. También deben tener algo para comer". Fue en dirección de los osos. Llegó a su cercanía y vio que no eran osos sino

mujeres. Una era mayor y la otra una niña. Pensó: “Estoy contento de ver seres humanos. Tomaré a esta mujer por esposa”. Fue y cogió a la niña. La niña le dijo a su madre: “Madre, veo a un hombre”. La madre levantó la vista. Vio que la hija decía la verdad. Vio cómo un hombre tomaba a su hija. Entonces lloró la mujer, lloró la niña y lloró el joven pues todos los kutenai estaban muertos. Se miraban unos a otros y lloraban juntos. La mujer dijo: “No tomes a mi hija. Aún es joven. Tómame a mí. Tú has de ser mi marido. Más tarde, cuando mi hija sea grande, ha de ser tu mujer. Entonces tendrás hijos”. El joven se casó con la mayor. No pasó mucho tiempo y ella dijo: “Ahora mi hija es adulta. Ahora puede ser tu mujer. Es bueno que tenga hijos. Su vientre ahora es fuerte”. Entonces el joven tomó a la niña por esposa. A partir de entonces se multiplicaron los kutenai».

Una tercera clase de catástrofe, a veces la consecuencia de una epidemia y una guerra, el suicidio en masa, también produjo sus supervivientes. Aquí ha de encontrar su sitio una leyenda de los ba-ila, un pueblo bantú de Rodesia.

Dos clanes de estos ba-ila, de los que uno había tomado su nombre de las cabras y el otro de los abejarrones, tenían una grave disputa entre sí. Se trataba de ver a qué clan le correspondía el derecho de atribuir la dignidad de jefe. El clan de las cabras, que había gozado la preferencia, perdió este puesto y sus miembros decidieron por orgullo herido ahogarse todos juntos en el lago. Hombres, mujeres y niños trenzaron una cuerda muy larga. Luego se reunieron en la orilla, se ataron unos tras otros la cuerda al cuello y se arrojaron juntos al agua. Un hombre, que pertenecía a un tercer clan, el de los leones, se había casado con una mujer del clan de las cabras. Trató de retenerla del suicidio; al no conseguirlo decidió morir con ella. Casualmente fueron los últimos en atarse a la cuerda. Fueron arrastrados y ya estaban a punto de ahogarse cuando el hombre se arrepintió; cortó la cuerda y se liberó a sí mismo y a su mujer. Ella

intentó soltarse de él y gritó: «¡Suéltame! ¡Suéltame!». Pero él no cejó y la trajo a tierra. Por eso hasta el día de hoy la gente del clan de los leones le dice a la gente cabruna: «Nosotros los salvamos de la extinción, ¡nosotros!».

Finalmente ha de recordarse aún otra utilización deliberada de los supervivientes, que data de tiempo histórico y es perfectamente fidedigna. En una lucha de exterminio entre dos tribus indígenas de América del Sur, un solo hombre de la parte derrotada queda con vida y es enviado de vuelta a su gente por los enemigos. Ha de decirles lo que ha visto y desalentarlos de emprender otra vez la lucha. Escuchemos en palabras de Humboldt el relato acerca de este mensajero del espanto:

«La prolongada resistencia que, agrupados bajo la autoridad de un valeroso jefe, habían opuesto los cabres a los caraíbes, había causado, después del año 1720, la perdición de aquellos. Habían derrotado a sus enemigos junto a la desembocadura del río; gran cantidad de caraíbes fueron masacrados mientras huían entre los rápidos de la corriente y una isla. Los prisioneros fueron devorados; pero con aquella refinada astucia y crueldad propia de los pueblos del Sur y Norteamérica, los cabres dejaron un caraíbe con vida, que tuvo que subir a un árbol para ser testigo de la bárbara escena, y poner de inmediato en conocimiento de ello a su gente. La ebriedad de la victoria del cacique de los cabres fue de corta duración. Los caraíbes volvieron en tales masas que sólo quedaron míseros restos de los antropófagos cabres».

Este individuo al que se ha dejado con vida para escarnio, contempla desde un árbol cómo es comida su gente. Todos los guerreros con los que partió han caído en la lucha o han ido a parar a los estómagos de los enemigos. Se le envía de regreso como superviviente forzado, con las escenas del espanto grabadas en la retina. El sentido de su mensaje, como se lo imaginan los enemigos,

sería: «Uno de ustedes sobrevivió. Tan poderosos somos. ¡No se atrevan otra vez a luchar con nosotros!». Pero la fuerza de lo que vio es tan grande en él, su forzada unicidad tan impresionante, que, al contrario, incita a su gente a la venganza. Los caraíbes afluyen en masa y ponen coto para siempre a los cabres.

Esta tradición, que no es única en su especie, muestra con qué claridad estos pueblos primitivos ven al superviviente. Lo peculiar de su situación les es perfectamente consciente. Cuentan con ella e intentan utilizarla para sus fines particulares. Desde ambos puntos de vista, el de los enemigos y el de los amigos, el caraíbe que tuvo que subir al árbol desempeñó correctamente su papel. De su doble función, si se la analiza con coraje, se puede aprender muchísimo.

LOS MUERTOS COMO SUPERVIVIENTES

Nadie que se ocupe de los testimonios originales de la vida religiosa dejará de sorprenderse del poder de los muertos. La existencia de muchas tribus está colmada enteramente de ritos que se refieren a los muertos.

Lo primero que llama la atención en todas partes es el miedo ante los muertos. Éstos están descontentos y llenos de envidia para con los suyos, que han dejado atrás. Procuran vengarse de ellos, a veces por ofensas que se les han inferido aún en vida, pero a menudo también por el mero hecho de que ya no están vivos. La envidia de los muertos es lo que más temen los vivos. Tratan de apaciguarlos, adulándolos y ofreciéndoles alimento. Les proporcionan todo lo que necesitan en el camino hacia el país de los muertos, sólo para que permanezcan bien lejos y no vuelvan a causar daño ni a atormentar a los familiares. Los espíritus de los muertos envían enfermedades o las traen consigo, tienen influencia sobre la prosperidad de los animales de caza y las cosechas, influyen en la vida de cien maneras.

Para los muertos es una verdadera pasión que siempre vuelve a aparecer, el llevarse consigo a los vivos. Ya que los muertos les envidian todos los objetos de la existencia cotidiana, que deben dejar atrás, originariamente era costumbre no conservar nada (o lo menos posible) de lo que les había pertenecido. Se colocaba todo en la tumba o se lo incineraba con ellos. Se abandonaba la choza en la que habían morado, jamás se volvía a ella. A menudo se les enterraba en una casa con todas las pertenencias y así se les daba a entender que no se deseaba conservar nada de ello para sí. Pero tampoco eso bastaba para desviar por completo su cólera. Porque la envidia mayor de los muertos no se refería a los objetos, que se podían volver a fabricar o adquirir, sino a la vida misma.

Es por cierto llamativo que bajo las condiciones más diversas, los hombres atribuyan a los muertos siempre el mismo sentimiento. Y el mismo sentimiento parece dominar a los difuntos de todos los pueblos. Siempre hubieran preferido permanecer con vida. Para los que aún viven, todo el que no vive ha sufrido una derrota: consiste en no ser superviviente. No puede conformarse con ello, y es natural que desee ocasionar a otros este supremo dolor que le ha sido infligido.

Cada muerto es pues alguien que ha sido sobrevivido. Sólo en aquellas catástrofes grandes y relativamente escasas en que perecen todos, la relación es otra. La muerte aislada que aquí nos ocupa, se desarrolla de manera que un hombre es arrancado a su familia y a su grupo. Queda toda una mesnada de supervivientes, y todos los que tienen algún derecho sobre el muerto se forman en muta fúnebre que se lamenta por él. Al sentimiento de debilitamiento por su muerte se le suma el del amor que por él se tenía, y con frecuencia lo uno no es separable de lo otro. Se le lamenta de la manera más apasionada y, en su núcleo, este lamento es por cierto un sentimiento auténtico. El hecho de que los extraños sospechen de la

autenticidad del lamento, se debe a la naturaleza compleja y múltiple de la situación misma.

Porque los mismos hombres que tienen razones para lamentarse, son también supervivientes. Como portadores de una pérdida, se lamentan; como supervivientes, experimentan una especie de satisfacción. Por lo común no confesarán este sentimiento indebido. Pero sí saben muy bien qué es lo que siente el muerto. Él tiene que odiarlos, porque ellos tienen la vida que él ya no tiene. Piden que vuelva su alma para convencerle de que no deseaban su muerte. Le recuerdan lo buenos que fueron con él cuando aún estaba entre ellos. Enumeran demostraciones prácticas de que respetan su voluntad. Cumplen concienzudamente sus expresos deseos últimos. En muchos lugares su última voluntad tiene fuerza de ley. Todo lo que hacen presupone inconmoviblemente el resentimiento del muerto por el hecho de que ellos sobrevivan.

Un niño indio en Demerara había contraído el hábito de comer arena y murió por ello. Ahora su cadáver yacía en el ataúd abierto que su padre había encargado a un carpintero del vecindario. Antes del entierro la abuela del niño se acercó al féretro y dijo con voz plañidera:

«Mi niño, yo siempre te dije que no comieras arena. Yo nunca te di arena, sabía que no es bueno para ti. Tú siempre lo buscaste tú mismo. Yo te lo dije, es malo. Ahora ya ves, te mató. No me hagas nada, tú mismo te hiciste mal, algo malo te metió en la cabeza comer arena. Mira, pongo tu arco y flecha a tu lado, para que te diviertas. Siempre fui buena contigo. Ahora sé tú también bueno conmigo y no me hagas nada».

Luego se aproximó la madre llorando y dijo en una especie de letanía:

«Mi niño, te traje al mundo, para que veas todas las buenas cosas y te alegres de ellas. Este pecho te alimentó mientras quisiste de él. Te hice lindas cosas y camisitas. Me ocupé de ti y te alimenté y jugué contigo y nunca te pegué. Tienes que ser bueno y no atraer el mal sobre mí».

El padre del niño muerto se acercó también y dijo: «Mi muchacho, cuando te dije que la arena te mataría no quisiste escucharme, y ahora, ves, estás muerto. Yo salí y conseguí un lindo ataúd para ti. Voy a tener que trabajar para pagarlo. Te hice una tumba en un lindo lugar, donde te gustaba jugar. Te acomodaré y te daré arena para comer, ahora ya no puede hacerte mal, y yo sé cuánto te gusta. No debes traerme mala suerte, mejor busca al que te hizo comer arena».

Abuela, madre y padre amaron a este niño y, aunque es tan pequeño, temen su resentimiento, porque ellos aún están con vida. Le aseguran que no son culpables de su muerte. La abuela le da el arco y la flecha. El padre le compró un ataúd caro, y también le pone arena para que coma en la tumba porque sabe cuánto le gusta. La simple ternura que le demuestran es sobrecogedora; y sin embargo tiene algo de inquietante pues está impregnada de miedo.

En algunos pueblos, la creencia en la vida de los muertos dio lugar a un culto de los ancestros. Allí donde ha adquirido formas fijas es como si los hombres hubiesen sabido domar a los propios muertos que tanto importan. Dándoles regularmente lo que piden, honor y alimento, se les mantiene satisfechos. Su cuidado, si se efectúa según todas las reglas de la tradición, los convierte en aliados. Lo que fueron en esta vida, lo son también más tarde; ocupan su lugar anterior. Quien sobre la tierra fue un poderoso jefe, lo es también bajo la tierra. Durante los sacrificios y las invocaciones se le nombra en primer lugar. Se tiene circunspectos miramientos para con su susceptibilidad; cuando se la hiere, puede llegar a ser muy peligroso. Se interesa por la prosperidad de sus descendientes; muchas cosas

dependen de él, y su buena disposición de ánimo es indispensable. Le place permanecer cerca de sus descendientes, y nada debe hacerse que pueda ahuyentarlo.

Entre los zulúes, del África del Sur, esta convivencia con los ancestros adopta una forma especialmente íntima. Los relatos que el misionero inglés Callaway recopiló y editó hace unos cien años son el testimonio más auténtico sobre su culto a los ancestros. Callaway deja hablar a sus propios informadores y anota sus declaraciones en la propia lengua de ellos. Su libro *The religious system of theAmazulu* tuvo una edición muy corta y por este motivo es demasiado poco conocido: figura entre los documentos esenciales de la humanidad.

Los ancestros de los zulúes se vuelven serpientes y descienden bajo tierra. Pero no son, como se podría suponer, serpientes míticas, que no pueden verse. Son especies bien conocidas, que suelen reptar hasta la proximidad de las chozas en que con frecuencia también entran. Algunas de estas serpientes recuerdan por ciertas singularidades corporales a determinados ancestros y son reconocidas por los vivos como tales.

Pero no sólo son serpientes, pues en sueños se les aparecen a los vivos en forma humana y les hablan. Los zulúes esperan estos sueños, sin los cuales la existencia se hace desagradable; quieren hablar con sus muertos, les importa verlos clara y distintamente en sus sueños. A veces se empaña la imagen de los ancestros y se oscurece; entonces, mediante determinados ritos, hay que lograr que otra vez se aclare. Cada tanto, pero especialmente en todas las ocasiones importantes, se les ofrecen sacrificios. Se les inmolan machos cabríos y bueyes y se les convoca de manera solemne, para que coman a las víctimas. Se les nombra en alta voz por sus títulos de gloria, a los que conceden gran importancia; son muy pundorosos y se considera ofensivo olvidar estos títulos de gloria o callarlos. El animal sacrificado debe lanzar un grito para que lo oigan

los ancestros, que aman este grito. Los corderos que mueren mudos no sirven por lo tanto como sacrificio. El sacrificio aquí no es más que una cena, en la que participan muertos y vivos en conjunto, una especie de comunión de los vivos con los muertos.

Si se vive así, como acostumbraban los ancestros, si se respetan las antiguas usanzas y costumbres y no se cambia nada de ello; si regularmente se hacen sacrificios, los ancestros estarán conformes y fomentarán el bienestar de sus descendientes. Si uno se enferma, sabe que ha suscitado el descontento de uno de sus ancestros y hará todo lo posible por descubrir el motivo de este descontento.

Porque los muertos de ningún modo son siempre justos. Fueron hombres, a los que se conoció, de cuyas flaquezas y fallas uno se acuerda muy bien. En los sueños aparecen como corresponde a su carácter. Vale la pena citar aquí un caso anotado con algún detalle por Callaway. El caso muestra que incluso estos muertos bien provistos y bien alabados, a veces son presa de resentimiento contra sus deudos, meramente porque éstos aún están con vida. La historia de uno de estos resentimientos, como se verá —traspuesta al contexto que nos ocupa—, está ligada al transcurso de una peligrosa enfermedad.

Un hermano mayor ha muerto. Su propiedad, y en particular todo su ganado —que entre los zulúes es el bien por excelencia— ha pasado al hermano menor. Es el orden de sucesión consuetudinario; el hermano menor, que ha entrado en posesión de la herencia y ha efectuado todos los sacrificios, como corresponde, no es consciente de haber cometido falta alguna contra el muerto. Pero de pronto cae gravemente enfermo, y en el sueño se le aparece el hermano mayor.

«He soñado que me golpeaba y que me decía: "¿Cómo es que ya no sabes quién soy?". Yo contesté: "¿Qué puedo hacer para que veas que te conozco? ¡Yo sé que eres mi hermano!". Él preguntó: "Cuando sacrificas un buey ¿por qué no me llamas?". Yo repliqué:

“Pero si te llamo y te honro con tus títulos de gloria. Nómbrame pues el buey que maté sin invocarte”. Él contestó: “Quiero carne”. Yo rehusé y dije: “No, hermano mío, no tengo buey. ¿Ves alguno en el corral?”. “Aunque haya uno sólo —dijo él—, yo te lo pido.” Cuando desperté tenía un dolor en el costado. Traté de respirar y no pude, tenía corto mi aliento.

»El hombre era obstinado, no quería sacrificar un buey. Dijo: “Estoy realmente enfermo y conozco la enfermedad que me afecta”. Las gentes le dijeron: “Si la conoces ¿por qué no te deshaces de ella? ¿Puede un hombre causar adrede su enfermedad? Si sabe qué es ¿quiere morir? Porque cuando el espíritu está airado con un hombre lo destruye”.

»Él replicó: “¡No, señores! He enfermado a causa de un hombre. Lo veo en el sueño cuando me acuesto. Porque tiene ganas de carne me viene con engaños y dice que no lo invoco cuando mato ganado. Ello me sorprende mucho, pues he matado mucho ganado y jamás sin invocarlo. Si tiene ganas de carne podría simplemente decirme: 'Hermano mió, quisiera carne'. Pero él me dice que no lo honro. Estoy enojado con él, creo que sólo quiere matarme”.

»La gente dijo: “¿Tú piensas que el espíritu aún entiende si se le habla? ¿Dónde está, para que le digamos nuestra opinión? Nosotros siempre estuvimos presentes cuando mataste ganado. Lo has alabado y llamado por sus títulos de gloria, los que recibió por su braveza. Nosotros te hemos escuchado y si fuese posible que éste hermano tuyo o cualquier otro hombre muerto se levantase otra vez, podríamos interpelarlo y preguntarle: `¿Por qué dices tales cosas?´”.

»El enfermo respondió: “Ay, mi hermano es prepotente porque es el mayor. Yo soy menor que él. Me sorprende que exija que yo destruya todo el ganado. ¿Acaso no dejó ganado como herencia cuando murió?”.

»La gente dijo: “Ese hombre ha muerto. Pero nosotros realmente aún estamos hablando contigo y tus ojos realmente aún nos miran. Así es que te decimos en lo que a él respecta: háblalesimplemente con calma y aunque tengas sólo un chivo, sacrifícaselo. Es un escándalo que venga y te mate. ¿Por qué ves constantemente a tu hermano en el sueño y te enfermas? Un hombre que sueña con su hermano debería despertar sano”.

»Él dijo: “Bien, señores, le daré la carne que exige. Exige carne. Me mata. Comete una injusticia conmigo. A diario sueño con él y luego despierto con dolores. No es un hombre, siempre fue un miserable rufián, un pendenciero. Porque así fue siempre: una palabra, un golpe. Cuando alguien le hablaba se le iba encima en seguida. Entonces había pelea, él era la causa de ello y se batía. Nunca reconoció ni admitió: 'He cometido una falta, no debería haberme peleado con esta gente'. Su espíritu es como él, malo, siempre enojado. Pero le daré la carne que pide. Si veo que me deja en paz y sano, mañana mataré ganado para él. Que me haga sanar y respirar si es él. Que mi aliento no se corte más como ahora”.

»La gente asintió: “Sí, si mañana estás sano, entonces sabremos que es el espíritu de tu hermano. Pero si mañana aún estás enfermo no diremos que es tu hermano; entonces sólo será una simple enfermedad”.

»Cuando se puso el sol aún se quejaba de dolores. Pero cuando llegó el tiempo de ordeñar las vacas pidió comida. Pidió una papilla acuosa y pudo tragar un poco. Entonces dijo: “Dadme un poco de cerveza. Tengo sed”. Sus mujeres le dieron cerveza y sintieron confianza en el corazón. Se regocijaban pues habían estado llenas de temor y se habían preguntado: “Es tan grave la enfermedad puesto que nada come?”. Se alegraban en silencio; no manifestaban su alegría sino que sólo se miraban unas a otras. Él bebió la cerveza y

dijo: “Dadme un poco de rapé, dejadme tomar una pizquita”. Le dieron rapé, él lo tomó y se tendió. Luego se volvió a dormir.

»Por la noche vino su hermano y dijo: “Entonces, ¿seleccionaste ya el ganado para mí? ¿Lo matarás mañana?”.

»El durmiente dijo: “Sí, mataré una cabeza de ganado para ti. ¿Por qué me dices, hermano mío, que nunca te invoco, puesto que siempre te honro con tus títulos de gloria cuando mato ganado? Pues fuiste bravo y un buen guerrero”.

»É1 respondió: “Tengo buen motivo, pues tengo ganas de carne. Es que yo he muerto y te dejé una aldea. Tú tienes una gran aldea”.

»“Bien, bien, hermano mío, me has dejado una aldea. Pero cuando me dejaste la aldea, al morir, ¿habías matado a todo tu ganado?”

»“No, no lo había matado todo.”

»“Ahora, empero, hijo de mi padre ¿pides de mí que destruya todo?"

»“No, yo no te pido que lo destruyas todo. Pero te digo: mata para que tu aldea sea grande!”

«Despertó, se sentía bien, el dolor del costado le había pasado. Estaba sentado y codeó a su mujer: “Levántate, prende el fuego”. Su mujer despertó y avivó el fuego. Le preguntó cómo se sentía. “Quédate tranquila —dijo él—, al despertar sentí ligero el cuerpo. He hablado con mi hermano. Cuando desperté estaba sano.”

Tomó un poco de rapé y se durmió de nuevo. El espíritu de su hermano volvió. Él dijo: “Mira cómo ahora te he curado. ¡Mata el ganado por la mañana!”.

»A la mañana se levantó y fue al corral. Tenía aún algunos hermanos menores y los llamó; fueron con él. “Os llamo, ahora estoy sano. Mi hermano dice que me ha curado.” Entonces les hizo traer un buey. Lo trajeron. “¡Traed esa vaca estéril!” La trajeron. Llegaron a la parte

superior del corral y allí se pararon junto a él. Rezó con las siguientes palabras:

»"Ahora, pues, comed, vosotros, gentes de nuestra casa. Que un buen espíritu permanezca con nosotros, que los niños prosperen y la gente mantenga la salud. Yo te pregunto a ti, que eres mi hermano, ¿por qué me vuelves y vuelves en sueños, por qué sueño contigo y estoy enfermo? Un espíritu bueno, viene y trae buenas noticias. Yo tengo que quejarme todo el tiempo de estar enfermo. ¿Qué clase de ganado es ese, que su propietario debe devorar, tras lo que siempre otra vez se enferma? Yo te digo ¡basta! ¡Cesa de enfermarme! Yo te digo: ¡ven a mí en el sueño, háblame con tranquilidad y dime qué es lo que quisieras! ¡Tú, sin embargo, vienes a mí para matarme! Está claro que en vida fuiste un mal tipo. ¿Bajo tierra aún sigues siendo un mal tipo? Nunca esperé que tu espíritu se me presentara gentilmente y me trajera buenas noticias. ¡Pero por qué vienes con maldad, tú, el mayor de mis hermanos, el que debería traer el bien a la aldea, para que nada malo caiga sobre ella, tú que eres pues el propietario de la aldea!".

»Luego pronunció las siguientes palabras sobre el ganado y dio gracias: "He aquí el ganado que te sacrifico, he aquí un buey colorado, he aquí una vaca roja y blanca estéril. ¡Mátalos! Yo digo: habla amablemente conmigo para que yo despierte sin dolores. Yo digo: ¡deja que todos los espíritus de nuestra casa se reúnan aquí alrededor de ti, que tanto te gusta la carne!".

»Luego ordenó: "¡Acuchilladlos!". Uno de sus hermanos tomó una azagaya y acuchilló la vaca estéril; cayó. Acuchilló al buey; cayó. Ambos bramaron. Él los mató, ellos murieron. Él les ordenó desollarlos. Fueron desollados; les fue sacada la piel. Los comieron en el corral. Todos los hombres se reunieron y pidieron alimento. Se llevaron pedazo a pedazo. Comieron y estaban satisfechos. Dieron las gracias y dijeron: "Te lo agradecemos, hijo de Fulano de Tal. Si

un espíritu te pone enfermo, sabremos que es tu miserable hermano. No sabíamos durante tu grave enfermedad si aún comeríamos carne contigo. Vemos ahora que el miserable te quiere matar. Estamos contentos de que estés nuevamente sano”.»

«Es que yo estoy muerto», dice el hermano mayor, y esta frase contiene la esencia de su disputa, de la peligrosa enfermedad, delrelato en sí. De cualquier forma que se comporte el muerto, cualquier cosa que pida, es que ha muerto y ello es motivo suficiente de amargura. «Te dejé una aldea», dice y añade de inmediato. «Tú tienes una gran aldea». La vida del otro es esta aldea, también hubiese podido decir: «Yo estoy muerto, y tú aún estás con vida».

Es este reproche el que teme el viviente, y soñándolo da razón al muerto: le ha sobrevivido. La magnitud de esta injusticia, junto a la que cualquier otra injusticia palidece, confiere al muerto el poder de transformar el reproche y la amargura en una grave enfermedad. «Me quiere matar», dice el hermano menor; es que él ha muerto, piensa para sus adentros. Por lo tanto sabe muy bien por qué le teme, y para reconciliarlos consiente finalmente al sacrificio.

La supervivencia de los muertos, como se ve, implica considerables molestias para los vivos. Incluso en donde se ha establecido una veneración regular, no se puede confiar enteramente en ellos. Cuanto más poderoso fue aquí entre los hombres, tanto mayor y peligroso es el resentimiento del muerto en el más allá.

En el reino de Uganda se encontró un camino para mantener el espíritu del rey difunto entre sus devotos súbditos. No podía perecer, no se le enviaba lejos, debía permanecer en este mundo. Después de su muerte se designaba un médium, un «mandwa», en el que tomaba alojamiento el espíritu del rey. El médium, que tenía la función de sacerdote, debía verse como el rey y comportarse exactamente como éste. Imitaba todas las peculiaridades de su habla, y si se trataba de un rey de tiempos remotos utilizaba, como

está acreditado en un caso, la lengua arcaica de 300 años antes. Porque cuando el médium moría el espíritu del rey entraba en otro miembro del mismo clan. Así un «mandwa» recibía su cargo de otro, y el espíritu del rey siempre tenía una residencia. Podía pues acontecer que un médium usara palabras que nadie más entendía, ni siquiera sus colegas.

Pero no debe imaginarse que el médium representaba perpetuamente al rey. De vez en cuando «lo tomaba», como se decía, «el rey por la cabeza». Caía en un estado de obsesión y encarnaba al muerto en cada detalle. En los clanes responsables del aporte de los médium, se transmitía, por palabras e imitación, las peculiaridades del rey a la época de su muerte. El rey Kigala había muerto a edad muy avanzada; su médium era un hombre bastante joven. Pero cuando el rey lo «tomaba por la cabeza», se transformaba en un viejo: su rostro se llenaba de arrugas, la saliva le fluía de la boca, renqueaba.

Estos ataques eran contemplados con la mayor veneración. Era considerado un honor presenciar uno de ellos, se estaba en presencia del rey muerto y se le reconocía. Él, sin embargo, que podía manifestarse cuando quería en el cuerpo de un hombre cuyo cargo era sólo éste, no debía experimentar el resentimiento del superviviente en igual medida que otros, expulsados irremediablemente de este mundo.

Particularmente rico de consecuencias es el perfeccionado culto de los ancestros entre los chinos. Para entender qué es un ancestro entre los chinos hay que compenetrarse un poco con su representación del alma.

Ellos creían que todo hombre estaba en posesión de dos almas. Una, el *po*, se originaba por el *esperma* y estaba, pues, presente desde el momento de la procreación; a ella se le añadía la memoria. La otra, el *hun*, se originaba por el aire que se respiraba después del

nacimiento, y se formaba poco a poco. Tenía la estatura del cuerpo que animaba, pero era invisible. La inteligencia, que le pertenecía, crecía con ella, era el alma superior.

Después de la muerte este alma-alimento ascendía al cielo, mientras el alma-esperma permanecía con el cadáver en la tumba. Era ésta, el alma inferior, la que más se temía. Era maligna y envidiosa y buscaba arrastrar a los vivos consigo a la muerte. Mientras el cuerpo se descomponía, el alma-esperma se disolvía poco a poco y así, finalmente, perdía su poder maligno.

El alma-alimento superior, por el contrario, subsistía. Necesitaba alimentación, pues su camino al mundo de los muertos era largo. Si los descendientes no le ofrecían alimento tenía que sufrir espantosamente. Era desdichada si no podía encontrar el camino, y se ponía entonces tan peligrosa como un alma-esperma.

Los ritos de inhumación tenían un doble fin: proteger a los vivos de la acción de los muertos y garantizar una supervivencia a las almas de los muertos. Pues la comunicación con el mundo de los muertos era peligrosa si éstos tomaban la iniciativa. Era propicia si aparecía como culto de los ancestros, dispuesta según las prescripciones de la tradición y efectuada dentro de los debidos lapsos.

La supervivencia del alma dependía de la fuerza física y moral que había adquirido durante la vida. Se ganaba ésta por la *alimentación* y por el *estudio*. De importancia muy especial era la diferencia entre el alma del señor, queera un «comedor de carne» y durante toda su vida se había nutrido bien, y la de un vulgar, poco y malnutrido campesino. «Sólo los señores —dice Granet— tienen un alma en el sentido propio de la palabra. Tampoco la vejez desgasta esta alma, la enriquece. El señor se prepara para la muerte comiendo la mayor cantidad de manjares exquisitos y bebidas vivificantes. En el curso de su vida ha asimilado cantidades de esencias, tanto más cuanto más vasto y opulento es su señorío. Ha acrecentado aún la rica

sustancia de sus ancestros, que ya están ahítos de carne y caza fina. Su alma, cuando muere, no se dispersa como un alma vulgar, se evade del cadáver con plena fuerza.

»Si el señor ha llevado su vida según las reglas de su estamento, su alma, aún ennoblecida y purificada por los ritos fúnebres, posee, después de su muerte, un poder augusto y sereno. Posee el vigor benéfico de un genio tutelar y conserva al mismo tiempo todos los rasgos de una persona duradera y santa. Se ha hecho alma de ancestro.»

Se le brinda entonces, en un templo especial, un culto particular, y toma parte en las ceremonias de las estaciones, en la vida de la naturaleza y en la vida del país. Si la caza es abundante recibe bien de comer. Ayuna cuando la cosecha es mala. El alma del antepasado se alimenta de los cereales, de la carne, de la caza fina de las comarcas señoriales que son su patria. Pero por muy rica que sea la personalidad de un alma de ancestro, por mucho que siga viviendo en su fuerza acumulada, también a ella le llega el momento en que se dispersa y se extingue. Después de cuatro o cinco generaciones, la tableta de ancestros a la que estaba ligado por ciertos ritos, pierde su derecho a un santuario especial. Se la pone en un arca de piedra, junto a las tabletas de los ancestros más antiguos, cuyo recuerdo personal ya se ha perdido. El ancestro al que representaba y cuyo nombre portaba ya no es honrado como un señor. Su vigorosa individualidad, que durante mucho tiempo se destacó con nitidez, se desvanece. Su trayectoria ha llegado a su fin, su papel de antepasado ha sido cumplido. Por el culto que se le dedicó durante largos años, había escapado al destino de los muertos comunes. Ahora retorna a la masa de todos los otros muertos y se vuelve anónimo, como éstos.

No todos los antepasados perduran cuatro o cinco generaciones. Depende de su rango especial que se mantenga durante tanto tiempo su tableta, se invoque su alma y se le suplique que acepte

alimentos. Algunas tabletas se depositan ya al cabo de una única generación. Pero, sea cualquiera el tiempo que se mantengan, el hecho, el que meramente existan, cambia muchos aspectos del sobrevivir.

Para el hijo no es un triunfo secreto el permanecer con vida cuando el padre muere. Porque, como ancestro, el padre sigue estando presente; el hijo le debe todo lo que tiene y debe conservar su buena disposición. Debe alimentar a su padre aunque esté muerto, y se guardará muy bien de ser arrogante con él. El alma de ancestro del padre existe mientras el hijo vive y, como se ha visto, conserva todos los rasgos de una persona determinada y reconocible. Al padre, además, le interesa que se le honre y alimente. Para su nueva existencia de ancestro es esencial que el hijo esté con vida: si no tuviese descendientes no habría quien lo venerase. Él desea que el hijo y que sucesivas generaciones lo sobrevivan. Desea que prosperen, porque dé su prosperidad depende su propia existencia como ancestro. Exige que se viva, mientras se mantenga vivo su recuerdo. Se constituye así una relación íntima y feliz entre esa forma moderada de supervivencia, adquirida por los ancestros, y el orgullo de los descendientes que están para procurársela.

También es significativo que los ancestros permanezcan aislados por espacio de algunas generaciones. Se los conoce como individuos, como tales son venerados; y sólo relegados a un pasado más remoto confluyen a una masa. El descendiente, que ahora vive, está separado de la masa de sus ancestros precisamente por aquellos que, como el padre y el abuelo, se interponen como individuos aislados y bien delimitados. Si en la veneración del hijo influye el hecho de estar aún con vida, lo hace de modo atenuado y moderado. Dada la naturaleza de esta relación, ello no puede incitarlo a multiplicar el número de los muertos. Será sólo él mismo quien aumente su número en uno, y desea que tal hecho tarde lo más posible. La supervivencia así está despojada de todo rasgo, masivo.

Como pasión sería absurda e incomprensible, ha perdidotodos los rasgos asesinos. Rememoración y sentimiento de sí mismo han celebrado una alianza. Lo uno tiñó a lo otro, pero lo mejor de ambos se conservó.

Quien contemple la figura del poderoso ideal, tal como se perfeccionó en la historia y en el pensamiento de los chinos, quedará conmovido por su humanidad. Es de suponer que la carencia de brutalidad en esta imagen puede atribuirse a esta modalidad de veneración de los ancestros.

EPIDEMIAS

La mejor descripción de la peste la ha dado Tucídides, que la conoció en carne propia y la sobrevivió. En su concisión y exactitud contiene todos los rasgos esenciales de tal enfermedad y vale la pena transcribir aquí los pasajes más importantes.

«Los hombres morían como moscas. Los cuerpos de los moribundos eran amontonados unos sobre otros. Se veía criaturas medio muertas tambalearse por las calles o apiñarse en su avidez de agua en torno a las fuentes. Los templos, en los que establecían morada, estaban llenos de cadáveres de gente que allí había muerto.

»En algunas casas los hombres estaban tan abrumados por el peso de sus desgracias que omitían celebrar los lamentos por los muertos.

»Todas las ceremonias de sepultura se trastornaron; se sepultaba a los muertos lo mejor que se podía. Algunas gentes, en cuyas familias se habían producido tantas muertes que no podían ya costear los gastos de sepultura, recurrían a las tretas más desvergonzadas. Llegaban los primeros a las hogueras que otros habían construido, depositaban sus propios muertos y encendían la leña; o si ya ardía un fuego arrojaban su muerto sobre los otros cadáveres y se largaban.

»Ningún temor a leyes divinas o humanas los mantenía a raya. En lo que a los dioses se refiere poco parecía importar venerarles o no, pues se veía que los buenos y los malos morían por igual. No se temía tener que rendir cuentas de delitos contra la ley humana; nadie esperaba vivir tanto. Cada cual sentía que una sentencia mucho más grave había sido ya dictada sobre él. Antes de su ejecución quería sacar aún alguna diversión de la vida.

»Quienes se mostraban más compasivos con los enfermos y moribundos eran quienes habían padecido ellos mismos la peste y habían escapado a la muerte. No sólo sabían de qué se trataba, también sentíanse seguros, pues nadie contraía la enfermedad por segunda vez, o si la contraía, el segundo ataque nunca era mortal. Tales gentes eran felicitadas por todas partes y ellas mismas se sentían tan exaltadas en su convalecencia, que opinaban que ya no podrían morir jamás de enfermedad.»

Entre todas las desgracias que desde siempre han azotado a la humanidad, las grandes epidemias han dejado un recuerdo especialmente vivido. Estallan con la repentineidad de las catástrofes naturales, pero mientras que un terremoto se agota la mayoría de las veces en pocas y breves sacudidas, la epidemia puede durar meses o incluso todo un año. El horror del terremoto culmina de golpe, sus víctimas perecen todos a la vez. Una epidemia de peste, por el contrario, tiene un efecto acumulativo; primero son atacados sólo unos pocos, luego se multiplican los casos, se ven muertos por todas partes; en seguida se ven reunidos más muertos que vivos. El resultado de la epidemia puede ser el mismo que el de un terremoto. Pero los hombres son testigos de la gran mortalidad que se difunde y cunde a ojos vistas. Son como los participantes de una batalla, que duramás que todas las batallas conocidas. Pero el enemigo es secreto, no se lo ve por ninguna parte; no se le puede atacar. Sólo se espera ser atacado por él. El combate lo libra la parte

adversa exclusivamente, asestando sus golpes a quien se le antoja. Y los asesta a tantos que debe temerse que a todos les toque.

No bien se la reconoce, la epidemia no puede desembocar más que en la muerte común de todos. Quienes son atacados esperan —puesto que no hay remedio contra ella— la ejecución de la sentencia. Sólo los atacados por la epidemia son masa: son iguales respecto al destino que les espera. Su número aumenta con celeridad creciente. Alcanzan la meta hacia la que se mueven en pocos días. Alcanzan la mayor densidad posible a cuerpos humanos: todos juntos en un montón de cadáveres. Esta masa estancada de los muertos, según las ideas religiosas, sólo está muerta por un tiempo. Resucitará en un único instante y apiñada estrechamente se formará ante Dios para el Juicio Final. Pero aun dejando de lado la suerte ulterior de los muertos —porque las creencias religiosas no son idénticas en todas partes—, hay una cosa que es indiscutible: la epidemia desemboca en la masa de agonizantes y muertos. «Calles y templos» están repletos de ellos. A menudo ya ni es posible sepultar una a una a las víctimas, como corresponde: se apilan unas sobre otras, miles de ellas en una sepultura, reunidas en gigantescas fosas comunes.

Hay tres fenómenos significativos, bien conocidos a la humanidad, cuya meta son los montones de cadáveres. Están estrecha-mente emparentados entre sí y por ello hay que delimitarlos bien. Estos tres fenómenos son la batalla, el suicidio en masa y la epidemia.

En la batalla la mira se ha puesto enel montónde cadáveres del enemigo. Se quiere disminuir el número de enemigos vivientes para que en comparación el número de la propia gente sea tanto mayor. Que la gente propia también perezca es inevitable, pero no es eso lo que se desea. La meta es el montón de muertos enemigos. Sela busca activamente, por propia iniciativa, por la fuerza del propio brazo.

En el suicidio en masa esta iniciativa se vuelve contra la propia gente. Hombre, mujer, niño, todos se matan recíprocamente, hasta que no queda sino el montón de los propios muertos. Para que nadie caiga en manos del enemigo, para que la destrucción sea total, se acude al fuego.

En la epidemia el resultado es el mismo que en el suicidio en masa, pero no es arbitrario y parece impuesto desde afuera por un poder desconocido. Tarda más en alcanzar la meta; así se vive en una igualdad deatroz expectativa, durante la que todos los vínculos habituales de los hombres se deshacen.

El contagio, tan importante en la epidemia, hace que los hombres se aparten unos de otros. Lo más seguro es no acercarse demasiado a nadie, pues podría acarrear el contagio. Algunos huyen de la ciudad y se dispersan en sus posesiones. Otros se encierran en sus casas y no admiten a nadie. Los unos evitan a los otros. El mantener las distancias se convierte en última esperanza. La expectativa de vida, la vida misma se expresa, por decir así, en el acto de mantenerse a distancia de los enfermos. Los infestados se transforman poco a poco en masa muerta; los no infestados se mantienen lejos de todos y de cada uno, a menudo también de sus parientes, de sus cónyuges, de sus niños. Es notable cómo en este caso la esperanza de sobrevivir hace del hombre un ser aislado, frente al que se sitúa la masa de todas las víctimas.

Pero dentro de esta maldición general, en que resulta perdido todo aquel que cae enfermo, sucede lo más sorprendente: algunos, contados, convalecen de la peste. Es de imaginar cómo se deben sentir éstos en medio de los otros. Han sobrevivido, y se sienten invulnerables. Así también pueden compadecerse de los enfermos y moribundos que los rodean.

«Tales gentes —dijo Tucídides— se sentían tan exaltadas en su convalecencia que opinaban que ya no podrían morir jamás de enfermedad.»

ACERCA DEL SENTIMIENTO DE CEMENTERIO

Los cementerios ejercen una fuerte atracción; se les visita, aunque no se tenga parientes sepultados en ellos. Se llega a ciudades extranjeras y se peregrina a los cementerios, reservándoles el tiempo necesario como si existieran para ser visitados. Y aun en el extranjero, lo que atrae no es siempre la tumba de un hombre venerado. Pero aunque en un principio lo fuera, siempre resulta algo más de la visita. Se cae en un estado de ánimo muy especial. La costumbre piadosa quiere que uno se engañe acerca de este estado de ánimo; porque la contrición que uno siente y que uno más muestra, encubre en realidad una secreta satisfacción.

¿Qué es lo que de veras hace el visitante cuando se encuentra en un cementerio? ¿Cómo se mueve y con qué se ocupa? Camina, yendo y viniendo por entre las tumbas, mira ésta o aquella lápida, lee los nombres y se siente atraído por muchos de ellos. En seguida comienza a interesarse por lo que dice bajo los nombres. Allí hay una pareja que vivió por largo tiempo junta y ahora, como corresponde, reposa lado a lado. Allá, un niño que murió muy pequeño. Allí yace una muchacha que apenas alcanzó sus dieciocho años. Cada vez más son los decursos de tiempo los que cautivan al visitante. Cada vez más se desprenden de sus conmovedoras particularidades y se convierten en meros decursos de tiempo.

Uno murió a los 32 años de edad y otro, enfrente, a los 45.El visitante ya es mayor que ellos, y aquellos están, por así decir, fuera de la carrera. Muchos no llegaron tan lejos como él, y si no han muerto especialmente jóvenes, su destino no despierta ninguna lástima. Pero también hay muchos que lo superan. Allí algunos han llegado a los 70, y en otro lugar también hay uno que llegó a más de

80 años de edad. A éstos aún puede alcanzarlos. Lo incitan a emularlos. Aún todo le es posible. Lo indeterminado de la vida que tiene por delante es una gran ventaja sobre ellos, y con algún esfuerzo hasta podría sobrepasarlos. En el medirse con ellos tiene grandes esperanzas, pues desde ahora les lleva una ventaja: la meta de ellos ya está alcanzada, ya no viven. Con cualquiera que compita, toda la fuerza está de su lado. Pues allá no hay fuerza, sólo está indicada la meta alcanzada. Los más aventajados han sucumbido. Ya no pueden mirarnos en los ojos de hombre a hombre, y nos insuflan fuerza para llegar a ser más que ellos para siempre. El de 89 años, que allí yace, es como un estímulo supremo. ¿Qué le impide a uno llegar a los 90?

Pero éste no es el único cálculo en el que uno cae entre tal plétora de tumbas. Uno comienza a fijarse en el tiempo transcurrido desde que yacen aquí algunos de ellos. El tiempo que nos separa de su muerte tiene algo de tranquilizador: quiere decir que el hombre está en el mundo desde mucho antes. Los cementerios con lápidas bien antiguas, que datan hasta del siglo XVIII o incluso del XVII, tienen algo de enaltecedor. Uno se detiene pacientemente ante las borrosas inscripciones y no se mueve hasta descifrarlas. La cronología, que de otro modo sirve tan sólo para fines prácticos, de pronto adquiere vida intensa y plena de sentido. Todos los siglos de los que conocemos la existencia son nuestros. El que yace bajo tierra, no sospecha el interés del que contempla el palmo de su vida. La cronología, para él, termina con la cifra del año de su muerte; para el observador, sin embargo, continúa hasta él. ¡Cuánto daría el muerto por estar aún al lado del observador! Hace doscientos años que murió: uno ha cumplido, por decir así, doscientos años más que él. Gracias a tradiciones de todo tipo, gran parte del tiempo que desde entonces transcurrió le es a uno muy conocido. Ha leído acerca de él, ha oído contar de él, y algo también lo ha vivido uno mismo. Es

difícil no sentir una superioridad en esta situación; aun el hombre ingenuo la siente.

Siente aun más, sin embargo, pasearse solo por el cementerio. A sus pies yacen muchos desconocidos, todos densamente apiñados. Su número es indeterminado, aunque ciertamente es elevado, y cada vez son más. No pueden separarse unos de otros: permanecen como en un montón. Sólo quien está vivo viene y va, según su capricho. Sólo él' está erguido entre los yacentes.

SOBRE LA INMORTALIDAD

Es bueno partir de un hombre como Stendhal cuando se habla de esta clase de inmortalidad privada o literaria. Sería difícil encontrar un hombre con mayor aversión a las representaciones de fe corrientes. Stendhal fue enteramente libre de las ataduras y promesas de cualquier religión. Sus sentimientos y pensamientos están exclusivamente vueltos hacia esta vida de aquí. La sintió y la disfrutó del modo más preciso y profundo. Se abrió a todo lo que podía darle placer y no por ello se hizo insípido, porque respetó lo individual en sí mismo. No redujo nada á una dudosa unidad. Dirigió su desconfianza a todo lo que no era capaz de sentir. Pensó mucho, pero no hay pensamiento frío en él. Todo lo que registra, todo lo que crea, permanece cercano al cálido momento de su origen. Amó mucho y creyó en muchas cosas, pero todo era milagrosamente concreto. Todo podía encontrarlo dentro de sí sin necesidad de trucos de ningún orden.

Este hombre, que nada presupuso, que todo quiso encontrarlo por sí mismo, que era la vida misma en cuanto sentimiento y espíritu, que se encontraba en el corazón de todo acontecimiento y que por ello también podía contemplarlo desde fuera, en el que palabra y contenido coinciden de la manera más natural, como si se hubiese propuesto depurar el lenguaje por su propia cuenta, este hombre excepcional y de veras libre tenía, no obstante, una *fe*, de la que habla

tan sencilla y naturalmente como de una amante.
Se conformó, sin quejarse, de escribir para pocos, pero estaba seguro de que cien años después muchísimos lo leerían. En los tiempos modernos no es posible concebir una fe en la inmortalidad literaria más clara, más aislada y más modesta. ¿Qué significa esta fe? ¿Cuál su contenido? Significa que uno subsistirácuando todos sus contemporáneos ya no estén. No es que uno esté mal dispuesto contra los vivos como tales. Uno no los aparta de la ruta, nada hace contra ellos, ni siquiera les presenta combate. Uno desprecia a quienes alcanzaron una gloria falsa, pero asimismo desprecia el combatirlos con sus propias armas. Ni siquiera uno les guarda rencor, porque sabe-cuánto se han equivocado. Uno elige la compañía de aquellos a los que uno mismo pertenecerá alguna vez: la de todos aquellos de tiempos pasados cuya obra aún hoy vive; aquellos que a uno le hablan, de los que uno se nutre. La gratitud que siente por ellos es gratitud por la vida misma.

Matar para sobrevivir no puede significar nada para esa disposición de ánimo, porque no se trata de sobrevivir ahora, sino de entrar en liza dentro de cien años, cuando uno mismo ya no vivirá y así no podrá matar. Es obra contra obra lo que entonces se mide y será demasiado tarde para añadir nada. La rivalidad propiamente dicha, la que realmente importa, comienza cuando los rivales ya no están. El combate que librarán sus obras ni siquiera lo podrán presenciar. Pero esta obra debe existir, y para que exista debe contener la mayor y más pura medida de vida. No sólo se ha desdeñado matar; se ha hecho entrar en la inmortalidad a todos los que estaban cerca de uno, a aquella inmortalidad en la que todo se hace efectivo, lo menor como lo mayor.

Es la exacta contrapartida de aquellos detentadores de poder que arrastran consigo a la muerte a todo su entorno, para que, en una existencia del más allá, reencuentren todo a lo que estaban habituados. Nada caracteriza más espantosamente su impotencia

más íntima. Ellos matan en la vida, matan en la muerte, un séquito de muertos los escolta al más allá.

Pero quien abre a Stendhal, vuelve a encontrarlo a él mismo y todo lo que le rodeó, y lo encuentra aquí en esta vida. Así, los muertos se ofrecen a losvivos como el más noble de los alimentos. Su inmortalidad redunda en provecho de los vivos: en esta reversión de la ofrenda a los muertos todos resultan beneficiados. La supervivencia ha perdido su aguijón, y el reino de la enemistad toca a su fin.

ELEMENTOS DEL PODER

FUERZA Y PODER

Con fuerza se asocia la idea de algo que está próximo y. presente. Es más coercitiva e inmediata que el poder. Se habla, con mayor énfasis, de fuerza física. A niveles inferiores y más animales, es mejor hablar de fuerza que de poder. Una presa es agarrada por la fuerza y llevada a la boca con fuerza. Cuando la fuerza dura más tiempo se convierte en poder. Pero en el instante crítico, que llega de pronto, en el instante deja decisión y de lo irrevocable, es otra vez fuerza pura. El poder es más general y más vasto que la fuerza, contiene mucho más, y no es tan dinámico. Es más complicado e implica incluso una cierta medida de paciencia. La palabra *Macht*, poder, deriva de una vieja raíz gótica, *magan*, que quiere decir «poder, ser capaz», y no está relacionada en absoluto con la raíz machen: «hacer».

La diferencia entre fuerza y poder se puede ejemplificar de manera evidente por la relación entre *gato* y *ratón*.

El ratón, una vez atrapado, está bajo el régimen de fuerza del gato: éste lo agarró, lo mantiene apresado, su intención es matarlo. Pero apenas comienza a *jugar* con él, agrega algo nuevo. Lo suelta y le permite correr un trecho. No bien el ratón se vuelve y corre, escapa de su régimen de fuerza. Pero está en el poder del gato el hacerle regresar. Si le deja irse definitivamente, lo ha despedido de su esfera de poder. Dentro del radio en que puede alcanzarlo con certeza permanece en su poder. El espacio que el gato controla, los vislumbres de esperanza que concede al ratón, vigilándolo meticulosamente, sin perder su interés por él y por su destrucción, todo ello reunido —espacio, esperanza, vigilancia e interés destructivo— podría designarse como el cuerpo propiamente dicho

del poder o sencillamente como el poder mismo.

Así es que pertenece al poder —en oposición a la fuerza— una cierta ampliación: más espacio y también algo más de tiempo. Hemos formulado precedentemente la suposición de que la prisión podría derivar de las fauces; la relación entre ambas expresa la relación entre el poder y la fuerza. En las fauces no quedan esperanzas, no hay tiempo y no hay espacio. Desde este punto de vista la prisión es como una ampliación de las fauces. En ella se pueden dar algunos pasos de ida y vuelta, como los da el ratón bajo los ojos del gato; y a veces se sienten los ojos del guardián clavados en la espalda. El prisionero tiene tiempo por delante y esperanza de escapar o de ser liberado; y durante todo el tiempo percibe el interés destructivo del aparato en cuya prisión se encuentra, aún cuando parezca haber cesado.

Pero la diferencia entre poder y fuerza se hace visible también en una esfera muy distinta: en los múltiples matices de la devoción religiosa. Todo el que cree en Dios está siempre en poder de Dios, y está conforme con ello, a su manera. Pero a muchos eso, no obstante, no les basta. Esperan una intervención tajante, un acto inmediato de violencia divina, que puedan reconocer y experimentar como tal. Se hallan en la situación de quien espera órdenes. Dios tiene para ellos los rasgos más crudos del soberano. Su voluntad activa, la sumisión activa de ellos en cada hecho particular, en cada manifestación, se vuelve para ellos el núcleo mismo de la fe. Las religiones de este tipo tienden a acentuar la predestinación divina; debido a ellos sus fieles tienen motivo para sentir todo lo que sucede como expresión inmediata de la voluntad divina. Pueden someterse más a menudo, y hasta el fin. Es como si ya vivieran en la boca de Dios, que los triturará en el próximo instante. Sin embargo, han de seguir viviendo este terrible presente sin temor y proceder con rectitud.

El Islam y el calvinismo son muy bien conocidos por esta tendencia. Sus partidarios están sedientos de fuerza divina. No les basta su poder sólo, es demasiado general y lejano y les deja demasiado en manos de ellos mismos. El efecto de esta permanente espera de órdenes sobre quienes se han entregado a ello de una vez por todas, es profundo y tiene las más graves consecuencias sobre su comportamiento frente a los demás. Crea el tipo del creyente soldado, para quien la batalla es la expresión más exacta de la vida; batalla en la que no teme, porque siempre se siente dentro de ella. Hablaremos más exhaustivamente de este tipo de creyente cuando examinemos la orden.

PODER Y RAPIDEZ

Toda rapidez, en cuanto pertenezca al ámbito del poder, es rapidez de dar alcance o de agarrar. En ambos casos los animales fueron el modelo del hombre. El hombre aprendió de las fieras corredoras, en especial del lobo, a dar alcance. Agarrar mediante un salto súbito se lo enseñaron los felinos: sus envidiados y admirados maestros en esto fueron el león, el leopardo y el tigre. Las aves de rapiña reúnen ambos tipos de rapidez: dar alcance y agarrar. En el ave de rapiña, que vuela sola y a la vista y que se precipita desde gran altura, el proceso se acuña a la perfección. Ella inspiró al hombre el arma de la flecha, por mucho tiempo el instrumento de mayor velocidad que pudo poseer: en sus flechas el hombre vuela a alcanzar su presa.

Estos animales sirven así, ya desde muy temprano, como símbolos del poder. Representan sea a los dioses, sea a los ancestros del poderoso. Un lobo era el ancestro de Gengis-Khan. El halcón Horus era el dios del faraón egipcio. En los reinos africanos los animales sagrados de la estirpe real son el león y el leopardo. De las llamas, en las que era quemado el cadáver del emperador romano, su alma remontaba como un águila al cielo.

Lo más rápido, sin embargo, es lo que desde siempre fue lo más

rápido: el rayo. El temor supersticioso al rayo, ante el que no hay protección, está ampliamente difundido. Los mongoles, dice el monje franciscano Rubruk, que llegó hasta ellos como enviado de San Luis, temen sobre todo al trueno y al *rayo*. Durante el temporal expulsan de sus yurtas a todos los extranjeros, se envuelven ellos mismos en fieltros negros y se esconden allí dentro hasta que todo haya pasado. Se abstienen (informa el historiador persa Rashid, que estaba a sus servicios) de comer la carne de un animal alcanzado por el rayo, y ni siquiera osan acercársele. Entre los mongoles todo tipo de prohibiciones sirven para obtener el favor del rayo. Ha de evitarse todo lo que pueda atraerlo. El rayo es a menudo el arma principal del dios más poderoso.

Su repentino alumbrarse en las tinieblas tiene el carácter de una revelación. El rayo alcanza e ilumina. De su comportamiento peculiar se procura deducir conclusiones respecto a la voluntad de los dioses. ¿Con qué forma se presenta y en qué lugar del cielo? ¿De dónde viene? ¿Adonde va? Entre los etruscos la interpretación del rayo era tarea de una clase especial de sacerdotes que fueron adoptados por los romanos como *Fulguratores*.

«El poder del soberano —dice un antiguo texto chino— asemejase al del rayo, si bien es inferior su energía.» Es sorprendente el número de detentadores del poder que fueron fulminados por el rayo. Los relatos al respecto puede que no siempre respondan a la verdad, pero el que se haya establecido esa relación es ya en sí significativo. Noticias al respecto son numerosas entre los romanos y entre los mongoles. Ambos pueblos creen en un supremo dios del cielo, ambos tienen un sentido fuertemente desarrollado del poder. El rayo es aquí tomado como una orden sobrenatural. Cuando fulmina, debe fulminar. Cuando fulmina a un poderoso, ha sido enviado por alguien más poderoso aún. Sirve como el castigo más pronto y repentino, pero también el más evidente.

Ha sido imitado por los hombres y dio lugar a un tipo de arma: el arma de fuego. El relampaguear y el tronar del disparo, el fusil y en especial el cañón, provocaron el terror de aquellos pueblos que no los poseían y que los percibieron como rayo.

Pero ya antes el hombre había querido convertirse a sí mismo en un animal más veloz. El sometimiento del caballo y la formación de la caballería en su forma más consumada, determinaron las grandes irrupciones históricas desde Oriente. En todos los relatos contemporáneos sobre los mongoles se destaca su rapidez. Siempre su aparición era inesperada: aparecían tan repentinamente como desaparecían y reaparecían más repentinamente aún. Sabían utilizar incluso la precipitación de la fuga para la agresión; apenas se les creía huidos, se estaba cercado por ellos.

Desde entonces la velocidad física como cualidad del poder se ha acrecentado de todas las maneras posibles. Superfluo sería detenerse en sus efectos en nuestra era técnica.

A la esfera del agarrar pertenece una especie muy distinta de rapidez, la del desenmascaramiento. Un ser inocuo o sometido se halla frente a uno; se le arranca la máscara: detrás hay un enemigo. Para ser eficaz el desenmascaramiento debe ser subitáneo. Esta especie de rapidez es susceptible de ser designada como rapidez dramática. El dar alcance se restringe aquí a un espacio muy pequeño, se concentra. El vestir una máscara como medio de disimulación es antiquísimo, su negativo es el desenmascaramiento. De máscara en máscara se pueden lograr desplazamientos decisivos de relaciones de poder. Se combate la disimulación del enemigo con la propia disimulación. Un gobernante invita a notables militares o civiles a una cena festiva. De repente, cuando menos esperan su enemistad, todos son asesinados. El cambio de una actitud a la otra corresponde con precisión a un quitarse la máscara. La prontitud del acontecimiento está agudizada al extremo; de ella sola depende el

éxito del proyecto. El detentador del poder, bien consciente de su constante simulación, sólo puede esperar siempre lo mismo del otro. Toda prontitud con la que él se le adelanta le parece permitida e indicada. Le importará poco poner la mano sobre un inocente: en el complejo juego de las máscaras uno se puede equivocar. Le irritará profundamente que por una carencia de prontitud se le escape un enemigo.

PREGUNTA Y RESPUESTA

Todo preguntar es incursionar. Cuando la pregunta se practica como medio del poder, corta como una navaja en el cuerpo del interrogado. Ya se sabe lo que se puede encontrar; pero se lo quiere encontrar y tocar realmente. Con la seguridad de un cirujano se penetra en los órganos interiores. El cirujano mantiene en vida á su víctima para averiguar cosas más precisas acerca de ella. Éste es un tipo peculiar de cirujano que trabaja conscientemente con la provocación de dolor local. Irrita determinadas zonas de la víctima para saber algo seguro acerca de otras.

Las preguntas buscan respuestas; aquellas que no reciben respuesta son como flechas disparadas al aire. La pregunta más inocente es la que permanece aislada y no trae a otra consigo. Se le pregunta a un desconocido por un edificio. Éste le es indicado. Uno se conforma con esta respuesta y prosigue su camino. Se ha retenido al desconocido por un instante. Se le ha obligado a recordar. Cuanto más clara y concisa fue su respuesta, tanto más pronto se desembarazó de uno. Entregó lo que se esperaba y no está obligado a volverle a ver a uno.

Pero un inquirente podría no estar conforme y seguir planteando preguntas. Cuando se acumulan no tardan en provocar el disgusto del inquirido. No sólo se le retiene exteriormente; con cada respuesta muestra una parte más de sí. Puede que sean cosas sin importancia, superficiales, pero le han sido extraídas por un

desconocido. Están relacionadas con otras que yacen más ocultas y que él considera más importantes. El disgusto que experimenta no tarda en volverse desconfianza.

Porque el efecto de las preguntas es realzar el sentimiento de poder del interrogado; le dan ganas de hacer más y más. Quien responde se somete tanto más cuanto más cede a las preguntas. La libertad de la persona reside en buena parte en defenderse de las preguntas. La tiranía más exigente es la que se permite hacer la pregunta más exigente. Es sensata una respuesta que pone fin a las preguntas. Quien puede permitírselo recurre a las contra-preguntas; entre iguales éste es un medio probado de defensa. Aquel a quien su posición no le permite réplica, debe dar una respuesta exhaustiva y aclarar lo que el otro busca, o despojarlo, mediante la astucia, de las ganas de seguir indagando. Puede adular al interrogador y reconocer su superioridad, de modo que éste no necesite manifestarla él mismo. Puede desviarlo sobre otros, a los que sería más interesante o productivo interrogar. Si es hábil en la simulación, puede desdibujar su identidad. La pregunta va dirigida a otro y la respuesta no es de su incumbencia.

La pregunta, que a fin de cuentas es una especie de disección, comienza con un tanteo. El contacto se intensifica y llega a diferentes sitios. Donde encuentra poca resistencia, penetra. Lo que extrae lo pone de lado para utilizarlo ulteriormente; no lo aprovecha en seguida. Primero debe encontrar ese algo bien definido en pos de lo cual anda. Toda pregunta siempre disimula un fin perfectamente consciente. Las preguntas indefinidas, las de un niño o un tonto, no tienen fuerza y son fáciles de contestar.

Cuando se exigen respuestas breves, concisas, la situación es de lo más peligrosa. Una simulación convincente o una metamorfosis de fuga en pocas palabras es entonces difícil, si no imposible. La manera más cruda es hacerse el sordo o no entender. Pero eso sólo

funciona entre iguales. De lo contrario, cuando el más fuerte interroga al más débil, la pregunta se puede formular por escrito. Una respuesta compromete entonces mucho más. Puede ser sujeta a comprobación, y el adversario puede pedirla.

Quien carece de defensas exteriores, se retira a su armadura interior: esta armadura íntima contra la pregunta es el secreto. Es como un segundo cuerpo, mejor protegido, que se alberga en el primero; quien se le aproxima demasiado, ha de prepararse para desagradables sorpresas. Es como algo más denso que sólo pocos logran esclarecer. Lo peligroso del secreto se coloca siempre por encima de su contenido propiamente dicho. Lo más importante, es decir lo más denso, en el secreto es su eficaz defensa contra la pregunta.

El callar ante una pregunta es como el rebotar de un arma contra el escudo o la armadura. Enmudecer es una forma extrema de la defensa, en que ventajas y desventajas se equilibran. El enmudecido no se expone pero parece más peligroso de lo que es. Se supone que en él hay más de lo que calla. Enmudeció sólo porque tiene mucho que callar; tanto más importante entonces no soltarlo. El obstinado callar conduce al interrogatorio penoso, a la tortura.

Pero siempre, también en circunstancias ordinarias, la respuesta le aprisiona a uno. Ya no se la puede abandonar. La respuesta le obliga a uno a situarse en determinado lugar y permanecer en él mientras que el interrogador puede apuntar desde cualquier ángulo; en cierto modo lo contornea a uno y escoge la posición que más le conviene. Puede rondar en torno al otro, sorprenderlo y confundirlo. El cambio de posición le confiere una especie de libertad que el interrogado no puede tener. Busca agredirlo con la pregunta, y cuando logra tocarlo con ella, es decir obligarlo a dar una respuesta, lo tiene conjurado, lo fija en un sitio. «¿Quién eres?» «Soy Fulano.» Ya ha sido privado de la posibilidad de escapar por metamorfosis. Si

el proceso se prolonga, puede considerárselo como una especie de encadenamiento.

La primera pregunta se refiere a la identidad, la segunda al lugar. Puesto que ambas presuponen el habla, interesaría saber si es concebible una situación arcaica, que haya existido antes que la pregunta en forma de palabras y equivalente a ésta. En ella, lugar e identidad deberían coincidir; lo uno sin lo otro debería carecer de sentido. Esta situación arcaica efectivamente existió. Es el vacilante contacto con la presa. ¿Quién eres? ¿Se te puede comer? El animal, interminablemente en busca de alimento, toca y olfatea todo lo que encuentra. Mete sus narices en todas partes: ¿se te puede comer? ¿Qué gusto tienes? La respuesta es un olor, una contrapresión, una rigidez inerte. El cuerpo extraño es aquí su propio lugar, y mediante el olfatear y el tocar uno se familiariza con él o, traducido a nuestras costumbres humanas, le nombra.

En la educación temprana del niño hay dos fenómenos que al cruzarse se intensifican en forma desmedida; parecen desproporcionados y, sin embargo, están íntimamente relacionados. Los padres, por un lado, permanentemente dictan órdenes vigorosas e insistentes; el niño, por el otro, formula un sinnúmero de preguntas. Estas tempranas preguntas del niño son como sus gritos pidiendo alimento, en forma diferente y ahora ya más elevada. Son inofensivas, ya que al niño, en ningún caso, le procuran todo el saber de los padres; la superioridad de éstos sigue siendo tremenda.

¿Cuáles son las preguntas con las que comienza el niño? Las primeras son las que se refieren a un lugar: «¿Dónde está...?» Otras preguntas tempranas son: «¿Qué es eso?», y «¿Quién?» Se ve qué papel desempeñan ya lugar e identidad. Son realmente lo primero que indaga el niño. Sólo más tarde, al término del tercer año, las preguntas comienzan con «¿Por qué?», y mucho más tarde aún «¿Cuándo» y «¿Cuánto tiempo?», las preguntas temporales. El niño

tarda mucho en tener ideas precisas acerca del tiempo.

La pregunta, que comienza con tanteo titubeante, busca, como ya se dijo, penetrar más hondo. Tiene algo cortante, actúa como una navaja. Ello se reconoce en la resistencia que los niños muy pequeños oponen a las preguntas dobles. ¿Qué prefieres, una manzana o una pera? El niño callará o dirá «pera», porque ésta es la última palabra. Le resulta difícil tomar una verdadera decisión, que sería una separación entre manzana y pera; en el fondo quisiera ambas cosas.

La separación culmina cuando sólo son posibles las dos más sencillas de todas las respuestas, sí o no. Por ser diametralmente opuestas, toda solución intermedia queda excluida, la decisión por una u otra es de compromiso y alcance especiales.

Antes de que fuese planteada la pregunta a menudo no se sabe qué es lo que se piensa. La pregunta le obliga a uno a separar el pro y el contra. En la medida en que se plantea cortésmente y sin apremio, libra la decisión a uno.

En los diálogos platónicos, Sócrates es coronado como una especie de rey del preguntar. Rehúsa toda especie usual de poder y esquiva diligentemente todo lo que podría recordarlo. La sabiduría, que era su superioridad, quienquiera que fuese podía recogerla de él. Pero Sócrates no la comunicaba a menudo en una conversación coherente, sino que formulaba preguntas. En los Diálogos, Platón pone en su boca las preguntas más determinantes e importantes. Así, Sócrates ya no suelta a sus auditores y los obliga a separaciones de la especie más diversa. Alcanza su dominio sobre ellos exclusivamente por medio de preguntas.

Son importantes las formas de cortesía que restringen las preguntas. Ciertas cosas no deben preguntarse a un extraño. Si uno lo hiciera le asediaría, penetraría en él; tendría motivo de sentirse herido. La

reserva, en cambio, le convence de cuánto se le respeta. Se trata al extraño como si fuera el más fuerte; es una forma de adulación que determina en él idéntica actitud. Sólo así, manteniéndose a cierta distancia unos de otros, a cubierto de preguntas, como si todos fuesen fuertes e iguales en esta fuerza, los hombres se sienten seguros y se mantienen en paz.

Pregunta monstruosa es la que inquiere por el porvenir. Podría llamársela la pregunta suprema; es también la más intensa. Los dioses, a los que va dirigida, no están obligados a responder. En su forma más violenta, es una pregunta desesperada. Los dioses nunca se comprometen, nunca se puede penetrar en ellos. Sus exteriorizaciones son ambiguas, no se las puede descomponer. Todas estas preguntas se hacen como preguntas primeras, que sólo tienen una respuesta. Muy a menudo la respuesta consiste sólo de signos, que son reunidos por los sacerdotes de ciertos pueblos en grandes sistemas. Los babilonios han dejado millares de esos signos. Llama la atención que cada uno de ellos se halle aislado de los otros. No se deducen unos de otros, no tienen coherencia interna. Son listas de signos, nada más; incluso quien los conoce todos, nunca puede concluir de cada uno de ellos por separado más que algo separado en el porvenir.

El *interrogatorio*, en exacta oposición a ello, reconstituye el *pasado* en la totalidad de su decurso. El interrogatorio está dirigido contra uno más débil. Pero antes de consagrarnos a la interpretación del interrogatorio es recomendable decir algunas palabras sobre una institución que hoy se ha impuesto en la mayoría de los países, el universal *fichaje policial* de la población. Se ha definido un determinado grupo de preguntas, en todas partes las mismas, que en lo esencial sirven a la seguridad y al orden. El objetivo es saber cuan peligroso podría llegar a ser cada uno; y, cuando llega a serlo, poder arrestarlo de inmediato. La primera pregunta que se formula de oficio a un hombre es su nombre; la segunda se refiere a su

domicilio, la dirección. Son, como ahora sabemos, las dos preguntas más antiguas, las de identidad y lugar. La profesión, en seguida, revela su actividad; de ella y de la edad se concluye su influencia y prestigio: ¿cómo se le debe manipular? Su estado civil indica su propiedad humana más inmediata, sean marido, mujer o hijos. Origen y nacionalidad dan una referencia sobre sus posibles opiniones, en la época de nacionalismos fanáticos son hoy más definitorios que la religión, que ha perdido importancia. Con ésto —y la fotografía y la firma— ya es mucho lo que queda establecido.

Las respuestas a estas preguntas son aceptadas. Provisoriamente no se ponen en duda. Sólo en el interrogatorio, dirigido a un fin determinado, la pregunta se carga de desconfianza. Allí se establece entonces un sistema de preguntas que sirve al control de las respuestas; en sí ahora cada una podría ser falsa. El interrogado se encuentra en relación de enemistad con el interrogador. Siendo mucho más débil, sólo se escabulle si logra hacer creer que no es un enemigo.

En las indagaciones judiciales el preguntar establece *retroactivamente* una omnisciencia del interrogador como poderoso. Los caminos que uno ha recorrido, las habitaciones en que estuvo, las horas que vivió, que en aquel entonces parecían libres y no controladas de pronto son puestas bajo acusación. Todos los caminos deben volver a ser hollados, todas las habitaciones volver a ser habitadas, hasta que queda lo menos posible de aquella antigua y gozada libertad. El juez ha de saber muchísimas cosas antes de poder juzgar. Su poder está particularmente basado en la omnisciencia. Para adquirirla tiene derecho a hacer cualquier pregunta: «¿Dónde estabas? ¿Cuándo estuviste allí? ¿Qué hiciste?» En la respuesta que sirve a la coartada, se opone lugar a lugar, identidad a identidad. «A esa hora yo estaba en otro lugar. Yo no soy el que lo hizo.»

«Una vez —dice una leyenda wenda— hacia la hora del mediodía,

cerca de Dehsa, una muchacha campesina yacía durmiendo entre la hierba. Su novio estaba sentado junto a ella. Cavilaba para sí cómo deshacerse de su novia. En eso llegó la Dama Mediodía y le hizo preguntas. A todo lo que respondía, le hacía nuevas preguntas. Guando la campana dio la una se detuvo su corazón. La Dama Mediodía lo había interrogado a muerte.»

EL SECRETO

El secreto ocupa la misma médula del poder. El acto de acechar, por su naturaleza, es secreto. Uno se esconde o se mimetiza y no se da a conocer por movimiento alguno. Toda criatura en acecho desaparece, se emboza en el secreto como en otra piel y permanece largo tiempo a su abrigo. Una peculiar concatenación de impaciencia y paciencia caracteriza a la criatura en este estado. Cuanto más permanece en él, tanto más intensa se hace la esperanza de lograr un éxito repentino. Pero para que al final se logre algo, la paciencia ha de crecer al infinito. Si se acaba un instante demasiado temprano, todo habrá sido en vano y, cargado con la decepción, habrá de comenzar de nuevo.

El agarrar en sí se manifiesta públicamente, pues quiere incrementar su efecto mediante el terror; pero no bien comienza la ingestión todo vuelve a desarrollarse en la oscuridad. La boca es oscura, y tenebrosos son el estómago y las entrañas. Nadie sabe y nadie medita sobre qué sucede interminablemente en su interior. De este proceso primigenio de la asimilación la mayor parte permanece secreta. Comienza activamente, con el secreto que uno mismo crea el acechar; termina desconocida y pasivamente en la misteriosa oquedad del cuerpo. Sólo el instante del agarrar alumbra bruscamente las sombras como un relámpago, para iluminar su propio momento fugaz.

El más profundo de los secretos es el que se desarrolla en el interior del cuerpo. Un curandero, cuya acción depende de su conocimiento

de los fenómenos del cuerpo, antes de ejercer su profesión debe someter su cuerpo a operaciones muy extrañas.

Entre los aranda, de Australia, un hombre que quiere ser consagrado curandero se instala ante la boca de la caverna en la que moran los espíritus. Allí primeramente le perforan la lengua. Está completamente solo y uno de los elementos de su iniciación es el terror que le inspiran los espíritus. El coraje para estar en soledad, sobre todo en un lugar en que la soledad es especialmente peligrosa, parece ser uno de los requisitos para ejercer esta vocación. Más tarde, según cree, morirá de un lanzazo que le atraviesa la cabeza de oreja a oreja y los espíritus lo acostarán dentro de su caverna, donde moran juntos en una especie de más allá. Para nuestro mundo está inconsciente, pero en el otro le son extraídos todos sus órganos internos, y recibe en su lugar otros nuevos. Se debe suponer que éstos son mejores que los órganos usuales, que quizá son invulnerables o menos expuestos a intervenciones mágicas. Así se fortalece en su profesión, pero se fortalece por dentro, su nuevo poder comienza en sus entrañas. Tuvo que morir antes de poder comenzar a actuar, pero su muerte sirvió para la total penetración de su cuerpo. Su secreto sólo es conocido por él y los espíritus; yace en su cuerpo.

Un rasgo curioso es que el atavío del mago lleva muchos cristales pequeños. Los lleva consigo en el cuerpo, le son indispensables para su profesión: todo tratamiento requiere un manipuleo activo de estas piedrecitas. Ora el mago mismo distribuye algunas, ora extrae otras de las partes dolientes del enfermo. Esas partículas sólidas, extrañas al cuerpo del enfermo, causaron la dolencia. Es como una curiosa moneda de la enfermedad, cuya cotización tan sólo es conocida por los magos.

Con excepción de este tratamiento tan íntimo del enfermo, la magia siempre se practica a distancia. Se prepara en secreto toda clase de

puntiagudas varillas mágicas y se las orienta en seguida desde gran distancia hacia la desprevenida víctima, sobre la que ha de caer el terrible efecto del hechizo. Aquí se saca partido del secreto del acecho. Se lanzan pequeños venablos con mala intención, a veces visibles como cometas en el cielo. El acto propiamente dicho es breve, pero el efecto puede hacerse esperar.

Hacer el mal mediante la magia, en actos individuales, le es posible a todo aranda. Pero rechazar el mal es obra exclusiva de los curanderos. Por su iniciación y su práctica están protegidos de otra manera. Algunos hechiceros muy viejos pueden atraer el mal sobre grupos enteros de hombres. Hay, pues, algo así como tres grados en el acrecentamiento de poder. Quien puede enfermar a muchas personas a la vez es el más poderoso.

Muy temido es el poder mágico de los extranjeros que viven en lugares alejados. Se les teme más porque los antídotos contra sus hechizos no se conocen tan bien como los antídotos contra los propios. Además, desaparece toda responsabilidad por las fechorías que se perpetúan siempre dentro del propio grupo.

En el rechazar el mal, en el tratamiento de las enfermedades, el poder del curandero es considerado benéfico. Pero junto con él va el hacer el mal en gran escala. Nada malo llega de por sí, todo es provocado por un hombre o espíritu mal intencionado. Cualquier cosa que nosotros llamaríamos causa, entre ellos es culpa. Toda muerte es un asesinato y como asesinato debe ser vengada.

La semejanza con el mundo del *paranoico* es en todo aspecto sorprendente. En los dos capítulos sobre el caso Schreber, al final de este libro, se obtendrán más precisiones al respecto. Incluso el ataque contra los órganos internos se narra allí en detalle; tras su total destrucción, tras una larga dolencia, se renuevan y se vuelven invulnerables.

El doble carácter del secreto se mantiene en todas las formas superiores del poder. Del curandero primitivo al paranoico apenas hay un paso. No es mayor la distancia de ambos al detentador del poder, cuya evolución histórica ilustran muchos ejemplares bien conocidos.

Aquí el secreto se expresa, por una vez, de modo activo. El detentador del poder, que de él se vale, lo conoce bien y sabe apreciarlo muy bien según su importancia en cada caso. Sabe qué acechar, cuándo quiere alcanzar algo, y sabe a cuál de sus ayudantes debe emplear para el acecho. Tiene muchos secretos, ya que es mucho lo que desea, y los combina en un sistema en el que se preservan recíprocamente. A uno le confía tal cosa, a otro tal otra y se encarga de que nunca haya comunicación entre ambos.

Todo aquel que sabe algo es vigilado por otro, el cual, sin embargo, jamás se entera de qué es en realidad lo que está vigilando en el otro. Debe registrar cada palabra y cada movimiento del que le está encomendado; al mantener informado sobre ello a su señor, le transmite una imagen de la actitud mental del vigilado. Pero el vigilante mismo es vigilado a su vez, y el informe del otro corrige el suyo. Así, el soberano siempre está al corriente de la fiabilidad de los recipientes en que ha depositado sus secretos, de su seguridad, y está en condiciones de apreciar cuál de esos recipientes está tan lleno que podría desbordar. De todo el sistema de secretos sólo él tiene la llave. Se siente amenazado si lo confía por entero a otro.

Es característico del poder una desigual distribución del calar las intenciones. El poderoso cala, pero no permite que se le cale. El más reservado debe ser él mismo. Nadie debe conocer su convicción ni sus intenciones.

Un caso clásico de impenetrabilidad fue Filippo María, el último Visconti. Su ducado de Milán era una gran potencia en la Italia del siglo XV. Nadie igualaba su capacidad de disimular su intimidad más

recóndita. Nunca decía abiertamente qué quería; ocultaba todo con una manera peculiar de expresarse. Cuando dejaba de estimar a alguien, continuaba loándolo; si había distinguido a alguien con honores y presentes, le acusaba de brusquedad o de estupidez y le hacía sentir que no era digno de su suerte. Si deseaba tener a alguien en su alrededor, le atraía por un tiempo, hacía que nutriera esperanzas y entonces lo olvidaba. Cuando el interesado creía haber sido olvidado, le llamaba nuevamente a su lado. Si acordaba una gracia a quien había hecho méritos ante él, interrogaba con curiosa astucia a otros, como si nada supiese de la bondad concedida. En general, concedía algo distinto a lo solicitado, y siempre de manera diferente a la deseada. Si quería ofrecer un presente o una distinción a alguien, acostumbraba interrogarlo días antes sobre los asuntos más indiferentes, de manera que aquél no lograba adivinar su intención. Es más, para no revelar a nadie su intención más recóndita, se quejaba a menudo por la otorgación de gracias que él mismo había concedido, o también por la ejecución de penas de muerte que él mismo había dispuesto.

En este último caso, da la impresión de que intentaba guardar sus secretos incluso ante sí mismo. Su carácter consciente y activo se le escapa, se siente impulsado hacia aquella forma pasiva del secreto que se porta en las tinieblas de la propia caverna corporal; que uno conserva allí donde nunca más se puede conocer; que uno mismo olvida.

«Es un derecho de los reyes guardar sus secretos ante padre, madre, hermanos, mujeres y amigos.» Así dice el Libro de la Corona, obra árabe que contiene muchas antiguas tradiciones de la corte de los Sasánidas.

El rey persa Cosroes II, el Victorioso, había inventado métodos muy especiales para poner a prueba la discreción de la gente que quería utilizar. Cuando sabía que dos personas de su entorno

estaban ligadas por estrecha amistad y de acuerdo en todo, se encerraba con uno de los dos y le confiaba un secreto que tenía que ver con su amigo: le comunicaba que había decidido hacerlo ejecutar, y le prohibía bajo amenaza de castigo, revelar este secreto al afectado. De ahí en adelante observaba la compostura del amenazado en sus idas y venidas por el palacio, el color de su rostro y su comportamiento cuando estaba ante el rey. Si comprobaba que su conducta en nada había cambiado sabía que el otro no le había revelado el secreto. A éste le incorporaba entonces a su confidencia, y lo trataba con particular consideración, elevaba su rango y le hacía sentir su favor. Más tarde, cuando estaba a solas con él, le decía: «Tenía la intención de hacer ajusticiar a ese hombre por ciertas informaciones que acerca de él me habían llegado; pero luego de averiguaciones más precisas todo se reveló falso».

Pero si advertía que el amenazado demostraba temor, se mantenía apartado y volvía su rostro, comprendía que su secreto había sido traicionado. Entonces Cosroes hacía caer en desgracia al traidor, lo degradaba y lo trataba con dureza. Al otro, en cambio, le hacía saber que sólo había querido poner a prueba a su amigo confiándole un secreto.

Así sólo confiaba en la discreción de un cortesano forzándolo a traicionar mortalmente a su mejor amigo. De ese modo se aseguraba la mayor discreción. «Quien no es apto para servir al rey —decía— carece también de valor para sí mismo, y de quien carece de valor para sí mismo no se puede sacar provecho.»

El poder del callar es siempre altamente apreciado. Significa que se es capaz de resistir a los incontables motivos exteriores que inducen a hablar. No se responde a nada, como si nunca se fuese interrogado. No se deja percibir si algo gusta o no. Se es mudo sin enmudecer. Pero se escucha. En su acepción extrema, la estoica virtud de la impasibilidad debería conducir a callar.

El silencio presupone un conocimiento exacto de aquello que se calla. Puesto que en la práctica no se enmudece para siempre se efectúa una elección entre lo que se puede decir y lo que se calla. Se calla lo que se conoce mejor. Es más preciso y es más precioso. El callar no solamente lo protege, hace que se concentre. Un hombre que calla mucho impresiona siempre como más concentrado. Se supone que sabe mucho puesto que calla mucho. Se supone que piensa mucho en su secreto, porque se encuentra con él cada vez que debe protegerlo.

El que calla no debe, pues, olvidar su secreto. Se le respeta tanto más cuanto más arde el secreto en él, cuanto más aumenta dentro de él sin que él lo entregue.

El silencio aísla: quien calla, está más solo que los que hablan. Así se le atribuye el poder de la singularidad. Él es el guardián de un tesoro y el tesoro está dentro de él.

El silencio actúa contra la metamorfosis. Quien se ha retirado a su puesto de guardia interno no puede alejarse de él. El que calla puede disimular, pero de manera rígida. Puede ponerse determinada máscara, pero a ella debe atenerse. La fluidez de la metamorfosis le está vedada. Su efecto es demasiado incierto, no es de prever a dónde se llega si uno se abandona a ella. Sobre todo, se calla donde uno no quiere transformarse. En el enmudecer desaparecen todos los motivos para metamorfosis. Hablando se trama todo entre los hombres, en el silencio todo se torna rígido.

El que calla tiene la ventaja de que sus palabras son más esperadas. Se les da mayor peso. Son concisas y aisladas y así se aproximan a la orden.

La relación de artificial diferencia de especie entre quien ordena y quien ha de obedecer significa que no tienen una lengua en común. No han de hablar entre ellos, es como si no pudiesen hacerlo. La

ficción de que sólo pueden comprenderse por medio de la orden se mantiene en todas las circunstancias. Así los mandatarios, dentro de la esfera-de su función, callan. Pero así, también uno se acostumbra a esperar de los silenciosos, cuando por fin hablan, palabras que son como órdenes.

La duda, el desprecio que se manifiesta por las formas más libres de gobierno —como si no pudiesen funcionar seriamente— están vinculadas con su carencia de secreto. Los debates en el parlamento se desarrollan entre cientos de hombres, su sentido radica en ser públicos. Opiniones opuestas se exponen y se enfrentan unas con otras. Incluso las sesiones que han sido declaradas secretas difícilmente lo son. La curiosidad profesional de la prensa, el interés de la finanza conducen a la indiscreción.

El individuo aislado, si opina, o un grupo muy pequeño en torno a él, puede conservar un secreto. Parece lo más seguro que las discusiones se lleven a cabo en grupos muy pequeños, formados en vista del mantenimiento del secreto y que han impuesto las más severas penas a la traición. Lo óptimo, sin embargo, es que la decisión dependa de un solo individuo. Pues éste de por sí no podría conocerla antes de haberla tomado, y una vez tomada, como orden encuentra rápida ejecución.

Buena parte del prestigio de que gozan las dictaduras se debe a que se les concede la fuerza concentrada del secreto, que en las democracias se reparte y diluye entre muchos; Con sarcasmo se destaca que en ésta todo *se va en palabrerío*, que cada cual parlotea, que cada cual se inmiscuye en todo, que no pasa nada, puesto que todo se conoce de antemano. Parece que uno se quejara de la carencia de decisión, en verdad la decepción proviene de la carencia de secreto.

Se está dispuesto a tolerar mucho, mientras se lo imponga con violencia y en secreto. Parece ser un cosquilleo servil de índole muy peculiar, ya que uno mismo es nada, el ir a parar a un vientre

poderoso. Uno no sabe qué ocurre realmente, ni sabe cuándo; otros puede que tengan precedencia para entrar en el monstruo. Uno espera sumiso y tiembla y anhela llegar a ser la víctima escogida. En esta actitud se puede ver una apoteosis del secreto. A su glorificación se le subordina todo lo restante. No importa tanto qué ocurre, si tan sólo ocurre con la ardiente repentineidad de un volcán, inesperado e irresistible.

Pero todos los secretos finalmente tienen que ser fatales: para su propietario, lo que en sí no sería importante, pero igualmente para todos los afectados, y esto es de tremenda importancia. Todo secreto es explosivo y se acrecienta en su ardor interno. El juramento como cierre es justamente el lugar en el que también se vuelve a abrir.

A pesar de lo peligroso que puede llegar a ser el secreto, sólo hoy se logra reconocerlo enteramente. En diversas esferas, que sólo en apariencia son independientes entre sí, se ha cargado cada, vez con mayor poder. El dictador por excelencia, contra el que el mundo unido hizo la guerra, apenas estaba muerto cuando reapareció él en la forma de la bomba atómica, más peligroso que nunca y acrecentándose de prisa en sus vástagos.

Concentración del secreto desígnase la relación entre el número de aquellos a quienes afecta y el número de aquellos que lo guardan. Tras esta definición es fácil comprender que nuestros modernos secretos técnicos son los más concentrados y peligrosos que jamás hubo. Afectan a todos, pero sólo un ínfimo número sabe acerca de ellos, y de cinco o diez hombres depende el que sean utilizados.

SENTENCIAR Y ENJUICIAR

Es recomendable partir de un fenómeno que es familiar a todos, el del placer de enjuiciar. «Un mal libro», dice alguno, o «un mal cuadro», y se dan las apariencias de que se tiene algo objetivo que

decir. Todo su aire delata que lo dice con gusto. Pues la forma de la declaración engaña, y muy pronto pasa a ser como de índole personal. «Un mal poeta» o «un mal pintor», se añade en seguida, y suena como si uno dijera «un mal hombre». Por todas partes se tiene ocasión de sorprender a conocidos, a desconocidos, a uno mismo en este proceso del enjuiciar. La dicha que da la sentencia negativa es siempre inconfundible.

Es una alegría dura y cruel que por nada se deja turbar. La sentencia es sentencia sólo si es emitida con atemorizante seguridad. No conoce benignidad ni prudencia. Se encuentra de prisa; es perfectamente adecuado a su esencia que se lleve a cabo sin reflexión. La pasión que delata se debe a su rapidez. La sentencia incondicional y la apresurada son las que se dibujan como placer en los rasgos del que sentencia.

¿En qué consiste este placer? Uno relega algo lejos de sí a un grupo inferior, lo que presupone que uno mismo pertenece a un grupo mejor. Uno se eleva rebajando lo otro. La existencia de lo dual, que representa valores opuestos, se supone natural y necesaria. Sea lo que sea lo bueno, está para que se destaque de lo malo. Uno mismo decide qué es lo que pertenece a lo uno y qué a lo otro.

Es el poder del juez el que uno se concede de esta manera. Porqué sólo en apariencia el juez está entre ambos campos, en el límite que separa lo bueno de lo malo. Se cuenta entre lo bueno, de todas maneras; la legitimación de su cargo descansa, en gran parte, sobre el pertenecer inconmoviblemente al remo de lo bueno, como si hubiese nacido allí. Sentencia, por decirlo así, constantemente. Su sentencia es obligatoria. Son cosas muy determinadas sobre las que debe dictar sentencia, su extenso conocimiento de lo malo y lo bueno se origina en su prolongada experiencia. Pero también aquellos que no son jueces, a los que nadie ha encargado de ello, a los que nadie en posesión de sus plenas facultades mentales

encargaría de ello, se permiten interminablemente sentenciar en todos los terrenos. Ningún conocimiento del asunto se presupone para ello: los que se guardan de dictar sentencia porque se avergüenzan de ello pueden contarse con los dedos de las manos.

La enfermedad de sentenciar es una de las más difundidas entre los hombres, y prácticamente todos son atacados por ella. Intentemos descubrir su raíz.

El hombre experimenta una profunda necesidad de volver a clasificar siempre otra vez a toda la gente que puede imaginar. Apartando el número vago y amorfo de los existentes en dos grupos y enfrentándolos como tales les da algo así como densidad. Los concentra como si debieran luchar entre ellos; los radicaliza y los llena de enemistad. Tal como él se los imagina, tales como él los quiere, sólo pueden estar unos contra otros. El sentenciar sobre «bueno» y «malo» es el viejísimo medio de una clasificación dualista, que sin embargo nunca es enteramente conceptual y nunca enteramente pacífica. Implica la existencia de una tensión entre ellos, y es importante que la sentencia cree y renueve esta tensión.

Es la inclinación a la constitución hostil de mutas, lo que está en la base de este proceso. En última instancia debe conducir a las mutas de guerra. Extendiéndose a todos los terrenos y actividades posibles de la vida, se diluye. Pero también cuando se desarrolla en forma pacífica, también cuando parece liquidada en una o dos palabras de sentencia, la inclinación de llevarla más lejos, al enfrentamiento activo y sangriento de dos mutas, siempre está latente en forma larvada.

Quien quiera que esté en medio de las mil relaciones de su vida, pertenece así a innumerables grupos de «buenos» que se oponen a sendos grupos de «malos». Depende de meras ocasiones si uno o el otro de estos grupos se exacerba, se convierte en muta y se abalanza sobre su muta enemiga, antes de que ésta se le adelante.

De sentencias en apariencia pacíficas, advienen entonces sentencias de muerte contra el enemigo. Los límites de los buenos están entonces precisamente delimitados y ¡ay del malo que los franquee! Nada tiene que buscar entre los buenos y debe ser aniquilado.

EL PODER DEL PERDÓN. LA GRACIA

El poder del perdón es un poder que cada cual se reserva y que cada cual posee. Sería curioso reconstituir una vida según los actos de perdón que uno se permitió. El hombre de estructura paranoica es quien puede perdonar difícilmente o nunca del todo; quien sopesa prolongadamente; quien nunca olvida algo donde hay algo que perdonar; quien se arma de actos hostiles ficticios para no perdonarlos. La resistencia principal en la vida de los hombres de tal especie se dirige contra toda forma de perdón. Aun cuando logran llegar hasta el poder y que merced a su afirmación deben pronunciar el perdón, ello sucede sólo en apariencia. El poderoso nunca perdona realmente. Todo acto hostil queda rigurosamente registrador sé lo cubre y se lo guarda en reserva. Contra el sometimiento legítimo se lo canjea a veces; los actos de generosidad de los poderosos siempre tienen lugar con este sentido. Anhelan tanto el sometimiento de todo lo que se les opone, que con frecuencia pagan un precio exageradamente elevado por ello.

El débil, para quien el detentador del poder es descomunalmente fuerte, no ve cuan importante es para éste la sumisión total de todos. Si es que tiene sensibilidad para ello, puede sólo apreciar un acrecentamiento del poder en base a su peso efectivo, pero nunca apreciará lo que significa para el rey resplandeciente la genuflexión del último, del más olvidado y miserable de sus súbditos. El interés del Dios bíblico por cada uno, la tenacidad y preocupación con la que no olvida alma alguna, ha de servir de elevado modelo para todo detentador del poder. Él también es quien instituyó el enredado comercio de perdones; a quien somete, a aquél lo vuelve a admitir en

gracia. Pero escruta con detenimiento la conducta del esclavizado, y dada su omnisciencia le resulta fácil advertir hasta dónde se le engaña.

No puede caber duda de que muchas prohibiciones sólo existen para apuntalar el poder de aquellos que pueden sancionar o perdonar su transgresión. La gracia es un acto muy elevado y concentrado del poder, pues presupone la condenación; sin que la haya precedido no puede tener lugar el acto de gracia. En la gracia también hay una elección. No es costumbre indultar más que a un determinado y restringido número de los condenados. Quien castiga se guardará bien de ser excesivamente clemente, y aun cuando da la apariencia de serlo, como si la dureza de la ejecución fuese contra su más íntima naturaleza, verá una constricción para ello en la sagrada necesidad del castigar. Pero deja abierto el camino de la gracia, sea que él mismo se decida a ella en casos selectos, sea que recomiende gracia a una instancia superior encargada de ello.

El crecimiento del poder culmina donde el indulto se verifica en el último momento posible. Cuando la muerte que se ha decretado ha de ser ejecutada, bajo la horca o antes de la salva del pelotón de fusilamiento, el indulto aparece como una vida nueva. Es el límite del poder el no poder volver realmente muertos a la vida; pero en el acto largamente prorrogado de la gracia el poderoso se siente a menudo como si hubiese franqueado este límite.

LA ORDEN

LA ORDEN: FUGA Y AGUIJÓN

«Una orden es una orden»: el carácter de lo definitivo e indiscutible, que es propio a la orden, puede también haber ocasionado el que se haya reflexionado tan poco acerca de ella. Se la toma como algo que siempre existió así, parece tan natural como indispensable. Desde pequeño uno está acostumbrado a las órdenes, de ellas consiste en buena parte lo que se llama educación; también toda la vida adulta está penetrada de ellas, trátese de las esferas del trabajo, de la lucha o de la fe. Uno casi no se ha preguntado qué es propiamente una orden; si realmente es tan simple como parece; si a despecho de la rapidez y lisura con que provoca lo esperado, no deja otras huellas más profundas, quizás incluso hostiles, en el hombre que le obedece.

La orden es más antigua qué el habla, si no los perros no la podrían entender. El amaestramiento de animales descansa precisamente en el que ellos, sin que conozcan un habla, aprendan a comprender qué se quiere de ellos. En breves, muy claras órdenes, que en principio en nada se diferencian de las que se dan a los hombres, les es comunicada la voluntad del domador. Ellos la obedecen, como acatan también prohibiciones. Se tiene pues todo derecho para buscar raíces muy antiguas de la orden, por lo menos está claro que en alguna forma existe también fuera de la sociedad humana.

La más antigua forma de efecto de la orden es la fuga. Le es dictada al animal por alguien más fuerte, una criatura fuera de él. La fuga sólo en apariencia es espontánea; el peligro siempre tiene una forma; y sin suponer ésta, ningún animal huirá. La orden de fuga es tan fuerte y directa como la mirada.

Desde un comienzo pertenece a la esencia de la fuga la diversidad de

ambas criaturas que de esta manera entran en relación una con la otra. Lo uno sólo anuncia que quiere devorar a lo otro; de ahí la mortal seriedad de la fuga. La «orden» obliga al animal más débil al movimiento, independientemente de que luego sea realmente perseguido o no. Tan sólo importa la intensidad de la amenaza: de la mirada, de la voz, de la forma que impongan el terror.

La orden deriva pues de la orden de huida: en su forma más primigenia se produce entre dos animales de diferente especie, de los que el uno amenaza al otro. La gran diferencia de poder entre ambos, el hecho de que el uno —podría decirse— está acostumbrado a servir de presa al otro, lo inconmovible de esta relación, que parece establecida como desde siempre, todo eso da algo absoluto e irrevocable al acontecimiento. La huida es la única y última instancia a la que puede apelarse contra esta sentencia de muerte. El rugir de un león que sale de caza es realmente una sentencia de muerte: es un sonido de su habla que todas sus víctimas entienden; y puede ser esta amenaza lo único común a ellas, que tan distintas son entre sí. La orden más antigua —impartida mucho antes de que hubiera hombres— es una sentencia de muerte y obliga a la víctima a la fuga. Se hará bien en recordarlo cuando se hable de la orden entre hombres. La sentencia de muerte y su despiadada terribilidad se trasluce bajo toda orden. El sistema dejas órdenes entre los hombres está constituido de manera que por lo común uno escapa a la muerte; pero el terror ante ella, la amenaza, siempre están contenidos en él; y el mantenimiento y ejecución de verdaderas sentencias de muerte tienen despierto el terror ante cada orden, ante órdenes en general.

Pero olvidemos ahora por un momento lo que hemos encontrado sobre el origen de la orden, y contemplémosla sin prejuicios, como si fuera por vez primera objeto de contemplación.

Lo primero que llama la atención en la orden es que provoca una

acción. Un dedo extendido que señala en una dirección puede tener el efecto de una orden: todos los ojos que perciben el dedo giran en la misma dirección. Parece pues que la acción provocada cuya dirección está determinada, es todo lo que importa en la orden. El difundirse en una dirección es especialmente importante; su reversión es tan impropia como su cambio.

A la orden pertenece el hecho de que no admite réplica. No debe ser discutida, explicada o puesta en duda. Es clara y concisa pues debe ser entendida de inmediato. Un retraso en la recepción perjudica su fuerza. Con cada repetición, que no es seguida de su ejecución, la orden pierde algo de su vida; al cabo de algún tiempo yace entonces desplomada, agotada o impotente en el suelo y bajo tales circunstancias ya es mejor no revivirla. Porque la acción que la orden provoca está ligada a su instante. También puede estar fijada para más tarde, pero determinada tiene que estarlo, sea en forma expresa, sea claramente dada por su propia naturaleza.

La acción que es ejecutada bajo orden es distinta de todas las demás acciones. Es percibida como algo ajeno; se la recuerda como un roce. Algo extraño pasa flameando, como un viento fugaz junto a uno. La rapidez en la ejecución que exige una orden puede que contribuya a que se la recuerde como algo extraño; mas esto sólo no basta para explicarla. Es importante para la orden el que provenga de afuera. Solo, no se le habría ocurrido a uno. Pertenece a esos elementos de la vida que son impuestos; nadie los desarrolla dentro de sí mismo. Incluso donde aparecen de pronto hombres solitarios con una monstruosa masa de órdenes e intentan fundamentar una nueva fe renovando una fe antigua, siempre guardan estrictamente la apariencia de una carga ajena, impuesta. Nunca hablarán en su propio nombre. Lo que exigen de los otros les ha sido encargado; y por mucho que mientan en algunas cosas, en este punto siempre son sinceros: creen que son enviados.

El origen de la orden, que es un algo ajeno debe ser también reconocido como *más fuerte*. Se obedece porque no se podría combatir con perspectivas de éxito; quien vencería manda. El poder de la orden no debe ser puesto en duda; si ha menguado debe estar dispuesto a reafirmarse para combatir. La mayor parte de las veces se lo reconoce durante mucho tiempo. Es sorprendente cuan pocas veces se exigen nuevas decisiones; los efectos de las antiguas duran. Combates victoriosos siguen viviendo en órdenes; en cada orden seguida se renueva una antigua victoria.

Exteriormente visto, el poder del que manda crece incesantemente. La orden más nimia agrega algo. No sólo se la imparte habitualmente de modo que sea útil a aquel que hace uso de ella: hay también en la naturaleza de la orden misma, en el reconocimiento que encuentra, en el espacio que atraviesa, en su perentoria puntualidad, hay algo en todo ello que garantiza al poder seguridad y crecimiento de su ámbito. El poder emite órdenes como una nube de flechas mágicas: las víctimas que son alcanzadas por ellas se ofrendan a sí mismas al todopoderoso, llamadas, tocadas y conducidas por las flechas.

Pero la simplicidad y unidad de la orden, que a primera vista aparece como absoluta e incontestable, vista con más detenimiento es aparente. La orden es susceptible de ser descompuesta. Es necesario descomponerla, si no nunca se la llega á comprender realmente.

Toda orden consiste en un impulso y un aguijón. El impulso fuerza al receptor a la ejecución, a saber de manera tal como es adecuado al contenido de la orden. El aguijón queda en aquel que ejecuta la orden. Cuando las órdenes funcionan normalmente, como sé espera de ellas, del aguijón no se ve nada. Es secreto, no se lo sospecha; quizá se exteriorice, apenas percibido, en una leve resistencia antes de que se obedezca la orden.

Pero el aguijón se hunde hondo en el hombre que ha cumplido una

orden y allí se queda, inalterable. Entre todas las configuraciones psíquicas nada hay que sea menos mutable. El contenido de la orden queda conservado en el aguijón; su fuerza, su alcance, sus limitaciones, todo ha sido prefigurado para siempre en el momento en que se imparte la orden. Puede durar años y décadas antes que esa parte hundida y almacenada en la orden, en pequeño su réplica exacta, aparezca otra vez. Pero es importante saber que ninguna orden se pierde jamás, nunca se acaba realmente con su ejecución, es almacenada para siempre.

Los receptores de órdenes que más afectados se ven son los niños. El que no se derrumben bajo el peso de las órdenes, el que sobrevivan al hostigamiento de sus educadores, parece milagroso. Que todo esto, con no menos crueldad que aquéllos, lo transmitan más tarde a sus propios hijos es tan natural como masticar y hablar. Pero lo que a uno siempre le sorprenderá es que se mantengan intactas las órdenes desde la más temprana infancia: están a disposición apenas la próxima generación ofrece sus víctimas. A ninguna orden se le ha cambiado un ápice; podría haber sido impartida hace una hora: no obstante, en realidad hace veinte, treinta o más años. La fuerza con que el niño recibe órdenes, la tenacidad y fidelidad con que las guarda no es un mérito individual. Inteligencia o talento especial nada tienen que ver con ello. Todo niño, incluso el más corriente, no pierde ni perdona ninguna de las órdenes con que fue maltratado.

Antes cambia el aspecto de un hombre, aquello en que los otros le reconocen, la manera de llevar la cabeza, la expresión de la boca, la clase de su mirada, que la imagen de la orden que ha quedado en él como aguijón y que fue almacenada de modo inalterable. Inalterada vuelve a expulsársela, pero para ello debe existir una oportunidad; la nueva situación en la que se desprende debe asemejarse a un confundirse con la antigua en la que fue recibida. El reconstituir tales tempranas situaciones, pero en reversión, es una de las grandes

vertientes de energía psíquica en la vida del hombre. El «aguijón», como se dice, para alcanzar esto o aquello es el impulso más profundo de deshacerse de las órdenes que alguna vez se ha recibido.

Sólo la orden ejecutada deja su aguijón clavado en aquel que la cumplió. Quien elude órdenes, tampoco tiene que almacenarlas. El hombre «libre» es solamente aquel que ha aprendido a eludir órdenes, y no aquel que sólo después se libera de ellas. Pero quien más tiempo necesita para esta liberación o quien no es capaz de ello, aquél sin duda es el más carente de libertad.

Ningún hombre imparcial percibe como carencia de libertad obedecer a sus propios impulsos. Incluso cuando más fuertes se hacen sus impulsos y cuando su satisfacción lleva a las más peligrosas complicaciones, el afectado tendrá la sensación de que actúa desde sí mismo. Pero cuando se opone dentro de sí a la orden que le fue enviada desde fuera y que tuvo que ejecutar, entonces habla de presión y se reserva un derecho a la reversión o la rebelión.

LA DOMESTICACIÓN DE LA ORDEN

La orden de huida, que implica una amenaza de muerte, supone una gran diferencia de poder entre los participantes. Quien pone en fuga al otro podría matarlo. En la naturaleza esta situación fundamental se debe a que muchísimas especies animales se nutren de animales. Es de otras especies de lo que viven. Así la mayoría de los animales se sienten amenazados por otros de otra especie y reciben de ellos, extraños y enemigos, la orden de huida.

Pero lo que nosotros en la vida ordinaria llamamos orden se desarrolla entre hombres: un amo manda a su esclavo, una madre manda a su niño. La orden, como la conocemos, ha evolucionado alejándose de su origen biológico, de la orden de huida. Se domesticó. Se la emplea para relaciones sociales en general, pero

también para las más íntimas de la convivencia humana; en el Estado no cumple un papel menor que en la familia. Es muy distinto de aquello que hemos descrito como orden de huida. El amo le grita a su esclavo, él acude, aunque sabe que va a recibir una orden. La madre le grita a su niño: no siempre escapa. Aunque lo abruma con órdenes de toda clase, en términos generales le mantiene su cariño. Permanece en su proximidad, viene corriendo a donde ella. Lo mismo vale para el perro: permanece cerca de su amo, a su silbido acude corriendo de inmediato.

¿Cómo se llegó a esta domesticación de la orden? ¿Qué hizo inocua la amenaza de muerte? La explicación de esta evolución se encuentra en que, en cada uno de estos casos, se practica una especie de soborno. El amo da de comer a su perro o esclavo, la madre nutre a su niño. La criatura, en el estado de sumisión, está acostumbrada a recibir su alimento sólo de una mano. El esclavo o el perro reciben alimento de su amo exclusivamente, ningún otro está obligado a ello, ningún otro debe darles alimento. La relación de propiedad consiste en parte en que todo alimento sólo les llegue de la mano de su amo. El niño además no puede alimentarse solo. Desde el primer momento depende del pecho de su madre.

Entre el otorgar alimento y la orden se ha creado una estrecha relación. Muy claramente aparece esta relación en la praxis del amaestramiento de animales. Cuando el animal ha hecho lo que ha de hacer, recibe su golosina de la mano del domador. La domesticación de la orden hace de ella una promesa de alimento. En vez de amenazar con la muerte y provocar la huida se promete lo que toda criatura desea como primerísimo, y se cumple estrictamente esta promesa. En vez de servir de alimento a su amo, en vez de ser devorada, la criatura a la que se imparte este tipo de orden recibe de comer ella misma.

Esta desnaturalización de la orden de huida biológica educa a

hombres y animales a una especie de cautiverio voluntario, del que existen toda clase de grados y matices. No modifica sin embargo por entero la esencia de la orden. Está atenuada, pero existen expresas sanciones en caso de desobediencia: pueden ser muy severas; la más severa es la primigenia: la muerte.

CONTRAGOLPE Y MIEDO DE MANDO

Una orden es como una flecha. Se la dispara y da en el blanco. El mandatario apunta antes de dispararla. Alcanzará a alguien muy determinado con su orden, la flecha siempre tiene una dirección elegida. Queda clavada en aquel a quien alcanza; éste debe extraerla y pasarla, para liberarse de su amenaza. De hecho el proceso de la transmisión de órdenes se cumple como si el destinatario la extrajese, tendiese su propio arco y volviera a disparar la misma flecha. La herida en su propio cuerpo sana pero deja una cicatriz. Cada cicatriz tiene una historia, es la huella de una y determinada flecha.

Pero el mandatario que la dispara percibe un ligero *contragolpe* por ello. El propio efecto, es decir, el contragolpe psíquico, lo percibe en cuanto ve que ha dado en el blanco. Aquí se acaba la analogía con la flecha física. Pero es tanto más importante considerar entonces las huellas que el exitoso disparo deja en el afortunado tirador.

La satisfacción por órdenes cumplidas, por órdenes impartidas con éxito, engaña sobre gran parte de lo que sucede en el tirador. Siempre hay algo así como la percepción de un contragolpe; lo que se ha hecho se le estampa también a uno mismo, no sólo a la víctima. Muchos contragolpes se acumulan y dan *miedo*. Es una clase especial de miedo la que resulta de la frecuente repetición de órdenes: por ello lo llamo *miedo de mando*. Es reducido en aquel que sólo transmite órdenes. Es mayor cuánto más cerca esté el que ordena de la fuente de mando propiamente dicha.

No es difícil comprender cómo se produce este miedo de mando. Un disparo, que mata a un ser aislado, no deja tras de sí peligro alguno. La muerte ya nada puede hacerle a uno. Una orden que amenaza de muerte pero que luego, a pesar de todo, no mata, deja el recuerdo de la amenaza. Algunas amenazan yerran y otras dan en el blanco; son éstas las que nunca se olvidan. Quien haya huido ante la amenaza o cedido a ella, de seguro se vengará. Nunca ha dejado de vengarse llegado el momento, y aquel de quien partió la amenaza es consciente de ello: tiene que hacer todo lo posible para impedir una inversión de las partes.

El sentimiento de peligro —saber que todo aquel a quien se ha mandado, amenazado de muerte, *vive y se acuerda*—, peligro en el que se estaría si los muchos amenazados de muerte se uniesen contra uno: este sentimiento hondamente motivado, que sin embargo es impreciso porque nunca se sabe cuándo los amenazados pasarán del recuerdo a la acción, este torturante, inagotable e ilimitado sentimiento de peligro, lo designo como miedo de mando.

Es máximo en quienes se encuentran más elevados. En la fuente de la orden, en aquel que imparte las órdenes a partir de sí, que de nadie las recibe, que por así decir las genera él mismo, allí la concentración del miedo de mando es máxima. Puede permanecer por largo tiempo domesticada y oculta en los detentadores del poder. Puede acrecentarse en el transcurso de la vida de un gobernante y manifestarse, como delirio cesáreo.

LA ORDEN A MUCHOS

Ha de distinguirse entre la orden a *individuos*, y la que es impartida a *muchos* a la vez.

Ya en el origen biológico de la orden está dada esta diferencia. Algunos animales viven aislados y reciben la amenaza de sus enemigos en forma individual. Otros viven en manadas y son

amenazados como tales. En el primer caso un animal huye o se oculta solo. En el segundo caso huye toda una manada. Un animal, que de ordinario vive en manadas, pero que, por casualidad, es sorprendido solo por su enemigo, procura huir y reintegrarse a su manada. Fuga individual y fuga en masa son diferentes desde sus mismas bases. El miedo masivo de una manada que huye es el mas antiguo y, podría decirse, el más familiar estado de masa que se conoce.

De este estado del miedo de masa deriva muy probablemente el sacrificio. Un león que persigue una manada de gacelas, todas juntas huyendo de miedo ante él, cesa su persecución apenas ha conseguido atrapar uno solo de los animales. Este animal es su ofrenda, en el sentido más amplio de la palabra. Proporciona tranquilidad a los otros compañeros de manada. No bien el león tiene lo que quiere, y no bien ellos lo advierten, amaina el miedo. De la fuga en masa vuelven a entrar al estado normal de manada, cada animal pasta libre y hace lo que se le antoje. Si las gacelas tuviesen religión, si el león fuese su dios, le podrían, para saciar su avidez, entregar por propia iniciativa una gacela. Exactamente eso es lo que ocurre entre los hombres: del estado de miedo masivo deriva en ellos el sacrificio religioso. Detiene la carrera y el hambre del peligroso poder por un tiempo.

La masa en estado de miedo quiere permanecer junta. En su peligro agudo se siente protegida sólo cuando siente la proximidad de los otros. Es masa particularmente por la dirección común de su huida. El animal que se escapa y emprende una dirección propia está más expuesto que los otros. Muy en especial además siente más el peligro porque está solo, su miedo es mayor. La dirección común de los animales que huyen se la podría llamar su «convicción»; lo que los mantiene reunidos los impulsa adelante con mayor vigor. No sienten pánico mientras no estén abandonados, mientras cada animal junto al que tiene al lado haga lo mismo, ejecute exactamente

los mismos movimientos. Esta huida en masa, por el movimiento paralelo de las patas, de los cuellos, de la cabeza, semeja aquello que entre los seres humanos designo como masa palpitante o rítmica.

Pero no bien los animales están cercados, la imagen cambia. Una dirección común de la fuga ya no es posible. La fuga en masa se convierte ahora en pánico: cada animal busca salvarse por sí mismo y uno estorba al otro. El anillo en torno a ellos se contrae estrechamente. En la masacre que ahora comienza, cada animal es enemigo del otro, pues cada uno obstruye al otro el camino de la salvación.

Pero volvamos a la orden misma. La orden a individuos, se dijo, es distinta de la orden a muchos. Antes de fundamentar esta frase es recomendable hablar de su excepción más importante.

Una acumulación artificial de muchos se tiene en el ejército. En él se anulan las especies diferentes de órdenes, en ello precisamente consiste su esencia. Que la orden se dirija a individuos, a varios o a muchos, aquí significa siempre exactamente lo mismo. Un ejército existe tan sólo si la orden es equivalente y constante. Viene de arriba, permanece estrictamente aislada. Así el ejército nunca debe ser masa.

Porque en la masa la orden se expande horizontalmente entre sus miembros. Al comienzo, puede que alcance a un individuo aislado, desde arriba. Pero como hay otros de sus iguales en su cercanía, se transmite en seguida a éstos. En su miedo se arrima más a ellos. De inmediato los demás quedan contagiados. Primero algunos se ponen en movimiento, luego otros más, luego todos. Por la instantánea expansión de la misma orden se han vuelto masa. Ahora huyen todos juntos.

Puesto que la orden se difunde de inmediato, no deja aguijón. No hay tiempo para ello, lo que se habría convertido en elemento

permanente se disuelve de inmediato. La orden a la masa no deja aguijón. La amenaza, que lleva a la fuga de masa, se disuelve precisamente en esta fuga.

Es la situación de orden aislada exclusivamente la que lleva a la formación del aguijón-orden. La amenaza, que comporta una orden dada a un ser singular, no puede disolverse del todo. Quienquiera que haya cumplido una orden por sí solo, conserva su resistencia como aguijón dentro de sí, un duro cristal de rencor. Sólo puede deshacerse de él dando idéntica orden él mismo. Su aguijón no es otra cosa que el retrato fiel y oculto de la orden que recibió y no pudo transmitir ahí mismo. Sólo en la forma de este retrato fiel logra librarse de él.

Una orden a muchos tiene pues un carácter muy peculiar. Persigue hacer de la mayoría una masa y, en la medida en que logra eso, no despierta miedo. La consigna de] orador que impone una dirección a los hombres reunidos tiene precisamente esta función y puede considerarse como una orden a muchos. Desde el punto de vista de la masa, que quisiera constituirse de prisa y mantenerse como unidad, tales consignas son útiles e indispensables. El arte del orador consiste en que todo lo que persigue lo resume y expresa vigorosamente en consignas que ayudan a la constitución y mantenimiento de la masa. Él genera la masa y la mantiene viva por medio de una orden superior. Si tan sólo ha logrado eso, apenas es de significación lo que luego exija realmente de ella. El orador puede insultar y amenazar a una aglomeración de individuos de la manera más terrible, ellos lo amarán si de esta manera logra formarlos como masa.

ESPERA DE ÓRDENES

El soldado en servicio actúa sólo por orden. Puede que tenga ganas de esto o de aquello; puesto que es soldado eso no cuenta, debe privarse de ello. No puede hallarse ante una encrucijada: aun si se

hallare ante ella no es él quien decide cuál de los caminos tomar. Su vida activa está restringida por todos lados. Hace lo que lodos los demás soldados hacen con él; y hace lo que le es ordenado. La pérdida de todas las demás acciones, que los demás hombres, según creen, ejecutan libremente, lo vuelve ávido de las acciones que tiene que ejecutar.

Un centinela que permanece durante horas inmóvil en su puesto, es la mejor expresión de la constitución psíquica del soldado. No debe alejarse; no debe dormirse; no debe moverse, a no ser que le estén prescritos ciertos movimientos, exactamente fijados. Su servicio propiamente dicho es la resistencia a cualquier tentación de abandonar su puesto, sea cual fuere la forma en que ésta se le presente. Este negativismo del soldado, como muy bien se le puede llamar, es su espinazo. Todas las causas corrientes para la acción, como las ganas, el temor, la inquietud, de las que tan esencialmente consiste la vida del hombre, las reprime dentro de sí. Las combate mejor ni siquiera confesándoselas.

Todo acto que entonces realmente ejecuta debe estar sancionado: por una orden. Puesto que es difícil para un hombre no emprender nada, se acumula en él una gran expectativa por aquello que le está permitido emprender. El deseo de acción se restaña y crece hasta lo desmedido. Pero porque antes de la acción hay una orden, la expectativa se vuelve a ésta: el buen soldado está siempre en un estado de consciente espera de órdenes. Es acrecentada esta espera en toda forma por su educación; se expresa con claridad en posiciones y fórmulas militares. El momento vital en la existencia del soldado es el de la posición de atención ante su superior. En máxima tensión y receptividad se cuadra ante él, y la fórmula que pronuncia: «¡A sus órdenes!», expresa con gran precisión de qué se trata.

La educación del soldado comienza con que le es prohibido mucho

más que a otros hombres. Para las más mínimas transgresiones hay severas sanciones. La esfera de lo no permitido, con la que cada cual es familiarizado ya de niño, se amplía hasta lo gigantesco para el soldado. Muros sobre muros se erigen en torno a él; se los ilumina para él, se los hace crecer delante suyo. Su altura y severidad iguala su claridad. Siempre se le habla de ellos, no puede decir que no los conoce. Comienza a moverse como si siempre los sintiera alrededor suyo. Lo anguloso del soldado es como el eco, en su cuerpo, de su dureza y lisura; adquiere algo de una figura estereométrica. Es un prisionero que sé ha adaptado a sus muros; un prisionero que está conforme; que se defiende tan poco de su situación que los muros lo moldean. Mientras otros prisioneros conocen sólo una idea (cómo poder escalar u horadar sus muros), él los ha reconocido como una nueva naturaleza, como entorno natural al que uno se adapta, que se convierte en uno mismo.

Quien ha incorporado en sí, de esta manera intensiva, la plena medida de lo prohibido, quien a través de los quehaceres de todo un día —y día tras día— demuestra que sabe esquivar de la manera más precisa lo prohibido, en ese mismo momento es realmente un soldado. Para él la orden tiene un valor superior. Es como la salida de una fortaleza en la que se ha permanecido demasiado. Golpea como un rayo que lo arroja a uno contra los muros de lo prohibido; como un rayo, que sólo a veces mata. En este yermo masivo de lo prohibido, que se extiende por doquier en derredor de él, la orden viene como una redención: la figura estereométrica se anima y a la voz de mando se pone en movimiento.

Pertenece a la formación del soldado el que aprenda a recibir órdenes de dos maneras: solo o junto con los otros. Los ejercicios lo han habituado a que los movimientos que ejecuta junto con los otros, han de realizarse de manera exactamente idéntica por todos. Se trata aquí de una especie de precisión que se aprende mejor por imitación de los otros que solo. Así uno llega a ser como ellos; se

establece una igualdad que eventualmente puede ser utilizada para transformar la división de ejército en masa. Por lo común, sin embargo, se desea lo contrario: igualar lo más posible a los soldados entre sí, sin que de ellos surja una masa.

Cuando están juntos como unidad reaccionan a todas las órdenes impartidas en conjunto. Pero ha de subsistir la posibilidad de separarlos, uno, dos, tres hombres, la mitad, cuantos quiera apartar el superior. El que marchen juntos ha de ser exterior; la divisibilidad de la división constituye su utilidad. La orden debe poder alcanzar al número que sea: uno, veinte o la división entera. Su efectividad no debe depender de a cuántos se dirige. Es la misma orden, sea uno o todos los que la reciben. Esta naturaleza invariable de la orden es de la mayor importancia; la sustrae de todas las influencias de la masa.

Quien ha de impartir órdenes en un ejército debe poder mantenerse libre —fuera de él, en él— de toda masa. Lo ha aprendido habiendo sido educado para esperar órdenes.

ESPERA DE ÓRDENES DE LOS PEREGRINOS EN ARAFAT

El momento más importante durante el peregrinaje a La Meca, su culminación propiamente dicha, es el *wukuf* o el «pararse sobre Arafat», la estación ante Alá, a algunas horas de distancia de La Meca. Una tremenda muchedumbre de peregrinos —a veces seiscientos o setecientos mil hombres— acampa en la cuenca de un valle rodeado de cumbres desnudas y se empuja hacia el Monte de la Conmiseración en su centro. Un predicador se encuentra en el lugar donde en otro tiempo estuvo el Profeta, y pronuncia un solemne sermón.

La muchedumbre le responde con el grito: «¡Labbeika ya Rabbi, labbeika! ¡Aguardamos tus órdenes, Señor, aguardamos tus órdenes!». Este grito es repetido durante todo el día en forma

incesante y acrecentado hasta la demencia. Entonces, en una especie de repentino miedo masivo —llamado *ifadha* o «río»—, huyen todos juntos como poseídos de Arafat hasta la localidad vecina, Mozdalifa, donde pasan la noche; y a la mañana siguiente de Mozdalifa a Mina. Todos corren en terrible confusión, se llevan por delante y se pisotean unos a otros; esta carrera cuesta por lo común la vida a varios peregrinos. Una vez en Mina, son sacrificados y ofrendados un sinnúmero de animales; su carne es consumida inmediatamente en común. El suelo está empapado de sangre y sembrado de restos.

La estación de Arafat es el momento en el que la espera de órdenes de las masas creyentes alcanza su máxima intensidad. La fórmula repetida mil veces con concisión: «¡Aguardamos tus órdenes, Señor, aguardamos tus órdenes!», lo expresa con claridad. El Islam, la sumisión, está reducida aquí a su mínimo dominador, un estado en el que los hombres no piensan sino en las órdenes del Señor y claman por ellas con toda violencia. El súbito miedo que entonces se produce a una señal y que conduce a una fuga de masa sin parangón tiene una forzosa explicación: el antiguo carácter de la orden, que es una orden de buida, irrumpe, sin que los creyentes puedan saber por qué es así. La intensidad de su expectativa como masa acrecienta al máximo el efecto de la orden divina, hasta que se convierte en lo que toda orden es originalmente: una orden de huida. La orden de Dios pone en fuga a los hombres. La continuación de esta fuga al día siguiente, después que han pasado la noche en Mozdalifa, demuestra que el efecto de la orden aún no se ha agotado.

Es, según la concepción islámica, la orden inmediata de Dios la que trae la muerte a los hombres. A esta muerte procuran escapar; pero la transfieren a los animales, que en Mina, punto final de su fuga, son sacrificados. Los animales aparecen aquí en lugar de los hombres, una sustitución corriente en muchas religiones; piénsese en el sacrificio de Abraham. Así los hombres escapan al baño de sangre

que Dios les ha destinado. Se han sometido a su orden, tanto que han huido ante su presencia y ni siquiera lo privaron de su sangre: el suelo finalmente está empapado de la sangre de los animales sacrificados en masa.

No hay costumbre religiosa que haga evidente la naturaleza íntima de la orden más claramente que la estación en Arafat, el *wukuf* y la fuga en masa que lo sigue, *ifadha*. En el Islam, en el que el mandamiento religioso aún tiene mucho de lo inmediato de a orden misma, la espera de órdenes y la orden en general se han representado de la manera más pura en *wukuf* e *ifadha*.

AGUIJÓN-ORDEN Y DISCIPLINA

La disciplina constituye la esencia del ejército. Pero es una doble disciplina, una manifiesta y otra secreta. La disciplina manifiesta es la de la orden: se ha mostrado como el estrechamiento de la fuente de órdenes conduce a la formación de una criatura en extremo curiosa, más figura estereométrica que criatura: el soldado. Lo que lo caracteriza ante todo es que vive siempre en el estado de espera de órdenes. Este estado marca su actitud y estatura; el soldado que resulta no está de servicio y porta su uniforme sólo en apariencias. La constitución del soldado es reconocible a cualquiera, no podría ser más pública.

Pero esta disciplina manifiesta no es todo. Junto a ella hay otra de la que el soldado no habla y que tampoco ha de mostrarse, una disciplina secreta. A algunos, los más obtusos, puede que sólo pocas veces se les haga consciente. Además, en la mayoría de los soldados, en especial en nuestro tiempo, a su manera oculta está siempre despierta. Es la disciplina de la promoción.

Puede sonar extraño que se califique como secreto algo tan consuetudinario como la promoción. Pero la promoción es solamente la expresión pública de algo más profundo que

permanece secreto porque en la manera de su función es poco comprendido. La promoción es la expresión de lo que tiene de oculto el aguijón-orden.

Está claro que estos aguijones deben acumularse en el soldado de manera francamente monstruosa. Todo lo que hace, lo hace por orden; nada hace de otra manera, nada de otra manera ha de hacer; exactamente eso es lo que la disciplina manifiesta exige de él. Sus propios impulsos espontáneos están reprimidos. Traga y traga órdenes y de cualquier modo que se sienta durante este acto nunca debe cansarse de ellas. Por cada orden que ejecuta —y las ejecuta todas—, queda un aguijón en él.

La saturación de estos aguijones es un proceso rápido. Si sirve como soldado raso, en el peldaño más bajo de la jerarquía militar, le está negada toda oportunidad de deshacerse de sus aguijones, pues él mismo no puede impartir órdenes. Sólo puede hacer lo que le es ordenado. Obedece y en el obedecer se pone cada vez más rígido.

Un cambio de este estado, que tiene algo de violento, sólo es posible por una promoción. No bien es promovido debe ordenar él mismo, y haciéndolo comienza a desembarazarse de una parte de sus aguijones. Su situación se ha invertido —aunque de manera muy restringida—. Debe exigir cosas que alguna vez le fueron exigidas a él mismo. El modelo de la situación ha permanecido exactamente igual, sólo ha cambiado su propia posición dentro de él. Sus aguijones ahora hacen aparición como órdenes. Lo que antes acostumbraba a ordenarle su superior inmediato, ahora lo ordena él mismo. No queda entregado a su capricho el deshacerse de sus aguijones, pero es puesto en una situación que es precisamente la indicada para ello: debe ordenar. Cada posición ha permanecido igual, cada palabra es exactamente la misma. Se está de pie ante él en la misma posición en la que antes estaba él mismo. De él se oye la misma fórmula que él mismo oía, con el mismo tono, cargada con

idéntica energía. La identidad de la situación tiene algo fatídico; es como si hubiese sido inventada para satisfacer sus aguijones-órdenes. Con lo que en aquel entonces lo afectaba, con eso afecta al fin a otros.

Pero, mientras él ahora ha llegado a que sus antiguos aguijones-órdenes se manifiesten, mientras que de él se exige, por decirlo así, que hablen, continúa recibiendo órdenes desde arriba. El proceso ahora se hace doble: al deshacerse de los antiguos aguijones se acumulan aguijones nuevos en él. Ahora son algo más fáciles de soportar que antes, pues el proceso de la promoción, que ha comenzado, les da alas: la fundada esperanza de que uno se deshará de ellos.

Si se resume este proceso, puede decirse lo siguiente: la disciplina manifiesta del ejército se expresa en la emisión actual de ordénesela disciplina secreta consiste en la utilización de aguijones-órdenes almacenados.

ORDEN. CABALLO. FLECHA

En la historia de los mongoles es notoria la estricta y original relación entre orden, caballo y flecha. En esta combinación ha de verse la razón principal del súbito, repentino auge de su poder. Un análisis de esta relación es indispensable y ha de ser intentado aquí en breves palabras.

La orden, como es sabido, se deriva biológicamente de la orden de huida. El caballo, como todos los ungulados que se le asemejan, estaba adaptado durante toda su historia hacia esta huida, podría decirse que se trataba de su objeto propio. Siempre vivió en manadas, y estas manadas estaban acostumbradas a huir en conjunto. La orden para ello les era dada por los peligrosos rapaces que tenían puesta la vista en su vida. La fuga en masa llegó a ser una de las vivencias más frecuentes y algo así como una característica

natural de los caballos. Apenas el peligro pasa, o ellos lo creen pasado, vuelven a caer en la despreocupada situación de la vida gregaria, donde cada animal hace por sí lo que le agrada.

El hombre, que se apoderó del caballo, que lo amansó, constituye una nueva unidad con él. Aprendió una serie de procedimientos que muy bien pueden tomarse por órdenes. Consisten mínimamente en sonidos; en su mayor parte en movimientos muy determinados de presión y de tracción que transmiten al caballo la voluntad del jinete. El caballo comprende los impulsos de voluntad del jinete y los obedece. Entre estos pueblos de jinetes el caballo es tan necesario y familiar a su señor que se ha formado entre ellos una relación enteramente personal, una sumisión de una intimidad como no es posible entre otros.

La distancia física que comúnmente hay entre mandatario y destinatario, también entre amo y perro, por ejemplo, está suspendida aquí. Es el cuerpo del jinete el que imparte al cuerpo del caballo sus indicaciones. El *espacio* de mando queda reducido así a un mínimo. Lo lejano, ajeno, vago, que pertenece al carácter originario de la orden, desaparece. La orden aquí está domesticada de manera muy especial, un nuevo agente ha sido introducido en la historia de las relaciones de las criaturas: la cabalgadura; el servidor sobre el que se está sentado, el servidor que está expuesto al peso físico del amo y que cede a toda presión de su cuerpo.

¿Cómo repercute esta relación para con el caballo sobre el ejercicio de mando del jinete? Nótese en primer término que el jinete tiene la posibilidad de transmitir a su caballo órdenes que recibe de un superior. La meta que le es fijada, no la alcanza corriendo él mismo hacia ella: le da a su caballo la indicación de alcanzarla. Puesto que eso sucede de inmediato no retiene el aguijón de esta orden. Lo ha eludido mediante la transmisión a su caballo. De la especial limitación de libertad que esta orden le habría ocasionado se ha

zafado antes de haber podido sentirla de veras. Cuanto más de prisa ejecuta su encargo, cuanto más de prisa monta, cuanto más de prisa cabalga, tanto menos el aguijón permanece en él. El arte propiamente dicho de estos jinetes, apenas adoptan el carácter militar, consiste en que son capaces de adiestrar una masa mucho mayor de receptores de órdenes, a los que transmiten sin demora todo lo que ellos mismos han recibido desde arriba.

La organización militar de los mongoles poseía una disciplina especialmente estricta. A los pueblos que asolaron y que debieron sometérseles, que tenían oportunidad de observarlos de cerca, esta disciplina les parecía lo más sorprendente y severo que jamás habían encontrado. Fuesen persas, árabes o chinos, rusos, húngaros o aquellos monjes franciscanos que llegaron hasta ellos como embajadores del papa, a todos les era igualmente incomprensible el que seres humanos pudiesen obedecer en forma tan incondicional. Esta disciplina era soportada con *facilidad* por los mongoles o tártaros, como se les llamaba más a menudo, pues la parte de su pueblo que cargaba con el peso principal eran los *caballos*.

Los mongoles sentaban a los niños sobre sus caballos ya a los dos o tres años de edad, y los adiestraban en el cabalgar. Ya se habló acerca de lo temprano en el curso de la educación del niño en que se lo ceba de aguijones-órdenes. En particular la madre, muy temprano y en su inmediata proximidad; pero también el padre, más tarde y de algo más lejos; así, quienquiera a quien se le confíe su educación, absolutamente quienquiera de su entorno que sea adulto o mayor de edad, no cabe en sí de indicaciones, órdenes y prohibiciones al niño. En éste se acumulan, desde temprano, toda clase de aguijones; son ellos los que llegan a las coerciones y coacciones de su vida ulterior. Debe buscar otras criaturas en las que pueda deshacerse de sus aguijones. Su vida se convierte en la única aventura de librarse de ellos, del perderlos. No saber por qué comete esta o aquella acción inexplicable, por qué entabla esta o aquella relación aparentemente

absurda.

El niño mongol o kirguís, que aprende a cabalgar tan temprano, tiene pues, comparado con el niño de culturas sedentarias y superiores, una libertad de muy particular especie. No bien entiende de caballos puede transmitir a éstos todo lo que le es ordenado. Muy temprano se descarga de los aguijones, que —en medida mucho menor— también pertenecen a su educación. El caballo hace lo que el niño quiere antes que cualquier hombre. Ese niño se habitúa a esta obediencia, y así vive más aliviado; pero más tarde espera del hombre a quien subyuga lo mismo, un sometimiento físico de naturaleza absoluta.

A esta relación, decisiva para el ejercicio de mando, del hombre con el caballo se agrega como segundo entre los mongoles la significación de la flecha. Es la réplica exacta de la orden primigenia, no domesticada.

La flecha es hostil, ha de matar. Atraviesa en línea recta una gran distancia. Ha de esquivársela. Quien no lo logra, en aquél quede clavada. Puede extraérsela, pero, aunque no se quiebre, deja una herida. (Hay algunos relatos sobre heridas de flecha en la Historia secreta de los, mongoles). El número de flechas que se puede disparar es ilimitado; la flecha es el arma principal de los mongoles. Matan a distancia; pero asimismo matan en movimiento desde el lomo de sus caballos.

Se ha observado que toda orden, desde su origen biológico, lleva adherida el carácter de una condena a muerte. Lo que no huye es alcanzado. Lo que es alcanzado es desgarrado.

Entre los mongoles la orden ha mantenido el carácter de la sentencia de muerte en aún mayor grado. Carnean tanto hombres como animales. Matar es su tercera naturaleza así como cabalgar la segunda.

Sus matanzas de seres humanos semejan exactamente sus batidas de animales. Cuando no están en guerra, cazan; sus maniobras son las cacerías. Les debe haber resultado altamente asombroso encontrarse, en el curso de sus vastas expediciones de conquista, con budistas y cristianos, cuyos sacerdotes les hablaban del especial valor de toda vida. Un contraste mayor difícilmente existió nunca: los maestros de la orden descarnada, que la encarnan por instinto, se topan con aquellos que por su religión la quieren debilitar o modificar de modo que pierda su letalidad y se convierta en humana.

EMASCULACIONES RELIGIOSAS: LOS SKOPTSY

Se sabe de algunos cultos religiosos que se celebran con tal particular intensidad que inducen a emasculaciones. En la Antigüedad eran famosos al respecto los sacerdotes de la Gran Madre *Cibeles*. En un ataque de frenesí, miles se habían castrado a sí mismos en honor a su diosa. En Comana, junto al Ponto, donde se levantaba un célebre santuario dedicado a la diosa, diez mil seres humanos de este tipo estaban a su servicio. No sólo hombres se habían consagrado así. Las mujeres que querían expresar su veneración, se cortaban los pechos y luego se incorporaban a la corte de la diosa. Luciano narra en su obra Sobre la diosa Siria, cómo los fieles durante sus reuniones caen en delirio y cómo entonces, de entre ellos, uno al que le tocó el turno, se emascula. Es un sacrificio que se ofrece a la diosa para demostrarle de una vez por todas cuánto se la ama y que ningún amor fuera del amor por ella tendrá ya valor para uno en la vida.

El mismo acontecimiento se conoce acerca de la secta rusa de los skoptsy, las «blancas palomas», cuyo fundador Selivanov, en tiempos de la emperatriz Catalina II, causó el mayor de los revuelos por él éxito de sus prédicas. También bajo su influencia se castraban los hombres por centenas, quizá millares, y las mujeres se cortaban los pechos por amor a su fe. Imposible es de suponer que exista una

conexión histórica entre estas dos configuraciones religiosas. La secta última se generó a partir del cristianismo ruso, quizá 1500 años después de que hubiesen llegado a su fin los excesos de los sacerdotes frigiosirios.

Los skoptsy se distinguen por la concentración sobre un escaso número de mandamientos y prohibiciones; también sobre pequeños grupos de prosélitos que se conocen entre sí perfectamente bien. También está concentrada al máximo su disciplina, el reconocimiento y adoración de un Cristo viviente entre ellos.

Temen la distracción por los libros y casi no leen. En la Biblia son muy pocos los pasajes que les significan algo.

Su vida comunitaria es muy densa, protegida de múltiples maneras por juramentos sacros. Pues el secreto desempeña para ellos un papel muy extraordinario y decisivo. Su vida cultural se cumple principalmente de noche, aislada y oculta del mundo exterior. El centro de su vida es lo que más secreto deben guardar, precisamente la castración que ellos llaman el blanqueamiento.

Han de convertirse en puros, blancos y ángeles —por la especial operación—. Ahora viven ya como en el cielo. La complicada veneración que se prodigan unos a otros, sus reverencias y adoraciones, anunciaciones y alabanzas son semejantes a las que los ángeles podrían tener entre sí.

La mutilación, a la que deben someterse, tiene el carácter tajante de una orden. Es una orden desde arriba, la extraen de frases de Cristo en los Evangelios y de una frase de Dios a Isaías.

Reciben esta orden con tremenda fuerza, y con la misma fuerza deben transmitirla. La teoría del aguijón muy bien podría aplicarse a ellos. La orden aquí es ejecutada por el mismo receptor. Haga lo que uno haga, lo que propiamente debe hacer es castrarse.

Para aclarar las cosas, será necesario revisar una serie de órdenes de índole especial.

Puesto que se trata de órdenes que son dadas dentro del ámbito de una estricta disciplina, son susceptibles de ser comparadas con las órdenes militares. También el soldado es educado para exponerse a un peligro. Todo su entrenamiento sirve para que al fin y al cabo se presente ante el enemigo, aunque éste lo amenace de muerte. Que él mismo intente matarlo no es más importante que el que él le resista, y sin esto jamás sería capaz de aquello.

El soldado, como el skoptsy, se ofrece como víctima. Ambos esperan sobrevivir, pero cuentan con ser heridos, con el dolor, la sangre y la mutilación. Por la batalla el soldado anhela llegar a ser vencedor. Por la castración el skoptsy se convierte en ángel y tiene un derecho al cielo, en el que, desde ese momento, ya propiamente vive.

Pero se trata dentro de esta disciplina de una orden secreta, y así sólo es comparable a la situación en la que se encuentra alguien bajo obligación militar, que debe ejecutar por sí solo una orden secreta y sin que nadie sepa nada del asunto. Para este fin no ha de ser reconocible por su uniforme y debe pues disfrazarse. El uniforme del skoptsy, aquello que lo iguala a los otros a los que pertenece, es su castración, y ésta por naturaleza permanece siempre secreta, nunca debe delatarse.

Uno podría decir, pues, que el skoptsy semeja a un miembro de aquella temida secta de los assassins, a quien un superior ha encomendado un asesinato del que ningún hombre se enterará jamás. Incluso cuando la ejecución se lleva a cabo, ningún ser humano ha de saber cómo fue lograda. Puede que la víctima haya sido abatida y el asesino atrapado después de su acto —nunca debe quedar esclarecido el procedimiento propiamente dicho—. La orden es aquí una sentencia de muerte y así muy cercana a su origen

biológico. El emisario es mandado a una muerte cierta, pero de ello propiamente no hace una cuestión. Pues su muerte, a la que se ofrece voluntarioso, es usada para alcanzar a otro, a la víctima designada. La orden se amplía a una doble sentencia de muerte: una permanece sin pronunciarse aunque se cuente con ella, a la otra se apunta con plena y clara consciencia. El aguijón, que perecería con el subalterno, es así utilizado antes de que perezca.

Los mongoles tienen una expresión muy gráfica para este precipitado matar antes de ser muerto uno mismo. Los héroes, en su «Historia Secreta», dicen de un enemigo que quieren matar en último instante antes de morir. «Me lo llevo conmigo de almohada».

Pero si con esta consideración de los assassins nos hemos aproximado a la situación del skoptsy, con ello no la hemos aprehendido aún con precisión. Pues éste ha de golpear o mutilarse a sí mismo. La orden que ha aceptado sólo puede efectuarla por sí mismo, y sólo efectuándola se convierte en un miembro efectivo de su ejército secreto.

No hay que dejarse confundir en este diagnóstico por el hecho de que la castración prácticamente la mayoría de las veces es efectuada por otros. Su sentido es que él se preste a sí mismo. No bien se ha declarado dispuesto a ello, ya no importa realmente cómo sucede. Más tarde querrá transmitirla de todas maneras, su aguijón para ello permanece siempre igual, pues ha recibido la orden desde el exterior.

Aun si, como es verosímil, hubo un primero que comenzó a efectuar la operación en sí mismo, también actuó por una supuesta orden del cielo. De ello estuvo firmemente convencido. Los pasajes bíblicos, con los que convierte a otros, primero lo convirtieron a él mismo: lo que ha recibido lo transmite.

El aguijón tiene aquí la forma visible de una cicatriz corporal. Es

menos secreta que el aguijón de la orden habitual. Pero permanece secreta ante todos los que no pertenecen a la secta.

NEGATIVISMO Y ESQUIZOFRENIA

Un ser humano puede esquivar órdenes no prestándoles oído; puede esquivarlas no ejecutándolas. El aguijón —nunca se insistirá lo suficiente— sólo aparece con la ejecución de órdenes. Es la acción misma que se efectúa bajo presión ajena, desde fuera, lo que en el hombre lleva a la formación de aguijones. La orden, que es llevada hasta la acción estampa su exacta forma en el ejecutante; de la fuerza con que es dada y de su respectiva semblanza, de su superioridad y de su contenido en consecuencia, depende la hondura y la dureza con que puede estamparse. Siempre permanece como algo aislado, y así es inevitable que todo hombre finalmente acumule un montón de aguijones, tan aislados como lo fueron las órdenes. Su capacidad de adherencia en el hombre es sorprendente, nada se hunde tan hondo en él y nada es tan indisoluble. Puede llegar un momento en que alguien está tan colmado de aguijones que ya no tiene sensibilidad para ninguna otra cosa: fuera de ello, no siente nada.

Su defensa contra nuevas órdenes se convierte entonces en una cuestión vital. Intenta no oírlas, no las entiende. Si las tiene que entender, las esquiva de manera ostentosa, haciendo lo contrario de aquello que le ordenan. Si se le dice que avance, retrocede. Si se le dice que retroceda, avanza. No es que así esté libre de la orden. Es una reacción torpe, podría decirse impotente, porque a su manera está igualmente determinada por el contenido de la orden. Ella es lo que en la psiquiatría se designa por negativismo; éste desempeña un papel especialmente importante en los esquizofrénicos.

En los esquizofrénicos lo que más llama la atención es una carencia de contacto. Están mucho más aislados que otros hombres. Con frecuencia dan la impresión de estar rigidizados en sí mismos; como

si no existiera relación entre ellos y los demás; como si nada entendieran; como si nada quisieran entender. Su obstinación es como la de las estatuas de piedra. No hay posición en la que no podrían rigidizarse. Pero esas mismas personas en otras fases de su enfermedad se comportan de pronto de manera diametralmente opuesta. Se muestran de una sugestionabilidad que asume proporciones fantásticas. Hacen lo que uno les enseña o lo que se pide de ellos con tal rapidez, con tal perfección que es como si uno mismo estuviese metido dentro de ellos y lo hiciera por ellos. Son ataques de servilismo, en que caen súbitamente. «Esclavitud de la sugestión» lo llamó uno de ellos mismos. De estatuas pasan a ser celosos esclavos del deber, y llevan al extremo, de una manera que a menudo parece ridícula, cualquier cosa que se les pida.

El contraste entre estas dos actitudes es tan grande que difícilmente se lo comprende, pero si por un momento se hace abstracción de cómo se representan estas actitudes dentro de ellos mismos, si se les contempla por así decir por entero desde fuera, no se puede negar que ambos estados también son bien conocidos en la vida de los seres «normales». Sólo que aquí sirven un determinado fin y dan la impresión de ser menos exagerados.

El soldado, que no hace caso de ningún estímulo exterior, que permanece rígido, parado donde se le paró, que no abandona su puesto, a quien nada puede inducir a hacer algo que de lo contrario haría y ha hecho a menudo con agrado, el soldado correctamente entrenado para el servicio se encuentra artificialmente en un estado de negativismo. Es verdad que en determinadas circunstancias también puede actuar, pero única y exclusivamente por orden de su superior. Ha sido adiestrado en este negativismo para que actúe sólo bajo determinadas órdenes. Es un negativismo que se deja manipular, pues en el arbitrio y poder del superior está promoverlo al estado extremo opuesto. No bien la instancia competente ordena algo al soldado, éste se comporta con el mismo celo y el mismo

servilismo que el esquizofrénico en su fase opuesta.

Debe agregarse que el soldado sabe bien por qué actúa de esta manera. Obedece porque se halla bajo amenaza de muerte. En un capítulo anterior se ha descrito cómo se acostumbra poco a poco a este estado y al final llega a adaptarse desde dentro. Aquí debe aprehenderse sólo una cosa: la inconfundible semejanza externa que existe entre el soldado en servicio y el esquizofrénico.

Pero una idea muy distinta se impone también aquí y me parece no menos importante. El esquizofrénico en el estado de extrema sugestibilidad se comporta como miembro de una masa. Es igualmente impresionable, cede de igual manera a todo estímulo externo. Pero uno no cae en la cuenta de que podría estar en este estado, porque está solo. Puesto que no se ve masa alrededor de él, a uno no se le ocurre suponer que él —desde su punto de vista— se encuentra como si la hubiera: es un trozo desprendido de masa. Esta afirmación sólo se puede demostrar si se entra en las representaciones internas de los mismos enfermos. Innumerables son los ejemplos a los que se puede recurrir. Una mujer declara «que tiene a todos los seres humanos en el vientre». Otra oyó «hablar a los mosquitos». Un hombre oyó a «729.000 muchachas», otro las «voces susurrantes de toda la humanidad». En las representaciones de los esquizofrénicos aparecen —bajo múltiples disfraces— todas las especies de masas que existen: sería posible incluso comenzar a estudiar la masa a partir de aquí. Será tarea de un trabajo especial reunir y revisar las representaciones de masa de los esquizofrénicos. Su clarificación mostrará de qué grandiosa integridad son.

Cabe preguntarse por qué los dos estados opuestos que hemos mencionado son necesarios para el esquizofrénico. Para comprenderlos uno debe recordar qué es lo que sucede con un individuo no bien entra en la masa. La liberación de las distancias obligadas ha sido narrada y designada como descarga.

Complementariamente ha de agregarse que a estas distancias obligadas pertenecen los aguijones-órdenes que están acumulados en cada individuo. En la masa todos los seres singulares son iguales entre sí, ninguno tiene derecho a mandar al otro, o también se podría decir: cada uno manda a cada otro. No sólo no se forman nuevos aguijones; uno se deshace al mismo tiempo de todos los antiguos. Uno se ha escabullidlo por así decir de su casa y los ha dejado atrás, en el sótano, donde yacían amontonados. Este salir de todo lo que hace sus rígidas uniones, sus límites y cargas, es el motivo propiamente dicho del sentimiento de elevación que el hombre experimenta en la masa. En ninguna parte se siente mas libre, y si desea seguir siendo masa con tan desesperado anhelo es así porque sabe qué le aguarda después. Cuando retorna a *sí*, a su «casa», vuelve a encontrarse con todo, límites, cargas y aguijones.

El esquizofrénico, que está sobrecargado con aguijones, tanto, que por momentos se paraliza por ellos, este cactus de su tormento y desvalimiento, sucumbe a la ilusión del estado opuesto, al de la masa. Mientras se encuentra en ésta no siente los aguijones. Ha salido, al menos eso opina, de sí, y aunque suceda de manera insegura y dudosa, parece extraer de ello un alivio temporal de su tormento: se siente como si estuviese otra vez relacionado con los demás. El valor de esta redención, claro está, es ilusorio. Precisamente donde inicia su liberación le esperan nuevas y más intensas coerciones. La naturaleza íntegra de la esquizofrenia no es de lo que nos debemos ocupar aquí. Puede bastarnos retener una cosa: nadie necesita más de la masa que el que rebosa aguijones-órdenes, el esquizofrénico que se asfixia por ellos. Incapaz de encontrar la masa fuera, se abandona a ella dentro de sí.

LA INVERSIÓN

«Porque el alimento que el hombre coma en este mundo, lo comerá a él en el otro.» Esta enigmática e inquietante frase se encuentra en el

Shatapatha-Brahmana, uno de los antiguos tratados de sacrificio de los indios. Más inquietante aún es un relato que aparece en el mismo tratado. Es el relato de la excursión del vidente Bhrigu al más allá.

Bhrigu, un santo, era hijo del dios Varuna; había adquirido una gran sabiduría brahmana y se le había subido a la cabeza. Se puso arrogante y se situó por encima de su propio divino padre. Éste le quiso demostrar cuan poco sabía y le recomendó visitar, una tras otra, las diferentes regiones del cielo: Este, Sur, Oeste y Norte. Allí debía prestar suma atención a cuanto hubiera que ver, y contar al regreso qué había visto.

«Primero, a saber, al Este, Bhrigu vio hombres que arrancaban a hachazos los miembros a otros hombres, uno tras otro, y repartían los pedazos entre ellos mientras decían: «Esto te pertenece a ti, esto me pertenece a mí». Cuando Bhrigu vio esto quedó espantado, pero quienes allí partían en pedazos a los otros le dieron por explicación que éstos habían hecho lo mismo con ellos en el mundo de los vivos y que ellos ahora no hacían más que proceder en consecuencia.

»A continuación Bhrigu inició su viaje al Sur y allí vio hombres que le cortaban los miembros a otros hombres, uno tras otro, y los repartían entre ellos diciéndose: “Esto te pertenece a ti, esto me pertenece a mí”. A su pregunta Bhrigu volvió a recibir la misma respuesta: los que ahora eran cortados habían hecho con quienes ahora los cortaban lo mismo en el otro mundo. Al Oeste, a continuación, Bhrigu vio gente que callada devoraba a otra gente al tiempo que los devorados también callaban. Porque así habían hecho éstos en el otro mundo a aquéllos. Al Norte, nuevamente vio hombres que gritando devoraban a otros hombres, que también gritaban, tal como éstos lo habían hecho con aquéllos en el otro mundo.

»A su regreso, Bhrigu fue instado por su padre Varuna a recitar su lección como un escolar. Bhrigu, sin embargo, dijo: “¿Qué lección

he de recitar? ¡Si no hay lección!”. Había visto cosas demasiado pavorosas y todo le parecía vano.

»Ahí supo Varuna que Bhrigu había visto estas cosas y le explicó: “Los hombres al Este, que arrancaban con hachas los miembros de los otros, ésos eran los árboles. Los hombres al Sur, que le cortaban los miembros a los otros, ésos eran los vacunos. Los hombres al Oeste, que callados devoraban hombres callados, ésos eran las hierbas. Los hombres al Norte, que gritando devoraban a hombres que gritaban, ésos eran las aguas”.»

Para todos estos casos conocía un remedio. Mediante determinados sacrificios, que indicó a su hijo, podrían evitarse las consecuencias, en el más allá, de las propias acciones.

En otro tratado de sacrificios, el *Jaiminiya-Brahmana*, la misma historia se relata de manera algo distinta. Bhrigu no recorre diversas direcciones cardinales, sino que va de un mundo al otro. En lugar de las cuatro escenas que se han relatado, son sólo tres. Primero Bhrigu ve árboles, que en el más allá han asumido forma humana y que ahora cortan hombres en pedazos y los devoran. Después Bhrigu ve a un hombre que devora a otro, que grita. Se le enseña lo siguiente: «El ganado que ha sido sacrificado y comido aquí, ha tomado allá figura humana y ahora le hace al hombre lo que éste le había hecho». En tercer lugar ve a un hombre que devora a otro, que no dice nada. Arroz y cebada han tomado forma humana y retribuyen así lo que han sufrido.

También aquí se indican determinados sacrificios. Quien los realiza correctamente escapa al destino de ser devorado en el más allá por árboles, ganado o arroz y cebada. Pero lo que aquí nos interesa no son los antídotos contra el destino. Lo importante es más bien la idea popular que se oculta bajo el disfraz sacerdotal. Lo que se ha hecho aquí, le es hecho a uno mismo allá. No se instituyen servidores especiales de la justicia, que lleven a cabo este castigo,

sino que cada uno castiga a su propio enemigo. Tampoco se trata de acciones cualesquiera, sino del acto mismo de comer. «Así como en este mundo los hombres comen animales y los consumen, exactamente así los animales en el otro comen a los hombres y los consumen.»

Esta frase de otro *Brahmana*, semejante al que pusimos al comienzo de este capítulo, encuentra una extraña confirmación en el Código de Manu. Allá se explica que no es pecado comer carne, porque esa es la manera natural de las criaturas. Pero a quien se abstenga de la carne, a aquél se le promete una recompensa especial. La palabra en sánscrito para designar la carne, que es *mamsa*, se explica por descomposición en sus sílabas: *mam* significa «a mí», *sa* significa «él»; *mamsa* significa «a mí-él»; «a mí» «él» allá en el más allá me comerá, aquél cuya carne yo he comido aquí; eso es lo que los sabios declaran por la carnalidad de la carne. En ello consiste la naturaleza-carne de la carne, ése es el verdadero sentido de la palabra carne.

La *inversión* es reducida aquí a la más concisa de todas las fórmulas y engarzada en la imagen de carne. Yo lo como a él: a mi él. La segunda parte, la consecuencia de aquello que yo he hecho, es entonces precisamente la palabra que designa la carne. El animal que uno ha comido recuerda quién lo comió. La muerte no acabó con este animal. Su alma sigue viviendo y en el más allá se lince hombre. Éste espera paciente la muerte de su devorador. Apenas este último muere y llega al más allá, la situación primitiva se invierte en su contraria. La víctima encuentra a su devorador, lo atrapa, lo corta y se lo come.

La relación con nuestra concepción de la orden y del aguijón que deja es aquí palmaria. Pero todo está llevado a tal extremo, se ha hecho tan concreto, que comienza por dar miedo. En vez de suceder en éste, la inversión tiene inmediatamente lugar en el otro mi nulo. En vez de la orden, que tan sólo amenaza con la muerte y

de esta manera extorsiona todo tipo de servicio, se trata realmente de la muerte en su forma extrema, en la que el muerto es devorado.

Según nuestro modo de ver, que ya no toma seriamente una existencia en el más allá, el aguijón que la amenaza de muerte provoca, subsiste tanto como la víctima vive. Que logre una inversión es dudoso, en todo caso aspirará a ella. Por sus aguijones finalmente es gobernado el hombre, su fisonomía interna está determinada por ellos; se realice una liberación o no, ellos son su destino. Según la concepción india, para la que existe el más allá, el aguijón como duro núcleo del alma subsiste aún después de la muerte; la inversión tiene lugar de todos modos, se convierte en la actividad propiamente dicha de la existencia del más allá. Se hace exactamente lo que a uno le fue hecho, y lo hace uno mismo.

Que el cambio de semblanza no sea obstáculo aparece especialmente característico. Ya no es el vacuno que uno ha comido lo que le agarra a uno en el más allá y lo corta: es un hombre con eI alma de aquel vacuno. La criatura ha cambiado exteriormente por completo, pero el aguijón es invariablemente el mismo. En las visiones de horror que Bhrigu presencia en su viaje, el aguijón aparece como el tema principal del alma, podía decirse que ésta consiste enteramente de aguijones. La esencia propiamente dicha del aguijón, del que en este análisis de la orden tanto se habló, su absoluta inmutabilidad y la precisión de la inversión, a la que aspira, han hallado en esta creencia de los indios acerca de lo devorado, que debe devorar a su voz, su expresión más concluyente.

LA DISOLUCIÓN DEL AGUIJÓN

El aguijón se forma durante la ejecución de la orden. Se desprende de ésta y se graba con la exacta figura de la orden en el ejecutante. Es pequeño, oculto y desconocido; su propiedad más esencial, de la que se habló ya repetidas veces, es su absoluta inmutabilidad. Permanece aislado del resto del hombre como un cuerpo extraño en su carne.

Por muy hondo que se haya hundido, por enquistada que sea su existencia, a su poseedor siempre le es molesto. Permanece suspendido de manera misteriosa dentro de él, aprisionado en una especie de país extranjero.

El aguijón mismo quiere irse, pero le cuesta desprenderse. No es posible desprenderse de él de cualquier manera. La fuerza con que se libera debe ser idéntica a aquella con la que penetró. De una orden reducida debe llegar otra vez a ser una orden completa. Para la adquisición de esta fuerza es necesaria una inversión de la situación original: su exacto restablecimiento es indispensable. Es como si el aguijón contuviese su propio recuerdo y como si éste consistiera en un único suceso; como si acechara meses, años, decenios hasta que regresa la antigua situación, hasta que la reconoce. Tiene que reconocerla puesto que sólo consiste en ella, ella es lo único que puede reconocer. De pronto todo vuelve a ser igual que antes, pero los papeles están enteramente cambiados. En este instante aprehende la ocasión y se lanza con todo vigor sobre su víctima: la inversión al fin ha tenido lugar.

Este caso, que podría llamarse puro, sin embargo, no es el único posible. Una orden puede ser repetida a menudo por el mismo causante a la misma víctima, de modo que una y otra vez se forman aguijones de idéntica especie. Estos aguijones idénticos no permanecen aislados, deben relacionarse entre sí. La nueva configuración se acrecienta a ojos vista y no puede ya ser olvidada por el poseedor. Siempre es llamativa, siempre pesada, por decirlo así sale a la superficie del agua.

Pero también la *misma* orden puede ser impartida y repetida por *diferentes* causantes. Si esto sucede muy a menudo y en una sucesión implacable, el aguijón pierde su forma pura y se desarrolla hasta llegar a ser —difícilmente puede llamárselo de otra manera—, un monstruo mortalmente peligroso. Asume enormes pro-porciones y

se convierte en el contenido principal de su poseedor. Siempre consciente de él, éste lo acarrea consigo c intenta deshacerse de él en cualquier oportunidad. Innumerables situaciones se le aparecen entonces como la original, y le parecen apropiadas para la inversión. Sin embargo no lo son, pues por repetición y entrecruzamiento todo se ha hecho impreciso, ha perdido la clave de la situación original. *Un* recuerdo se ha colocado encima del otro, como un aguijón junto al otro. Su peso ya no puede resolverse en i partes constitutivas. Por mucho que intente, todo queda como Hules, y solo ya jamás puede liberarse de su carga.

El hincapié aquí se pone sobre la palabra «solo». Pues hay una liberación de todos los aguijones, incluso de los más monstruosos, pero esta liberación está en la masa. De la masa de inversión se habló repetidas veces. No era posible dilucidar su esencia propiamente dicha antes de haber sondeado la manera en que actúa la orden.

La masa de inversión está formada por muchos para liberarse en común de aguijones-órdenes a los que están entregados individualmente sin esperanza. Un gran número de hombres se une y se Vuelve contra otro grupo, en el que ven a los causantes de todas las órdenes que han soportado durante tanto tiempo. Si acaso son soldados, cualquier oficial hará las veces de aquellos bajo cuyas órdenes estaban realmente. Si son obreros puede ser cualquier empresario, en lugar de aquellos para los que realmente trabajaron. Clases y castas en tales momentos llegan a ser verdaderas, se comportan como si consistieran en iguales. La clase inferior que se ha levantado forma una masa cohesionada por doquier, la de encima, cercada por la mayoría, constituye una serie de mutas miedosas en vías de fuga.

En quienes ahora pertenecen a la masa, cada aguijón por separado, complejo y en brote, cristalizado tras muchas y diversas ocasiones,

encuentra una serie de orígenes posibles a la vez. Los agredidos están allí ante ellos, de uno en uno o estrechamente apretujados y parecen saber muy bien por qué sienten tal miedo. No es necesario que sean los causantes reales de éste o de aquel aguijón; pero séanlo o no, están en su lugar y son tratados con toda seriedad como tales. La inversión que aquí se dirige contra muchos a la vez disuelve hasta al más pesado de los aguijones.

En el caso más concentrado de esta especie, cuando se va contra una única cabeza, un rey acaso, lo que la masa siente es de la mayor claridad. La última fuente de todas las órdenes era el rey; sus dignatarios y la nobleza eran partícipes en su transmisión y aplicación. Los individuos en los que consiste la masa sublevada habían sido mantenidos largos años a distancia mediante amenazas, y en obediencia por prohibiciones. En una especie de movimiento retrógrado abolieron ahora las distancias: penetrar en el palacio que les estaba prohibido. Miran muy de cerca lo que contiene, salones, moradores, mobiliario. La fuga, a la que la orden real antes los movía, se invierte en familiaridad íntima. Si por temor el rey permite este acercamiento, puede que las cosas no pasen de eso; pero no por mucho. El proceso general de una liberación de aguijones, una vez iniciado prosigue Inconteniblemente. Debe tenerse en cuenta cuanto se ha hecho para mantener en obediencia a los seres humanos y lo que durante largos años se ha acumulado en ellos en forma de aguijones.

La amenaza a los súbditos propiamente dicha, amenaza que pendía interminablemente sobre sus cabezas, era la de la muerte. En las ejecuciones cada cierto tiempo se renovaba y demostraba inequívocamente su seriedad. De una única manera esta amenaza puede ser separada completamente. El rey, que hacía decapitar, es decapitado a su vez. Con ello el supremo, el más amplio de los aguijones, el que en apariencia comprende en sí a todos los demás, es retirado de aquellos que debían soportarlo colectivamente.

No siempre el sentido de la inversión puede aprehenderse tan nítidamente, y no siempre culmina con tanta perfección. Si el levantamiento se malogra y los hombres no logran desprenderse realmente de sus aguijones, conservan, sin embargo, el recuerdo del tiempo en el que fueron masa. Durante ese estado al menos estuvieron libres de los aguijones y lo recordarán siempre con nostalgia.

ORDEN Y EJECUCIÓN. EL VERDUGO SATISFECHO

Hasta aquí en este examen se ha omitido a sabiendas un caso. La orden se explica como amenaza de muerte; se ha dicho que deriva de la orden de huida. La orden domesticada, como la conocemos, relaciona la amenaza con una recompensa; la alimentación acentúa el efecto de la amenaza, pero nada cambia en su carácter. La amenaza nunca es olvidada. En su forma original subsiste para siempre hasta que se presenta una oportunidad de deshacerse de ella, traspasándola a otros.

La orden puede, sin embargo, ser también un encargo de matar: lleva entonces a la ejecución. Aquí sucede realmente lo que de lo contrario no pasa de ser una amenaza. Pero el suceso está repartido sobre dos hombres. Uno recibe la orden, otro es ejecutado.

El verdugo está, como todo aquel que se somete a una orden, bajo amenaza de muerte. Pero se libera de esta amenaza matando él mismo. Traspasa de inmediato lo que podría sucederle, y así anticipa la sanción extrema que pesa sobre él. Se le ha dicho: tienes que matar, y él mata. No está en condiciones de defenderse contra una orden tal; le es impartida por uno cuyo poder superior reconoce. Ha de suceder de prisa, de ordinario en seguida. Para la formación de un aguijón no hay tiempo.

Pero, incluso si hubiera un tiempo para ello, tampoco hay *motivo* para la formación de un aguijón. Porque el verdugo transmite lo que

recibe. Nada tiene que temer, nada permanece en él. En este caso, y sólo en éste, la ecuación de la orden se resuelve sin saldo. Su naturaleza más profunda y la acción a la que da lugar son idénticas. A la viabilidad de su ejecución se ha proveído; nada puede entrometerse, es improbable que la víctima se escape. De todas estas circunstancias el verdugo es consciente desde un comienzo. Puede esperar la orden con calma: tiene confianza. Sabe que con su ejecución en él nada cambiará. Por así decir pasa lisamente a través de ella, él mismo queda completamente intacto de ella. El verdugo es el más satisfecho, el más carente de aguijones de los hombres.

Es una situación monstruosa, y nunca se la ha enfocado seriamente. Es de comprender tan sólo si se considera la verdadera naturaleza de la orden. Con la amenaza de muerte vive y muere la orden, de ella extrae toda su fuerza. El excedente de esta fuerza, que es inevitable, explica la formación del aguijón. Aquellas órdenes, sin embargo, a las que la muerte importa seriamente, que la persiguen y que realmente conducen hasta ella, son las que menos rastros dejan en el destinatario.

El verdugo es un hombre al que se amenaza de muerte para que mate. Sólo debe matar a los que ha de matar. Si se atiene estrictamente a sus órdenes nada le puede suceder. Por cierto, deslizará también en su ejecución algo de lo que en otras oportunidades ha sido amenazado. Es de suponer que a su ejecución le adose no poco de lo que en aguijones de origen muy distinto se billa almacenado en él. Pero es sin embargo esencial el mecanismo de su encargo propiamente dicho. Matando, él mismo se libera de la muerte. Para él es un negocio limpio y no inquietante. El horror que despierta en otros no lo siente dentro de sí. Es importante ver claro al respecto: los matadores oficiales están tanto mas satisfechos dentro de sí cuantas más de sus órdenes conduzcan directamente a la muerte. Incluso para un guardián de prisión el deber es más duro que para un verdugo.

Es verdad que la sociedad le hace pagar la satisfacción que le da su oficio mediante una especie de proscripción. Pero tampoco ésta está acompañada por una desventaja para él. Él sobrevive sin «poder remediarlo» a cada una de sus víctimas. Algo del prestigio del superviviente recae incluso sobre él, mero instrumento, y compensa totalmente aquella proscripción. Encuentra una mujer, tiene lujos, tiene una vida familiar.

ORDEN Y RESPONSABILIDAD

Es sabido que los hombres que actúan bajo orden son capaces de los actos más atroces. Cuando la fuente de la orden queda sepultada y se les obliga a volver la mirada sobre sus actos, ellos mismos no se reconocen. Dicen: eso no lo hice yo, y no siempre son conscientes de que mienten. Cuando se ven convictos por testigos y comienzan a vacilar, dicen aún: así no soy yo, eso no puedo haberlo hecho yo. Buscan los restos del acto dentro de sí y no pueden encontrarlos. Uno se sorprende de lo intactos que han quedado. La vida que llevan más tarde es realmente otra y de ningún modo está teñida por el acto. No se sienten culpables, de nada se arrepienten. El acto no ha entrado en ellos.

Son hombres que por otra parte están muy bien capacitados para hacer una estimación de sus acciones. Lo que hacen por propia iniciativa deja en ellos las huellas que se espera. Se avergonzarían de matar a una criatura desconocida e inerme que no los ha provocado. Sentirían asco de torturar a cualquiera. No son mejores, pero tampoco peores que los otros entre los que viven. Más de uno, que por trato diario les conoce íntimamente, estaría dispuesto a jurar que se les acusa injustamente.

Cuando entonces desfila el largo cortejo de los testigos, de las víctimas, que saben muy bien de qué hablan, cuando uno tras otro reconoce al autor y vuelve a traerle a la memoria cada detalle de su comportamiento, allí toda duda se hace absurda y uno se halla ante

un insoluble enigma.

Para nosotros ya no es enigma, puesto que conocemos la naturaleza de la orden. Por cada orden que el autor ejecutó, ha quedado en él un aguijón. Pero éste es tan extraño como lo fue la orden misma cuando fue impartida. Por mucho tiempo que se adhiera el aguijón al hombre, nunca se asimila, sigue siendo un cuerpo extraño. Si bien es posible, como se ha mostrado en otro pasaje, que varios aguijones se reúnan y sigan creciendo hasta dar lugar a una nueva formación monstruosa en el afectado, siempre permanecen sin embargo nítidamente diferenciados en su entorno. El aguijón es un intruso, nunca se naturaliza. Es indeseable, uno quiere deshacerse de él. Él es lo que uno ha cometido, él tiene, como se sabe, la semblanza exacta de la orden. Como instancia ajena sigue viviendo en el destinatario y le quita todo sentimiento de culpa. El autor no se acusa a sí mismo sino al aguijón, a la instancia ajena, al verdadero autor, por decirlo así, al que siempre acarrea consigo. Cuanto más ajena le fue la orden a uno, tanta menos culpa se experimenta por ella, tanto más nítidamente decantada para sí sigue existiendo como aguijón. Es el perpetuo testigo de que no fue uno mismo quien hizo esto o aquello. Uno se siente a sí mismo como su víctima y por ello no tiene por la víctima verdadero sentimiento alguno.

Es cierto pues, que hombres que han actuado bajo orden, se consideran como completamente inocentes. Si están en condiciones de enfrentar su situación, pueden experimentar algo así como sorpresa de que alguna vez estuvieran tan completamente bajo el régimen de violencia de las órdenes. Pero incluso este impulso esclarecedor carece de valor, puesto que se hace presente demasiado tarde, cuando hace rato ya que todo ha pasado. Lo que ha sucedido puede volver a suceder, y ninguna defensa contra situaciones nuevas, que se asemejan a la anterior como un cabello a otro, se desarrolla en ellos. Quedan entregados inermes a la orden, sólo muy oscuramente conscientes de su peligrosidad. En el caso más claro,

que por suerte es poco frecuente, hacen de ella una fatalidad y luego cifran su orgullo en el que se les trate ciegamente, como si se necesitara un carácter especialmente varonil para entregarse a esta ceguera.

Del lado que se la contemple, la orden, en la compacta forma acabada que después de su larga historia adquiere hoy día, es el elemento singular más peligroso en la convivencia de los hombres. Hay que tener el coraje de oponérsele y conmover su señoría. Deben hallarse medios y caminos de mantener libre de ella la parte mayor del hombre. No debe permitírsele rasguñar más que la piel. Sus aguijones deben convertirse en espinas que se puedan desprender con leve ademán.

LA METAMORFOSIS

PRESENTIMIENTO Y METAMORFOSISENTRE LOS BOSQUIMANOS

La capacidad del hombre para la metamorfosis, que tanto poder le ha conferido sobre todas las criaturas restantes, apenas ha sido enfocada y comprendida. Pertenece a los mayores enigmas: cada cual la tiene, cada cual la aplica, cada cual la considera muy natural. Pero pocos se dan cuenta de que le deben lo mejor de aquello que son. Es desacostumbradamente difícil sondear la esencia de la metamorfosis, y hay que aproximársele desde distintos lados.

En una obra sobre folklore bosquimano, a la que considero el documento más precioso de la humanidad temprana y que dista mucho de estar agotado —a pesar de que fue escrita hace más de cien años por Bleek e impresa hace más de sesenta— se encuentra un párrafo sobre los presentimientos de los bosquimanos, del que se pueden sacar importantes explicaciones. Se trata, como se mostrará, de principios de metamorfosis de forma sobremanera sencilla. Los bosquimanos perciben desde lejos el venir de gentes a las que no pueden ver ni oír. También tienen el sentimiento de que se acercan animales de caza y narran los signos en su propio cuerpo por los que reconocen esta aproximación. Algunos ejemplos de ello siguen en forma textual.

«Un hombre dice a sus niños que estén a la escucha de su abuelo. “Prestad atención, me parece que el abuelo se acerca. Pues siento el lugar de la antigua herida en su cuerpo.” Los niños están atentos. Perciben a un hombre a lo lejos. Le dicen a su padre: “Allí viene un hombre”. El padre les contesta: “Aquel es vuestro abuelo, el que viene allí. Yo sabía que viene. He sentido su venir en el lugar de su antigua herida. Quería que vosotros mismos lo vierais: viene

realmente. Vosotros no creéis a mi presentimiento. Pero dice la verdad".»

Lo que aquí ha sucedido es de una grandiosa simplicidad. El viejo, que es el abuelo de estos niños, estaba por lo visto muy lejos. En determinado lugar de su cuerpo tiene una antigua herida, liste lugar es exactamente conocido por su hijo adulto, el padre de los niños. Es una de aquellas heridas que siempre vuelven a hacerse sentir. A menudo se le ha oído hablar de ella al anciano.

Es aquello que nosotros llamaríamos lo «característico» en él. Cuando el hijo piensa en su padre piensa en su herida. Sin embargo es más que un mero pensar. No sólo se imagina la herida, el exacto lugar del cuerpo en el que estaba: la percibe en el lugar correspondiente de su propio cuerpo. Apenas la siente, supone que su padre, al que no ha visto durante un tiempo, se aproxima. Siente que se aproxima porque siente su herida. Se lo dice a sus niños, pero parece que éstos no le creen mucho. Quizá no hayan aprendido aún a creer en la veracidad de tales presentimientos. Les hace estar atentos y, efectivamente, aproxímase un hombre. Sólo puede ser el abuelo, él es. El padre tuvo razón. La sensación en su cuerpo no lo ha engañado.

Una mujer abandona la casa. Lleva a su niño con ella, enlazado con una correa sobre el hombro. El hombre ha quedado tranquilamente sentado. La mujer ha ido por algo y se ausenta durante cierto tiempo. De repente, el hombre siente su correa sobre el hombro. «Tiene la sensación», como si portara al niño él mismo. Apenas siente la correa sabe que la mujer regresa con el niño.

Los mismos presentimientos se refieren también a animales. Son los animales, tan importantes para el bosquimano como sus parientes más próximos, sus animales más cercanos por decir así, los que caza y de los que se nutre.

Un avestruz se pasea bajo el cálido sol. Un insecto negro, al que los bosquimanos llaman el «piojo del avestruz», lo muerde. El avestruz se rasca atrás, en la nuca, con la pata. El bosquimano siente algo en la parte más profunda de su propia nuca, en la misma parte donde el avestruz se rasca. Es una sensación como un golpeteo. Esta sensación le dice al bosquimano que hay un avestruz en la cercanía.

Un animal especialmente importante para el bosquimano es la gacela. Muchos presentimientos se refieren a todos los movimientos y características posibles de la gacela.

«Tenemos una sensación en los pies, percibimos el crujir de sus patas en el matorral.» Esta sensación en los pies significa que las gacelas se acercan. No es que se las haya oído crujir. Aún están demasiado lejanas. Pero los pies de los bosquimanos mismos crujen, pues las gacelas hacen crujir sus patas a lo lejos. Pero eso no es todo, es aún mucho más que el movimiento de las patas lo que pasa de la gacela al bosquimano. «Tenemos una sensación en la cara debido a la raya negra sobre la cara de la gacela.» Esta raya negra parte del medio de la frente y se extiende hasta el fin de la nariz. Al bosquimano le sucede como si tuviese la raya negra sobre su propia cara. «Tenemos una sensación en los ojos', por las marcas negras sobre los ojos de la gacela.»

Uno siente un golpetear en sus costillas y dice a sus niños: «Parece que viene la gacela, siento el pelo negro. Subid a la loma tic enfrente y otead en todas direcciones. Tengo la sensación-gacela». Este pelo negro la gacela lo tiene en sus flancos. El golpetear en sus propias costillas significa para el bosquimano el pelo negro en los flancos del animal.

Otro, que está presente mientras se habla sobre estos fenómenos, coincide con él. También él tiene un presentimiento que se refiere a las gacelas, pero no es el mismo: él siente la sangre del animal cobrado.

«Tengo una sensación en las pantorrillas cuando la sangre de la gacela va a escurrirse sobre ellas. Yo siempre siento sangre cuando voy a matar a la gacela. Yo estoy sentado y tengo una sensación en la espalda, donde la sangre se escurre cuando cargo una gacela. El pelo de la gacela descansa sobre mi espalda.»

Una vez se dice: «Lo sentimos en nuestras cabezas cuando estamos arrancándole los cuernos a la gacela». Otra: «Las cosas numerosas suelen llegar en el momento en que estamos tendidos a la sombra de la choza. Ellas creen que posiblemente estamos durmiendo nuestra siesta. Por lo común echamos una siesta. Pero no dormimos nuestra siesta cuando las cosas andan y mueven sus patas. Sentimos algo en las corvas detrás de las rodillas, por donde gotea la sangre cuando cargamos los animales».

De estas declaraciones de los bosquimanos uno percibe qué importancia atribuyen a tales presentimientos o sospechas. Sienten en sus cuerpos cuando ciertos acontecimientos son inminentes. Una especie de golpetear en su carne les habla y les participa de ello. Sus letras, como dicen ellos, están dentro de su cuerpo. Estas letras hablan y se mueven y los inducen incluso al movimiento. Un hombre impone silencio a los otros y se mantiene bien quieto cuando nota que en su cuerpo golpea. El presentimiento habla la verdad. Los tontos no entienden las enseñanzas y caen en la desgracia, son muertos por un león, o les acontece algo grave. Las señales por golpes les dicen a aquellos que las entienden qué camino no deben pisar, qué flechas no han de emplear. Les advierten cuándo se aproxima mucha gente por la carretera. Cuando se está en busca de alguien, los golpecitos le dicen a uno en qué camino se le ha de buscar para encontrarlo.

No es nuestro asunto verificar aquí si los presentimientos de los bosquimanos son ciertos o engañosos. Puede que hayan desarrollado y ejerciten en su vida diaria capacidades que nosotros

hemos perdido. Puede que tengan motivo para seguir creyendo en sus presentimientos, a pesar de que a veces hayan sido engañados por ellos. Sea como fuere, sus declaraciones acerca de la manera en que los presentimientos se anuncian pertenecen a los documentos más precisos sobre la esencia de la metamorfosis. Nada hay que pudiera comparárseles. Pues contra todo lo que se extraiga de mitos o cuentos acerca de ello, vale la objeción de que todo es pura poesía. Aquí, además, nos enteramos de cómo se siente el bosquimano en su vida real, cuando piensa en un avestruz o una gacela en la lejanía; lo que le sucede mientras tanto; qué es lo que en suma significa eso de pensar en una criatura que no es él mismo.

Los signos en que reconocen la aproximación de un animal, o también de otro hombre, son signos en su propio cuerpo. Estos presentimientos son, como he dicho, principios para la metamorfosis. Si se quiere preservar el valor de los signos para un examen de la metamorfosis, hay que guardarse ante todo de importar algo ajeno al mundo del bosquimano. Hay que mantener estos signos tan simples y concretos como realmente son. Los extraemos del contexto de las declaraciones citadas y los enumeramos por turno:

1. Un hijo percibe la antigua herida de su padre exactamente en el mismo lugar del cuerpo en que el padre la ha recibido.

2. Un hombre siente la correa con la que la mujer porta a su niño sobre su propio hombro.

3. Un avestruz se rasca en la nuca, con la pata, donde le muerde un «piojo». El bosquimano siente idéntica sensación en la propia nuca, allí donde el avestruz se rasca.

4. Un hombre siente el crujir de las gacelas en los matorrales en sus propios pies. La raya negra de la gacela, de la frente hasta la base de la nariz, la siente sobre su rostro. Siente en los propios

ojos las marcas negras sobre los ojos de la gacela. El pelo negro en los flancos del animal lo siente junto a sus costillas.

5. Un bosquimano siente sangre en las pantorrillas y en la espalda. Es la sangre de la gacela por abatir, que cargará a la espalda. Allí también percibe el pelo del animal. Se percibe en la cabeza, donde se cortarán los cuernos de la gacela. Se siente la sangre bajo las corvas, por donde suele gotear la sangre del animal abatido que se carga.

Todo lo incluido en el punto 5 se refiere al animal muerto. El ansia de su sangre determina aquí el carácter de la metamorfosis. Es menos simple que en los cuatro casos anteriores, por eso es mejor analizar por el momento sólo estos cuatro. Lo más elemental en todos ellos es que un cuerpo es identificado con otro. El cuerpo del hijo es el cuerpo del padre; así la antigua herida se halla en el mismo lugar. El cuerpo del hombre es el cuerpo de su mujer: la correa, en la que ha portado al niño, lo aprieta en el mismo hombro. El cuerpo del bosquimano en el cuerpo del avestruz: el «piojo» lo muerde en la misma parte de su nuca, y él allí se rasca.

En estos tres casos es cada vez un rasgo aislado en el que se manifiesta la igualación de los cuerpos. Son rasgos muy diferentes: en la herida, una antigua peculiaridad del cuerpo que se hace sentir cada cierto tiempo; en la correa, una determinada y permanente presión contra ella; y en el caso del rascar, un movimiento aislado.

El más interesante es el caso de la gacela. En este caso son cuatro o cinco los rasgos que se juntan y que dan a la igualación de un cuerpo con el otro algo muy integral. Por un lado está el movimiento de los pies; el pelo negro en los flancos; la raya negra de la frente hasta la base de la nariz; las marcas negras sobre los ojos; y finalmente el lugar de la cabeza, de donde arrancan los cuernos, tal como si uno mismo llevara los cuernos. Al movimiento, que aquí, en vez del rascar, es el de los pies, se suma pues lo que semeja una máscara

completa. Lo más llamativo en la cabeza del animal, los cuernos y luego todo lo negro, es decir, la raya y las marcas junto a los ojos, se reúnen en una máscara reducida a lo más sencillo. Se lleva como cabeza propia y sin embargo, como la cabeza del animal. Los pelos negros de los flancos se les siente como si se tuviese puesta una piel del animal; es, sin embargo, la propia piel.

El cuerpo de un mismo bosquimano se convierte en el cuerpo de su padre, de su mujer, de un avestruz, de una gacela. Que los pueda ser todos en distintos momentos, y luego ser otra vez él mismo, es de tremenda importancia. Las metamorfosis, que se suceden, varían según las ocasiones exteriores. Son transformaciones netas: cada criatura, cuyo venir él siente, continúa siendo lo que es. Las mantiene separadas, de lo contrario no tendrían significación. El padre con la herida no es la mujer con la correa. El avestruz no es la gacela. La propia identidad, que el bosquimano puede abandonar, se conserva en la metamorfosis. Puede ser esto o aquello, pero esto o aquello permanecen separados entre sí, porque en el intervalo él es siempre otra vez él mismo.

Los rasgos aislados y simples, que determinan la transformación, podría designárselos como sus puntos nodales. La antigua herida del padre, la correa es bandolera de la mujer, la raya negra de la gacela, son tales puntos nodales. Son los rasgos más prominentes de la otra criatura, de los que se habla a menudo y que se percibe siempre con nitidez. Son los rasgos en que uno se fija cuando se espera a esta criatura.

El animal al que se da cacería es, sin embargo, un caso especial. Lo que realmente se quiere es su carne y su sangre. El estado en que uno se encuentra después de haberlo cobrado, mientras se lo arrastra a casa, es especialmente feliz. El cuerpo del animal muerto, que lleva como presa en la espalda, le es aún más importante a uno que su cuerpo vivo. Uno siente su sangre, que se escurre por las

pantorrillas, la siente bajo las corvas; siente su sangre en la espalda, y allí también siente su pelo. Este cuerpo muerto, que se carga, no es el propio; no puede ser el propio, pues se lo quiere comer.

Los presentimientos del bosquimano que se refieren a la gacela contienen pues diferentes fases. Siente del modo narrado al animal vivo, su cuerpo llega a ser el cuerpo del animal que se mueve y al que mira. Pero siente también al animal muerto como un cuerpo distinto, ajeno, cerca del suyo, en el estado en el que ya no se le puede escapar. Estas dos fases son intercambiables. Un hombre puede que se crea primero en la anterior, el otro en la ulterior. Pueden sucederse una a otra. Pueden aparecer una inmediatamente después de la otra. Juntas contienen su relación entera con el animal, el proceso completo de la caza, del crujir hasta la sangre.

METAMORFOSIS DE FUGA.

HISTERIA MANÍA Y MELANCOLÍA

Las metamorfosis para huir, para escapar a un enemigo, son generales. Se las encuentra en mitos y cuentos difundidos por toda la tierra. En lo que sigue se dan cuatro ejemplos, con los que pueden aclararse las diversas formas que asumen las metamorfosis de fuga.

Como las dos formas principales distingo la metamorfosis de fuga lineal de la circular. La forma lineal es la fuga muy común de la caza. Una criatura anda tras otra, su distancia disminuye, en el instante en el que la segunda ha de ser atrapada, se transforma en otra cosa y se escabulle. La caza continúa o propiamente vuelve a comenzar. El peligro se acrecienta otra vez. El agresor se aproxima cada vez más, quizás incluso logre atrapar a su presa. Esta se transforma ahora en otra cosa y escapa de nuevo en el último instante. El mismo proceso puede repetirse innumerables veces, sólo depende de que se encuentren siempre nuevas metamorfosis. Deben ser inesperadas para sorprender al perseguidor. Éste, como cazador, se halla en pos

de una presa muy determinada, bien familiar. Conoce su manera de huir, conoce su figura y sabe cómo y dónde la puede agarrar. El instante de la transformación le desconcierta. Debe acordarse un nuevo género de caza. La presa modificada exige una caza modificada. El cazador debe transformarse él mismo. Teóricamente no es posible prever un término a tal serie de metamorfosis. El cuento se complace en hilarla largamente. La mayoría de las veces está de lado del perseguido y con agrado acaba con la derrota o aniquilamiento del perseguidor.

Un caso en apariencia simple de una fuga lineal de metamorfosis se encuentra en el mito australiano de los loritya. Los «Eternos, Increados», Tukutitas, que son los ancestros de los tótems, surgen con figura humana de la tierra. Permanecen hombres hasta que un día aparece un monstruoso perro albinegro que está decidido a atraparlos y se abalanza tras ellos. Entonces huyen, pero temen no ser lo bastante rápidos. Para poder huir mejor se transforman en todo tipo de animales: canguros, emus y águilas son mencionados. Cabe señalar, sin embargo, que aquí cada cual se transforma en *un* determinado animal y conserva la figura de aquél mientras se halla en fuga. Aparecen otros dos ancestros, semejantes a ellos, que manifiestamente son más fuertes o más valientes. Estos ponen en fuga al perro y lo matan. Ahora la mayoría de los Tukutitas vuelven a adoptar su figura humana, el peligro pasó y ya nada tienen que temer. Pero conservan la facultad de transformarse a gusto en los animales cuyos nombres llevan, es decir, en los animales que habían sido durante su fuga.

La limitación a una sola metamorfosis animal expresa la esencia de estos ancestros del tótem. En otro contexto se habla en detalle de estas dobles figuras. Baste en este lugar destacar que la metamorfosis que experimentan y cuya ejecución les es posible para siempre ha llegado a producirse por la *fuga*.

Un caso lineal rico en contenido es el del cuento georgiano, titulado *El Maestro y su discípulo.* El maestro malo, que es el diablo mismo, ha recibido al muchacho como aprendiz y le ha enseñado todo tipo de brujería. Pero quiere no dejarlo nunca más en libertad y utilizarlo por entero para sus servicios. El muchacho escapa, pero vuelve a ser atrapado y es encerrado en un oscuro establo por el maestro. Ahí medita sobre la liberación y nada se le ocurre, el tiempo pasa, y cada vez se pone más triste.

Un día advierte un rayo de sol en su establo. Investigando, encuentra una hendidura en la puerta por la que ha penetrado el rayo de sol. Rápidamente se convierte en un ratón y se escurre a través de la hendidura. El maestro advierte que partió, se transforma en un gato y corre tras el huido.

Ahora comienza una loca progresión de metamorfosis. Abre el gato ya las fauces para dar muerte al ratón cuando éste se transforma en pez y salta al agua. El maestro se convierte al punto en red y nada tras el pez. Casi lo atrapa cuando el pez se convierte en faisán. El maestro, como halcón, prosigue la caza. El faisán ya siente las garras de su antagonista cuando, convertido en hermosa manzada colorada déjase caer en el regazo del monarca. El maestro hácese cuchillo y el rey de súbito lo sostiene en la mano. El rey se quiere servir y cortar esa manzana cuando la manzana ya no está y en su lugar hay un montoncito de mijo. Delante una gallina clueca y sus pollitos: el maestro. Picoteando, comen los granos hasta que queda uno sólo. Éste, en el último momento, se transforma en una aguja. La gallina y los pollitos todos juntos, sin embargo, se convierten en un hilo en el ojo de la aguja. Ahí se inflama la aguja, el hilo arde. El maestro ha muerto. La aguja se transforma otra vez en el muchacho, que vuelve a casa con su padre.

La serie de dobles metamorfosis aquí es: ratón y gato, pez y red, faisán y halcón, manzana y cuchillo, mijo y clueca y pollitos, aguja e

hilo. En estas parejas cada parte está adaptada a la otra, trátese de animales u objetos. Siempre el uno, que representa al maestro, persigue al otro, que vale por el muchacho, y éste siempre se salva en el último momento por una metamorfosis. Es una cacería loca precisamente por su naturaleza de metamorfosis muy cambiante. Las ubicaciones cambian tan rápidamente como las figuras.

Si pasamos a la forma circular viene a la memoria la clásica historia de Proteo, que se halla en la Odisea. Proteo, el sabio anciano del mar, es el señor de las focas y, como ellas, una vez por día sube a tierra. Primero vienen las focas, después viene él. Las cuenta a todas con cuidado, su manada, y luego se tiende entre ellas a dormir. Menelao a su vuelta de Troya ha sido arrojado por vientos adversos a la costa de Egipto, donde mora Proteo, y no logra salir de allí con sus compañeros. Son años, que han pasado, y él está muy desesperado. Entonces se apiada de él la hija de Proteo y le dice qué debe hacer para atrapar a su padre, que sabe vaticinar, y obligarle a hablar. Equipa a Menelao y a dos de sus compañeros con pieles de foca, cava hoyos en la playa, en los que se acuestan los tres y los cubre con las pieles de foca. Allí esperan entonces pacientes, a pesar de la fetidez, hasta que llega la manada de focas, entre las que se encuentran acostados con el inofensivo disfraz. Proteo emerge del mar, cuenta su manada y tranquilizado se acuesta a dormir en medio de ella. Ha llegado el momento para Menelao y sus compañeros, agarran al viejo mientras duerme y ya no lo sueltan. Él procura escabullírseles transformándose en todo tipo de cosas, primero en un león con una enorme melena, después en una culebra: ellos lo sujetan. Se convierte en un leopardo y enun tremendo jabalí, ellos lo sujetan. Se convierte en agua y después en un árbol frondoso, no lo sueltan. Tóelas las transformaciones que intenta suceden bajo la firme aprehensión de ellos. Al fin se cansa. Vuelve a adoptar su figura, la de Proteo anciano del mar, les pregunta qué quieren y les da las explicaciones pedidas.

Se ve qué género de metamorfosis de fuga puede designarse como *circular*. Todo sucede en un lugar. Cada metamorfosis es un intento de evadirse en otra figura, por así decir, en otra dirección; cada una es en vano y sucede siempre bajo la aprehensión de Menelao y sus amigos. No puede hablarse ya de una cacería, ha terminado, la presa está agarrada, y las transformaciones son una serie de siempre frustradas tentativas de fuga del *prisionero*. Así por fin éste debe resignarse a su destino y hacer lo que de él se exige.

Por último quisiera recordar aquí la historia de Peleo y de Tetis, quienes como padres de Aquiles alcanzaron no poca celebridad. Peleo es mortal, Tetis una diosa que se resiste a una relación con él, ya que él no parece digno de ella. Él la sorprende dormida en una gruta, la coge y no la suelta. Ella intenta, como Proteo, todo tipo de metamorfosis. Se hace fuego y agua; león y culebra: él no la suelta. Se transforma en un monstruoso y viscoso calamar y lo salpica con tinta. No le sirve de nada. Debe entregársele y ulteriormente, después de algunas tentativas por deshacerse de su descendencia, llega a ser madre de Aquiles.

El tipo de las metamorfosis es aquí muy parecido al de las de Proteo, la situación, la del cautiverio como tal, el agresor la tiene y no la suelta. Cada una de sus metamorfosis es un intento de escapar en una nueva dirección. Por así decir da vueltas para encontrar un lugar donde se la suelte. Pero en ninguna parte logra franquear el círculo, permanece prisionera y finalmente se entrega en el centro de todas las metamorfosis como Tetis misma.

La historia de Tetis en el fondo, pues, no añade nada nuevo a la de Proteo. Se la ha citado por su tinte erótico. Recuerda los estallidos de un tipo de enfermedad, que es frecuente y universalmente conocida: la histeria. Los grandes ataques de esta enfermedad no son más que una serie de violentas metamorfosis de fuga. La afectada se siente presa de una potencia superior que ya no la suelta.

Puede ser un hombre, del que quiere escaparse, un hombre, que la amó y la posee, o un hombre como Peleo, que la habrá de poseer de inmediato. Puede ser un sacerdote que mantiene prisionera a la enferma en nombre de un dios; puede ser un espíritu o el dios mismo. En todo caso es importante que la víctima sienta la proximidad física de la potencia superior, su inmediata 'aprehensión sobre ella. Todo lo que hace, y en especial cada transformación que emprende, está calculada para lograr vencer esa aprehensión. La riqueza de las metamorfosis que intenta en todo momento y muchas de las que sólo se manifiestan en sus comienzos es sorprendente. Una de las más frecuentes es la transformación en muerto; está probada desde hace tiempo y se la conoce en muchos animales. Se espera ser tomado por muerto. Uno se hace el muerto, y el enemigo se va. Esta transformación es la más central de todas: uno se convierte en centro hasta tal punto que permanece inmóvil. Renuncia a todo movimiento como si estuviese muerto y lo otro se aleja. Cuan útil habría sido precisamente para Tetis y Proteo hacerse los muertos, si no se los hubiese conocido como dioses, es fácil de comprender. Tetis no habría sido amada y Proteo no habría sido obligado a vaticinar. Pero ambos eran dioses y como tales inmortales. Por muy perfecta que hubiere sido la simulación, su muerte es lo único que nadie jamás les habría creído.

La forma circular de la metamorfosis de fuga es, pues, la que da su tinte característico a la histeria. Explica asimismo la riqueza de las metamorfosis, de fenómenos de naturaleza erótica a otros de naturaleza religiosa, tan llamativos en esta enfermedad. Cualquier forma de aprehensión puede incitar a la fuga, y el intento de fuga siempre puede ser igualmente vano si lo que aprisiona tiene fuerza como para no soltar.

Una imagen opuesta a la transformación de fuga se tiene en los ataques de los chamanes. También ellos se mantienen fijos en un lugar durante toda la sesión. Están rodeados por un círculo de

hombres que los observan. Cualquier cosa que suceda a su espíritu, su cuerpo visible ha de permanecer donde está. A veces se hacen atar, de miedo que su cuerpo se desboque con el espíritu. El elemento circular de la sesión está pues muy acentuado, sea por la necesidad de permanecer adherido a su centro terrenal, centro de acción, sea por la presencia de un círculo de adeptos. Las metamorfosis se suceden de prisa y alcanzan una gran intensidad y frecuencia. Sin embargo, y esa es la diferencia esencial con el ataque histérico usual, de modo alguno han de servir a la fuga. El chamán mediante sus transformaciones, se procura espíritus auxiliares que le obedecen. El mismo los atrapa y los obliga a ayudarle en sus empresas. El chamán es activo, sus metamorfosis sirven al acrecentamiento de su propio poder y no a la fuga ante otros más poderosos que él. En los viajes que empréñele su espíritu mientras su cuerpo en apariencia yace inconsciente, visita los mundos más distantes del cielo y de los infiernos. Vuela y sube cuan alto quiere, bate las alas como un pájaro. Bucea y baja cuan hondo quiere, hasta el fondo del mar, y fuerza el acceso a la casa de una diosa ala que ha de formular una urgente súplica que viene de su corazón. Siempre regresa al centro, donde sus adeptos esperan temerosos su mensaje. Puede suceder también que alguna vez en alguna parte sea puesto en fuga u obligado a escapar mediante una transformación; en general su acción tiende a la amplitud y el dominio, y el parentesco con los casos de Proteo y de Tetis reside sólo en la naturaleza circular de sus metamorfosis acumuladas.

Vale la pena volver a la forma lineal, como la hemos conocido en el cuento georgiano del maestro y su discípulo. Se recuerda que el maestro se había hecho gato para atrapar al discípulo, que había escapado como ratón. Más tarde el maestro se hace red, halcón, cuchillo, gallina clueca con sus pollitos. Cada una de sus metamorfosis sirve a un nuevo género de caza. Visto desde el lado del maestro se trata de una rápida sucesión de metamorfosis

agresivas, de un cambio no sólo de género, sino también de los espacios de la caza. El carácter discontinuo y ampliamente extendido de los sucesos, en combinación con la intención peligrosa que los origina, tiene un llamativo parentesco con los fenómenos de otra enfermedad psíquica, la manía. Las metamorfosis del maníaco tienen una enorme ligereza. Tienen lo lineal y vago del cazador y también lo discontinuo de sus metas cambiantes, cuando no ha logrado lo que quiere pero no abandona la cacería. Tienen lo exaltado y gozoso de su estado de ánimo, que —indiferente a dónde va a parar— permanece intenso y orientado. El discípulo del cuento representa la presa cambiante, que puede serlo todo y que en el fondo, sin embargo, siempre es lo mismo, precisamente presa. La manía es un paroxismo del hacer-presa. Le importa el divisar, dar caza y apresar. La ingestión de la presa no es en la manía tan importante. La cacería del maestro asume su carácter completo, cuando el discípulo escapa del establo oscuro. Estaría terminada y con ella también por así decirlo la crisis maníaca habría pasado, una vez que el maestro lo tuviere otra vez a buen seguro en el establo.

Fue en el establo donde primero encontramos al discípulo. «Meditaba sobre la liberación y nada se le ocurría, el tiempo pasaba, y cada vez se ponía más triste.» Aquí encontramos el comienzo del estado opuesto a la manía, a saber, la melancolía. Puede ser oportuno, ya que se habló mucho de la manía, decir también algo acerca del estado de melancolía.

Comienza cuando las metamorfosis de fuga han finalizado y se las percibe todas como inútiles. En la melancolía se es lo alcanzado y atrapado. Uno ya no puede escaparse. Uno ya no se transforma. Todo lo que se intentó fue en vano. Uno está entregado a su destino y se ve como presa. Se está en línea descendente: presa, bazofia, carroña o excremento. Los procesos de depreciación, que hacen cada vez menos de la propia persona, se expresan en forma transferida como sentimientos de culpa. Una culpa significaba

originalmente que se estaba en poder de otro. Que uno se sienta culpable o que uno se sienta presa, en el fondo da lo mismo. El melancólico no quiere comer, y como motivo de su negativa puede aducir que no lo merece. En realidad no quiere comer porque cree que él mismo es comido. Si uno lo obliga a comer lo recuerda: su boca se vuelve contra él, es como si se le pusiese un espejo por delante. Allí ve su boca, y ve que se come. Pero eso, lo que come, es él mismo. El terrible castigo por haber comido siempre está presente y es ineludible. En el fondo se trata aquí de la última metamorfosis, que está al final de todas las fugas, la metamorfosis en lo comido, y para evitarla sucede que todo lo viviente, en toda forma que se le ofrezca, huye.

AUTOMULTIPLICACIÓN Y AUTOINGESTIÓN.

LA DOBLE FIGURA DEL TÓTEM

De los mitos que el joven Strehlow recogió entre los aranda septentrionales en Australia central, hay dos que demandan especialmente nuestro interés. El primero, el mito bandicoot o de las ratas marsupiales, en traducción dice así:

«En el comienzo todo yacía en eterna oscuridad. La noche pesaba sobre la tierra como una espesura impenetrable. El ancestro —su nombre era Karora— yacía durmiente en perpetua noche en lo más bajo del charco de Ilbalintja. Pero aún no había agua dentro, todo era suelo seco. La tierra sobre él estaba roja de flores y tapizada con todo tipo de pastos, y una gran estaca se mecía sobre él en lo alto. Esta estaca había brotado en medio del macizo de las flores púrpuras que crecían en el charco de Ilbalintja. Junto a su raíz descansaba la cabeza del mismo Karora. De allí la estaca se alzaba contra el cielo como si fuera a tocar hasta su bóveda. Él era una criatura viva, cubierta con una piel lisa como la piel de un hombre.

»La cabeza de Karora yacía junto a la raíz de la gran estaca: así había yacido desde el comienzo.

»Karora pensaba, y anhelos y deseos le cruzaban la cabeza. Ahí, de pronto, le salieron bandicoots del ombligo y de bajo las axilas Rompieron la costra que lo cubría y saltaron a la vida.

»Y ahora comenzó a clarear. De todos lados los hombres veían cómo aparecía una nueva luz: el sol mismo empezó a levantarse e inundó todo con su luz. Entonces se le ocurrió al ancestro levantarse, ahora que el sol subía más alto. Rompió la costra que lo había recubierto y el agujero abierto que dejó tras de sí se convirtió en el charco Ilbalintja y se llenó con el oscuro y dulce zumo de los botones de madreselva. El ancestro se levantó y sintió hambre, ya que fuerzas mágicas habían emanado de su cuerpo.

»Aún se siente aturdido; lentamente sus párpados comienzan a moverse, luego los abre un poco. Tantea en su estado de aturdimiento. Por doquier en torno suyo percibe una masa de bandicoots que se mueve. Ahora se tiene más firme sobre sus pies. Piensa, tiene deseos. En su gran hambre agarra dos bandicoots crías. Las cuece un poco más lejos, cerca del lugar donde está el sol, en el calcinante suelo ardiente que el sol ha calentado. Sólo los dedos del sol le proveen de fuego y ceniza caliente.

»Apenas su hambre está saciada sus pensamientos se dirigen a un cantarada que pudiera ayudarle. Pero ahora se aproxima la noche; el sol oculta su cara con un velo de cuerdas de pelo, cubre su cuerpo con pendientes de cuerdas de pelo y se desvanece a los ojos de los hombres. Karora cae en el sueño, sus brazos estirados a ambos lados.

»Mientras duerme, de bajo su axila emerge algo con forma de una tablilla zumbante. Toma la forma de un hombre y crece en una noche hasta ser un joven adulto: éste es su hijo primogénito. En

aquella noche Karora despierta, pues siente que algo pesado oprime su brazo: ve a su hijo primogénito a su lado, su cabeza reposa sobre el hombro del padre.

»Clarea. Karora se levanta. Lanza un grito sonoro, vibrante; el hijo, debido a ello, despierta a la vida. Se levanta; danza la danza ceremonial en torno a su padre, quien está sentado, adornado con todas las insignias de sangre y plumas. El hijo se bambolea y tropieza, está sólo despierto a medias. El padre pone tronco y pecho en violento tremor. Entonces el hijo pone sus manos sobre él. La primera ceremonia ha llegado a su fin.

»El hijo es ahora enviado por su padre para matar aún algunos bandicoots. Éstos juegan pacíficamente a la sombra, en la cercanía. El hijo los trae de vuelta a su padre, quien los cuece en el suelo calcinado de sol como anteriormente y comparte la carne cocida con su hijo. La noche se avecina, y no tardan en dormir ambos. Dos hijos le nacen aún al padre, de sus axilas. A éstos los llama, a la mañana siguiente, a la vida mediante el grito sonoro, vibrante, como anteriormente.

»Este proceso se repite muchos días y noches. Los hijos se encargan de la caza, y el padre cada noche trae al mundo un número creciente de hijos, en algunas noches hasta unos cincuenta. Pero el final no se hace esperar mucho. En breve, padre e hijos han devorado todos los bandicoots que originalmente habían salido del cuerpo de Karora. En su hambre el padre envía a sus hijos a una caza de tres días. Atraviesan el gran llano. Durante largas horas buscan pacientes en el alto y blanco pasto, en la penumbra de los bosques casi ilimitados. Pero la vasta espesura no contiene bandicoots, y deben retornar.

»Es el tercer día. Los hijos están de vuelta, hambrientos y cansados, en gran silencio. De repente un ruido golpea sus oídos, un sonido como de una tablilla zumbante que gira. Escuchan; comienzan a buscar al hombre que la blande. Buscan y buscan y buscan. Clavan

sus palos en todos los nidos y refugios de bandicoots. De repente salta algo oscuro y peludo y desaparece. Retumba un grito: “Allí corre un wallaby de las colinas”. Arrojan sus bastones en aquella dirección y le quiebran una pata. Y entonces escuchan las palabras de una canción, que proviene del animal herido:

> Yo Tjenterama, ahora cojo estoy.
> Sí, cojo, y el sempiterno púrpura a mí se me pegó.
> Un hombre soy como vosotros. No soy un bandicoot.

»Con estas palabras se aleja renqueando el cojo Tjenterama.

»Los estupefactos hermanos prosiguen su camino hacia su padre. Luego lo ven aproximarse. Los conduce de regreso al charco. Están sentados a su alrededor en círculos, un círculo en torno al otro, como ondas en el agua que ha sido puesta en movimiento. Y entonces viene la gran marea de dulce miel de los botones de madreselva del Este y los anega; los arremolina de regreso al charco Ilbalintja».

»Elviejo Karora se queda aquí. Los hijos, sin embargo, son llevados más allá por la corriente, bajo tierra, hasta un lugar en la espesura. Allí dan con el gran Tjenterama, a quien sin saberlo le quebraron la pierna con sus bastones. Se convierte en un gran jefe. Karora sigue durmiendo su eterno sueño en el fondo del charco Ilbalintja.»

El segundo es el mito-Lukara:

«En el muy célebre Lukara, a orillas del gran ojo de agua, en los primeros comienzos yacía un viejo en profundo sueño al pie de un arbusto de larvas-witchetty. Eternidades habían pasado por encima de él; había yacido allí imperturbado como un hombre en un interminable estado de semisueño. Desde el principio no se había movido, no había hecho un solo movimiento; siempre había estado reclinado sobre su brazo derecho. Eternidades habían pasado sobre él en su perpetuo sueño.

»Cuando cabeceó en su eterno sueño, las larvas blancas reptaron sobre él. Siempre habían estado sobre su cuerpo. El viejo no se movía, y tampoco se despertaba. Yacía allí en su profundo sueño. Las larvas se movían sobre todo su cuerpo como un enjambre de hormigas y el viejo acá y acullá barría suavemente algunas de ellas, sin despertar de su sueño. Sin embargo, ellas regresaban reptando sobre su cuerpo; se taladraban en él. Él no despertaba. Eternidades seguían pasando.

»Y entonces, una noche, mientras el viejo, reclinado sobre su brazo derecho, dormía, cayó algo de su axila derecha, algo que tenía la forma de una larva witchetty. Cayó al suelo, cobró forma humana y creció rápidamente. Al llegar la mañana, el viejo abrió sus ojos y miró atónito a su hijo primogénito».

El mito ahora continúa relatando cómo un gran enjambre de varones «nacieron» de idéntica manera. Su padre no se movía. El único signo de vida que jamás dio fue el abrir los ojos. Rechazaba incluso todo alimento que sus hijos le ofrecían. Los hijos, sin embargo, se dedicaron afanosamente a desenterrar larvas-witchetty de las raíces de los arbustos vecinos. Las tostaban y las comían. A veces ellos mismos experimentaban el deseo de volver a convertirse en larvas. Entonces cantaban una fórmula mágica, se transformaban en larvas y volvían a entrar en las raíces de los arbustos. De allí volvían a salir a la superficie y tomaban otra vez forma humana.

«Entonces llega un forastero, él mismo un hombre como ellos, pero del distante Mboringka. Ve las larvas gordas de los hermanos-Lukara, y siente deseo de ellas. A cambio les ofrece sus propias larvas, larguiruchas, flacas y miserables. Los hermanos-Lukara hicieron despectivamente a un lado su hato con sus palos de cavar y no dijeron nada. El forastero estaba ofendido. Con audacia agarró el hato de los hermanos-Lukara y partió corriendo antes de que se lo pudiesen impedir.

«Horrorizados regresaron donde su padre. Él ya había sentido lapérdida del hato con las larvas antes de que llegaran. Cuando el salteador robó las larvas el padre había sentido un agudo dolor enel cuerpo. Lentamente se incorporó y siguió con pasos vacilantesalladrón. Pero no recobró el hato, el ladrón se llevó las larvas al distante Mboringka. El padre se desplomó, su cuerpo se *convirtió* en una churinga viviente, una piedra conmemorativa sa*grada. Los* lujos se volvieron todos churingas; y el hato con larvas *robadas* también se volvió churinga.»

Estos dos mitos tratan de dos ancestros muy distintos: el uno ***es*** el padre de los bandicoots o ratas marsupiales, el otro el padre d***e*** las larvas-witchetty. Ambos son importantes tótems de los aranda.Hasta el día que fueron recogidas las leyendas existían estos tótems y eran celebradas sus ceremonias. Quisiera destacar algunos rasgos llamativos que son comunes a ambos mitos.

Karora, el padre de los bandicoots, primero está largo tiempo solo. Yace en eterna oscuridad y duerme bajo una costra en el fondo del charco. No está en sí y aún no ha hecho nada. De repente se generan en su cuerpo una multitud de ratas marsupiales. Salen de su ombligo y de sus axilas. Aparece el sol, y su luz lo incita a romper la costra. Está hambriento, pero se siente aturdido. En ese estado, aturdido, tantea en torno suyo y lo primero que siente es una masa viviente de ratas marsupiales que lo rodea por todos lados.

En el otro mito el padre de las larvas, cuyo nombre no está indicado, yace al pie de un arbusto y duerme. Ya ha dormido eternidades. Sobre su cuerpo reptan las larvas blancas. Están por doquier, como un enjambre de hormigas. Aquí y acullá, sin despertar, suavemente se barre de encima algunas. Ellas reptan de nuevo y taladran su cuerpo. Él sigue durmiendo en medio de su bullicioso montón.

Ambos mitos comienzan con el sueño. En ambos la primera relación con otras criaturas tiene el carácter de un sentimiento de

masa. Es el sentimiento de masa más denso y mediato, el de la piel. El uno percibe las ratas marsupiales, cuando en estado semidespierto tantea por primera vez en torno suyo. El otro siente las larvas sobre su piel ya en el sueño y las desprende, pero sin deshacerse de ellas. Regresan y taladran su cuerpo.

Esta sensación de que se está cubierto por descomunales enjambres de pequeños insectos, a los que se siente en todo el cuerpo, es naturalmente conocida por todos. No es una sensación grata. Aparece a menudo en alucinaciones, por ejemplo en el delirium tremens. Cuando no son insectos, son ratones o ratas. El hormigueo sobre la piel o el roer en ella es atribuido a la actividad de insectos o pequeños roedores. En el próximo capítulo se hablará extensamente de ello: la expresión «sentimiento de masa de la piel» allí será explicada y justificada. Pero una importante diferencia entre estos casos y aquéllos queda por advertir. En los mitos de los aranda esta sensación es agradable. Lo que el ancestro siente aquí es algo que proviene de él mismo, y no algo hostil que lo ataca desde afuera.

Porque en el primer mito se narra cómo salen las ratas marsupiales del ombligo o de las axilas del ancestro. Primero estuvieron contenidas en él mismo. Este padre es un ser extremadamente curioso: podría designársele como madre de masas. Cosas innumerables brotan simultáneamente de su cuerpo, de partes de él que no son habituales en los nacimientos. Parece una reina de termitas, pero extrae sus huevos de partes muy distintas de su cuerpo. En el segundo mito se dice que las larvas estuvieron sobre él desde siempre. No se señala, sin embargo, que hayan salido del cuerpo del ancestro mismo: están sobre él o le horadan. Pero en el transcurso ulterior del mito resultan rasgos que no obstante hacen suponer que las larvas originariamente se generan de él, que él mismo está propiamente por entero constituido de ellas.

Pues los nacimientos de los que aquí se habla no sólo son notables porque es un padre el engendrador y porque en ellos se trata de tales masas, sino también porque en su decurso nace algo muy distinto.

Después de que Karora, el padre de las ratas marsupiales, ha calmado su hambre, se hace de noche y vuelve a dormirse. De bajo una axila surge una tablilla zumbante. Toma la forma de un hombre y crece en una única noche hasta ser un hombre joven. Karora siente la carga de algo pesado sobre su brazo. Despierta: a su costado yace su hijo primogénito. La noche siguiente le nacen dos hijos de las axilas. Tal situación se repite así durante muchas noches. Cada vez son más; en algunas noches el padre trae al mundo cincuenta hijos. Todo el proceso se puede designar también, en el sentido más restringido de la palabra, como la *automultiplicación* de Karora.

Algo muy parecido sucede en el segundo mito. El viejo todavía duerme reclinado sobre su brazo derecho: de pronto, una noche, cae algo de su axila derecha que tiene la forma de una larva-witchetty. Cae al suelo, adopta forma humana y crece de prisa. Cuando viene la mañana el viejo abre los ojos y mira con asombro a su hijo primogénito. El mismo proceso se repite y un gran número de «hombres-larvas» nace de igual manera. Es importante señalar desde ya que estos hombres pueden transformarse cuando quieren en una determinada especie de larvas y luego retransformarse en hombres.

En ambos mitos se trata pues de automultiplicación, y en ambos se trata de un *doble nacimiento*. Dos especies distintas de criaturas se originan de un ancestro. El padre de las ratas marsupiales y luego un gran número de hombres. Se originan de la misma manera. Deben considerarse como estrechamente emparentados pues tienen *un* padre. Se denominan con el mismo nombre: bandicoot. Como nombre de un *tótem* significa que todo hombre que pertenece a él es un hermano menor de las ratas marsupiales primigenias.

Exactamente lo mismo vale para el ancestro de las larvas-witchetty. Por un lado es padre de las larvas y por otro también de los hombres. Los hombres son los hermanos menores de las larvas. Todos juntos son la encarnación visible de la fertilidad con que está dotado el gran ancestro del respectivo tótem. Strehlow, a quien se le debe gran reconocimiento por haber recogido estos importantes mitos, ha encontrado una expresión feliz para ello. «El ancestro —dice— representa la suma total de esencia viviente de las larvas-witchetty, de los animales tanto como de las humanas, contempladas como un todo. Cada célula, si pudiera decirse así, en el cuerpo del ancestro original es un animal viviente o un ser humano viviente. Si el ancestro es un "hombre-larvas-witchet-ty", entonces cada célula en su cuerpo es potencialmente o una larva-witchetty viviente separada o un ser humano separado del tótem-larvas-witchetty.»

Este doble aspecto del tótem se manifiesta con especial claridad en el que los hijos humanos a veces experimentan el deseo de volver a ser larvas. Entonces cantan una fórmula mágica, se transforman en larvas y reptan de vuelta a las raíces de los arbustos donde comúnmente habitan estas larvas. De allí pueden volver a salir y tomar según su deseo la figura de hombres. Las figuras separadas permanecen perfectamente claras, son o larvas u hombres, pero pueden transformarse unas en otros y viceversa. La restricción a esta determinada metamorfosis, porque finalmente serían posibles infinidad de otras, es lo que define la naturaleza del tótem. El ancestro que las ha generado sólo tiene que ver con estas dos especies de criaturas y no con otra cosa. Representa su remoto parentesco con exclusión de cualquier otro que pueda haber en el mundo. Sus hijos sienten el deseo de adoptar ora una, ora la otra figura. Por la aplicación de una fórmula mágica pueden ceder a este deseo y practicar esta metamorfosis como la innata a ellos.

No se puede acentuar suficientemente la significación de esta doble figura del tótem. La metamorfosis misma, pero una metamorfosis muy determinada, es fijada en la figura del tótem y transferida a los descendientes. En ceremonias importantes, que sirven a la multiplicación del tótem, esto es representado en forma dramática. Eso significa que siempre se representa también la metamorfosis que este tótem encarna en sí. El deseo de las larvas de volverse hombres —y el de los hombres larvas—, se ha ido legando de los ancestros a los miembros vivos del clan-tótem, y consideran un sagrado deber el entregarse a este deseo en sus ceremonias dramáticas. Para el logro del rito de multiplicación es menester el que ésta determinada metamorfosis se represente correctamente, siempre de la misma manera. Cada participante sabe a quién tiene delante o a quién representa cuando son representados sucesos de la vida de las larvas. Se llama según ellas, pero también puede llegar a ser ellas. Mientras se llame según ellas, practicará la antigua metamorfosis.Su valor para él es inmensamente grande: la multiplicación de las larvas depende de ello, pero también la suya propia, porque uno es inseparable de lo otro; la vida de su clan está determinada en toda dirección por el mantenimiento de esta transformación.

Otro aspecto muy importante de estas leyendas se refiere a lo que podría llamar la *autoingestión*. El ancestro de las ratas marsupiales y sus hijos se alimenta de ratas marsupiales, los hijos del ancestro-larva se alimentan de larvas. Es como si no existiera ningún otro alimento, o al menos como si no estuviesen interesados en otro. El proceso de la incorporación de alimentos se halla predeterminado por el de la metamorfosis. La dirección de ambos es la misma, coinciden enteramente. Para el antepasado es como si se alimentara de sí mismo.

Contemplemos este hecho con algo más de detenimiento. Después de que Karora ha traído al mundo los bandicoots y el sol ha

comenzado a brillar, rompe la costra que lo cubre, se yergue y siente hambre. Debido a esa hambre tantea en torno suyo aún medio aturdido: ese es el momento en que siente por doquier la masa viviente de las ratas marsupiales. Ahora está más firme sobre sus piernas. Piensa, tiene deseos. Al estar hambriento agarra dos ratas marsupiales crías y las cuece un poco más lejos, allá donde el sol ha calentado el suelo hasta la incandescencia. Luego, y sólo luego, piensa en un camarada que podría ayudarle.

Las ratas marsupiales, que siente como masa alrededor de sí, han salido de él mismo, son partes de su propio cuerpo, carne de su carne. Por el hombre las percibe como *alimento*. Agarra dos de ellas, que además son designadas como crías, y las cuece. Es como si hubiese devorado jóvenes a dos de sus propios hijos.

La noche siguiente trae al mundo a su hijo primogénito *humano*. De madrugada le instila vida por medio de aquel grito sonoro y vibrante y le hace levantarse. Celebran una ceremonia en conjunto, en la que se establece su relación como padre e hijo. De inmediato el padre le envía a matar ratas marsupiales. Son otros hijos, nacidos antes, y juegan pacíficamente a la sombra, en la cercanía. El hijo trae lo que mató a donde está el padre. Éste lo cuece al sol como el día anterior y comparte la carne cocida con su hijo. Lo que el hijo come ahora es la carne de sus hermanos y propiamente la de su padre. El padre mismo lo amaestra a matar ratas, y le muestra cómo se las cuece. Es el primer alimento del hijo, como también fue el primer alimento del padre. No se habla de otra alimentación en toda la leyenda.

En la noche le nacen a Karora dos nuevos hijos humanos. Al amanecer son llamados a la vida, y ahora los tres juntos son enviados a la caza de ratas marsupiales. Traen el botín de vuelta, el padre cuece la carne y la comparte con ellos. El número de hijos crece, cada noche llegan más hijos humanos al mundo, en una sola noche nacen cincuenta. Todos son enviados a la caza. Pero mientras los

hijos humanos se hacen siempre más, Karora ya no produce ratas marsupiales. Éstas aparecieron al comienzo y de una vez. Así finalmente están todas devoradas; el padre y sus hijos juntos se las comieron todas.

Ahora tienen hambre. El padre envía a los hijos a lo lejos a una cacería de tres días. Por doquier buscan pacientemente sólo ratas marsupiales, pero no encuentran. En el camino de regreso lesionan a un ser en la pierna, al que tomaron por un animal. De pronto lo oyen cantar: «Un hombre soy como vosotros. No soy un bandicoot». Después se va rengueando. Los hermanos (ahora ya deben ser muchos) retornan a donde estaba su padre. La cacería ha terminado.

El padre, pues, en primer lugar ha traído al mundo un determinado alimento para sí y para sus ulteriores hijos, precisamente las ratas marsupiales. Es un acto único, que no se repite en la leyenda. Luego llegan paulatinamente al mundo todos los hijos humanos, y junto con el padre se comen ese alimento hasta que no queda nada. Él no les enseñó a atrapar otra cosa, no les señaló ninguna otra cosa. Se tiene la impresión de que quiere alimentarlos sólo con su propia carne, las ratas marsupiales salidas de él. En la manera en que se omite todo lo demás, en cómo los aísla y opone contra todo lo demás, es perceptible algo parecido a los celos. No aparece ningún otro ser en la leyenda salvo al final la criatura cuyo pie lastiman, un hombre como ellos, por lo demás, él mismo un gran ancestro, al que entonces, también más tarde, al final de la leyenda, dan culto.

En el segundo cuento, que trata del padre de las larvas, la relación entre descendencia y alimento es parecida, pero sin embargo no enteramente la misma. El primer hijo cae como larva de la axila del padre y adopta forma humana apenas toca el suelo. El padre no se mueve, permanece totalmente quieto. Nada exige del hijo y nada le enseña. Muchos hijos siguen naciendo de idéntica manera; todo lo

que hace el padre es abrir los ojos y contemplar a sus hijos. Se niega a aceptar alimento de ellos. Sin embargo, ellos se dedican con celo a desenterrar larvas de las raíces de los arbustos cercanos; las tuestan y las comen. Lo curioso ahora es que a veces experimentan un deseo de transformarse en la misma especie de larvas de las que comen. Cuando así sucede reptan de vuelta a las raíces de los arbustos y viven allí como las larvas. Son ora lo uno, ora lo otro, ora hombres, ora larvas; pero cuando son hombres se alimentar, de estas larvas y no se menciona ningún otro alimento.

Aquí la autoingestión es propia de los *hijos*. El viejo se niega a comer las larvas, sintiéndose padre de ellas, su propia carne. Tanto más fácil resulta esta autoingestión a los hijos. Se tiene la impresión de que metamorfosis y alimento están en ellos estrechamente ligados. Es como si su deseo de convertirse en larvas naciera del hecho de comerlas con tanto agrado. Las buscan, las tuestan, las comen; luego ellos mismos se vuelven larvas. Después de algún tiempo reptan a la superficie y cobran de nuevo forma humana. Cuando ahora comen las larvas es como si se comieran a sí mismos.

A los dos casos de autoingestión, el del padre-bandicoot y el de los hijos-larva, se agrega aún un tercero que a su vez toma un giro algo diferente. Aparece en una tercera leyenda, que sólo es resumida muy brevemente por Strehlow.

Es la historia de otro ancestro-larva, el de Mboringka. Sale regularmente a robar para matar hombres-larva, que son sus propios hijos. De éstos se dice expresamente que tienen forma humana. Los asa y se los come con deleite; halla gusto en su dulce carne. Un día la carne de sus entrañas se transforma en larvas. Éstas carcomen al padre desde dentro, y así al final es devorado por sus hijos, que él mismo ha matado.

Este caso de autoingestión conduce así a un curioso acrecentamiento. *Lo comido come a su vez*. El padre se come, a sus hijos, y los

mismos hijos se lo comen a él, ya cuando está digiriéndolos. El canibalismo es doble y recíproco. Pero lo más sorprendente es que la respuesta venga desde *adentro,* desde las entrañas del padre. Para que eso sea posible es necesaria una metamorfosis de LOS hijos comidos. Los come como hombres; como larvas gusanos ellos lo comen a él. Es un caso extremo y a su manera muycompleto. Canibalismo y metamorfosis han celebrado aquí la más estrechaalianza. El alimento permanece vivo hasta el final y él mismo come con gusto. Su metamorfosis en larvas en el estómago del pudre es una especie de reanimación. Ésta, sin embargo, satisface el deseo de carne del padre.

Las metamorfosis que unen al hombre con los animales que come, son fuertes como cadenas. Sin transformarse en animales nunca habría aprendido a comerlos. Cada uno de estos mitos contieneuna experiencia esencial: la obtención de determinada especie animal que sirve como alimento; su génesis por la metamorfosis; su ingestión y la transformación de sus restos en nueva vida Elrecuerdo de cómo se obtuvo el alimento, es decir, precisamente pormetamorfosis, está contenido aún en ulteriores comunicaciones sacrales. La carne, de la que se goza en conjunto, no es lo que representa; está en lugar de otra carne y se convierte en ésta cuando uno se la incorpora.

Es importante notar que la autoingestión, de la que aquí se habla, si bien es corriente en las leyendas sobre el origen de los aranda, no lo es en su vida diaria. La relación real de los miembros de un clan-tótem para con el animal según el que se denominan es completamente distinta de la que aparece en las leyendas de los orígenes. Precisamente los miembros de un clan no se alimentan de su tótem. Les está vedado matar o comer a este animal: han de considerarlo como a su hermano mayor. Sólo durante las ceremonias que sirven a la multiplicación del tótem, durante las cuales se representan los antiguos mitos y ciertos miembros del clan

aparecen como sus propios ancestros, se les hace solemne entrega de un trozo de la carne de su tótem. Se les dice que sólo deben servirse poco de ella. Les está vedada como alimento sólido habitual; pero si no obstante el animal cae en sus manos, no deben derramar su sangre. Deben entregárselo a los miembros de su familia o de la horda que pertenezcan al tótem; éstos pueden comerlo.

En el período que sigue al tiempo mítico de los ancestros que, desde el punto de vista de los aranda, se puede designar como era presente, la autoingestión ha sido reemplazada por otro principio, pues: la prohibición. A los parientes más cercanos entre los animales se los come tan poco como a los hombres mismos. El período de canibalismo-tótem —pues así podría designarse el ingerir la carne de los propios tótems— ha pasado. Se permite a las gentes que pertenecen a otro clan comer a los parientes propios que uno tiene entre los animales; a su vez deben aceptar que uno coma a sus parientes. Es más que una concesión. Se autoriza mediante el favorecimiento a que el propio animal-tótem se multiplique. Los ritos de esta multiplicación le han sido transmitidos y confiados a uno; su deber es practicarlos. Los animales muy cazados tienen tendencia a emigrar o a escasear. Recordemos el momento de la primera leyenda en que todos los bandicoots de los alrededores habían desaparecido; los incontables hijos de Kerora los habían perseguido, y los habían cazado tan eficientemente que no se encontraba un bandicoot en tres jornadas a la redonda. Habría sido necesario producir nuevos bandicoots en esos momentos de hambre. La autoingestión había ido demasiado lejos, todos los hermanos mayores, los primeros hijos de Kerora, habían sido devorados. Habría sido importante ahora que la autoingestión volviera a trocarse en esa automultiplicación con que todo había empezado.

Exactamente es esta transformación lo que sucede hoy día en los actuales ritos para la multiplicación de los animales totémicos.

Uno está tan estrechamente emparentado con su propio animal totémico que no se puede separar muy bien su multiplicación de la propia. Una parte esencial y repetida siempre en los ritos es la representación de los ancestros que fueron ambas cosas, ora hombre, ora tal animal. Se transforman por propia voluntad de lo uno en lo otro, se les puede representar sólo si se domina esta metamorfosis. Los ancestros aparecen como las dobles figuras de las que se habló más arriba. La metamorfosis es la parte esencial de la representación. Mientras se efectúe correctamente, el parentesco permanece bien fundado, y puede así forzarse al animal, que uno mismo es, a la multiplicación.

MASA Y METAMORFOSIS EN EL DELIRIUM TREMENS

Las *alucinaciones* de los *bebedores* ofrecen una ocasión de estudiar la masa tal como se presenta en la imaginación del individuo. Por cierto, se trata aquí de síntomas de intoxicación; pero son accesibles a cualquiera; dentro de ciertos límites se los puede provocar de modo experimental. Su carácter *general* es innegable: hombres de muy diverso origen y predisposición tienen en su alucinación determinados rasgos elementales en común. Su máxima acumulación e intensidad las alcanzan en el *delirium tremens*. Su examen es fructífero en dos direcciones. Los fenómenos de metamorfosis y de masa están entrelazados de manera peculiar en el delirio; en ninguna parte se hace tan difícil separarlos como aquí. Sobre la metamorfosis en el delirio se aprende tanto como sobre la masa; y se guarda —después de múltiples reflexiones— la convicción de que sería más correcto no separar del todo, o hacerlo lo menos posible, unas de otras.

Para dar una idea de la naturaleza de estas alucinaciones, se comenzará por reproducir la descripción de Krápelin y luego la de

Breuler. Su enfoque no es exactamente el mismo; lo que coincide en ambos tendrá tanto mayor valor de demostración para nuestros fines.

«Entre las percepciones engañosas del *delirium tremens* —dice Kräpelin—, suelen predominar las de la *visión*. Las ilusiones son, la mayoría de las veces, de gran nitidez sensorial, más raramente crepusculares, indeterminadas, con frecuencia espantables y desagradables de contenido. Son consideradas por los enfermos, a veces como realidades, a veces como artificiales simulacros —linterna mágica, cinematógrafo—, que han de divertirlos o asustarlos. Con frecuencia ven masivamente objetos más pequeños y más grandes, polvo, copos, monedas, copitas de licor, botellas, barras. Casi siempre las imágenes de la visión muestran una movilidad más o menos vivaz; también se da la visión doble. Por esta inestabilidad de las percepciones engañosas se explica quizá la frecuencia con que se avistan animales que se deslizan y se escurren furtivamente. Se apretujan entre las piernas, zumban por el aire, recubren la comida; todo bulle de arañas "con alas áureas", bichitos, chinches, culebras, sabandijas de largas espinas, guarenes, perros, fieras... Grandes cantidades de gente se precipitan sobre los enfermos, jinetes hostiles, incluso "sobre zancos", gendarmes; o pasan desfilando en largas formaciones, fantásticamente agrupadas, frente a ellos; amenazantes figuras espectrales aisladas, engendros, hombrecillos, diablos, "rufianes de fuego", fantasmas meten la cabeza por la puerta, se deslizan debajo de los muebles, suben por escaleras a lo alto. Más escasas son las muchachas muy compuestas y risueñas o sucesos escabrosos, bromas de carnaval, representaciones de teatro [...].

»[...] Diversas, extrañas sensaciones de la piel, provocan la idea en el enfermo de que hormigas, sapos, arañas, se contraen sobre él [...]. Se siente envuelto por delgados hilos, salpicado con agua, mordido, pinchado, que disparan contra él. Recoge dinero, que ve tirado en

masa y siente con nitidez en la mano, pero que se le escurre como azogue. Lo que toca se desvanece, se contrae o crece hasta lo monstruoso, para volver a desplomarse, irse rodando, escurrirse [...].

»Los pequeños nudos e irregularidades del tejido se le antojan pulgas sobre la ropa de cama; las rayas de la cubierta de la mesa, agujas; en las paredes se abren puertas secretas [...].

»El enfermo está totalmente incapacitado para toda ocupación realmente ordenada; más bien está atareado totalmente con sus ilusiones. Rara vez las deja simplemente transcurrir ante sus ojos; en la mayoría de los casos le inducen reacciones vehementes. No se queda en la cama, se abre paso a través de la puerta, pues el tiempo para su ejecución apremia y ya todos están esperándolo. De los curiosos animales hace escarnio, aterrado retrocede ante los pájaros tremolantes, busca borrar con un trapo las sabandijas, pisotear los bichos, enloquecido coge pulgas, recoge el dinero desparramado por doquier, busca romper los hilos que lo recubren, brinca con penoso esfuerzo por encima de los alambres tendidos sobre el suelo.

»En el delirio del alcohólico —dice Krapelin en otro pasaje a modo de resumen—, es notable lo masivo de las alucinaciones de igual especie y su múltiple, vivaz movimiento, emergencia, disminución, desaparición.»

La descripción de Bleuler sobre el delirium tremens no es menos impresionante.

«En el primer plano se destacan alucinaciones de particular matiz: afectan en línea primordial a la *visión y el tacto.* Las visiones son *múltiples,* móviles, la mayoría de las veces incoloras y tienden a la reducción. Las alucinaciones táctiles y visuales tienen además muy a menudo el carácter de alambres, hilos, chorros de agua y otros objetos largos y delgados. Visiones elementales, como la chispa y la sombra, son frecuentes. Si existen alucinaciones auditivas lo que se

oye la mayor parte de las veces es música —a menudo la de ritmo marcado y vigoroso— que en otras psicosis es muy raro. Durante todo el transcurso de la enfermedad los delirantes pueden entablar relaciones con cientos de personas imaginarias, todas mudas [...].

»Los objetos pequeños, móviles y múltiples, aparecen de ordinario bajo la forma de animalitos, como ratones e insectos. Éstas son también las alucinaciones más frecuentes del borracho; asimismo, sin embargo, no son raras las visiones de animales de la más variada especie: cerdos, caballos, leones, camellos, pueden surgir reducidos o de tamaño natural; a veces también animales por completo inexistentes, en combinaciones enteramente fantásticas. Notablemente he escuchado la descripción de todo tipo de casales de animales, de ordinario de grandes dimensiones pero reducidos aquí al tamaño de gatos, desfilar por un panel colgado de la pared —ilusorio— ante la diversión manifiesta de los pacientes. También los humanos aparecen reducidos con frecuencia —"ver hombrecitos" significa delirar—, pero pueden también presentarse de tamaño natural.

»Las alucinaciones de los distintos sentidos se combinan con facilidad; los ratones e insectos no son sólo vistos, sino también *palpados,* cuando el paciente los *agarra* o cuando se desplazan sobre su piel. El dinero es recogido y cuidadosamente guardado en una billetera, producto de la alucinación. El enfermo ve soldados que pasan y oye la música de marcha; ve y oye disparar sobre él; se da de palos con atacantes ilusorios, a los que oye hablar y a quienes —más raramente— también palpa.»

Durante el decrecer del delirio «las alucinaciones se atenúan poco a poco y se hacen menos frecuentes. A menudo pierden primero el valor de la realidad: los pájaros ya no están vivos sino embalsamados, las escenas se representan exprofeso y finalmente

sólo ópticamente, como arrojadas contra la pared por la linterna mágica; el cinematógrafo siempre ha existido para los delirantes».

Acerca de su propia persona, «todos los delirantes están orientados: saben quiénes son, qué puesto les corresponde en la vida, qué familia tienen y dónde habitan».

Estas descripciones son un resumen sumario de muchos casosobservados por separado. El primer punto importante, que hay que destacar, es la relación entre alucinaciones táctiles y visuales. La picazón y el cosquilleo sobre la piel es percibido como si fuese provocado por muchas criaturas muy pequeñas a la vez. La explicación psicológica de este fenómeno aquí no nos puede interesar; lo esencial es que el borracho piense en insectos, hormigas por ejemplo, y se imagine que su piel es atacada por millares de estos animalitos. Lo recubren en grandes ejércitos; puesto que siente sus movimientos sobre sí, tiende a suponerlos por doquier. En cualquier sitio que toque, allí están; el suelo a sus pies como el aire alrededor suyo están repletos de cosas que pueden asirse en su multiplicidad.

Este sentimiento de masa de la piel, como podría llamársele, nos es conocido no sólo a partir del delirio. Cada cual lo ha experimentado, provocado precisamente por insectos o por un cosquilleo, en sí mismo. Es directamente impuesto como castigo tradicional para determinadas especies de crímenes —entre algunos pueblos africanos, por ejemplo—. Se entierra a los hombres desnudos en un hormiguero y se les deja allí hasta que estén muertos. También en el delirio esta sensación puede intensificarse hasta alcanzar sensaciones más fuertes que el mero cosquilleo. Cuando la agresión contra la piel se hace más prolongada, cuando afecta áreas singulares más amplias y penetra más profundamente, el cosquilleo se acrecienta hasta convertirse en un roer. Entonces es como si muchos dientes minúsculos estuviesen ocupados con uno, los

insectos pasan a ser roedores. No en vano es de ratones y ratas de lo que hablan principalmente los bebedores. La rapidez de sus movimientos se reúne con la familiar actividad de sus dientes; la idea de su fecundidad se le añade, el sujeto sabe en qué enormes cantidades aparecen.

En el delirio de la cocaína, en el que las alucinaciones táctiles están mucho más en primer plano, éstas parecen localizadas dentro de la piel, de donde el paciente las quisiera extirpar. Las ilusiones visuales, sin embargo a menudo devienen «microscópicas». El enfermo percibe innumerables detalles minúsculos, poros en la pared, puntos pequeñísimos. En un informe se menciona el caso de un cocainómano que veía «gatos, ratones y ratas, que saltaban en su celda y roían sus piernas, de manera que brincaba de un rincón a otro dando gritos; él sentía sus dientes. Era espiritismo; habían pasado a través de las paredes por vías hipnóticas». Se puede suponer que los gatos en tales casos se sienten atraídos por los ratones o las ratas y sirven para acelerar los movimientos de éstos.

El sentimiento de masa de la piel es, pues, lo primero; parece provocar inclusive algunas de las alucinaciones visuales. El segundo punto, quizá vinculado con ello, es la tendencia a las *reducciones.* No sólo se percibe y siente lo que es realmente pequeño, no sólo se crea un mundo en el que todo lo que se conoce de pequeño predomina; también lo grande se reduce para hallar cabida en ese mundo. A los hombres se les ve como hombrecitos, los animales del jardín zoológico se reducen al tamaño de un gato. Todo se hace *numeroso,* y todo se hace *pequeño.* El afectado mismo, sin embargo, conserva su tamaño natural; aun en pleno delirio siempre sabe con exactitud quién y qué es. El mismo ha permanecido igual, y sólo su entorno se ha modificado radicalmente. El monstruoso movimiento en el que de pronto se encuentra está hasta tal punto compuesto de masivas pequeñeces que de lejos la mayor parte le parecen animadas. De todas maneras hay *más* vida en torno a él; pero para él es como si

fuese un *gigante*. Es exactamente el *efecto-Liliput;* sólo que aquí Gulliver, que no ha crecido, se halla transportado a un mundo mucho más denso y repleto, pero también mucho más fluido.

Este cambio de proporciones no es tan sorprendente como parecería a primera vista. Piénsese de cuántas y cuan pequeñas células está constituido el cuerpo humano. Son células de muy distinta especie y están en permanente contacto entre sí. Son atacadas por bacilos y otras minúsculas criaturas que se establecen masivamente allí dentro. Estos bacilos están siempre activos a su manera, pues viven. No puede rechazarse la sospecha de que un oscuro sentimiento de estas relaciones primitivas del cuerpo halle expresión en las alucinaciones de los bebedores. Durante el delirio están desvinculadas de su entorno en gran medida, por entero entregadas a sí mismas o colmadas de las más extrañas sensaciones. Los sentimientos *disociativos* son exactamente conocidos a partir de otras enfermedades. La tenaz tendencia del delirio a lo concreto y pequeño, que en el delirio de la cocaína puede acrecentarse a lo «microscópicamente» pequeño, tiene algo de una disociación del cuerpo en sus células.

Lo cinematográfico de las alucinaciones, como vemos, se acentúa a menudo. Habría que añadir también algo sobre el *contenido* de estas proyecciones: son las relaciones y los sucesos de su *cuerpo, tr*aducidos al mundo imaginativo familiar, los que aquí contempla el bebedor, y entre ellos predominantemente todos aquellos que están en relación con lo masivo de su estructura corporal. Sólo se trata de una suposición. Pero, por cierto, no es ocioso recordar que en determinados e inevitables períodos toda la vida del hombre «gigante» con sus características, con el total de su masa hereditaria, está concentrada en células individuales que aparecen masivamente: la *fauna seminal* del *esperma*.

Pero independientemente del crédito que se dé a esta interpretación, la situación básica del delirio como tal, la situación del gran solitario, que se ve ante un sinnúmero de agresores muy pequeños, existe y se ha agudizado de manera altamente significativa en la historia de la humanidad. Comienza con el peculiar sentimiento para con las alimañas, por las que todos los mamíferos, para hablar tan sólo de éstos, son torturados. Fuesen mosquitos o piojos, langostas u hormigas, la imaginación del hombre se ha ocupado de ellas desde siempre. Su peligrosidad consistió siempre en su masividad y en lo repentino con que aparecen estas masas. En gran parte se han convertido en símbolos de masa. Es muy posible que hayan sido ellos los que llevaron al hombre a pensar en masas realmente grandes; sus primerísimos «millares» y «millones» fueron quizás insectos.

El poder y la imagen que el hombre tiene de sí mismo ya había crecido de modo gigantesco cuando éste topó con los bacilos. El contraste mismo ahora fue incomparablemente mayor: el hombre estimaba ser más, como individuo se veía aislado, separado de sus semejantes. Los bacilos sin embargo eran mucho más pequeños que las alimañas, no eran visibles ya a simple vista y se multiplicaban aún más rápidamente. A un hombre más grande y aislado se le enfrentaba una masa mayor de criaturas de pequeñez mínima. La significación de esta idea es imponderable. Su desarrollo pertenece a los mitos centrales de la historia del espíritu. Es el modelo propiamente dicho de la dinámica del poder. El hombre decidió considerar como alimaña a todo lo que se le opusiera. Como tales percibió y trató a todos los animales que no le eran de utilidad. El detentador del poder, además, que degrada a los hombres hasta convertirlos en animales, que sólo aprende a dominarlos porque los considera como especie más baja, degrada al nivel ele alimaña a todo lo que no es apropiado para ser dominado, y finalmente lo extermina por millones.

Como tercer aspecto importante de las alucinaciones de los dipsómanos podríamos decir algo acerca de la naturaleza de sus metamorfosis. Siempre se desarrollan en el exterior del enfermo, aun cuando las vivencias como realidad no lo transforman a él mismo. Lo que más le agrada es observarlas desde cierta distancia. Cuando no lo amenazan como para tomar posición ante ellas, se alegra de su fluidez y ligereza. Pero a menudo alcanzan una intensidad que les hace imposible incluso cualquier resto de orientación aparente; cuando todo vacila y se diluye interminablemente, naturalmente él mismo se siente a disgusto. Se notan dos tipos de metamorfosis que tienen un carácter muy diferente. Una vez masas se transforman en otras masas. Las hormigas pueden convertirse en coleópteros y los coleópteros en monedas; al reunirlas, éstas vuelven aconfluir como gotas de azogue. Sobre este suceso, en el que un múltiple se convierte en otro múltiple, se tratará más adelante.

El otro tipo de metamorfosis es el que conduce a formaciones-híbridas monstruosas: un ser singular se une con otro ser singular, y de ello resulta algo nuevo, como si hubiesen sido fotografiados superpuestos. En casales de animales que desfilan, mencionados antes, aparecen «a veces también animales que para nada existen, en combinaciones enteramente fantásticas»: engendros y deshollinadores recuerdan la «Tentación de San Antonio» de Grünewald o las .criaturas con las que Hieronymus Bosch puebla sus pinturas.

Para llegar a impresiones más precisas será menester tratar uno o dos casos de delirium tremens en su contexto. Sólo entonces severá realmente quién se transforma en qué, y quizás entonces se podrán enunciar algunas hipótesis sobre el cómo y por qué sucede. El decurso completo de un delirio, como se reconocerá en especial ENel segundo ejemplo, asimismo permite una comprensión más profunda de la naturaleza de los fenómenos de masa.

El primer caso es el de un posadero que fue tratado por Kräpelin. Lo que sigue es, en escueto resumen, el contenido de su delirio, que duró unos seis días:

«Tenía la impresión de que era el "Día de Papús", cuando anda el diablo suelto por el mundo. De repente se daba con la cabeza contra una columna de mármol, quería esquivarla pero atravesaba el callejón una poderosa placa de mármol, y otra cuando se quiso volver atrás. Ambas placas caían juntándose amenazantes sobre él. Dos siniestros personajes lo traían sobre un carromato a la posada "El Buey" y lo tendían sobre su lecho de muerte. Un maestro de ceremonias enviaba mediante tijeras incandescentes rayos calientes contra su boca, de manera que su fuerza vital poco a poco lo abandonaba. A su demanda recibió un vaso con vino tinto; el siguiente le fue denegado con malévola sonrisa por Satanás mismo.

Luego dijo, tras toda clase de exhortaciones piadosas, adiós a los presentes y feneció; al mismo tiempo le fueron puestos al lado los cadáveres de sus tres hijas. En el más allá ahora se le castigó con lo que había pecado sobre la tierra; sentía constantemente una horrible sed; pero cada vez que alcanzaba el jarrón o el vaso, desaparecían de su mano.

»A la mañana siguiente estaba otra vez vivo, sobre el féretro, EN"El Buey", las niñas también, en forma de liebres blancas. Había la procesión de los católicos; debía colaborar en ello, mientras se entonaba las letanías en la pieza de la "Corona", aplastando un sinnúmero de anteojos de oro esparcidos por el suelo; cada vez partía un tiro. Los participantes de la procesión deliberaron entonces, si sólo se le daba una paliza o si se le mataba a golpes; la dueña de la "Corona" estaba por lo primero, con la condición de que tuviese que alojarse siempre en su casa. Él, sin embargo, quería irse porque no le daban cerveza; entonces venía un gendarme a su

liberación; el posadero de la “Corona” le disparaba a éste con el revólver y era conducido a la cárcel.

»Otra tarde toda la comunidad protestante estaba en la iglesia durante una ceremonia; el centro lo formaba un estudiante de una corporación que antes de iniciarse la misa ofrecía con otros cincuenta compañeros de estudios una especie de representación de circo sobre pequeños caballos. Más tarde el enfermo advertía que su mujer se retiraba con un pariente a un banco de la iglesia; observaba a continuación, escondido con una hermana de la caridad tras el órgano, cómo profanaban el santuario. En seguida estaba encerrado en la iglesia; finalmente el vidriero abrió un agujero en la ventana de la iglesia para que al menos se pudiera pasar cerveza. Al vestirse, todas las mangas y aberturas estaban tapadas y cosidas, los bolsillos deshilvanados; luego en el baño el enfermo se veía rodeado por siete liebres suspendidas bajo el agua que lo salpicaban constantemente y lo roían».

El nuevo medio, real, del que el enfermo durante el delirio nada sabe y contra el que se golpea realmente la cabeza, se le traduce en mármol. En su mundo alucinado se encuentra con agrado entre muchos, y específicamente como objeto por ellos elegido y amenazado. Sobre su lecho de muerte en «El Buey» es privado poco a poco de su fuerza vital. Es como una prolongada ejecución postergada, que utiliza para reunir espectadores en torno suyo a los que mantiene reunidos con exhortaciones piadosas. En lugar de todos sus apetitos individuales aparece la sed; en el más allá experimenta el conocido suplicio de Tántalo. Sus tres hijas, que han sido puestas junto a él como cadáveres, reviven como él a la mañana siguiente, pero como liebres blancas. En ello está la inocencia de ellas, pero también el remordimiento de conciencia que él siente por ellas y que roe su corazón de bebedor.

La procesión de católicos es el primer suceso de masa propiamente tal. Se le obliga a participar pero sin amalgamarse realmente en la masa, desde una habitación contigua; allí están esparcidos innumerables anteojos de oro sobre el piso, que están en lugar de lo masivo de los participantes de la procesión. Al aplastar cada par, parte un tiro —puede que sean como salvas para acrecentar la alegría de la fiesta. Pero en su obstinada maldad se siente como si matara a tiros a los católicos. Los participantes de la procesión, que descubren sus intenciones, forman una especie de asamblea que delibera sobre su castigo. Es la continuación de la situación del lecho mortuorio; un grupo de gente esta vez alrededor de él lo juzga. Se podría suponer que no siente gran estima por los católicos; pero a la comunidad protestante, que se reúne otra noche poco después para una festividad, la trata con apenas mayor respeto: la relaciona con una representación circense. Aquí hay un ejemplo notable de la transición de una masa a otra. *La parroquia se transforma en circo.* El estudiante de la corporación, que quizás está en lugar del sacerdote, tiene no menos de cincuenta compañeros de estudios; los caballos, como era de esperar, se han reducido; es posible que el enfermo *sienta* el golpe de sus cascos.

Es muy característico, para la tendencia a una actitud contemplativa durante el delirio cómo observa a su mujer durante su desliz. Curiosa aparece la relación con su ropa: también ella se transforma; todas las mangas y aberturas están tapadas y cosidas, los bolsillos deshilvanados; se han convertido en monstruosidades, sus diversos órganos no funcionan como deberían. Un zoológico de prendas de vestir transformadas sería perfectamente posible en el delirio y no estaría nada lejos de los animales. Las siete liebres en el baño, por fin, entre todas tienen una buena cantidad de dientes y se encargan de atormentar su piel.

El segundo caso, que quisiera citar aquí en un contexto más amplio, fue tratado por Bleuler. El enfermo, un esquizofrénico, describió

sus vivencias durante un ataque de *delirium tremens* en 36 páginas. Podría objetarse que el ejemplo de un delirante tan «anormal» no es típico. Me parece, al contrario, que justamente de este caso puede aprenderse mucho acerca de representaciones de masa en el delirio. Las alucinaciones tienen algo más de coherencia, las metamorfosis se han hecho más tranquilas; el total, a decir verdad, tiene el carácter de una declaración poética. Incluso en el pequeño resumen, que sigue, se alcanza a percibir algo de todo ello.

«Lo que allí tuve que presenciar de pronto me puso los pelos de punta... *Bosques, ríos, mares* con las figuras animales y humanas más horribles que ningún ojo humano jamás haya visto pasaban silbando sin parar, alternando con *talleres de todas las profesiones,* en los que trabajaban terribles figuras espectrales... Las paredes a los dos lados eran sólo un mar con *miles de pequeños barcos;* los ocupantes eran *hombres y mujeres desnudos* que se abandonaban al placer siguiendo el compás de la música; tras cada apaciguamiento una figura apuñalaba por la espalda a la pareja con una larga pica, y el mar teñíase de rojo sangre, pero venían *siempre nuevas mesnadas*... Un tren de pasajeros, del que *descendían muchas gentes.* Entre éstas escuché las voces de mi padre y de mi hermana K., que venían para liberarme. Los oía hablar nítidamente entre sí. Oí luego a mi hermana cuchichear con una mujer vieja; le grité con todas mis fuerzas que me liberara. Gritó que lo iba a hacer; sin embargo la vieja no la dejaba ir, asegurándole que eso sumiría en la desgracia a toda la casa, y que a mí nada me sucedería... Entre lágrimas y plegarias aguardaba mi muerte. Reinaba también un silencio de muerte y contingentes de figuras espectrales me rodeaban... Al fin vino uno de los espíritus y me colocó su reloj a cierta distancia delante de los ojos, mientras me daba a entender que todavía no eran las tres, y que por tanto no hallaría ninguna de las figuras...

»Luego hubo largas negociaciones entre los parientes del paciente, que querían comprar su rescate, primero por sumas pequeñas, luego

con otras más elevadas. Otras voces deliberaban la forma en que podrían eliminar al paciente. Entonces los familiares fueron atraídos por unas escaleras y arrojados al foso del castillo donde se les oyó gritar estertorosos. La mujer del carcelero vino, cortó trozo a trozo la carne del paciente empezando por sus pies, hasta el pecho, la asó y se la comió. Sobre sus heridas esparció sal. El paciente fue izado, en un andamio que se tambaleaba fuertemente, a los distintos cielos, hasta el octavo, junto a coros de trompetas que pregonaban su nombre. Finalmente fue transferido de regreso a tierra por algún error... Había gente sentada a una mesa y comían y bebían cosas del más delicioso aroma; pero cuando le pasaban una copa, se desvanecía en la nada: padecía mucha sed. Después de esto tuvo que contar y hacer cálculos en alta voz durante horas. En un frasquito se le ofreció néctar celestial; pero cuando lo quería tomar se quebraba, y el contenido se le escurría entre los dedos como hilos viscosos. Más tarde entre sus torturadores y sus parientes se dio una gran batalla, de la que nada vio; sin embargo oía los golpes y los gemidos.»

Los «bosques, ríos y mares» que aparecen aquí nos son familiares como símbolos de masa. Pero, como si todavía estuvieran en el estado de su proceso de metamorfosis a símbolos, no están totalmente desligados de las masas, en cuyo lugar con tanta frecuencia aparecen. Están animados con todas «las figuras animales y humanas más horribles que ningún ojo humano jamás haya visto». La génesis de nuevas criaturas por combinación de otras preexistentes en número tan elevado es obra de la metamorfosis. El delirante mismo no es incluido en la transformación; con tanta más presteza se mezcla y se transforma en cambio el mundo mismo. Pero, todas estas nuevas criaturas existen de inmediato masivamente para él. Es notable que haga alternar las familiares unidades de bosque, río y mar, en las que esta vida aparece de manera natural, con «talleres de todas las profesiones». La producción es pues

identificada a la metamorfosis, concepción que ciertos primitivos comparten con este delirante. Las profesiones están separadas como criaturas de diferente especie, pero lo que producen apunta a lo masivo y se tiene la sensación de que propiamente sólo existen para crear masas de cosas de la manera más rápida. Se trata de procesos de trabajo en cuanto abstracciones, y de sus resultados, ejecutados por aquellas complicadas figuras espectrales.

Luego, las paredes otra vez, como único mar, poblado por miles de pequeños barcos en lugar de «figuras animales y humanas». Allí hay hombres y mujeres desnudos, *iguales* en su desnudez —salvo las diferencias sexuales— y también iguales en su dependencia del compás musical. La masividad de la que aquí se trata, es la de las *parejas* y del *aparearse*. Como parejas son apuñalados, la sangre de todos ellos se vuelca al mar y lo tiñe de rojo. Pero siguen llegando nuevas mesnadas aparejadas.

El «tren de pasajeros, del que descienden muchas gentes» requiere una explicación algo más detenida. En un tren uno se imagina a mucha gente junta que ha recorrido un largo trayecto en una dirección, separada entre sí, es cierto, por los tabiques de los compartimientos, pero en circunstancias que no le permiten apartarse voluntariamente unos de otros, a no ser en las estaciones. Allí donde llegan, han alcanzado una meta que les era común aunque proviniesen de lugares muy distintos. En los instantes previos a su llegada se ponen de pie, salen al pasillo y se instalan junto a las ventanillas. Entonces se advierte en ellos una muy tenue forma de excitación de masa, como si cruzaran la meta todos juntos. El movimiento en que entran cuando descienden y *recorren* ellos mismos el último tramo de su viaje, el trayecto que los conduce a la salida de la estación, lugar neutral, es la extinción de esta masa atenuada, un trozo de marcha colectiva sobre el andén.

Para el espectador, el vaciarse del tren inmediatamente después de haber visto tantos rostros desconocidos arracimados en ventanillas y puertas, tiene un efecto de masa de distinta naturaleza que para el viajero mismo. Lo que interesa es encontrar entre todos estos rostros desconocidos uno o dos rostros familiares, justamente aquéllos que se ha esperado. El «tren de pasajeros del que descienden muchas gentes» viene pues muy bien para los delirios de *contemplación* de los que aquí tratamos. Cabe añadir que se imagina esta escena en una gran estación donde convergen muchas líneas.

La palabra «muerte» algo después conduce a «silencio de muerte». Pero mientras nosotros por ello ya sólo entendemos un silencio especialmente profundo, para el enfermo se desprenden los «muertos» de la palabra y lo rodean *en mesnadas* como figuras espectrales.

En su camino a los cielos, a los que es izado, pasa junto a coros de trompetas que pregonan su gloria. Nada caracteriza mejor la esencia de la gloria. Quien ambiciona gloria desea exactamente esto: coros de criaturas, de preferencia seres humanos, que no hacen más que proclamar su nombre. También este tipo de masa tiene algo de atenuado. El coro, una vez formado, permanece en su sitio y por muy ruidoso que sea no se le aproxima a uno más allá de su nombre.

A lo largo de todo el informe se desarrolla un conflicto entre dos grupos enemigos: por un lado están los familiares del enfermo, que quieren liberarlo y comprar su rescate, del otro sus enemigos, que quisieran eliminarlo. Él es el objeto que se disputa, más precisamente lo es su cuerpo. Comienza con largas negociaciones, de sumas pequeñas se pasa a otras más gruesas, él sube cada vez más en la estima de sus familiares. Los de su partido son atraídos a un foso del castillo, donde los oye gritar estertorosos; del montón de los moribundos y muertos se trató extensamente en el examen de la guerra. Como prisionero, el paciente es comido y torturado a la

manera caníbal. La oposición entre sus torturadores y parientes lleva aún a una gran batalla; él la oye, oye otra vez el gemir de los heridos. Este delirio contiene pues, por encima de todo lo demás, la masa doble que nos es familiar y su descarga en la guerra. Las fases concretas del proceso que culmina en la batalla recuerdan mucho por sus detalles a la forma de conducir la guerra de los primitivos.

Podría decirse que en este caso casi no falta un fenómeno de masa. No se encuentran jamás reunidos en tal concentración y con tal nitidez.

IMITACIÓN Y SIMULACIÓN

«Imitación» y «metamorfosis» a menudo se emplean sin discriminación y con poca nitidez para designar los mismos fenómenos. Es recomendable, sin embargo, distinguirlos. No significan de ningún modo lo mismo, y su cuidadosa separación incluso puede contribuir a la dilucidación del proceso propiamente dicho de la metamorfosis.

Imitación es algo externo, presupone algo que se tiene ante los ojos, cuyos movimientos se copia. Cuando se trata de sonidos, imitación no significa sino que uno reproduce exactamente los mismos sonidos. Sobre la disposición interna del que imita, con ello nada se asevera. Monos y papagayos imitan, es de suponer que durante este proceso de ningún modo cambian. Podría decirse que no saben qué es lo que imitan; nunca lo vivieron desde adentro. Así también pueden saltar de lo uno a lo otro sin que la secuencia en que ocurre tenga la menor importancia para ellos. Una carencia de insistenciafacilita la imitación. Por lo común se refiere a un rasgo aislado. Puesto que por la naturaleza de la cosa es un rasgo xamativo, la imitación simula a menudo unacapacidad de «caracterizar», que en realidad no existe para nada.

Una persona puede ser reconocible endeterminadas fórmulas que usa a menudo, y un papagayo que la imita puede que recuerde exteriormente aesa persona. Pero estas fórmulas no tienen por qué ser las características dela persona. Pueden ser determinadas frases, que utiliza sólo para el papagayo. En este caso el papagayo imita algo que carece enteramente de importancia, y nadie queno esté al tanto reconocería a la persona a través de ello.

Imitación o remedo en una palabra no es otra cosa sino un primerísimoprincipio de metamorfosis quede inmediato se abandona. Tales principios son posibles en rápida sucesión y enlos objetos más diversos unos tras otros. Esto puede observarse especialmente bien en los monos. Precisamente la facilidad de imitación impide aquí su profundización.

Porque la metamorfosis misma es como un *cuerpo*en comparación con lo bidimensional de la imitación. Una forma de transición de la imitación a la metamorfosis, que conscientemente se detiene a mitad de camino, es la*simulación***.**

El aproximarse como amigo con intención hostil —adoptado por todas las formas superiores de poder—, es un primer e importante tipo de metamorfosis. Es superficial y se refiere a la apariencia exterior exclusivamente, a la piel, cuernos, voz, marcha. Debajo, intacto, intocable, con intención mortífera, a la que nada puede influenciar, está el cazador. Esta extremada separación de interior y exterior, que no podrían ser más diferentes, alcanzó su perfección en la máscara. El cazador se domina por entero a sí mismo y tiene en su mano un arma. Pero también domina la figura del animal que representa. Sobre ambos impone a cada instante el régimen de su violencia. Es, por decirlo así, a la vez dos criaturas, y se aferra a ambas hasta haber alcanzado su meta. El fluir de las transformaciones de las que sería capaz, se ha detenido: él está en dos lugares rígidamente circunscritos, el uno *dentro*del otro, éste

claramente separado de aquél. Es en ello esencial que lo interior deba permanecer estrictamente oculto tras lo exterior. Lo amigable-inofensivo está*afuera***,** lo hostil-mortal*adentro***.** Lo mortal sólo se revela en su acto definitivo.

Esta duplicidad es la forma extrema de aquello que vulgarmente se llama *simulación***.** Tomada al pie de la letra, la palabra no podría ser más gráfica de lo que es. Sin embargo ha sido aplicada a tantos fenómenos de especie más débil que ha perdido buena parte de su fuerza. Quiero volver a restringirla a su sentido más estrecho y designo como simulación la figura amiga tras la que se oculta otra, enemiga.

«Un lavandero tenía un asno capaz de transportar cargas extraordinarias. Para alimentarlo el lavandero lo cubría con una piel de tigre y luego, cuando caía la noche, lo conducía a los trigales ajenos; y el asno comía a discreción de trigales ajenos, porque nadie se atrevía a ir donde él y echarlo, pues todos lo tomaban por un tigre. Una vez, sin embargo, lo acechó un guardián de campo. Había echado un manto gris-polvo sobre su cuerpo y mantenía dispuesto su arco para matar a la fiera. Cuando el asno lo vio de lejos, despertó el amor en él, y creyó que el hombre era una borrica. Por eso rebuznó y corrió hacia él. El guardián de campo reconoció al asno por su voz y lo mató.»

Esta historia india del «Asno en la piel de tigre» contiene en pocas frases un pequeño manual de la simulación. Nadie ha logrado decir tanto sobre ello en tan poco espacio. Es preciso reconocer que aquí se trata de su aplicación y no de sus orígenes. Pero algunas de estas aplicaciones no están nada lejos de los orígenes.

Empieza con la profesión del lavandero, la del que limpia prendas de vestir; éstas son una segunda piel del hombre. Él es un lavandero trabajador y ha encontrado un asno que le transporta sus cargas. Es de suponer que el asno reparte la ropa que su amo ha limpiado.

Entre las pieles con las que el lavandero tiene que ver profesionalmente, puede que estuviera también la piel de tigre, de la que propiamente trata la historia.

El asno, que tan bien trabaja, está siempre hambriento y necesita mucho alimento. Su amo lo viste con la piel de tigre y lo conduce a trigales ajenos. Allí puede comer a gusto, las gentes le temen, lo toman por un tigre. La inofensiva criatura está vestida aquí con la piel de un animal muy peligroso. No sabe sin embargo qué le ha sucedido. El terror que inspira no puede serle comprehensible. Come a sus anchas y sin ser molestado. Los hombres, que no se atreven a acercársele, no pueden saber qué es lo que hace allí. Su temor ante un ser más poderoso tiene algo de crédula veneración. Su temor les impide descubrir al tigre-asno. Se mantienen alejados de él y, mientras calle, puede seguir comiendo. Ahora, sin embargo, hace aparición un guardián, que no es un hombre corriente; tiene el coraje de un cazador y tiene a mano su arco para abatir al tigre. Se echa encima un abrigo gris-polvo, quizás es la piel de un asno, y en todo caso pretende que el supuesto tigre lo tome por asno. Su simulación es la del peligroso que se hace pasar por inofensivo. Ya los primeros cazadores usaron de este ardid para acercarse a su presa.

El chiste de la historia está en que el asno, que no obstante ha comido bien, se siente solo. Apenas ve a lo lejos algo que le hace recordar un asno, pretende que sea una borrica. Grita y corre hacia ella. Por su voz se da a conocer como asno y es muerto por el guardián. En vez de actuar como presa, que un tigre devoraría con agrado, el guardián sin sospecharlo actuó como borrica. En vez del amor, que era lo que buscaba, el asno encuentra su muerte.

La historia está construida como una serie de engaños. Por simular una criatura, que no es, se busca engañar a otras criaturas. La acción resulta de que las simulaciones actúan luego de manera diferente a la

buscada. Sólo es el hombre quien aplica la simulación conscientemente. Él mismo puede disimularse como guardián, puede disfrazarse de otra criatura como el lavandero a su asno. El animal sólo puede servir de víctima pasiva de la simulación. La separación de hombre y animal en esta historia es completa. Los tiempos míticos, en que no era posible separarlos unos de otros, en que los hombres actuaban como animales verdaderos y los animales hablaban como hombres, han pasado. El hombre ha aprendido —precisamente por sus aventuras míticas como animal— a utilizar a casi todos los animales según le convenga. Sus metamorfosis han devenido simulaciones. En las máscaras y pieles que se cuelga, permanece muy consciente de sus objetivos, sigue siendo él mismo, el señor de los animales. A quien no se pudo someter, a aquél lo *venera,* como al tigre. Pero también a éste, especialmente los más valerosos, intentan ponerle la mano encima por simulación, y quizá le habría resultado posible al guardián abatir mediante su ardid también a un tigre de verdad.

Por cierto, es sorprendente que una historia tan breve pueda expresar tantas relaciones esenciales. Tampoco carece de significado el que comience con un lavandero: manipula vestimentas, los últimos, podría decirse, inanimados espolones de la piel, por cuya postura en los mitos a menudo son operadas las metamorfosis. La piel de tigre, que utiliza para su ardid, anima esa otra inofensiva que, habitualmente no maneja.

La simulación, esta restringida versión de la metamorfosis, es la única habitual en el detentador del poder hasta el día de hoy. Es que el poderoso no *puede* transformarse más allá. Sigue siendo él mismo mientras tenga conciencia de su hostil intención interna. Está restringido a metamorfosis que mantengan siempre y totalmente intacto este núcleo interior, su figura propiamente tal. Puede que considere favorable ocultar a veces el terror que emana de su figura verdadera. Puede valerse de distintas máscaras para ello. Siempre las

utilizará sólo provisoriamente, y jamás alterarán en lo más mínimo su figura interior, que es su naturaleza.

EL PERSONAJE Y LA MÁSCARA

El estado final de la metamorfosis es el *personaje*. Es su prerrogativa el no admitir trasformación ulterior. El personaje está delimitado y es claro en todos sus rasgos. No es natural, sino una criatura del hombre. Es una salvación de la incesante fluidez de metamorfosis. No se puede confundir con lo que la ciencia moderna designa como un género o una especie.

Se llega más a su esencia al pensar en los personajes divinos de las religiones muy antiguas. Vale la pena contemplar al respecto algunos dioses de los egipcios. La diosa Sekhmet es una mujer con la cabeza de una leona, Anubis un hombre con la cabeza de un chacal, Thot un hombre con la de un ibis. La diosa Hathor tiene la cabeza de una vaca, el dios Horus la de un halcón. Estos personajes, en su forma determinada, inmutable, que es una doble forma de animal-hombre, dominaron durante milenios las ideas religiosas de los egipcios. En esta forma están retratados por doquier, en esta forma han sido adorados. Su constancia es sorprendente; pero ya mucho antes de que se desarrollaran los rígidos sistemas religiosos de esta especie, las dobles configuraciones de animales-hombres eran comunes y corrientes entre incontables pueblos de la tierra sin relación alguna entre sí.

Los ancestros míticos de los australianos son hombre y animal simultáneamente, a veces hombre y planta. A estos personajes se les designa como tótems: hay un tótem canguro, un tótem bandicoot, un tótem dromeo. Cada uno de ellos está caracterizado por ser hombre y animal a la vez; actúa como un hombre y como un muy determinado animal, también se lo considera como ancestro de ambos.

¿Cómo deben interpretarse estos personajes arcaicos? ¿Qué es lo que propiamente representan? Para comprenderlos hay que tener presente que son habitantes del tiempo mítico primero, un tiempo en que la metamorfosis era un don universal de las criaturas y tenía lugar interminablemente. Se ha destacado a menudo la *fluidez* de aquel mundo. Uno mismo se podía transformar en todo tipo de cosas; pero también se tenía el poder de transformar a otros. De esta fluencia universal se destacan personajes aislados que no son más que la fijación de determinadas metamorfosis. El personaje al que, por decirlo así, uno se ase, que se convierte en tradición dispensadora de vida, que se representa una y otra vez, del que se habla en las fábulas en cada ocasión, no es lo que hoy llamaríamos una especie animal, un canguro, un dromeo, sino dos cosas a la vez: un canguro que se compenetra con un hombre, un hombre que se transforma a voluntad en dromeo.

El *proceso* de la metamorfosis se convierte así en el personaje más antiguo. De la multiplicidad de innumerables e incesantes metamorfosis, que todas son posibles, se desprende una muy determinada que se fija al personaje. El mismo proceso de la metamorfosis, *uno* de tales procesos, es establecido, y con ello, en comparación a todos los demás que están excluidos, se lo colma de especial valor. Esta doble figura, que comprende y confirma la metamorfosis de hombre en canguro y canguro en hombre, que permanece para siempre idéntica a sí misma, es el primer y más antiguo personaje, su origen.

Es, podría decirse, todavía un personaje *libre*. Sus dos aspectos son equivalentes. Ninguno es antepuesto al otro, ninguno es ocultado tras el otro. Se remonta a la noche de los tiempos, pero en su efecto pleno de sentido siempre está presente. Hay un acceso a él; por medio de la representación de los mitos a los que pertenece se toma parte en él.

También para nosotros es importante arrojar luz sobre esta especie más antigua de personaje. Es importante comprender que el personaje comienza con algo que no es nada simple, que nos parece complejo y que, en contraste con lo que imaginamos hoy por personaje, expresa el *proceso* de una metamorfosis simultáneamente con su *resultado*.

La *máscara* se distingue por su rigidez de todas las demás fases finales de la metamorfosis. En lugar de una mímica que minia se calme, en movimiento aparece el exacto contrario de ello, una completa rigidez y constancia. En la mímica en especial se expresa la incesante disposición de metamorfosis del hombre. Él, entre todas las criaturas posee de lejos la mímica más rica; también tiene la vida de metamorfosis más rica. Es inabarcable lo que en el transcurso de una sola hora pasa por el rostro de un hombre. Si a uno le estuviese dado el tiempo necesario para contemplar con más detenimiento todos los impulsos y estados de ánimo que se deslizan por un rostro, se sorprendería de los incontables amagos de metamorfosis que allí se podría reconocer y seleccionar.

La costumbre no en todas partes tiene el mismo enfoque respecto al libre juego del rostro. En algunas civilizaciones la libertad del rostro se restringe en gran medida. Se considera impropio mostrar de *inmediato* dolor o dicha, se los encierra dentro de sí, y el rostro permanece impasible. La razón más profunda para este enfoque es la constante exigencia de autonomía del hombre. A nadie se le permite penetrar en otro. El hombre ha de tener la fuerza de estar consigo; y el hombre ha de tener la fuerza de permanecer igual a sí mismo. Lo uno va de la mano con lo otro. Porque es la influencia de un hombre sobre el otro la que incita a interminables, fugaces metamorfosis. Éstas se expresan en gesticulación y mímica; donde ambas son mal vistas, toda metamorfosis es dificultada y finalmente completamente impedida.

Un poco de experiencia en la rígida esencia de tales «estoicas» antinaturalidades le lleva a uno muy pronto a conocer el sentido de la máscara en general: es un estado final. El fluido quehacer de metamorfosis no claras, a medias fermentadas, cuya maravillosa expresión es todo rostro natural humano, desemboca en la máscara; termina en ella. Una vez que ella está, nada se muestra de lo que *comienza,* nada que aún sea amorfo, amago inconsciente. La máscara es *clara,* expresa algo muy determinado, ni más, ni menos. La máscara *es rígida:* lo determinado no cambia.

Es verdad que tras esta máscara puede haber otra. Nada impide al actor portar una máscara bajo la otra. De muchos pueblos se conocen dobles máscaras: se abre una, aparece otra debajo de ella. Pero también ésta es una máscara, un propio estado final. Es un *salto* lo que conduce de una a la otra. Cualquier cosa que hubiera entremedio, está excluida, no hay una transición atenuante, como tendría lugar en el *rostro* de un hombre. Lo nuevo, lo otro aparece de repente. Es igualmente claro e igualmente rígido como lo anterior. De máscara en máscara todo es posible, pero sólo por el *salto de máscara,* de una, idéntica y concentrada manera.

El efecto de la máscara es principalmente, hacia *afuera. Crea* un *personaje.* La máscara es intocable y establece una distancia entre el espectador y ella. Puede, acaso en un baile, acercarse más al espectador. Pero éste, de por sí, debe permanecer donde está. La rigidez de la forma deviene rigidez también de la distancia: que no cambie en lo más mínimo es lo que tiene de *fascinante.*

Porque inmediatamente tras la máscara comienza el misterio. En los casos estrictos, plenamente configurados, de los que aquí se habla, o sea allí donde la máscara es tomada en serio, no debe saberse qué hay tras ella. Expresa mucho, pero más es lo que oculta. Es una *separación:* cargada de un contenido peligroso, que no se debe conocer, con el que una relación de familiaridad no es posible, se

aproxima mucho a uno; pero permanece, precisamente en esta proximidad, nítidamente separada de uno. Amenaza con su secreto, que se acumula tras ella. Puesto que una lectura fluida como la de un rostro no es posible en ella, se supone y teme lo desconocido que hay detrás.

Es, en la esfera de lo visual, la misma experiencia que todos conocen a partir de lo acústico. Se llega a un país cuyo idioma le es a uno total y completamente desconocido. Se está rodeado de gente que le habla a uno. Cuanto menos se entiende, tanto más se supone. Se suponen sólo cosas desconocidas. Se teme la enemistad.

Pero se es incrédulo, y finalmente un poco decepcionado, cuando las palabras del extraño son traducidas a las de un habla familiar. ¡Qué inofensivo! ¡Qué poco peligroso! Toda habla enteramente ajena es una máscara *acústica;* apenas se la entiende se convierte en un *rostro* descifrable y luego íntimo.

La máscara es pues precisamente eso que no se transforma, inconfundible y perdurable, un algo permanente en el siempre cambiante juego de la transformación. Su limpio efecto depende de que oculte todo lo que se halla tras ella. Su perfección descansa en que así sea exclusivamente, y que todo lo que está tras ella permanezca irreconocible. Cuanto más clara es ella misma, tanto más oscuro queda todo tras ella. Nadie sabe qué podría prorrumpir tras la máscara. La tensión entre la rigidez de la apariencia y el misterio tras ella puede alcanzar una dimensión monstruosa. Ella es la razón propiamente dicha de lo *amenazante de la máscara.* «Yo soy exactamente lo que ves —dice la máscara— y todo lo que temes detrás.» Fascina y al mismo tiempo impone una distancia. Nadie osa poner la mano sobre ella. El arrancarla está penado con la muerte. Ella es —durante el plazo de su actividad— intocable, invulnerable, sacra. Lo *cierto* de la máscara, su ser distinto, está cargado de incertidumbre. Su poder descansa en que se la conoce con precisión,

sin poder saber jamás qué contiene. Se la conoce desde fuera, por decir así, sólo de *frente*.

Pero cuando durante determinadas ceremonias la máscara se comporta exactamente como de costumbre y como se espera de ella, puede actuar también de manera tranquilizadora. Pues se interpone *entre* lo peligroso que está tras ella y el espectador. Así puede, si es manejada correctamente, conjurar lo peligroso para éste. Puede almacenar lo peligroso en sí y mantenerlo almacenado. Sólo lo dejará emanar de sí en la medida en que corresponda a su figura. Uno puede comportarse correctamente respecto a ella no bien uno establece una relación con ella. Es un *personaje* con un comportamiento propio. No bien se lo ha aprendido y se lo conoce, apenas se sabe qué distancia exige de uno, lo protege a uno de lo peligroso que ella misma contiene.

Sobre este efecto de la máscara, que ha llegado a ser personaje, habría mucho que decir: con ella comienza y con ella vive y muere el *drama*. Pero aquí sólo nos interesa la máscara misma. Es necesario ver qué hay *del otro lado,* pues no sólo tiene un efecto hacia *afuera,* dirigido hacia aquellos que desconocen el contenido de la máscara; ésta es también portada a su vez por hombres que están dentro de ella.

Éstos son muy conscientes de lo que son. Pero su tarea es representar la máscara y mantenerse durante esta representación dentro de determinados límites, precisamente aquellos a los que corresponde la máscara.

La máscara es puesta, es externa. Como configuración material está separada nítidamente de aquel que la porta. Él la siente en sí como algo ajeno, nunca puede percibirla por dentro como su propio cuerpo. Le molesta, lo restringe. Mientras la representa siempre es dos cosas, él mismo y ella. Cuantas más veces la haya llevado, cuanto mejor la conozca, tanto más de él mismo permeará el personaje de la

máscara. Sin embargo, a pesar de ello, una parte de su persona permanecerá separada de ella: la parte que teme el *descubrimiento;* la parte que sabe que propaga un temor que no le corresponde. El misterio que representa para los que están afuera asimismo, tiene que tener su efecto sobre él, que está dentro: no es, como se puede suponer, el mismo efecto. *Ellos* temen lo que no conocen, *él* teme el desenmascaramiento. Es este temor el que no le permite abandonarse por entero. Su metamorfosis puede ir muy lejos, nunca es total. La máscara, que entonces sí puede ser arrancada, es el pertubador límite de la metamorfosis. Debe poner atención a no perderla. No debe caerse, no debe abrirse, de todas maneras está preocupado por el destino de la máscara. Así la máscara misma permanece aún fuera de su metamorfosis como un arma o instrumento que debe manipular. Su persona cotidiana se maneja con ella mientras que como actor se transforma simultáneamente en ella. Es pues *dos* y debe ser dos durante toda la duración de su función.

LA DESCONVERSIÓN

El detentador del poder, consciente de su hostil disposición interna, no puede engañar a todos mediante la simulación. Hay otros que ambicionan el poder como él mismo, que no lo reconocen y se sienten rivales suyos. Ante éstos siempre está en guardia, pueden llegar a serle peligrosos. Espera el momento correcto para «arrancarles la máscara del rostro». Tras ella entonces se hace visible su verdadera intención, que tan bien conoce de sí mismo. Si los ha desenmascarado, puede volverlos inofensivos. Puede, si ello sirve a sus fines, dejarlos con vida una primera vez. Pero pondrá atención en que no les resulte alguna nueva disimulación, y les mantendrá el ojo encima en su figura auténtica.

Las metamorfosis que no impone él mismo a los otros, le son inconfortables. Puede que promueva a gente a que le sea útil en

puestos más elevados. Pero la metamorfosis social que así provoca debe estar estrictamente limitada, ser inmutable y hallarse enteramente en sus manos. Mediante ascensos y descensos *establece* y nadie debe arriesgar un salto por sí mismo.

El detentador del poder conduce una incesante lucha contra las metamorfosis espontáneas e incontroladas. El desenmascaramiento, el medio del que se vale en esta lucha, es diametralmente opuesto al proceso de la metamorfosis y puede designarse como *desconversión*. El proceso ya es conocido al lector. Menelao emprendió desconvertir a Proteo, al no dejarse espantar por ninguna de sus figuras de fuga y sujetarlo hasta que volvió a ser Proteo.

Pertenece a la esencia de la desconversión el que siempre se sabe con exactitud qué es lo que se encuentra después. Es de lo esperado de lo que primero se es consciente; con terrible seguridad se avanza hacia ello y se desprecian todas las metamorfosis que se descubre como pretenciosa y engañosa artificialidad. Se puede hacer en una ocasión única como Menelao, al que le interesaba la sabiduría de Proteo. O se puede hacer a menudo, y finalmente puede convertirse en una pasión.

La desconversión acumulada conduce a una reducción del mundo. La riqueza de sus formas de aparición no vale nada, toda multiplicidad es sospechosa. Todas las hojas son iguales y secas y polvo, todos los rayos se extinguen en una noche de hostilidad.

En una enfermedad espiritual, tan estrechamente emparentada con el poder que podría llamársela su gemelo, la desconversión ha iniciado una especie de tiranía. La *paranoia* se distingue especialmente por dos características. Una es designada por la psiquiatría como disimulación. No es otra cosa sino la simulación en el preciso sentido en que aquí se ha usado esta expresión. Los paranoicos pueden simular tan bien que de muchos de ellos nunca

llega a saberse del todo hasta qué punto son paranoicos. La otra propiedad es un incesante desenmascarar de enemigos. Están por doquier, bajo los disfraces más pacíficos e inocuos pero el paranoico, que tiene el don de adivinar las intenciones, sabe con exactitud qué hay detrás. Les arranca la máscara del rostro y resulta que en el fondo es siempre uno y el mismo enemigo. El paranoico está entregado entera y totalmente a la desconversión, como ningún, otro hombre y en ello se muestra un *detentador del poder rigidizado*. La posición que cree ocupar, la significación que se atribuye a ojos de los demás son por cierto ficticias; no obstante él las defenderá mediante una ininterrumpida aplicación del doble y correspondiente proceso de .simulación y desenmascaramiento.

Un estudio válido de la desconversión sólo es posible en el contexto de un caso concreto e individual de paranoia. Se encuentra en los últimos capítulos de este libro, en el «Caso Schreber».

PROHIBICIONES DE METAMORFOSIS

Un fenómeno social y religioso del mayor peso es la *metamorfosis prohibida*. Apenas ha sido estudiada seriamente, tanto menos ha sido comprendida. El mismo intento de aproximación que sigue es un primerísimo tantear.

En las ceremonias-tótem de los aranda sólo tiene derecho de participar aquel que pertenece al tótem. La metamorfosis en la doble figura de un ancestro del tiempo mítico primero es una prerrogativa que sólo corresponde a determinadas personas. Sin un derecho a ella, nadie puede apropiarse la metamorfosis, que es transmitida como bien inmueble. Está tan protegida como las palabras y sonidos de los cánticos sagrados que le pertenecen. Precisamente la exactitud en la que se ha desarrollado esta doble figura, su clara determinación y delimitación, hace fácil protegerla. La prohibición de su apropiación es rigurosamente respetada; sobre ello gravita una total sanción religiosa. Sólo tras largas y complicadas iniciaciones un

joven es recibido en el grupo de quienes en determinadas ocasiones esta transformación les está permitida. Para las mujeres y los niños la prohibición se mantiene incondicional y permanente. Para los iniciados de otros tótems, a veces, como expresión de especial cortesía, se le levanta. Pero ésas son ocasiones únicas y, cuando han pasado, la antigua prohibición vale tan estrictamente como antes.

Hay un gran salto, de esta religión a la cristiana, en la que el personaje del *diablo* está prohibido a todos por igual. Su peligrosidad se afirma por todos los medios; en cien cuentos de advertencia se representa qué es lo que le sucede a quien se relaciona con él. Los tormentos eternos de sus almas en el infierno han sido pintados con todos los detalles y han servido de amenaza. La intensidad de esta prohibición es monstruosa; es más llamativa donde los hombres experimentan la compulsión de actuar en su contra. Las historias de poseídos, que de pronto actuaron como el diablo mismo o incluso como varios diablos, son bien conocidas. Hay autobiografías de tales sujetos, una de las más célebres es la de la abadesa Jeanne des Anges en el convento de las Ursulinas de Loudun, y la del padre Surin, quien hubo de exorcizarla, hasta que el diablo entró en él mismo. Aquí, individuos consagrados al especial servicio de Dios, a los que sólo acercarse —para no hablar de transformación en el diablo—, les estaba prohibido en grado aún mayor que a los laicos comunes, son poseídos por él: la metamorfosis prohibida los ha subyugado por completo. Apenas hay equívoco, si se atribuye la fuerza con que aparece la metamorfosis a la intensidad de la prohibición a que estaba sometida.

El aspecto sexual de la prohibición de metamorfosis se hace más nítido en un análisis de la *brujería*. El pecado de las brujas propiamente dicho es su unión sexual con el diablo. Cualquier cosa que hagan, su existencia secreta desemboca en orgías en las que participa el diablo. Ellas son brujas, porque él las tiene consigo; a su

metamorfosis pertenece como parte constitutiva esencial el hecho de que le están entregadas sexualmente.

La idea de una *metamorfosis por coito* es antiquísima. Puesto que toda criatura por lo común sólo se acopla con el otro sexo de su propia especie, muy bien es imaginable que un apartarse de esta regla se perciba como una metamorfosis. En este caso habría que considerar ya las leyes matrimoniales más antiguas como una forma de prohibiciones de metamorfosis, es decir, una prohibición de todas fuera de determinadas y bien estatuidas transformaciones, permitidas y deseables. Esta forma sexual de la metamorfosis habría que investigarla en detalle. Me parece que debería conducir a conclusiones de suma importancia.

Quizá las más importantes de todas las prohibiciones de metamorfosis sean las *sociales*. Toda jerarquía sólo es posible si se presuponen ciertas prohibiciones que les haga imposible a los miembros de una clase sentirse emparentados o iguales a los de una clase superior. Ya en las *clases de edad* de los pueblos primitivos es necesario prestar atención a estas prohibiciones. Las separaciones una vez conformadas se acentúan cada vez más rigurosamente. El ascenso de la clase inferior a la superior es dificultado por todos los medios. Es posible sólo mediante iniciaciones especiales, y éstas son percibidas, eso sí, como metamorfosis en el sentido propio de la palabra. A menudo se imagina el ascenso de manera tal que hay que morir en la clase inferior antes de volver a ser resucitado a la vida en la superior. La muerte misma es situada entre clase y clase, un límite muy serio. De la metamorfosis nace un camino lato y peligroso. Hay que superar todo tipo de pruebas y horrores, no se hace concesión al candidato. Pero todo lo que ha sufrido el joven podrá, cuando pertenecerá a la clase superior, ocasionárselo a los novicios que a su vez *él* examina. La idea de la clase superior ha adquirido así algo estrictamente separado, como una vida propia con la que se relaciona el conocimiento de cantos sagrados y mitos, a veces de una

lengua propia. Quienes pertenecen a las clases inferiores como las mujeres, que están por entero excluidas de todas las clases superiores, son mantenidos mediante máscaras terribles y lúgubres sonidos en un estado de espanto y obediencia.

Es en el *sistema de castas* que se manifiesta la separación de clases con la máxima rigidez. Aquí la pertenencia a una casta excluye absolutamente cualquier transformación social. Uno se aísla del modo más riguroso, hacia arriba y hacia abajo. Todo contacto con un inferior está estrictamente prohibido. Sólo se casan entre sí, hay que tener la misma profesión. Ni siquiera es posible, pues, transformarse por el tipo de trabajo en un ser de otro estamento. La consecuencia de este sistema es sorprendente; ya su exacto estudio debería hacer posible el reconocer todos los brotes de transformaciones sociales. Puesto que todos deben ser evitados, se los registra, se los describe y se los explora cuidadosamente. De un sistema completo de prohibiciones podría derivarse con precisión, invirtiéndolo, qué es lo que se considera transformación de una clase en la superior. Un «ensayo sobre las castas» desde el punto de vista de la transformación es imprescindible; está aún por hacerse.

En un polo está el *maestro de metamorfosis*,que puede adoptar cualquier figura cuando le plazca, trátese de animales, espíritus de animales o espíritus de muertos. El *más truculento*,que embauca a todos los demás con sus metamorfosis, es un personaje estimado que pertenece al mito indígena norteamericano. Su poder descansa sobre las innumerables figuras que puede adoptar. Sorprende la forma en que desaparece, atrapa de manera inesperada y sólo se deja atrapar él mismo de manera tal que vuelve a escurrirse. El medio esencial, con que lleva a cabo todas sus asombrosas hazañas, es una y otra vez la metamorfosis.

El maestro de metamorfosis alcanza su verdadero poder como *chaman*. En su estática sesión invoca espíritus a los que someter, de

los que habla la lengua, en quienes se convierte y a quienes puede dar órdenes como si fuera uno de ellos. Deviene pájaro, cuando emprende el viaje hacia el cielo, y como animal marino se hunde en el fondo del mar. Todo le es posible, el paroxismo que alcanza resulta de la acrecentada y acelerada sucesión de metamorfosis que lo sacuden hasta que ha escogido entre ellas lo que propiamente necesita para sus fines.

Una forma *aislada*de la prohibición de metamorfosis, es decir, tal que se refiera a un hombre aislado que está en la cúspide de una sociedad, es la que se da en las formas tempranas de la *realeza*. Es de notar que las dos formas más marcadas del poderoso, que se conocen en la humanidad antigua, se distinguen por su enfoque opuesto de la metamorfosis.

El maestro de metamorfosis es el transformador *máximo*,y si se le compara con la figura del *rey sacral*, sometido a cien restricciones, que ha de permanecer en el mismo sitio y siempre igual a sí mismo, al que nadie debe aproximársele, que a menudo ni siquiera debe ser visto; se advierte que su diferencia llevada a su denominador más simple, no consiste pues sino en una actitud opuesta respecto a la metamorfosis. En uno, el chamán, está intensificada al extremo y aprovechada hasta lo último; en el otro, el rey, está prohibida y evitada hasta que se rigidiza por entero. Éste debe permanecer tan igual a sí mismo que ni siquiera debe envejecer. Como un hombre siempre de la misma edad ha de permanecer en su madurez, fuerza y salud, y cuando muestra las primeras huellas de su vejez, una cana, o cuando su fuerza viril decrece, a menudo se lo mata.

Lo *estático* de este tipo humano, al que está vedada la propia transformación aunque de él emanen incesantemente órdenes que modifican constantemente a los demás, ha entrado en la esencia del poder, y la idea que el hombre moderno tiene de él ha sido determinada de manera decisiva por ello. El que no se transforma

está ubicado a determinada altura, en determinado lugar, precisamente delimitado e invariable. No debe descender de su altura, a nadie debe salir al encuentro, él «nada se perdona», pero bien puede ascender a otros, nombrándolos para éste o aquel cargo. Puede transformar a otros ascendiéndolos o rebajándolos. Lo que no le debe suceder a él, eso ha de hacérselo a los demás. Él, carente de metamorfosis, transforma a los demás a su antojo.

Esta rápida y fugaz enumeración de algunas formas de prohibiciones de metamorfosis, aún por profundizar, plantea el interrogante de qué es lo que se pretende propiamente con esta prohibición, por qué siempre se vuelve a recurrir a ella, qué necesidad más profunda impulsa al hombre a imponérsela a sí o a sus semejantes. Uno sólo puede aproximarse a esta pregunta con cautela.

Ha de haber sido precisamente el talento del hombre para la metamorfosis, la fluidez creciente de su naturaleza, lo que le intranquilizó e hizo acudir a barreras firmes e inmutables. Sentía en su cuerpo presencias extrañas —recuérdense los golpecitos de los bosquimanos— se sentía en su poder y hasta debía transformarse en ellas; le eran impuestas desde afuera, aun cuando ya su hambre se había aplacado gracias a este talento, aun cuando ya estaba ahíto y en calma. Estas presencias extrañas eran puro movimiento, como era fluidez su sentimiento más personal, su yo más íntimo. Todo ello tenía que despertar en él un anhelo de permanencia y duración, que sólo podía ser satisfecho por medio de las prohibiciones de metamorfosis.

Se tiende a pensar, a propósito de esto, en el sistema de piedras de los australianos. Toda hazaña o aventura, toda migración y destino de los ancestros, se han incorporado al paisaje y vuelto monumentos sólidos e inmutables. Casi no hay roca que no signifique alguna criatura que alguna vez allí vivió y realizó grandes cosas. A los rasgos

externos y monumentales del paisaje, que permanecen inmóviles, se suman piedras más pequeñas que se posee y se guarda en lugares sagrados. Cada una de estas piedras se transmite de una generación a otra. Significa algo muy determinado: su sentido o su leyenda está ligada a ella, es la expresión visible de esta leyenda. Mientras la piedra se mantenga igual, la leyenda no cambia. En esta concentración sobre lo permanente de la piedra, algo que no nos es desconocido tampoco a nosotros, me parece que está contenido el mismo profundo deseo, la misma necesidad, que condujo a todos los tipos de prohibiciones de metamorfosis.

ESCLAVITUD

El esclavo es propiedad, como es propiedad el ganado y no como una cosa inanimada. Su libertad de movimiento recuerda la de un animal al que le está permitido pastar y fundar algo así como una familia.

El carácter propiamente dicho de la *cosa* es su impenetrabilidad. Puede ser golpeada y empujada pero no puede almacenar órdenes. La definición jurídica del esclavo como cosa y propiedad es pues engañosa. Es *animal y propiedad*. Se puede más bien comparar el esclavo con un perro. El perro cautivo ha sido separado de la reunión de su jauría, ha sido *singularizado*. Se halla bajo las órdenes de su amo. Abandona sus propias empresas en la medida en que se opone aestas órdenes, y en cambio es alimentado por el amo.

Alimento y orden tienen pues para el perro como para el esclavo *una* fuente: el amo, y en eso la comparación de su estado con el de los niños no es enteramente inadecuada. Pero lo que los distingue esencialmente de éstos, se relaciona con la economía de la metamorfosis. El niño se ejercita en todas las metamorfosis que podría necesitar más tarde. Durante sus ejercicios los padres le ayudan y con nuevos requisitos le incitan a renovar sus juegos. El

niño crece en múltiples direcciones, y cuando ha dominado sus metamorfosis, en recompensa se le recibe en un nivel superior.

Entre los esclavos sucede lo contrario. Así como el amo no le permite a su perro cazar lo que quiere, sino que estrecha el ámbito de esta caza según su utilidad superior, así también priva al esclavo de uña metamorfosis tras otra. Él esclavo no debe hacer esto y no debe hacer aquello; muy determinadas ocupaciones sin embargo debe repetirlas, y cuanto más monótonas son tanto más se complace su amo en asignárselas. La división del trabajo no es peligrosa para la economía de metamorfosis del hombre mientras pueda ejecutar diversas ocupaciones. Pero no bien se le restringe a una sola y en ésta ha de lograr lo máximo en el menor tiempo posible, es decir, ha de ser productivo, se convierte en aquello que propiamente deberla definirse por esclavo.

Desde el comienzo debe haber habido dos tipos muy distintos de esclavos: los unos solos, atados como perros caseros a su amo, los otros juntos como manadas en la dehesa. A estas manadas debe considerárselas como los esclavos más antiguos.

El deseo de convertir a hombres en animales es el impulso más potente de la esclavitud. No se puede sobreestimar la energía de este deseo como tampoco la del opuesto: convertir a animales en hombres. A este último deben su existencia grandiosas creaciones espirituales, como la doctrina de la metempsicosis y el darwinismo, pero también ciertas diversiones populares como el exhibir animales amaestrados.

No bien ciertos hombres habían logrado reunir tantos esclavos como animales en manadas, estaban echadas las bases del estado y el uso y abuso del poder; y no puede caber duda alguna de que el deseo de tener al pueblo entero como esclavos o animales, en el gobernante se hace tanto más fuerte cuantas más gentes constituyen el pueblo.

ASPECTOS DEL PODER

DE LAS POSICIONES DEL HOMBRE: LO QUE CONTIENEN DE PODER

El hombre, que de tan buen grado se mantiene erecto, puede, sin cambiar de sitio, también sentarse, tenderse, acuclillarse o arrodillarse. Todas estas posiciones, y muy especialmente la transición de una a otra, expresan algo determinado. Rango y poder se han creado posiciones fijas tradicionales. De cómo la gente se ubica es fácil deducir la diferencia de su prestigio. Sabemos lo que significa que alguien ocupe un asiento elevado y todos los demás estén de pie en torno a él; sabemos qué es cuando uno está de pie y todos los otros en torno a él están sentados; cuando alguien aparece de pronto y todos los reunidos se ponen de pie ante él; cuando alguien cae de rodillas ante otro; cuando no se invita a un recién llegado a sentarse. Ya una enumeración arbitraria como ésta muestra cuántas constelaciones mudas del poder hay. Sería necesario examinarlas y determinar con más precisión su significado.

Toda nueva posición que uno adopta se refiere a la anterior; sólo si se conoce ésta, puede interpretarse exhaustivamente aquélla. Alguien que está de pie puede haber saltado nace un momento de su cama, puede haberse levantado de un asiento. En el primer caso puede haber presentido un peligro, en el ulterior puede que su intención sea honrar a alguien. Todos los cambios de situación tienen algo de repentino. Pueden ser familiares y esperados e integrarse con exactitud a las costumbres de una determinada comunidad. Pero siempre existe también la posibilidad de un cambio de situación inesperado, por ello tanto más sorprendente y expresivo. Durante una misa se está mucho tiempo de rodillas; es un hábito e incluso aquellos que lo hacen de buen grado no conceden un significado demasiado grande a sus frecuentes genuflexiones.

Pero si un momento después en la calle, ante un hombre que estaba arrodillado en la iglesia se le arrodilla de pronto un desconocido, el efecto es tremendo.

No obstante su equivocidad, no es desconocida una cierta tendencia a la fijación de ciertas posiciones del hombre y a su monumentalizarían. Un individuo sentado o de pie aparece, aun apartado de su contexto temporal o espacial, por sí mismo. En ciertos monumentos algunas de estas posiciones han llegado a ser tan vanas y banales que casi no se las percibe. Tanto más efectivas e importantes son en nuestra vida diaria.

El estar de pie

El orgullo de quien está de pie es que está libre y que en nada se apoya, ya sea porque influya en el estar de pie un recuerdo de la primera vez, cuando niño, se sostuvo de pie solo; o porque intervenga la idea de una superioridad sobre los animales, de los que pocos se mantienen sobre dos patas libre y naturalmente: el hecho es que quien está de pie se siente independiente. Quien se ha levantado se halla al final de un cierto esfuerzo y es lo más alto que puede llegar a ser. Pero quien permanece ya largo rato de pie expresa una cierta fuerza de resistencia; bien porque no se deje desplazar de su lugar, como un árbol, bien porque puede verse entero, sin temor u ocultarse. Cuanto más serenamente está parado, cuanto menos se vuelve y mira en diferentes direcciones, tanto más seguro parece. Ni siquiera teme un ataque por la espalda, a pesar de que allí no tiene ojos.

Una cierta distancia con respecto a quienes están a su alrededor, realza a quien está de pie. Quien está solo, separado por una especie de lejanía, de pie frente a muchos otros, aparece especialmente alto, como si estuviese de pie por todos ellos a la vez. Si se acerca a ellos,

procurará estar sobreelevado; y si se ve mezclado entre ellos, se lo alzará en hombros y se lo portará en andas. Así, sin embargo, pierde su independencia y es como si estuviera sentado sobre todos ellos juntos.

El mantenerse de pie produce la impresión de energía aún no gastada, porque se lo ve como el comienzo de todo desplazamiento: de ordinario se está de pie, antes de echar a andar o a correr. Es la posición central, de la que se puede pasar sin transición bien a otra posición, bien a cualquier forma de movimiento. Se tiende pues a suponer una mayor tensión en quien está de pie, también cuando sus intenciones sean muy otras; pues quizás en el próximo momento se acostará a dormir. Siempre se sobreestima a quien está de pie.

Hay siempre una cierta solemnidad cuando dos hombres se conocen entre sí. De pie intercambian sus nombres, de pie se tienden la mano uno a otro. Con ello se honran, pero también se miden, y pase lo que pase más tarde, su primer contacto real, «de hombre a hombre», fue de pie.

En países en los que la independencia de la persona parece tan importante que se la desarrolla y acentúa de todas las maneras, se permanece más a menudo y por más largo tiempo de pie. Los locales en los que se bebe de pie, en Inglaterra por ejemplo, son especialmente estimados. El cliente puede partir en cualquier momento y sin mucha ceremonia. Un movimiento mínimo y discreto le permite apartarse de los demás. Debido a ello se siente más libre que teniendo que levantarse dificultosamente de una mesa. El incorporarse sería como una comunicación de su intención de alejarse, restringiría su libertad. Incluso en sus reuniones privadas los ingleses aman estar de pie. Con ello dicen ya al llegar que no se quedarán mucho. Se mueven libremente y pueden, puesto que están de pie, apartarse sin mucha ceremonia de uno y volverse hacia el otro. Ello nada tiene de llamativo y nadie se siente ofendido. La

igualdad dentro de un determinado grupo social, una de las ficciones más importantes y útiles de la vida inglesa, se acentúa muy en especial cuando todos tienen la ventaja de estar de pie. Así nadie queda sentado «por encima del otro», y los que se quieren hablar pueden salirse al encuentro.

El estar sentado

En el estar sentado el hombre se procura la ayuda de patas ajenas, en lugar de aquellas dos que recibió para estar erguido. La silla, en la forma en la que hoy la conocemos, deriva del trono; ésta, sin embargo, presupone animales u hombres sometidos que han de portar al gobernante. Las cuatro patas de una silla están en lugar de las patas de un animal, caballo, vacuno, o elefante; debe distinguirse bien el estar sentado sobre sillas elevadas del tomar asiento en el suelo, del acuclillarse. Tiene un sentido muy distinto: el estar sentado en la silla era una distinción. Quien estaba sentado se había posado sobre los otros que eran sus subditos y esclavos. Mientras él podía estar sentado, ellos debían permanecer de pie. El cansancio de ellos no se tenía en cuenta mientras él no se cansase. Él era lo más importante; dependía el bienestar de todos los demás de que su sagrada fuerza fuese ahorrada.

Quien está sentado presiona contra algo que es indefenso y no puede ejercer una contrapresión activa. Son las propiedades del cabalgar las que han entrado en el estar sentado, pero el movimiento del cabalgar siempre da la impresión de que no es un fin en sí, que cabalgando se quiere llegar a la meta más de prisa de lo que de otra manera sería posible. La rigidización del cabalgar al estar sentado hace de la relación del superior al inferior algo abstracto, como si se tratara de expresar precisamente esta relación. Lo inferior, que ni siquiera vive, queda preso como para siempre. Ya no tiene voluntad alguna, menos aún que el esclavo, es esclavitud en extrema

consecuencia. Lo superior puede actuar con toda libertad y arbitrio. Puede llegar, sentarse, permanecer cuanto quiera. Puede irse, sin conceder un solo pensamiento a lo que ha dejado atrás. Existe una inconfundible tendencia a persistir en este simbolismo. El hombre se obstina con tenacidad en la silla de cuatro patas; formas más nuevas tienen dificultad de imponerse. Es de suponer que incluso el cabalgar podría desaparecer más de prisa que esta forma de la silla, que tan bien ilustra su sentido.

La dignidad del estar sentado se manifiesta especialmente en su duración. Mientras que de quien está de pie se espera multitud de cosas y la multiplicidad de sus posibilidades contribuye al respeto que impone como a su movilidad y vivacidad, de quien está sentado se espera que permanezca sentado. La presión que ejerce afirma su prestigio, y mientras más tiempo la ejerza, tanto más seguro parece. Casi no hay institución humana que no aproveche de esta cualidad del estar sentado; que no la use para su conservación y afirmación.

Es el peso corporal del hombre lo que se exhibe en el estar sentado. Necesita de la silla elevada para hacerse valer. Visto junto a las delgadas patas el hombre sentado efectivamente parece pesado. A ras de tierra se ve distinto; ella es más pesada y densa que cualquier criatura, una presión contra ella no tiene peso alguno. No hay forma más elemental de poder que la que ejerce el cuerpo mismo. Puede el cuerpo destacarse por su tamaño, y para eso debe estar de pie. Puede actuar por peso y para eso debe ejercer una presión visible. Por el incorporarse de un asiento lo uno se suma a lo otro. El juez, que durante una vista de causa permanece sentado y en lo posible inmóvil, y que luego, cuando llega el veredicto, de pronto se pone de pie, expresa con la mayor nitidez esta relación.

Las variaciones del estar sentado en el fondo son siempre variaciones de presión. Los asientos acolchados no sólo son mullidos, transmiten al sentado un oscuro sentimiento de que se

apoya sobre algo viviente: el ceder de lo acolchado, su tensión elástica tiene algo del ceder y de la tensión de la carne viva. La aversión de algunos hombres a los asientos demasiado mullidos puede relacionarse con la intuición de lo dicho. Es sorprendente ver cuánto se ha desarrollado el gusto por la comodidad del asiento también en grupos de hombres que de lo contrario desconocen la blandura. En tales casos se trata de hombres a quienes el dominar se les ha convertido en una segunda naturaleza y quienes de esta manera, en una forma atenuada simbólicamente, lo representan de buen grado y a menudo.

Del yacer

Para el hombre yacer es un deponer las armas. Un sinnúmero de acciones, actitudes y maneras que lo determinan por entero en situación erguida, son desechadas como si fueran ropa, como si ellas, por las que de otra manera tanto se preocupa, no le pertenecieran realmente. Este proceso externo corre paralelo al proceso interno del dormirse, donde también se saca y se deja de lado mucho de lo que parece indispensable: determinadas vías protectoras y constricciones del pensar, las vestimentas del espíritu. El yacente se desarma tanto que no se comprende cómo la humanidad logró sobrevivir al sueño. En su estado más salvaje no siempre vivió en cavernas; e incluso éstas eran peligrosas. Los misérrimos abrigos de ramas y hojas, con los que muchos salvajes se contentan por la noche, no ofrecen ninguna protección. Es un milagro el que aún haya hombres; deberían haber sido exterminados hace mucho, cuando eran aún menos, mucho antes que en cerradas filas marcharan a su autodestrucción. En el mero hecho del sueño inerme, que retorna, que dura, se manifiesta lo vacío de todas las teorías de adaptación, las cuales, para lo que en gran parte es

inexplicable, arguyen una y otra vez las mismas pseudoexplicaciones.

Pero no se trata aquí de esta cuestión más profunda y difícil de explorar, de cómo es que la humanidad en su conjunto logró sobrevivir al sueño, sino del yacer y de la medida de poder que contiene, comparado con otras posiciones del hombre. En un polo están como hemos visto el que está de pie, que expresa grandeza e independencia, y el que esta sentado, que expresa peso y duración; en el otro polo está el yaciente; impotencia, en especial cuando duerme, es completa. Pero no es una impotencia activa, smo insignificante y no se manifiesta activamente. El yaciente se desprende más y más de su entorno. Quiere desaparecer de todas las maneras dentro de sí. Su estado no es dramático. El pasar inadvertido puede otorgarle cierta, si bien muy escasa, medida de seguridad. Pone cuanto puede de sí en contacto con otro cuerpo; yace a todo lo largo; con todas o al menos con la mayoría de sus partes toca algo que no es él mismo. Quien está de pie está libre y no se apoya contra nada; el sentado ejerce una presión; el yacente no está libre en ninguna parte, se apoya contra todo lo que se le ofrece y su presión la distribuye de manera tal que apenas si lo siente.

La posibilidad de incorporarse de repente, de un salto, de una postura tan baja a la más alta, es por cierto muy impresionante y seductora. Muestra cuánto se está aún con vida; cuan poco dormido se está incluso en el sueño; cómo aun allá se percibe y se oye todo lo que es importante; cómo nada sorprende realmente. Muchos detentadores del poder han acentuado este pasaje de la posición yaciente a la erecta. Han hecho divulgar historias sobre la rapidez, la del rayo, con que se efectuaba en ellos este cambio. Ciertamente aquí también interviene el deseo del cuerpo por seguir creciendo, hecho que nos está negado a partir de una cierta edad. Todos los detentadores del poder en el fondo quisieran hacerse corporalmen-te más grandes; de preferencia querrían tener la

facultad y aplicarla cada vez según su necesidad; crecer repentina e inesperadamente hacia lo alto para asustar a los demás, a quienes no les está dado lo mismo; luego, entonces, sin que se les observe, hacerse más pequeños para otra vez crecer en la próxima oportunidad en público. El hombre que inmediatamente despierto salta de la cama, quien quizás aún dormía hace un momento acurrucado como en el vientre materno, en este súbito movimiento recupera otra vez todo su crecimiento, y aunque para su gran pesar no puede hacerse más grande de lo que es, se hace sin embargo tan grande como es.

Pero hay también junto a los que descansan, los que yacen, los que están heridos y los que por mucho que lo deseen, no pueden levantarse.

Los yacientes involuntarios tienen la desgracia de recordarle al erguido el animal cazado y alcanzado. El disparo por el que han quedado tendidos es como una mácula, un gran paso en la pista que se desploma de repente hacia la muerte. Aquel al que acertaron entonces es «acabado». Si antes era muy peligroso, aun muerto es un objeto de odio. Se le pisotea puesto que no puede defenderse, se le echa a un lado. Se toma a mal que aun muerto esté en el camino de uno; ya no debería ser absolutamente nada, ni siquiera un cuerpo vacío.

La caída del hombre parece suscitar aún más desprecio y aversión que la caída del animal. Podría decirse que la visión del alcanzado reúne para el erguido ambas cosas: el triunfo natural y acostumbrado sobre el animal alcanzado, la impresión penosa del hombre caído. Me refiero a lo primero que realmente sucede con el erguido, y no a lo que debería suceder en él. Esta tendencia puede hacerse aún más intensa bajo ciertas circunstancias. Muchos caídos tienen sobre quien los ve un efecto terrible, es como si los hubiese abatido él solo. Su sentimiento de poder crece rápidamente, a saltos

irrefrenables: se apropia todo el montón de moribundos o muertos. Se convierte en el único que vive, y todo lo restante es su botín. No hay sentimiento de triunfo más peligroso, quien se lo ha permitido una vez volverá a poner todo su empeño én hacer que se repita.

La relación numérica entre yacentes y erguidos tiene gran significación. También es importante en qué ocasión se topa el erguido con los caídos. Guerra y batalla tienen sus ritos propios y como acontecimientos de masa han sido tratados por separado. La tendencia descripta se vive con toda libertad ante el enemigo; el exterminio de éste no tiene sanción alguna. Ante él está permitido nutrir los sentimientos que parecen ser naturales.

En la paz de la urbe, el individuo que cae y no puede levantarse tiene otro efecto sobre los que lo contemplan. Cada uno según su momento y manera se identificará en distinta medida con él. Pasará de largo, quizá con mala conciencia, o se dará la molestia de ayudarle. Si el caído logra mantenerse otra vez sobre sus pies, todos los espectadores se sentirán satisfechos: el alzado es ellos mismos. Si no lo logra, se le entrega a la institución competente. Siempre hay en ello, incluso entre gente educada, un levísimo sentimiento de desprecio. Se le procura al caído la ayuda que necesita, pero con ello se le expulsa de la comunidad de los erguidos y por un momento ya no se le toma por normal.

El acuclillarse

El acuclillarse expresa una frugalidad, una retirada sobre sí mismo. Uno se ovilla lo más que puede y nada espera de los otros. Renuncia a toda actividad que implique la reciprocidad. No sucede nada que desencadene una acción contraria. El acuclillado aparece tranquilo y conforme; no se espera ningún ataque de él, está conforme bien porque tiene todo lo que necesita, bien porque ya nada exige para sí.

El mendigo acuclillado expresa el hecho de que estaría conforme con todo lo que se le da; no hace diferencias.

La forma oriental de estar en cuclillas que adopta la gente rica con sus visitantes, tiene algo de su peculiar actitud con respecto a la propiedad. Dan la impresión de llevar su propiedad consigo, totalmente seguros de ella; de cuclillas no muestran ningún temor ni preocupación de ser despojados, ni de perder de cualquier otra manera lo que les pertenece. Se hacen servir pero es como si su propiedad se hiciera servir. Con ello evitan la dureza natural de esta relación personal. No hay tampoco el exhibicionismo de quien se sienta como sobre una criatura, propio de quien se sienta en sillas. Uno es como un saco, bien formado y vestido, que contiene todo lo que debe contener; los sirvientes vienen y cuidan del saco.

Pero la resignación a todo lo que pudiera sobrevenir es también característica del acuclillarse. Si uno fuese mendigo también se sentaría así; con lo cual dice que no ha cambiado. El estar de cuclillas puede contener ambas cosas: la propiedad o la ausencia de ella. Es a partir de ello que el acuclillarse se ha convertido en la posición contemplativa básica, visión familiar para quien conoce el Oriente. El acuclillado se ha desprendido de los hombres, no grava sobre nadie, descansa en sí mismo.

El estar de rodillas

Junto a la forma pasiva de la impotencia, que hemos conocido en el yacer, hay una muy activa, que se refiere de modo inmediato al poderoso que está presente y dirige la propia impotencia de manera tal que realza su poder. El gesto de arrodillarse se ha de interpretar como un suplicar la gracia. El condenado a muerte ofrece su cabeza; se ha resignado a que se la quieran cortar. No hace nada en contra; por la postura de su cuerpo facilita la ejecución de aquella voluntad

ajena. Pero junta las manos y en el último instante aún ruega al poderoso clemencia. El estar de rodillas siempre es un representar el último instante, aun cuando en realidad se trate de algo muy distinto, una adulación extrema que atrae atención. Quien en apariencia se resigna a ser matado, adscribe a aquél, ante el que está de rodillas, el mayor poder, a saber, el poder de vida y muerte. A alguien tan poderoso también debe serle posible conceder muchas otras cosas. La gracia del suplicado ha de igualar lo inerme del arrodillado. La distancia es simulada como algo tan enorme que justamente sólo la grandeza del poderoso puede salvarla; y si no lo hace, queda más pequeño ante sí mismo que en el instante en que se estuvo arrodillado ante él.

EL DIRECTOR DE ORQUESTA

No hay expresión más vivida del poder que la actividad del director de orquesta. Cada detalle de su conducta pública es característico, haga lo que haga arroja luz sobre la naturaleza del poder. Quien nada supiere sobre el poder, podría deducir sus propiedades una tras otra de una atenta observación del director de orquesta. El que nunca se haya intentado tiene una razón convincente: la música, que el director provoca, parece ser la cosa principal, y se da por sentado que se va a conciertos para escuchar sinfonías. El director mismo es el más convencido de ello; su dirigir, cree, está al servicio de la música y ha de transmitir ésta con exactitud, ninguna otra cosa.

El director se toma por el primer servidor de la música. Está tan colmado por ella que simplemente no puede ocurrírsele la idea de un segundo sentido extramusical de su actividad. Sobre la siguiente interpretación nadie estaría más sorprendido que él.

El director está de pie. El erguirse del hombre tiene significado incluso como viejo recuerdo de muchas representaciones de poder.

Está de pie solo. Alrededor suyo está sentada su orquesta, tras él están sentados los oyentes; llama la atención el que esté de pie solo. Está de pie elevado y es visible por delante y de espalda. Por delante sus movimientos actúan sobre la orquesta, por detrás sobre los oyentes. Las disposiciones propiamente dichas las imparte con la mano sola o con la mano y la batuta. Con un movimiento mínimo, despierta a la vida de pronto esta o aquella voz, y lo que él quiere que enmudezca, enmudece. Así tiene poder sobre la vida y la muerte de las voces. Una voz, que durante mucho tiempo está muerta, por orden suya puede resucitar. Las diferencias entre los instrumentos corresponden a diferencias entre los hombres. La orquesta es como una reunión de todos sus principales tipos. Su disposición a obedecer permite al director transformarlos en una unidad, que entonces él representa para ellos, públicamente visible.

La obra que ejecuta, en todos los casos de naturaleza compleja, le exige la máxima atención. Presencia de espíritu y rapidez están entre sus cualidades cardinales. Debe irrumpir con la rapidez del rayo sobre los infractores de la ley. Las leyes son puestas en sus manos bajo forma de partitura. Los otros también las tienen y pueden controlar su cumplimiento, pero tan sólo él decide, y tan sólo él juzga en el acto acerca de las faltas. Que esto suceda públicamente, visiblemente en cada uno de sus detalles para todos, da al director una peculiar conciencia de sí. Se habitúa a ser visto siempre, y cada vez le es más difícil prescindir de ello.

El que los oyentes estén sentados en silencio pertenece a la intención del director, como la obediencia de la orquesta. Se constriñe a los auditores a estar inmóviles. Antes de que llegue el director, antes del concierto, conversan y se mueven en desorden. La presencia de los músicos no perturba a nadie, casi no se les presta atención. Aparece el director. Se hace el silencio. Él se pone en posición; carraspea; levanta la batuta: todos enmudecen y se ri-gidizan. Mientras él dirige ellos no deben moverse. No bien se ha

terminado han de aplaudir. Todo anhelo de movimiento, despertado ya acrecentado por la música, ha de contenerse hasta el final; después, sí, estalla. Se inclina ante las manos que aplauden. Por ello regresa una y otra vez, y cuantas veces las manos lo quieran. A ellas, pero sólo a ellas, está entregado, para ellas vive realmente. Es la antigua aclamación del vencedor lo que así se le brinda. La magnitud de la victoria se expresa en la medida del aplauso. Victoria y derrota devienen la forma en la que se organiza su economía espiritual. Nada fuera de ello cuenta, todo lo demás que existe en la vida de los otros se transforma aquí en victoria y derrota.

Durante la ejecución, el director es un guía para la muchedumbre de la sala. Está a su cabeza y le ha vuelto la espalda. Es a él a quien sigue, pues él da el primer paso. Pero en lugar de avanzar con el pie lo hace con la mano. El transcurso de la música, que la mano opera, está en lugar del camino que seguirían los pies. Él rapta el tropel en la sala. Durante la obra entera jamás ve su rostro. Es implacable, el descanso no está permitido. Su espalda siempre se yergue ante ellos, como si fuese la meta. Si se volviera una vez, una única vez, se rompería el hechizo. El camino que recorren ya no sería un camino y, decepcionados, se hallarían sentados en una sala inconmovible. Pero uno puede tener confianza: no se vuelve. Porque mientras ellos lo siguen él tiene ante sí un pequeño ejército de músicos profesionales que dominar. También aquí lo auxilia la mano, pero no sólo indica los pasos como para la gente que está detrás, sino que imparte órdenes.

Su mirada, tan intensa como sea posible, abarca la orquesta entera. Cada integrante se siente observado por él; más aún: escuchado por él. Las voces de los instrumentos son las opiniones y convicciones a las que presta mayor atención. Él es omnisciente, pues mientras los músicos sólo tienen ante sí sus propias voces, él tiene la partitura completa en la cabeza, o sobre el pupitre. Él sabe con toda exactitud, qué le está permitido a cada cual en cada instante. El

hecho de que preste atención a todos en conjunto le confiere el prestigio de la omnipresencia. Por así decirlo, está en la cabeza de todos y de cada uno. Él sabe lo que ha de hacer cada cual y sabe también lo que hace cada cual. Él, la suma viviente de las leyes, actúa a ambos lados del mundo moral, por el mandato de su mano dispone lo que sucede y evita lo que no ha de suceder. Su oído explora el aire en busca de lo vedado. Para la orquesta el director representa así, de hecho, la obra entera, en su simultaneidad y sucesión y como durante la ejecución el mundo no ha de consistir en ninguna otra cosa sino en la obra, durante ese exacto lapso es el señor del mundo.

GLORIA

A la gloria sana le es indiferente en boca de quién se extravía. No hace diferencia; lo esencial es sólo que sea pronunciado el nombre. La diferencia hacia los que lo pronuncian, en especial su igualdad entre sí, para el maníaco de gloria, delata el origen de su manía en los procesos de masa. Su nombre reúne una masa. Al margen, y sólo en escasa relación con lo que un hombre es realmente, el nombre lleva su propia, ávida, vida.

La masa del maníaco de gloria está formada por sombras; a saber, criaturas que no tienen por qué estar con vida, si es que tan sólo podrán una cosa: pronunciar un muy determinado nombre. Se desea que lo digan a menudo y se desea también que lo digan ante muchos, en una comunidad por lo tanto, para que muchos lo aprendan y se reconforten al pronunciarlo. Pero lo que hacen estas sombras si no —su tamaño, su aspecto, su alimento, su obra—, al famoso le es más indiferente que el aire. Mientras uno se preocupa de los propietarios de bocas decidoras de nombres, mientras las recluta, las corrompe, incita o fustiga, no es aún célebre del todo. En ese caso está sólo preparando los cuadros para su ulterior ejército de

sombras. Ya ganada, la gloria puede permitirse despreocuparse de todos, sin perder nada con ello.

Las diferencias entre el *rico*, el *detentador del poder* y el *famoso*, acaso pueden resumirse así:

El rico colecciona montones y rebaños. En lugar de éstos está el dinero. Los hombres no le interesan; le es suficiente el poder comprarlos.

El *detentador del poder* colecciona hombres. Los montones y los rebaños nada le significan, a no ser que los necesite para la adquisición de hombres. Pero quiere hombres que viven, para enviarlos de avanzada o llevarlos consigo a la muerte. Los muertos anteriores y los que nacerán después sólo le importan en lo mediato.

El famoso colecciona coros. De ellos, sólo quiere escuchar su nombre. Pueden estar muertos o con vida, o ni siquiera con vida, eso es indiferente, basta que sean grandes y ejercitados en corear su nombre.

LA ORDENACIÓN DEL TIEMPO

Para todas las mayores formaciones políticas la ordenación es esencial.

La ordenación del tiempo regula todas las actividades conjuntas de los hombres. Podría decirse que la ordenación del tiempo es el más eminente atributo de toda dominación. Un poder recién aparecido que quiere imponerse debe proceder a una nueva ordenación del tiempo. Es como si con él comenzara el tiempo; más importante aún le ésatodo poder nuevo "éique el tiempo no transcurra. De sus pretensiones temporales puede deducirse la imagen de grandeza que un poder tiene de sí. Hitler no quería transigir por menos de un Reich de mil años. El calendario juliano de César duró más; más aún

dura el nombre del mes que fue nombrado según él. De las figuras históricas sólo Augusto logró un nombre de mes duradero. Otros hicieron llamar transitoriamente meses con su nombre; pero sus nombres cayeron también con sus estatuas.

El efecto más grandioso sobre el cómputo del tiempo lo tuvo Cristo; en ello superó a Dios mismo, a partir de cuya creación del mundo calculan el tiempo los judíos. Los romanos contaban el tiempo a partir de la fundación de su ciudad, un método que habían tomado de los etruscos; contribuyó no poco al tremendo destino de Roma a ojos del mundo. Algunos conquistadores se contentan con intercalar su nombre en cualquier lugar del calendario. Se dice que Napoleón tenía puestas sus esperanzas en el 15 de agosto. La vinculación de un nombre con el retorno regular del tiempo ejerce una atracción irresistible. Que la enorme mayoría de los hombres no tenga conciencia del origen de una designación temporal no parece quitar intensidad al deseo de los detentadores del poder de perpetuarse de esta manera. Una estación entera del año aún nadie la ha logrado, pero sí que se han reunido series enteras de siglos bajo el nombre de una dinastía. La historia china se calcula según ellas: se habla de la época Han o Tang. Su esplendor favorece también dinastías pequeñas y miserables que más valdría estuviesen olvidadas. Se convirtió en un método de cómputo de largos lapsos entre los chinos, más una perpetuación de familias que de individuos aislados.

Pero la relación de los detentadores de poder con el tiempo no se agota con la vanidad de sus nombres. Se trata también de la ordenación misma del tiempo, y no meramente de cambiar el nombre a unidades ya existentes. La historia de los chinos comienza con una tal ordenación. El prestigio de los primeros gobernantes le-gendarios descansa en su mayor parte en la efectiva división del tiempo que se les atribuye. Para su control se instituyen funcionarios especiales. Se les castiga si han descuidado su cargo. Sólo bajo un

tiempo común los chinos se reunieron realmente como un sólo pueblol

La manera más aceptable de delimitar las civilizaciones sigue siendo la ordenación del tiempo. Su solidez depende de la duración de su transmisión regulada. Se desintegran cuando nadie la continúa. Una civilización llega a su fin cuando ya no toma en serio su cómputo del tiempo. En este punto no es indebida una analogía con la vida de un individuo. Un hombre que ya no quiere saber qué edad tiene, ha terminado con su vida; deja de vivir cuando no puede saberlo. Períodos de desorientación temporal en la existencia de los individuos como en las de enteras culturas son períodos de vergüenza, que se procurará extirpar lo más de prisa posible.

Las razones prácticas de esta importancia subyugante que ha adquirido la división del tiempo son palmarias. Reúne unidades mayores de hombres, que viven ampliamente dispersos y que no pueden verse cara a cara. En una pequeña horda, formada por unos cincuenta miembros, cada uno sabe siempre qué hace el otro. Se encuentran con facilidad en ejercicios comunes. El ritmo se desarrolla en ciertos estados de muta. Bailan su duración como bailan tantas otras cosas. La transmisión del tiempo de una muta a otra no es importante; si lo es, la transmisión es fácil puesto que todos están próximos. Con cada aplicación del contexto se hace más necesario preocuparse por mantener el tiempo correcto. Señales de tambor y fuego sirven para la transmisión a larga distancia.

Es conocido cómo la vida de ciertos individuos sirvió para realizar los primeros resúmenes temporales de grupos mayores de hombres. Los reyes, que lo eran por determinados lapsos de tiempo, encarnaban este tiempo para todos. Su muerte, debida a la dis¬minución de su pleno vigor o acaecida más tarde, correspondiendo a la duración natural de su vida, señalaba siempre un período del tiempo. Ellos eran el tiempo, entre uno y otro el

tiempo se detenía y se buscaba que tales períodos intermedios —interregnos— duraran lo menos posible.

LA CORTE

Una corte está concebida ante todo como un centro, como un punto central con respecto al que uno se orienta. La tendencia a moverse en torno a un punto central es muy antigua, se la ha observado ya entre los chimpancés. Pero originalmente también este punto central era móvil. Podía generarse allí y allá, se desplazaba con quienes se movían en torno a él. Paulatinamente el punto central se fijó. Grandes piedras y árboles fueron el modelo para todo lo que no cambiaba de lugar. De árboles y piedras también se levantaron más tarde las más sólidas residencias. Lo permanente se acentuaba cada vez más. La dificultad de la construcción de un centro tal, el acarrear piedras desde gran distancia, el número de los participantes en este trabajo, el lapso mismo que demandaba su construcción, todo contribuyó a aumentar su prestigio como cosa perdurable.

Pero este centro duradero de un pequeño mundo, que devino una ordenación, no era aún una corte. A la corte pertenece un núcleo de hombres en número no demasiado reducido, que están incorporados a ella de la manera más diligente, como si fueran parte de la construcción. Están, como los espacios mismos, dispuestos a distinta distancia y altura. Sus obligaciones están establecidas precisa y exhaustivamente. Pueden hacer exactamente tanto; en ningún caso, más. Pero a determinadas horas se reúnen, y sin renunciar a lo que son, sin olvidar su sitio, muy conscientes de su limitación, rinden homenaje al soberano.

Su homenaje consiste en el estar ahí, vueltos hacia él, agrupados en torno pero no demasiado próximos a él, deslumhrados por él,

temerosos ante él y esperándolo todo de él. En esta atmósfera peculiar en que esplendor, terror y gracia se interpenetran a la par, pasan su vida. Casi nada más hay para ellos. Por así decirlo se han avecinado al mismo sol y con ello prueban a los demás que también él es habitable.

La tenencia fascinada de los cortesanos, que el soberano mantiene siempre a la vista, es lo único que les es común a todos. En eso son iguales, del primero al último. En esta invariable dirección de la mirada tienen algo de masa; pero sólo el primer asomo de ello, nada más; pues precisamente esa misma mirada recuerda a cada uno su deber, que se distingue del de todos los cortesanos restantes.

El comportamiento de los cortesanos ha de actuar por contagio sobre los demás subditos. Lo que aquellos hacen siempre, ha de conducir a éstos a hacerlo a veces. En determinadas ocasiones, por ejemplo cuando el rey entra en la ciudad, todos sus moradores han de esperarle, como los cortesanos en el palacio, y ofrendarle el homenaje del que desde hace tanto le son deudores y, por ende, con tanto mayor entusiasmo. La proximidad de la corte ha de atraer a todos los subditos a la capital, donde realmente se toma posición en grandes círculos concéntricos en torno a los cortesanos. La capital crece en torno a la corte, sus casas son un homenaje permanente a ésta. El rey, magnifícente, como se debe, reciproca con edificios fastuosos.

La corte es un buen ejempro de cristal de masa. Los hombres que la constituyen tienen funciones enteramente separadas y se antojan muy diferentes entre ellos. Pero, para los otros, tienen —precisamente como cortesanos— algo de idéntico todos y forman una unidad, de la que irradia una opinión pareja.

EL TRONO CRECIENTE DEL EMPERADOR DE BIZANCIO

El crecer de repente ha causado siempre tremenda impresión a los hombres. Más que el tamaño físico, permanente; más que el súbito incorporarse de un asiento; la estatura pequeña que, ante los ojos de los espectadores, crecía hacia lo gigantesco era lo que deslumhraba. En la mitología y los cuentos poéticos de muchos pueblos estos personajes son bien conocidos. Un uso consciente de este cambio de estatura para fines del poder nos llega del Bizancio del siglo X. Liudprando de Cremona, el enviado de Otón I, ha legado el siguiente relato sobre su recepción ante el emperador bizantino:

«Delante del trono del Emperador se erguía un árbol de bronce, pero dorado, cuyas ramas estaban repletas de pájaros de diversa índole, igualmente de bronce y dorados; todos, cada cual según su índole, hacían resonar el canto del pájaro que representaban. El trono del emperador, sin embargo, estaba construido con tal arte que en un momento dado parecía bajo, al siguiente mayor y de inmediato de sublime elevación. Leones de monstruoso porte, no sé si de metal o de madera, pero recubiertos de oro, eran los guardianes del trono; golpeaban con la cola en el suelo y abriendo las fauces y moviendo la lengua levantaron un rugido. A esta sala fui pues conducido, sostenido por dos eunucos, ante la faz del emperador. A mi entrada rugían los leones, y los pájaros gorjeaban, cada uno a su manera; yo, sin embargo no me atemoricé ni me asombré, puesto que respecto a todo habíame informado con minucia por gentes de las que era bien conocido.

»Cuando habíame postrado entonces por tercera vez y levantaba la cabeza, divisé al que con anticipación había visto estar sentado a regular altura, levantado casi hasta el cielorraso de la sala, y ataviado con otras vestimentas que antes. Cómo ocurrió esto, no lo puedo comprender, a no ser que fuera levantado de igual manera que los

árboles de las prensas de lagar. De su propia boca el emperador, en esta oportunidad, no pronunció palabra: porque aun si así lo hubiese querido, tal hecho no habría sido decoroso por la gran distancia. A través de su logoteta o canciller, informóse sobre vida y bienestar de mi Señor. Tras haber yo contestado a ello de debida manera, retíreme a la señal del intérprete y fui conducido al albergue que habíame sido indicado.»

Mientras el enviado se postra y toca el suelo con la cabeza, el trono del emperador crece hacia lo alto. El rebajamiento del uno se usa para realzar al otro. La distancia entre los dos, que por el hecho de la recepción había sido excesivamente reducida, vuelve a restablecerse verticalmente. El artificial gorjear de pájaros y rugir de leones es superado aún por el arte de un trono creciente. Este crecimiento simboliza el aumento del poder: su amenaza al enviado de un poder extranjero es inequívoca.

IDEAS DE GRANDEZA DE LOS PARALÍTICOS

¿Qué es lo que a decir verdad entiende el hombre por «grandeza»? La palabra se usa de manera tan ambigua que es desesperante intentar extraerle un sentido claro. ¡Qué es lo que no se ha calificado ya de «grande»! Lo más opuesto y lo más ridículo se reúnen aquí, en inmediato vecindario con creaciones sin las que no se logra imaginar una existencia digna de un ser humano. Precisamente en su confusión esta palabra «grandeza» expresa algo sin lo que los hombres ya no pueden vivir. Hay que intentar aprehenderla en su ambigüedad, y quizá sea recomendable aproximarse a la "grandeza" en la mente de hombres simples, donde adquiere su forma más aprehensible y externa.

Una enfermedad muy difundida y bien estudiada viene aquí a pedir de boca. La parálisis se caracteriza, muy especialmente en su caso

clásico por una producción masiva de ideas de grandeza. Éstas alternan en una sucesión extremadamente variada y responden con facilidad a estímulos exteriores. No toda parálisis las con-templa, también hay formas depresivas de esta enfermedad que se caracterizan por ideas de pequenez; en algunos casos ambas aparecen juntas. Pero aquí no se trata de un análisis de esta enfermedad como tal. Lo que nos interesa es la acumulación concreta de ideas de grandeza en casos determinados, precisamente conocidos y descritos. Justamente la abundancia de estas ideas, su ingenuidad y su fácil provocabilidad, eso que las hace tan absurdas al individuo «normal», es decir, al no paralítico, proporciona sorprendentes conclusiones sobre la «grandeza». Hay que seguir con un poco de paciencia las enumeraciones que ahora siguen. Es necesario escucharlas lo más completamente posible antes de poder empezar a desentrañar su sentido. Los dos enfermos de quienes se habla a continuación, pertenecen por lo demás al tiempo de la Alemania del Kaiser Guillermo, una circunstancia que para no pocas de sus imágenes es de importancia.

Un comerciante de mediana edad, que es presentado en la clínica de Krapelin, tiene lo siguiente que decir acerca de sí:

«Que había estado loco por el esfuerzo y los ajetreos, pero ahora se sentía plenamente recuperado espiritualmente, sólo todavía un poco nervioso. Que su capacidad de trabajo había aumentado grandemente en la clínica, debido a la buena atención, de manera que podía rendir mucho. Que por ello también tenía espléndidas perspectivas, que a corto plazo, no bien le dieran de alta, pensaba establecer una gran fábrica de papel, para la que un amigo le proporcionaría el dinero necesario. Por otra parte, Krupp, que era aquel amigo, habría puesto a su disposición una propiedad cerca de Metz, en la que quería activar una jardinería en gran escala; que también para viñedos era muy apta la región. Además adquiriría catorce caballos para la explotación agrícola, como asimismo

instalaría un potente comercio de maderas, que ciertamente habría de dejarle una bonita suma. A la objeción de que todos estos negocios acaso no prosperarían tan sobre ruedas, que en cambio exigen considerables medios, replica lleno de confianza que, con su gran capacidad de trabajo, ya se impondrá a ello; que tampoco podrá faltarle dinero teniendo en cuenta las excelentes perspectivas de ganancia. Simultáneamente da a entender que el kaiser se interesa por él y que le permitirá volver a adoptar el título de nobleza que su abuelo había depuesto por falta de recursos; que a decir verdad podía portarlo ya ahora. Todas estas comunicaciones el enfermo las hace en un tono sereno, objetivo; se comporta con naturalidad».

Es fácil incitarlo a una ampliación de sus planes. «Si se le insinúa que acaso también la avicultura podría ser ventajosa, asegura de inmediato que por supuesto también criará pavos, pavos reales, pintadas y palomas, que cebará gansos, que montará una faisanería.»

Su enfermedad había llamado la atención primero por grandes compras y proyectos. Cuando fue aceptado en la clínica «se sintió muy estimulado a la creación, mental y físicamente mejor que nunca. Que quería dedicarse aquí, donde se hallaba a las mil maravillas, a la poesía, cosa que hacía mejor que Goethe, Schiller y Heine... Que quería inventar sinnúmero de nuevas máquinas, remodelar la clínica, levantar una catedral más alta que la de Colonia, rodear de un blindaje de vidrio la institución. Que era un genio, que hablaba todos los idiomas del mundo, que vaciaba una iglesia de acero colado, que conseguía del kaiser las más altas condecoraciones, que inventaba un medio para amansar locos, que donaba a la biblioteca del establecimiento 1.000 volúmenes, obras filosóficas en su mayoría, que tenía puras ocurrencias divinas. Estas ideas de grandeza cambiaban de continuo, se originaban al instante, para ser reemplazadas de prisa por otras nuevas... El enfermo hablaba, escribía y dibujaba sin cesar, encargaba sin más ni ni.r; todo lo que se ofrecía en los avisos de los diarios, comestibles, mensiones, ropas,

mueblaje. Ora era conde, ora teniente general, ora regalaba al kaiser un regimiento completo de artillería de campo. Se ofreció para trasladar la clínica arriba, a una montaña.»

Procuremos establecer algo así como un orden provisional en esta abigarrada confusión. Por un lado está lo que podría llamarse tendencia a la altura: quiere levantar una catedral que supere en altura a la de Colonia, y la clínica la quiere trasladar a la cima de una montaña. Esta altura, que él procura, luego lo beneficia. Traspuesta a circunstancias de rango humanas, eso se expresa en la nobleza de su abuelo; él mismo es conde; en la jerarquía militar es teniente general. El kaiser se interesa por él, él puede moverlo a la concesión de condecoraciones, él le regala todo un regimiento. En ello está contenido el querer llegar más alto aún que el kaiser.

El mismo impulso se extiende también a la esfera de lo espiritual: como genio habla todos los idiomas del mundo, como si los idiomas fueran algo como los subditos del genio; y a los poetas más famosos que él conoce, Goethe, Schiller y Heine, él los superará. Se tiene la sensación de que en esta tendencia a la altura no importa permanecer arriba, sino llegar arriba de prisa. Una y otra vez uno ha de trepar de prisa a lo alto; toda oportunidad es apropiada para ello. Se muestra que lo que hasta ahora era considerado lo más alto es fácil de superar. Se establecen nuevos récords de altura. No puede desecharse la sospecha de que en estos récords de altura se trata propiamente de crecimiento.

Una segunda tendencia, no menos llamativa, es la de la adquisición. Se habla de una fábrica de papel y de un comercio de madera, de una gran jardinería, viñas y caballos. Pero la manera en que es recibida la sugerencia de la crianza de aves, delata que la adquisición tiene aún rasgos bastante arcaicos. Se trata de un hacerse más en todo tipo de cosas, en especial de todo lo viviente que se multiplica con gusto. Pavos, pintadas, pavos reales, palomas, gansos, faisanes: se lo

enumera a todos por separado, como especies, y en cada caso participa la idea que mediante crianza la especie puede multiplicarse inconmensurablemente. La adquisición aquí es lo que fue originalmente: un influenciar a las masas naturales para que se multiplique, cosa que luego le favorece a uno.

Lo tercero es la tendencia a la dilapidación. El enfermo encarga todo lo que se le ofrece en los avisos de los diarios: alimentos, villas, ropa, muebles. Si estuviese libre y realmente tuviese dinero compraría todas estas cosas. No se puede decir sin embargo que las acumularía. Sin duda, las manejaría con tanta prodigalidad como el dinero, las regalaría a todo tipo de gente. El conservar le interesa tan poco como el poseer. Bien ve las cosas que quiere comprar a montones ante él, pero sólo mientras no las tiene. Lo fluido de la propiedad le importa más que la propiedad misma. Su gesto, que aparece como doble, es en el fondo uno: un recoger y tirar a manos llenas. Es un gesto de grandeza.

Pasemos ahora a un segundo caso, el de otro comerciante, por lo demás de la misma edad, cuya forma de parálisis es mucho más agitada. También para él todo comenzó con grandes proyectos: compró de pronto, sin medios, un establecimiento de baños por 35.000 marcos, encargó 14.000 marcos de champán y 16.000 de vino blanco, para instalar una taberna. En la clínica parlotea de continuo:

«Quiere hacerse más grande con tal de pesar dos quintales; hace colocarse barras de acero dentro de los brazos y porta condecoraciones de hierro de un quintal de peso; mantiene relaciones con cincuenta negras a través de una máquina de acero y tendrá para siempre 42 años de edad; desposa una condesa de 16 años con 600 millones de fortuna, que ha obtenido del papa la Rosa de la Virtud. Posee caballos que no comen avena, además cien palacios de oro con cisnes y ballenas del género del que se hacen las

cotas de malla a prueba de balas; ha hecho grandes inventos, el kaiser le construyó un palacio de 100 millones, se tutea con él, ha recibido del archiduque 124 condecoraciones, a cada pobre diablo le regala medio millón. Junto a ello existen ideas de persecución. Cinco veces le han querido asesinar, cada noche le chupan dos cubos llenos de sangre del trasero, por lo tanto decapitará a los enfermos, les hará despedazar por perros, se construye una guillotina a vapor.»

Aquí todo es mucho más crudo y nítido: se trata de la desnudez del crecer, del crecer mismo, y se lo puede medir en el peso de sus quintales. Se trata de fuerza, se hace colocar barras de acero en los brazos. Se trata de la más potente e indestructible distinción: condecoraciones de hierro de un quintal de peso; él es lo suficientemente fuerte para portarlas. Se trata de potencia y de detención de los años: para sus cincuenta negras siempre tendrá 42 años. La más virtuosa y rica, la más joven de las novias es aceptable para él. A sus caballos les es poco la avena. Los cisnes en sus cien palacios de pro son al parecer también mujeres y en todo caso son un contraste con sus negras; las ballenas, también, las posee como las más grandes criaturas posibles. También se preocupa de su invulnerabilidad. Se habla —si bien es cierto, en relación con ballenas— de cotas de malla a prueba de balas, pero mucho también de metales en general. Cien millones, sobre los que él gobierna, cuesta el palacio para el kaiser; así es que gracias a estos millones, se tutean. Pobres diablos los hay por millones, cada uno es algo a medias; verosímilmente esto lo motiva para regalar medio millón a cada uno de ellos. En su posición exaltada está expuesto naturalmente a todo tipo de persecusiones. Un sólo intento de asesinato no puede bastar a una una personalidad tan significativa. Está en su derecho decapitar a los guardianes que le chupan la sangre (de atrás para expresar su baja posición) y hacerlos despedazar por perros. Pero más rápida que la anticuada muta de

perros es la guillotina a vapor, que construye para las ejecuciones en masa.

Cuanto más caro es algo, cuanto más elevado el precio expuesto, cuanto más se habla de miles, tanto más se siente atraído. El dinero vuelve a tener su antiguo carácter de masa. Aumenta de golpe y con máxima aceleración; de inmediato se llega al millón; una vez alcanzado, los millones cobran el papel principal. El significado de la palabra tiene algo de sinfonía coral ambigua, se refiere a hombres tanto como a unidades monetarias. La propiedad más importante de la masa, su afán de crecer, se ha comunicado también al dinero. El grande comanda y discurre de millones.

Adquisición y dilapidación son, como en el caso anterior, el doble aspecto de un solo movimiento; comprar y regalar son, como todo lo demás, medios para su expansión. Se le podría designar, a diferencia de la tendencia a las alturas, como un crecimiento en extensión. No hay diferencias para él entre comprar y regalar; con su dinero masivo recubre los objetos hasta incluirlos en él; con dinero y objetos recubre a los hombres, hasta conquistarlos para él.

De manera ingenua y, por ello, sobremanera convincente, se vuelve a encontrar aquí aquella tradicional cualidad de los reyes, que tan bien se conoce a través de los cuentos o también a través de la historia: la prodigalidad. De un rey negro del África Occidental del siglo XIV se cuenta que en el peregrinaje a La Meca compró toda la ciudad del Cairo, proeza que nunca le fue descontada. La ostentación de adquirir aún hoy está ampliamente difundida, no menos que la ostentación del derroche. A los tan cuestionados reyes del dinero de nuestro tiempo, de todas las manifestaciones de la grandeza ya nada les es concedido realmente sino lo gigantesco de sus donaciones públicas. Nuestro enfermo dilapida palacios de 100 millones y encuentra un cliente dispuesto en el kaiser.

Sus ideas de grandeza son por cierto muy cambiantes; pero uno no tiene la impresión de que se transforme por ellas. Él siempre permanece él mismo, aun cuando pese dos quintales, se despose con su condesa de virtud de 16 años o se tutee con el kaiser. Por el contrario, todo lo que se le acerca desde fuera lo utiliza para sí mismo. Él es el punto fijo y central del universo; él lo conquista comiendo y creciendo, pero nunca se transforma en otra cosa. Lo discontinuo de sus ideas le provee alimento; el cambio y la variedad de este alimento por cierto le importan, pues quiere crecer de toda manera imaginable; pero no es más que la diferencia de alimentos. Su abigarramiento engaña; es lo abigarrado del apetito, nada más.

La multiplicidad de sus ideas de grandeza sólo es posible porque ninguna se detiene. Basta con que una surja para que halle su cumplimiento. Es natural cambiar sus metas cuando se las alcanza tan de prisa. ¿Cómo, sin embargo, se explica que el enfermo no sienta así ninguna resistencia a sus ideas? Cualquier cosa que una palabra contenga, en poder y riqueza, en posibilidades de expan-sión propia, basta con arrojársela y él cree ya alcanzado todo lo que contiene. Esta facilidad parece estar relacionada con el sentir siempre la masa de su lado. En cada uno de sus disfraces la masa existe para él, trátese de los 600 millones de su dote, de los 100 palacios de oro o las 50 negras que produce con una máquina de acero. Incluso cuando se enfada por algo, como por los guardianes, por ejemplo, tiene en seguida a mano una muta de perros que, a su orden, se abalanzan sobre ellos para despedazarlos. Pero cuando piensa en las decapitaciones, inventa de inmediato una guillotina a vapor que se encarga de ello de manera masiva. La masa siempre está tras él, no contra él, y si alguna vez excepcionalmente está en contra de él, está formada por decapitados.

Del caso anterior recordemos cómo todas las empresas estaban dispuestas a florecer para el enfermo, en especial las agrícolas. Todo tipo de aves de corral esperan sólo multiplicarse para él; y cuando

tenía ganas de hacer algo por la biblioteca de la institución, aparecían instantáneamente ante él mil volúmenes. Para comprar y regalar se pone a disposición de ambos todos los miles y millones pensables.

Es importante señalar este comportamiento positivo de la masa en el paralítico con ideas de grandeza, su disposición favorable. Nunca se le opone; es la materia dócil propiamente dicha para sus planes, y cualquier cosa que le pase por la mente la realiza para él. Nunca podría querer demasiado porque el crecimiento de ella es tan ilimitado como el suyo. Es de una lealtad incondicional para con él, como jamás aún la ha conocido gobernante alguno por parte de sus subditos. Se verá que la masa en el paranoico tiene registros muy distintos, a saber, hostiles. Así, las ideas de grandeza entre los paranoicos son asimismo mucho más polémicas y muestran la tendencia a volverse cada vez más rígidas. Cuando la masa hostilmente dispuesta se impone, se vuelven ideas de persecución.

Si ahora, al final, resumimos, simplificando, lo que se aprende de las ideas de grandeza de los paralíticos, podemos decir que se trata de seguir creciendo siempre y de volver a crecer en dos direcciones: una, la de la persona misma; ésta quiere volverse más grande y más pesada físicamente y no puede darse por satisfecha con el término del crecimiento físico. Toda especie de fuerza con que está dotada como ser individual, ha de crecer con ella. La segunda dirección es la de los millones a la que sin embargo puede pertenecer todo lo que tiene la tendencia a multiplicarse —como la masa misma— de golpe. Estos millones se escurren a deseo y voluntad por entre las manos del grande, en todas direcciones, y sólo a él le hacen caso.

En la grandeza con que sueñan los hombres, el sentimiento de crecimiento biológico individual se alia con el sentimiento de acrecentamiento brusco, que caracteriza a la masa. La masa es allí lo subordinado, su índole no cuenta, y cada uno de sus sustitutos puede cumplir aquí idéntico fin.

PODERÍO Y PARANOIA

REYES AFRICANOS

El estudio de los reyes africanos mostrará globalmente los aspectos y elementos del poder que hemos analizado por separado. En estos reyes todo parece ajeno e insólito. Puede que uno se sienta tentado a descartarlos como curiosidades exóticas. Con mucha facilidad un europeo es presa de un sentimiento de sublimidad cuando oye relatos como los siguientes. Sin embargo es recomendable ar-marse de cierta modestia hasta conocer más sobre ellos. Mal le sienta al europeo del siglo xx presumir por encima de la barbarie. Los medios de sus poderosos pueden ser más eficaces. Sus intenciones a menudo en nada se diferencian de las de los reyes africanos.

La muerte de un viejo rey y la elección de uno nuevo en Gabón ha sido narrada así por Du Chaillu.

«Mientras estuve en Gabón, murió el viejo rey Glass. La tribu se había cansado de su rey. Era considerado como brujo poderoso y malévolo; no se hablaba abiertamente de ello, pero pocos habrían osado acercarse de noche a su casa. Cuando al fin enfermó, todos parecían muy apenados. Pero varios de mis amigos me dijeron, en confianza, que toda la ciudad esperaba su muerte: hasta que murió. Una mañana me despertaron gritos, lamentos y gimoteos. Toda la ciudad parecía deshacerse en lágrimas; el duelo y las lamentaciones duraron seis días. Al segundo día, el antiguo rey fue enterrado en secreto. Algunos de los hombres de más confianza de la tribu lo llevaron a un lugar que sólo ellos conocían y que permaneció para siempre oculto de todos los demás. Durante los días de luto los ancianos de la aldea estuvieron atareados con la elección de un nuevo rey. También este acontecimiento es secreto, y sólo al

séptimo día comunican al pueblo cuándo ha de ser coronado el nuevo rey. Éste mismo es mantenido hasta el final en la ignorancia.

»La casualidad quiso que la elección recayera sobre Njogoni, un amigo mío. Era de buena familia y estimado entre el pueblo, así es que obtuvo mayoría de votos. No creo que Njogoni tuviera la menor sospecha de su elevación. Cuando en la mañana del séptimo día se paseaba por la playa, fue asaltado por toda la población. Luego se cumplió con él una costumbre que precede a la coronación y que a cualquiera, menos a un hombre muy ambicioso, debe privar de las ganas del trono. En una compacta masa lo rodearon y lo colmaron de insultos, como sólo los puede idear el más sórdido de los populachos. Algunos le escupían al rostro, otros le golpeaban con los puños, algunos le daban patadas, otros le lanzaban objetos asquerosos, mientras que los desdichados que estaban demasiado lejos y sólo podían alcanzar al pobre muchacho con sus voces, le insultaban a él, a su padre, a su madre, a sus hermanos y hermanas y a sus ancestros hasta las más remotas generaciones. Un extraño no habría dado un centavo por la vida de aquel que estaba a punto de ser coronado rey.

»En medio de todo ese alboroto y de la pelea oí algunas palabras que me sirvieron de aclaración. Por momentos se escuchaba exclamar a alguien que le había dado un golpe o una patada singularmente violentos: "Tú aún no eres nuestro rey. Ahora aún podemos hacer contigo lo que se nos antoje. Después ya tendremos que obedecerte".

»Njogoni se mantenía firme como un hombre y futuro rey. Permaneció sereno y soportó todas las injurias con la cara sonriente. Después de aproximadamente media hora se le llevó a la casa del antiguo rey, donde tuvo que sentarse y dejarse insultar otra vez brevemente por el pueblo.

»Entonces se hizo el silencio. Los ancianos se pusieron de pie y hablaron con solemnidad, el pueblo repitió sus palabras: "Te elegimos ahora nuestro rey. Prometemos que te escucharemos y obedeceremos".

»Siguió un silencio; se trajo un sombrero de copa, que aquí es considerado emblema de la dignidad real y se colocó sobre la cabeza de Njogoni. Fue ataviado con una vestidura roja y luego recibió de todos, que poco antes lo habían insultado, las mayores muestras de veneración.

»Siguió una fiesta que duró seis días. El rey, que con el cargo también había adoptado el nombre de su predecesor, debía recibir a sus súbditos en su propia casa y no debía salir. Fueron seis días de gula indescriptible, de bestial borrachera y de atronador bullicio festivo. Un sinnúmero de forasteros llegó de las aldeas vecinas para atestiguar su respeto. Todos traían más ron, más vino de palma y comida. Cualquier cosa que contribuyera a realzar el ambiente festivo se repartía y todos los que llegaban eran bienvenidos.

»El viejo rey Glass había sido olvidado; y el nuevo rey Glass, el pobre, estaba enfermo de fatiga. Día y noche debía recibir gente, y con cada uno mostrarse cortés.

»Al fin se acabó el ron, el plazo fijado se había cumplido, y volvió a reinar la calma. Ahora, por primera vez, a la nueva majestad le fue permitido salir y visitar su reino.»

La sucesión de los acontecimientos, en cuanto hacen participar a las masas, es aquí de extraordinaria importancia. Todo comienza con la muta de lamentación en torno al rey muerto, que dura seis días. Luego, de pronto, al séptimo día, viene el asalto del elegido. Todos los impulsos hostiles contra el muerto se desahogan en su sucesor. La masa de acoso que se constituye en torno suyo es en realidad una masa de reversión; no va dirigida contra él, sino contra el muerto.

Uno se libera del odio contra el muerto, que gobernó demasiado tiempo y ante quien al final sólo se sentía miedo. El nuevo gobierno comienza por la situación que todo poderoso más teme: como un cerco de subditos alzados que se le vienen peligrosamente encima. Pero él permanece sereno, porque sabe que esta hostilidad está desplazada, se la representa y no va dirigida realmente contra su persona. No obstante todo debe quedar en su memoria como penoso comienzo de su gobierno, como advertencia de lo que podría suceder en cualquier momento. Todo rey asume aquí su cargo en medio de una revolución. Es la revolución atrasada contra un rey ya difunto, y el recién elegido como futuro reemplazante de él sólo es su objeto aparente.

La tercera situación esencial es la fiesta que, como antes el duelo, también dura seis días. La distribución de alimentos y bebidas, su consumo colectivo, desenfrenado, expresan la multiplicación que se espera del nuevo detentador del poder. Así como ahora, al comenzar a gobernar, también más tarde el reino ha de desbordar de ron y de vino de palma y todos han de tener para comer más de lo que necesitan. Para la obtención de tal multiplicación se entroniza al rey. La masa festiva en cuanto verdadero comienzu de su gobierno, avala la venidera multiplicación.

El informe de Du Chaillu tiene cien años. Posee la ventaja de ser por entero una visión desde el exterior, no está recargado de detalles. Hoy se sabe mucho más acerca de los reyes africanos. Es útil pasar también en revista uno de los informes más recientes.

El rey de Yukún en Nigeria era un ente sagrado, cuya vida se movía dentro de límites estrictamente observados. Su tarea más noble no era la de conducir a su pueblo a la lucha como guerrero o de destacarse por una sabia administración de su país. No importaba que fuese una gran personalidad; más bien se le consideraba como el continente viviente del que fluían las fuerzas que aseguran fertilidad

a la tierra y germinación a los granos, y con ello brinda vida y bienestar al pueblo. A la conservación de estas fuerzas servían las ceremonias que determinaban el transcurso de sus días y años.

El rey rara vez aparecía en público. Su pie descalzo no debía rozar el suelo, pues la consecuencia habría sido el marchitarse de los frutos del campo; tampoco debía recoger nada de la tierra. Si se caía del caballo, en otro tiempo se le daba muerte. A nadie estaba permitido mencionar que estaba enfermo. Si se veía afectado por una enfermedad seria se le estrangulaba en silencio. Escuchar el gemir de un rey enfermo, así se decía, habría creado confusión entre el pueblo. Estornudar le estaba permitido: cuando el rey de Yukún estornudaba, los hombres presentes se golpeaban los muslos con murmullos de aprobación. Era indebido hablar de su «cuerpo» o dar la impresión de que tenía un vientre humano ordinario. En vez de ello se usaba una palabra especial, que sólo se dedicaba a su persona. Esa palabra designaba toda acción suya, pero también el mandato que se originaba en su boca.

Cuando el rey debía cenar, funcionarios especiales emitían prolongados gritos, otros se daban por una docena de veces sonoros golpes sobre los muslos. En el palacio como en toda la ciudad comenzaba entonces a reinar el silencio, las conversaciones se apagaban, cada uno dejaba de lado el trabajo. La cena del rey era sagrada y le era servida como a una divinidad, en solemne ceremonial. Cuando había terminado, nuevos gritos y golpes, repetidos por los funcionarios en el patio exterior, anunciaban que trabajo y palabra estaban nuevamente permitidos.

Si el rey montaba en cólera, si señalaba a alguien con el dedo, si enfurecido golpeaba el suelo con el pie, ello era acompañado por la más espantosa de las consecuencias para todo el país. Entonces era indispensable calmarlo a tiempo por todos los medios. Su saliva era sagrada. Su pelo y uñas, cortados, los guardaba en un bolso él

mismo, cuando moría eran enterrados con él. En ceremonial invocación se le llamaba en alusión a sus fuerzas fertilizantes: «Nuestro grano de Guinea, nuestro maní, nuestras alubias». Se le atribuía poder sobre la lluvia y vientos. Una sucesión de sequía y malas cosechas daba testimonio de un disminuir de su fuerza y entonces en secreto y de noche se le estrangulaba.

Un rey nuevamente elegido debía dar tres vueltas corriendo en torno a una colina, y durante ese tiempo los grandes lo trataban a empujones y puñetazos. Se le otorgaba una oportunidad ulterior y debía matar a un esclavo; si solamente lo hería, otro entonces lo mataba con lanza y navaja real.

Durante la coronación el caudillo de la estirpe del rey le decía: «Hoy te hemos dado la casa de tu padre. Todo el mundo es tuyo. Tú eres nuestro grano y nuestras alubias, nuestros espíritus y nuestros dioses. De ahora en adelante no tienes ni padre ni madre, pero tú eres padre y madre de todos. Sigue en las huellas de tus antepasados y a nadie hagas mal, que tu pueblo permanezca contigo y alcances con salud el término de tu gobierno».

Todos se prosternaban ante el nuevo soberano, se arrojaban polvo sobre la cabeza y exclamaban: «¡Nuestra lluvia! ¡Nuestra cosecha! ¡Nuestra riqueza! Nuestra salvación!»

El poderío del rey era absoluto, pero se había provisto lo necesario para que no se hiciera insoportable. Un consejo de nobles, presidido por el Abo o Ministro Principal, se sentía corresponsable. Si el capricho del soberano amenazaba con dañar el país o acaso había mala cosecha o si se producía otra calamidad nacional, podía demostrársele una falta en sus innumerables deberes mágicos y con ello atemperar su insolencia. El Abo tiene siempre acceso al rey; le estaba permitido advertirle y podía ponerle en grave aprieto con una ausencia prolongada de la corte.

Por regla, el rey no participaba en las expediciones de guerra. Sin embargo todo botín se consideraba propiedad suya. Pero él devolvía un tercio o la mitad del botín al guerrero que lo había hecho, como muestra de reconocimiento y expresión de la esperanza de que en el próximo encuentro se mostrara igualmente valeroso.

Si el rey había dado buen resultado, en otro tiempo, después de siete años de gobierno, era sacrificado en la fiesta de la cosecha.

En su Historia de África, primer intento serio de esta especie, Westermann habla de la «sorprendente regularidad en la estructura e instituciones de estos reinos». Encuentra una determinada cantidad de características que le son comunes. Vale la pena dar una enumeración reducida a lo más esencial de ellas e intentar respectivamente su interpretación en el sentido conseguido aquí.

«El rey posee fuerzas que brindan fertilidad al suelo. De él depende la prosperidad de los frutos de la tierra. A menudo también es al mismo tiempo hacedor de lluvia.» El rey aparece aquí como multiplicador, es su cualidad cardinal. Podría decirse que, en realidad, es en virtud de esta cualidad de multiplicar como se llegó a la institución de la monarquía. Órdenes de todo tipo emanan de él; pero la forma más peculiar de la orden, que se encuentra en él, es la coacción a crecer. «Tú eres padre y madre de todos», se dice en el relato sobre Yukún. Ello no sólo significa que él alimenta a todos, también insta a todos y todo a crecer. Su poder en este caso es el de la muta de multiplicación. Lo que ella debía lograr como un todo, su plena sustancia, ha sido transferido a él, a uno solo. Por su comportamiento puede avalar una constancia, que no es posible a la muta de multiplicación: ésta está formada por muchos y siempre vuelve a separarse. Él abarca, como un cántaro netamente delimitado por afuera todas las fuerzas de multiplicación. Su sagrado deber es no dejarlas escapar. De ello se originan asimismo las características siguientes:

«Para conservar su fuerza de crecimiento y preservarlo de todo daño, su persona es rodeada por infinitud de prescripciones y prohibidones, que no pocas veces casi lo incapacitan para actuar.» Lo precioso del rey, que en verdad es lo precioso de su contenido, conduce a su rigidización. Es un cántaro lleno hasta el borde, y nada debe derramarse.

«No es visible o lo es sólo en ciertas épocas. No puede abandonar el recinto de su palacio, o sólo de noche o en oportunidades especiales. No se le ve comer o beber.» Su aislamiento lo protege de todo lo que podría ejercer una influencia nociva sobre él. Su rareza significa que sólo existe para fines muy especiales. El comer y beber, en cuanto disminución, no combinan bien con él en cuanto multiplicador. Debería poder subsistir sólo de por sí, gracias a las fuerzas con que está cargado.

Decisiva en el rey es su unicidad. El mismo pueblo, que puede tener muchos dioses, tiene un rey. Es importante —como se ha visto—, que esté aislado. Entre él y sus subditos se crea artificialmente una distancia que se mantiene por todos los medios. Se muestra poco o nada, o en algún tipo de embozo que lo oculta por completo o en buena parte. Su preciosidad se subraya de todas las ma-neras: por un lado, al estar vestido con cosas preciosas o rodeado de ellas; pero por otro también por lo escaso de su aparición. Lo protege una guardia del cuerpo, ciegamente entregada a él, y unos recintos cada vez más vastos. La ampliación de su cortijo, la creación de recintos cada vez más amplios, sirve tanto al distanciamiento como a la protección.

Unicidad, aislamiento, distancia y preciosidad son pues un importante grupo de rasgos aferrables a primera vista. «Las manifestaciones corporales del rey, toser, estornudar, sonarse, son imitadas o aplaudidas.» Si el rey de Monomotapa tenía cualidades buenas o malas, cualquier dolencia física, una tara, un vicio o una

virtud, sus camaradas y su servidumbre se esforzaban en imitarlo. Si el rey era cojo, sus camaradas renqueaban. Ya de la Antigüedad nos informan Estrabón y Diodoro que cuando el rey de Etiopía era mutilado en cualquier parte de su cuerpo, todos sus cortesanos debían sufrir la misma mutilación. Un viajero árabe, que a comienzos del siglo pasado visitó la corte de Darfur, cuenta acerca de las obligaciones de los cortesanos: cuando el sultán carraspea, como si quisiera hablar, todos emiten el sonido «ts, ts». Cuando estornuda, toda la asamblea imita el grito del yeko, y es como si alguien estuviera azuzando su caballo. Si el sultán se caía del caballo, todos sus cortesanos debían caerse del caballo. A quien no lo hacía, por elevado que fuese su rango, se le tendía en el suelo y se le golpeaba. Cuando en la corte de Uganda reía el rey, reían todos; cuando estornudaba, estornudaban todos; cuando tenía un enfriamiento, todos aseguraban tenerlo; si se le cortaba el pelo, todos se hacían cortar el pelo. Esta imitación de los reyes, por lo demás, no está por cierto restringida al África. En la corte de Boni, en Célebes, era costumbre que los cortesanos hicieran todo lo que el rey hacía. Si éste estaba de pie, ellos estaban de pie; si estaba sentado, estaban sentados; si se caía de su caballo, se caían de los suyos. Si tenía ganas de bañarse, se bañaban con él. Los transeúntes debían entrar en el agua tal cual estaban, independientemente de lo adecuado de la vestimenta que llevaban. Desde China nos informa un misionero francés: cuando el emperador de China ríe, ríense también los mandarines. Apenas deja de reír, también dejan ellos. Si el emperador está triste los rasgos de ellos se vacían. Se creería que sus caras están hechas de resortes y que el emperador puede accionarlos y ponerlos en funcionamiento a su antojo.

La ejemplaridad del rey es general. A veces se reduce a la admiración y veneración. Nada de lo que él hace carece de significado. En cada una de sus exteriorizaciones se descubre un sentido. A veces, sin embargo, se va más allá y se percibe cada exteriorización como una

orden. Que él estornude significa: ¡Estornudad! Que se caiga del caballo: ¡Caed! Tan repleto de fuerza de mando está que nada sucede porque sí. La orden ha migrado en este caso de la palabra a la acción ejemplar. Se agrega a esto que toda su existencia apunta a la multiplicación, el acrecentamiento; como hemos dicho es su ralson d'étre. Así también todo movimiento y manifestación suyos tienen tendencia a despertar una multiplicidad análoga. Podría decirse que en tales oportunidades su corte se convierte en una especie de muta de multiplicación, si no por lo que respecta a su sentimiento interno, sí por lo que hace a su comportamiento externo. Todos hacen lo mismo, pero el rey lo hace primero. La corte, convertida en un cristal de masa, retorna así a su origen, a la muta de multiplicación.

También la aclamación y el aplauso pueden considerarse expresión de una voluntad de multiplicación. Determinados gestos o expresiones, considerados ejemplares, se fortalecen con aplausos y se alienta su repetición. Muy pocos son capaces de sustraerse a la obligación que emana de mil manos aplaudientes: la producción del aplaudido tiene que multiplicarse.

«Si el rey comienza a envejecer, su fuerza mágica se halla amenazada. Puede disminuir o debilitarse, puede invertirse en su contrario en virtud de potencias malignas. Por. ello al rey que envejece se le priva de la vida para traspasar su fuerza mágica al sucesor.» La persona del rey sólo es de importancia mientras esté intacta. Como cántaro intacto es capaz de contener las fuerzas de multiplicación. El menor efecto lo hace sospechoso a sus subditos: Podría perder algo de la sustancia que le es confiada, y poner en peligro el bienestar de su gente. La constitución de estos reinos es la constitución física del rey mismo. Está, por así decir, entregado a su vigor y salud. A un rey que muestra canas, cuya fuerza visual disminuye, que pierde los dientes, a un rey impotente se le asesina; o debe suicidarse. Se le envenena o se le estrangula. Se prefieren estas maneras de morir pues no está permitido derramar su sangre. A veces la duración de su gobierno

está fijada de antemano en cierto número de años. El rey de Yukún, como se ha visto, originalmente reinaba siete años. Según una tradición de los bambara el rey recién elegido determina él mismo la duración de su gobierno. «Se le ponía una cinta de algodón alrededor del cuello, y dos personas tiraban de los extremos, en dirección opuesta, mientras él extraía de una calabaza todos los guijarros que podía coger: ellos indicaban los años de su gobierno, después de cuyo transcurso era estrangulado.»

Pero no sólo se logra la salvación de su preciosa sustancia de multiplicación por medio de la limitación artificial de su vida. Su pasión de sobrevivir, que podría adquirir proporciones peligrosas durante su gobierno, se amortigua y doma desde el comienzo. Sabe cuándo va a morir: antes que muchos de sus subditos. Tiene siempre ante los ojos la fecha de su muerte, precisamente por eso está en notable inferioridad con respecto a ellos, a quienes domina. Haciéndose cargo del gobierno renuncia terminantemente a sobrevivir. Es una especie de pacto que celebra así con ellos. El cargo que alcanza es de veras una carga. Cumplido cierto plazo, se declara dispuesto a ofrecer su vida en sacrificio.

Los insultos y golpes a los que se somete antes de asumir su gobierno, son un preaviso de lo que le aguarda al final. De la misma manera en que ahora acepta todo, aceptará más tarde también su destino. El fin del rey se anticipa. Sea que se le amenace con la posibilidad de tal fin, sea que se considere el fin ya solemnemente establecido, la masa de acoso que se forma antes de que inicie su gobierno le hace ver con dolorosa claridad que no gobierna por sí mismo. Del rey de los yoruba se dice que antes que nada era sometido a una paliza. Si no soportaba el dolor con indiferencia, se le desechaba. Puede que recayera la elección sobre uno de los príncipes más pobres, tranquilamente dedicado a sus ocupaciones y sin la menor aspiración al trono: a tal príncipe entonces se le hacía comparecer y se le maltrataba, para su gran sorpresa. En Sierra

Leona, un hombre, antes de su proclamación, era cargado de cadenas y molido a palos. Recuérdese el relato de Du Chaillu sobre la elección del rey en Gabón.

Entre la muerte de un rey y la entronización de otro se vivía en un estado de anarquía. Ésta se manifestaba con cierto significado en el maltrato del que había sido elegido rey. Pero podía también volverse contra los débiles e indefensos. Entre los mosi de Waga-dugu, después de la muerte del rey, todos los delincuentes salían de las cárceles. El asesinato y el pillaje estaban permitidos y cada cual hacía lo que se le antojaba. En Ashanti eran los miembros de la familia real quienes aprovechaban de este período de anarquía: podían matar y robar a todo ciudadano. En Uganda se procuraba mantener en secreto la muerte del rey; luego, quizá después de dos días, se apagaba el fuego sagrado que ardía a la entrada del recinto real, y comenzaba una gran lamentación. Los tambores redoblaban con ritmo fúnebre, el país se enteraba entonces de lo que había ocurrido; pero nadie debía hablar de la muerte, sólo se decía: el fuego está apagado. Seguía un estado de desorden salvaje. Las gentes procuraban robarse entre sí, sólo los jefes con fuerte escolta podían sentirse seguros. Los jefes menores corrían el peligro de ser muertos por jefes más fuertes, que durante el breve interregno hacían lo que les placía. Claro es que, bajo tales circunstancias, los débiles y los in-defensos llevaban la peor parte. Con el nuevo rey volvía el orden. Lo representaba propiamente en su persona.

La sucesión de ningún modo estaba siempre claramente reglamentada. Pero aun cuando lo estaba, uno se atenía a ella sólo si se le obligaba. En los estados Hima se halló una concepción peculiar de la sucesión. Ha sido interpretada con comprensión por Oberg en su excelente estudio sobre el reino Ankolé.

También aquí el rey debía tomar veneno no bien sus mujeres y jefes advertían en él signos de debilidad. Se le concedía a su fuerza el

mayor peso. También era decisiva para la elección del sucesor. A los gobernantes hima les importaba que el más fuerte de los muchos hijos del rey asumiera la sucesión. Sólo podía tomarse una decisión en el combate. Durante la guerra de sucesión, que así era inevitable, Ankolé no podía permanecer oficialmente sin rey. Tras las ceremonias fúnebres por el soberano difunto, en su recinto tenía lugar un combate entre pastores ordinarios; el vencedor era proclamado como una especie de rey de farsa. Los hermanos reales legítimos contemplaban el combate, pero después de que estuviese decidido cada uno reunía a sus partidarios en torno suyo y partía en busca de los tambores regios. Si se encontraban en el camino, se iba al combate. Un príncipe con menos partidarios era muerto o huía a otro país. Todo ardid de guerra estaba permitido; un hermano intentaba espiar donde estaba el otro para aproximársele sigilosamente al amparo de la noche y asaltarlo de improviso. Le apuñalaba durante el sueño; le ponía veneno en la comida. Apelaba a procedimientos de magia o se servía de ayuda exterior. Cada hijo era apoyado por su madre y hermana, quienes utilizaban hechizos contra sus enemigos y buscaban protegerlo de los espíritus de los asesinados.

El hijo predilecto, sobre el que había recaído la elección del antiguo rey, se mantenía oculto durante el combate.

La guerra de sucesión podía durar meses; durante este período el país vivía en un estado de caos. Todos buscaban protección junto a sus parientes. Mucho era el ganado robado, cualquiera que guardase un resentimiento en su pecho utilizaba la confusión del país para vengarse de su enemigo. Sólo los grandes jefes, que«vigilaban las fronteras de Ankolé, no tomaban parte de esta guerra e intentaban durante ese tiempo defender el país de los invasores foráneos.

Un príncipe tras otro era muerto o forzado al exilio, hasta que quedaba uno solo entre los combatientes. Sólo entonces salía de su

escondite el hijo predilecto del antiguo rey y se medía con el triunfador de entre sus hermanos. La meta verdadera de la lucha era la posesión de los tambores regios. El hijo predilecto no siempre vencía pero por lo común tenía de su lado a los hechiceros más poderosos y un gran número de partidarios. Cuando todos sus hermanos estaban muertos, el superviviente se trasladaba con los tambores regios, su madre y su hermana de vuelta a la corte. El rey de farsa era ultimado y el vencedor proclamado rey.

Así los rivales quedaban todos exterminados. El superviviente, como vencedor, era considerado el más fuerte, y todos se inclinaban a su paso. Es de suponer que también otros estados Hima, donde las guerras de sucesión eran la regla, se fundamentaran sobre el mismo principio. Se quería tener de rey al superviviente. El haber matado a tantos enemigos le confería el poder que de él se deseaba.

Pero la guerra por la sucesión no era el único medio para dar fuerzas al rey. El nuevo gobernante era fortalecido por la supervivencia también de otra manera. En el reino Kitara, que limitaba al norte con Ankolé, se resumía la lucha por la sucesión después de decidida, en un asombroso rito durante la coronación del nuevo rey. Se la presenció por última vez durante la ascensión al mando del rey Kabarega, en el año 1871; existe un relato al respecto.

Entre los príncipes había siempre también muchachos, que por ser demasiado jóvenes no habían participado en la lucha. Seguían con vida cuando sus hermanos adultos habíanse exterminado recíprocamente, a excepción del vencedor. A uno de estos hermanos menores el jefe supremo que hacía las veces de una especie de regente, intentó convencerlo de que era él el rey electo; todos los jefes presentes lo confirmaron. El muchacho sabía, sin embargo, qué era lo que se planeaba, y dijo: «No me engañen, no soy rey, ustedes sólo quieren matarme». Pero debía someterse y se le sentó en el trono. Los jefes comparecieron, le ofrendaron presentes

y le rindieron todo homenaje. Con ellos venía Kabarega, el vencedor, de cuya coronación se trataba en realidad, vestida como un simple príncipe; traía una vaca como regalo. El regente le preguntó: «¿Dónde está mi vaca?» Kabarega replicó: «Se la he traído a la persona que la merece, al rey». El regente consideró tal respuesta una afrenta y azotó el brazo de Kabarega con un cordón. Kabarega salió furioso y buscó a sus guerreros. El regente los vio aproximarse y le dijo al muchacho en el trono: «¡Viene Kabarega, al combate!». El muchacho quiso escapar, pero el regente lo agarró, lo condujo a la parte posterior de la sala del trono y lo estranguló. Fue enterrado en el edificio.

La disputa entre el regente y el nuevo soberano era fingida. El destino del muchacho-rey estaba prefijado: siempre se le elegía y se le mataba durante las ceremonias, según se decía, «para engañar a la muerte». La guerra estaba decidida, los rivales todos muertos; pero durante la coronación el rey debía aún sobrevivir a un muchacho, que era su hermano, y la víctima era enterrada en el recinto más interior, donde estaban el trono y los nuevos tambores regios.

De significado simbólico era en el reino de Kitara el arco real; debía recibir nuevas cuerdas durante la coronación. Se elegía un hombre, para quien era un honor donar los tendones de su propio cuerpo. Él mismo dirigía la operación, durante la que le extirpaban los tendones de su lado derecho; luego moría de las consecuencias. El arco y cuatro flechas eran entregados al rey. Disparaba una por vez hacia los cuatro puntos cardinales y decía: «Yo disparo a las naciones para dominarlas». Con cada flecha mencionaba los nombres de las naciones que quedaban en tal dirección. Se buscaban las flechas, se las traía y se las guardaba. Al comienzo de cada año el rey repetía este «flechar de las naciones».

El más fuerte de los reinos vecinos, con el que Kitara siempre estaba en guerra, era Uganda. Aquí, cuando el rey accedía al trono, se decía

que se había «comido a Uganda» o «comido los tambores». La posesión de tambores era signo de cargo y autoridad. Había tambores regios y tambores de jefes. Cada cargo se reconocía por el ritmo de sus tambores. Durante las ceremonias de inauguración el rey decía: «Yo soy el rey de Uganda. Viviré más que mis ancestros para gobernar a las naciones y aplastar los levantamientos».

El primer deber del nuevo rey era el luto por el rey muerto. Al final del período de duelo, el rey hacía batir los tambores. Al día siguiente tenía lugar una cacería. Se traía una gacela y se la dejaba en libertad: el rey debía cazarla. Luego se apresaba a dos hombres en la calle, transeúntes casuales: uno era estrangulado, al otro se le concedía la vida. La misma tarde el rey ascendía a la vieja silla del trono. Ante un alto dignatario prestaba juramento. Dos hombres fornidos lo acarreaban sobre sus hombros por el campamento para que el pueblo lo venerara.

Luego se conducía a presencia del rey dos hombres con los ojos vendados. A uno lo hería levemente con una flecha y lo enviaba como a una especie de chivo expiatorio al país enemigo, Kitara. Al segundo hombre lo liberaba y nombraba capataz de la corte interior del rey y guardián de sus mujeres. A este nuevo capataz se le conducía junto a ocho prisioneros a un lugar de sacrificio. Allí se le vendaba los ojos y siete de los presos eran abatidos a garrotazos en su presencia; la muerte del octavo le estaba permitido mirarla. Se decía que estas muertes infundían fuerzas al rey. Al capataz le daban vigor y fidelidad.

Después que el rey hubiera gobernado dos o tres años se le volvían a presentar dos hombres. A uno lo hería, al otro lo graciaba. El herido era muerto fuera del recinto, junto a la entrada principal. Al otro se lo nombraba ayudante del capataz. Su primera tarea des-pués de su nombramiento era recoger el cadáver del muerto y arrojarlo al río más cercano.

También a estos hombres se los asesinaba para fortalecer al rey. Se mataba para mostrar que él había asumido su gobierno, y se mataba para que sobreviviese siempre. Del sobrevivir mismo extraía poder. Una costumbre llamativa y quizá peculiar de Uganda era la presentación de víctimas en parejas. Uno muere, y al otro se le concede la gracia del perdón.

El rey ejerce el doble derecho que le corresponde, simultáneamente. Extrae fuerza de uno; pero el conceder el perdón al otro le favorece igualmente. Ya que éste es testigo del destino que cae sobre aquél, él mismo se fortalece por la supervivencia y porque el elegido para el perdón se convierte en un servidor tanto más fiel del rey.

Sorprende que después de tantas faenas un rey en Uganda pudiera morir. También en otras oportunidades se le sacrificaban vidas. La idea de que ganaba en poder gracias a la mera supervivencia había llevado a la institución permanente de sacrificios humanos. Pero se trataba de una institución religiosa, vigente independientemente de los apetitos privados de tal o cual rey. A ello se agregaban sus propios caprichos espontáneos, y le era peculiar el que fuesen peligrosos.

Un atributo capital del rey africano era su poder absoluto sobre la vida y la muerte. Tremendo era el terror que de él emanaba. «Ahora tú eres Ata, tú tienes poder sobre la vida y la muerte. Mata a todo el que diga que no te teme.» Así dice la fórmula de entroni-zación del rey de Igara. Mataba a quien quería y sin aducir motivos. Su humor bastaba. A nadie debía cuentas al respecto. En muchos casos, él mismo no debía derramar sangre. Pero el verdugo, que lo hacía en su lugar, asumía el cargo más imprescindible de la corte. Que el hombre que originalmente tuvo el cargo del verdugo llegase a ser el primer ministro del país, como en Dahomey; o que entretuviera a cientos de verdugos como una especie de casta, como en Ashanti; o que el ejecutar se redujese a casos convenientes, siempre la

imposición de penas de muerte fue un derecho indiscutido del rey, y si no lo había ejercido desde hacía mucho o nunca, se acercaba la hora del menguar de su poder, se le dejaba de temer y caía en el desprecio.

El rey era visto como un león o un leopardo, bien porque tales animales fuesen considerados su ancestro, bien porque participaba de sus características sin descender directamente de ellos. Su naturaleza de león o de leopardo significaba que tenía que matar como matan estos animales. Era correcto y debido que matase. Su voluntad de matar debía serle innata. El terror que emanaba de estos animales había de infundirlo él como ellos.

El rey de Uganda comía solo, nadie debía verlo mientras comía. Una de sus mujeres debía alcanzarle la comida. Durante la cena, ella debía volver la cara. «El león come solo», decía el pueblo. Si no le gustaba su comida o si no se le aportaba con la suficiente premura, hacía llamar al culpable y lo atravesaba con una lanza. Si la sirviente tosía durante la comida se le daba muerte. Él siempre tenía dos lanzas a mano. Si alguien entraba por casualidad y sorprendía al rey durante la comida, se le acuchillaba en el acto. Entonces el pueblo decía: «El león durante la comida mató a tal o a cual». Sus restos de comida no debían ser tocados por nadie; se le daban a sus mastines favoritos.

Al rey de Kitara le daba de comer su cocinero. Éste traía la cena, clavaba un tenedor en la carne, ensartaba un trozo y lo metía en la boca del rey. Cuatro veces repetía esto y si, por casualidad, rozaba los dientes del rey con los del tenedor, se le castigaba con la muerte.

Cada mañana, después de ordeñar las vacas, el rey de Kitara ocupaba su trono y dictaba justicia. Exigía silencio y se irritaba si uno hablaba. Junto a él había un paje, que sobre el hombro diestro llevaba una piel de león; la cabeza del león colgaba y ocultaba la espada de doble filo del monarca, envainada en la piel. Cuando el rey

quería su espada, extendía la mano y el paje se la alcanzaba. Entonces el rey dejaba al culpable tendido en su patio con ella. También, si no, ejercía justicia sumaria dentro de su recinto, en el palacio. Se paseaba acompañado por el paje de la espada; cuando algo no le placía, extendía la mano y alguien podía darse por perdido.

Todas sus órdenes debían ser obedecidas sin objeción. No observarlas era sancionado con la muerte. La orden aparece aquí en su forma más pura y más antigua, como sentencia de muerte del león contra todo animal más débil, sin cesar bajo su amenaza. Si era un enemigo, había de estar siempre en fuga ante él. Si era un subdito, estaba obligado a servirle. Enviaba a sus gentes a donde quería: mientras le obedecieran les concedía la vida. Pero en realidad permanecía siempre como el león, y cuando tenía motivo o ganas, pegaba el zarpazo.

EL SULTÁN DE DELHI: MUHAMMAD TUGHLAK

Por una feliz circunstancia, ha llegado hasta nosotros un nítido retrato de este sultán de Delhi, más exacto de los que de costumbre se posee de los potentados orientales. Un célebre viajero árabe, Ibn Batuta, que visitó todo el mundo islámico de su época, de Marruecos a China, pasó siete años en su corte y a su servicio. Ha dejado una vivida descripción del sultán, de su carácter, de su corte y de sus medidas de gobierno. Ibn Batuta disfrutó largo tiempo del favor del sultán; vivió en mortal terror ante él cuando cayó en desgracia. Primero, como era costumbre, ganó sus favores por medio de la adulación y después procuró salvarse ante su ira llevando un tren de vida ascético.

«De todos los hombres este rey es el que con más gusto hace regalos y derrama sangre.» Después de sus experiencias en esta corte, Ibn Batuta tenía una idea clara como pocos sobre la doble cara del

poder, tanto la que prodiga como la que asesina. De la precisión psicológica de su narración hay una prueba irrefutable; existe un segundo relato que puede comparársele, creado independientemente. Un alto funcionario, que vivió más de diecisiete años en la corte de Muhammad, Ziuad din Barani, escribió no mucho después de la muerte del gobernante una historia de su época en lengua persa, que pertenece a las mejores obras de este género. Entre muchas otras, se transmiten allí tres conversaciones que el ulterior historiador sostuvo con el sultán mismo y que son sobremanera significativas del concepto que éste tenía de sus subditos y del gobernar. La descripción que ahora sigue se apoya en estas fuentes y hace amplio, y a menudo textual, uso de ambas.

Muhammad Tughlak se hallaba en la cumbre de la cultura de su época. Sus epístolas persas y arábigas eran consideradas modelos de elegancia y fueron admiradas aún mucho después de su muerte. Su caligrafía, como su estilo, en nada estaban a la zaga de los más célebres maestros de estas artes. Tenía imaginación y sabía manejar las parábolas; conocía a fondo la poesía persa; tenía una memoria excepcional y sabía de memoria muchas poesías, que citaba a menudo y con gusto. También estaba bien familiarizado con el resto de la literatura persa. Las matemáticas y la física, la lógica y la filosofía de los griegos lo absorbían en igual medida. «Los dogmas de los filósofos, la indiferencia y la dureza del corazón, tenían una poderosa influencia sobre él.» Pero también tenía la sed de saber del médico: él mismo cuidaba enfermos cuando un síntoma poco acostumbrado de enfermedad le interesaba en ellos. Ningún erudito, ningún calígrafo, ningún poeta, ningún médico podía hacerle frente en una discusión en su propio terreno. Era un hombre piadoso: se atenía estrictamente a los preceptos de su religión y no bebía vino. Para los cortesanos era recomendable respetar las horas de plegaria; quien no lo hacía era severamente castigado. Le importaba mucho la justicia; tomaba en serio no sólo las prescripciones rituales sino

también las prescripciones morales del Islam, y esperaba lo mismo de todos. En la guerra se destacaba por su coraje e iniciativa; se mentaban sus hazañas bélicas aún bajo el gobierno de su padre y de los antecesores de su padre. Es de importancia señalar esta multiplicidad de su naturaleza, porque todos los rasgos y actos por los que se hizo aterrador e incomprensible a sus contemporáneos, se hallaban en violento contraste con aquellas brillantes cualidades que tanto se admiraba y que siempre conservó.

¿Cómo era la corte de este justo y, en definitiva, cultivado monarca? Para llegar al interior del palacio era preciso atravesar tres puertas. Ante la primera montaba guardia la tropa junto a los trom-petistas y flautistas. Cuando llegaba algún emir u otra alta personalidad, soplaban sus instrumentos y anunciaban: «Ha llegado fulano, ha llegado fulano». Fuera de la primera puerta había unas plataformas sobre las que estaban sentados los verdugos. Cuando el sultán ordenaba la ejecución de un hombre, la sentencia era cumplida ante la puerta del palacio. Los cadáveres quedaban allí tendidos durante tres días. Quien se aproximaba al palacio se topaba siempre con cadáveres, montones y montañas de ellos que allí yacían. Barrenderos y verdugos, que debían acarrear los cuerpos y ejecutar a las víctimas, estaban siempre extenuados por su pesada e incesante labor. Entre el segundo y el tercer portal había una sala de recepción para el público en general. Ante la tercera puerta estaban sentados los «escribas de la puerta»; sin la autorización especial del sultán, de aquí nadie podía pasar. Cuando aparecía alguien junto a esta puerta el escriba anotaba: «Fulano llegó a la hora prima» o «a la segunda», según. Después de la oración de la tarde se informaba de ello al sultán. Quien durante tres o más días, con o sin justificativo, había permanecido ausente del palacio, no podía entrar sin renovado permiso del sultán. Si había estado enfermo o si tenía algún otro justificante, traía al sultán un presente adecuado a su rango. Tras esta puerta estaba la sala de audiencias del sultán propiamente dicha, la

«Sala de las Mil Columnas», un gigantesco espacio con un techo de madera maravillosamente artesonado y pintado.

Las audiencias por lo común tenían lugar por la tarde, a veces también temprano al amanecer. El sultán estaba sentado con las piernas cruzadas en su trono bajo un baldaquín forrado de blanco, un gran almohadón detrás suyo, otros dos como apoyo para los brazos a ambos lados. Ante él estaba, de pie, el visir; detrás, los secretarios, luego los intendentes y así sucesivamente según la jerarquía de la corte. «Mientras el sultán se sentaba, secretarios e intendentes gritan lo más fuerte que pueden: "¡Bismillah! (¡En nombre de Dios!)". Cien portadores de armas están parados a la derecha, cien a la izquierda, con escudos, espadas y arcos. Los demás funcionarios y dignatarios se ubican a ambos lados de la sala. Luego se hace entrar a sesenta caballos con arneses reales; se disponen a la izquierda y a la derecha de modo tal que el sultán lo« pueda ver. Después se hace entrar a cincuenta elefantes enjaezados con mantas de seda; sus colmillos están repujados con hierros que son muy eficientes para matar delincuentes. Sobre la cerviz de cada elefante está sentado su conductor, que sostiene una especie de hacha de hierro con la que castiga y dirige al animal. Sobre su lomo cada elefante porta una especie de caja que, según el tamaño del animal, tiene capacidad para más de veinte soldados. Estos elefantes están amaestrados para rendir homenaje al sultán y se inclinan ante él. Cada vez que se inclinan, los intendentes gritan estentóreamente: "¡En nombre de Dios!". También ellos están ubicados mitad a la derecha y mitad a la izquierda, detrás de las personas de pie. Cada persona que entra tiene un lugar determinado y no bien llega al lugar en que están los intendentes, hace su reverencia. Éstos entonces dicen: "En nombre de Dios", y regulan el volumen de su grito según el rango de la persona respectiva, que se retira a su lugar, del que no se mueve. Si quien viene a rendir homenaje es un hindú no creyente, los intendentes le dicen: "¡Dios te conduzca!"».

También la entrada del sultán en su capital ha sido muy vívidamente descrita por el viajero árabe.

«Cuando el sultán regresa de un viaje, se enjaezan los elefantes; sobre dieciséis de ellos se despliegan parasoles, algunos de brocado y algunos recamados en pedrería. Se construyen pabellones de madera, de varios pisos de altura y cubiertos de seda; en cada piso hay cantantes y danzarinas, maravillosamente vestidas y adornadas. En el centro de cada pabellón hay un gran recipiente de pieles, repleto con agua de melaza. Todos, tanto los forasteros como los nativos, pueden beber de ella y reciben al mismo tiempo hojas de betel y nueces de areca. El piso entre los pabellones está recubierto de seda, que pisan los caballos del sultán. Los muros de las calles por las que pasa, de la puerta de la ciudad hasta la puerta del palacio, están cubiertos con paños de seda. Delante de él marchan los lacayos, varios miles de sus esclavos; detrás viene el populacho y los soldados. En una de sus entradas a la ciudad vi, sobre elefantes, tres o cuatro pequeñas catapultas que lanzaban monedas de oro y plata entre el pueblo, desde el instante en que pisó la ciudad hasta que alcanzó el palacio.»

Muhammad era particularmente dadivoso con los extranjeros. Su servicio secreto le informaba sobre cada uno que llegaba a una de las ciudades fronterizas de su imperio. Su servicio de correos estaba organizado de manera ejemplar; un trayecto que demandaba cincuenta días a los viajeros, era cubierto por sus corredores, que se relevaban a cada tercio de legua, en sólo cinco días. No sólo sus cartas eran transportadas así, sino que frutas raras de Khurasán llegaban frescas a su mesa. Los criminales de estado, atados sobre parihuelas, eran colocados sobre la cabeza de los corredores y así llegaban hasta él tan de prisa como las cartas y la fruta. Los informes sobre los extranjeros en la frontera eran muy precisos: aspecto y vestimenta, número de acompañantes, de esclavos, servidores y animales, el comportamiento de pie, al caminar o estar sentado, por

cualquier cosa, era registrado cuidadosamente y con todo detalle. El sultán estudiaba detenidamente estos informes. El forastero, sin embargo, debía esperar en la capital de la provincia fronteriza, hasta que llegaban instrucciones del sultán: si podía proseguir viaje y con cuántos honores había de recibírsele. Cada cual era juzgado exclusivamente según su propia conducta, porque de su origen o de su familia en la India lejana, difícilmente podía saberse algo. Muhammed estaba muy especialmente interesado por los extranjeros, los hacía gobernadores y dignatarios. La mayoría de sus cortesanos, funcionarios, ministros y jueces eran extranjeros. Por decreto se les otorgó a todos el título de «Honorable». Les hacía pagar muy grandes sumas para su manutención y les obsequiaba también de múltiples formas. Por ellos la gloria de su dispendiosidad se difundió por todo el mundo.

Pero más aún que de su gloria se hablaba de su severidad. Castigaba los delitos grandes y pequeños sin tener en cuenta a la persona del acusado, así fuese hombre de erudición, de piedad o de rango elevado. Cada día le llevaban cientos de gentes en cadenas, atados de pies y manos. Unos eran ejecutados, los otros torturados, los terceros azotados. Era una disposición especial del sultán que a diario se condujera ante él a todos los ocupantes de sus cárceles, a excepción de los días viernes. El viernes era día de asueto para ellos, día de aseo y de reposo.

Una de las acusaciones más graves contra el sultán, fue la de haber obligado a los habitantes de Delhi a abandonar la ciudad.

Tenía, según creía, motivo para castigarlos. Acostumbraban escribirle cartas, en las que le insultaban y ofendían. Las sellaban, las rotulaban: «Al señor del mundo, a ser leído sólo por él en persona», y las arrojaban de noche en la sala de audiencias. Cuando el sultán rompía el sello no encontraba más que injurias y ofensas. Decidió reducir Delhi a escombros y luego de haber comprado a todos los

habitantes sus casas y residencias y haber pagado todo el precio por ellas, les ordenó trasladarse a Daulatabad, que quería establecer como capital. Se negaron; a ello hizo proclamar por su heraldo que transcurridos tres días no debía encontrarse ser humano alguno en la ciudad. La mayoría acató la orden, pero algunos se escondieron en sus casas. El sultán hizo registrar la ciudad en busca de las personas que se habían escondido. Sus esclavos encontraron a dos hombres en la calle, un tullido y un ciego. Se los condujo ante él; ordenó que se expulsara al tullido disparándolo de una catapulta y que al ciego se lo arrastrase de Delhi a Daulatabad; era un viaje de cuarenta días. Por el camino se hizo pedazos y todo lo que de él llegó a Daulatabad fue una pierna. Tras esto todo el mundo abandonó la ciudad, dejando atrás muebles y propiedad; la ciudad quedó completamente abandonada. Tan total fue la destrucción que no quedó ni un gato ni un perro en los edificios de la ciudad, en los palacios o arrabales. «Una persona en quien tengo confianza me relató que el sultán subió una noche al techo de su palacio y miró toda Delhi, donde no se veía fuego, ni humo, ni luz alguna, y dijo: "Ahora mi corazón está sereno y mi cólera apaciguada". Después escribió a los habitantes de otras ciudades y les ordenó transferirse a Delhi, para repoblarla. El resultado sólo fue la ruina de las otras ciudades. Delhi misma, a pesar de ello, permaneció vacía, dada su incalculable extensión, pues es una de las ciudades más grandes del mundo. En este estado encontramos la ciudad a nuestra llegada, vacía y, a excepción de unos pocos habitantes, despoblada.»

Esta amargura del sultán para con sus subditos no es quizás el resultado de un prolongado gobierno. Desde el comienzo mediaba entre él y sus subditos una tensión que, eso sí, creció con los años. La orden de abandonar Delhi vino ya en el segundo año de su gobierno. Sobre el contenido de las cartas que se le arrojaba en la sala de audiencias, sólo se pueden hacer suposiciones. Pero algo habla en favor de que se refieren al modo de su ascenso al gobierno.

El padre de Muhammad, Tughlak Sha, había perecido tras un gobierno de sólo cuatro años, víctima de un desgraciado accidente. Sólo pocos iniciados sabían qué es lo que había pasado realmente. El viejo sultán, que regresaba de una expedición, encargó a su hijo un pabellón de recepción. Tres días después, ya se levantaba, como de costumbre construido de madera, pero armado de tal manera que con un sólo golpe en determinado lugar debía poder derrumbarse. Cuando el sultán se dirigió al pabellón junto con su hijo menor, Muhammad pidió permiso para que hubiera una parada de elefantes. Le fue concedido. Los elefantes fueron guiados de tal manera que al pasar chocaron contra el punto débil de la construcción de madera. El pabellón se desplomó y sepultó al sultán junto con su hijo favorito. Las labores de salvamento fueron demoradas por Muhammad hasta demasiado tarde. El sultán y su hijo finalmente fueron encontrados muertos. Algunos aseveraban que el sultán, que se había inclinado sobre su hijo, aún respiraba y que, por decirlo así, lo asesinaron por segunda vez. Muhammad pudo ascender al trono sin oposición alguna, pero sin ningún poder sobre las malas lenguas; desde un comienzo fue sospechado de ser el asesino de su padre.

El sultanato de Delhi alcanzó bajo Muhammad Tughlak su máxima extensión. Pasaron más de doscientos años antes de que —bajo Akbar— volvieron a estar reunidas regiones tan vastas de la India bajo una sola mano. Pero Muhammad no estaba para nada conforme con las buenas dos docenas de provincias que se le adscribían. Quería someter a su dominio la totalidad del mundo habitable y para ello hacía grandiosos planes. No iniciaba a consejero o amigo alguno en estos proyectos, sino que los guardaba para sí tal como los concebía, sólo. Cualquier cosa que se le ocurriera le parecía bien. No tenía duda alguna, su meta le parecía evidente, los medios que para ello ponía en movimiento eran los únicos acertados.

De sus planes de conquista, los más ambiciosos eran un ataque a Khurasán e Irak, y otro a China. Para el primero reunió un ejército de 370.000 jinetes. Se sobornó con sumas gigantescas a los dignatarios de las ciudades amenazadas. Pero el ataque no se llevó a cabo o se malogró en germen; el ejército se desbandó. Sumas que, aun para las facultades de Muhammad, debían considerarse monstruosas, habían sido derrochadas en vano. El otro proyecto, la conquista de China, debía ponerse en marcha por el Himalaya. Se enviaron 100.000 jinetes a la montaña más alta, para dominar todo un macizo con su salvaje población y asegurar los pasos hacia China. Este ejército sucumbió, a excepción de diez hombres que consiguieron regresar a Delhi y a los que el sultán, en su decepción, hizo ajusticiar.

La conquista del mundo demandaba ejércitos colosales, y éstos a su vez exigían más y más dinero. Bien es cierto que Muhammad también tenía ingresos enormes. El tributo de los reyes hindúes sometidos afluía de todos lados. De su padre había heredado entre otras cosas un depósito lleno de una sólida masa de oro fundido. No obstante, más tarde experimentó apuros de dinero y buscó, como era su costumbre, un grandioso remedio para remediarlos de un solo golpe. Había oído hablar del papel moneda de los chinos y decidió permitirse algo semejante con el cobre. Hizo acuñar grandes cantidades de monedas de cobre y fijó su valor arbitrariamente a la par de las de plata. Ordenó que se las utilizara en lugar de oro y plata: todo se compraba y vendía ahora por cobre. La consecuencia de este edicto fue que la casa de cada hindú se transformaba en una casa de moneda. Los hindúes de las diferentes provincias acuñaron por su cuenta millones de monedas de cobre. Con ello pagaban su tributo, compraban caballos y todo tipo de objetos. Príncipes, caciques locales y terratenientes se enriquecieron con estas monedas de cobre, mientras que el estado empobrecía. Muy pronto el valor del nuevo dinero cayó vertiginosamente, mientras las viejas monedas,

ahora muy escasas, subieron al cuádruple o quíntupie de su valor. El cobre finalmente no valía más que guijarros. Cada cual acaparaba mercadería, el comercio se estancaba por doquier. Cuando el sultán vio el efecto de su edicto, lo revocó iracundo y ordenó que cuaquiera que poseyera monedas de cobre las trajera a la cámara del tesoro, que allí se las trocarían por las antiguas. Las gentes ahora sacaron todo el cobre de los rincones en que desdeñosamente lo habían tirado, y acudieron por miles a la cámara del tesoro, donde recibían oro y plata en su lugar. Montañas de monedas de cobre se acumulaban en Tughlakabad. El tesoro perdió grandes sumas. La falta de dinero se hizo aguda. Cuando el sultán llegó a apreciar lo que habían costado las monedas de cobre a su tesoro, se volvió aún más contra sus subditos.

Otro medio para hacer dinero era la imposición. Ya bajo sus predecesores los impuestos habían sido muy altos. Ahora habían aún aumentado, y la recaudación se hacía con despiadada crueldad; los campesinos se convirtieron en mendigos. Todo hindú que poseyera algo abandonaba su tierra y se unía en la jungla a los rebeldes, de los que había grupos de toda magnitud por doquier. La tierra yacía yerma, cada vez se producían menos cereales. Se llegó al hambre total, en las provincias nucleares del imperio. Cuando la lluvia se demoró, el hambre se hizo general. La hambrina duró varios años, las familias se desmembraron, ciudades enteras no tuvieron qué comer y miles de seres humanos perecieron.

Parece haber sido esta hambrina lo que provocó el vuelco propiamente dicho del destino del imperio, Los levantamientos aumentaban. Una provincia tras otra se emancipó de Delhi, Muhammad estaba permanentemente de viaje aplastando levantamientos.

Su crueldad crecía. Devastaba territorios enteros. Hizo rodear la jungla, adonde habían huido los rebeldes, y matar a quien quiera que

fuese apresado, hombre, mujer o niño. El terror que infundía era tan grande que con sólo aparecer la gente se le sometía, a no ser que hubiesen huido ya. Pero no bien había hecho la paz o creado un desierto, se desencadenaba el levantamiento en otra parte del país. A los gobernadores que desertaban los hacía desollar. Su piel se rellenaba con paja; luego enviaba estos inquietantes muñecos como escarnio por todo el país.

Muhammad no tenía remordimientos de conciencia por su crueldad. Estaba convencido de lo acertado de sus medidas. Las conversaciones que al respecto sostuvo con el historiador Zia Ba-rani son tan reveladoras que bien vale citar parte de ellas.

«Tú ves —dijo el sultán a Barani— cuántas revueltas se producen. No encuentro alegría en ellas, aunque la gente dirá que todas son provocadas por mi exagerada severidad. Pero no me harán desistir de la pena de muerte ni con tales comentarios ni con las revueltas. Tú has leído muchas obras de historia. ¿No has encontrado que los reyes bajo ciertas circunstancias imponen la pena de muerte?»

Barani citó en su respuesta a una alta autoridad islámica que consideraba permitida la pena de muerte bajo siete circunstancias. Todo lo que fuese más allá, sólo provocaba disturbios y levantamientos y era perjudicial para el país. Estas siete circunstancias eran: 1. Apostasía de la verdadera religión. 2. Asesinato. 3. Adulterio de un hombre casado con la mujer de otro. 4. Conjuración contra el rey. 5. Encabezamiento de una revuelta. 6. Connivencia con los enemigos del rey y transmisión de noticias a ellos. 7. Desobediencia que redundara en perjuicio del estado; pero ninguna otra desobediencia. Agregó que sobre tres de estos crímenes: apostasía de la religión, asesinato de un musulmán y adulterio con una mujer casada, el Profeta mismo se había pronunciado; que el castigo de las restantes cuatro sería más bien cuestión de política y de buen gobierno. Pero las autoridades, opina

Barani, habrían también subrayado que los reyes nombran visires a quienes luego as-cienden a altas dignidades y en cuyas manos ponen la administración de su imperio; que estos visires estaban para ocuparse de los decretos acertados y mantener en tan buen orden el país, que el rey se viese dispensado de mancharse con la sangre de un súbdito.

El sultán replicó a esto: «Las penas que en aquel entonces se proponía estaban ajustadas a aquel estado primordial del mundo. Hoy hay muchos más hombres malvados y levantiscos. Yo los castigo por la sola sospecha o la suposición de su rebelde y traidora intención, y castigo el más nimio de los actos de contumacia con la pena de muerte. Eso lo seguiré hacie'ndo hasta que yo muera o hasta que la gente se comporte de manera decente y renuncie a la rebeldía y la desobediencia. No tengo visir que establezca reglas para evitar el derrame de sangre. Yo castigo a la gente porque todos de una vez se hicieron enemigos y contrincantes míos. He repartido grandes riquezas entre ellos, pero no obstante no se volvieron amistosos ni leales. Su ánimo me es bien conocido, y veo que están descontentos y me son hostiles.»

En una conversación ulterior se lamenta de no haber hecho matar a tiempo a todos los que con sus levantamientos le causaron tanto fastidio. Otra vez —acababa de perder una de sus ciudades más importantes, la misma que por aquel entonces había asignado por la fuerza a todos los habitantes de Delhi— hace comparecer a Barani y le pregunta qué remedios habían aplicado los reyes anteriores en tales casos. Le dice que su imperio estaba enfermo y que ningún remedio servía. Barani opina que los reyes que habían reconocido que no poseen la confianza de su pueblo y llegado a ser objeto de aversión universal, habían abdicado y dejado el gobierno al más digno de entre sus hijos. Agrega que otros se habían dedicado a la caza y a las diversiones, dejando los negocios del estado a sus visires y funcionarios; que si el pueblo estaba conforme con ello y el rey no

era vengativo, la enfermedad del estado de esta manera aún podía curarse; que de todos los males políticos el mayor y más terrible era un sentimiento general de aversión y una carencia de confianza en todas las capas de la población. El sultán, sin embargo, tampoco se turbó por estos valientes y poco embozados consejos de Barani. Si lograba regular los asuntos de su imperio como él lo deseaba, pero y sólo entonces, confiaría el go¬bierno a tres personas determinadas e iría en peregrinación a la Meca. «Ahora estoy airado con mis subditos y ellos están enojados conmigo. Mis sentimientos les son conocidos, así como yo conozco los de ellos. Cualquier tipo de tratamiento que intente sería ineficaz. Mi remedio para los rebeldes, levantiscos y descontentos, es la espada. Impongo la pena de muerte y uso la espada para obtener la curación por el sufrimiento. Cuanto más resiste la gente, tanto más castigo le impongo.

El número de levantamientos y la conmoción general de su imperio, no obstante, tuvieron un efecto sobre el ánimo del sultán. Comenzó a sentir escrúpulos: no tanto por los montones de cadáveres que se acumulaban ante su palacio y en todas las provincias y ciu-dades que visitaba, como por la legitimidad de su señorío. Era, como quedó suficientemente aclarado, un hombre piadoso y justo y quería alcanzar para su regio cargo la suprema sanción espiritual que otorga el Islam. En siglos anteriores los califas de la Casa de los Abbasíes, que residían en Bagdad, eran considerados como la instancia pertinente. Pero su imperio ya no existía. En 1258 Bagdad había sido conquistada por los mongoles y el último Califa había sido asesinado. Muhammad Tughlak accedió al trono en 1325. Sus escrúpulos despertaron hacia 1340, cuando una tras otra de sus provincias comenzaron a desertar. No era nada claro para el sultán quién poseía entonces el derecho a la investidura. Realizó concienzudas investigaciones. Todos los viajeros que llegaban de poniente del Islam eran interrogados con la mayor minucia, hasta que finalmente llegó a la conclusión de que el califa de Egipto era su

«papa» anhelado. Entró en negociaciones con él, embajadas iban y venían. En sus cartas al califa se permitía lisonjas tan excesivas, que el historiador Barani, que al fin y al cabo debía estar acostumbrado, no se atrevió a repetirlas. Muhammad, con sus más altos dignatarios y teólogos, salió a recibir ante las puertas de la ciudad al emisario que el califa le había enviado; luego lo escoltó un trecho descalzo. Hizo retirar su propio nombre de todas las monedas e hizo poner en su lugar el del califa. En la oración de los viernes y días festivos se nombraba al califa. Pero con ello Muhammad aún no estaba conforme. Todos los reyes anteriores, que no habían sido confirmados por los califas, fueron suprimidos de la oración y su gobierno declarado nulo a posteriori. Sobre los edificios más altos fue inscrito el nombre del califa, ningún otro nombre podía aparecer junto al suyo. En un solemne diploma que, al cabo de una correspondencia de varios años, llegó desde Egipto, Muhammad era nombrado en todas sus formas representante del califa para la India. Este documento provocó tal dicha a Muhammad, que lo hizo poner en artificiosos versos por sus poetas de corte.

Por lo demás, Muhammad fue el de siempre, hasta el final. Su severidad creció con sus fracasos. No pereció en manos de un asesino. Después de veintiséis años de gobierno murió de una fiebre que contrajo en una expedición punitiva.

Muhammad Tughlak es el caso más puro de un detentador de poder paranoico. Lo exótico de su existencia la hace especialmente instructiva para un europeo. Todo en él se destaca, todo descuella. La estricta coherencia de su naturaleza es evidente.

Cuatro masas actúan en su espíritu: su ejército, su dinero, sus cadáveres, y la corte, de la que depende la capital. Las manipula incesantemente. Lo uno se acrecienta a expensas de lo otro. Con la ruina de los enormes ejércitos se agota el tesoro. Manda al exilio a toda su capital. En esta gran urbe de pronto queda, él solo,

satisfecho. Desde el techo de su palacio contempla la metrópoli vacía: la dicha del superviviente la gozó plenamente.

Cualquiera sea la acción que emprende, sabe conservar una de sus masas. Bajo ninguna circunstancia deja de matar. La institución permanente es el montón de cadáveres ante su palacio. Se hace presentar a diario a todos los prisioneros: como candidatos a la ejecución son su propiedad más preciosa. En el transcurso de su gobierno de veintiséis años los montones de cadáveres se difunden a todas las provincias de su imperio. Epidemias y hambrinas acuden en su ayuda. Se enfada por la inevitable caída de los impuestos. Pero mientras crece el número de sus víctimas nada logra conmover seriamente su autoconciencia.

Para mantener concentrada la energía de sus órdenes, que nada son sino sentencias de muerte, busca una suprema instancia que se la asegure. Dios, en quien cree como todo piadoso mahometano, no le basta. Busca la investidura del vicario legal de Dios.

Muhammad Tughlak ha sido defendido por los historiadores modernos de la India. Nunca escasearon panegiristas del poder. Los historiadores, profesionalmente poseídos por él, acostumbran justificarlo todo en base a la época, tras la que como conocedores pueden ocultarse con facilidad, o a la necesidad, que entre sus manos toma cualquier forma.

Tales interpretaciones valen también para casos que nos son más cercanos que el de Muhammad Tughlak. Aquí puede resultar de utilidad preventiva el descubrir los procesos del poder en un hombre que, por fortuna para el mundo, sólo lo detentaba en su delirio.

EL CASO SCHREBER. PRIMERA PARTE

Un documento abundante y fecundo a más no desear son las Memorias del antiguo presidente del Senado de Dresde, Schreber. Era éste un hombre de cultura y entendimiento; su profesión lo había educado para hacer formulaciones claras. Había pasado siete años como paranoico en varias clínicas cuando se decidió a poner por escrito con todo detalle lo que al mundo le parecería su sistema de delirio. Sus Memorias de un neurópata llegaron a ser todo un libro. Tan firmemente convencido estaba de la corrección y significación de su autocreada religión que, una vez dado de baja, la publicó impresa. Sus recursos lingüísticos parecen hechos de medida para representar tan peculiar formación de ideas; con ellos aprehende lo estrictamente necesario para que nada esencial quede oscuro. Defiende una causa y por fortuna no es poeta: así puede seguírsele por todas partes, sin tener que protegerse de él.

Quiero destacar algunos de los rasgos más notorios de su sistema, tan brevemente como sea posible. A mi parecer, este caso permite aproximarse mucho a la naturaleza de la paranoia. Si otros, que examinan el mismo documento, llegan a otros resultados, valga ello como prueba de la riqueza de estas Memorias.

La pretensión con que Schreber se presenta, se hace más nítida allí donde en apariencias él mismo la limita. «Es que yo también no soy más que un hombre —dice casi al comienzo—, y por ello estoy sujeto a los límites del conocimiento humano.» Es lo único que no admite duda para él, que se ha aproximado infinitamente más a la verdad que todos los otros hombres. Después pasa de inmediato a la eternidad. El pensamiento de la eternidad permea todo su libro, le significa a él más que al común de los hombres. Es ducho en ella y la contempla no sólo como si le correspondiese, sino como si le perteneciera. Calcula en gigantescos espacios de tiempo: sus experiencias abarcan siglos. Siente «como si noches singulares hubiesen durado siglos, de modo que dentro de este tiempo muy bien se podrían haber efectuado las más profundas modificaciones

de la humanidad, de la Tierra misma y de todo el sistema solar». En el espacio cósmico no se siente menos en su casa que en la eternidad. Le fascinan en especial algunas constelaciones y estrellas aisladas: Casiopea, Vega, Capella, las Pléyades. Habla de ellas como si se tratara de paradas de autobús, a la vuelta de la esquina. Con todo eso, es muy consciente de la distancia real que las separa de la tierra. Tiene conocimientos astronómicos y no achica el mundo. Al contrario, pareciera que los cuerpos celestes le atraen precisamente porque están tan distantes. La grandeza del espacio le seduce; quiere ser tan vasto como éste y esparcirse enteramente sobre él.

Pero no se tiene la impresión de que le importe el proceso de crecimiento; es más un extenderse que un crecer; quiere la anchura para fortalecerse y mantenerse en ella. La posición en cuanto tal es lo importante y no puede ser nunca lo suficientemente grande y eterna. El principio supremo que vale para él es el orden cósmico. Lo coloca por encima de Dios; cuando Dios intenta actuar en su contra, se topa con dificultades. Schreber habla a menudo de su propio cuerpo humano como si se tratara de un cuerpo celeste. El orden del sistema planetario lo mantiene ocupado como a los demás el orden familiar. Desea estar contenido en él, fijado a través de él. La inmutabilidad y duración de las constelaciones, como realmente se conocen ya desde hace milenios, pueden también haberle atraído en especial. Una «ubicación» entre ellas era una ubicación para la eternidad.

Este sentimiento de posición del paranoico es de significación esencial: se trata siempre de defender y de asegurar una posición exaltada. Tampoco en el poderoso, dada la naturaleza del poder, puede ser de otra manera: el sentimiento subjetivo que tiene de su posición en nada se diferencia del paranoico. Quien puede, se rodea de soldados y se encierra en fortalezas. Schreber, que se siente amenazado de múltiples maneras, se aferra a las estrellas. Porque, como se verá, el mundo está trastornado. Para hacer comprensibles

estos peligros, hay que decir algo acerca de la población de su mundo.

El alma humana, opina Schreber, está contenida en los nervios del cuerpo. Mientras el hombre vive, es cuerpo y alma a la vez. Pero cuando muere, los nervios subsisten como alma. Dios es siempre sólo nervio, nunca cuerpo. Es semejante pues al alma humana, pero infinitamente superior a ella, porque el número de los nervios de Dios es ilimitado, y son eternos. Los nervios de Dios tienen la propiedad de transformarse en rayos, los rayos del sol y de las estrellas por ejemplo. A Dios le complace el mundo que ha creado: no obstante, no interviene directamente en sus destinos. Después de la creación se ha retirado de él y en la mayoría de los casos permanece en lo remoto. Es que Dios no debe acercarse demasiado a los hombres, porque los nervios de los vivos tienen tal fuerza de atracción para él que ya no podría desprenderse de ellos y se vería amenazado en su propia existencia. Luego está siempre en guardia ante los vivos, y si alguna vez, a pesar de todo, se deja atraer a las cercanías por una plegaria ferviente o por un poeta, se retira lo más pronto posible, antes de que sea demasiado tarde.

«Un trato regular de Dios con las almas humanas sólo tiene lugar después de la muerte. Dios puede aproximarse a los cadáveres sin peligro, para sacar sus nervios del cuerpo y despertarlos a nueva vida celestial.» Pero antes los nervios humanos deben ser revisados y purificados para este fin. Dios sólo podía usar nervios humanos puros, porque era destino de ellos serle integrados y convertirse, por fin, «en vestíbulos del cielo, en partes constitutivas de él mismo». Un complicado proceso de purificación era necesario para ello, que ni siquiera Schreber es capaz de describir en detalle. Cuando las almas habían pasado entonces a través de este proceso y ascendido al cielo, olvidaban paulatinamente quienes eran en la tierra; pero no todas con igual velocidad. Hombres eminentes como Goethe o Bismarck, conservaban su autoconciencia quizá durante siglos; pero nadie, ni

el más grande, la conservaba para siempre. Porque finalmente «era destino de todas las almas amalgamarse en unidades superiores, fundidas con otras almas y con ello sentirse ya tan sólo —"vestíbulos del cielo"— partes constitutivas de Dios».

La fusión de las almas en una masa es aquí la suprema bienaventuranza. Se recuerdan no pocas representaciones de la iconografía cristiana: ángeles y santos, todos apretujados como nubes, a veces nubes de verdad en las que sólo mirando con detención se distinguen las cabezas. Esta imagen es tan corriente que ya no se piensa en su significado. Expresa que la bienaventuranza no sólo consiste en la cercanía a Dios, sino en el modo compacto de estar juntos los pares. Con la designación «vestíbulos del cielo» se realiza el intento de configurar aún más densa la consistencia de esta mas,a de almas bienaventuradas. Realmente se han amalgamado en «vanidades superiores».

Dios no comprende mucho de los hombres vivos. En partes ulteriores de las Memorias Schreber vuelve una y otra vez a reprocharle su incapacidad de comprender al hombre vivo y, particularmente, de juzgar correctamente su actividad pensante. Habla de la obcecación de Dios, que descansaría en su ignorancia de la naturaleza humana. Es que precisamente sólo estaría acostumbrado al trato con cadáveres y bien se guarda de acercársele demasiado a los vivos. El eterno amor divino, en el fondo sólo existía frente a la creación como totalidad. Dios no es un ser de esa perfección absoluta que le atribuyen la mayoría de las religiones. Si no, no se habría dejado inducir a conspirar contra los inocentes, que era el núcleo propiamente dicho de la enfermedad de Schreber. Porque en la "maravillosa construcción" del mundo, tal como recién se describió, apareció de repente una fisura. Sobre los reinos de Dios se ha declarado una grave crisis relacionada con el destino personal de Schreber.

Se trata nada menos que de un caso de asesinato de alma. Schreber ya había estado enfermo una vez y se había confiado entonces a un psiquiatra de Leipzig, el profesor Flechsig. Después de un año fue dado de alta y pudo retomar su profesión. Entonces Schreber había quedado muy agradecido al psiquiatra, más todavía su mujer, "que en el profesor Flechsig veneraba francamente a aquel que le había devuelto a su marido, y que por este motivo tuvo durante años su retrato sobre la mesa de trabajo". Schreber pasó pues ocho años sanos, dichosos y de mucho trabajo junto a su mujer. Durante todo este tiempo tuvo repetidas oportunidades de ver el retrato de Flechsig sobre la mesa de trabajo de su mujer, y ello tiene que haberle preocupado mucho, sin que supiera bien por qué. Cuando enfermó de nuevo y comprensiblemente acudió otra vez a Flechsig, que tan bueno había probado ser en otra oportunidad, resultó que el personaje del psiquiatra se había acrecentado en el espíritu de Schreber hasta alcanzar dimensiones harto peligrosas.

Quizá Schreber, que como juez poseía alguna autoridad, le había guardado rencor secreto por haber estado durante un año en su poder. Se formó en él la convicción de que Flechsig practicaba un asesinato o secuestro de su alma. La idea de que era posible apo-derarse del alma de otro era antiquísima y muy difundida. Era así que uno se apropiaba las fuerzas espirituales del afectado o conseguía una vida más larga para sí mismo. Por ambición y afán de dominar Flechsig había fraguado un complot con Dios y había procurado convencer a éste que no podía realmente depender del alma de un Schreber. Quizá se había tratado de una rivalidad incluso más antigua entre ambas familias: Schreber y Flechsig. Cualquier Flechsig puede haber tenido de pronto la sensación de que un miembro de la familia Schreber había aventajado a la suya. Por ello instigó una conspiración con elementos de los reinos de Dios, con miras acaso a que a los Schreber les fueran negadas determinadas profesiones, que podían llegar a tener relaciones más estrechas con

Dios. Una profesión así era la de neurólogo; dada la significación de los nervios como sustancia de la que consistía Dios como todas las demás almas, era evidente cuánto poder detentaba un neurólogo. Así, ningún Schreber era psiquiatra, pero sí un Flechsig; el camino ulterior para el secuestro de almas estaba abierto a los conjurados; Schreber hallábase en poder del asesino de su alma.

Quizá sea útil referirse ya aquí al significado que tienen los complots para el paranoico. Las conspiraciones o conjuraciones están para él a la orden del día, es casi imposible no toparse en él con algo que no se le parezca, aunque sea remotamente. El paranoico se siente cercado. Su enemigo principal nunca se conformará con atacarlo solo. Siempre procurará azuzar contra él una muta odiosa y echársela encima en el momento preciso. Los miembros de la muta, permanecen al comienzo ocultos, pueden estar en cualquier parte. Fingen ser inofensivos e inocentes, como si no supieran qué acechan. Pero la penetrante fuerza mental del paranoico logra desenmascararlos. Dondequiera que meta la mano extrae un conjurado. Siempre, aunque no ladre, la muta está presente; su disposición es inalterable. Una vez conquistados por el enemigo, siguen siendo lo que son, sus perros fielmente devotos. Puede tratarlos como quiera. Los mantiene sujetos a la trailla de su maldad aún a gran distancia. Los dirige como le da la gana, y de preferencia elige a aquellos que acosan desde todos lados simultáneamente y con gran superioridad al afectado.

Una vez urdida esta conspiración contra Schreber, ¿cómo se desarrolló concretamente el combate contra él? ¿Cuáles eran los objetivos de los conjurados y qué medidas adoptaron para alcanzar sus objetivos? El más importante, el objetivo propiamente dicho, pero no el único, del que no quisieron cejar durante largos años, era la destrucción de su entendimiento. Habíase de convertirlo en imbécil. La enfermedad de sus nervios habíase de llevar a tal extremo que pareciese de una vez por todas incurable. ¿Qué podía

herir más profundamente a un hombre de su mentalidad? Su enfermedad comenzó con un angustioso insomnio. Cualquier cosa que se hiciese era en vano. Desde un comienzo, opina Schreber, existió la intención de impedirle dormir y producir por insomnio su colapso espiritual. Como medio para ello fueron descargados sobre él sinnúmero de rayos. Se originaban primero en el profesor Flechsig; pero luego las almas de difuntos, que no habían finalizado aún su proceso de purificación, «almas probadas», como las llama Schreber, en creciente medida comenzaron también a interesarse y penetraron en él como rayos. Dios mismo participaba de este influjo. Todos estos rayos le hablaban pues a él, pero de manera imperceptible para los demás. Era como durante un rezo que uno recita callado, para sus adentros, sin pronunciar las palabras en voz alta. La penosa diferencia era solamente que las palabras de tal rezo dependen de la propia voluntad, mientras los rayos que le eran impuestos desde fuera decían lo que ellos querían.

« Podría mencionar aquí cientos, si no miles de nombres, que tenían relación conmigo como almas. Todas estas almas me hablaban como "voces", cada una de ellas sin saber nada de la presencia de las otras. El desesperante barullo que se formó por ello en mi cabeza, cada cual podrá apreciarlo...

»A consecuencia de mi nerviosismo cada vez mayor, y a la consiguientemente incrementada fuerza de atracción, un número cada vez mayor de almas muertas se sentía atraído por mí, para luego disiparse sobre mi cabeza o dentro de mi cuerpo. En numerosas ocasiones el suceso terminaba en que las respectivas almas, por fin, como los llamados "hombrecitos" —minúsculas figuritas de forma humana, pero acaso sólo del tamaño de algunos milímetros— tenían una breve existencia sobre mi cabeza, para luego desaparecer por completo En numerosas ocasiones me nombraban las estrellas o constelaciones estelares de las que procedían o "de las que dependían"... Había noches en que las almas

goteaban como "hombrecitos" por cientos, si no por miles, sobre mi cabeza. Yo siempre trataba de impedirles aproximarse, porque cada vez después de los sucesos precedentes tenía conciencia de la fuerza de atracción inconmensurablemente acrecentada de mis nervios, mientras que las almas siempre consideraban totalmente increíble tan amenazadora fuerza de atracción.»

«En la lengua de las almas me llamaba "el visionario", es decir, un hombre que ve espíritus, que tiene trato con espíritus o almas finadas. De hecho, desde que el mundo es mundo, casi no se hílbrá dado un caso como el mío, es decir, que un hombre haya entrado en trato continuo no sólo con almas finadas singulares, sino Con la totalidad de todas las almas y con la omnipotencia de Dios mismo.»

Lo masivo de estos sucesos es evidente para Schreber. El cosmos, hasta las más remotas estrellas, está poblado por almas de finados.

Todas tienen su lugar asignado, en el que moran: una u otra bien conocida estrella. De pronto, por su enfermedad, él llega a ser el punto central. A pesar de sus advertencias se apretujan contra él. Su atracción se hace irresistible. Podría decirse que las reúne como masa alrededor suyo; y puesto que —como él subraya— se trata de la totalidad de todas las almas, representan en suma la mayor masa pensable. Pero no es simplemente que permanezcan reunidas como masa en torno a él, acaso como un «pueblo» en torno a su «Führer». Al contrario, con ellas sucede de inmediato lo que los pueblos que se amontonan en torno a sus caudillos experimentan en el transcurso de los años: en él se hacen cada vez más pequeñas. Apenas lo han alcanzado se encogen a toda velocidad hasta alcanzar el tamaño de pocos milímetros, y su verdadera relación entre ellas aparece así de la manera más convincente: él, en comparación a ellas, es un gigante; ellas, como minúsculas criaturas, se agitan en torno a él. Tampoco ello basta: el gran hombre las devora. Literalmente se le incorporan para luego desaparecer del todo. Su efecto sobre ellas es demoledor.

Él las atrae y las reúne, él las empequeñece y las consume. Todo lo que fueron favorece sólo a su propio cuerpo. No es que hayan acudido para hacerle un bien. Su intención era específicamente hostil; originalmente habían sido enviadas para trastornar su razón y para causar así su perdición. Pero es precisamente ante este peligro que él había crecido. Ahora que sabe domarlas, se siente muy orgulloso de su poder de atracción.

A primera vista Schreber en la esfera de su delirio podría parecer un personaje de tiempos pasados, en los que el animismo estaba generalizado y las almas de los muertos zumbaban como murciélagos en torno a las orejas de los vivos. Es como si ejerciera la profesión de un chamán, que conoce de la manera más exacta los mundos de los espíritus, sabe ponerse en contacto directo con ellos y los hace servir para todo tipo de designios humanos. Se complace pues en hacerse llamar «visionario». Pero el poder de un chamán dista mucho de llegar tan lejos como el de Schreber. El chamán tiene a veces los espíritus dentro de sí, pero no se disuelven allí, siempre conservan su existencia separada, y se da por sentado que alguna vez debe volver a despedirlos. Dentro de Schreber en cambio se amalgaman y desaparecen, como si nunca hubiesen existido por sí. Su delirio, bajo el disfraz de una concepción anticuada del mundo, que presupone la existencia de los espíritus, es en realidad el modelo exacto del poder político, que se nutre de la masa y se compone de ella. Todo intento de análisis conceptual del poder sólo puede ser más pobre que la claridad de la visión de Schreber. Todos los elementos de las circunstancias reales están dados en ella: la intensa y sostenida atracción sobre los individuos, que han de reunirse en una masa, su dudosa intención, su doma, empequeñecimiento a los que a ella pertenecen, su amalgamarse en el poderoso, que representa el poder político en su persona, en su cuerpo; su grandeza que de esta manera debe renovarse interminablemente; y finalmente un último y muy importante aspecto que hasta ahora no

ha sido mencionado, el sentimiento de lo catastrófico, que está vinculado con ello, una amenaza del orden universal, que se deriva precisamente de aquella inesperada atracción propia, en rápido aumento.

En las Memorias hay numerosos testimonios de este sentimiento. Las visiones del fin de mundo de Schreber tienen algo de grandioso; se citará aquí por el momento un pasaje directamente vinculado con su atracción sobre las almas. Las almas, que gotean sobre él masivamente desde las estrellas, ponen en peligro con su comportamiento los cuerpos celestes de los que se originan. Parece que las estrellas consisten específicamente de estas almas; cuando éstas se alejan en gran número, para llegar donde Schreber, todo se disuelve.

«De todas partes llegaban noticias desastrosas, que ahora también había tenido que ser abandonada ésta o aquella estrella, ésta o aquella constelación; ora se decía que ahora también Venus estaba anegada, ora que había que descolgar todo el sistema solar, ora que Casiopea —toda la constelación— debería haber sido sintetizada en un único sol, ora que sólo las Pléyades aún era posible, quizá, salvarlas.»

La preocupación de Schreber por la duración de los cuerpos celestes, era sin embargo sólo un aspecto de su humor catastrófico. Mucho más significativo era otro hecho, con el que comenzó su enfermedad. No se refería a las almas de los difuntos, con las que, como ya se sabe, se hallaba en trato ininterrumpido, sino a sus semejantes. Porque no los había ya: la humanidad entera había sucumbido. A sí mismo Schreber se consideraba como el único hombre real superviviente. Las pocas figuras humanas que veía aún, su médico y los enfermeros del establecimiento u otros pacientes, por ejemplo, los creía pura apariencia. Eran «hombres fugazmente esbozados», que sólo le eran simulados, para confundirlo. Venían

como sombras o imágenes y se disolvían otra vez; él, por supuesto, no los tomaba en serio. Los verdaderos hombres habían sucumbido todos. El único que vivía era él. Este hecho no le fue revelado en visiones aisladas, no era reemplazado por opiniones opuestas; estuvo firmemente convencido de eso durante años. De ésta su creencia estaban teñidas todas sus visiones de fin de mundo.

Consideraba posible que toda la institución de Flechsig y quizá la ciudad de Leipzig con ella, hubiera sido «excavada» de la Tierra y trasladada a cualquier cuerpo celeste. Las voces, que hablaban con él, le preguntaban a veces si es que Leipzig estaba aún en pie.

Una de sus visiones le condujo, sobre una silla rodante, lejos, a las profundidades de la Tierra. Así vivió todos los períodos geológicos, hasta que de pronto se encontró en un bosque de carbón de piedra. Durante un temporal abandono del vehículo deambuló como por un cementerio, cruzó los sitios donde yacía la población de Leipzig, también la tumba de su propia mujer. Cabe observar aquí que su mujer estaba aún en vida y lo visitó repetidas veces en la institución.

De múltiples maneras Schreber se representaba cómo se había llegado a la desaparición de la humanidad. Pensaba en una disminución del calor solar, por mayor distanciamiento del sol y una consiguiente glaciación general. Pensaba en terremotos: le fue hecha la comunicación de que el gran terremoto de Lisboa había estado en relación con el caso de un visionario, que era semejante al suyo. La noticia de la aparición de un mago, precisamente del profesor Flechsig, en el mundo moderno y la repentina desaparición de Schreber, una personalidad algo conocida en amplios círculos, habría provocado pavor y espanto entre los hombres y destruido las bases de la religión. Un nerviosismo e inmoralidad general habríanse expandido y epidemias devastadoras habrían irrumpido sobre la humanidad. Se hablaba de la lepra y de la peste, dos enfermedades que apenas se conocían en Europa. En su propio cuerpo advirtió

síntomas de la peste. Aparecía en diferentes formas. Había la peste azul, la parda, la blanca y la negra.

Pero mientras los hombres sucumbían a todas estas terribles epidemias, Schreber mismo era curado por rayos bienhechores. Porque, en verdad, había que distinguir entre dos especies diferentes de rayos, los rayos «mutiladores» y los «bienhechores». Los primeros estaban cargados con ponzoña de cadáveres u otra materia en putrefacción, introducían un virus de enfermedad dentro del cuerpo o provocaban otros efectos destructores en él. Los rayos «bienhechores» o puros remediaban el daño que aquellos habían causado.

No se tiene la impresión de que estas catástrofes hayan irrumpido sobre la humanidad muy en contra de la voluntad de Schreber. Al contrario, éste parece experimentar la satisfacción de que las persecuciones a las que estaba expuesto por el profesor Flechsig hubieran conducido a tan monstruosas consecuencias. La humanidad entera es castigada y exterminada, porque se ha permitido estar en contra de él. Sólo él es protegido por los rayos «benditos» de los efectos de las epidemias. Schreber queda como único superviviente porque él mismo así lo quiere. Él quiere ser el único aún erguido con vida en medio de un gigantesco campo de cadáveres, y ese campo de cadáveres contiene a todos los demás hombres. En ello se muestra no sólo paranoico; es la tendencia más profunda en todo poderoso «ideal» ser el último en quedar con vida. El poderoso envía a los demás a la muerte para ser él mismo perdonado por la muerte: la desvía de sí. No sólo le es indiferente la muerte de los otros; todo lo impulsa a provocarla de manera masiva. Acude a este expediente radical especialmente cuando su dominio sobre los vivos es impugnado. No bien se siente amenazado, su pasión de ver a todos muertos ante sí, casi no es ya refrenable por consideraciones racionales.

Se podría objetar que este enfoque «político» de Schreber está fuera de lugar. Que sus visiones apocalípticas son de naturaleza religiosa. Que no pretende dominio alguno sobre los vivos; que el poder de un visionario por su naturaleza es otro. Ya que su delirio se inicia con la idea de que todos los hombres están muertos y han sucumbido, mal podría atribuírsele un interés temporal.

Lo erróneo de esta objeción se mostrará muy pronto. Se encontrará en Schreber un sistema político que parecerá aterradoramente familiar. Pero antes de ilustrarlos, más vale decir algo acerca de su concepción del gobierno divino.

Fue Dios mismo, opina él, «quien determinó la línea normativa completa de la política perseguida en contra mío...». «Dios habría estado en condiciones en cualquier momento de aniquilar un hombre incómodo para él, por medio de una enfermedad mortífera o por la fulminación de un rayo...» «No bien se producía una colisión de los intereses de Dios con hombres aislados o grupos de la humanidad, quizás incluso con toda la población de un planeta, debía nacer en Dios como en cualquier otro ser animado, el instinto de autoconservación. ¡Piénsese en Sodoma y Gomorra!...» «Sería impensable que Dios negara a cualquier hombre individual la medida de bienaventuranza que le corresponde, dado que toda multiplicación de los "vestíbulos del cielo" servía exclusivamente para aumentar su propio poder y reforzar las defensas contra los peligros resultantes del acercamiento a la humanidad. Una colisión entre los intereses de Dios y los de los hombres no podía producirse bajo la condición previa de un comportamiento conforme al orden del universo de los hombres.» El que, a pesar de eso, se hubiese producido con él tal colisión de intereses, era un caso totalmente único en la historia universal, que sin duda jamás volvería a producirse. Habla del «restablecimiento de la autocracia de Dios sobre el cielo»; de «una especie de cooperativa federada del alma de Flechsig con partes de Dios», que dirigía su vanguardia hostil contra

él; la metamorfosis de la situación entre los partidos así creada, habríase conservado en lo esencial hasta el día de hoy. Menciona las «colosales fuerzas del lado de la omnipotencia de Dios» y la «resistencia inútil» de su lado. Expresa la suposición de «que la atribución de poderes del profesor Flechsig, como administrador de una provincia de Dios, deben haberse extendido hasta América». Lo mismo parecería válido para Inglaterra.

Es mencionado un neurólogo vienes que «pareciera ser una especie de administrador de los intereses divinos para otra provincia de Dios, específicamente las partes territoriales eslavas de Austria». Entre aquel y el profesor Flechsig había comenzado una lucha por la supremacía.

De estas citas, que están extraídas de partes muy distantes de las Memorias, resulta una imagen extremadamente clara de Dios: nada es Dios sino detentador del poder. Su reino tiene provincias y partidos. Los intereses de Dios, como se los designa de manera concisa y cortante, tienden a un aumento de su poder. Esto y ninguna otra cosa es la razón por la que no negaría a hombre alguno la medida de bienaventuranza que le corresponde. Los hombres incómodos son barridos del camino. No se puede negar que este Dios está sentado como una araña en el centro de la tela de su política. De allí no es grande el salto a la propia política de Schreber.

Quizá debería adelantarse que Schreber creció en la vieja tradición protestante de Sajonia y que veía con desconfianza todo afán conversional católico. Su primera declaración sobre los alemanes se vinculaba con la victoriosa guerra de 1870-1871.

Había recibido insinuaciones bastante ciertas respecto a que el riguroso invierno del año 1870-1871 era cosa decidida por Dios para inclinar la suerte de la guerra del lado de los alemanes. Pero Dios también tenía una debilidad por el idioma de los alemanes. Durante su purificación las almas aprenden la «lengua básica» hablada por

Dios mismo, un alemán algo arcaico, pero vigoroso. Esto no quería decir que la bienaventuranza estaba destinada sólo a los alemanes. Pero fuera como fuera, los alemanes serían, en los tiempos modernos —desde la Reforma, quizá ya desde la migración— el pueblo elegido de Dios, de cuya lengua se sirve de preferencia. En el correr de la historia, unos tras otros —como los pueblos respectivamente más eficientes en lo moral— habían llegado a ser pueblo elegido de Dios los antiguos judíos, luego los antiguos persas, ulteriormente los grecorromanos y finalmente los alemanes.

Este pueblo elegido, los alemanes, está naturalmente amenazado por múltiples peligros. En primer lugar, las maniobras de los católicos. Recuérdense aquellos cientos, si no miles, de nombres que podía nombrar, puras almas que, como rayos, tenían trato con él y que, todas, le hablaban. En muchos portadores de estos nombres se hallaba en primer plano el interés religioso. Específicamente, había muchos católicos entre ellos, que esperaban un fomento del catolicismo, una catolización especialmente de Sajonia y Leipzig; entre ellos, el párroco St. de Leipzig, "catorce católicos de Leipzig" (probablemente una asociación católica), el padre jesuíta S. en Dresde, les cardenales Rampolla, Galimberti y Casati, el papa mismo; finalmente numerosos monjes y monjas; en determinada oportunidad entraron de una sola vez 240 monjes benedictinos bajo la conducción de un padre «como almas en mi cabeza, para encontrar allí dentro su perdición». Entre las almas sin embargo también se encontraba un neurólogo vienes, judío bautizado y eslavófilo, que a través de Schreber quería eslavizar Alemania y al mismo tiempo establecer el dominio del judaismo.

El catolicismo como se ve se presenta aquí de manera muy completa: aparecen no sólo los simples creyentes, que en Leipzig se reúnen en ominosas asociaciones, sino también toda la jerarquía eclesiástica. Se menciona a un padre jesuíta y con ello se evoca todo el peligro vinculado con el nombre de los jesuítas. Como supremos

dignatarios eclesiásticos aparecen tres cardenales con armoniosos nombres italianos y el papa en persona. Monjes y monjas aparecen por montones. Incluso pululan como insectos en el edificio en que vive Schreber. En una visión, que no he citado, ve cómo el ala femenina de la clínica neurológica de la universidad se convierte en convento de monjas; en otra oportunidad, en capilla católica. Bajo el techo del establecimiento hay hermanas de la caridad. Lo más impresionante es la procesión de los 240 monjes benedictinos bajo la conducción de un padre. Ninguna forma de autorrepresentación es más adecuada al catolicismo que la procesión. El grupo cerrado de monjes, en cuanto cristal de masa, suplanta a la totalidad de los creyentes católicos. La imagen de la procesión activa en los espectadores la propia fe latente, y experimentan de pronto el deseo de agregarse a ella. Así el cortejo aumenta por la adhesión de todos aquellos frente a los que pasa; en realidad debería hacerse infinito. Tragándose esta procesión, Schreber simbólicamente da el golpe de gracia a todo el catolicismo.

De la agitada primera época de su enfermedad, que Schreber llama la época sacra, se destaca por su intensidad un período de unos catorce días, el período del primer juicio de Dios. Se trata de una serie de visiones que se sucedieron día y noche y a las que servía de base una «idea general común». El núcleo de esta idea era en lo esencial político, si bien aguzado de manera mesiánica.

El conflicto entre el profesor Flechsig y Schreber había llevado a una crisis peligrosa para la existencia de los reinos de Dios. Por este motivo el pueblo alemán, en especial la Alemania evangélica, no podía mantener la dirección en cuanto pueblo elegido. Quizá saldría incluso con las manos vacías cuando se ocuparan otras esferas celestes —planetas habitados— si no aparecía un paladín para el pueblo alemán que demostrara su perpetua dignidad. Este paladín había de ser ya Schreber mismo, ya otra personalidad. A instancias de las voces proporcionó los nombres de algunos hombres

sobresalientes que le parecían apropiados como paladines para tal lance. A la idea básica del primer juicio de Dios pertenecían el avance del catolicismo, del judaismo y del eslavismo. De influencia esencial sobre él fueron ciertas representaciones que se referían a todo lo que él llegaría a ser en una futura metempsicosis.

«Me fueron atribuidos sucesivamente los papeles... de un "educando jesuita en Ossegg", de un "burgomaestre de Klattau", de una "muchacha alsaciana que debe defender su honor de estirpe contra un victorioso oficial francés", por fin "de un príncipe mongol". En todas estas predicciones creí reconocer una cierta relación con el cuadro de conjunto resultante de las demás visiones... La futura destinación de un educando jesuita en Ossegg, de un burgomaestre en Klattau y de una muchacha alsacina en la situación arriba descrita, la consideré como vaticinio de que el protestantismo había sucumbido ya o sucumbiría al catolicismo, como sucumbiría el pueblo alemán en su lucha con sus vecinos románicos y eslavos; la perspectiva de llegar a ser un príncipe mongol, me pareció una anunciación de que, después de que todos los pueblos arios hubiéranse mostrado inadecuados como soporte de los reinos de Dios, debía buscarse desde ahora un último asilo entre los pueblos no arios».

La «época sacra» de Schreber cae en el año 1894. Tiene Schreber una inclinación a precisiones exactas de lugar y fecha. Para el período del «primer juicio de Dios» proporciona datos muy precisos. Seis años más tarde, el año 1900, cuando su delirio ya se había decantado y fortalecido, se abocó a la redacción de sus Memorias; en 1903 fueron publicadas en forma de libro. No se podrá negar que su sistema político llegó a obtener grandes honores algunos decenios más tarde. En versión algo más brutal y menos «culta» se convirtió en el credo de un gran pueblo. Bajo la conducción de un «príncipe mongol» llegó a la conquista del continente europeo y, por poco, al dominio del mundo. Con ello las exigencias de Schreber fueron

reconocidas a posteriori por sus desprevenidos discípulos. De nosotros no puede esperarse buenamente lo mismo. Pero bien ha de servir el hecho irrefutable de una amplia coincidencia de ambos sistemas, como justificación para el que aquí se haya dedicado tanta atención a un único caso de paranoia; queda más aún por tratar.

En varios aspectos Schreber por cierto se adelanta a su siglo. Por el momento no era imaginable una ocupación de planetas habitados. Ningún pueblo elegido se ha visto perjudicado aún en la empresa. Pero los católicos, los judíos y los eslavos él ya los percibía de la misma manera personal que el posterior paladín —no designado por él—, como masas hostiles, y los odió por su mera existencia. Una urgente tendencia de aumentar les era innata en cuanto masas. Nadie ve mejor las propiedades de la masa que el paranoico o el poderoso, palabras que —como ahora quizá ya se admitirá— son equivalentes. Porque él, para designar a ambos con un único pronombre, sólo se ocupa de las masas que quiere enemistar o dominar, y éstas tienen en todas partes la misma simple faz.

Es notable cómo Schreber determina sus futuras existencias. De las cinco que enumera, sólo la primera, emitida anteriormente, es de carácter apolítico. Las tres siguientes lo colocan en el centro de las posiciones disputadas con más violencia; se infiltra como educando entre los jesuítas; se hace burgomaestre de una ciudad en la foresta de Bohemia, donde hay conflictos entre alemanes y eslavos; como muchacha alemana busca defender la Alsacia contra un victorioso oficial francés; su «honor de estirpe» se aproxima peligrosamente al honor de raza de sus sucesores. La más reveladora, sin embargo, es sin duda su quinta encarnación como príncipe mongol. La explicación que da para ello se asemeja mucho a una excusa. Se avergüenza de esa existencia en definitiva «no aria», y la justifica con que los pueblos arios habrían fracasado. En realidad no se imagina otro príncipe mongol que Gengis Khan. Las pirámides de cráneos de los mongoles lo fascinan, su amor por los campos de cadáveres

no es desconocido al lector. Aprueba esta manera manifiesta y millonaria de terminar con los enemigos. Quien los extermina a todos deja de tenerlos y disfruta del espectáculo de sus indefensos montones. Schreber se vio regresar, parece, en todas estas cuatro existencias a la vez. Su mayor éxito lo tuvo como príncipe mongol.

De esta observación tan detenida de un delirio paranoico, por el momento ha resultado con certeza una cosa: lo religioso se interpenetra aquí con lo político, son inseparables: redentores del mundo son una única persona. La ambición de poder es el núcleo de todo. La paranoia es, en el sentido literal de la palabra, una enfermedad del poder. Un estudio de esta enfermedad en todos sus aspectos instruye sobre la naturaleza del poder con una integridad y claridad que no es posible alcanzar de otra manera. Uno no deberá dejarse ofuscar por el hecho de que en un caso como el de Schreber el enfermo nunca haya realizado de verdad la monstruosa ambición que le consume. Otros la alcanzaron. Algunos de éstos lograron borrar hábilmente las huellas de su ascenso y mantener oculto su sistema perfectamente desarrollado. Algunos tuvieron menos suerte, o demasiado poco tiempo. El éxito aquí como en todo depende exclusivamente de casualidades. Reconstruirlas, simulando una legitimidad, se llama historia. Por cada gran nombre de la historia podrían, individualmente, figurar otros cien. Talento como maldad están ampliamente repartidos en la humanidad. Cada uno tiene apetito y cada uno está, como un rey, de pie sobre interminables campos de cadáveres de animales. Un examen concienzudo del poder debe prescindir por completo del éxito como criterio. Sus propiedades como sus aberraciones deben ser reunidas cuidadosamente y comparadas. Un enfermo mental que, expulsado, indefenso y despreciado, ha pasado sus días aletargado en una institución, puede, por los conocimientos que ayuda a proporcionar, ser mucho más significativo que Hitler y Napoleón, e iluminar a la humanidad acerca de su maldición y sus señores.

EL CASO SC HREBER. SEGUNDA PARTE

La conjuración que se había formado contra Schreber, no sólo estaba dirigida al asesinato de su alma y a la destrucción de su entendimiento. Se pensaba hacer otra cosa no menos detestable con él: transformar su cuerpo en el de una mujer. Como mujer había de abusarse de él y «luego se lo haría simplemente a un lado, al parecer, entregado así a la descomposición». La idea de su transformación en mujer lo ocupó incesantemente durante los años de su enfermedad. Sentía cómo eran enviados a su cuerpo nervios femeninos en forma de rayos, que lentamente predominaban.

Al comienzo de su enfermedad, Schreber intentó de todas las maneras posibles quitarse la vida para escapar a tan espantosa degradación. Cada baño que tomaba, lo vinculaba con representaciones de muerte por inmersión. Reclamaba veneno. Pero la desesperación de Schreber por su intentada transformación en una mujer no duró mucho. Poco a poco se creó en él la convicción de que justamente de este modo iba a garantizar la existencia de la humanidad. Es que, debido a terribles catástrofes, todos los hombres habían sucumbido. Él, el único que restaba, como mujer podía traer al mundo un nuevo linaje. Para él sólo era aceptable Dios como padre de sus hijos. Debía conquistar el amor de Dios. Reunirse con Dios era un gran honor; hacerse cada vez más mujer para él, arreglarse seductoramente para él, atraerlo de cualquier manera femenina no le parecía en lo más mínimo al barbudo expresidente del Senado, escándalo ni degradación. Así se podía también hacer frente al complot de Flechsig. Se ganaba el favor de Dios; el Todopoderoso que se sentía cada vez más atraído por la hermosa hembra Schreber, caía en cierta dependencia de ella. Con tales medios, que a otros podrán parecer chocantes, Schreber logró efectivamente ligar a Dios a su persona. No sin resistencia Dios se

sometió a este destino algo ignominioso. Siempre vuelve a apartarse de Schreber; por cierto, sería su deseo liberarse por entero de él. Pero el poder de atracción de Schreber se ha hecho demasiado grande.

Se encuentran declaraciones que se refieren a este tema a lo largo de todas las Memorias. A primera vista quizá se esté tentado de señalar la idea de su transformación en una mujer como el núcleo mítico de su delirio. Por supuesto ha sido precisamente este punto el que ha provocado el mayor interés por él. Se ha intentado reducir este caso en particular y luego también la paranoia en sí, a disposiciones homosexuales reprimidas. Difícilmente es posible un error mayor. Todo puede llegar a ser causa de una paranoia; lo esencial es, sin embargo, la estructura y la población del delirio. Los fenómenos de poder en el delirio siempre tienen una significación decisiva. Incluso en el caso Schreber, en el que quizá mucho hable en favor de la mencionada interpretación, un análisis más exacto de este aspecto, que no está contemplado aquí, provocaría dudas de importancia. Pero aún supuesto el caso que se considere demostrada la tendencia homosexual de Schreber, más importante aparece la utilización específica que ella encuentra en su sistema. Schreber siempre percibió como ente central de su sistema el ataque contra su entendimiento. Todo lo que creyó e hizo estaba destinado a rechazar este ataque. Para desarmar a Dios se quiso transformar en mujer: su ser-hembra era lisonja y sumisión a Dios; así como otros se arrodillan ante él, se ofreció a sí mismo para el deleite. Para atraerlo a su lado, para apoderarse de él, lo sedujo bajo falsas apariencias. Y así lo retiene por todos los medios.

«Se trata de un asunto que no sólo no tiene analogías en la experiencia humana, sino que en el orden universal mismo nunca estuvo prevista. ¿Quién querría ante tal relación explayarse en insostenibles suposiciones para el porvenir? Lo seguro para mí, es que nunca se podrá llegar a esa destrucción de mi entendimiento

proyectada por Dios. Sobre este punto tengo claridad absoluta desde hace años, y con ello queda apartado para mí el peligro principal que pareció amenazarme durante el primer año de mi enfermedad.»

Estas frases se encuentran en el último capítulo de las Memorias. Con su redacción parece haber intervenido un esencial apaciguamiento de Schreber. El que las hubiese concluido, el que otros las leyeran en el manuscrito y estuviesen impresionados por ellas, le devolvió definitivamente la fe en su entendimiento. Ya sólo le restaba pasar a un contraataque, hacer accesible su sistema a todo el mundo mediante la impresión de sus Memorias y, como sin duda era su esperanza, convencerlo de su creencia.

¿De qué manera se condujo la lucha contra el entendimiento de Schreber en particular? Que estaba acosado por innumerables «rayos», que le hablaban, ya se sabe. Pero ¿qué era concretamente lo que los rayos enemigos querían destruir de sus capacidades y certezas mentales? ¿Qué decían, cuándo hablaban, y qué atacaban de veras, Vale la pena explorar aún un poco este proceso. Schreber se defendio de sus enemigos con la mayor tenacidad. La descripción que da de ellos y de su rechazo es todo lo exhaustiva que se puede desear. Hay que desprenderla del contexto del mundo autocreado de su «delirio», como acostumbra decirse según vieja convención, e intentar transponerla a nuestra habla más llana. No se puede evitar que así se pierda algo de su peculiaridad.

Al respecto cabría citar primero su coerción a pensar, que él mismo designa así. Hay calma en él sólo cuando habla en voz alta; entonces todo en torno suyo es silencio mortal, y tiene la impresión como si se moviera entre cadáveres ambulantes. Todos los demás hombres, pacientes o enfermeros, parecen haber perdido totalmente la facultad de hablar aunque sea una sola palabra. No bien pasa del

hablar al callar se anuncian las voces dentro de él y le obligan a una incansable actividad pensante.

Es su intención quitarle el sueño y el reposo. Le hablan en forma incesante, es imposible no oírlas o ignorarlas. Él está en manos de todo lo que dicen y debe ocuparse a fondo de ello. Las voces tenían distintos métodos que aplicaban alternativamente. Uno de los favoritos era la pregunta directa: «¿En qué está pensando ahora?». Él no tenía ganas de responder a esta pregunta. Si callaba, sin embargo, contestaban por él y decían por ejemplo: «¡En el orden universal debería pensar!» Tales respuestas las resentía como «falsificación de ideas». No sólo se le interrogaba de modo inquisitorial, también se le quería obligar a cierto orden de las ideas. Ya las preguntas, que intentaban penetrar en sus secretos, provocaban su oposición; ¡cuánto más la respuesta que sus pensamientos le imponían! Preguntas y orden (o indicación) eran igualmente una intervención en su libertad personal. Como medios del poder, ambas son bien conocidas; como juez, él mismo les había manipulado circunstanciadamente.

Las pruebas que debía sufrir Schreber eran variadas e imaginativas. Se le interrogaba; se le imponían pensamientos; se confeccionaba un catecismo con sus propias frases y palabrerías; se controlaba cada uno de sus pensamientos y no se dejaba pasar ninguno desapercibido; cada palabra era examinada en vista de lo que para él significaba. Su carencia de secreto frente a las voces era completa. Todo era revisado, todo sacado a la luz. Él era el objeto de un poder al que le importaba la omnisciencia. Pero aunque debía soportar que se le infligiese tantas cosas, en realidad nunca se dio por vencido. Una forma de su rechazo era el ejercicio de su propia omnisciencia. Se demostraba a sí mismo lo bien que funcionaría su memoria; aprendía poesías, contaba en voz alta en francés, recitaba todas las gobernaciones rusas y los departamentos franceses.

Con la conservación de su entendimiento se refería principalmente a la inamovilidad del contenido de su memoria; lo más importante era la incolumidad de las palabras. No hay ruidos que no sean voces: el mundo está lleno de palabras. Ferrocarriles, pájaros y máquinas hablan. Cuando él mismo calla, las palabras provienen inmediatamente de los otros. Entre las palabras no hay nada. El descanso, al que se refiere, el que añora, nada sería sino una libertad de palabras. Pero no la hay en ninguna parte. Cualquier cosa que le suceda, le es comunicado simultáneamente en palabras. Tanto los rayos mutíladores como los benéficos están dotados de habla y, como él, están obligados a utilizarla. «¡No olvide, los rayos deben hablar!» Es imposible exagerar la significación de las palabras para el paranoico. Están por doquier como alimañas; siempre alerta. Se reúnen en un orden universal que nada deja fuera de sí. La tendencia más extrema de la paranoia es quizá la de aprehender por completo el mundo por las palabras, como si el lenguaje fuera un puño y el mundo estuviese encerrado dentro.

Es un puño que nunca más se vuelve a abrir. Pero ¿cómo logra cerrarse? Aquí hay que remitirse a una manía de causalidad que se coloca como fin en sí y que en este grado no se da sino en los filósofos. Nada sucede sin causa, basta preguntarse por ella. Siempre se encuentra una causa. Todo lo desconocido se reduce a algo conocido. Lo extraño que se acerca es desenmascarado como una propiedad secreta. Tras la máscara de lo nuevo siempre hay algo viejo, sólo debe calársela sin ningún temor y arrancarla. El fundamentar se hace pasión que se ejercita en todo. Schreber ve perfectamente claro este aspecto de su coerción a pensar. Mientras se lamenta amargamente de los fenómenos antes relatados, ve en esta manía de fundamentación «una especie de compensación por la iniquidad a él acaecida». A las frases comenzadas, «arrojadas» dentro de sus nervios, pertenecen con especial frecuencia conjunciones o giros adverbiales que expresan una relación de causalidad: «por qué

sólo», «por qué, porque», «por qué, porque yo», «a no ser que». Éstas como todas las demás, debe completarlas y, en esa medida, también ellas ejercen una coerción sobre él.

«Pero me fuerzan a meditar sobre muchas cosas ante las que el hombre suele pasar sin prestarles atención, y por ello han contribuido a profundizar mi pensamiento.»

Schreber está muy conforme con su manía de fundamentación, que le depara mucha alegría; encuentra argumentos plausibles para justificarlas. Sólo el acto original de la creación se lo deja a Dios. Ata todo lo demás que hay en el mundo, con una cadena de motivos forjada por él mismo, y así se lo apropia.

Pero la manía de fundamentación no es tan razonable. Schreber se encuentra con un hombre que ha visto con frecuencia, y lo reconoce a primera vista como el «Señor Schneider». Es un hombre queno disimula; inofensivo como el que todos conocen. A Schreber sin embargo no le basta este simple proceso de reconocimiento. Querría que tras ello hubiera más, y le es difícil conformarse con que tras el señor Schneider nada más hay por descubrir. Schreber está habituado a desenmascarar; cuando nada ni nadie hay por desembozar, hace conjeturas en el aire. El suceso del desenmascaramiento y del desembozo tiene para el paranoico —y no sólo para él— una significación fundamental. De él también deriva la manía de la causalidad; todas las razones se buscaban originalmente en las personas. Es aquí oportuno estudiar más detenidamente el desenmascaramiento, del que ya hemos hablado en otros capítulos.

La tendencia a descubrir de pronto entre muchas caras desconocidas, quizás en la calle, una que a uno le parece conocida, seguramente es familiar a todo ser humano. Cuan a menudo resulta ser un error; el supuesto conocido se aproxima o uno se dirige a él; es alguien que uno no ha visto jamás. Nadie se preocupa de la

equivocación. Cualquier rasgo casualmente parecido, la postura de la cabeza, la manera de caminar, el pelo, fueron motivo de confusión y la aclaran. Pero hay períodos en que estas confusiones se acumulan. Un ser muy determinado se le aparece a uno por doquier. Está frente a locales en los que uno quiere entrar, o en esquinas concurridas. Aparece varias veces al día; naturalmente es alguien que le preocupa a uno, que uno ama o, quizá con más frecuencia aún, que uno odia. Uno sabe que se ha mudado a otra ciudad, lejos, allende el mar; a pesar de ello uno cree reconocerlo. El error se repite, uno persevera en él. Es claro que uno quiere encontrar a esa persona tras otros rostros. Uno ve a los otros como una ilusión que oculta lo verdadero. Muchos pueden prestarse para esta ilusión, tras todos los que uno supone que está ese que busca. Hay una urgencia en este proceso que no da sosiego: cien rostros son sacados como máscaras, para que aparezca tras ellos el único que importa. Si tuviera que señalarse la diferencia capital entre ese y los otros cien, debería deciros: los cien son desconocidos y el uno es familiar. Es como si sólo pudiera reconocerse lo familiar. Pero se oculta y se le debe buscar en lo desconocido.

En el paranoico este fenómeno se concentra y se agudiza. El paranoico sufre de una atrofia de la metamorfosis que parte de su propia persona —absolutamente inmutable— y desde allí recubre todo el resto del mundo. Incluso suele ver lo que es realmente distinto como si fuera lo mismo. Vuelve a encontrar a su enemigo en las figuras más distintas. En cualquier lugar del que arranque una máscara, aparece su enemigo. A causa del secreto que supone subyacer a todo, a causa del desenmascaramiento, todo se le hace máscara. Él es el calador; lo mucho es uno. Con la creciente rigidez de su sistema el mundo se hace más y más pobre en personajes reconocidos; sólo resta lo qué pertenece al drama de su delirio. Todo es sondeable de la misma manera y es sondeado hasta el final. Finalmente nada queda sino él y lo que él domina.

En lo más hondo se trata aquí de lo inverso de la metamorfosis. El proceso del desembozo o desenmascaramiento puede ser asimismo muy bien definido como desconversión. Algo es reconducido coercitivamente sobre sí mismo a determinada posición, a determinada postura en la que se le quiere tener, que se considera la suya propia y auténtica. Se comienza como espectador; se parte de la observación de los demás que se transforman unos en otros. Quizá se contemple momentáneamente la mascarada; pero no se la aprueba, no se encuentra placer en ella. De pronto se dice: «¡Alto!» y se pone punto final a ese breve, animado acontecer. «¡Desenmascarar!» se exclama, y cada cual aparece como de veras es. Está prohibido entonces seguir transformándose. La representación se terminó. Las máscaras fueron caladas. Este proceso retrógrado de la desconversión no se da casi nunca enteramente puro, porque en general está teñido por expectativas de hostilidad. Las máscaras han querido engañar al paranoico. Su metamorfosis no fue desinteresada. Por sobre todo les importaba el secreto. En qué se convirtieron, qué debían representar era más bien secundario; lo principal era que en ningiín caso fueran reconocibles. La contraoperación del amenazado al arrancar las máscaras es tan brutal y odiosa, por cierto tan violenta e impresionante, que con demasiada facilidad uno pasa por alto la metamorfosis precedente.

Las Memorias de Schreber nos llevan, al respecto, muy cerca del meollo del asunto. Schreber recuerda la época primera cuando todo en él estaba aún fluyente. En el primer año de su enfermedad, en la «época sacra», pasó una o dos semanas en una pequeña clínica privada, que le fue indicada por las voces como la «cocina del diablo». Fue, como dice, el «tiempo del más loco exceso de prodigios». Lo que allí vivió como metamorfosis y desembozos, mucho antes de que su delirio se rigidizara y asentara, es la mejor ilustración de todo lo arriba expuesto.

«Durante el día, en general yo permanecía en el salón común de la clínica, en el que había un perpetuo salir y entrar de otros presuntos pacientes del establecimiento. De mi control especial parecía encargarse un guardián, en el que por semejanza quizás fortuita, creí reconocer al ordenanza de la Audiencia Territorial, que durante mi actividad profesional en Dresde traíame las actas a casa. Tenía por lo demás la costumbre de ponerse de vez en cuando mis propias prendas de vestir. Como presunto director médico de la institución aparecía a veces —generalmente durante las horas de la tarde— un caballero, que a su vez me recordaba al Dr. O., que yo había consultado en Dresde... El jardín del establecimiento lo pisé sólo una vez para dar un paseo. En aquel entonces vi algunas damas, entre ellas la señora del pastor W. de Fr., y mi propia madre, como asi-mismo algunos caballeros, entre ellos el concejal de la Audiencia Territorial, K., de Dresde; éste sin embargo, con la cabeza deformemente aumentada. La aparición de tales semejanzas podría haberla encontrado comprensible a lo más en dos o tres casos, pero no así el hecho de que casi todo el público de pacientes de la institución, es decir, varias docenas de seres humanos, llevara la fisonomía de personalidades que me habían estado próximas en la vida.» Como pacientes veía «puras figuras fantásticas, entre ellas unos personajes tiznados, en ropajes de cañamazo... Aparecían durante la entrada al salón de veladas, uno tras otro, sin el menor ruido y se alejaban igualmente sin ruido, sin, según parecía, tomar recíprocamente nota de sí. Constaté repetidas veces que algunos de ellos, durante su permanencia en el salón de veladas, trocaban sus cabezas, es decir, sin abandonar el salón, de pronto se paseaban con otra cabeza».

«El número de pacientes que avisté en el redil —así designaba un patio al que salía a respirar— y en el salón de veladas, simultánea o sucesivamente, no tenía ninguna relación con el tamaño de los recintos institucionales. Según mi convicción era de todo punto

imposible que las cuarenta o cincuenta personas, que eran llevadas conmigo al redil y que a la señal de retorno se apretujaban otra vez hacia la puerta de la casa, hubieran podido todas hallar aquí alojamiento por la noche... La planta baja, de costumbre pululaba de figuras humanas.»

Entre las figuras del redil recuerda un primo de su esposa, que se había pegado un tiro ya en 1887, y el fiscal general B., que siempre tomaba una actitud devota, en cierto modo orante, en la que permanecía inmóvil. Otras gentes, que reconoce, son un consejero privado, un presidente del Senado, otro consejero de Audiencia Territorial, un abogado de Leipzig, que había sido su amigo de juventud, su sobrino Fritz y una fugaz conocida de un verano de Warnemünde. A su suegro lo ve una vez desde la ventana que da sobre el camino que conducía a la institución.

«Aconteció repetidas veces que vi una cantidad de personas, una vez incluso algunas damas, que después de haber cruzado el salón de veladas, entraban en las piezas adyacentes, en las que luego deben haber desaparecido. Entre tanto escuché también repetidas veces el particular estertor que estaba vinculado con la disolución de los "hom-bres fugazmente esbozados".»

«No sólo las figuras humanas sino también los objetos inanimados eran motivo de prodigio. Por muy escéptico que ahora intente parecer, durante el examen de mis recuerdos, no puedo borrar de mi memoria ciertas impresiones, según las cuales también se transformaban las prendas de vestir de los seres humanos por mí vistos y el contenido de mi plato durante la comida (por ejemplo, el asado de cerdo en asado de ternera o viceversa).»

En este relato hay hechos bastante notables. Schreber ve más gente de la que propiamente podría haber; todos son llevados a un redil. Junto con ellas se siente, como lo señala la expresión, degradado a animal: es lo que en él más se acerca a una vivencia de masa. Pero

tampoco en el «redil» de los pacientes llega Schreber a abrirse de verdad. Contempla con atención el juego de las metamorfosis, con ojo crítico, es cierto, pero no propiamente con hostilidad. Hasta los alimentos y las prendas de vestir se transforman unos en otros. Lo que más le preocupa son sus reconocimientos. Cada uno que se le aparece, es en realidad algún otro al que antes conocía bien. Se encarga de que nadie le sea verdaderamente desconocido. Pero estos desenmascaramientos tienen todos aún un carácter relativamente bonachón. Sólo habla con odio del enfermero jefe, en un pasaje no citado aquí. Reconoce a mucha y muy diversa gente, aún no aparece la visión estrecha y exclusiva. En vez de desenmascararse por momentos, la gente troca de inmediato sus cabezas: es difícil concebir una manera más divertida y generosa del embozo.

Pero las aventuras de Schreber tenían sólo pocas veces este carácter malicioso y liberador. Un tipo muy distinto de visiones, que tuvo a menudo en su «época sacra», conduce, según creo, directamente a la situación original de la paranoia.

El sentimiento de estar cercado por una muta de enemigos, todos los cuales ponen la vista en uno, es un sentimiento básico de la paranoia. Se expresa de la manera más limpia en las visiones de ojos: se ven ojos por doquier, por todos lados; estos ojos por nada se interesan sino por uno mismo y con un interés extremadamente amenazador. Las criaturas a las que pertenecen estos ojos tienen la intención de vengarse de uno. Durante mucho tiempo uno les ha hecho sentir impunemente el propio poder; si son animales, se les ha cazado de la manera más implacable, están amenazados por la exterminación y por consiguiente, de manera inesperada, se levantan ahora contra uno. Esta situación original de la paranoia se encuentra de modo concluyente e inequívoco en las leyendas de caza de muchos pueblos.

No siempre estos animales conservan la figura de presa que tie¬nen para el hombre. Se convierten en criaturas más peligrosas, que el hombre teme desde siempre. Acercándose a él, llenando su pieza, ocupando su cama, acrecientan al extremo su terror. Schreber mismo, de noche, sentíase acosado por osos.

Muy a menudo abandonaba la cama y se sentaba en el piso de su dormitorio. Las manos, que había apoyado tras su espalda en el piso, le eran levantadas a considerable altura por figuras con apariencia de oso —osos negros—. Veía otros osos negros, más grandes y más pequeños, sentados a su alrededor, con ojos ardientes. Su ropa de cama se convertía en «osos blancos». Al anochecer —aún estaba despierto— aparecían gatos con ojos incandescentes sobre los árboles del jardín de la institución.

Pero no se quedó en estas mutas animales. El enemigo principal de Schreber, el psiquiatra Flechsig, tenía una manera particularmente pérfida y peligrosa de formar mutas celestiales contra él. Se trataba de un fenómeno peculiar que Schreber llamaba división de almas.

El alma de Flechsig se subdividió hasta ocupar toda la bóveda celeste con sus partes, de modo que los rayos divinos encontraban resistencia por doquier. Toda la bóveda celeste parecía tensada de nervios que ofrecían un obstáculo mecánico a los rayos divinos; era imposible sobrepasar esos nervios. Semejaban una fortaleza sitiada, protegida de la acometida del enemigo por murallas y fosos. El alma de Flechsig se había subdividido para este fin en un gran número de partes; durante un tiempo existieron unas cuarenta, hasta sesenta partes, entre ellas muchas muy pequeñas.

Parece que luego también otras «almas probadas» comenzaron a dividirse según el ejemplo de Flechsig; se hacían cada vez más numerosas y, como se debe en las verdaderas mutas, ya sólo vivían para emboscadas y asaltos. Gran parte de ellas no se habían preocupado sino de realizar movimientos de envolvimiento,

maniobra cuyo objetivo consistía en atacar por detrás a los rayos divinos, que avanzaban ingenuamente, y forzarlos a rendirse. El gran número de estas «partes de almas probadas» llegó a ser molesto finalmente incluso para la omnipotencia de Dios. Después de que Schreber ya había logrado atraer a él buena parte de ellas, un día fue organizada una gran razzia de almas por la omnipotencia de Dios.

En su «división de almas» puede que Schreber haya visualizado la multiplicación de células por división, que naturalmente le era conocida. El empleo de los montones de mutas celestes así resultantes es uno de los aspectos más característicos de su delirio. El significado de las mutas enemigas en la estructura de la paranoia no podría aprehenderse más claramente.

La relación complicada y ambigua de Schreber con Dios, la «política de almas», cuya víctima se sentía, no le impidió experimentar la omnipotencia por así decir desde afuera y unitariamente, como esplendor. Durante todos los años de su enfermedad tuvo esta vivencia sólo por poquísimos días y noches consecutivos: era muy consciente de lo escaso y precioso del acontecimiento.

Por una única noche hizo su aparición Dios. La brillante imagen de sus rayos —mientras Schreber yacía despierto en cama— se hizo visible a su ojo espiritual. Al mismo tiempo escuchó su idioma. No era un tenue susurro, sino que resonó frente a las ventanas de su aposento con potente voz de bajo.

Al día siguiente vio a Dios con su ojo corporal. Era el sol, pero no como aparece de ordinario, sino bañado por un mar de rayos de plateado fulgor, que cubría la sexta u octava parte del cielo. La visión era de tan sobrecogedora magnificencia y grandiosidad, que temía seguir mirando y buscaba apartar la vista de la aparición. Aquel radiante sol le habló.

Schreber experimentó durante cierto tiempo no sólo en Dios, también en sí mismo tal esplendor; nada de raro en ello, dada su importancia y estrecha relación con Dios. «Muy seguido, y a consecuencia de una afluencia masiva de rayos, mi cabeza aparecía bañada por un halo de luz, semejante a la aureola de Cristo como se la representa en los cuadros, sólo que incomparablemente más rica y más brillante: la así llamada corona radiosa.»

Pero este aspecto sacro del poder ha sido descrito por Schreber de manera aún mucho más intensa. Alcanzó su plenitud en su período de inmovilidad, que debemos abordar ahora.

La vida exterior que llevaba en esta época, era sobremanera monótona. Dos veces por día daba un paseo por el jardín. Si no, permanecía inmóvil todo el día sentado en la silla ante su mesa, y no iba ni siquiera a la ventana. Incluso en el jardín prefería permanecer sentado siempre en el mismo lugar. Consideraba esta pasividad absoluta como un compromiso religioso.

Eran las voces que le hablaban las que habían provocado esta idea en él. «¡Ni el menor movimiento!», le habían dicho una y otra vez. Se explicaba este pedido aduciendo que Dios no sabría tratar con hombres vivos, que sólo estaba acostumbrado al trato con cadáveres. Así se le presentó la monstruosa exigencia de que se comportara constantemente como un cadáver.

Esta inmovilidad era cuestión de autoconservación, pero tam¬bién una obligación hacia Dios: había que liberarlo del aprieto en el que lo habían puesto las «almas probadas». «Había llegado a la convicción de que las pérdidas de rayos aumentaban cuando yo mismo me desplazaba con frecuencia; también cuando pasaba una corriente de aire por mi pieza. Dado el sagrado temor que en aquel entonces aún sentía ante los rayos divinos, y ante la incertidumbre de si realmente había una eternidad o si los rayos no podrían hallar de pronto un término, consideré mi deber oponerme contra toda

dilapidación de rayos en lo que de mí dependiera». Era más fácil atraer las almas probadas y hacerlas disolverse por completo en su cuerpo si mantenía a éste en estado permanente de reposo. Sólo así era posible restablecer la autocracia de Dios en el cielo. De manera que se impuso el increíble sacrificio de privarse durante semanas y meses de todo movimiento físico. Ya que la disolución de las almas probadas tenía lugar con mayor probabilidad durante el sueño, de noche ni siquiera osaba cambiar de posición en la cama.

Esta rigidización de Schreber durante un período de semanas y meses, es una de las cosas más sorprendentes que tiene que contar. Su explicación para ella es doble. El que por amor a Dios había de estarse quieto como un cadáver, suena para nuestros modernos oídos europeos aún más extraño de lo que de por sí es. Y ello principalmente por nuestra relación puritana con el cadáver. Nuestras costumbres exigen que un cadáver sea alejado rápidamente. No se hace mucha cosa de él; sabemos que se pudre rápidamente y de ninguna manera nos sentimos obligados a hacer algo contra ello. Lo arreglamos un poco, lo exhibimos apenas y hacemos imposible todo ulterior acceso a él. Pese al fasto que puede tener un sepelio, el cadáver mismo no aparece, es la celebración de su ocultamiento y sustracción. Para comprender a Schreber hay que pensar en las momias de los egipcios, entre quienes la personalidad del cadáver se conserva, se cuida y se admira. Por amor a Dios Schreber se comportó durante meses como una momia, no como un cadáver; su propia expresión en este caso no es del todo acertada.

El segundo motivo de su inmovilidad, el temor a malgastar rayos divinos, lo comparte con innumerables culturas, repartidas por toda la faz de la tierra, en las que se ha cristalizado una concepción sacra del poder. Él mismo se percibe como un recipiente en el que se reúne, poco a poco, la esencia divina. Cualquier mínimo movimiento puede tener por consecuencia que se derrame algo de ella. Por eso Schreber no debe moverse nada. El poderoso retiene el

poder con el que está cargado, sea porque lo siente como sustancia impersonal que se le podría acabar, o porque una instancia superior espera de él este comportamiento ahorrativo, como acto de veneración. Se rigidizará lentamente en la postura que le parece más favorable para la conservación de su preciosa substancia; todo desvío de ella es peligroso y debe llenarlo de preocupación. El evitarlo concienzudamente garantiza su existencia. Algunas de estas posturas en su igualdad a través de siglos han llegado a ser modelos. La estructura política de muchos pueblos tiene su núcleo en la postura rígida y exactamente prescrita de un individuo único.

También Schreber cuidó de un pueblo, que si bien no lo consideraba rey, sí una especie de «patrono nacional». En algún cuerpo celeste alejado se había realizado un intento de creación de una nueva humanidad «de espíritu schreberista». Aquellos hombres nuevos eran físicamente de porte mucho más pequeño que nuestros hombres terrestres. Habían sin embargo alcanzado un nivel cultural considerable y criaban también, proporcionalmente a su menor estatura física, una especie bovina más pequeña. Schreber mismo habríase convertido, en cuanto «patrono nacional», en objeto de veneración divina, de manera que su postura física sería de algún significado para su fe.

La naturaleza de determinada postura, que debe entenderse de manera muy concreta y física, aparece aquí con gran claridad. No solamente estos hombres fueron creados de la sustancia de Schreber; de la postura de Schreber depende también su fe.

El entendimiento de Schreber tuvo que correr, como se ha visto, los peligros más refinados en el transcurso de su enfermedad. Pero también las intervenciones dirigidas contra su cuerpo burlan toda descripción. Casi ninguna parte de su cuerpo quedó a salvo. Los rayos no olvidaban ni pasaban por alto nada, literalmente a cada parte de su cuerpo le tocaba su turno. Los efectos de sus

intervenciones aparecían de manera tan repentina y sorpresiva que sólo podía considerarlos como milagros.

Había por un lado los fenómenos vinculados con su intentada transformación en mujer. A éstos los había aceptado y no les opuso mayor resistencia. Pero aparte de esto, casi no es de creer lo que le sucedió. Le pusieron una lombriz en los pulmones. Le destrozaron provisoriamente las costillas. En lugar de su sano estómago natural, aquel neurólogo vienes le injertó en el vientre un «estómago judío» de mala calidad. Los destinos de su estómago eran de por sí muy cambiantes. A menudo vivió totalmente sin estómago: expresamente explicó al enfermero que no podía comer pues no tenía estómago. Si luego comía, a pesar de ello, el alimento se vertía en la cavidad abdominal y en los muslos. Sin embargo se acostumbró a este estado y más tarde comía con brío, sin problemas, sin estómago. El esófago y los intestinos estaban a menudo desgarrados o habían desaparecido. Más de una vez tragó, mientras comía, partes de su laringe.

Mediante los «hombrecitos» que le fueron colocados en los pies, se intentó bombearle su médula espinal, de manera que durante sus paseos por el jardín se evaporara en forma de nubecita por su boca. Con frecuencia tenía la sensación de que la tapa de su caja cranea-na había adelgazado. Cuando tocaba el piano o escribía, intentaban paralizarle los dedos. Algunas almas adoptaban forma de diminutas figuras humanas, de no más de pocos milímetros, y hacían de las suyas en las más diversas partes de su cuerpo, a veces en el interior, a veces en su superficie exterior. Algunas estaban ocupadas con la apertura y cierre de sus ojos: estaban sobre los ojos, entre las cejas, y desde allí, con hilos finísimos como telarañas, tiraban de los párpados para arriba y para abajo. En ese entonces casi siempre había gran número de «hombrecitos» reunidos sobre su cabeza. Formalmente se paseaban sobre su cabeza, acudiendo curiosos adonde había nuevos deterioros que apreciar. Hasta participaban de

sus comidas, ingiriendo a menudo una minúscula parte de los bocados que él paladeaba.

Mediante una dolorosa comezón de los huesos en la región del talón y en el trasero intentaban hacerle todo imposible, caminar o estar de pie, sentarse o acostarse. En ninguna posición o durante ninguna ocupación se le toleraba mucho: si caminaba, se procuraba obligarlo a tenderse, y si estaba tendido, volver a levantarlo del lecho. «Los rayos no parecían comprender que un hombre que existe, en definitiva, tiene que estar en alguna parte.»

De estos fenómenos quizás habría que retener una cosa que todos tienen en común: se trata de una penetración. El principio físico de la impenetrabilidad de los cuerpos aquí ya no tiene vigencia. Así como Schreber quiere esparcirse por doquier, en línea recta a través del seno de la tierra, así también todo se esparce en línea recta a través de él y realiza sus travesuras con y dentro de él. Habla mucho de sí como cuerpo celeste; sin embargo, ni siquiera su cuerpo humano le está asegurado. El tiempo de su esparcimiento, durante el que anuncia sus pretensiones, parece ser también el tiempo propiamente dicho de su penetrabilidad. Tamaño y persecución están íntimamente ligados en él, ambos se manifiestan en su cuerpo.

Pero, puesto que a pesar de todos los ataques siguió viviendo, se creó la convicción en él de que los rayos también lo curaban. Todas las sustancias impuras de su cuerpo eran reabsorbidas mediante los rayos. Se había podido permitir comer, aun sin estómago, con brío y sin problemas. Gracias a los rayos eran otra vez eliminados.

Así se concibe la sospecha de que con todos los ataques contra su cuerpo se apuntaba a su invulnerabilidad. Su cuerpo había de demostrarle todo lo que era capaz de resistir. Cuanto más dañado y conmovido estuviera, tanto más firme finalmente quedaría.

Schreber comenzó a dudar de si era del todo mortal. ¿Qué era el veneno más potente comparado con los tormentos que había soportado? Si hubiera caído al agua y se hubiera ahogado, probablemente le habrían hecho una reanimación y le habrían otra vez estimulado la actividad cardíaca y la circulación de la sangre. Si se hubiera pegado un balazo en la cabeza, los órganos internos y partes óseas destruidas habrían podido ser reconstruidas. Al fin y al cabo había vivido largo tiempo sin órganos de importancia vital. Todo le habría vuelto a crecer. Tampoco las enfermedades naturales podrían llegar a ser peligrosas para él. Después de muchos dolorosos tormentos y dudas aquel intenso anhelo de invulnerabilidad se había convertido en él en una indiscutible conquista.

En el curso de este ensayo se ha mostrado cómo este afán de invulnerabilidad y la manía de sobrevivir confluyen. También en esto el paranoico muestra ser la réplica exacta del poderoso. La diferencia entre ellos sólo es la de su situación en el mundo exterior. En su estructura interna son uno y lo mismo. Puede que se encuentre más impresionante al paranoico, porque se basta a sí mismo y no se deja conmover por su fracaso exterior. La opinión del mundo no le vale nada, su delirio se yergue sólo contra toda la humanidad.

«Todo lo que ocurre —dice Schreber— es referido a mí. Yo me he convertido para Dios en el hombre en absoluto o en el único hombre, en torno al que todo gira, al que todo lo que ocurre debe ser referido y el que por consiguiente también desde su punto de vista ha de referir todas las cosas a sí mismo.»

La idea de que todos los demás hombres habrían sucumbido, que efectivamente él era el único hombre y no sólo el único que importaba, lo dominó, como se sabe, durante varios años. Sólo paulatinamente cedió a una opinión más mitigada. Del único

hombre vivo llegó a ser el único que cuenta. No se podrá rechazar la suposición de que detrás de cada paranoia, como detrás de cada poder, se halla la misma tendencia profunda: el deseo de barrer a los otros del camino, para ser el único, o en la forma más atenuada y admitida a menudo, el deseo de servirse de los demás para que con su ayuda uno llegue a ser el único.

LA DISOLUCIÓN DEL SUPERVIVIENTE

Después de habernos ocupado ampliamente de un delirio paranoico, que encontró un único prosélito, precisamente a su creador, ahora corresponde reflexionar acerca de qué es lo que se ha aprendido acerca del poder. Porque cada caso aislado, por profundas que sean las aclaraciones que ofrece, deja también una no menos profunda duda. Cuanto más se llega a conocer en detalle, tanto más se toma conciencia de su carácter único. De pronto uno se sorprende alentando la esperanza de que sólo sea así por esta vez y que en todos los demás casos sea distinto. Esto vale muy en especial para casos de enfermos mentales. El inconmovible orgullo del hombre se aferra al hecho de que éstos no tienen consecuencias externas. Incluso si fuese posible demostrar que cada idea en la cabeza de un Schreber coincide con la de un temido dirigente, siempre se conservaría la esperanza de que en alguna zona sean fundamentalmente distintos. El respeto ante los «grandes» de este mundo es difícil de disolver; e inconmensurable es la necesidad de veneración del hombre.

Pero por fortuna nuestra investigación no se limitó sólo a Schreber. Por detallada que pueda haber parecido a muchos, varios asuntos sólo han sido rozados y otros, que serían de importancia, no han sido tocados aún. A pesar de ello no podrá reprochársele al lector, el que ya ahora, al término de este tomo, quiera saber qué es lo que puede darse por seguro.

Es palmario de cuál de las cuatro mutas está marcado nuestro tiempo. El poder de las grandes religiones de lamentación se encamina a su fin. Han sido sofocadas y poco a poco se asfixian en la multiplicación. En la producción moderna el viejo contenido de la muta de multiplicación ha conocido un acrecentamiento tan tremendo que a su lado desaparecen todos los demás contenidos de nuestra vida. La producción se efectúa aquí, en esta vida terrenal. Su rapidez y su inapreciable diversidad no admiten un instante de reposo y reflexión. Las guerras más terribles no la aplastaron: En todos los campos enemigos, cualquiera que sea su estructura, es igualmente activa. Si existe una fe a la que sucumben uno tras otro los pueblos más vitales de la tierra, es la fe en la producción, el furor moderno de la multiplicación.

El aumento de la producción tiene por consecuencia el que se desee más hombres. Cuanto más se produce, tanto más consumidores parecen ser necesarios. La venta en sí, si estuviera enteramente sometida a su propia ley, procuraría alcanzar a todos los hombres en cuanto compradores, es decir, a todos los hombres. En esto se asemeja, aunque sólo superficialmente, a las religiones universales que buscan a todas las almas. Todos los hombres deberían llegar a una especie de igualdad ideal, es decir, ser todos compradores solventes y bien dispuestos. Pero ello no bastaría, pues una vez que todos hubieran sido alcanzados y todos hubieran comprado, la producción todavía querría aumentar. Su segunda y más honda tendencia va pues, a un aumento del número de los hombres. La producción necesita más hombres: mediante la multiplicación de los objetos se vuelve al sentido original de toda multiplicación, la de los hombres mismos.

En su esencia más íntima la producción es pacífica. Las disminuciones debidas a la guerra y la destrucción le son perjudiciales. En ello, el capitalismo y el socialismo no se diferencian: son formas gemelas, en lucha, de una y la misma

creencia. La niña de los ojos de ambos es la producción. La producción es un asunto de corazón en igual medida para ambos. Su rivalidad ha contribuido al éxito frenético de la multiplicación. Se parecen cada vez más el uno al otro. Se nota algo como un creciente respeto mutuo. Éste se refiere, se diría que exclusivamente, justamente a su éxito en la producción. Ya no es verdad que quieran destruirse el uno al otro: quieren superarse el uno al otro.

Hoy existen varios enormes centros de multiplicación, muy eficientes y en rápida expansión. Están repartidos en diversas lenguas y culturas; ninguno es lo bastante fuerte para apropiarse del poder. Ninguno osa enfrentarse sólo con los demás. Una tendencia a la formación de enormes masas dobles salta a la vista. Toman el nombre de enteros sectores del mundo, Oriente y Occidente. Tanto abarcan que es cada vez menos lo que queda fuera de ellas, y lo que queda afuera parece ser impotente. La rígida formación de estas masas dobles, su fascinación recíproca, el hecho de estar armadas hasta los dientes y en breve hasta la luna, han despertado en el mundo un terror apocalíptico: una guerra entre ellas podría llevar a la exterminación de la humanidad. Se advierte sin embargo que la tendencia a la multiplicación se ha hecho tan fuerte que ha primado sobre la tendencia a la guerra; ésta sólo parece un molesto estorbo. La guerra, como medio para una rápida multiplicación, se agotó en un estallido de carácter arcaico en la Alemania del nacionalsocialismo y, es de esperar, se liquidó para siempre.

Todo país se muestra inclinado hoy a proteger su producción más aún que sus hombres. Nada se justifica más, nada tiene más asegurada la conformidad general. Aún en este siglo se producirá más bienes que los que los hombres necesitan. En lugar de las guerras se afirman otros sistemas de masas dobles. La experiencia parlamentaria demuestra que es posible excluir la muerte del engranaje de las dos masas. Una rotación pacífica y regulada en la alternancia del poder podría también establecerse entre las naciones.

El deporte como hecho masivo reemplazó ya en Roma en gran parte a la guerra. Hoy está en vías de adquirir —pero a escala mundial— la misma importancia. La guerra se extingue con seguridad, y su fin podría vaticinarse para muy pronto: sólo que no se ha tenido en cuenta al superviviente.

Pero en todo esto, ¿qué nos ha quedado de las religiones de lamentación? En los incomprensibles extremos de aniquilación y producción que caracterizan la primera mitad de este siglo, en esta ceguera doblemente inexorable, que ora actúa en una dirección, ora en la contraria, las religiones de lamentación, en cuanto se han conservado como organizaciones, ofrecen la imagen del más total desamparo. Titubeando o solícitas, otorgan, si bien algunas con excepciones, su bendición a todo lo que sucede.

A pesar de ello su legado es mayor de lo que podría creerse. La imagen de ese Uno, por cuya muerte los cristianos se lamentan desde hace casi 2.000 años, ha penetrado en la conciencia de toda la humanidad despierta. Es un moribundo y no ha de morir. Con la secularización de la tierra, su divinidad perdió significado. Quiéraselo o no, ha permanecido como el hombre singular sufriente y agonizante. Sus antecedentes divinos le han conferido dentro de esta humanidad terrena una especie de inmortalidad histórica. Ella lo fortaleció a él y a cada uno que se contempla en él. No hay un solo perseguido, sea lo que sea lo que padece, que en una parte de su alma no se vea como Cristo. Enemigos mortales, incluso si ambos luchan por una causa malvada e inhumana, apenas va mal, sienten ambos lo mismo. La imagen del sufriente que agoniza, pasará, según la marcha de los acontecimientos, del uno al otro, y el más débil puede finalmente sentirse como el mejor. Pero también el más débil de los débiles, aquel que nunca tuvo un enemigo serio, toma parte en esta imagen. No desea morir por nada del mundo, el morir mismo lo convierte en algo especial. Cristo le presta la muta de lamentación. En medio de la furia de la multiplicación, que también es la de los

hombres, el valor del individuo no ha disminuido, ha aumentado. Los acontecimientos de nuestro siglo parecen afirmar lo contrario: pero nada ha cambiado en la conciencia de los hombres. Dando un rodeo, pasando por su alma, el hombre mismo, tal como aquí vive, ha sido aprehendido. Elanhelo de indestructibilidad le ha sido justificado. Cada cual se es a sí mismo un objeto digno de lamentación. Cada cual está tenazmente convencido de que no ha de morir. En este punto la cuota hereditaria cristiana —y de manera un tanto diferente también la del budismo— es indestructible.

Pero lo que se ha modificado en esta época es la situación del superviviente. Seguramente pocos finalizaron sin repugnancia profunda la lectura de los capítulos que trataban del superviviente. La intención era sacarlo de todos sus escondrijos y representarlo como es y como siempre fue. Como héroe se le magnificaba, como mandatario se le obedecía: en el fondo fue siempre el mismo. En nuestra propia época, entre hombres para quienes el concepto de lo humanitario significaba mucho, ha obtenido sus triunfos más siniestros. No se ha extinguido, no se extinguirá, mientras no tengamos la fuerza de verlo con claridad, cualquiera sea su disfraz, cualquiera su gloria por muy radiante que sea. El superviviente es el mal original de la humanidad, su maldición y quizá su perdición. ¿Será posible escaparse de él en el último momento?

La agudización de sus manejos en nuestro mundo moderno es tan monstruosa, que casi no se osa mirarlos de frente. Un solo hombre puede aniquilar sin esfuerzo una buena parte de la humanidad. Para ello puede valerse de procesos técnicos que él mismo no comprende. Puede actuar desde el retiro total; ni siquiera es necesario que se exponga al peligro para realizar su gesto. El contraste entre su unicidad y el número de quienes aniquila, ya no cabe en una imagen coherente. Hoy uno puede sobrevivir de un golpe a un número de hombres que supera al de enteras generaciones anteriores. Las recetas de los poderosos están a la

vista, no es difícil servirse de ellas. Los descubrimientos los favorecen como si sólo se hiciesen para ellos. La puesta se ha multiplicado, hay muchos más hombres, y todos más estrechamente hacinados. Los medios se han multiplicado por mil. La impotencia de la víctima, si bien no su sumisión, en el fondo ha permanecido igual.

Todo el terror ante un poder sobrenatural, un poder que irrumpe vengador y destructivo sobre los hombres, está contenido en la imagen de la «bomba». Pero el individuo puede manipularla. Está en sus manos. El mandatario puede desencadenar devastaciones que exceden todas las plagas de Dios reunidas. El hombre robó su propio Dios. Se ha apoderado de él y se ha apropiado de todo lo que en él era espanto y fatalidad.

Los sueños más temerarios de los potentes de antaño, para quienes la supervivencia se había hecho pasión y vicio, parecen hoy mezquinos. La historia adquiere de repente, recapitulada desde nuestra memoria, un rostro inocentemente placentero. ¡Cuánto duraba todo antes y cuan poco había, por aniquilar sobre una tierra desconocida! Hoy entre resolución y resultado no hay más que un instante. ¡Qué Gengis Khan! ¡qué Tamerlán! ¡qué Hitler!, comparados con nuestras posibilidades ¡lamentables aprendices y chapuceros!

¿Hay una posibilidad de reducir al superviviente que ha crecido hasta asumir estas monstruosas proporciones? Esa es la pregunta mayor, podría decirse, la única pregunta. La especialización y movilidad de la vida moderna tornan engañosa la simplicidad, la concentración de esta pregunta fundamental. Porque la única solución que se ofrece al apasionado impulso de sobrevivir, la soledad creadora que gana la inmortalidad, dada su naturaleza sólo es una solución para pocos.

Contra este peligro creciente, que cada cual siente en los huesos, ha de tomarse en cuenta un segundo hecho, nuevo. El superviviente mismo tiene miedo. Siempre tuvo miedo. Pero con sus medios ha crecido desmesurada e insoportablemente. Su triunfo puede ser cosa de minutos y horas. Pero la tierra en ninguna parte es segura, ni siquiera para él. A todas partes llegan las nuevas armas, también él puede ser alcanzado en todas partes. Su grandeza y su vulnerabilidad están en conflicto entre sí. Él mismo se ha hecho demasiado grande. Hoy los dirigentes tiemblan de modo distinto por sí mismos, como tiemblan los otros hombres. La remota estructura del poder, su corazón y núcleo: la conservación del dirigente a costa de todos los demás, se ha llevado ad absurdum, está en ruinas. El poder es mayor, pero también es más fugaz que nunca. Todos sobrevivirán, o nadie.

Pero para hallar el punto débil del superviviente hay que descubrir sus manejos allí donde parecen más naturales. Su crecimiento es indiscutido y, por ello, especialmente peligroso, en el impartir órdenes. Se ha mostrado cómo la orden, en su forma domesticada y usual en la convivencia entre los hombres, nada representa sino una sentencia de muerte suspendida. Sistemas eficaces y agudos de tales órdenes se han introducido por doquier. Quien ha trepado demasiado rápidamente a la cumbre, o quien ha logrado de otra manera apropiarse del mando supremo sobre tal sistema, por la naturaleza de su posición vive agobiado por el miedo de mandar y debe intentar liberarse de él. La continuada amenaza, de la que se vale y que constituye la esencia propiamente dicha de este sistema, se vuelve finalmente contra él mismo. Esté o no realmente amenazado por enemigos, siempre se sentirá amenazado. La amenaza más peligrosa proviene de su propia gente, a quien siempre ordena, que está en sus cercanías inmediatas, que lo conoce bien. El medio para su liberación, al que no recurre sin vacilación, pero al que de ninguna manera llega a renunciar es la orden repentina de

muerte masiva. Él comienza una nueva guerra y manda a sus hombres adonde han de matar. Muchos de ellos pueden sucumbir en la empresa. No lo lamentará. Cualquiera sea la actitud que adopte hacia el exterior, es una necesidad profunda y secreta de él el que también las filas de sus propias gentes se diezmen. Para su liberación del miedo de mandar es necesario que también mueran muchos de quienes combaten por él. El bosque de su miedo se ha vuelto demasiado espeso, sólo respira para que se diezme. Si ha vacilado demasiado, ya no ve claramente y puede deteriorar simplemente su posición. Su temor de mandar asume entonces proporciones que conducen a la catástrofe. Pero antes que la catástrofe lo alcance a él mismo, a su propio cuerpo, que para él encarna el mundo, conduce a la perdición de innumerables otros.

El sistema de las órdenes está universalmente admitido. Se acuñó de mañera más nítida en los ejércitos. Pero muchos otros ámbitos de la vida civilizada están dominados y marcados por la orden. La muerte como amenaza es la moneda del poder. Es fácil colocar aquí moneda sobre moneda y acumular enormes capitales. Quien quiera reducir el poder, debe mirar la orden de hito en hito sin temor y encontrar los medios para despojarla de su aguijón.

NOTAS

27 y s. La descripción del haka se encuentra en J. S. Polack, New Zealand. A narrative of travels and adventure, London, 1838, vol. I, páginas 81-84.

37. La «Estación del Arafat» ha sido descrita a menudo; la descripción más detallada se halla en Gaudefroy-Demombynes, Le Pèlerinage à la Mekke, Paris, 1923, pp. 241-255.

37. Bechuana: Dornan, Pygmies and Bushmen of tbe Kalahari, p. 291.

37. Boloki: Weeks, Among Congo Cannibals, p. 261.

37. Pigmeos del Gabón: la canción sobre la caverna de los muertos se extrajo de Trilles, Les Pygmées de la forêt équatoriale, Paris, 1931.

37. Espíritus auxiliares de los chamanes de los chukche: Ohlmarks, Studien zum Problem des Schamanismus (Estudios acerca del problema del chamanismo), p. 176.

38. Visión del chamán de los esquimales: Rasmussens, Thulefahrt (El viaje de Tule de Rasmussen), Francfurt, 1926, pp. 448-449.

38. Ejércitos de los muertos de la tierra montañosa escocesa: Carmi-chael, Carmina Gaidelica, vol. II, p. 357.

38. La aurora boreal entre los lapones y entre los indios tlingit: Höfler, Kultische Geheimbunde der Germanen (Pactos secretos en el culto de los germanos), Francfurt, 1934, pp. 241-242.

39. La población del aire: Bin Gorion, Die Sagen der Juden (Las leyendas de los judíos). Tomo I. Von der Urzeit (Acerca de los tiempos primitivos), p. 348.

39. El ejército de los demonios entre los persas: Darmesteter, The Zend-Avesta, Part II, p. 49.

39. Caesarius de Heisterbach: una traducción inglesa completa del Dialogus Miraculorum apareció bajo el título de «The Dialogue on Miracles», Editorial Routledge, Londres, 1929. Los fragmentos citados pertenecen al vol. I, pp. 322-323 y 328; vol. II, pp. 294-295.

40. Dios y su corte: Caesarius, op. cit.,vol. II, p. 343.

41. Poesía de las langostas: Waley, The Book of Songs, London, 1937, p. 173.

52. Madame Jullien a su hijo: Carta del 2 de agosto de 1791, en Landauer, Briefe aus der Französischen Revolution (Cartas de la Revolución Francesa), tomo I, p. 339.

53. Camille Desmoulins a su padre. Landauer, tomo I, p. 144.

54. Revivais: buenos informes acerca de los Revivais, especialmente en America, se encuentran en el libro de Davenport: Primitive Traits in Religious Revivais, New York, 1905. Uno de los predicadores más famosos ha narrado la historia de su propia vida: Peter Cartwright, The Backwoods Preacher. An Autobiography, London, 1858. 55. Castigos infernales: Davenport, op. cit.,p. 67.

55. Mitin de Cane Ridge: Davenport, op. cit., pp. 73-77.

56. Convulsiones; ladridos; risa sacra: Davenport, op. cit.,pp. 78-81.

57. La descripción de una fiesta entre los papuas en todas sus fases constituye el tema de un libro sumamente ágil de André Dupeyrat: Jours de Fête chez les Papous, Paris, 1954.

59. Una fiesta entre los tupinambu: Jean de Léry, Le voyage au Brésil 1556-1558. Nueva edición en 1927, Ed. Payot, Paris, pp. 223-224.

60. Danza guerrera de las mujeres entre los kafir del Hindukush: Crooke, Things Indian, p. 124.

60. Danza guerrera de las mujeres entre los jívaros: R. Karsten, Blood Revenge, War and Victory Feasts among the Jibaro Indians of Eastern Ecuador, Washington, 1922, p. 24.

61. Mirary en Madagascar: R. Decary, Moeurs et Coutumes des Malgaches, Paris, 1951, pp. 178-179.

64. Jeremías: 25, 33.

64. La prédica de Mahoma a los enemigos muertos: las tradiciones acerca de la vida de Mahoma según Ibn Ishak aparecieron en la traducción alemana de Weil en 1864. Este trabajo está superado por la modernatraducción inglesa de A. Guillaume, The Life of Muhammad. A translation of Ibn Ishaqs Sirat Rasul Allah, Oxford, 1955. Los relatos sobrela prédica triunfal a los muertos se hallan en las págs. 305-306.

64 y s. El informe de Une: en Erman, Ägypten und ägyptisches Leben im Altertum (Egipto y vida egipcia en la antigüedad), p. 689.

65. Himno de alabanza a Ramsés II: Erman, Die Literatur der Ägypter (La literatura de los egipcios), p. 324.

65. La batalla de Kadesh: Erman, Die Literatur der Ägypter, p. 333. 65. La victoria de Merenptah sobre los libios: Erman, Ägypten und ägyptisches Leben, pp. 710-711.

65. Ramsés III y los libios: Erman, op. cit., p. 711.

66.Recuento de cabezas entre los asirios. El relieve de la época deAssurbanipal está reproducido esquemáticamente en G. Maspéro, AuTemps de Ramses et d'Assourbanipal, p. 370.

71. El fuego en los Vedas: H. Oldenberg, Die Religion des Veda (La religión del Veda), p. 43.

74 y s. La danza del fuego de los indios navajos: Hambly, Tribal Dancing and Social Development, London, 1926, pp. 338-339.

75. La incendiaria: Kräpelin, Einführung in die psychiatrische Klinik (Introducción a la clínica psiquiátrica), tomo II, caso 62, pp. 235-240.

82. Los dioses de la tormenta en el Veda: Macdonell, Hymns from the Rigveda, pp. 56-57'.

85 y s. Plutarco, Vida de Pompeyo, cap. II.

94. El reparto del botín. Véase É. Lot-Falck, Les Rites de Chasse chez les peuples sibériens, Gallimard, Paris, 1953, pp. 179-183.

95 y ss. La expedición militar de los taulipang contra los pishauko está extraída de Koch-Grünberg, Vom Roroima zum Orinoco (Del Roroima al Orinoco), vol. III, Etnographie, pp. 102-105.

106 y ss. Tótem de los australianos. Además de las obras antiguas de Spencer Gillen y de C. Strehlow, tienen especial importancia con respecto a este tema los siguientes trabajos: Elkin, The Australian Aborigines, 1943; Elkin, Studies in Australian Totemism, «The Oceania Monographs», N.° 2, 1933.

107 y s. Baile de los búfalos de los mandan: George Catlin, The North American Indians, vol. I, pp. 143-144.

114 y ss. Ungutnika y los perros salvajes: Spencer and Gillen, TheArunta, p. 169.

115 y s. Muta de caza y canguro: Arunta, pp. 170-171.

117. Acostarse encima del candidato: Arunta, pp. 192-193.

118 y ss. Spencer and Gillen, The Arunta. Fila india, p. 160. Rodar en círculo, muy frecuente, p. ej., en pág. 273. Tenderse en una hilera, p. 280, fig. 100. Disco danzante, pp. 261-262. Dos hileras enfrentadas, p. 189. Cuadrilla, p. 278. Montón en el suelo, pp. 286, 290, 292. Pruebas de fuego, p. 294. Arrojar ramas ardientes, pp. 279 y 289.Circuncisión, p. 219.

124 y ss. Mary Douglas, The Lele of Rasai, in African Worlds, edited by Daryll Forde, Oxford University Press, 1954, pp. 1-26.

125. Prestigio de la selva: M. Douglas in African Worlds, p. 4.

127 y s. Caza conjunta: M. Douglas, ibid, pp. 15-16.

130 y ss. R. Karsten, Blood Revenge, War and Victory Feasts among he Jibaro Indians of Eastern Ecuador, Washington, 1922. Un estudio más reciente es el de M. W. Stirling, Historical and Ethnographical Material on the Jibaro Indians, Washington, 1938.

132 y s. Ruth Benedict, Patterns of Culture, Houghton Mifflin, Boston, 1934, pp. 57-130.

133. Conjuración de la lluvia: Urformen der Kultur, p. 53.

135 y s. Dahomey: Dalzel, The History of Dahomey, 1793. Este libro antiguo de valor inestimable contiene también la primera descripción detallada de los «Annual Customs*, la fiesta anual; p. XX y ss. Otras obras sobre Dahomey: Burton, A Mission to Gelele, King of Dahomey, 2 vols., London, 1864. Ellis, The Ewe-speaking Peoples of the Slave Coast of West Africa, 1890.Le Hérissé, L'Ancien Royaume du Dahomey, Paris, 1911. Herskovits, Dahomey, an Ancient West African Kingdom, 2 vols., New York, 1938.

138 y s. El peregrino español Ibn Jubayr. The Travels of Ibn Jubayr.Translated by R. J. C. Broadhurst, Cape, London, 1952. Extensibilidad dela Meca, p. 174.

139. El profeta de la lucha y de la guerra: Goldziher, Vorlesungenüber den Islam (Conferencia sobre el islamismo), pp. 22 y 25. «Matad alos idólatras»: El Corán, 9, 5.

139 y s. Cibeles trastornada: Luciano, Diálogo de los dioses, diálogo 12, según la traducción alemana de Wieland.

140. Lamento de Isis: Erman, Religion der Ägypter, p. 39.

142 y ss. Además de las conferencias de Goldziher sobre el islamismo se han consultado para este capítulo las obras siguientes: Gobineau, Religions et Philosophies dans l'Asie Centrale, 1865. Nueva edición: Paris, 1957. Donaldson, The Shiite Religion, London, 1933. v. Grunebaum, Muhammadan Festivals, London, 1958. Virolleaud, Le Théâthe Versan, París, 1950. Titayna, La Caravane des Morís, París, 1930.

143. Los padecimientos de Hussain: Donaldson, op. cit., pp. 79-87.

143 y s. Tribulaciones de la estirpe del Profeta: Goldziher, op. cit.,

pp. 212-213.

144. Llorar por Hussain: Goldziher, op. cit., pp. 213-214.

144. La tumba de Hussain en Kerbela: Donaldson, op. cit., páginas 88-100.

145. La gran fiesta de los siíes: Grunebaum, op. cit., pp. 85-94.

146. Dos tipos de cofradías: Gobineau, op. cit., pp. 334-338.

147. «El teatro está repleto hasta los bordes»: Gobineau, op. cit., pp. 353-356.

149. «Ve tú y salva de las llamas»: Grunebaum, op. cit., p. 94.

149 y s. El «Día de la Sangre»: Titayna, La Caravane des Morts, pp. 110-113; citado por De Felice, Foules en Delire, pp. 170-171.

154 y ss. Stanley: Sinai and Palestine, pp. 354-358.

156 y ss. Curzon: Visits to Monasteries in the Levant, pp. 230-250.

163 y ss. En esta sección se han agrupado pocos capítulos que con una sola excepción se refieren todos a situaciones modernas. Sería prematuro dar aquí más elementos: el lector aún no está familiarizado con las conclusiones de partes ulteriores del libro, dedicadas a la investigación del poder. Por lo tanto podría objetarse con razón que el título de «Masa e historia» es demasiado amplio. La aplicación de las conclusiones obtenidas acerca de la masa y la muta a los movimientos históricos de épocas anteriores queda reservada a una publicación posterior que en parte ya está escrita, en parte esbozada.

189 y ss. El informe que brindo sobre los acontecimientos producidos entre los xosas procede —un poco simplificado— de Theal, History of South África, vol. III, pp. 198-207. El misionero alemán Kropf, testigo de los acontecimientos, narró sus impresiones en un artículo breve, muy ilustrativo, pero de difícil acceso: Die Lügenpropheten des Kaffernlandes (Los profetas de mentiras del país de los cafres), Neue Missionsschriften, 2. ép., n.° 11, Berlín, 1891. En su libro Propheten in Afrika (Profetas en el África), Braunschweig, 1949, Katesa Schlosser ha dado una breve versión de los acontecimientos en las págs. 35-41. Ella cita las partes más importantes del artículo de Kropf. La descripción moderna más detallada, con material nuevo, se encuentra en un libro de un escritor de provincia sudafricano que ha permanecido desconocido

en Europa: Burton, Sparks from the Border Anvil, King Williams Town, 1950, pp. 1-102.

210. Zuckerman: The Social Life of Monkeys and Apes, Kegan Paul, London, 1932, pp. 57-58.

211 y ss. Zuckerman, pp. 268-269; pp. 300-304.

225 y s. Gengis-Khan: según Wladimirzov, The Life of Chingis-Khan, Routledge, London, 1930, p. 168.

227. César: Plutarco, Vida de César, cap. 15.

229 y s. El banquete fúnebre de Domiciano: Dio, Historia Romana, Epítome del libro LXVII, cap. 9.

231 y ss. El relato se encuentra en Flavio Josefo: Historia de la Guerra de los Judíos, libro III, cap. 8.

234. «Al final quedó precisamente Josefo mismo, dígase por feliz casualidad o por divina providencia, con otro compañero». En la versión eslava de la Guerra de los Judíos, que según la opinión de algunos eruditos se apoya en un texto griego más antiguo, en lugar de esta oración figura otra que sin miramientos llama a las cosas por su nombre: «Después que él (Josefo) había dicho esto, calculó astutamente los números y así los engañó a todos». Véase la nueva traducción inglesa en los Penguin Classics: Josephus, The Jewish War, translated by G. A. Williamson, p. 403. Appendix: The Slavonic Additions.

238. Muhammad Tughlak: véase el capítulo posterior «El Sultán de Delhi».

238. Conquista de Mukdal. Sewell, A Forgotten Empire, p. 34.

238 y s. Hakim: Wolff, Die Drusen und ihre Vorläufer (Los drusos y sus antecesores), Leipzig, 1845, p. 286.

239 y ss. Para una breve sinopsis de la historia de los emperadores Moghules, véase Smith: The Oxford History of India, pp. 321-468.

239. El informe de los jesuítas sobre el príncipe Salim está extraídode Du Jarric, Akbar and the Jesuils, translated by C. H. Payne, Routledge, London, 1926, p. 182.

241. Shaka: la mejor descripción contemporánea de Shaka es la del viajero inglés Henry Finn. Su diario, que ya antes había sido utilizado con frecuencia, apareció después de casi cien años en forma de libro: The Diary of Henry Francis Fynn, Edited by J. Stuart and D. Mck. Malcolm. Pietermaritzburg, Shuter and Shooter, 1950. La única biografía moderna valiosa, que además de todas las fuentes escritas también se apoya en tradiciones orales, le pertenece a Ritter, Shaka Zulu, Longmans Green, London, 1955.

224. El siglo de los etruscos: A. Grenier, Les Religions Étrusque et Romaine, Paris, 1948, p. 26.

246. El maná en las Marquesas: Handy, Polynesian Religion, p. 31.

247 y s. El matador entre los murngin: Warner, A Black Civilisation, Harper and Brothers, 1958, pp. 163-165. Este libro, que apareció por primera vez en 1937, es la descripción más completa e importante de una tribu australiana conocida hasta la fecha.

248 y s. El héroe en las islas Fidji: Lorimer Fison, Tales from Oíd Fidji, pp. 51-53, XXI.

250 y s. Culebra-monstruo y héroe entre los uitoto: K. Th. Preuss, Religion und Mythologie der Uitoto (Religión y mitología de los Uitoto), Göttingen, 1921, vol. I, pp. 220-229.

252 y s. Un superviviente entre los taulipang: Koch-Grünberg, Indianermärchen aus Südamerika (Cuentos de los indios de Sudamérica), Jena, Diederichs, 1921, pp. 109-110.

254 y s. El origen de los kutenai: Boas, Kutenai Tales, n.° 74, «The Great Epidemie», pp. 269-270, Washington, 1918.

255. Suicidio en masa entre los ba-ila: Smith and Dale, The Ila-speaking Peoples of Northern Rhodesia, London, 1920, vol. I, p. 20.

256. Cabres y caraíbes: Humboldt, Reise in die Äquinoctial-Gegen-den des neuen Kontinents (Viaje a las regiones equinocciales del nuevo continente), vol. V, p. 63.

258 y s. Muerte de un niño indio en Demerara: Roth, An Inquiry into tbe Animism and Folklore **0}** the Guiana-Indians, Washington, 1915, p. 155.

259 y ss. El culto de los ancestros entre los zulúes; el hermano vivo y el hermano muerto: Callaway, The Religions System of the Amazulu, 1870, pp. 146-159.

264. El médium del rey en Uganda: N. K. Chadwick, Poetry and Prophecy, Cambridge, 1942, pp. 36-38.

265 y ss. El culto de los ancestros entre los chinos: Granet, La Civilisation Chinoise, Paris, 1929, pp. 300-302. Henri Maspéro, La Chine Antique. Nueva edición: Paris, 1955, pp. 146-155. Jeanne Cuisinier, Sumangat. L'âme et son culte en Indochine et en Indonésie. Gallimard, Paris, 1951, pp. 74-85.

267 y s. La peste en Atenas: Tucídides, Historia de la Guerra del Peloponeso, II, 47-54.

279. «El ancestro de Gengis-Khan era un lobo gris elegido por el destino, que fue engendrado por el alto cielo». Con esta oración

comienza la Historia secreta de los mongoles, editada y traducida al alemán por Haenisch, Leipzig, 1948.

279. El alma del emperador romano remonta como un águila al Cielo. Véase la hermosa descripción de la apoteosis de un emperador romano —en este caso, Septimio Severo— en Herodiano, Historia del Imperio Romano desde Marco Aurelio, libro IV, cap. 2.

279. Temor a la tormenta entre los mongoles, en el diario de viaje de Rubruk, Contemporaries of Marco Polo, edited by Komroff, London, 1928, p. 91.

279. Los «fulguratores» de los etruscos: A. Grenier, Les Religions Étrusque et Romaine, pp. 18-19.

279. Poder y rayo: Franz Kuhn, Altchinesische Staatstveisheit (Sabiduría estatal de la China antigua), p. 105. Desaparición de Rómulo en una tormenta: Livio, I, 16. Tulio Hostilio muerto por un rayo: Livio I, 31. Muerte de un antiguo rey de Alba Longa, Rómulo Silvio, por un rayo: Livio I, 3.

283. Las primeras preguntas del niño: Jespersen, Language, p. 137.

285. La Dama del Mediodía pregunta hasta la muerte: Wendische Sagen (Leyendas de los wenda), editadas por Sieber, Jena, 1925, p. 17.

286. El curandero entre los aranda: Spencer and Gillen, The Arunta, vol. II, pp. 391-420.

288. La impenetrabilidad del último Visconti: Decembrio, Vida de Filippo María Visconti, traducido al alemán por Funk, Jena, 1913, cap. 43, pp. 29-30.

289. La prueba de discreción de Cosroes II: Le Livre de la Couronne, attribué a Gahiz, traduit par Ch. Pellat, Paris, 1954, pp. 118-120.

309 y s. Wukuf e ifadha: véase el libro ya citado de Gaudefroy-Demombynes, Le Pèlerinage à la Mekke, Paris, 1923, pp. 235-303.

315. Luciano, Sobre la diosa Siria. Traducción alemana de Wieland, tomo IV de las Obras Completas, Munich, 1911, pp. 376-377.

315 y s. Skoptsy: la obra más exhaustiva, pero un tanto pesada, acerca de los skoptsy es la de Grass: Die russischen Sekten. Vol. II: Die weissen Tauben oder Skopzen (Las sectas rusas. Tomo II: Las palomas blancas o skoptsy), Leipzig, 1914. Grass también tradujo al alemán el «Sacro escrito secreto de los skoptsy», Leipzig, 1904. Una obra más reciente y que contiene muy buen material es: Rapaport: Introduction ä la Psychopathologie Collective. La Secte mystique des Skoptzy, Paris, 1948.

317. Assassins: la bibliografía más vieja sobre los assassins ha sido superada en buena parte por la obra crítica de Hodgson: The Order of Assassins, Haag, 1955.

319. Esclavitud de la sugestión: Kröpelin, Psychiatrie, vol. III, p. 723.

319 y s. Los mosquitos hablan, etc.: todas las citas están extraídas de Kräpelin, Psychiatrie, vol. III, pp. 673-674.

321 y ss. En un importante ensayo aparecido en 1950 en «Paideuma», vol. 4, con el título de «Bhrigu en el más allá», Hermann Lommel ofreció un resumen de esta expedición del Shatapatha-Brahmana, que he utilizado arriba. Lommel ha reunido aquí todos los casos correspondientes de la literatura antigua de la India, los ha completado con un suplemento en el vol. 5 de

«Paideuma», en 1952, y los ha relacionado con las concepciones de otros pueblos acerca del «mundo invertido» de los muertos. A pesar de no compartir totalmente la orientación de su interpretación de los textos hindúes, y de llegar a conclusiones distintas, le debo mucho a su trabajo. En mis citas del texto de Lommel he dejado de lado todo aquello que parece superfluo en una investigación de la inversión en este contexto.

333. Bleek and Lloyd, Specimens of Bushman Folklore, London, 1911. Bushman Presentiments, pp. 330-339

339. Mito de los loritya sobre los Tukutitas: C. Strehlow, Die Ar anda- und Loritja-Stämme in Zentral-Australien (Las tribus de los aranda y loritya en Australia Central), II, pp. 2-3. Véase también Lévy-Bruhl, La Mythologie Primitive, Paris, 1935. Este importante libro es sumamente sugerente en muchos aspectos de la metamorfosis. En general se limita al mundo mítico de los australianos y de los papuas, trae citas muy extensas de las mejores obras sobre esta región y deja libradas muchas cuestiones al criterio del lector. Puede designársela la obra menos problemática de Lévy-Bruhl.

339. El Maestro y su discípulo: Dirr, Kaukasische Märchen (Cuentosdel Cáucaso), Jena, 1922.

340. Proteo: Odisea, IV, pp. 440-460.

341 y s. Histeria: Kräpelin, Psychiatrie, tomo IV, pp. 1547-1706. Bleuler, Lehrbuch der Psychiatrie (Manual de psiquiatría), pp. 392-401. Kretschmer, Heber Hysterie (Sobre la histeria), 1927.

342. Chamanes: Czaplicka, Aboriginal Siberia, 1914. Ohlmarks, Studien zum Problem des Schamanismus (Estudios acerca del problema del chamanismo), 1939. Eliade, Le Chamanisme, 1951. Findeisen, Schama-nentum (Chamanismo), 1957.

343 y s. Manía y melancolía: Kräpelin, Psychiatrie, tomo III, Dasmanisch-depressive Irresein (La locura maníaco-depresiva), pp. 1183-1395. Bleuler, Lehrbuch der Psychiatrie, pp. 330-351.

344. T. G. H. Strehlow, Aranda Traditions, Melbourne University Press, 1947.

344 y ss. El mito bandicoot: Strehlow, op. cit., pp. 7-10.

346 y s. El mito Lukara: Strehlow, op. cit., pp. 15-16.

350. «El ancestro como suma total de esencia viviente»: Strehlow, op. cit.,p. 17.

353. El ancestro-larva de Mboringka: Strehlow, op. cit.,p. 12.

355 y ss. Alucinaciones del delirium tremens: Kräpelin, Psychiatrie, tomo II, p. 132 y ss. Bleuler, Lehrbuch der Psychiatrie, pp. 227-228, 233.

361. Posadero: Kräpelin, Einführung in die Psychiatrische Klinik (Introducción a la clínica psiquiátrica), tomo II, caso 43, pp. 157-161.

363. Esquizofrénico delirante:» Bleuler, Lehrbuch der Psychiatrie, páginas 234-235.

368. El asno en la piel de tigre: Hertel, Indische Märchen (Cuentos hindúes), Diederichs, Jena, 1921, pp. 61-62.

399. Liudprando de Cremona: El libro de la venganza, libro VI, cap. 5.

400 y s. Parálisis clásica: Kräpelin, Einführung in die Psychiatrische Klinik, tomo II, caso 26, pp. 93-97.

403 y s. Parálisis agitada: Kräpelin, op. cit., caso 28, pp. 101-102.

409 y ss. En este punto se ha consultado por lo general la Historia de África (Geschichte Afrikas) de D. Westermann, Colonia, 1952, que contiene una cantidad de material realmente extraordinaria.

409. Muerte y elección de un nuevo rey en Gabón: Du Chaillu, Explorations and Adventures in Equatorial África, 1896, pp. 18-20.

411. El rey de Yukún: Meek, A Sudanese Kingdom, Kegan Paul, London, 1931, pp. 120-177, pp. 332-353. Muy sucintamente en Wester-mann, op. cit., pp. 149-150.

413. Características de los reyes africanos: Westermann, op. cit., páginas 34-43.

413 y s. Imitación de los reyes. Monomotapa: Westermann, op. cit., pp. 413-414. Etiopía: Diodoro, III, 7. Estrabón, XVII; 2, 3. Darfur, Travels ofan Arab Merchant in Soudan, London, 1854, p. 78. Uganda, Boni, China: Frazer, The Dying God, pp. 39-40.

416. El rey mismo determina la duración de su gobierno: Monteíl, Les Bambara du Ségou, Paris, 1924, p. 305.

416. Elegir a un rey y molerlo a palos entre los yoruba: Westermann, op. cit.,p. 40; en Sierra Leona: ibidem, p. 41.

416 y s. Anarquía tras la muerte del rey: entre los mosi de Wagadugu: Westermann, op. cit., p. 185; en Ashanti: ibidem, p. 222; en Uganda:Roscoe, The Baganda, Londres, 1911, pp. 103-104.

417. Los estados Hima se formaron por conquista en el territorio dela actual Uganda y al sur del mismo. Pastores guerreros de procedenciahamítica, llamados, precisamente, los Hima habían inmigrado desde el norte y habían sometido y convertido en siervos a los negros allí establecidos que se dedicaban a la agricultura. Sus reinos pertenecen a los másinteresantes del África: se distinguen por una nítida diferencia de castasentre amos y siervos.

417 y s. La sucesión en Ankolé: Oberg, The Kingdom of Ankole inUganda, en: African Political Systems, edited by Fortes and Evans-Pritchard, Oxford University Press, 1954, pp. 121-162. El párrafo sobre la sucesión, pp. 157-161. Menos conciso pero digno de ser leído es el libro,más antiguo, de Roscoe, The Banyankóle, Cambridge, 1923. Sobre la parte meridional del estado Hima, de Ruanda, hay un excelente trabajo nuevo: Maquet, The Kingdom of Ruanda, en: African Worlds, edited by Daryll Forde, pp. 164-189.

418 y s. Sacrificio de un joven príncipe enla coronación del rey deKitara: Roscoe, The Bakitara, Cambridge, 1923, pp. 129-130.

419. El arco del rey de Kitara: Roscoe, The Bakitara, pp. 133-134. «Yo disparo a las naciones»: Roscoe, op. cit., p. 134.

419. Uganda: tambores. Roscoe, The Baganda, p. 188.

419 y s. «Viviré más que mis ancestros». Roscoe, The Baganda, página 194. Apresamiento de dos transeúntes: Roscoe, ibidem, p. 197. Chivo expiatorio y guardián: Roscoe, ibidem, p. 200.

420. Sacrificio doble: a uno se lo mata, al otro se le concede la graciadel perdón. Roscoe, The Baganda, p. 210.

420 y s. «Ahora tú eres Ata»: Westermann, Geschichte Afrikas(Historia de África), p. 39.

421. El rey de Uganda come solo, como león: Roscoe, The Baganda, p. 207.

421. El cocinero le da de comer al rey de Kitara: Roscoe, The Bakitara, p. 103.

421. Justicia sumaria: Roscoe, The Bakitara, pp. 61 y 63.

422. Viaje del árabe Ibn Batuta a través de la India y de China.Adaptado por H. von Muzik, 1911.Ibn Batuta, Travels in Asia and África,1325-1354, Translated and selected by J. A. R. Gibb,

Routledge, London,1929. Las citas corresponden a esta edición inglesa.

422. La historia de Ziau-d din Barani se encuentra en el vol. III de Elliot and Dowson: The History of India as told by its otvn Historians, 1867-1877. Ahora ha aparecido en separata como Later Kings ofDelhi en la Editorial S. Gupta, Calcutta. Muhammad Tughlak está tratado aquí en las pp. 159-192.

432. Como ejemplo de un defensor moderno del sultán puede valer el historiador hindú Ishwari Prasad: L'Inde du VII au XVI Siecle (en la colección «Histoire du Monde»), París, 1930, pp. 270-300. Lo llama un «idealista desdichado», y «la persona indudablemente más capaz del medioevo».

432 y ss. Denkwürdigkeiten eines Nervenkranken (Memorias de un neurópata), del Dr. jur. Daniel Paul Schreber, Leipzig, 1903.

BIBLIOGRAFÍA

No puede tratarse aquí de una enumeración exhaustiva de los libros que en el transcurso de los años tuvieron influencia sobre la creación de esta obra. La selección de la bibliografía se orienta según tres puntos de vista. Por una parte, se enumeran todas las obras de las que se extrajeron citas. Por otra, se señalan los libros que fueron decisivos en la formación del pensamiento del autor, sin los cuales ciertas conclusiones habríanle sido vedadas. Se trata aquí —en la mayoría de los casos— de obras bibliográficas de la más variada especie: fuentes míticas, religiosas, históricas, antropológicas, biográficas, psiquiátricas. Entre ellas figuran, como puede apreciarse, muchas obras del primer grupo. Finalmente, se menciona aún algunas obras más recientes que proporcionan buenas visiones sobre culturas ajenas, y que podrían ser tan útiles para el lector como fueron para el autor.

Albert von Aachen, *Geschichte des ersten Kreuzzugs.* Übersetzt von H. Hefele. 2 Bde. Jena, 1923.

Ammianus Marcellinus. 3 vols. Loeb Classical Library. London, 1950.

Appian, *Roman History.* 4 vols. Loeb Classical Library. London, 1933.

Arabshah, Ahmed Ibn, *Tamerlane.* Translated by Sanders. London, 1936.

Baumann, H., Thurmvald, R., und Westermann, D., *Völkerkunde von Afrika.* Essen, 1940.

Benedict, Ruth, *Patterns of Culture.* Boston, 1934. —*, Deutsch als Urformen der Kultur.* Hamburg, 1955.

Bernier, F., *Travels in the Moghul Empire 1656-1668*. London, 1914.

Bezold, F. v., *Zur Geschichte des Hussitentums.* München, 1874.

Bland and Backhouse, *China under the Empress Dowager*. Boston, 1914.

Bleek and Lloyd, *Bushman Folklore*. London, 1911.

Bleuler, E., *Lehrbuch der Psychiatrie.* Berlin, 1930.

Boas, F., *Kutenai Tales.* Washington, 1918.

Bouvat, L., *L'Empire Mongol (2éme phase).* París, 1927.

Brandt, O. H., *Die Limburger Chronik*. Jena, 1922.

—, *Der grosse Bauernkrieg.* Jena, 1925.

Browne, E. G., *A Literary History of Persia,* vols. I-IV. Camoridge, 1951.

Brunel, R., *Essai sur la Confrérie Religieuse des Aissoua au Maroc.* Paris, 1926.

Bryant, A., *Olden Times in Zululand and Natal.* London, 1929.

Bücher, K., *Arbeit und Rhythmus.* Leipzig, 1909.

Bühler, G., *The Laws of Manu.* Oxford, 1886.

Burckhardt, Jacob, *Griechische Kulturgeschichte,* Bd. I-IV.

—, *Die Kultur der Renaissance in Italien.*

—, *Die Zeit Konstantins des Grossen.*

—, *Weltgeschichtliche Betrachtungen.*

Burton, A. W., *Sparks from the Border Anvil,* King Williams', Town, 1950.

Burton, Richard, *A Mission to Gelele, King of Dahomey.* London, 1864.

Bury, J. B., *History of the Later Roman Empire, 2*vols. Nueva edición.

New York, 1958.

Cabeza de Vaca, *Naufragios y Comentarios.* Buenos Aires, 1945.

Callaway, H., *The Religious System of the Amazulu.* Natal, 1870.

Calmeil, L. F., *De la Folie. 2* vols. París, 1845.

Carcopino, J., *Daily Life in Ancient Rome.* London, 1941.

Cartwright, Peter, *The Backwoods Preacher. An Autobiography.*London, 1858.

Cäsarius von Heisterbach, *The Dialogue on Miracles. 2* vols. London, 1929.

Casalis, E., *Les Bassoutos.* Paris, 1860.

Catlin, George, *The North American Indians.* 2 vols. Edinburgh, 1926.

Chadwick, N. K., *Poetry and Prophecy.*Cambridge, 1942.

Chantepie de la Saussaye, *Lehrbuch der Religionsgeschichte. 2* Bde. Tübingen, 1925.

Chamberlain, B. H., *Things Japanese.* London, 1902.

Cieza de León, *Crónica del Perú.* Buenos Aires, 1945.

Codrington, R. H., *The Melanesians.* Oxford, 1891.

Cohn, Norman, *The Pursuit of the Millenium.* London, 1957.

Contenau, G., *La Divination chez les Assyriens et les Babyloniens.* Paris, 1940.

Constantin VIL *Porphyrogénète, Le Livre des Cérémonies.* Traduit par A. Vogt. Tomes I et II Paris, 1935, 1939.

Commynes, Ph., de, *Mémoires,* vols. I-III. Paris, 1925.

Cortés, Hernán, *Five Letters 1519 to 1526.* Translated by Morris.London, 1928.

Coxwell, C. F., *Siberian and Other Folk-Tales.*London, 1925.

Crooke, W., *Things Indian.*London, 1906.

Cuisinier, Jeanne, *Sumangat. L'Âme et son Culte en Indochine et Indonésie.* Paris, 1951.

Cunha, Euclides da, *Rebellion in the Backlands.* Translated by Putnam.Chicago, 1944.

Cumont, Franz, *The Mysteries of Mithra.* New York, 1956.

—, *Oriental Religions in Roman Paganism.* New York, 1956.

Curzon, Robert, *Visits to Monasteries in the Levant.* London, 1850.

Czaplicka, M. A., *Aboriginal Siberia.* Oxford, 1914.

Dalzel, A., *The History of Dahomey.* London, 1793.

Darmesteter, J., *The Zend-Avesta.* Part II. Oxford, 1883.

Davenport, F. N, *Primitive Traits in Religious Revivals.*New York, 1905.

Decary, R., *Moeurs et Coutumes des Malgaches.* París, 1951.

Decembrio, Pier Candido, *Leben des Filippo Maria Visconti.* Übersetztvon Funk. Jena, 1913.

Depont et Coppolani, *Les Confréries Religieuses Musulmanes.* Algers,1897.

Dhorme, Ed., *Les Religions de Babylonie et d'Assyrie Mana,* Tome I, II. Paris, 1945.

Diaz Bernal, *Historia Verdadera de la Conquista de Nueva Espana,* Mexico, 1950.

Dio, Cassius, *Roman History.* Loeb Classical Library.9 vols. London, 1955.

Dirr, A., *Kaukasische Märchen.* Jena, 1922.

Donaldson, D. M., *The Shiite Religion.* London, 1933.

Dornan, *Pygmies and Bushmen of the Kalahari.*London, 1925.

Douglas, Mary, *«The Lele of Kasai»* en *African Worlds.* Edited by Daryll Forde.Oxford, 1954.

Dubois, Abbé, *Hindu Manners, Customs and Ceremonies.*Oxford, 1906.

Du Chaillu, *Explorations and Adventures in Equatorial Africa.* London, 1861.

Du Jarric, *Akbar and the Jesuits.* Translated by Payne.London, 1926.

Dumézil, Georges, *Mitra-Varuna,* Paris, 1948.

—, *Mythes et Dieux des Germains.* Paris, 1939.

Dupeyrat, André, *Jours de Féte chez les Papous.* Paris, 1954.

Eisler, R., *Man into Wolf.* London, 1951.

Eliade, M., *he Chamanisme.* Paris, 1951.

—, *Traité d'Histoire des Religions.* Paris, 1953.

Elkin, A. P., *Studies in Australian Totemism.* Oceania Monographs N° 2. Sidney, 1933.

—,*The Australian Aborigines.* Sidney, 1943.

Elliot and Dowson, *The History of India as told by its own Historians.* 8 vols. London, 1867-1877.

Ellis, A. B., *The Ewe-speaking Peoples of the Slave Coast of West Africa.* London, 1890.

Erman, Ad., *Ägypten und ägyptisches Leben im Altertum.* Tübingen, 1885.

—, *Die ägyptische Religion.* Berlin, 1909. —, *Die Literatur der Ägypter.* Leipzig, 1923.

Evans-Pritchard, *Witchcraft, Oracles and Magic among the Azande.*

Oxford, 1937.

Felice, Philippe de, *Foules en Delire. Extases Collectives.* Paris, 1947.

Findeisen, FL, *Schamanentum.* Stuttgart, 1957.

Fison, Lorimer, *Tales from Old Fiji.* London, 1904.

Florenz, Karl, *Geschichte der japanischen Literatur.* Leipzig, 1909.

Forde, Daryll C, *Habitat, Economy and Society.* London, 1950.

—, ed., *African Worlds.*London, 1954.

Fortes and Evans-Pritchard, *African Political Systems.*Oxford, 1940.

Fortune, R. G., *Sorcerers of Dobu.*London, 1932.

Fox, George, *The Journal.* Cambridge, 1952.

Franke, O., *Studien zur Geschichte der konfuzianischen Dogmas und der chinesischen Staatsreligion.* Hamburg, 1920.

—, *Geschichte des chinesischen Reiches.* 5 Bde. Berlin, 1930-1952.

Frankfort, Henri, *Kingship and the Gods.* Chicago, 1948.

Friedländer, L., *Darstellungen aus der Sittengeschichte Roms.* Bd. I-IV.Leipzig, 1922.

Frazer, J. G., *The Golden Bough.* Vols. I-XI. London, 1913 ss.

—, *The Fear of the Dead in Primitive Religion.* I, II y III. London, 1933-1936.

—, *The Belief in Immortality and the Worship of the Dead.* Vols. I-III. London, 1913-1924.

Frobenius, Leo, *Atlantis, Volksmärchen und Volksdichtungen Afrikas.* Bd. I-XII. Jena, 1921-1928.

—, *Kulturgeschichte Afrikas.* Wien, 1933.

Fung Yu-Lan, *AHistory of Chinese Philosophy.* Vols. I-II. Princeton, 1952-1953.

Fynn, *The Diary of Henry Francis Fynn.* Pietermaritzburg, 1950.

Garcilaso de la Vega, *Comentarios Reales.* Buenos Aires, 1942.

Gaudefroy-Demombynes, M., *Le Pèlerinage à la Mekke.* Paris, 1923.

—, *Les Institutions Musulmanes.* Paris, 1921.

Gesell, A., *Wolf Child and Human Child.* London, 1941.

Gobineau, *Religions et Philosophies dans l'Asie Centrale.* 1865. Nueva edición, Paris, 1957.

Goeje, de, *Memoire sur les Carmathes du Bahrein.* Leiden, 1886.

Goldenweiser, A., *Anthropology.* New York, 1946.

Goldziher, J., *Vorlesungen über den Islam.* Heidelberg, 1910.

Gorion, bin, *Die Sagen der Juden.* Besonders I: *Von der Urzeit,* Frankfurt, 1919.

Granet, M., *La Civilisation Chinoise.* Paris, 1929.

—, *La Pensée Chinoise.* Paris, 1934.

Grass, K., *Die russischen Sekten. 2* Bde. Leipzig, 1907 y 1914.

—, *Die geheime heilige Schrift der Skopzen.* Leipzig, 1904.

Gregor von Tours, *Zehn Bücher Fränkischer Geschichte.* Übersetzt von

Giesebrecht. Berlin, 1851.

Grenier, A., *Les Religions Étrusque et Romaine.* Mana. Tome 2. III.Paris, 1948.

Grey, G, *Polynesian Mythology.* London, 1855.

Grousset, R., *L'Empire des Steppes.* Paris, 1939.

—, *L'Empire Mongol, lère. phase.* Paris, 1941.

Grube, W., *Religion und Kultus der Chinesen.* Leipzig, 1910.

Grunebaum, von, *Muhammadan Festivals.* London, 1958.

Guillaume, A., *The Life of Muhammad.*A translation of Ibn Ishaq's Sirat Rasul Allah.Oxford, 1955.

Guyard, St., *Un Grand Maitre des Assassins au temps de Saladin.* Paris, 1877.

Haenisch, Erich, *Die Geheime Geschichte der Mongolen.* Leipzig, 1948.

Hambly, W. D., *Tribal Dancing and Social Development.*London, 1946.

Handy, E. S. C, *Polynesian Religion.* Honolulu, 1927.

Harris, Sarah, *The Incredible Father Divine.* London, 1954.

Hecker, J.C.F., *Die grossen Volkskrankheiten des Mittelalters.* 1865.

Hefele, H., *Alfonso I und Ferrante I von Neapel. Schriften von Caracciolo. Beccadelli und Porzio.* Jena, 1912.

Hepding, Hugo, *Attis, seine Mythen und sein Kult.* Giessen, 1903.

Herodian, *Geschichte des römischen Kaisertums seit Mark Aurel.* Deutsch von Adolf Stahr.

Herodot, *Neun Bücher der Geschichte. 2* Bde. München, 1911.

Herskovits, M. J., *Dahomey, an Ancient West African Kingdom.*2 vols. New York, 1938.

Hertel, Joh., *Indische Märchen.* Jena, 1921.

Histoire Anonyme de la Première Croisade. Traduite par L. Bréhier. Paris, 1924.

Historiae Augustae Scriptores. 3 vols. Loeb Classical Library. London, 1930.

Hitti, Ph. K., *History of the Arabs*. London, 1951.

Hodgson, M. G. S., *The Order of Assassins.* Haag, 1955.

Höfler, O., *Kultische Geheimbünde der Germanen.* Frankfurt, 1939.

Hofmayr, W., *Die Schilluk*. Mödling, 1925.

Humboldt, A. v.: *Reise in die Äquinoctial-Gegenden des neuen Continents.* Stuttgart, 1861.

Hutton, J. H., *Caste in India.* Cambridge, 1946.

Huizinga, J., *Herbst des Mittelalters.* München, 1931.

—, *Homo Ludens.* Hamburg, 1956.

Ibn Batuta, *Die Reise des Arabers Ihn Batuta durch Indien und China.* Bearbeitet von H. v. Mzik. Hamburg, 1911.

Ibn Batuta, *Travels in Asia and Africa 1325-1354*. Translated and selected by Gibb. London, 1939.

Ibn Ishaq, *The life of Muhammad.* Translated by G. Guillaume.Oxford, 1955.

Ibn Jubayr, *The Travels of I. Jub.* Translated by Broadhurst.London, 1952.

Ideler, K. W., *Versuch einer Theorie des religiösen Wahnsinns.*I Teil. Halle, 1848.

James, William, *The Varieties of Religious Experience*. London, 1911.

Jeanne des Anges, Soeur: *Autobiographie d'une Hystérique Possédée.* Paris, 1886.

Jeanmaire, H., *Dionysos. Histoire du Culte de Bacchus.* Paris, 1951.

Jensen, Ad. E., *Hainuwele. Volkserzählungen von der Molukken-InselCeram*. Frankfurt, 1939.

—, *Mythus und Kult bei Naturvölkern.* Wiesbaden, 1951.

Jespersen, O., *Language, its Nature, Development and Origin.* London, 1949.

Jezower, J., *Das Buch der Träume.* Berlin, 1928.

Josephus, Flavius, *Geschichte des Jüdischen Krieges.* Übersetzt von Clementz. Wien, 1923.

—, *The Jewish War.* Translated by Williamson. Penguin Classics.London, 1959.

Joset, P. E., *Les Sociétés Secrètes des Hommes Léopards en Afrique Noire.* Paris, 1955.

Junod, H. A., *The Life of a South African Tribe. 2* vols. London, 1927.

Juvaini, *The History of the World Conqueror.* Translated from the Persian by J. A. Boyle.2 vols. Manchester, 1958.

Kalewala, *Das National-Epos der Pinnen.* Ubersetzung von Schiefner. München, 1922.

Karsten, R., *Blood Revenge, War, and Victory Feasts among the Jibaro Indians of Eastern Ecuador.*Washington, 1922.

Kautilya, *Arthashastra.* Translated by R. Shamasastry.Mysore, 1929.

Koch-Grünberg, Th., *Vom Roroima zum Orinoco.* Bd. I-V. Stuttgart, 1917-1928.

—, *Zwei Jahre unter den Indianern Nordwest-Brasiliens.* Stuttgart, 1923.

—, *Indianermärchen aus Südamerika.* Jena, 1921.

Komroff, M., *Contemporaries of Marco Polo.*London, 1928.

Kräpelin, E., *Psychiatrie.* 8 Auflage. Bd. I-IV. Leipzig, 1910-1915.

—, *Einführung in die psychiatrische Klinik.* Bd. II y III. Leipzig, 1921.

Kremer, A. v., *Kulturgeschichte des Orients unter den Chalifen. 2* Bde. Wien, 1875. Kretschmer, E., *Über Hysterie*. Leipzig, 1927.

—, *Der sensitive Beziehungswahn*. Berlin, 1918.

Krickeberg, W., *Indianermärchen aus Nordamerika*. Jena, 1924.

—, *Märchen der Azteken und Inkaperuaner. Maya und Muisca*. Jena, 1928.

Kropf, A., *Das Volk der Xosa-Kaffern*. Berlin, 1889.

—, *Die Lügenpropheten des Kaffernlandes. Neue Missionsschriften. 2* Aufl. Nr. II. Berlin, 1891.

Kuhn, F., *Altchinesische Staatsweisheit*. Zürich, 1954.

Kunike, H., *Aztekische Märchen nach dem Spanischen des Sahagun*. Berlin, 1922.

Landa, Fr. D. de, *Relacion de las cosas de Yucatän*. Paris, 1864.

Landauer, Gustav, *Briefe aus der Französischen Revolution. 2* Bde. Frankfurt, 1919.

Landtman, G., *The Origins of the Inequality of the Social Classes*. London, 1938.

Lane, E. W., *Manners and Customs of the Modern Egyptians*. London, 1895.

Lane-Poole, St., *A History of Egypt in the Middle Ages*. London, 1901.

O'Leary, De Lacy, *A Short History of the Fatimid Khalifate*. London, 1923.

Leenhardt, M., *Gens de la Grande Terre. Nouvelle Calédonie*. Paris, 1937.

Lefebvre, G., *La Grande Peur de 1789*. Paris, 1932.

—, *La Révolution Française*. Paris, 1957.

—, *Études sur la Révolution Française*. Paris, 1954.

Legge, J., *The Sacred Books of China.* Part I: *The Shu-King.* Oxford, 1899.

Le Hérissé, A., *L'Ancien Royaume du Dahomey.* Paris, 1911.

Leiris, Michel, *La Possession et ses Aspectes Théâtraux chez les Éthiopiens de Gondar.* Paris, 1958.

Léry, Jean de, *Le voyage au Brésil 1556-1558.* Paris, 1927.

Lévy-Bruhl, L., *La Mythologie Primitive.* Paris, 1935.

Lewis, B., *The Origins of lsmailism.* Cambridge, 1940.

Lindner, K., *Die Jagd der Vorzeit.* Berlin, 1937.

Liudprand von Cremona, *Das Buch der Vergeltung.* Berlin, 1853.

Livius, Titus, *Römische Geschichte.*

Löffler, KL, *Die Wiedertäufer in Münster.* Jena, 1923.

Lommel, H., *Bhrigu im Jenseits: Paideuma 4.* Bamberg, 1950. *Nachtrag dazu: Paideuma* 5. Bamberg, 1952.

Lot-Falck, É., *Les Rites de Chasse chez les peuples sibériens.* Paris, 1953.

Lowie, R. H., *Primitive Society.* London, 1920.

—, *Primitive Religion.* London, 1924.

Ludwig II. von Bayern, *Tagebuch-Aufzeichnungen.* Liechtenstein, 1925.

Lukian, *Göttergespräche.* Bd. II der *Sämtlichen Werke.* München, 1911.

—, *Von der Syrischen Göttin.* Bd. IV der *Sämtlichen Werke.* Ubersetzung von Wieland. München, 1911.

Machiavelli, Niccolò, *Gesammelte Schriften.* 5 Bde. München, 1925.

Macdonell, A. A., *Hymns from the Rigveda. The Heritage of India Series.* Calcutta.

Malinowski, Br., *Magic, Science and Religion,* New York, 1955.

Maquet, J. J., «The Kingdom of Ruanda» en *African Worlds.* Edited by Daryll Forde. London, 1954.

Marco Polo, *The Travels of M. P.* London, 1939.

Mason, J. A., *The Ancient Civilisations of Peru.* London, 1957.

Maspéro, Georges, *Au Temps de Ramsès et d'Assourbanipal.* Paris, 1927.

Maspéro, Henri, *La Chine Antique.* Paris, 1955.

—, *Les Religions Chinoises.* Paris, 1950.

Mas'udi, *Les Prairies d'Or.* Texte et traduction par Barbier de Meynardet Pavet de Courteille. 9 vols. Paris, 1861-1877.

Mathiez, A., *La Révolution Française.* I-III. Paris, 1922-1927.

Mathieu, P. F., *Histoire des Miraculés et Convulsionnaìres de Saint-Médard.* Paris, 1864. Meek, C. K., *A Sudanese Kingdom.*London, 1931.

Meier, Jos., *Mythen und Erzählungen der Küstenbewohner der Gazelle-Halbinsel (Neupommern).* Münster, 1909.

Misson, Maximilien, *Le Théâtre Sacré des Cêvennes.* London, 1707.

Mooney, J., *The Ghost-Dance Religion.* Washington, 1896.

Nadel, S. F., *A Black Byzantium. The Kingdom of Nupe in Nigeria.* London, 1946.

Nihongi, *Chronicles of Japan.* Translated by W. G. Aston. London, 1956.

Oberg, K., «The Kingdom of Ankole in Uganda», en *African Politicai Systems.* Edited by Fortes and Evans-Pritchard.Oxford, 1940.

Ohlmarks, A., *Studien zum Problem des Schamanismus.* Lund, 1939.

D'Ohsson, C, *Histoire des Mongols.* 4 vols. Haag, 1834-1835.

Oldenberg, H., *Die Religion des Veda.* Stuttgart, 1917.

Olmstead, A. T., *History of the Persian Empire.* Chicago, 1948.

Pallottino, M., *The Etruscans.*London, 1955.

Pan-Ku, *The History of the Former Han-Dynasty.* Translated by Homer H. Dubs, vol. I-III. 1938-1955.

Paris, Matthew, *Chronicles.* 5 vols. London, 1851.

Pellat, Ch., *Le Livre de la Couronne, attribué a Gahiz.* Paris, 1954.

Pelliot, P., *Histoire Secrète des Mongols.* Paris, 1949.

Plutarch, *Lebensbeschreibungen.* 6 Bde. München, 1913.

Polack, J. S., *New Zealand, A Narrative of Travels and Adventure.* 2 vols.London, 1838.

Polybius, *The Histories.* 6 vols. Loeb Classical Library.London, 1954.

Porzio, C, «Die Verschwörung der Barone des Königreichs Neapel gegen Ferrante I», en *Hefele, Alfonso I und Ferrrante I von Neapel.* Jena, 1912.

Prasad, Ishwari, *L'Inde du VIIè au XVIè Siècle.* Paris, 1930.

Preuss, K. Th., *Religion und Mythologie der Uitoto.* 2 Bde. Göttingen, 1921.

Pritchard, J. B., *The Ancient Near East. An Anthology of Text and Pictures.*

Princeton, 1958.

Procopius, *History of the Wars.* 5 vols. *The Anecdota or Secret History.* I vol. Loeb Classical Library.London, 1954.

Psellos, Michael, *Chronographie ou Histoire d'un Siècle de Byzance (976-1077).* Traduit par É. Renauld. 2 vols. Paris, 1926.

Puech, H., *Le Manichéisme.* Paris, 1949. Radin, P., *Primitive Man as a Philosopher.* New York, 1927.

—, *Primitive Religion*. New York, 1937.

—, *The Trickster*. London, 1956.

Radioff, W., *Aus Sibirien*. 2 Bde. Leipzig, 1884.

Rambaud, A., *Le Sport et L'Hippodrome à Constantinople*. 1871. En *Études sur l'Histoire Byzantine*. Paris, 1912.

Rapaport, J., *Introduction a la Psychopathologie Collective. La Sectemystique des Skoptzy*. Paris, 1948.

Rasmussen, Knud, *Rasmussens Thulefahrt,* Frankfurt, 1926.

Rattray, R. S., *Ashanti*. Oxford, 1923.

—, *Religion and Art in Ashanti*. Oxford, 1927.

Recinos, A., Goetz, D., and Morley, S. G., *Popol Vuh. The Sacred Book of the ancient Quiche Maya*. London, 1951.

Ritter, E. A., *Shaka Zulu*. London, 1955.

Roeder, G., *Urkunden zur Religion des alten Ägypten*. Jena, 1915.

Roscoe, J., *The Baganda*. London, 1911.

—, *The Bakitara*. Cambridge, 1923.

—, *The Banyankole*. Cambridge, 1923.

Roth, W. E., *An Inquiry into the Animism and Folk-Lore of the Guiana-Indians*. Washington, 1915.

Runciman, St., The Medieval Manichee. Cambridge, 1947.

Rüsch, E., *Die Revolution von Saint Domingue*. Hamburg, 1930.

Sacy, S. de, *Exposé de la Religion des Druses. 2* vols. Paris, 1836.

Salimbene von Parma, *Die Chronik des S. v. P.* Bearbeitet v. A. Dören.2Bde. Leipzig, 1914.

Sahagün, Bernardino de, *Historia General de las Cosas de Nueva Espana.* 5 vols. Mexico, 1938.

—, *Einige Kapitel aus dem Geschichtswerk des Fray Bernardino de Sahagün.* Ubersetzt von Eduard Seier. Stuttgart, 1927.

Sansom, G, Japan. *A Short Cultural History.* London, 1936.

Schlosser, Katesa, *Propheten in Afrika.* Braunschweig, 1949.

Schmidt, K, *Histoire et doctrine de la secte des Cathares ou Albigeois.2* vols. Paris, 1848-1849.

Schnitzer, J., *Hieronymus Savonarola. Auswahl aus seinen Predigtenund Schriften.* Jena, 1928.

Schreber, D. P., *Denkwürdigkeiten eines Nervenkranken.*Leipzig, 1903.

Scligman, C. G. and B. C, *The Veddas.* Cambridge, 1911.Sénart, É.,*Caste in India.* Translated by E. Denison Ross.London, 1930.

Sewell, *A Forgotten Empire (Vijayanagar).* London, 1900.

Shapera, J., *The Khoisan Peoples of South Africa.* London, 1930.

—, ed., *The Bantu-Speaking Tribes of South Africa.*London, 1937.

Sighele, Sc., *La Foule Criminelle.* Paris, 1901.

Singh, T. A. L., and Zingg, R. M., *Wolf Children and Feral Man.* Denver, 1943.

Sjoestedt, M. L., *Dieux et Héros des Celles.* Paris, 1940.

Smith, V. A., *The Oxford History of India.* Oxford, 1923.

Smith, E. W., and Dale, A. M., *The Ila-Speaking Peoples of Northern Rhodesia. 2* vols. London, 1920.

Spencer, B., and Gillen, F. J., *The Arunta.* London, 1927.

—, *The Northern Tribes of Central Australia.* London, 1904.

Sprenger und Institoris, *Der Hexenhammer.* Übersetzt v. Schmidt. Berlin, 1923.

Stähiin, K., *Der Briefwechsel Iwans des Schrecklichen mit dem Fürsten Kurbsky (1564-1579).* Leipzig, 1921.

Stanley, A. P., *Sinai and Palestine.*London, 1864.

Steinen, K. von den, *Unter den Naturvölkern Zentral-Brasiliens.* Berlin,1894.

Stirling, M. W., *Historical and Ethnographical Material on the Jívaro Indians.* Washington, 1938.

Stoll, O., *Suggestion und Hypnotismus in der Völkerpsychologie.*Leipzig, 1904.

Strehlow, C, *Die Aranda-und Loritja-Stämme in Zentral-Australien.*I-III. Frankfurt, 1908-1910.

Strehlow, T. G. H., *Aranda Traditions.* Melbourne, 1947. Sueton, *Die Zwölf Cäsaren.* Übersetzt von A. Stahr. München, 1912.

Tabari, *Chronique de Tabari.* Traduit par H. Zotenberg, 4 vols. París,1867-1879.

Tacitus, *Annalen und Historien.*Übersetzung von Bahrdt. 2 Bde. München, 1918.

Talbot, P. A., *In the Shadow of the Bush.* London, 1912.

Tavernier, J. B., *Travels in India. 2* vols. London, 1925.

Tertullian, *De Spectaculis,* Loeb Classical Library. London, 1931.

Titayna, *La Caravane des Morls.* París, 1930.

Theal, G. McCall, *History of South Africa from 1795-1872,* especialmente vol. III. London, 1927.

Thukydides, *Geschichte des Peloponnesischen Krieges.*Deutsch von

Heilmann. 2 Bde. München, 1912.

Thurnwald, R., *Repräsentative Lebensbilder von Naturvölkern.* Berlin, 1931.

Tremearne, A. J. N., *The Ban of the Bori.* London, 1914.

Trilles, R. P., *Les Pygmées de la Forét äquatoriale.* París, 1931.

Trotter, W., *The Instincts of the Herd in Peace and War.* London, 1919.

Turi, Johann, *Das Buch des Lappen Johann Turi.* Frankfurt, 1912.

Turner, G., *Samoa.* London, 1884.

Tylor, E. B., *Primitive Culture.* London, 1924.

Ungnad, A., *Die Religionen der Babylonier und Assyrer.* Jena, 1921.

Vaillant, G. C, *The Aztecs of Mexico.* London, 1950.

Vedder, H., *Die Bergdama. 2* Bde. Hamburg, 1923.

Vendryés, J., Tonnelat, É., Unbegaun, B. O., *Les Religions des Celtes, des Germains et des Anciens Slaves.* Mana Tome 2, III. París, 1948.

Virolleaud, Ch., *Le Theatre Persan ou le Drame de Kerbéla.* París, 1950.

Volhardt, E., *Kannibalismus.* Stuttgart, 1939.

Waley, Arthur, *The Travels of an Alchemist.* London, 1931.

—, *The Book of Songs.* London, 1937.

—, *The Analects of Confucius.* London, 1938.

—, *Three Ways of Thought in Ancient China.* London, 1939.

—, *The Real Tripitaka.* London, 1952.Waliszewski, K., *Ivan le Terrible.* Paris, 1904.

—, *Peter the Great.* London, 1898.

Warneck, Joh.,*Die Religion der Batak.* Göttingen, 1909.

Warner, W. LI., *A Black Civilisation.* New York, 1958.

Weeks, J. H, *Among Congo Cannibals.*London, 1913.

Weil, Gustav, *Geschichte der Chalifen.* Bd. I-III. Mannheim, 1846-1851.

Wendische Sagen. Herausgegeben von Fr. Sieber. Jena, 1925.

Wesley, John, *The Journal.* London, 1836.

Westermann,-D., *The Shilluk People.* Berlin, 1912.

Westermann, D., *Die Kpelle.* Göttingen, 1921.

—, *Geschichte Afrikas.* Köln, 1952.

Westermarck, E., *Ritual and Relief in Marocco. 2* vols. London, 1926.

Wilhelm, Richard, *Li GL Das Buch der Sitte.* Nueva edición.1958.

—, *Kung Futse. Gespräche.* Jean, 1923. —, *Mong Dsi.* Jena, 1921.

—, *Frühling und Herbst dee Lü Bu We.* Jena, 1928.

Williams, F. E., *Orokaiva Magic.* London, 1928.

—, *The Vailala Madness and the Destruction of Ceremonies.* Port Moresby, 1923.

—, «The Vailala Madness in Retrospect* en *Essays Presented to Ch. G. Seligman.* London, 1934.

Winternitz, M., *Geschichte der Indischen Literatur.* 3 Bde. Leipzig, 1909-1922.

Wirz, Paul, *Die Marina - anim von Holländisch - Süd - Neu-Guinea.* Band I und II. Hamburg, 1922 y 1925.

Wladimirzov, *The Life of Chingis-Khan.* London, 1930.

Wolff, O., *Geschichte der Mongolen oder Tataren, besonders ihres Vordringens nach Europa.* Breslau, 1872.

Wolff, Ph., *Die Drusen und ihre Vorläufer*. Leipzig, 1845.

Worsley, P., *The Trumpet Shall Sound: A Study of «Cargo» Cults in Melanesia*. London, 1957.

Zuckerman, S., *The Social Life of Monkeys and Apes*. London, 1932.

ÍNDICE

(páginas según el original)

Esta tercera edición de MASA Y PODER, compuesta en tipos Garamond de 9 y 8 puntos, se terminó de imprimir el 20 de octubre de 1981en los talleres de I.G. Seix y Barral Hnos., S. A., Carretera de Cornelia, 134,de Esplugues de Llobregat (Barcelona)